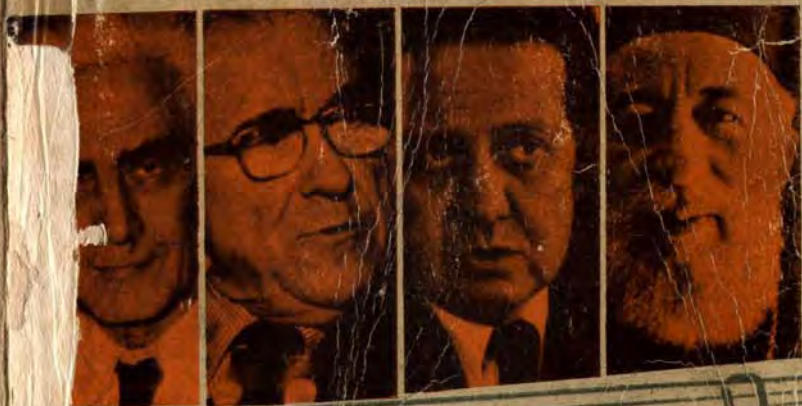


Oriana Fallaci

Entrevista
con la historia



las nuevas entrevistas a:

Ugo Andreotti • Giorgio Amendola
William Colby • Otis Pike • Yamani
Santiago Carrillo • Alvaro Cunhal
Mario Soares • Arzobispo Makarios

NOGUE

Libros de bolsillo Noguer
39

Entrevista con la historia

nueva edición ampliada y revisada

Oriana Fallaci

Entrevista con la historia

nueva edición ampliada y revisada

Editorial Noguer, S. A.
Barcelona - Madrid

11.ª edición

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

Título original de la obra: *Intervista con la Storia*

Traducción: *María Cruz Pou y Antonio Samons las nuevas entrevistas*

Diseño cubierta: *Miguel Ortiz*

ISBN: 84-279-0681-4

Depósito legal: B. 31.236-1978

© Rizzoli Editore, Milán, 1974

© Editorial Noguer, S.A., Paseo de Gracia, 96, Barcelona, 1978

para la publicación en lengua española.

Printed in Spain

1978 Gráficas Instar, S.A.,

Constitución, 19, Barcelona-14

*A todos aquellos
que no gustan del poder,
y
a la memoria
de mi madre,
Tosca Fallaci,
y de mi compañero,
Alejandro Panagulis*

Prólogo

Este libro no quiere ser más de lo que es: es decir, un testimonio directo sobre veintiséis personajes políticos de la historia contemporánea. No quiere prometer nada más que lo que promete ser: es decir, un documento a caballo entre el periodismo y la historia. Pero tampoco quiere presentarse como una simple recopilación de entrevistas para los que estudian el poder y el antipoder. Yo no me siento, ni lograré jamás sentirme, un frío registrador de lo que escucho y veo. Sobre toda experiencia profesional dejo jirones del alma, participo con aquel a quien escucho y veo como si la cosa me afectase personalmente o hubiese de tomar posición (y, en efecto, la tomo, siempre, a base de una precisa selección moral), y ante los veintiséis personajes no me comporto con el desasimiento del anatomista o del cronista imperturbable. Me comporto oprimida por mil rabias y mil interrogantes que antes de acometerlos a ellos me acometieron a mí, y con la esperanza de comprender de qué modo, estando en el poder u oponiéndose a él, ellos determinan nuestro destino. Por ejemplo: ¿la historia está hecha por todos o por unos pocos? ¿Depende de mil leyes universales o solamente de algunos individuos?

Éste es un antiguo dilema que nadie ha resuelto ni resolverá nunca. Es también una vieja trampa en la que caer, y es peligrosísimo porque cada respuesta lleva consigo su contradicción. No por azar muchos responden con la componenda y sostienen que la historia está hecha por todos y por unos pocos que llegan al mando porque nacen en el momento justo y saben interpretarlo. Tal vez. Pero el que no se engaña respecto a la absurda tragedia de la vida, acaba por seguir a Pascal cuando dice que si la nariz de Cleopatra hubiese sido más corta, habría cambiado la faz de la tierra; acaba por temer lo que teme Bertrand Russell cuando escribe: «No te preocupes. Lo que sucede en el mundo no depende de ti. Depende del señor Kruschev, del señor Mao Tse-tung, del señor Foster Dulles. Si ellos dicen "morid", moriremos. Si dicen "vivid" viviremos». No consigo aceptarlo. No consigo prescindir de la idea de que nuestra existencia dependa de unos pocos, de los hermosos sueños o de los caprichos de unos pocos, de la iniciativa o de la arbitrariedad de unos pocos. De estos pocos que, a través de las ideas, los descubrimientos, las revoluciones, las guerras, tal vez de un simple gesto, el asesinato de un tirano, cambian el curso de las cosas y el destino de la mayoría.

Cierto que es una hipótesis atroz. Es un pensamiento que ofende porque, en tal caso, ¿qué somos nosotros? ¿Rebaños impotentes en manos de un pastor ora noble ora infame? ¿Material de relleno, hojas arrastradas por el

viento? Y para negarlo abrazamos incluso las tesis de los marxistas según las cuales todo se resuelve con la lucha de clases: la-historia-la-hacen-los-pueblos-a-través-de-la-lucha-de-clases. Pero pronto se da uno cuenta de que la realidad cotidiana también a ellos los desmiente, no se tarda en objetar que sin Marx no existiría el marxismo (nadie puede demostrar que si Marx no hubiese nacido o no hubiera escrito El capital, John Smith o Mario Rossi no lo habrían escrito). Y, desconsolado, uno conjetura que son pocos los que, en lugar de un cambio, dan otro, que son pocos los que en lugar de hacernos tomar un camino nos hacen tomar otro, y que son pocos los que paren ideas, descubrimientos, revoluciones, guerras y matan tiranos. Entonces, más desconsolado aún, uno se pregunta cómo son esos pocos: ¿más inteligentes que nosotros, más fuertes que nosotros, más iluminados que nosotros, más emprendedores que nosotros? ¿O bien individuos como nosotros, ni mejores ni peores que nosotros, criaturas cualesquiera que no merecen nuestra cólera, nuestra admiración o nuestra envidia?

La pregunta se extiende al pasado, más bien a un pasado remoto del que conocemos sólo aquella que nos han impuesto, para que, obedientes, lo aprendiésemos en la escuela. ¿Quién nos asegura que en la escuela no nos han enseñado mentiras? ¿Quién nos aporta pruebas capaces de demostrar la verdadera naturaleza de Jerjes, de Julio César, o de Espartaco? Lo sabemos todo sobre sus batallas y nada sobre su dimensión humana, sus debilidades o sus mentiras o, por ejemplo, sobre sus chirridos intelectuales o morales. No tenemos un solo documento del que resulte que Vercingétorix fuera un bribón. Ignoramos si Jesucristo fue alto o bajo, rubio o moreno, culto o sencillo, si dijo las cosas que afirman san Lucas, san Mateo, san Marcos y san Juan. ¡Ah! ¿Si alguien lo hubiese entrevistado con un magnetófono para conservar su voz, sus ideas, sus palabras! ¿Si alguien hubiese taquígrafado lo que Juana de Arco dijo en el proceso antes de subir a la pira! ¡Ah, si alguien hubiese interrogado con un tomavistas a Cromwell y Napoleón! No me fto de las crónicas transmitidas de oído, de los relatos redactados demasiado tarde y sin posibilidad de pruebas. La historia de ayer es una novela llena de hechos que nadie puede controlar, de juicios a los que nadie puede replicar.

La historia de hoy, no. Porque la historia de hoy se escribe en el mismo instante de su acontecer. Se puede fotografiar, filmar, grabar en cinta, como las entrevistas con los pocos que controlan el mundo y cambian su curso. Se la puede difundir en seguida, desde la prensa, la radio, la televisión. Se puede interpretar y discutir en caliente. Amo el periodismo por esto. Temo al periodismo por esto. ¿Qué otro oficio permite a uno vivir la historia en el instante mismo de su devenir y también ser un testimonio directo? El perio-

dismo es un privilegio extraordinario y terrible, no es raro, si se es consciente, debatirse en mil complejos de ineptitud. No es raro, ante un acontecimiento o un encuentro importante, que sienta como una angustia, el miedo de no tener bastantes ojos, bastantes oídos y bastante cerebro para ver y oír y comprender, como una carcama infiltrada en la madera de la historia. No exagero cuando digo que en cada experiencia profesional dejo jirones del alma. No me es fácil decir para mis adentros: no es necesario ser Herodoto; por mal que vaya aportaré una piedrecita útil para componer el mosaico, daré informaciones útiles para hacer pensar a la gente. Y si se equivoca, paciencia.

Mi libro nace así, en el espacio de siete años: aquellos en los que hice las veintisiete entrevistas para mi periódico, «L'Europeo». Y en los personajes que muestro me guió la misma intención: buscar, junto a la noticia, una respuesta a la pregunta en-qué-son-distintos-de-nosotros. Encontrarlo, que quede claro, fue una empresa extenuante. A la solicitud de una cita oían casi siempre belados silencios o negativas (en efecto, los veintiséis del libro no son los únicos a quienes intenté entrevistar), y si luego respondían con un sí, había de esperar meses para que me concedieran una hora o media hora. Sin embargo, una vez allí era un juego tocar la verdad y descubrir que ni siquiera un criterio selectivo justificaba su poder: quien determina nuestro destino no es realmente mejor que nosotros, no es más inteligente, ni más fuerte ni más iluminado que nosotros. En todo caso es más emprendedor, más ambicioso. Sólo en rarísimas circunstancias tuve la certeza de encontrarme ante criaturas nacidas para guiarnos o para hacernos tomar un camino en lugar de otro. Pero esos casos eran los de hombres que no se hallaban en el poder: es más, lo habían combatido y lo combatían con el riesgo de su propia vida. En cuanto se refiere a aquellos que de un modo u otro me gustaron o me sedujeron, ha llegado el momento de confesarlo, mi cerebro mantiene una especie de reserva y mi corazón cierta insatisfacción. En el fondo me disgustaba que estuviesen sentados en el vértice de una pirámide. No consiguiendo creerlos como hubiese querido, no podía juzgarlos inocentes. Y menos aún compañeros de ruta.

Quizá porque no comprendo el poder, el mecanismo por el cual un hombre o mujer se sienten investidos o se ven investidos del derecho de mandar sobre los demás y de castigarles si no obedecen. Venga de un soberano despótico o de un presidente electo, de un general asesino o de un líder venerado, veo el poder como un fenómeno inhumano y odioso. Me equivocaré, pero el paraíso terrenal no acabó el día en que Adán y Eva fueron informados por Dios de que en adelante trabajarían con sudor y parirían con dolor. Terminó el día en que repararon en la existencia de un amo que les prohibía co-

mor una manzana y, expulsados por una manzana, se pusieron al frente de una tribu y se les prohibió incluso comer carne el viernes. De acuerdo: para vivir en grupo es necesaria una autoridad que gobierne, si no es el caos. Pero ésto me parece el aspecto más trágico de la condición humana: tener necesidad de una autoridad que gobierne, de un jefe; la única cosa segura es que no se le puede controlar y que mata tu libertad. Peor: es la más amarga demostración de que la libertad no existe en absoluto, no ha existido nunca y no puede existir. Aunque hay que comportarse como si existiera y buscarla. Cueste lo que cueste.

Creo mi deber advertir al lector que estoy convencida de esto y del hecho que las manzanas nacen para ser cogidas, que la carne se pueda comer incluso en viernes. Creo también mi deber recordarle que, en la misma medida que no comprendo el poder, comprendo a quien se opone al poder, quien censura el poder, quien replica al poder, sobre todo a quien se rebela contra el poder impuesto por la brutalidad. La desobediencia hacia los prepotentes la he considerado siempre como el único modo de usar el milagro de haber nacido. El silencio de los que no reaccionan e incluso aplauden, lo he considerado siempre como la muerte verdadera de una mujer o de un hombre. Y oídme: el más bello monumento a la dignidad humana es el que vi sobre una colina del Peloponeso, junto con mi compañero, Alejandro Panagulis, el día en que me llevó a conocer a unos cuantos miembros de la resistencia. Era el verano de 1973 y Papadopoulos estaba todavía en el poder. No era una estatua ni tampoco una bandera, sino tres letras: OXI, que en griego significa NO. Hombres sedientos de libertad la habían escrito entre los árboles durante la ocupación nazifascista y, durante treinta años, aquel No había estado allí, sin desteñirse con la lluvia o el sol. Después, los coroneles lo hicieron borrar con una capa de cal. Pero en seguida, casi por sortilegio, la lluvia y el sol disolvieron la cal. Así que, día tras día, el No reaparecía, terco, desesperado, indeleble.

Este libro no pretende ser nada más de lo que es. No quiere prometer nada más que lo que promete, es decir, un testimonio directo que procede de una treintena de personajes de la historia contemporánea, dotado, cada uno, de su propio significado simbólico. Lo cierto es que al reimprimir el libro en esta nueva edición, mucho más rica que la precedente, no he querido reconstruir ninguna de las entrevistas, y he modificado las presentaciones sólo mínimamente: limitándome, en algunos casos, a alterar los tiempos verbales, es decir, poniendo en indefinido o en pretérito perfecto los verbos que antes figuraban en presente. Igual principio he seguido en cuanto al aditamento de diez de las más importantes entrevistas que llevé a cabo después de la aparición del libro: la de Giulio Andreotti; la de Giorgio Amendola;

la del arzobispo Makarios; la del jefe de la CIA, William Colby; la de su adversario, Otis Pike; la de Santiago Carrillo; la de Álvaro Cunhal; las de Mario Soares y la que mantuve con Yamani. Como es obvio, el juicio que un encuentro o un personaje nos ha merecido va haciéndose más amplio y profundo con los años. Pero, de haber yo sucumbido a la tentación de comentarlos conforme a la visual del Tiempo, habrían perdido su valor de documentos cristalizados en el instante en que los vi y los presenté: su carácter de inmediatos se hubiese visto alterado cual una fotografía que se somete a retoques. Sólo en el caso de la entrevista con Alejandro Panagulis, que emblemáticamente cierra el libro, he juzgado oportuno añadir un amplio retazo que da cuenta de lo que fue de él. Los motivos no son sentimentales, es decir, que no obedecen al hecho de que Alekos llegase a ser mi compañero en la vida, también en lo moral. Murió víctima del mismo Poder que este libro denuncia, condena y odia. Lo que he intentado decir con esta obra mía debe, pues, y a mayor razón después del asesinato de Alejandro Panagulis, ser leído teniendo presente ese NO que reaparece terco, desesperado, indeleble, entre los árboles de una colina del Peloponeso.

Oriana FALLACI

Henry Kissinger

Este hombre tan famoso, tan importante, tan afortunado, a quien llamaban Superman, Superstar, Superkraut, que lograba paradójicas alianzas y conseguía acuerdos imposibles, tenía al mundo con el alma en vilo, como si el mundo fuese su alumnado de Harvard. Este personaje increíble, inescrutable, absurdo en el fondo, que se encontraba con Mao Tse-tung cuando quería, entraba en el Kremlin cuando le parecía, despertaba al presidente de los Estados Unidos y entraba en su habitación cuando lo creía oportuno, este cuarentón con gafas ante el cual James Bond queda convertido en una ficción sin alicientes, que no dispara, no da puñetazos, no salta del automóvil en marcha como James Bond, pero aconsejaba guerras, terminaba guerras, pretendía cambiar nuestro destino e incluso lo cambiaba. En resumen, ¿quién es Henry Kissinger?

Se han escrito libros sobre él como se escriben sobre las grandes figuras absorbidas ya por la Historia. Libros como el que ilustra sobre su formación político-cultural: *Kissinger y el uso del poder*, debido a la admiración de un colega de la universidad; libros como el que canta sus dotes de seductor: *Querido Kissinger*, debido al amor no correspondido de una periodista francesa. Con su colega de la universidad no ha querido hablar nunca. Con la periodista francesa no ha querido acostarse jamás. Alude a ambos con una mueca de desprecio y liquida a los dos con un despectivo además de su gruesa mano: «No comprenden nada». «No es cierto nada.» Su biografía es objeto de investigaciones rayanas en el culto. Se sabe todo: que nació en Furth, en Alemania, en 1923, hijo de Luis Kissinger, profesor de una escuela secundaria, y de Paula Kissinger, ama de casa. Se sabe que su familia es hebrea, que catorce de sus parientes murieron en campos de concentración, que con su padre, su madre y su hermano Walter, huyó a Londres en 1938 y después a Nueva York; que tenía en aquel tiempo quince años y se llamaba Heinz, no Henry, y no sabía una palabra de inglés. Pero lo aprendió muy pronto. Mientras el padre trabajaba en una oficina postal y la madre abría un negocio de pastelería, estudió lo bastante para ser admitido en Harvard y obtener la licenciatura por unanimidad con una tesis sobre Spengler, Toynbee y Kant, y convertirse en profesor. Se sabe que a los veintiún años fue soldado en Alemania, donde estuvo en un grupo de GI seleccionados por un test, considerados inteligentes hasta rozar el genio. Que por esto, y a pesar de su juventud, le encargaron la organización del gobierno de Krefeld, una ciudad alemana que había quedado sin gobernantes. De hecho, en Krefeld aflora su pasión por la política, pasión que apagaría convirtiéndose en consejero de Kennedy, de Johnson y, después, en asistente de Nixon. No por azar se le consideraba el segundo hombre más poderoso de América, aunque algunos sostienen que era bastante más, como lo demostraba el chiste que circulaba por Washington en la época de mi entrevista: «Imagina lo que sucedería si muriese Henry Kissinger: Richard Nixon se convertiría en presidente de los Estados Unidos».

Le llamaban la nodriza mental de Nixon. Para él y para Nixon habían acuñado un apellido malicioso y revelador: Nixinger. El presidente no podía prescindir de él. Lo quería siempre cerca: en cada viaje, en cada ceremonia, en cada cena oficial, en cada período de descanso. Y sobre todo, en cada decisión. Si Nixon decidía ir a Pekín, llenando de estupor a la derecha y a la izquierda, era Kissinger quien le había metido en la cabeza la idea de ir a Pekín. Si Nixon decidía trasladarse a Moscú, confundiendo a Oriente y a Occidente, era Kissinger quien le había sugerido el viaje a Moscú. Si Nixon decidía pactar con Hanoi y abandonar a Thieu, era Kissinger quien lo había llevado a dar ese paso. Su casa era la Casa Blanca. Cuando no estaba de viaje haciendo de embajador, de agente secreto, de ministro del Exterior, el negociante entraba en la Casa Blanca al amanecer y salía ya de noche. A la Casa Blanca llevaba a lavar sus mudas, envueltas despreocupadamente en paquetes de papel que no se sabía dónde iban a parar. (¿A la lavandería privada del presidente?) En la Casa Blanca comía a menudo. No dormía allí porque no hubiera podido llevar mujeres. Divorciado desde hacía nueve años, había hecho de sus aventuras galantes un mito que alimentaba con cuidado aunque muchos no crean ni la mitad. Actrices, figurantas, cantantes, modelos, periodistas, bailarinas, millonarias. Se decía que todas le gustaban. Pero los escépticos replicaban que no le gustaba ninguna: se comportaba así por juego, consciente de que eso multiplicaba su encanto, su popularidad y sus fotografías en los semanarios. En ese sentido era también el hombre más comentado en América, y el que estaba más de moda. Eran moda sus gafas de miope, sus rizos de hebreo, sus trajes grises con corbata azul, su falso caminar de ingenuo que ha descubierto el placer.

Por eso el hombre seguía siendo un misterio, como su éxito sin parangón. Y la razón de ese misterio era que acercarse a él y comprenderlo resultaba difícilísimo; no concedía entrevistas individuales, hablaba sólo en las ruedas de prensa acordadas por la presidencia. Y yo, lo juro, aún no he comprendido por qué aceptó verme apenas tres días después de haber recibido una carta mía sobre la que no me hacía ilusiones. Dijo que era por mi entrevista con el general Giap, hecha en Hanoi, en febrero del sesenta y nueve. Tal vez. Pero subsiste el hecho de que después del extraordinario «sí», cambió de idea y aceptó verme con una condición: no decirme nada. Durante el encuentro hablaría sólo yo y de lo que dijera dependería que me concediera o no la entrevista; suponiendo que tuviera tiempo para ello. Nos encontramos en la Casa Blanca, el jueves, 2 de noviembre de 1972. Lo vi llegar apresurado, sin sonreír y me dijo: «Good morning, miss Fallaci». Después, siempre sin sonreír, me hizo entrar en su estudio, elegante, lleno de libros, teléfonos, papeles, cuadros abstractos, fotografías de Nixon. Allí me olvidó y se puso a leer, vuelto de espaldas, un extenso escrito mecanografiado. Era un tanto embarazoso estar allí, en medio de la estancia, mientras él leía, dándome la espalda. Era incluso tonto e ingenuo por su parte. Pero me permitió estudiarlo antes de que él me estudiase a mí. Y no sólo para descubrir que no es seductor, tan bajo y robusto y prensado por aquel cabezón de carnero, sino para descubrir que ni siquiera es desenvuelto ni está seguro de sí. Antes de enfrentarse a alguien necesita tomar su tiempo y protegerse con su autoridad. Fenómeno frecuente en los tími-

dos que intentan ocultar su timidez, y que, en este empeño, acaban por parecer descorteses. O serlo de verdad.

Terminada la lectura, meticulosa y atenta a juzgar por el tiempo empleado, se volvió por fin hacia mí y me invitó a sentarme en el diván. Después se sentó en el sillón de al lado, más alto que el diván, y en esta posición estratégica, de privilegio, empezó a interrogarme con el tono de un profesor que examina a un alumno del que desconfía un poco. Recuerdo que se parecía a mi profesor de matemáticas y física en el Instituto Galileo de Florencia; un tipo al que odiaba porque se divertía asustándome, con la mirada irónica, fija en mí, a través de las gafas. De aquel profesor, tenía hasta la voz de barítono más bien gutural y la manera de apoyarse en el respaldo del sillón ciñéndolo con el brazo derecho; el gesto de cruzar las gruesas piernas mientras la chaqueta tiraba sobre el hinchado vientre y amenazaba con hacer saltar los botones. Si pretendía ponerme incómoda, lo consiguió perfectamente. La pesadilla de mis días escolares era tan viva, que a cada pregunta suya pensaba: «¿Sabré contestar? Porque si no me suspenderá». La primera pregunta fue sobre el general Giap: «Como le he dicho ya, no concedo nunca entrevistas individuales. La razón por la cual me dispongo a considerar la posibilidad de concederle una a usted es porque he leído su entrevista con Giap. Very interesting. Muy interesante. ¿Qué clase de individuo es Giap?» Lo preguntó con el aire de quien tiene muy poco tiempo disponible, lo que me obligó a resumir con una frase efectista. Y contesté: «Un esnob francés, en apariencia. Jovial y arrogante al mismo tiempo pero, en el fondo, aburrido como un día de lluvia. Más que una entrevista, aquello fue una conferencia. Y no me entusiasmó. Sin embargo, todo lo que me dijo resultó exacto».

Minimizsar a los ojos de un norteamericano el personaje de Giap es casi un insulto; todos están un poco enamorados de él como lo estuvieron de Rommel. La expresión «esnob francés» lo dejó perplejo. Tal vez no la comprendió. La revelación de que era «aburrido como un día de lluvia», lo turbó: sabe que sufre también este estigma de tipo aburrido y por un par de veces su mirada azul relampagueó de modo hostil. Pero lo que realmente le afectó fue que yo diese crédito a Giap al haberme previsto cosas exactas. Me interrumpió: «¿Exactas, por qué?» «Porque Giap había anunciado en 1969, lo que sucedería en 1972», repliqué. «¿Por ejemplo?» «Por ejemplo, el hecho de que los norteamericanos se retirarían poco a poco y después abandonarían aquella guerra que les costaba siempre demasiado dinero, y que amenazaba con llevarlos al borde de la inflación.» La mirada azul relampagueó de nuevo. «¿Y cuál fue, a su parecer, la cosa más importante que le dijo Giap?» «El no haber reconocido, en sustancia, la ofensiva del Tet, atribuyéndola únicamente a los vietcong.» Esta vez no hizo comentarios. Sólo preguntó. «¿Considera que la iniciativa partió de los vietcong?» «Tal vez sí, doctor Kissinger. Todos saben que a Giap le gustan las ofensivas con carros armados, a lo Rommel. De hecho, la ofensiva de Pascua la hizo a lo Rommel y...» «¡Pero la perdió!» «¿La perdió?» le rebatí. «¿Qué le hace pensar que no la haya perdido?» «El hecho de que haya aceptado un acuerdo que a Thieu no le gusta, doctor Kissinger.» Y, tratando de arrancarle alguna noticia, añadí en tono distraído:

«Thieu no cederá nunca». Cayó en la trampa y repuso: «Cederá. Debe hacerlo». Después, terreno minado, se concentró en Thieu. Me preguntó qué pensaba de Thieu. Le dije que nunca me había gustado. «¿Y por qué nunca le ha gustado?» «Doctor Kissinger, lo sabe mejor que yo. Usted se ha fatigado tres días con Thieu, más bien cuatro.» Esto le arrancó un suspiro de asentimiento y una mueca, que, al recordarla, asombra. Pero en este primer encuentro, no sé por qué, se controló poco. Cuando yo decía algo contra Thieu asentía o suspiraba ligeramente, o sonreía con complicidad.

Después de Thieu, me preguntó sobre Cao Ky y Do Cao Try. Del primero dijo que era débil y que hablaba demasiado. Del segundo, que lamentaba no haberlo conocido: «¿Era, de veras, un gran general?» «Sí —le confirmé—; un gran general y un general valiente: el único general que he visto marchar en primera línea y en combate. Por esto, supongo, lo asesinaron.» Fingió estupor. «¿Lo asesinaron? ¿Quién?» «Desde luego no los vietcong, doctor Kissinger. El helicóptero no cayó tocado por un mortero, sino porque alguien había manipulado los mandos. Y seguro que Thieu no lamentó este crimen, ni Cao Ky tampoco. Se estaba creando una leyenda en torno a Do Cao Try y hablaba muy mal de Thieu y Ky. Incluso durante mi entrevista, los atacó sin piedad.» Esto le turbó más que el hecho de que, más tarde, criticase al ejército sudvietnamita. Esto sucedió al preguntarme qué había visto la última vez que estuve en Saigón, y yo le contesté que había visto un ejército que no valía un pimiento, y su rostro asumió una expresión perpleja. Sospechando que fingía, bromee: «Doctor Kissinger, no me diga que me necesita para enterarse de estas cosas. ¿Usted que es la persona más informada del mundo!» Pero no captó la ironía y continuó el interrogatorio como si de mis opiniones dependiera la suerte del cosmos, o como si él no pudiese vivir sin ellas. Sabe adular con diabólica e hipócrita delicadeza. ¿O debo decir diplomacia?

Al decimoquinto minuto del coloquio, cuando me hubiese dado de bofetadas por haber aceptado aquella absurda entrevista por aquel a quien quería entrevistar, olvidó un poco el Vietnam y, en el tono del reportero interesado, me preguntó cuáles habían sido los jefes de Estado que más me habían impresionado. (El verbo impresionar le gusta.) Resignada, le hice la lista. Sobre todo estubo de acuerdo con Bhutto: «Muy inteligente, muy brillante». No lo estuvo con respecto a Indira Gandhi: «¿De veras le gustó Indira Gandhi?» Como si quisiera justificar la desgraciada elección que había sugerido a Nixon durante el conflicto indopakistaní, cuando se declaró a favor de los pakistaníes que perdieron la guerra y contra los hindúes, que la ganaron. De otro jefe de Estado, del cual yo había dicho que no me parecía excesivamente inteligente pero .ne había gustado mucho, dijo: «La inteligencia no sirve para ser jefe de Estado. Lo que cuenta en un jefe de Estado es la fuerza. El valor, la astucia y la fuerza». Considero esta frase como la más interesante que me haya dicho, con o sin magnetófono. Ilustra su tipo, su personalidad. El hombre ama la fuerza por encima de todo. El valor, la astucia, la fuerza. La inteligencia le interesa bastante menos, aunque posea tanta como todos afirman. (Pero ¿se trata de inteligencia o de erudición y astucia? A mi entender, la inteligencia que cuenta es la que nace de la comprensión de los hombres. Y

no diría que tal inteligencia la tuviera él. Así, sobre este tema debería hacerse un estudio un poco más profundo. Admito que vale la pena.)

El último capítulo del examen, se inició con la pregunta que menos esperaba: «¿Qué piensa que sucederá en Vietnam con el alto el fuego?» Pillada de improviso, dije la verdad. Dije que lo había escrito en mi correspondencia, recientemente publicada: vendría un baño de sangre por los dos lados. «Y el primero en empezar será su amigo Thieu.» Se me echó encima, casi ofendido: «¿Amigo mío?» «Bueno, digamos Thieu.» «¿Y por qué?» «Porque incluso antes que los vietcong inicien sus matanzas, él hará una carnicería en las cárceles y en las penitenciarías. No habrá muchos neutralistas ni muchos vietcong en el gobierno provisional después del alto el fuego...» Arrugó la frente, estuvo un momento callado y por fin dijo: «También usted cree en el baño de sangre... ¡pero habrá supervisores internacionales!» «Doctor Kissinger, también en Dacca estaban los hindúes y no consiguieron impedir las matanzas de Mukti Bahini a expensas de los bihari.» «Ya, ya. Y si... ¿Y si retrasáramos el armisticio un año o dos?», repitió. Me hubiera cortado la lengua, hubiese llorado. Creo haber alzado hacia él dos ojos lúcidos: «Doctor Kissinger, no me cree la angustia de haberle metido en la cabeza una idea equivocada. Doctor Kissinger, la carnicería recíproca tendrá lugar de todos modos, hoy, dentro de un año o dentro de dos. Y si la guerra continúa todavía un año o dos años, a los muertos de aquella carnicería habrá que añadir los muertos por bombardeo o en combate. ¿Me explico? Diez y veinte son treinta. ¿Qué es mejor? ¿Diez o treinta muertos?» Esta historia me quitó el sueño dos noches y cuando volvimos a vernos para la entrevista se lo confesé. Pero me consoló diciendo que no me creara *ningún* complejo de culpabilidad, que mi cálculo era exacto, que eran mejor diez que treinta; incluso este episodio ilustra su tipo, su personalidad. Es un hombre que lo escucha todo, que lo registra todo, como una computadora. Y cuando parece que ha desechado una información ya antigua o no aprovechable, la hace reaparecer fresquísima y útil.

Al vigesimoquinto minuto aproximadamente, decidí que había aprobado el examen. Tal vez me hubiera concedido la entrevista. Pero había un punto que le preocupaba: yo era una mujer y precisamente con una mujer, la periodista francesa que había escrito *Dear Henry*, había tenido una experiencia desafortunada. ¿Y si yo, a pesar de todas mis buenas intenciones, lo colocaba también en una situación embarazosa? Entonces me enojé. Y desde luego no podía decirle lo que en aquel momento me quemaba los labios: que no tenía la menor intención de enamorarme de él ni de atormentarlo con una corte despiadada. Pero podía decirle otra cosa y se la dije: que no me colocara en la misma situación de 1968 en Saigón, en que a causa del papelito hecho por un italiano aprovechado, me vi obligada a abandonarme a audacias imbéciles. Que él comprendiera, en suma, que yo no era, en modo alguno, responsable del mal gusto de una señora que hacía mi mismo trabajo y que, por lo tanto, no debía pagar por ella. Si era necesario, saldría del asunto con un par de bofetadas. Convino en ello sin que le arrancase una sonrisa, y me anunció que había encontrado una hora en su jornada del sábado. Y a las diez del sábado, 4 de noviembre, estaría de nuevo en la

Casa Blanca. A las diez y media entraba otra vez en su oficina para iniciar la entrevista quizá más incómoda de todas las que haya hecho. ¡Señor, qué pena! Cada diez minutos nos interrumpía el timbre del teléfono, y era Nixon que quería cualquier cosa, que preguntaba cualquier cosa, petulante, fastidioso, como un niño que no sabe estar lejos de mamá. Kissinger contestaba apresurada y obsequiosamente, y el diálogo conmigo se interrumpía haciendo aún más difícil el esfuerzo de comprenderlo medianamente. Después, justo en el mejor momento, cuando él me desvelaba la esencia inaprehensible de su personalidad, uno de los dos teléfonos sonó de nuevo. Era otra vez Nixon: ¿Podía el doctor Kissinger entrevistarse un momento con él? Por supuesto, señor presidente. Se levantó, me pidió que esperara, que intentaría encontrar un poco de tiempo, salió, y aquí se acabó nuestro encuentro. Dos horas más tarde, mientras estaba aún esperando, el asistente Dick Campbell compareció muy confuso para decirme que el presidente salía hacia California y que el doctor Kissinger tenía que marcharse con él. No regresaría a Washington antes del martes por la noche, cuando ya hubiera empezado el escrutinio de votos, y dudaba razonablemente que en aquellos días pudiese terminar la entrevista. Si hubiese podido esperar hasta fines de noviembre, cuando el panorama estuviera ya despejado...

No podía esperar y no valía la pena. ¿De qué hubiese servido confirmar los perfiles de un retrato que ya poseía? Un retrato que nace de una confusión de líneas, de colores, de respuestas evasivas, de frases reticentes, de silencios irritantes. Sobre el Vietnam, es obvio que no podía añadir más y me sorprende que hubiera dicho tanto: que la guerra terminase o continuara no dependía sólo de él y no podía permitirse el lujo de comprometerlo todo con una palabra de más. Sobre sí mismo no existían estos problemas pero, no obstante, cada vez que le dirigía una pregunta concreta, la esquivaba y se escurría como una anguila. Una anguila más fría que el hielo. ¡Cielos, qué hombre de hielo! En toda la entrevista no alteró nunca aquella voz monótona, triste, siempre igual. La aguja del registrador se desplaza cuando se pronuncia una palabra en un tono más alto o más bajo. Con él no se movió, y más de una vez hubo de controlar el aparato: asegurarme de que el magnetófono funcionaba bien. ¿Sabéis el rumor obsesionante, martilleante, de la lluvia que cae sobre el tejado? Pues su voz es así. Y, en el fondo, también sus pensamientos, jamás perturbados por un deseo de fantasía, por un esbozo de audacia o por una tentación de error. Todo está calculado en él; como el vuelo de un avión conducido por el piloto automático. Pesa cada frase hasta el miligramo. No se le escapa nada que no quiera decir y lo que dice entra siempre en la mecánica de una utilidad. Le Duc Tho debe de haber sudado tinta en aquellos días y Thieu debe de haber sometido su astucia a una prueba durísima. Kissinger tiene los nervios y el cerebro de un jugador de ajedrez.

Claro está que hay cuestiones a considerar en otros aspectos de su personalidad: por ejemplo, el hecho de que sea inequívocamente hebreo e irremediamente alemán. Por ejemplo, el hecho de que, como hebreo y como alemán trasplantado a un país que aún mira con prevención a los hebreos y a los alemanes, arrastre un montón de problemas, contradicciones, resentimientos y tal vez una humanidad oculta. Sí, he

dicho humanidad. A veces se encuentran tipos parecidos. Con un poco de esfuerzo, se pueden encontrar en Kissinger elementos del personaje que se enamora de Marlene Dietrich en *El ángel azul*. Y se pierde por ella. Su frívola persecución de mujeres le ha costado ya un matrimonio; tarde o temprano, dicen, perderá la cabeza por una de estas bellezas que se lo disputan sólo porque es tan famoso y garantiza la publicidad. Es posible. Desde mi punto de vista es el típico héroe de una sociedad donde todo es posible: hasta que un tímido profesor de Harvard, habituado a escribir aburridísimos libros de historia y ensayos sobre el control de la energía atómica, se convierte en una especie de divo que gobierna junto al presidente, una especie de playboy que regula las relaciones entre las grandes potencias e interrumpe las guerras, un enigma que intentamos descifrar sin advertir que, probablemente, no hay nada o casi nada que descifrar. Como siempre, cuando la aventura se viste de gris

Publicada íntegra en el semanario «New Republic», reproducida en sus aspectos más importantes por los diarios de Washington, de Nueva York, y más tarde en casi todos los periódicos de los Estados Unidos, la entrevista con Kissinger levantó unos comentarios cuyas consecuencias me asombraron. Evidentemente había subvalorado al personaje y el interés que despertaba cada una de sus palabras. Evidentemente había minimizado la importancia de aquella interminable hora con él. Esto se transformó, de repente, en el tema del día. Y, rápidamente, comenzó a circular el rumor de que Nixon estaba furioso con Henry, que rehusaba incluso verlo, que era inútil que Henry le telefonease, le pidiese audiencia, fuera a buscarlo a la residencia de San Clemente. Las verjas de San Clemente estaban cerradas, la audiencia no se concedía y el teléfono no contestaba porque el presidente continuaba negándose. El presidente, entre otras cosas, no perdonaba a Henry lo que Henry me había dicho sobre la razón de su éxito: «La razón principal nace del hecho de haber actuado siempre solo. Esto les gusta mucho a los norteamericanos. Les gusta el cowboy que avanza solo sobre su caballo, el cowboy que entra solo en la ciudad, en el poblado, con su caballo y nada más...» También la prensa lo criticaba por esto.

La prensa siempre ha sido generosa con Kissinger, despiadada con Nixon. Pero en este caso, los partidismos se alteraron y cada periodista había condenado la presunción, o por lo menos la imprudencia, de unas frases como éstas. ¿Cómo se atrevía Henry Kissinger a arrogarse el mérito de aquello que obtenía como enviado de Nixon? ¿Cómo se atrevía a relegar a Nixon al papel de espectador? ¿Dónde estaba el presidente de los Estados Unidos cuando el profesorcillo entraba en el pueblo para arreglar las cosas al estilo de Henry Fonda en las películas del Oeste? En los periódicos más crueles aparecieron viñetas en las que Kissinger, vestido de cowboy, cabalgaba hacia un «saloon». En otros, aparecía la fotografía de Henry Fonda con las espuelas y el sombrero característico, y la leyenda «Henry, el cowboy solitario». Exasperado, Kissinger se dejó entrevistar por un cronista y dijo que haberme recibido era «la cosa más estúpida que había hecho en su vida». Declaró que yo había defor-

mado sus respuestas, alterado sus ideas, inventado sus palabras, y lo hizo de modo tan grosero que me enfurecí más que Nixon y pasé al contraataque. Le envié un telegrama a París, donde estaba aquellos días, y en resumen le pregunté si era un hombre de honor o un payaso. Incluso lo amenacé con publicar la grabación de la entrevista. Que no olvidase el señor Kissinger que había sido registrada en cinta y que esta cinta estaba a disposición de todos para refrescarle la memoria y la corrección. Declaré lo mismo a «Time Magazine», a «Newsweek», a las estaciones de televisión de la CBS y de la NBC, y a quienquiera que vino a preguntarme sobre lo que estaba sucediendo. El litigio duró casi dos meses para desdicha de ambos y especialmente mía. No podía más de Henry Kissinger; su nombre bastaba para ponerme nerviosa. Lo detestaba hasta el punto de no llegar siquiera a darme cuenta de que el pobrecillo no había tenido otra elección que la de echarme la culpa a mí. Y, por supuesto, sería inexacto decir que en aquel período le desee cualquier éxito o felicidad.

El hecho es que mis anatemas no tuvieron fuerza. Nixon dejó de ponerle mala cara a su Henry y los dos volvieron a arrullar como dos palomas. Su armisticio tuvo efecto. Los prisioneros norteamericanos volvieron a sus casas. Aquellos prisioneros que urgían tanto al señor presidente. Y la realidad del Vietnam se convirtió en una espera de la próxima guerra. Un año más tarde Kissinger era secretario de Estado, en lugar de Rogers. En Estocolmo, le dieron finalmente el premio Nobel de la Paz. Pobre Nobel. Pobre paz.

ORIANA FALLACI.— *Me pregunto lo que intenta en estos días, doctor Kissinger. Me pregunto si también usted se siente decepcionado como nosotros, como la mayor parte del mundo. ¿Está decepcionado?*

HENRY KISSINGER.— ¿Decepcionado? ¿Por qué? ¿Qué ha sucedido en estos días para que yo esté decepcionado?

Una cosa triste, doctor Kissinger: a pesar de que usted dijo que la paz estaba «al alcance de la mano» y pese a que se ha confirmado el acuerdo de paz con los norvietnamitas, la paz no llega. La guerra continúa como antes y peor que antes.

La paz llegará. Estamos decididos a hacerla y se hará. Dentro de pocas semanas o tal vez menos; en cuanto se reanuden las negociaciones con los norvietnamitas para el acuerdo definitivo. Así lo dije hace diez días y así lo repito. Sí, la paz llegará en un espacio de tiempo razonablemente corto si Hanoi acepta otra reunión antes de firmarse el acuerdo, una reunión para determinar los detalles, si la acepta con el mismo espíritu y con la misma actitud que mantuvo en octubre. Estos

«si» son la única incertidumbre de los últimos días. Pero es una incertidumbre que ni siquiera deseo considerar; usted es presa del pánico y en estas cosas no hay que dejarse atemorizar. Ni hay que ser impaciente. El hecho es que... En resumen: hace meses que hemos iniciado estas negociaciones, y ustedes, los periodistas, no nos han hecho caso. Han continuado diciendo que no desembocarían en nada. Luego, de improviso, se entusiasmaron con la paz ya hecha y ahora dicen que las negociaciones han fallado. De esta forma nos toman la temperatura cada día, cuatro veces al día. Pero la toman desde el punto de vista de Hanoi. Y... preste atención: yo comprendo el punto de vista de Hanoi. Los norvietnamitas querían que firmásemos el 31 de octubre, lo que era razonable e irrazonable al mismo tiempo y... No, no intento polemizar sobre esta cuestión.

¡Pero ustedes se habían comprometido a firmar el 31 de octubre!

Digo y repito que fueron ellos los que insistieron sobre esta fecha y que, para evitar una discusión abstracta sobre fechas, que en aquel momento parecían puramente teóricas, nos comprometimos a hacer todo lo posible para que las negociaciones terminaran antes del 31 de octubre. Pero siempre quedó claro, al menos para nosotros, que no podíamos firmar un acuerdo al que faltaba ultimar los detalles. No podíamos mantener una fecha sólo porque, de buena fe, habíamos prometido hacer todo lo posible por mantenerla. Así, ¿en qué punto estamos? En el punto en que los detalles están aún por determinar y es indispensable una nueva reunión. Ellos dicen que no es indispensable, que no es necesaria. Yo digo que es indispensable y que se hará. Se hará apenas los norvietnamitas me llamen a París. Pero estamos sólo a 4 de noviembre, hoy es 4 de noviembre, y comprendo que los norvietnamitas no quieran reanudar las negociaciones tan pocos días después de la fecha en que habían solicitado firmar. Puedo comprender este aplazamiento. Pero no es concebible, al menos para mí, que se nieguen a otra reunión. Y menos ahora que ya hemos recorrido el noventa por ciento del camino y estamos llegando a la meta. No, no estoy decepcionado. Lo estaré, desde luego, si Hanoi intenta romper el acuerdo, si rehúsa discutir cualquier modificación. Pero no puedo creerlo, no. Ni siquiera puedo sospechar que se haya llegado tan lejos para que todo se malogre por una cuestión de prestigio, de procedimiento, de fechas, de matiz.

Sin embargo, dan la impresión de mantenerse firmes en sus posiciones,

doctor Kissinger. Han vuelto a utilizar un vocabulario duro, han hecho acusaciones fuertes, casi insultantes para usted...

Oh, esto no significa nada. Ha sucedido antes y nunca lo hemos tomado en cuenta. Yo diría que el vocabulario duro, las acusaciones fuertes e incluso los insultos quedan dentro de la normalidad. En esencia, no ha cambiado nada. Desde el martes 31 de octubre, o sea desde el momento en que estamos en calma, ustedes continúan preguntándose si el enfermo está enfermo. Pero yo no veo ninguna enfermedad. Y mantengo que las cosas se resolverán, más o menos, como yo digo. La paz, repito, llegará dentro de pocas semanas, en cuanto se reanuden las negociaciones. No al cabo de muchos meses. Dentro de pocas semanas.

Pero ¿cuándo se reanudarán las negociaciones? Ésta es la cuestión.

Apenas Le Duc Tho lo desee. Estoy esperando. Pero sin inquietarme, se lo aseguro. Antes, entre encuentro y encuentro pasaban dos o tres semanas. No veo que ahora tengamos que preocuparnos porque pasen algunos días. La única razón del nerviosismo de todos ustedes es que la gente se pregunta: «¿Se reanudarán las negociaciones?» Cuando eran escépticos y no creían que se llegase a nada, nunca se daban cuenta de que pasaba el tiempo. Han sido ustedes demasiado pesimistas al principio, y demasiado optimistas después de mi conferencia de prensa, y ahora son otra vez demasiado pesimistas. No quieren meterse en la cabeza que todo está sucediendo tal como lo había pensado desde el momento en que dije que la paz estaba al alcance de la mano. Ahora hay que calcular un par de semanas, creo. Pero aunque fuesen más... Basta, no quiero hablar más del Vietnam. En este momento no puedo permitírmelo. Cada palabra que digo se convierte en noticia. Tal vez a finales de noviembre... Oiga, ¿por qué no nos vemos a fines de noviembre?

Porque es más interesante ahora, doctor Kissinger. Porque Thieu, por ejemplo, le ha desafiado a hablar. Lea este recorte del «New York Times». Cita una frase de Thieu: «Pregúntenle a Kissinger cuáles son los puntos que nos separan, cuáles son los puntos que no acepto».

Déjeme leer... ¡Ah! No, no le contestaré. No tendré en cuenta esta invitación.

Ya ha contestado, doctor Kissinger. Ya ha dicho que el punto de fricción nace del hecho que, según el tratado aceptado por usted, las tropas nor-

vietnamitas se quedarán en Vietnam del Sur. Doctor Kissinger, ¿cree que Norteamérica tendrá que firmar con Hanoi separadamente?

No me lo pregunte. Yo debo atenerme a lo que he dicho públicamente hace diez días... No puedo, no debo considerar una hipótesis que creo que no se verificará. Una hipótesis que no debe verificarse. Sólo puedo decirle que estamos decididos a firmar esta paz, y la firma-remos sea como sea, en el mínimo de tiempo posible, después de haberme reunido de nuevo con Le Duc Tho. Thieu puede decir lo que quiera. Es asunto suyo.

Doctor Kissinger, si le pusiera un revólver en la sien y le obligara a elegir entre una cena con Thieu y una cena con Le Duc Tho..., ¿qué elegiría?

No puedo contestar a esta pregunta.

¿Y si le contestara yo diciendo: me gusta pensar que preferiría cenar con Le Duc Tho?

No puedo, no puedo..., no quiero contestar a esta pregunta.

¿Puede responder a esta otra? ¿Le ha gustado Le Duc Tho?

Sí. Me ha parecido un hombre muy dedicado a su causa, muy serio, muy firme, y siempre cortés y educado. A veces también muy duro, más bien difícil de tratar; pero ésta es una cosa que yo siempre he respetado. Sí, respeto mucho a Le Duc Tho. Naturalmente, nuestra relación ha sido muy profesional, pero creo..., creo haber advertido en él como una sombra de dulzura. Por ejemplo, hubo momentos en que conseguimos incluso bromear. Decíamos que un día yo iría a enseñar relaciones internacionales a la universidad de Hanoi, y él vendría a enseñar marxismo-leninismo a la universidad de Harvard. Bien, yo definiría nuestras relaciones como buenas.

¿Diría lo mismo con respecto a Thieu?

También tengo buenas relaciones con Thieu. Antes...

Ya, antes. Los sudvietnamitas han dicho que ustedes no se han saludado como los mejores amigos.

¿Qué han dicho?

Que no se han saludado como buenos amigos, repito. ¿Afirmaría lo contrario, doctor Kissinger?

Bueno... Es cierto que tenemos nuestros puntos de vista. Y no necesariamente los mismos puntos de vista. Por tanto, digamos que Thieu y yo nos hemos saludado como aliados.

Doctor Kissinger, se ha demostrado que Thieu es un bueso más duro de roer de lo que se creía. Sin embargo, en lo que respecta a Thieu, ¿cree haber hecho todo lo que era posible hacer, o espera todavía poder conseguir algo más? En resumen, ¿se siente optimista respecto al problema Thieu?

¡Claro que me siento optimista! Aún tengo algo que hacer. ¡Mucho que hacer! Aún no he terminado, ¡no hemos terminado! Y no me siento impotente. No me siento desalentado. En absoluto. Me siento preparado, confiado, optimista. Si no puedo hablar de Thieu, si no puedo contarle lo que estamos tratando en este momento, esto no significa que me apresure a perder la confianza de arreglar las cosas en el tiempo previsto. Por eso es inútil que Thieu les induzca, a ustedes los periodistas, a que me obliguen a detallar los puntos sobre los que no estamos de acuerdo. Es inútil, porque ni siquiera me pone nervioso esta pregunta. Además, no soy hombre que se deje llevar por las emociones. Las emociones no sirven para nada. Y menos para obtener la paz.

Pero el que muere, el que está muriendo, tiene prisa, doctor Kissinger. En los periódicos de esta mañana aparecía una fotografía tremenda: la de un jovencísimo vietcong muerto dos días después del 31 de octubre. Y había una noticia tremenda: la de veintidós norteamericanos muertos en el helicóptero derribado por una granada vietcong tres días después del 31 de octubre. Y mientras usted condena la prisa, el departamento norteamericano de Defensa envía nuevas armas y nuevas municiones a Thieu. Y Hanoi hace lo mismo.

Eso era inevitable. Sucede siempre antes de un alto el fuego. ¿No recuerda las maniobras que tuvieron efecto en Oriente Medio cuando se proclamó el alto el fuego? Duraron, por lo menos, dos años. Mire, el hecho de que nosotros mandemos nuevas armas a Saigón y que Hanoi mande otras armas a los norvietnamitas instalados en el Sur, no significa nada. Nada. Nada. Y no me haga hablar más del Vietnam, por favor.

¿Tampoco quiere hablar de que, según lo que muchos piensan, el acuerdo aceptado por usted y por Nixon es prácticamente un acta de rendición a Hanoi?

¡Esto es un absurdo! Es un absurdo decir que el presidente Nixon, un presidente que ante la Unión Soviética y la China comunista y en vista de su propia elección ha asumido una actitud de defensa y de asistencia a Vietnam del Sur contra lo que él consideraba una invasión norvietnamita... Es un absurdo pensar que este presidente pueda rendirse a Hanoi. ¿Y por qué tendría que rendirse precisamente ahora? Lo que hemos hecho no ha sido rendirnos. Ha sido dar a Vietnam del Sur una oportunidad de sobrevivir en condiciones que son, hoy, más políticas que militares. Ahora les toca a los sudvietnamitas vencer la competencia política que les espera. Es lo que hemos dicho siempre. Si compara el acuerdo aceptado con nuestras propuestas del 8 de mayo se dará cuenta que se trata casi de lo mismo. No hay grandes diferencias entre lo que propusimos el pasado mayo y lo que, esquemáticamente, contiene el acuerdo aceptado. No hemos incluido nuevas cláusulas, no hemos hecho nuevas concesiones. Rechazo total y absolutamente la opinión de la «rendición». Y ahora, basta de hablar del Vietnam. Hablemos de Maquiavelo, de Cicerón, de todo menos del Vietnam.

Hablemos de la guerra, doctor Kissinger. Usted no es pacifista, ¿verdad?

No, no creo serlo. Aunque respete a los pacifistas genuinos, no estoy de acuerdo con ningún pacifista y en especial con los pacifistas a medias: los que aceptan la guerra por una parte y son pacifistas por la otra. Los únicos pacifistas con los que acepto hablar son los que soportan hasta el final las consecuencias de la no violencia. Pero incluso con éstos hablo sólo para decirles que serán aplastados por la voluntad de los más fuertes y que su pacifismo sólo les conducirá a horribles sufrimientos. La guerra no es una abstracción, es una cosa que depende de las condiciones. La guerra contra Hitler, por ejemplo, era necesaria. Lo que no quiere decir que la guerra sea necesaria de por sí, que las naciones deban hacerla para mantener su virilidad. Quiero decir que existen principios por los cuales las naciones deben estar preparadas para combatir.

Y de la guerra del Vietnam, ¿qué tiene que decirme, doctor Kissinger? Usted no ha estado nunca contra la guerra del Vietnam, me parece.

¿Cómo podría estarlo? Ni siquiera lo estuve antes de ocupar mi posición actual... No, no he estado nunca contra la guerra del Vietnam.

¿Y no cree que Schlesinger tiene razón cuando dice que la guerra del Vietnam sólo ha conseguido probar que medio millón de norteamericanos con toda su tecnología no han sido capaces de derrotar a hombres mal armados y vestidos con un pijama negro?

Éste es otro problema. Si es un problema que la guerra del Vietnam haya sido necesaria, justa, antes que... Las opiniones de este estilo dependen de la posición que cada uno adopta cuando su país está ya metido en la guerra y no hay más que pensar en la manera de sacarlo de ella. Después de todo, mi papel, nuestro papel, ha sido el de reducir en lo posible el grado de compromiso de Norteamérica en la guerra y, más tarde, el de terminar la guerra. En último caso será la historia la que diga quién hizo más: los que sólo han colaborado criticando, o los que hemos intentado limitar la guerra y hemos acabado por liquidarla. Sí, el juicio lo hará la posteridad. Cuando un país está involucrado en una guerra no basta decir: hay que terminarla. Hay que terminarla con criterio. Otra cosa sería decir que fue justo intervenir en ella.

Pero ¿no tiene la impresión, doctor Kissinger, de que ésta ha sido una guerra inútil?

En esto puedo estar de acuerdo. Pero no olvidemos que la razón por la que entramos en la guerra fue impedir que el Norte se comiera al Sur, para permitir que el Sur siguiera siendo el Sur. Naturalmente, no quiero decir que nuestro objetivo fuese sólo éste... Fue algo más... Pero hoy no estoy en la posición adecuada para juzgar si la guerra del Vietnam ha sido justa o no, si entrar en ella ha sido útil o inútil. Pero ¿estamos aún hablando del Vietnam?

Sí. Y, sin dejar de hablar del Vietnam, ¿considera que estas negociaciones han sido y son la empresa más importante de su carrera y, tal vez, de su vida?

Han sido la empresa más difícil. A menudo también la más dolorosa. Pero tampoco creo justo definirla como la empresa más difícil: es más exacto decir que es la empresa más dolorosa. Porque me ha afectado emocionalmente. Acercarse a China ha sido una empresa intelectualmente difícil pero no emocionalmente. La paz del Vietnam, sin embargo, ha sido una empresa emocionalmente difícil. En cuanto a definir estas negociaciones como la cosa más importante que he hecho... No, lo que yo quería conseguir no era sólo la paz de Vietnam: eran tres cosas. Este acuerdo, el acercamiento a China y unas nuevas

relaciones con la Unión Soviética. Siempre me ha interesado especialmente el problema de una nueva relación con la Unión Soviética. Yo diría que en el mismo grado que el acercamiento a China y el fin de la guerra del Vietnam.

Y lo ha conseguido. Ha tenido éxito el asunto de China, ha tenido éxito el asunto de Rusia y está a punto de alcanzar el éxito en la paz del Vietnam. Y en este punto le pregunto, doctor Kissinger, lo mismo que les pregunté a los astronautas cuando andaban por la Luna: «What after that? ¿Qué hará después de la Luna, qué cosa más se puede hacer después del oficio de astronauta?»

¿Y qué contestaron los astronautas?

Quedaron confusos y contestaron: «Veremos... No sé...»

Yo también digo esto. Realmente no sé qué haré después. Pero, al revés que los astronautas, no me siento confuso. En mi vida he encontrado siempre muchas cosas que hacer y estoy seguro de que cuando haya dejado este puesto... Naturalmente, necesitaré un período de recuperación, de relajamiento; no se puede estar en la posición en que estoy, abandonarla y empezar inmediatamente cualquier otra cosa. Pero, una vez relajado, estoy seguro de encontrar otra actividad que valga la pena. No quiero pensar en esto ahora; influiría en mi... mi trabajo. Atravesamos un período tan revolucionario que planificar la propia vida, hoy, es una actitud de pequeño burgués del ochocientos.

¿Volverá a enseñar en Harvard?

Tal vez. Pero es muy, muy improbable. Hay cosas mucho más interesantes; y si con toda la experiencia que he tenido no encontrase la manera de mantener para mí una vida interesante..., desde luego, será culpa mía. Por lo demás, no he decidido aún dejar este trabajo. Me gusta mucho, ¿sabe?

Cierto. El poder siempre seduce. Doctor Kissinger, ¿en qué medida le fascina el poder? Intente ser sincero.

Lo seré. Cuando se tiene el poder en la mano y cuando se tiene en la mano por mucho tiempo, se acaba por considerarlo como algo que nos incumbe. Estoy seguro de que cuando deje este puesto, notaré la falta del poder. Sin embargo, el poder como fin en sí mismo, el poder por el poder, no me fascina en absoluto. No me despierto cada mañana diciendo: ¡Cielos!, ¿no es extraordinario que pueda tener a mi

disposición un avión, que un automóvil con chófer me espere ante la puerta? ¿Quién lo hubiera creído posible? No, una elucubración como esa no me interesa. Y, si llego a hacerla, no es un elemento determinante. Lo que me interesa es lo que se pueda hacer con el poder. Se pueden hacer cosas espléndidas, créame... De todos modos, no ha sido el afán de poder lo que me ha empujado a este trabajo. Si examina mi pasado político, descubrirá que el presidente Nixon no podía entrar en mis planes. Piense que he estado en contra de él por lo menos en tres elecciones.

Lo sé. Incluso una vez declaró que Nixon «no se adaptaría al papel de presidente». ¿Alguna vez se siente incómodo ante Nixon por esta declaración, doctor Kissinger?

No recuerdo las palabras exactas que pueda haber pronunciado contra Richard Nixon. Pero supongo que debí expresarme más o menos de este modo desde el momento en que se sigue repitiendo esta frase entre comillas. Sin embargo, si lo he dicho, esto prueba que Nixon no formaba parte de mis planes para escalar el poder. En cuanto al hecho de sentirme molesto ante él... Yo no lo conocía en aquel tiempo. Mantenía respecto a él la actitud convencional de los intelectuales, ¿me explico? Estaba equivocado. El presidente Nixon ha demostrado una gran fortaleza, y una gran habilidad. Incluso en el hecho de llamarme. No estaba en su círculo cuando me ofreció este trabajo. Quedé aturdido. Al fin y al cabo, él conocía la escasa amistad y la poca simpatía que siempre le había demostrado. Sí, dio pruebas de gran valor al llamarme.

No nos pilla de sorpresa. Salvo en que la acusación se vuelve hoy contra usted: ser la nodriza mental de Nixon.

Es una acusación totalmente falta de sentido. No olvidemos que, antes de conocerme, el presidente Nixon intervino activamente en política exterior. Éste ha sido siempre su principal interés. Ya antes de ser elegido, se resaltaba que la política exterior era para él una cuestión importantísima. Tiene ideas muy claras al respecto. Y es un hombre fuerte. Además, no se convierte uno en presidente de los Estados Unidos, no se es nombrado dos veces candidato presidencial, no se sobrevive tanto tiempo en el mundo político, si se es un hombre débil. Del presidente Nixon puede usted pensar lo que quiera, pero una cosa es cierta: no se llega a presidente dos veces porque se sea instrumento de otra persona. Éstas interpretaciones son románticas e injustas.

¿Le tiene usted mucho afecto, doctor Kissinger?

Le tengo un gran respeto.

Doctor Kissinger, la gente dice que a usted no le importa nada Nixon. Dicen que usted se limita a hacer su oficio y nada más. Que lo hubiera hecho con cualquier presidente.

Yo, sin embargo, no estoy nada seguro de que con otro presidente hubiera podido hacer lo que he hecho con él. Una relación tan especial, me refiero a la que existe entre el presidente y yo, depende siempre del estilo de los dos hombres. En otras palabras: no conozco muchos líderes, y he conocido muchos, que tuvieran el valor de enviar a su asistente a Pekín sin decírselo a nadie. No conozco muchos líderes que dejaran a su asistente la tarea de negociar con los norvietnamitas, e informar sobre ello sólo a un limitadísimo número de personas. Cierto, algunas cosas dependen del tipo de presidente. Lo que yo he hecho ha sido posible porque él me lo ha hecho posible.

No obstante, usted fue también consejero de otros presidentes. Incluso de presidentes adversarios. Hablo de Kennedy, Johnson...

Mi posición respecto a todos los presidentes ha sido la de dejar a su elección si querían o no querían conocer mis puntos de vista. Cuando me los preguntaban, se los exponía, diciendo a todos, indiscriminadamente, lo que pensaba. Nunca me ha importado el partido al que pertenecieran. He contestado con idéntica independencia a las preguntas de Kennedy, de Johnson, de Nixon. Les he dado los mismos consejos. Con Kennedy fue más difícil, es cierto. Se dice que yo no estaba demasiado de acuerdo con él. Bien..., sí; sustancialmente fue culpa mía. En aquellos tiempos era, desde luego, mucho más inmaduro que ahora. Y, además, era un consejero a ratos perdidos; no se puede influir en la política diaria de un presidente si se le ve dos veces por semana cuando los demás lo ven siete. Quiero decir... que con Kennedy o con Johnson no estuve nunca en una posición semejante a la que ocupo con Nixon.

¿Ningún asomo de maquiavelismo, doctor Kissinger?

Ninguno. ¿Por qué?

Porque en algunos momentos, oyéndole, me he preguntado no cuánto ha influido usted a los presidentes de los Estados Unidos, sino cuánto ha influido en usted Maquiavelo.

En ningún modo. En el mundo contemporáneo es muy poco lo que se puede aceptar o usar de Maquiavelo. En Maquiavelo sólo encuentro interesante el modo de considerar la voluntad del príncipe. Interesante, pero no hasta el extremo de influirme. Si quiere saber quién ha influido en mí principalmente, le responderé con el nombre de dos filósofos: Spinoza y Kant. Es curioso que a usted se le ocurra asociarme a Maquiavelo. La gente, comúnmente, asocia mi nombre al de Metternich. Lo que, desde luego, es infantil. Sobre Metternich no he escrito más que un libro que tenía que ser el primero de una extensa serie sobre la construcción y la desintegración del orden internacional en el siglo XIX. Era una serie que terminaría en la primera guerra mundial. Esto es todo. No puede haber nada en común entre Metternich y yo. Él era canciller y ministro de Asuntos Exteriores en un período en el que, desde el centro de Europa, se necesitaban tres semanas para ir de un continente al otro. Era canciller y ministro de Asuntos Exteriores en un período en el que las guerras las hacían los militares de profesión, y la diplomacia estaba en manos de los aristócratas. ¿Cómo se puede comparar esto con el mundo de hoy, un mundo donde no existe ningún grupo homogéneo de líderes, ninguna situación interna homogénea, ninguna realidad cultural homogénea?

Doctor Kissinger, ¿cómo explica entonces el increíble divismo que lo distingue, cómo explica el hecho de ser casi más famoso y popular que un presidente? ¿Tiene una explicación para este asunto?

Sí, pero no se la daré. Porque no coincide con la tesis de la mayoría. La tesis de la inteligencia, por ejemplo. La inteligencia no es tan importante en el ejercicio del poder, y a menudo, desde luego, no sirve. Al igual que un jefe de Estado, un tipo que haga mi trabajo no tiene necesidad de ser demasiado inteligente. Mi tesis es completamente distinta, pero, repito, no se la diré. ¿Por qué tendría que hacerlo si estoy a la mitad de mi trabajo? Mejor es que me diga la suya. Estoy seguro de que también usted tiene una tesis sobre los motivos de mi popularidad.

No estoy segura, doctor Kissinger. La estoy buscando a lo largo de esta entrevista y no la encuentro. Supongo que en la raíz de todo está el éxito. Quiero decir que, como a un jugador de ajedrez, le han salido bien dos o tres jugadas. China sobre todo. A la gente le gusta el jugador de ajedrez que se come al rey.

Sí, China ha sido un elemento muy importante en la mecánica de

mi éxito. Y, a pesar de ello, no es ésta la razón principal. La razón principal... Sí, se la diré. ¿Qué importa? La razón principal nace del hecho de haber actuado siempre solo. Esto les gusta mucho a los norteamericanos. Les gusta el cowboy que avanza solo sobre su caballo, el cowboy que entra solo en la ciudad, en el poblado, con su caballo y nada más. Tal vez sin revólver, porque no dispara. Él actúa y basta; llega al lugar oportuno en el momento oportuno. Total, un *western*.

Comprendo. Usted se ve como un Henry Fonda desarmado y dispuesto a pelear por honestos ideales. Solitario, valeroso...

Lo del valor no es necesario. De hecho a este cowboy no le sirve de nada ser valeroso. Le basta y le sirve estar solo: demostrar a los demás que entra en la ciudad y se las arregla solo. Este personaje romántico, asombroso, se parece a mí porque estar solo ha formado siempre parte de mi estilo o, si lo prefiere, de mi técnica. Junto con la independencia, que es muy importante en mí y para mí. Y, por último, la convicción. Estoy siempre convencido de que lo que hago es lo que tengo que hacer. Y la gente lo siente, lo cree. Y yo espero que me crea: cuando se conmueve o se conquista a alguien no se le debe engañar. No se puede sólo calcular y nada más. Algunos creen que yo proyecto cuidadosamente cuáles serán, de cara al público, las consecuencias de una iniciativa o de una empresa mía. Creen que no puedo quitarme de la cabeza esta preocupación. Sin embargo, las consecuencias de lo que hago, me refiero al juicio del público, no me han atormentado nunca. No he pedido la popularidad, no la busco. Incluso, por si le interesa, no me importa nada la popularidad. No me da ni pizca de miedo el perder a mi público; puedo permitirme decir lo que pienso. Estoy aludiendo a la sinceridad que hay en mí. Si me dejase impresionar por las reacciones del público, si avanzase impulsado sólo por una técnica calculada, no haría nada. Fíjese en los actores: los que son realmente buenos no se sirven sólo de la técnica. Actúan siguiendo una técnica y al mismo tiempo su convicción. Son sinceros, como yo. No digo que todo esto tenga que durar siempre. Incluso se puede evaporar con la misma facilidad con que ha llegado. Pero, por ahora, existe.

¿Está diciéndome quizá que usted es un hombre espontáneo, doctor Kissinger? Si dejo aparte a Maquiavelo, el primer personaje con quien se me ocurre asociarle es con el de un matemático frío, controlado hasta el espasmo. Quizá me equivoque, pero usted es un hombre muy frío.

En la táctica, no en la estrategia. De hecho creo más en las relacio-

nes humanas que en las ideas. Utilizo las ideas, pero necesito las relaciones humanas, como he demostrado en mi trabajo. Lo que me ha sucedido, ¿no ha sido, en el fondo, por casualidad? Yo era un profesor totalmente desconocido. ¿Cómo podía decirme a mí mismo: «Ahora maniobraré las cosas de tal modo que llegaré a ser internacionalmente famoso»? Hubiera sido una locura. Quiero estar donde suceden las cosas, pero nunca he pagado nada para estar allí. Jamás he hecho concesiones. Siempre me he dejado guiar por decisiones espontáneas. Alguien podría decir: entonces todo ha sucedido porque tenía que suceder. Se dice siempre esto cuando las cosas ocurren. Pero nunca se dice esto de las cosas que no ocurren: nunca se ha escrito la historia de las cosas que no ocurrieron. En cierto sentido soy fatalista. Creo en el destino. Estoy convencido, sí, que hay que luchar para lograr algo. Pero también creo que estamos limitados en la lucha por conseguirlo.

Otra cosa, doctor Kissinger: ¿cómo se las arregla para conciliar la tremenda responsabilidad que tiene y la frívola reputación de que disfruta? ¿Cómo consigue que le tomen en serio Mao Tse-tung, Chu En-lai, Le Duc Tho, y luego se le juzgue como un despreocupado tenorio, o mejor dicho, un playboy? ¿No le molesta?

En absoluto. ¿Por qué tiene que molestarme cuando voy a negociar con Le Duc Tho? Cuando hablo con Le Duc Tho sé lo que tengo que hacer con Le Duc Tho, y cuando hablo con las chicas sé lo que tengo que hacer con las chicas. Y, por otra parte, Le Duc Tho no negocia conmigo precisamente porque yo sea un ejemplo de pura rectitud. Acepta negociar conmigo porque espera alguna cosa de mí, de la misma manera en que yo espero algo de él. Verá usted, en el caso de Le Duc Tho, como en el caso de Chu En-lai o de Mao Tse-tung, creo que la reputación de playboy me ha sido y me será útil porque ha servido y sirve para tranquilizar a la gente. Para demostrarle que no soy una pieza de museo. Y, además, la reputación de frívolo me divierte.

¿Y pensar que yo la consideraba una reputación inmerecida, una especie de puesta en escena más que una verdad!

Bueno, en parte es exagerada, por supuesto. Pero en parte, admítámoslo, es cierta. Lo que importa no es hasta qué punto es cierta o hasta qué punto me dedico a las mujeres. Lo que cuenta es hasta qué punto las mujeres forman parte de mi vida, son una preocupación central. Pues bien, no lo son en absoluto. Para mí las mujeres son sólo una diversión, un *bobby*. Nadie dedica un tiempo excesivo a los *bobbies*. Y

que yo les dedique un tiempo limitado se comprende dando un vistazo a mi agenda. Le diré más: no es raro que prefiera ver a mis dos hijos. Los veo a menudo, pero no como antes. Normalmente pasamos juntos la Navidad, las fiestas importantes, algunas semanas en verano, y voy a Boston una vez al mes. Para verlos. Ya sabe que estoy divorciado hace años. No, el hecho de estar divorciado no me pesa. El hecho de no vivir con mis hijos no me produce complejo de culpabilidad. Desde el momento en que mi matrimonio terminó, y no terminó por culpa de uno o del otro, no había razón para renunciar al divorcio. Además, estoy mucho más cerca de mis hijos que cuando era el marido de su madre. Incluso soy más feliz con ellos, ahora.

¿Está usted contra el matrimonio, doctor Kissinger?

No. Lo del matrimonio o no matrimonio es un dilema que puede resolverse como cuestión de principio. Podría suceder que volviera a casarme..., sí que podría suceder. Pero verá usted: cuando se es una persona seria, como yo, convivir con otra persona y sobrevivir a esta convivencia, es muy difícil. Las relaciones entre una mujer y un tipo como yo son inevitablemente muy complejas... Hay que andar con cuidado. Me resulta difícil explicar estas cosas. No soy una persona que se confíe a los periodistas.

Comprendo, doctor Kissinger. Nunca he entrevistado a nadie que sor-tease como usted las preguntas y las definiciones exactas, nadie que se defendiese como usted ante la tentativa de penetrar en su personalidad. ¿Es tímido, doctor Kissinger?

Sí. Bastante. Pero, en compensación, creo ser equilibrado. Hay quien me pinta como un personaje atormentado, misterioso, y quien me pinta como un tipo casi alegre que sonríe siempre, que ríe siempre. Las dos imágenes son inexactas. No soy ni uno ni otro. Soy... No le diré qué soy. No se lo diré jamás a nadie.

Washington, noviembre 1972

Nguyen Van Thieu

La cita con Nguyen Van Thieu era a las ocho de la mañana en el palacio presidencial de Saigón donde el presidente me invitaba a desayunarme en su compañía. A las ocho en punto, Nguyen Van Thieu entraba en la sala donde yo le esperaba junto con su consejero especial Hoang Duc Nha y el fotógrafo del diario para el cual yo trabajaba. Con una amplia sonrisa en su rostro brillante y redondo, una inesperada cordialidad en los ojos y en la voz, avanzó tendiéndome la mano abierta y empezó en seguida con una broma: «¿Quién de ustedes dos es el jefe?», preguntó señalando con su corto índice al fotógrafo y a mí. «Los dos», contestó el fotógrafo. «Nada de eso», repliqué siguiendo la broma; «el jefe soy yo, aunque él sea alto y yo pequeña». Y quizá porque el señor presidente es tan pequeño, incluso más pequeño que yo, le gustó la respuesta. Estalló en una carcajada de completa aprobación y exclamó: «Exacto. Estoy absolutamente de acuerdo. El poder no se comparte. Debe tenerlo uno solo». Concepto a retener, porque sería el que reafirmaría al final de la entrevista, cuando exclamaba, preso de excitación: «Pregúnteme quién es aquí el jefe». Y yo: «¿Quién es aquí el jefe?» Y él: «¡Yo soy el jefe! Moi! C'est moi! C'est moi le chef!» Como me lo habían descrito como un hombre bastante cerrado, me quedé aturrida. Y rápidamente me pregunté si lo que le hacía tan extrovertido y alegre eran los bombardeos de Hanoi que duraban implacablemente desde hacía días. La noticia de que los norteamericanos los habían suspendido de nuevo y que Kissinger se había reunido otra vez con Le Duc Tho, no le había llegado todavía.

Thieu llevaba un traje gris con camisa clara. Dos días antes había hecho preguntar si yo lo prefería de uniforme o en traje civil, y yo le había contestado: «De paisano, por caridad». Pero como a tantos militares, el traje civil no le caía bien y esto le daba cierto aire desgarbado que contagiaba cada gesto suyo. Por ejemplo; el esfuerzo que hacía para que yo me sintiera a gusto y para que lo considerase un anfitrión perfecto. ¿No era demasiado temprano para mí? ¿Había ya tomado café? ¿Me gustaría su frugal *breakfast*? Por favor, acompáñeme a la sala contigua. Por favor, siéntese aquí. Él se sentó a la cabecera con la servilleta prendida en el cuello de la camisa y cuando el fotógrafo inició el ademán de tomar la primera fotografía, Nha comenzó un ballet de guiños y ojeadas con el que suplicaba que se quitase por favor la servilleta del cuello de la camisa. Él no comprendía. Y con la mirada implorante parecía preguntar: «¿Qué quiere?» Luego comprendió por fin. Y se la quitó. Confuso, enrojeciendo. Pero su rostro bronceado parecía comentar: «¿Por qué? ¿Qué mal hay en ello? Luego me mancho y mi mujer se enfada». Nha estaba sentado a su izquierda vigilando cualquier error. Yo, a su derecha. La mesa estaba puesta con esmero, el desayuno era excesivo. Sopa de pescado, legumbres, empanadas de carne, dulces, té, café. Me apremiaba: «Coma, coma. Es bueno, ¿sabe? Es un caldo estupendo. Empezar. ¿No tiene hambre?»

La conversación se inició apenas pregunté: «¿Usted se levanta siempre tan temprano, señor presidente?» Esperaba con impaciencia que le dijera cualquier cosa. Se disparó. «¡Oh, sí! Casi siempre.» A las seis y media, dice, para escuchar las noticias de la radio. Pero se queda en cama hasta las siete y media: para pensar un poco. Y a las ocho está preparado para recibir generales, ministros y fumar su puro. «Uno solo, ¿eh? Me basta para todo el día. Desde hace unos dos años, dos y medio, desde que he dejado de fumar en pipa. No está nada bien que un presidente fume en pipa, ¿no le parece? Para un presidente, el puro es más adecuado, ¿verdad?» Sólo Dios sabe quién le explicó que un presidente no fuma pipas, sino puros. No podía haber sido más que un norteamericano, y aquella frívola preocupación despertaba cierta piedad. «Cierto, señor presidente. Es verdad.» Por la noche, se acostaba muy tarde y hasta las dos de la madrugada no se dormía nunca. Dejaba la radio encendida y seguía así mientras él dormía. Estaba tan acostumbrado a leer con la radio funcionando, a distinguir el sonido de la música del de las palabras, que cuando cesaba la música y empezaba el noticiero inmediatamente abría los ojos y escuchaba con la mente lúcida. Que no creyera, con esto; que no sabía apreciar la vida. A veces jugaba a tenis, montaba a caballo y, tres o cuatro veces a la semana, se hacía proyectar una película. Historias sentimentales, *westerns*, judo y karate. Lo único que no tenía tiempo de hacer era leer. Demasiado absorbente, ¿no? «Cierto, señor presidente. Comprendo.»

Comiendo con apetito, hasta con voracidad, me contó cosas de su juventud, de su carrera militar, de su participación en el golpe de Estado contra Diem, y el nombre de Diem le provocaba una insospechada tristeza. «Me habían prometido no matarlo. Yo les había dicho: está bien, participo con la condición de que no lo maten. Pero lo mataron aquellos idiotas. Aquellos irresponsables, locos. Me produjo un dolor que aún llevo dentro, aquí, entre la cabeza y el corazón. Cada aniversario de su muerte le hago decir una misa, aquí, en mi capilla. Y rezo siempre por él, por su alma.» Parecía sincero. Nada denunciaba en él la diabólica astucia gracias a la cual se ha mantenido hasta hoy en el poder, protegido por un millón de hombres y un cuerpo de policía que causa estragos. Al contrario, poco a poco, me sorprendí preguntándome si era, de verdad, tan pérfido como dicen. Y pensaba: tal vez no tiene este aire satisfecho porque sobre Hanoi están cayendo las bombas; tanta jovialidad es una desenvoltura destinada a ocultar su timidez de ex campesino. Tal vez no te ha lanzado a la cara la historia del poder que no se divide, *le-chef-c'est-moi*, porque sea un insolente, sino porque tiene miedo de que no le tomen en serio. Y es extraño, tal vez paradójico, incluso ingenuo: con todo y saber que era un sombrío dictador, que las cárceles de Vietnam del Sur estaban llenas de vietcong, odiándolo y habiendo odiado siempre todo lo que él representa, el poder robado e inmerecido, la ignorancia, la corrupción, la obediencia al más fuerte, el abuso; a pesar de todo eso, y con rabia, acabé por sentir hacia él una humana simpatía. Parecía tan pequeño, tan perdido, tan solo. Parecía el símbolo mismo de un país aplastado, expoliado, humillado por los intereses de quien hace y

deshace el destino de los demás como si fuera un juego. La estrategia global del doctor Kissinger. Su minué con China y con Rusia. El cinismo con que un día dice: «Tenéis que hacer la guerra a los comunistas. Los comunistas son malos. Debéis matarlos». Y al día siguiente dice: «¿Por qué hacer la guerra a los comunistas? Los comunistas no son malos. No hay que matarlos, ¿comprendido? Firma aquí y toma un puro. No se fuma en pipa. Los presidentes norteamericanos han fumado siempre puros». Se había rebelado, por haberse dado cuenta de que había perdido a sus amigos y, tal vez, por no haber tenido nunca amigos, sólo amos. Y ahora buscaba amigos. Aunque fuera por una hora, por una mañana, con una periodista extranjera que no le había visto nunca y que sabía no era amiga suya. «¡Oh, mademoiselle! A veces me parece que no hay nada que hacer, salvo rogar a Dios, mademoiselle.»

Terminado el desayuno, con toda la incomodidad que una europea puede sentir tomando sopa de pescado a las ocho de la mañana, me preguntó cortésmente si me gustaría continuar la entrevista en su despacho: tal vez el fotógrafo hubiera preferido otro marco para sus fotografías. Fuimos a su despacho y allí estuvimos hasta las doce y media. Hablamos casi siempre en francés, la lengua en la que él ha estudiado. Sólo cuando quería aclarar una idea, en su desesperada necesidad de explicarse y ser comprendido al menos por alguien, repetía la frase en inglés. Pero su inglés no es bueno y entonces pedía a Nha que le ayudara. A veces tenía lágrimas en los ojos. A veces la voz se le rompía en un sollozo pronto sofocado. Y temblaba de rabia, de dolor, de pasión. Y también de dignidad. «Señores americanos, les he dicho: Messieurs les Américains! ¡Yo no tengo nada que vender a Rusia o a China! ¡Para mí es una cuestión de vida o muerte! To be or not to be!» Y había una cierta dignidad en él y en su tragedia. Tal vez no le habían comprendido bien. Tal vez no era el ridículo fantoche de los norteamericanos que creíamos. Y, porque siempre es bello rescatar a un hombre, cualquier hombre, incluso un hombre malo, deseaba ofrecerle comprensión y cierto respeto.

¿Me equivocaba? Ahora temo que sí. En efecto, casi todas las veces que he tratado de ofrecer comprensión y respeto a un poderoso, casi todas las veces que he intentado absolver también en parte a un famoso hijo de mala madre, luego he tenido que arrepentirme amargamente. A pesar de su cháchara, Thieu no tardó en firmar lo que Kissinger quería. Y, después de haber firmado, siguió teniendo llenas sus cárceles, se negó a convocar las elecciones que había prometido y nunca negoció con los vietcong. Y próxima ya la caída de Saigón, escapó como un cobarde, o más bien como un ladrón, yendo a refugiarse en Londres, donde había escondido el dinero robado a su pueblo. Le chef c'est moi.

ORIANA FALLACI.— *Señor presidente, ya no es un secreto que entre usted y los norteamericanos existe, hoy, más enemistad que amistad. La du-*

reza con que usted rechazó en octubre el acuerdo aceptado por Kissinger, la frialdad con que recibió en Navidad al general Haig, todo demuestra que están ahora en posiciones opuestas. Y la gente se pregunta qué piensa Thieu de este drama.

NGUYEN VAN THIEU.— Mademoiselle... Yo no soy el tipo misterioso que muchos imaginan. Al contrario, soy un tipo bastante abierto. No oculto nunca nada, ni siquiera en política, y no hago caso de los que me aconsejan no decir lo que pienso, sino lo contrario. Les respondo siempre: «Hay que decirlo. Lisa y llanamente». Pero cuando se toca este tema, debo recordar que represento al Vietnam del Sur. Como presidente Thieu no puedo permitirme el lujo de ser un enemigo declarado de los Estados Unidos que, para bien o para mal, siguen siendo mis amigos, mis aliados. Además, le he prometido a Nixon que, aunque nuestras posiciones fueran contrarias, seguiremos siendo aliados y no nos consideraremos enemigos. Mademoiselle, ¿no hay acaso peleas entre marido y mujer? ¿Y acaban por ello como enemigos? No sólo eso: las peleas entre marido y mujer deben dirimirse en la habitación y con la puerta cerrada con llave. Los niños no deben ver a sus padres tirándose los trastos a la cabeza. Con los amigos sucede lo mismo. Y en mi propio interés y en el de los Estados Unidos debemos evitar cualquier pelea pública utilizable por los comunistas.

Comprendo. Pero cuando entrevisté al doctor Kissinger tuve la impresión de que lo que reinaba entre ustedes no era un amor loco, y me asombra un poco su cautela, señor presidente.

¿Sabe, mademoiselle...? Hay que saber olvidar. Sí, olvidar. Cuando se hace avanzar un país, no hay que ser rencoroso. Mis discusiones con el doctor Kissinger han sido muy sinceras. En algunos momentos, realmente duras. Me atrevería a decir que durísimas. Pero, en el fondo, seguían siendo discusiones entre amigos y... en resumen: he de tratarle como amigo. Cuando se marchó, todos los periodistas de Saigón me preguntaron: «¿Cómo va el desacuerdo?» Y yo contesté: «Cuando se habla de desacuerdo hay que hablar de acuerdo. Entre nosotros dos existen acuerdos y desacuerdos». Mademoiselle... he dicho «no» a los norteamericanos. ¿Qué más quiere? Cuando digo no, es que no. Pero aún no ha llegado el momento de anunciar al mundo que todo ha terminado. Hay todavía esperanzas de paz. Podría llegar dentro de algunas semanas, incluso un mes. No es momento de abandonarse a la desesperación.

Entonces es cierto que su «no» es un «no» a la vietnamita. Es decir, un «no» que podría querer decir «sí».

En absoluto. Cuando digo no, es que no. Se lo repito. Y cuando digo no-estoy-en-absoluto-de-acuerdo-con-ustedes-señores-americanos-pero-seguiremos-siendo-amigos, quiero decir esto y nada más. Siempre he creído que el doctor Kissinger, como negociador y representante de Nixon, tenía el sacrosanto deber de consultarme y de uniformar mi punto de vista con el punto de vista norteamericano. He esperado siempre que el gobierno de los Estados Unidos apoyase mi parecer y me echase una mano para convencer a los comunistas de que modificasen sus condiciones. Y, para no resultar tan vago, le diré que son dos los puntos fundamentales aceptados por Kissinger y rechazados por mí. Uno es la presencia de tropas norvietnamitas en Vietnam del Sur. Otro, la fórmula política que los norvietnamitas desean imponer a nuestro futuro. Como en el acuerdo anterior, estos dos puntos han sido elaborados por los comunistas en París. Le he explicado al doctor Kissinger que aceptarlos significaría inclinarse ante las pretensiones de los norvietnamitas. Lo que los norvietnamitas pretenden es la pérdida de Vietnam del Sur, el fin del Vietnam del Sur. Voilà.

¿No podría explicarse mejor, señor presidente?

Mais vous savez, mademoiselle, c'est très simple! Los norteamericanos afirman que en Vietnam del Sur hay 145.000 norvietnamitas, yo digo que hay 300.000 y, por tanto, toda discusión es superflua. Tanto si la cifra exacta es la suya como la mía, que es la mía, es absolutamente inaceptable tolerar la presencia de 300.000 norvietnamitas homologados por un acuerdo jurídico y ratificados por una conferencia internacional, es decir, por el mundo entero. Porque es como reconocerles el derecho de proclamarse liberadores, y el derecho de sostener que el Vietnam es uno solo, de Hanoi a Saigón; pero pertenece a Hanoi, no a Saigón. ¿Me he explicado bien, mademoiselle? Creo que aceptar un ejército de 300.000 soldados en un país significa reconocer la soberanía de tal ejército sobre el país. Significa considerar a los norvietnamitas como liberadores en lugar de agresores. Y, en consecuencia, significa considerar al ejército sudvietnamita como un ejército mercenario de los norteamericanos. O sea, dar la vuelta a la tortilla. Y esto es lo que he dicho a Kissinger: «¿No comprende, doctor Kissinger, que haciendo esto pone usted al gobierno legal de Vietnam del

Sur en la posición de un gobierno fantoche, instalado por los norteamericanos?»

Pero después del armisticio, los norvietnamitas se retirarán de Vietnam del Sur, ¿no?

El acuerdo no dice nada sobre esto. No, no lo dice. De aquí viene mi respuesta a los norvietnamitas: «Seamos honrados. Si de veras no tenéis ninguna idea metida en la cabeza, si no intentáis renovar una agresión contra Vietnam del Sur, ¿por qué insistís tanto con la historia de dejar un ejército aquí? ¿Qué pretendéis? ¿Que las tropas norteamericanas se retiren dentro de sesenta días, que yo eche a patadas a nuestros aliados y encima que mantenga en casa al agresor? Mais c'est fou! ¡Es una locura, una insensatez!

Señor presidente, seamos realistas: ¿qué ha de temer con un ejército de un millón de soldados a sus órdenes?

Voilà la cuestión. Todos me preguntan lo mismo: «Si es usted tan fuerte desde el punto de vista militar y político, ¿qué le preocupa?» Le diré lo que me preocupa. No es nada difícil para un norvietnamita adoptar el acento del Sur y pasar por sudvietnamita. También ellos son vietnamitas. Entre nosotros no resultan tan reconocibles como los norteamericanos. ¿No emplearon ya este truco en Laos con el Pathet Lao? En 1962, cuando los norteamericanos se retiraron de Laos, también los norvietnamitas debían retirarse. ¿Sabe qué sucedió? Los norteamericanos se trasladaron al aeropuerto y, uno por uno, del primer general al último soldado, registraron su marcha. Se supo incluso el número: cuarenta y ocho personas. En cambio, los norvietnamitas se quedaron en la jungla hablando Pathet Lao, disfrazados de Pathet Lao, y ninguna comisión de control fue nunca capaz de saber cuántos eran. Mademoiselle..., es su método. Aquí sucedería exactamente lo mismo. ¿No sucede ya? Aprenden el acento del Sur, se extienden por los pueblos, se infiltran en las unidades vietcong y así llegamos a los 300.000 activistas preparados para formar nuevamente un ejército. Y digo yo, ¿les parece aceptable, señores norteamericanos? ¿Cómo es que han cambiado de idea?

¿Cambiado de idea? ¿Sobre qué?

Mademoiselle..., le pondré un ejemplo. Cuando un ladrón entra en casa se pueden hacer dos cosas: llamar a la policía o arreglárselas solo. Pero si se llama a la policía, y la policía llega, y en lugar de arrestar al

ladrón dice: «Ven, haz las paces con este ladrón, acepta el hecho de que ya está en tu casa, valor, firma este papel para legalizar su presencia en tu casa...», yo me enojo. Y contesto: «Oiga, señor policía, ¿nos hemos vuelto locos? Primero me dice usted que hay que arrestar a los ladrones, que hay que llamar a la policía, que hay que defenderse, ¿y ahora me dice que tengo que aceptar al ladrón por escrito? ¿Cómo? ¿Cómo tenía antes tanto miedo al ladrón y ahora ya no lo tiene? ¿Ahora le autoriza directamente a robar mis cosas? Monsieur le policier! Mais alors!

Le hace hasta perder la cabeza, ¿verdad, señor presidente?

Bien sûr! Porque, mademoiselle, ¿qué clase de paz es una paz que da a los norvietnamitas el derecho de mantener aquí a sus tropas? ¿Qué clase de tratado es un tratado que legaliza su presencia de facto? Yo he propuesto otra solución, aun con desventaja para mí. He dicho: «Hagamos retirar las tropas norvietnamitas al mismo tiempo que las americanas, luego me comprometo a desmovilizar el mismo número de soldados. Si los norvietnamitas retiran, por ejemplo, 145.000 soldados, yo desmovilizo 145.000 soldados. Si retiran 300.000, yo desmovilizo 300.000». No han aceptado. ¿Por qué? Yo sé por qué. Porque tienen necesidad de todas sus tropas para hacer un baño de sangre.

Señor presidente, ¿cree que el alto el fuego supondrá un baño de sangre?

Oui, bien sûr! Es inevitable. No hay que tomarse en serio lo que Pham Van Dong dice en sus entrevistas y en su propaganda. Repite que los norvietnamitas no quieren un gobierno comunista en Vietnam del Sur, que no quieren un baño de sangre en Vietnam del Sur, que no quieren quedarse con Vietnam del Sur; pero lo repite sólo para calmar a los norteamericanos que temen el baño de sangre. ¿Acaso tendremos que olvidar las matanzas de Quang Tri, de An Loc, de la carretera número Uno que ahora se llama la Carretera del Horror? ¿Acaso tendremos que olvidar lo que hicieron en 1968, en Hué, durante la ofensiva del Tet? ¿Y lo que hicieron en Hanoi cuando tomaron el poder? También hablé de esto con Kissinger. Le dije: «Doctor Kissinger, después de luchar durante dieciocho años, ¿habremos sacrificado centenares de miles de vidas humanas por un millón de cabezas cortadas después del alto el fuego? También yo quisiera entrar en la historia como el hombre que trajo la paz. ¡También yo! Si firmo lo que usted quiere, dentro de seis meses habrá un baño de sangre. Y a mí no me

importan nada los aplausos de un momento ni la gente que grita: "Bravo, bravo, bravo! Vive la paix!" A mí me importa lo que pase después».

Por tanto, a su parecer, Kissinger y Nixon cometieron un error. Señor presidente, ¿cómo explica el hecho de que lo hayan cometido?

Sencillamente: estaban demasiado impacientes por hacer la paz, demasiado impacientes por negociar y firmar. Cuando se trata con los comunistas, no se debe fijar una fecha de vencimiento. No hay que decirles que se quiere repatriar a los prisioneros lo más rápidamente posible, firmar la paz lo antes que se pueda: se aprovecharán de ello. No hay que decir cándidamente: «Los prisioneros deben volver a casa antes de Navidad. La paz debe conseguirse antes de que termine el mandato presidencial, antes de las nuevas elecciones, antes del Año Nuevo...» Es una enorme equivocación porque conocen la mentalidad occidental, la democracia occidental, y así te hacen chantaje. Saben muy bien que si el presidente de los Estados Unidos fija una fecha, todo el Congreso de los Estados Unidos está alerta y exige que se mantenga la promesa. Y ¿qué logran demostrar? Que el presidente Nixon es incapaz de conseguir la paz dentro de la fecha fijada por él mismo. ¡Por él mismo! Y dan alas a la oposición, desacreditan al gobierno, y... Yo había dicho a los norteamericanos: «Tened paciencia, hay que tener paciencia con los comunistas, más paciencia que ellos». Inútil.

En otras palabras, señor presidente: usted ya esperaba lo que ha pasado.

Mademoiselle! El Norte y el Sur son uno y otro vietnamitas y yo conozco a los vietnamitas bastante más que los norteamericanos. En 1968, cuando se inició en París la conferencia de paz, muchos me preguntaban: «Señor Thieu, ¿cuándo cree que acabará la conferencia?» Y yo contestaba: «Vous savez... Si los comunistas aceptan las negociaciones, significa que tienen necesidad de negociar. No que quierán la paz. Lo que quieren es la suspensión de los bombardeos para tener un respiro y lanzar otra ofensiva. Aprovechando esta pausa, intentarán un nuevo Dien Bien Phu». Más o menos fue lo que hicieron durante la conferencia de Ginebra en 1954. En Ginebra no hacían más que perder el tiempo y jugaban al mismo juego que estos cuatro años en París. Pero cuando vencieron en Dien Bien Phu, reaccionaron de pronto y liquidaron las negociaciones. Si no hubiera sido por Dien Bien Phu, la conferencia de Ginebra hubiera durado hasta hoy.

Señor presidente, permítame creer que este discurso sobre la paciencia no fue lo único que le dijo a Kissinger. ¿Qué más le dijo?

Voilà. Es usted un gigante, le dije. A usted no le importa nada de nada, porque no hay nada que le dé miedo. Usted pesa cien kilos y si se traga una píldora equivocada ni se da cuenta. Su organismo la neutraliza. Pero yo soy un hombrecillo, tal vez hasta un poco enfermo. Apenas peso cincuenta kilos y si tomo la misma píldora puedo morir. Usted es un gran boxeador. Camina por la carretera con esos hombros y esos músculos, y si uno le da un puñetazo en el estómago, ni se da cuenta. Yo, en cambio, soy un pequeño boxeador, ni siquiera soy un boxeador porque mi constitución física no me permite tal deporte. Si alguien me pega el mismo puñetazo caigo al suelo como un trapo. Por tanto, usted puede permitirse el lujo de aceptar un acuerdo como éste. Yo no. A usted, un acuerdo malo no le da ni frío ni calor. Para mí es una cuestión de vida o muerte. Allons, donc! ¿Qué son para usted 300.000 norvietnamitas? Una cifra, nada. ¿Qué es para usted el Vietnam del Sur? Ni siquiera una manchita en el mapamundi. La pérdida de Vietnam del Sur podría, incluso, resultarle cómoda. Sirve para contener a China, sirve para su estrategia mundial. Pero en mi caso, señores norteamericanos, no se trata de elegir entre Moscú y Pekín. Se trata de elegir entre la vida y la muerte.

Me gustaría saber qué contestó.

Mademoiselle, su idea estratégica del mundo es muy brillante. Un Sudeste asiático controlado por los rusos, o una Indochina controlada por los rusos, para controlar y contener a China. Los rusos son menos peligrosos que los chinos, por tanto hay que hacer que los rusos contengan a los chinos y colocar a Indochina como una amenaza a los confines meridionales de China, etcétera, etcétera, amén. ¡Bien, magnífico! Me parece verle como un general que consulta el mapa y marca los puntos estratégicos con su bastoncillo. Pero al pobre capitán que conduce a su compañía a través de ríos y bosques, al pobre capitán que escala colinas bajo el fuego enemigo y duerme en las trincheras, en el fango, no le parece tan bien. Él no tiene intereses globales en este planeta. No tiene nada que dar a cambio. No puede cambiar el Medio Oriente por el Vietnam, Alemania por el Japón o Rusia por China. Él sólo posee una cuestión de vida o muerte para diecisiete millones de habitantes. ¡Y lo que arriesga es caer bajo la égida de Hanoi! O de Moscú o de Pekín, que viene a ser lo mismo. Voilà le pro-

blème, messieurs les américains! Ustedes miran muy lejos, demasiado lejos y nosotros no podemos permitirnoslo. No son sólo un gran boxeador, un gigante, son también un poderosísimo hombre de negocios y pueden permitirse el lujo de decir: «He gastado un dólar, pero ahora debo hacer un cambio y los negocios son los negocios, el dinero no cuenta, y allez, hop! Me conformo con recuperar sólo diez centavos. Los noventa que pierdo... ¿a quién le importan? ¡Noventa centavos no son nada! Para mí no es así. Si compro un puro y me cuesta un dólar, debo revenderlo por un dólar y diez centavos. Necesito estos diez centavos para comer. Soy un país pequeño, queridos amigos norteamericanos. No tengo vuestros intereses globales; mi único interés es sobrevivir. ¡Estas grandes potencias que se reparten el mundo! Tienen mercado libre por doquier y ¿qué importa si este comercio cuesta la vida a un pequeño país?

En otras palabras, señor presidente, usted piensa que Kissinger sería capaz de vender al Vietnam en nombre de su estrategia mundial.

Et bien... Yo no sé si éstas son exactamente sus intenciones. Podría darse el caso de que él creyera, de buena fe, en un acuerdo aceptable. Pero yo ya se lo dije: «Doctor..., ser o no ser. Ésta es la cuestión para nosotros».

Y diciendo esto ha vencido. Al menos por el momento. Su «no» impidió el acuerdo. Al menos por el momento. Pero ¿hasta cuándo? ¿Qué hará, señor presidente, si los norteamericanos firman sin usted? Kissinger lo ha dicho claramente en su última conferencia de prensa: «Con respecto a Saigón, si llegáramos a un acuerdo que el presidente considere justo, nosotros seguiremos adelante».

Allons, donc! ¿Para firmar qué? Si quisieran firmar solos, ya habrían firmado. No hubiesen esperado hasta hoy. El hecho de que no hayan firmado en la fecha establecida por ellos, con o sin consentimiento de Vietnam del Sur, me autoriza a pensar que el presidente Nixon ha reflexionado y comprendido que una firma en estas condiciones hubiera significado el abandono de Vietnam del Sur. Pero quiero contestarle de forma más directa, mademoiselle, porque usted no es la primera que me pregunta: «Si los Estados Unidos le abandonan, ¿qué hará?» Voilà la respuesta: «Supongo que combatiremos hasta la última bala y que luego los comunistas nos conquistarán». Ciertamente. No hay la menor duda. Los franceses nos abandonaron en 1954 e, inmediatamente, medio Vietnam cayó en manos de los comunistas. Si los

Estados Unidos repiten lo que hicieron los franceses, la otra mitad del Vietnam seguirá el mismo camino. Porque cuando los norteamericanos se hayan ido con la firma, los rusos y los chinos no nos dejarán en paz. Y ¿dónde hay otra potencia que pueda ayudarnos como nos ayudaban los Estados Unidos? Tal vez encontremos otros países dispuestos a echarnos una mano, pero ninguno con las posibilidades de los Estados Unidos. No, no. Si Norteamérica nos abandona, para nosotros es el fin. El fin completo, absoluto, y discutirlo ahora no sirve para nada. ¿Se acuerda del Tibet? No intervino nadie en el Tibet, ni siquiera las Naciones Unidas, y ahora el Tibet es comunista. Cuando un país no puede resistir una invasión no tiene otra alternativa que dejarse invadir.

Señor presidente, ¿no cree que han contado ustedes demasiado con los norteamericanos?

No puedo hacer un juicio semejante, mademoiselle. Aún no ha llegado, para mí, el momento de decir: «Me han abandonado». Yo debo continuar dialogando con los norteamericanos, que van demasiado lejos, ¿comprende? Tal vez he hablado demasiado, es cierto. Pero, en mi lugar, usted hubiera hecho lo mismo. Un país pequeño como el mío necesita de todo para mantener su independencia: desde la ayuda militar a la económica. ¡Oh, seguro que he contado mucho con los norteamericanos, seguro! ¡Y cuento con ellos ahora, a pesar de todo! Si uno no se fía de los amigos, ¿de quién se va a fiar? Un amigo es como la esposa. Hasta que no te abandona o la abandonas, hasta que no se obtiene el divorcio, debe haber confianza, ¿no?

Bueno, debe haber recuperado algo de confianza cuando los norteamericanos han reanudado los bombardeos de Hanoi. En Saigón se decía: «Thieu debe de haber brindado con champaña cuando le ha llegado la noticia».

Aclaremos una cosa: nadie ama la guerra. A mí no me gusta la guerra. Y verme obligado a hacerla no me produce la menor alegría. Por tanto, los bombardeos de Hanoi no me hacen beber champaña, así como no me han hecho beber champaña los cohetes sobre Saigón. Pero, francamente, desde el momento que esta guerra existe, hay que hacerla. Y el día en que los bombardeos sean de nuevo suspendidos le preguntaré al señor Nixon: «¿Por qué? ¿Qué cree conseguir con esto? ¿Qué ha conseguido?» No, no seré yo quien vaya a rogarle que cesen los bombardeos. Tienen un fin, y si queremos conseguir este fin tene-

mos que bombardear. Mademoiselle, hablando como militar le digo que una guerra es tanto menos atroz cuanto más breve resulta.

*También decían esto los partidarios de la bomba atómica. **

Yo no soy partidario de la bomba atómica. No me refiero a la bomba atómica. Me refiero a... ¿Ha oído hablar alguna vez del gradualismo? Bien, a mi parecer, el gradualismo no es manera de curar una enfermedad. Sobre todo cuando la enfermedad dura mucho tiempo hay que curarla rápido, con una medicina drástica. Mademoiselle, la guerra es una enfermedad. A nadie nos gusta, pero cuando la tenemos encima hay que resolverla rápidamente. Sin gradualismo. El gradualismo del presidente Johnson era insostenible. Él nunca se dio cuenta de esta verdad tan sencilla: la guerra se hace o no se hace. Y el gradualismo que los norteamericanos han seguido desde Johnson es lo mismo. Hace años que los norteamericanos bombardean, dejan de bombardear, bombardean de nuevo, reducen los bombardeos, hacen una escalada, llegan por encima del paralelo 20, por debajo del paralelo 20... Pero ¿qué es esto? ¿Una guerra? Esto no es una guerra, es media guerra, una demi-guerre. Y yo le digo que si hubiésemos atacado al Vietnam del Norte con una guerra clásica, si hubiésemos bombardeado continuamente Vietnam del Norte, si hubiéramos desembarcado en Vietnam del Norte, la guerra ya estaría terminada. Y añadido que si fallan las tentativas de paz, hay sólo una manera de terminar esta guerra: llevar la guerra al Vietnam del Norte. En todos los sentidos, incluso con un desembarco.

¿Quiere decir que aún es tiempo de considerar un desembarco?

¿Por qué no, si los norteamericanos están dispuestos a hacerlo? Si no es posible para ellos no es posible para nadie. Me explicaré mejor. Cuando yo era ministro de Defensa y los norteamericanos empezaron los bombardeos, en junio de 1965, alguien me preguntó: «Señor ministro, ¿cree que estos bombardeos acabarán la guerra en tres meses?» Y yo contesté: «Depende de vosotros, los norteamericanos». Después repetí el ejemplo del boxeador. «Sois un gran boxeador y Vietnam del Norte un pequeño boxeador. Si queréis, podéis mandarlo a la lona en el primer asalto, el público puede desanimarse y pedir que le devuelvan el dinero. Hay algo peor: que a fuerza de alargar el combate te dé un calambre y el pequeño adversario pueda vencerte. Allons, donc! ¡Sed grandes boxeadores! ¡Enviadlo a la lona al primer round! ¡Con los bombardeos graduales no llegaréis nunca a nada! Al contrario: le

daréis motivo a Giap para argumentar que un pequeño país como Vietnam del Norte puede resistir al poderío norteamericano. ¡Os están poniendo a prueba señores norteamericanos! ¡No bombardeéis por pura fórmula, no hagáis una guerra psicológica, haced una guerra!» Mademoiselle, todos nosotros hemos estado bajo los bombardeos norteamericanos. Incluso yo, en 1942, cuando estaban aquí los japoneses. Y recuerdo que no es muy difícil resistir a un bombardeo: después de un tiempo, uno se habitúa, especialmente si se dispone de buenos refugios. Durante los primeros bombardeos los norvietnamitas estaban completamente desalentados. La moral de la población era baja y en Hanoi esperaban el desembarco. Pero los norteamericanos no insistieron y... Ellos matan durante cinco minutos, después dan cuatro minutos de respiro, matan de nuevo...

Señor presidente, permítame que me sienta ingenua. O simplemente humana. ¿No se siente usted incómodo al pensar que estos desgraciados bajo las bombas, en Hanoi, son vietnamitas como usted?

Mademoiselle! Sé muy bien que son vietnamitas como yo. En lo profundo de mi corazón, no me divierto en absoluto. Pero también sé que para terminar la guerra hay que bombardearlos, y sé que el fin de la guerra en Vietnam del Sur es el fin de la guerra en Vietnam del Norte. ¿Cree que ellos no están también hartos? ¿Cree que sufren sólo por los bombardeos? ¿Se imagina lo que significa sostener el peso de un cuerpo expedicionario en el Sur? No tienen nada que comer por causa de este cuerpo expedicionario. ¡Y han tenido tantos muertos ahora! Junto con los vietcong han tenido un millón cincuenta y siete mil muertos, desde 1964 hasta hoy. Mire, lo tengo aquí en mis documentos secretos. Y además los norvietnamitas sufren de otra cosa: de un régimen que se contradice con su mentalidad, con sus formas de vida. El comunismo no va bien para los norvietnamitas. Son demasiado individualistas, y yo le aseguro que sólo algunos de los veinte millones de norvietnamitas son comunistas. Le aseguro que la mayoría de habitantes se sublevaría si hubiera un desembarco.

Lo que me parece muy improbable con todos los problemas que Nixon tiene que afrontar ante el Congreso, el Senado y una opinión pública que ya está harta de esta guerra y le pide que la abandone, señor presidente.

Esto es otro asunto. Conozco los problemas de Nixon; no en vano he sido el primero en aplaudir su doctrina. En junio de 1969, cuando

hice aquel viaje por Taiwan y Corea del Sur, Chang Kai Chek y Park Chung Hee me preguntaron: «¿Qué está sucediendo? ¿Es cierto que los norteamericanos quieren retirar las tropas del Vietnam? ¿Por qué acepta usted semejante cosa? ¿Por qué no les pide que se queden hasta que termine la guerra?» Y yo contesté: «No es cuestión de impedir a los norteamericanos que retiren sus tropas. Es cuestión de resolver el problema reemplazando sus tropas con el ejército mío. Precisamente el ejército que tenían que haberme dado hace mucho tiempo». Sí, mademoiselle. En 1954, cuando se fueron los franceses, los norteamericanos ya habían previsto que los norvietnamitas nos atacarían como los norcoreanos habían atacado Corea del Sur. Y si nos hubiesen proporcionado un ejército, no habríamos tenido necesidad de pedirles ayuda. Nosotros les pedimos que vinieran para resolver un problema inmediato, no para siempre. Y cuando me di cuenta de que su presencia en Vietnam del Sur amenazaba con mandar a paseo a dos presidentes, dije: «Ayúdame a ayudarlos. Dadme un ejército fuerte. Combatiremos solos». Y me puse de acuerdo con Nixon en lo de la vietnamización y Nixon empezó a retirar sus tropas, y ¿cuándo se ha visto en la historia de la guerra a un ejército de casi medio millón de hombres retirarse en cuatro años? De los norteamericanos, hoy, no tenemos más que la aviación. La vietnamización ha sido un magnífico éxito, como reconocen todos, y las cosas han resultado como yo había previsto. También había previsto que habría un ataque antes de las elecciones norteamericanas, otro en 1973...

Señor presidente, permítame una observación. No estoy del todo segura de que todos reconozcan el éxito de la vietnamización. Si no hubiera sido por la aviación norteamericana los norvietnamitas hubieran vencido en su ofensiva de Pascua.

Oui. D'accord. Pero la vietnamización no se podía hacer en un día, mademoiselle. Ni siquiera en un año. Sabíamos que nos llevaría de cinco a siete años y, por tanto, aún no ha terminado. Es cierto, habríamos perdido frente al ataque de Giap si no hubiera sido por los norteamericanos. Pero ¿quién ha reconquistado Quang Tri y Binh Dinh? ¿Quién ha encerrado a los norvietnamitas en An Loc y en Kontum? ¿Los norteamericanos quizá? La vietnamización no quedará terminada hasta que no se refuerce nuestra aviación.

¿Reforzar qué, señor presidente? ¿Si están ustedes cargados de aviones, de helicópteros, de aparatos de reconocimiento, de carga..., mientras los nor-

vietnamitas no tienen más que dos o tres Hig! Si cuando se llega al aeropuerto de Saigón...

Tenemos los aviones, pero nos faltan los pilotos, mademoiselle. No tenemos técnicos. Aún hemos de instruirlos, entrenarlos. Y esto lleva un año o dos. ¿Por qué no los hemos preparado antes? ¡Pues porque antes teníamos que ocuparnos del ejército! Yo he dicho siempre que no estaríamos preparados antes de 1973. He aquí por qué los comunistas piden que suprima la vietnamización a la que tienen miedo. ¿Sabe cuánto se necesita para hacer un ejército moderno?

Señor presidente, no comprendo nada. Hemos empezado a hablar más o menos de paz y estamos hablando otra vez de guerra. ¿Usted quiere terminar la guerra o ganar la guerra?

Quiero terminarla, mademoiselle. Yo no busco la victoria como Giap. Y como militar, no como político, añado: ¿qué tenemos que ganar en esta guerra? Si firmamos la paz mañana, ¿qué habremos ganado en el Vietnam del Sur? Yo le diré qué: la inflación, centenares de miles de muertos, sabe Dios cuántas ciudades destruidas, un millón de refugiados, un millón de soldados que cobran cada mes... Soportar la guerra en casa significa haber perdido ya la guerra, aunque la victoria venga escrita, negro sobre blanco, en un armisticio. El arte de la guerra es llevar la guerra al territorio enemigo, es destruir en territorio enemigo como Giap le explicaría muy bien. En este sentido, él tiene todo el derecho de decir que ha ganado la guerra. Y se lo pregunto otra vez: si firmamos la paz mañana, ¿qué habremos ganado? ¿Habremos ganado, tal vez, un centímetro cuadrado de territorio al Vietnam del Norte? ¿Habremos ganado, tal vez, un escaño en el Parlamento de Vietnam del Norte? No habremos ganado nada, nada. Habremos perdido por cambiar nuestra derrota con un tratado de paz. Mademoiselle! Me han llamado intransigente. ¿Cómo se puede llamar intransigente a un hombre que está dispuesto a negociar con el FLN, a un hombre que está dispuesto a presentar su dimisión a un mes de las elecciones? ¿Acaso están dispuestos a negociar conmigo, tal como lo estoy yo con ellos, los Pham Van Dong, Le Duan, Nguyen Van Giap? ¿Y a presentar la dimisión?

En resumen, ¿cuánto durará esta guerra, señor presidente? ¿Años, meses, semanas?

¿Se lo ha preguntado alguna vez a Giap?

Sí, pero hace casi cuatro años.

¿Y qué le contestó?

Me dijo que la guerra igual podía durar veinte años.

Voilà la réponse. Esta guerra va a durar hasta el día que Giap quiera, o sea hasta que él quiera liquidarla. Si yo pudiese llevar la guerra al Norte, como él la ha traído al Sur, entonces tendría usted todo el derecho de hacerme esta pregunta y exigir una respuesta. Pero ahora sólo puedo darle una opinión: o la paz llega dentro de algunas semanas, digamos un mes, o la guerra durará todavía tres o cuatro años. Es demasiado difícil paralizar una guerra basada sólo en la guerrilla. ¿Cuántos guerrilleros había en Malasia? ¿Diez mil? ¿Y cuánto tiempo tardaron los ingleses en vencerles? Doce años. Se combate mal en una guerra hecha por maleantes.

¿Lo dijo al general Haig cuando vino aquí? Porque, según tengo entendido, usted y Haig no se echaron precisamente los brazos al cuello.

Eh bien, mademoiselle, vous savez... Él me llama señor presidente, yo le llamo señor general o general, así que... No tenemos mucho que decirnos. Yo le dije: «Conque aquí le tenemos, general. ¿Qué le trae por aquí?» Y él contestó: «Estoy aquí para explicar el punto de vista del presidente Nixon». Entonces yo le he subrayado que no estaba aquí ni siquiera como negociador, sino sólo como mensajero: «Oigamos este punto de vista, general». Me lo expuso. Lo escuché y luego le dije que sólo contestaría directamente a Nixon con una carta personal y que le confiaría la carta a él en calidad de mensajero. Haig se fue, volvió al día siguiente, y le entregué la carta: «Voilà la lettre, mon général. Bon voyage. Au revoir». Continué hablando con los norteamericanos. Y continué con la esperanza de que me comprendan. El día en que me digan: «No le comprendemos, señor Thieu, y por tanto le abandonamos...» Bon! Me verá reaccionar a su propuesta de paz. Hasta que llegue este momento... sigo estando preparado para recibir de nuevo a Kissinger. Siempre espero que venga a Saigón a verme. No comprendo por qué no ha venido todavía. Tal vez ha pensado que no era el momento oportuno... Acaso esté a punto de elaborar un acuerdo que le parezca justo... Quizás está a punto de llegar y decirme: «Señor presidente, a mi parecer ha llegado el momento de firmar la paz». Entonces le contestaré: «Siéntese. Veamos de qué paz habla».

¿Y está dispuesto a ofrecerle el desayuno que me ha ofrecido a mí?

¿Por qué no? Si los norvietnamitas le han ofrecido té y galletas, ¿por qué no puedo invitarle yo a desayunarse? No soy más mal educado que Le Duc Tho. Siempre se puede intentar discutir mientras se come, si esto no estropea la digestión. No soy enemigo del doctor Kissinger. Ni siquiera soy enemigo de los norvietnamitas como norvietnamitas. Mis únicos enemigos son los comunistas cuando quieren introducir el comunismo aquí. En su casa pueden hacer lo que les parezca. Mademoiselle, cuando la guerra haya terminado, yo estaré más que dispuesto a estrechar la mano de Giap. Y también a ir con él a cenar a su casa. Y decirle entonces: «Alors, mon général! Hablemos un poco. Usted es del Norte, yo soy del Sur. Usted tiene montones de carbón, yo tengo montones de arroz. Construyamos una línea férrea que vaya de Hanoi a Saigón e intercambiamos nuestras mercancías. Gracias por la cena y ¿cuándo tendré el honor de recibirle como huésped en Saigón?»

¿Cuántas veces ha pronunciado el nombre de Giap, señor presidente! Se diría que no puede quitarse este nombre de la cabeza. ¿Qué piensa de Giap?

Mademoiselle, pienso que ha sido un buen general, pero de ninguna manera el Napoleón asiático que él cree ser. La grandeza de Giap procede de la prensa francesa después de Dien Bien Phu. Y Dien Bien Phu sigue siendo su única gran victoria, aunque no haya sido la victoria extraordinaria que él dice y que los franceses han dicho siempre en sus periódicos. Desde el punto de vista militar, Dien Bien Phu fue una batalla fácil para Giap. Los franceses no tenían nada en Dien Bien Phu: ni aviones ni carros armados ni artillería. Giap no tenía más que usar la marea humana y la táctica de las divisiones siempre frescas. Seamos honestos: ¿qué perdieron, en el fondo, los franceses, en Dien Bien Phu? Ni siquiera el diez por ciento de su ejército. Cualquier general francés que estuviera en aquel momento en Indochina le explicará que el ejército francés no estaba, ni mucho menos, completamente derrotado; si hubieran recibido refuerzos de París hubiesen podido defender incluso el Vietnam del Norte. Los franceses no perdieron la guerra en Dien Bien Phu y gracias a Giap. La perdieron en Dien Bien Phu porque ya la habían perdido en Francia política, psicológica y moralmente. Es Giap quien se ha creído que hizo algo militarmente decisivo en Dien Bien Phu, sin comprender que un ejército moderno, hoy, tiene muy poco que ver con el ejército francés

de los años cincuenta. El error de Giap, en esta guerra, ha sido no conocer la fuerza extraordinaria del ejército norteamericano y también subvalorar mi ejército.

Señor presidente, aquí hablamos de norvietnamitas y basta. Pero me parece llegado el momento de hablar de los vietcong y del otro desacuerdo suyo con Kissinger.

Très bien. Yo sostengo que la fórmula política aceptada por los norteamericanos en octubre es una fórmula indigna con la que los norvietnamitas tratan de imponernos un gobierno de coalición. Sostengo que yo no aceptaré nunca esta fórmula disfrazada porque yo no impongo ningún gobierno a Hanoi y no quiero que Hanoi imponga nada a Saigón. La constitución de Vietnam del Norte dice que Vietnam es uno e indivisible, de Lao Kai a Ca Mau. La Constitución de Vietnam del Sur dice lo mismo: Vietnam es uno de Ca Mau a Lao Kai, etcétera. Pero hay una situación de hecho: dos Estados dentro de esta nación. El Estado de Vietnam del Norte y el Estado de Vietnam del Sur, cada uno con su gobierno, con su Parlamento, con su Constitución. De aquí que cada uno de los dos Estados deba decidir su futuro político sin que el otro se interfiera. Como Alemania. Como Corea. ¿Me he explicado bien? He dicho dos Estados, dos Estados, dos Estados. Como Corea. Como Alemania. Dos Estados en espera de la reunificación. Cuándo llegará esta reunificación, sólo Dios lo sabe. Personalmente excluyo que pueda llegar antes de veinte años y por esto siempre he pedido que Vietnam del Norte y Vietnam del Sur fuesen admitidos en la ONU...

Pero los vietcong existen, señor presidente, y son sudvietnamitas. Deben participar en la vida política del Vietnam del Sur.

Sí, pero sin injerencias por parte del Vietnam del Norte. Yo digo esto: dejad que el futuro político de Vietnam del Sur lo decidamos nosotros y los comunistas del Vietnam del Sur. Acepto negociar con el FLN, acepto organizar elecciones con ellos, acepto considerarles como partido político en el futuro. Pero ésta es una cuestión de política sudvietnamita, ¡No quiero imposiciones de Hanoi, quiero negociar directamente con el FLN! Pero, ¿cómo puedo hacerlo si los norvietnamitas están aquí disfrazados de vietcong? Mademoiselle, ni siquiera el Frente de Liberación podría negociar conmigo teniendo encima 300.000 norvietnamitas armados con artillería. Por tanto, repito: dejadnos solos a nosotros y a los vietcong. Nos entenderemos

mejor, con más soltura. Todos somos sudvietnamitas, y yo sé que la mayor parte de los vietcong que combaten desde hace veinte años no quieren invadir el Vietnam del Sur. ¿Cómo pueden hacerlo si son sudvietnamitas? Sé que sólo quieren participar en la vida política del país .y...

¿Ha intentado alguna vez dialogar con ellos, señor presidente?

¿Cómo puedo hacerlo si los norvietnamitas están aquí? ¿Cómo pueden intentarlo ellos si los norvietnamitas están aquí? ¡Esto es lo que les repito a los norteamericanos y ellos no entienden! Supongamos que yo quiera reunirme con Madame Binh, que, entre otras, es una cosa que me gustaría. ¿Cómo lo hago? Madame Binh no tiene la libertad de hablar conmigo, sus portavoces son los norvietnamitas. Yo le digo, mademoiselle, que sólo cuando los norvietnamitas se hayan ido los vietcong se sentirán libres para venir a hablar conmigo. Y vendrán. Porque yo los invitaré y porque no estarán controlados por los otros. El hecho es que... Mademoiselle, hace dos o tres años se dio un fenómeno llamado «el movimiento de los Chu Hoi». Chu Hoi significa, más o menos, desertor del vietcong. Pues bien, en un determinado momento su número fue muy alto: casi 200.000. Y esto preocupó inmensamente a los norvietnamitas porque, como es obvio, hace que progresen los Chu Hoi y no el FLN. Y ¿qué hicieron los norvietnamitas? Se dispersaron por los pueblos y por las unidades vietcong para sustituir a los vietcong y para impedir que desertaran. Y... pero ¿no comprende que este segundo desacuerdo con el doctor Kissinger es consecuencia del primero? ¿No comprende que el problema principal sigue siendo la presencia de 300.000 norvietnamitas?

Sí, señor presidente, pero usted va bastante más lejos rechazando un gobierno de coalición. Si está dispuesto a aceptar a los vietcong en la política de Vietnam del Sur, ¿por qué rechaza la idea de un gobierno de coalición?

Porque lo que he dicho hasta ahora no significa en absoluto gobierno de coalición, significa simplemente una participación de los vietcong en las elecciones. ¡Lo que yo rechazo es su pretensión de un gobierno de coalición! Un gobierno es un resultado de unas elecciones, ¿sí o no? Entonces, incluso si el gobierno que se imponga en Saigón está controlado por los comunistas, tendrá que ser un gobierno resultante de las elecciones. ¿Sí o no? No un gobierno prefabricado. No un gobierno impuesto por Hanoi. ¿Qué pido, en el fondo? Tres meses para discutir con el FLN, más tres meses para llegar a un acuerdo con

el FLN y organizar las elecciones y, finalmente, las elecciones de una persona-un voto. Allons, donc! ¿Qué se pretende de mí? ¿Qué se pretende más que esto? Represento a un gobierno legal y me avengo a discutir con aquellos que pretenden ocupar ilegalmente mi puesto, acepto tenerlos en las elecciones..., ¡caramba! Acepto incluso la posibilidad de que ganen, aunque estoy dispuesto a apostar que no sucederá así; si ganan, me corto el cuello... No, no, mademoiselle. Representan un tanto por ciento demasiado pequeño de la población. Su número no debe pasar de los 100.000. De 50.000 a 100.000, y...

Más los que están ahora encarcelados. Señor presidente, su análisis puede incluso convencer, de momento: Pero reexaminado a la luz de los hechos que usted calla, convence menos. ¿Cómo se pueden organizar elecciones auténticas con los millares de vietcong y de sospechosos vietcong que llenan las cárceles y los campos de concentración de Vietnam del Sur?

En seguida responderé a su reproche. Cuando se está en guerra, es natural que se encarcele a los que trabajan para el enemigo que nos hace la guerra. Sucede en todos los países. Es lo normal, mademoiselle. Y los que hoy están presos son los que han participado en asesinatos o en cualquier otro tipo de atrocidad. Y son menos de los que usted se imagina. Sin embargo, cuando llegue la paz, también se resolverá su problema. No hay nada que me parezca mejor que el intercambio de prisioneros: civiles, militares, todos. Bien, los norvietnamitas se han negado incluso a esto. Y yo me pregunto: ¿qué pasa? Estoy dispuesto a intercambiar 500 prisioneros de guerra norteamericanos por 100.000 prisioneros de guerra norvietnamitas y algunos miles de detenidos civiles. Estoy dispuesto a dejar en libertad a todos: norvietnamitas, camboyanos, laosianos, vietcong, civiles, todos, y ¿aún no están contentos? Por supuesto que un cambio como éste debe hacerse cuando haya terminado la guerra, no antes. ¿Sabe cuál es el verdadero problema? Que los norteamericanos se han mostrado demasiado ansiosos, demasiado preocupados por los 500 prisioneros de Hanoi y ahora los norvietnamitas los utilizan como si fueran una mercancía para imponer sus condiciones políticas. Es desagradable.

¿Y los neutralistas, señor presidente? Por lo que he observado constituyen la mayoría de una población que ya está harta de todos: de Thieu, de los vietcong, de los norteamericanos, de los norvietnamitas, de la guerra...

No constituyen la mayoría de la población, como usted dice. Si fuera como usted dice, mademoiselle, yo no estaría aquí. La gran

mayoría de sudvietnamitas, créame, tienen mucho miedo de los comunistas. Un miedo cristalizado por la ofensiva del Tet y por las matanzas derivadas de la ofensiva de Pascua. De otro modo no se explicaría lo sucedido aquí durante la campaña de las banderas. Me bastó decir una palabra y todos compraron una bandera o pintaron los colores de nuestra bandera en las fachadas de las casas. ¿De veras cree que ciertas cosas se pueden imponer con una orden? Mademoiselle..., yo miro a los neutralistas como pobres inocentes, como pobres deficientes, y no me dejo preocupar por ellos. Me dan mucha pena los neutralistas porque se prestan al juego de los comunistas. Más valdría que se uniesen a los vietcong y nos combatesen con las armas en la mano. Los respetaría mucho más. Así no son ni políticos ni soldados, no arriesgan nada por ninguna parte y... Soyons sérieux, mademoiselle! ¿Cómo se puede ser neutralista en el Vietnam?

¿Por esto ha dictado un decreto por el que quedan suprimidos los partidos de la oposición en el Vietnam, señor presidente?

Mon Dieu! El decreto no es para suprimirlos. Es para animarlos a unirse. Hay veintisiete partidos legales en el Vietnam del Sur y más de cuarenta ilegales. Tal abundancia resulta un lujo incluso en tiempos de paz; imagine en tiempos de guerra. Y no olvidemos que nuestra Constitución alienta el bipartidismo. Ahora bien: admitamos que el tratado de paz viene firmado desde París, admitamos que dentro de tres meses se llega a un acuerdo con el FLN. ¿Qué pasa? Pasa que en el momento de combatir a los comunistas con el juego llamado democracia se produce una batalla electoral donde por una parte están los comunistas y en la otra veintisiete partidos políticos legales y cuarenta ilegales. Si queremos ganar, ¿no es mejor reagruparse un poco? Yo he dicho esto: reagrupemos los partidos menores en no más de seis partidos mayores. Mademoiselle, ça suffit! Me parece suficiente para un país de diecisiete millones de habitantes. La política no tiene por qué ser irresponsabilidad. Allons, donc!

Allons. Señor presidente, estamos haciendo un montón de divagaciones sobre la democracia y las elecciones. Por tanto me creo autorizada a preguntarle algo desagradable: ¿qué puede responder a aquellos que le definen como el dictador del Vietnam del Sur?

Tiens! ¡Vaya una! Mademoiselle, no sé si debiéramos registrar esto en su magnetófono, pero... eche una ojeada a los países del Sudeste asiático y luego dígame cuáles son los países que pueden defi-

nirse como democráticos, según su concepto de democracia. ¿Thailandia? ¿Corea? ¿Filipinas? Mademoiselle...! Sinceramente me parece que el Vietnam del Sur resulta ser el país más democrático. Tal vez no tan democrático como a usted le gustaría, pero la democracia no es un estándar apto para aplicar en cualquier parte de la misma manera. La democracia tal como la tienen en América o tal como la tienen ustedes en Europa, aún no se puede dar aquí. Aún no estamos preparados para ello. No olvide que el Vietnam no ha conocido nunca una vida democrática en el sentido que le da usted a la expresión. Hasta 1945 fuimos una colonia francesa. Hasta 1954 estuvimos dominados por el Vietminh. Hasta 1963 estuvimos bajo el presidente Diem. Hasta me atrevería a afirmar que aquí la democracia empezó a existir sólo desde 1965, cuando Thieu llegó a la presidencia.

Pero ¿qué clase de democracia es una democracia que presenta en las elecciones a un solo candidato? En las elecciones de 1973 usted no tenía ni siquiera un adversario, señor presidente.

Tiens, tiens. Mademoiselle! Hay que juzgar estas cosas en el contexto de Vietnam. Hay que recordar que el presidente electo en 1971 hubiera sido el presidente que hubiese discutido la paz. Hay que recordar que precisamente en aquel período, o sea cuando no había estabilidad política porque mis adversarios habían retirado la candidatura, los norvietnamitas reunieron sus divisiones más allá de la zona desmilitarizada y a lo largo de la frontera camboyana para prepararse a lanzar una nueva ofensiva. Bien, mientras sucedía esto llega un montón de gente que dice: «Señor Thieu, si los otros retiran la candidatura, usted también debe retirarla. Si no, no es democracia». Y yo contesto: «Nuestra Constitución no prevé que las elecciones sean anuladas si hay un único candidato. Ni tampoco dice que el único candidato deba retirarse o buscar un adversario. Por tanto, si yo me retiro, hay que retocar la Constitución. Esto nos llevaría por lo menos seis meses, o siete. En seis o siete meses los norvietnamitas tienen tiempo de sobra para completar los preparativos de la ofensiva y atacarnos. Y digo: atacarnos mientras estamos sin *leadership* militar o político. ¡Adiós, Vietnam del Sur! Decid lo que os parezca. Yo me quedo». ¿Cuál es su próxima pregunta, mademoiselle?

Una pregunta brutal, señor presidente. Detesto ser brutal, especialmente porque usted ha sido tan amable conmigo, me ha invitado a desayunar, etcétera, pero tengo en reserva una serie de preguntas brutales. He aquí la pri-

mora: ¿cómo comenta el hecho de ser llamado «fantoche norteamericano» y «hombre de paja de los norteamericanos»?

¿Quién lo dice?

Todos. Casi todos. ¿De veras está sorprendido?

¿Lo dicen también los norteamericanos?

Sí, muchos norteamericanos.

¡Ah! Tiens! ¡Hum...! Mademoiselle! Yo soy el hombre de los vietnamitas, no el hombre de los norteamericanos. Y tampoco soy un fantoche norteamericano y creo haberlo demostrado recientemente. Incluso en esta entrevista. De los norteamericanos soy un aliado y eso es todo. Siga adelante, se lo ruego.

Sigo adelante. Pregunta número dos. ¿Qué responde a los que le acusan de corrupción, de ser el hombre más corrompido del Vietnam?

Mademoiselle, ni siquiera vale la pena contestarles. ¿Qué debo contestar? Cuando la máquina de calumniar a un presidente tiene los motores en marcha, no hay manera de pararla. Este tipo de acusaciones no se hacen por error: se hacen con un fin preciso. Se puede desmentir un error, no un fin. Sólo le digo esto: ¿ha visto alguna vez a la hija de un presidente que viva en una residencia de monjas en Londres? Mi hija vive allí.

Bien, entonces hagamos la pregunta de otra manera, señor presidente: ¿es cierto que usted nació muy pobre?

Certísimo. Mi padre quedó huérfano a la edad de diez años. Y, cuando se casó, mi madre mantenía a la familia llevando al mercado del pueblo cestos de arroz y de nueces de coco. Trece días después de nacer el primogénito tuvieron que vender la choza y trasladarse al otro lado del río: no tenían dinero. Y, gracias a ella, mi hermano mayor pudo estudiar en París. Mi hermano menor pudo estudiar en Hué. Pero yo tuve que estudiar en la escuela del pueblo. Somos una familia de gente que se ha hecho a sí misma: mis hermanos son hoy embajadores. Pero mis hermanas llevan todavía los cestos de arroz y de pollos al mercado, para venderlos, como hacía mi madre. Oui, c'est vrai.

¿Y es verdad que hoy es usted inmensamente rico, que posee cuentas bancarias en Suiza, en Londres, en París, en Australia?

No es verdad. Le juro sobre las cabezas de mi hija y de mi hijo que no tengo nada en el extranjero. Ni una casa en Londres, ni una casa en París, ni una casa en Australia, ni una casa en Suiza... La historia de la casa en Suiza la supe hace algún tiempo a través de algunos norteamericanos. Y contesté: «Señores norteamericanos, tienen ustedes toda la tecnología necesaria para descubrir esta casa, todas las máquinas necesarias para fotografiarla. Tráiganme las fotografías de esa casa». Sólo poseo algo en Vietnam, y ¿quiere saber qué es? Un apartamento en el Cuartel General, donde, por ser general, tengo derecho a dos apartamentos de soltero que he convertido en museo. También tengo una casa de madera junto al río donde voy cuando tengo ganas de practicar el esquí acuático. Es una casa prefabricada, de hace poco tiempo. Me la regaló el sindicato de trabajadores de los bosques. Tengo también la casa donde nací, que es la más pobre del pueblo. La gente pasa por delante y ríe: «Mira la casa del presidente Thieu». Y, finalmente, poseo un pequeño terreno donde me divierto haciendo experimentos agrícolas. Allí cultivo arroz y melones, crío gallinas, ocas, cerdos, y también pesco porque hay un estanque. Esto es todo. Desde que soy presidente ni siquiera me he comprado un automóvil; todavía uso el del presidente Diem. Es un «Mercedes» antiguo cuyo motor está siempre averiado. ¿Se imagina al presidente del Vietnam que regresa solemnemente de cualquier viaje, baja del avión, sube al «Mercedes» que parte velozmente y de improviso se para? La policía militar se las ve y se las desea para conseguir reactivar el motor, mientras el presidente maldice: «¡Caramba! Tengo que comprar otro automóvil». Continúe, mademoiselle.

Continúo, señor presidente. Pregunta número cuatro. ¿No teme que lo maten? Por ejemplo, que le asesinen como al presidente Diem.

No. Francamente, no. Creo en Dios y en el hecho de que Él me protege. No es que sea un fatalista al ciento por ciento, entendámonos. En otras palabras: no creo que Dios esté siempre allí para protegerme y, por tanto, es inútil que tú te protejas. Al contrario, creo que uno debe hacer todo lo posible para echarle una mano a Dios y ayudarle a que te proteja. Sin embargo, para todo hay un límite y finalmente llego a esta conclusión: «Yo cumplo con mi deber y me defiendo de los riesgos que tal deber comporta. El resto es cosa de Dios. Que también Él tome su parte de responsabilidad en lo que a mi salvaguarda se refiere». ¿No le parece? Al fin y al cabo es una cuestión de confianza recíproca. Mademoiselle, bromas aparte, matarme no sería

difícil en absoluto. Estrecho la mano de todo el mundo y presto muy poca atención; los agentes de mi servicio de seguridad no hacen más que lamentarse de ello. Y yo les digo: «Messieurs les agents, qu'est-ce que c'est ça? Yo cumplo con mi deber, cumplid vosotros con el vuestro. Si no podéis, ¡peor para vosotros y para mí! Me cisco. Je m'en fous». Me cisco porque... ¿cómo evitar que me maten si alguno tiene realmente intención de hacerlo? La semana anterior pasé revista a 5.000 hombres de la defensa. Cada uno llevaba un fusil cargado y para matarme bastaba una sola bala de un solo fusil. Nada es más fácil que asesinar a un presidente del Vietnam. Pero ¿por qué lo harían si les he explicado que no vale la pena, que prefiero salir vivo que muerto? Por otra parte, la idea de morir no me obsesiona. Y lo he demostrado participando en Dios sabe cuántos combates hasta 1965, incluso afrontando recientemente la artillería norvietnamita y las balas de los vietcong. ¿Quién me obligaba a desplazarme a Quang Tri, a Binh Long, a Kontum? Era un presidente, no era un general destacado. Y, sin embargo, fui. Le recé a la Santísima Virgen y después fui.

¿Es usted muy religioso?

Oui, oui, oui... Beaucoup! Cada domingo oigo misa en mi capilla y rezo cada noche. Recé incluso para que mis tropas tomaran Quang Tri sin derramar demasiada sangre. Recé también cuando el doctor Kissinger vino aquí para intentar que aceptase lo que no podía aceptar. Soy un verdadero católico. Me convertí después de haberlo meditado durante ocho años. Mi mujer era ya católica cuando nos casamos en 1951, y dado que la Iglesia sostenía que el matrimonio sólo era válido si yo me convertía, fui al sacerdote y le dije: «Monseigneur, soy un oficial y estoy haciendo la guerra. No tengo tiempo de estudiar el catecismo. Deme tiempo. Cuando la guerra haya terminado, se lo prometo, estudiaré el catecismo y me convertiré». La guerra terminó y yo cumplí mi promesa. Pero no fue tan fácil como me imaginaba. Quería comprenderlo todo e impacientaba a aquel pobre sacerdote con mis preguntas. Era un párroco rural y no sabía cómo contestarme. Tuve que buscar un padre dominico y... Voyez bien, mademoiselle: me gusta hacer bien todo lo que hago. Tanto convertirme, como jugar al tenis, montar a caballo o tener en mis manos el poder como presidente. Me gusta la responsabilidad más que el poder. He aquí por qué soy siempre yo el que decide. ¡Siempre! A veces escucho a los demás, me hago sugerir una decisión, y después tomo la decisión contraria. Oui, c'est moi qui décide. Si no se acepta la responsabilidad no se es

digno de ser el jefe y... Mademoiselle, pregúnteme: «¿Quién es aquí el jefe?»

¿Quién es aquí el jefe?

¡Yo! ¡Yo soy el jefe! Moi! C'est moi le chef!

Gracias, señor presidente. Ahora creo que puedo irme.

¿Se va? ¿Hemos terminado? ¿Está satisfecha, mademoiselle? Porque si no está satisfecha debe decírmelo. Mademoiselle, espero que esté satisfecha porque no le he ocultado nada y le he hablado con toda franqueza, lo juro. Al principio no quería. Pero después... ¿qué podía hacer? Estoy hecho así. Dígame: ¿había esperado alguna vez encontrar un tipo así?

No, señor presidente.

Merci, mademoiselle. Y, si le parece bien, rece por la paz de Vietnam. La paz de Vietnam significa la paz del mundo. Y yo, a veces, me siento como si ya no hubiera nada que hacer, salvo rogar a Dios.

Saigón, enero 1973

El general Giap

Era el hombre cuyo nombre se pronunciaba más a menudo durante la guerra del Vietnam. Y no porque fuera ministro de Defensa de Hanoi, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas y viceprimer ministro, sino porque era el quien había derrotado a los franceses en Dien Bien Phu. Los norteamericanos vivían con la pesadilla de un nuevo Dien Bien Phu, y apenas las cosas marchaban peor se decía: «Giap prepara un nuevo Dien Bien Phu». O simplemente: «Giap». Se dijo que era Giap en febrero de 1968, cuando los vietcong desencadenaron la ofensiva del Tet. Se dijo que era Giap en marzo y en abril, cuando los norvietnamitas conquistaron Hué y asediaron Khe San. Se dijo que era Giap en mayo y en junio, cuando los vietcong lanzaron la segunda ofensiva sobre Saigón y las llanuras centrales. Se decía que fue Giap después, durante años. Aquel nombre, breve y seco como una bofetada, era una amenaza eternamente suspendida en el aire, un espantajo al sur del paralelo diecisiete. A los niños se les asusta susurrando: «Que viene el coco». A los norteamericanos se les asustaba susurrando: «Que viene Giap». ¿Acaso no le habían mitificado ellos mismos con su manía de las leyendas? Ni siquiera se habían planteado si la leyenda era prematura. En Dien Bien Phu se había alzado con el triunfo, pero aún no se podía asegurar que fuese realmente un Napoleón asiático, un genio de la estrategia militar, un vencedor eterno. ¿No había fallado acaso la ofensiva del Tet y también la ofensiva de mayo? ¿No había caído Hué y no se había levantado, por fin, el asedio de Khe San? La guerra, en aquel febrero de 1969, se estaba volviendo en favor de los norteamericanos y de los sudvietnamitas. La única verdadera victoria de Hanoi había sido la abdicación de Johnson y la suspensión de los bombardeos en el Vietnam del Norte. En Saigón, Thieu había consolidado su poder.

Pero Giap seguía siendo Giap. Y si se era periodista se quería entrevistar a Giap. Evidente. Ho Chi Minh era demasiado viejo ahora, y estaba demasiado enfermo. A los visitantes les estrechaba la mano, murmuraba cualquier frase sobre la victoria final y luego se alejaba tosiendo. Un encuentro con él sólo era válido desde el punto de vista humano o personal: «He conocido a Ho Chi Minh». Pero daba muy poco que contar. ¡En cambio, un encuentro con Giap! Giap tenía montones de cosas que decir, y no las decía desde 1954. Más inasequible que el propio Ho Chi Minh, ni siquiera se dejaba ver en las ceremonias oficiales. De vez en cuando corría la voz de que había muerto. Por todo esto, apenas llegada a Hanoi, en aquel febrero de 1969, había solicitado ver a Giap y me había preparado para el encuentro con obstinada esperanza; documentándome sobre su biografía, sobre sus escritos. Era una historia fascinante la de este Giap que, hijo de un terrateniente caído en la miseria, había crecido en una familia de ricos franceses, muy lejos de una educación marxista. Como buen burgués había estudiado en el colegio imperial de Hué, después en la Universidad de Hanoi

donde se había licenciado en derecho y filosofía, y finalmente había sido profesor de letras y de historia en el liceo francés de Hanoi, obsesionando a sus alumnos con las campañas de Napoleón. Dibujaba en la pizarra los detalles de las batallas, los analizaba prolijamente y los colegas le tomaban el pelo: «¿Quieres convertirte en general?» Como revolucionario, sin embargo, había empezado muy temprano: a los catorce años. A los dieciocho ya había estado en la cárcel y a los veinte estaba ya con Ho Chi Minh. Por sus cóleras impresionantes y sus silencios marmóreos le llamaban «Volcán cubierto de nieve». Por su valor, le llamaban Kui, «Diablo». En 1935 se había afiliado al partido comunista y casado con una compañera: Minh Tai. En 1939, año en que los comunistas fueron declarados fuera de la ley, huyó a China y Minh Tai había cubierto la fuga haciéndose detener en su lugar. Por esto había muerto, en 1941, en una celda infestada de ratones... Muchos sostenían que a raíz de esto Giap había aprendido a odiar: impermeable a toda piedad, propicio a toda crueldad. ¿Acaso no lo sabían los franceses que, entre 1945 y 1954, habían caído en sus trampas llenas de abejas venenosas, o en sus agujeros llenos de serpientes, o los que habían saltado con las minas ocultas bajo los cadáveres abandonados en las carreteras? Maestro del sabotaje, solía decir que la guerrilla siempre diría la última palabra frente al armamento moderno. Y ya se sabe que en Dien Bien Phu había ganado con cañones. Con cien cañones transportados por los vietminh pieza por pieza, a hombros, en bicicleta, a marchas forzadas y sin comida. Si Dien Bien Phu le había costado a los franceses doce mil muertos, a Giap le había costado cuarenta y cinco mil. Pero siempre había aludido a ello con indiferencia, distanciado. «Cada dos minutos mueren trescientas mil personas en este planeta. Cuarenta y cinco mil en una batalla ¿qué significan? En la guerra, la muerte no cuenta.» A su dureza no era extraño el cinismo y, en efecto, tenía muy poco en común con los austeros marxistas de Hanoi. Vestía siempre uniformes nuevos y bien planchados, vivía en un hermoso palacete colonial construido por los franceses y decorado con mobiliario francés; tenía un automóvil con cortinillas, y había vuelto a casarse con una hermosa muchacha varios años más joven que él. En resumen: no llevaba precisamente la vida de un monje o de un Ho Chi Minh.

Mi petición de entrevistar a Giap fue acogida con muchas reservas. «¿Por qué precisamente Giap? La guerra no la hace sólo Giap. Y además Giap no recibe.» Pero, tres días antes de mi marcha, mi acompañante An The me dio la noticia de que sí: vería a Giap. «Mañana a las tres y media de la tarde. Pero no para una entrevista oficial: para una *causerie*, una charla. Y no sola: junto con otras mujeres de la delegación.» Las otras mujeres de la delegación eran dos comunistas y una socialista del PSIUP junto con las cuales yo había sido invitada a Vietnam del Norte. Se llamaban Carmen, Giulia y Marisa; eran inteligentes y amigas. Comprendieron el embarazo que me causaba la cita colectiva y prometieron no abrir la boca para que yo pudiese interrogar a Giap lo más cómodamente posible. Incluso prometieron cedermé el sitio si él había elegido a una de ellas para que se sentase a su lado, y tomar notas si rechazaba el uso del magnetófono. Al día siguiente se vistieron cuidadosamente y al medio-

día estaban ya preparadas. Y yo con ellas, tensa, nerviosa. De hecho, no recuerdo nada de lo que pasó después del mediodía. Sólo recuerdo que partimos escoltadas por An The, por su ayudante Huan y por el intérprete Ho, y que oficiales del Estado Mayor nos esperaban a la entrada del Ministerio de la Guerra, la mar de serios y endomingados dentro de sus uniformes color verde oliva. Uno a uno se inclinaron con grandes sonrisas y luego nos escoltaron a lo largo de un corredor hasta una gran sala con un diván y muchos sillones a lo largo de las paredes. En medio de la sala, rígido como un soldado de plomo, estaba Nguyen Van Giap. El legendario Giap.

Ante todo me impresionó su baja estatura. Sabía que no llegaba al metro cincuenta y cuatro, pero, visto así, parecía aún más bajo. Tenía las piernas cortas, los brazos cortos, y un cortísimo cuello que inmediatamente desaparecía dentro de la chaqueta. El cuerpo era robusto, más bien grueso. La cara era redonda y cubierta de venillas azules que lo hacían parecer violáceo. No era un rostro simpático, no. Tal vez por aquel color violáceo, tal vez por aquel perfil incierto, costaba un esfuerzo observarlo y descubrir en él algo que fuese interesante. La boca inmensa y llena de minúsculos dientes, la nariz chata y provista de dos inmensos agujeros, la frente que se perdía a la mitad del cráneo en una mata de cabellos negros..., pero ¡qué ojos! Sus ojos eran los ojos más inteligentes que quizás haya visto jamás. Alertas, astutos, reidores, crueles: todo. Brillaban como dos acuas de luz, atravesaban como dos cuchillos afilados y trascendían una gran seguridad. Una gran autoridad. Me pregunté, incrédula: ¿es posible que estos ojos hayan llorado, una noche, en las montañas de Lam Son? Una noche, en las montañas de Lam Son, donde organizaba la guerrilla contra los franceses, alguien había llevado a Giap la noticia de que Ho Chi Minh había muerto. Y, en uno de sus libros, él había narrado el episodio así: «Sentí que todo giraba a mi alrededor. Recogí sus objetos en el cesto de paja que le servía de maleta y pedí a Tong que pronunciara la oración fúnebre. Hacía mucho frío y millones de estrellas iluminaban la inmensidad del cielo. Pero una tristeza infinita me anegaba el corazón y con los ojos llenos de lágrimas miré las estrellas y, de pronto, lloré». Tal vez, en un remoto pasado, habían llorado tanto aquellos ojos, que nada en el mundo hubiera podido hacerles llorar más.

Me salió al encuentro con la mano tendida con mundana desenvoltura. También su sonrisa tenía algo de mundana. Me preguntó si hablaba francés y la voz era aguda y el tono tan inquisitorial, que me intimidó y contesté: «Oui, Monsieur» en lugar de «Oui, mon Général». Pero no se enfadó e incluso me dio la impresión que le gustaba sentirse llamar Monsieur en lugar de «camarada», como lo llamaban Giulia, Carmen y Marisa. Nos escoltó hasta el fondo de la sala para que nos acomodásemos, pidió a Giulia y a Marisa que se sentaran en los sillones e invitó a Carmen a sentarse a su lado, en el diván. Fiel a lo pactado, Carmen se las arregló de modo que yo pudiese ocupar su puesto, pero esto exigió tiempo y transcurrieron algunos minutos antes de que estuviésemos todos instalados: mis amigas, An The, Huan y Ho en los sillones a nuestra derecha y los oficiales del Estado Mayor a nuestra izquierda. A uno de los oficiales le hacían daño los zapatos. Aflojó un cordón, luego otro, otro más y pronto los dos zapatos estuvieron completamente desabrochados. Entonces un segundo oficial le

imitó y también un tercero, mientras yo me preguntaba cómo lo haría para interrogarlo. Desde luego no era la situación ideal para mí, con toda aquella gente sentada en fila como si estuviesen en la escuela o en el teatro. Ni siquiera se comprendía cuál debía ser el ceremonial y qué sucedería en los primeros diez minutos: ¿un intercambio de cumplidos, un refresco? Ante el diván en el que estaba sentada con Giap había una mesita llena de delicadezas: bolas de queso fritas, dulces de arroz, croquetas de carne, confitería, galletas y vasitos con un líquido rojo. Pero nadie, aparte de mí, lo tocó y entonces sucedió algo que me hizo ganar la partida. Sucedió que Giap vio mi magnetófono y se alarmó. «Je vous prie, pas celui-là, ça sera seulement une causerie entre nous, vous savez.» Intenté protestar y se inició una discusión al fin de la cual nos pusimos de acuerdo sobre la necesidad, al menos, de tomar algunas notas. Y sobre los restos de la discusión que acabábamos de mantener, empecé a hacerle hablar.

Ni siquiera fue difícil, hay que reconocerlo. A Giap le encanta hablar. Habló durante cuarenta y cinco minutos, sin parar, y con el tono catadrático del profesor que enseña a alumnos poco inteligentes. Interrumpirle para preguntar algo, era una empresa desesperada. Y, Giulia, Carmen, Marisa, An The y Ho, todos los que tomaban notas, no conseguían seguirle. Llegaba a ser patético ver a aquellas cabezas inclinadas sobre los cuadernos, y a aquellas manos escribir, escribir, escribir con tanto afán. La única que no escribía era yo, pero ¿cómo hubiera podido hacerlo con sus terribles ojos clavados en los míos? Giap me interrogaba a su vez, me llevaba la contraria, me contestaba y no era raro que se abandonase a apasionadas manifestaciones. Como cuando le dije que la ofensiva del Tet había fallado: se levantó nerviosamente, dio la vuelta a la mesa, alargó los brazos y, con los brazos extendidos, exclamó: «Esto dígaselo al Frente de Liberación». Y así declinaba su responsabilidad en la ofensiva que todos le atribuían. Sus manitas se agitaban sin descanso, y había en él la complacencia del que le gusta escucharse, y se quedó quieto sólo cuando se dio cuenta que había pasado ya la hora concedida. Se quedó quieto de repente. Y de pronto se levantó, induciendo a los demás a hacer lo mismo. Los oficiales que se habían soltado los cordones de los zapatos no sabían qué hacer. Ruborizados, fijaban sus ojos en los cordones abandonados sobre el pavimento como pequeñas serpientes. Y uno, poniéndose en pie, tropezó, y estuvo a punto de acabar tendido en el suelo.

En el hotel, transcribimos palabra por palabra las notas de Giulia, Carmen, Marisa, An The, Huan y Ho; luego las confrontamos y compusimos el texto de la entrevista, no renunciando ni siquiera a una coma. Pero la mañana siguiente me reservó una sorpresa. Vino An The con tres folios escritos a máquina y me los entregó diciendo que esto y sólo esto era el texto del coloquio que había mantenido con el general. El general no reconocería otro texto y yo debía comprometerme a publicarlo. Leí los folios. No era nada de lo que yo había oído y que los demás habían transcrito. No era la respuesta a la pregunta sobre la ofensiva del Tet, no era la respuesta a la de la conferencia de la paz en París y ni siquiera la que comentaba el fin de la guerra. No decía nada, salvo una serie de frases retóricas y vagas, buenas todo lo más para un comicio. «Repito que el general exige la publicación de este texto», insistía An The,

acompañando con el índice. «Lo publicaré —repuse—. Pero junto al texto auténtico.» Y lo hice.

Giap no me lo perdonó nunca y los norvietnamitas que me habían dado el visto bueno, aún menos. Como se sabe, la independencia de criterio es una virtud que no gusta a muchos comunistas. O les gusta sólo en los casos en que induce a uno a escribir aquello que resulta bien para ellos. En Hanoi me querían por lo que había escrito, en 1968, sobre Saigón atacando a los norteamericanos y exaltando a los vietcong. Pero ahora que, con el mismo espíritu, explicaba dónde habían errado en Hanoi, toda su ternura con respecto a mí se desvanecía, junto con el buen recuerdo. Me dedicaron insultos, ofensas imbéciles. Dijeron que había agravado al general Giap para prestar un servicio a los norteamericanos, que incluso había ido a Vietnam del Norte por encargo de los norteamericanos: «evidente-que-pertenecía-a-la-CIA». Pero no me molesté más de lo necesario, ni siquiera me sorprendí y esta entrevista llegó a ser un documento del que se habla todavía. Publicada en todo el mundo, llegó hasta la mesa de Kissinger, que gracias a ella (como se ha dicho en otro lugar) aceptó verme y hablarme.

ORIANA FALLACI.— General Giap, en muchos escritos usted se pregunta: en definitiva, ¿quién ganará la guerra de Vietnam? Y ahora yo le pregunto: hoy, en los primeros meses de 1969, ¿cree poder afirmar que los norteamericanos han perdido la guerra de Vietnam, que están militarmente derrotados?

NGUYEN VAN GIAP.— Ellos mismos lo reconocen. Pero ahora le demostraré por qué los norteamericanos están ya derrotados: militar y políticamente. Y para demostrarle su derrota militar me referiré a su derrota política, que es la base de todo. Los norteamericanos han cometido un error gravísimo: elegir como campo de batalla el Vietnam del Sur. Los reaccionarios de Saigón son demasiado débiles; esto ya lo sabían Taylor, Mc Namara y Westmoreland. Lo que no sabían es que, dada su debilidad, no sabrían aprovechar la ayuda norteamericana. Porque ¿cuál es el objetivo de la agresión norteamericana en Vietnam? Está claro: crear una neocolonia basada en un gobierno fantoche. Pero una neocolonia necesita un gobierno estable, y el gobierno de Saigón es un gobierno extremadamente inestable. No tiene ningún efecto sobre la población, la gente no le cree. Y, por tanto, ¿en qué paradoja se encuentran los norteamericanos? En la paradoja de no poder retirarse del Vietnam del Sur, incluso si lo desean, porque, para retirarse, deberían dejar una situación política estable. Es decir: algu-

nos siervos que les sustituyan bien. Siervos sí, pero fuertes. Siervos sí, pero serios. El gobierno fantoche de Saigón no es fuerte ni serio; ni siquiera vale como siervo, no se mantiene en pie ni siquiera apuntalándolo con carros armados. Y entonces ¿cómo se las arreglan los norteamericanos para irse? Y, sin embargo, tienen que irse. No pueden mantener 600.000 hombres en Vietnam por otros diez o quince años. He aquí la derrota política: no haber obtenido nada desde un punto de vista político a pesar del enorme aparato militar del que disponen.

Esto, general, no significa que militarmente hayan perdido la guerra.

Tenga paciencia, no me interrumpa. Claro que lo significa; si no se sintiesen vencidos, la Casa Blanca no hablaría de paz con honor. Pero demos un paso atrás, a los tiempos de Ginebra y de Eisenhower. ¿Cómo empezaron los norteamericanos en el Vietnam? Con los métodos convencionales que siempre usan, o sea con ayuda militar y económica al gobierno fantoche. En resumen, con el dólar. Porque ellos creen que se puede resolver cualquier cosa con el dólar. Incluso un gobierno libre, independiente, creían que se podía implantar con el dólar; esto es, con un ejército de titeres comprados con dólares, con treinta mil consejeros pagados con dólares, con la invención de los hamlets estratégicos contruidos con dólares. Pero interviene el pueblo, y el plan de los norteamericanos falla. Fallaron los hamlets estratégicos, fallaron los consejeros, falló el ejército de titeres. Y los norteamericanos se vieron obligados a la intervención militar que ya había recomendado el embajador Taylor. Así empezó la segunda fase de su agresión: la guerra especial. Estaban seguros de poder acabarla en 1965, como máximo en 1966. Con 150.000 hombres y 18 millones de dólares. Pero en 1966, la guerra no llevaba trazas de terminar. Habían añadido 200.000 hombres y hablaban de la tercera fase; la guerra limitada. La famosa política de tenaza de Westmoreland: por una parte ganarse a la población, y por otra, exterminar a las fuerzas de liberación. Pero las dos piezas de la tenaza no ajustaron y Westmoreland perdió la guerra. Como general ya la había perdido en 1967, cuando pidió el desembarco de nuevas tropas y envió a Washington un informe de color de rosa: afirmando que 1968 sería un buen año para la guerra de Vietnam, lo que permitiría a Johnson ganar las elecciones. En Washington, Westmoreland fue recibido como un héroe, pero ya se sabía que esta guerra empezaba a costar demasiado. Taylor lo había comprendido desde el principio. Pero ¡adelante! Corea costó a los norteamericanos veinte mil millones de dólares; Vietnam les

estaba costando ya cien mil millones de dólares. Corea les costó más de 54.000 muertos, Vietnam ha superado ya esta cifra...

Los norteamericanos hablan de 34.000 muertos, general.

Hum... Yo diría, por lo menos, el doble. Los norteamericanos dan siempre cifras muy por debajo de las verdaderas: cuando va bien, tres en lugar de cinco. No pueden haber tenido sólo 34.000 muertos. ¡Si les hemos derribado más de 3.200 aviones! ¡Si admiten que de cada cinco aviones suyos uno ha sido derribado! Mire: en cinco años de guerra no han perdido menos de 70.000 hombres. Y tal vez digo pocos.

General, los norteamericanos dicen que usted ha perdido medio millón.

Un número exacto.

¿Exacto?

Exacto. Pero sigamos con el tema. Llegó 1968 y aquel año los norteamericanos estaban realmente seguros de vencer. Luego, de pronto, llega la ofensiva del Tet y el Frente de Liberación demuestra que les puede atacar cuando quiera y donde quiera. Incluso las ciudades mejor defendidas, incluida Saigón. Y los norteamericanos admiten finalmente que esta guerra es un error estratégico. Lo admite Johnson, lo admite Mc Namara. Reconocen que han equivocado el lugar, que han equivocado el momento, que tenía razón Montgomery cuando decía: no hay que llevar el ejército al continente asiático. La victoriosa ofensiva del Tet...

General, todos están de acuerdo en considerar la ofensiva del Tet como una gran victoria psicológica. Pero desde el punto de vista militar, ¿no cree que falló?

¿Falló?

Yo diría que sí, general.

Esto dígaselo, o mejor pregúnteselo al Frente de Liberación.

Antes quisiera preguntárselo a usted, general.

Debe comprender que ésta es una pregunta delicada, que yo no puedo dar opiniones de este estilo, que no puedo entrar en los asuntos del Frente. Es una cuestión delicada... De todas formas me sorprende porque todo el mundo ha reconocido que, desde un punto de vista militar y político, la ofensiva del Tet...

General, tampoco desde el punto de vista político fue una gran victoria. No hubo sublevación popular y dos semanas más tarde los norteamericanos recuperaron el control. Sólo en Hué asistimos a una epopeya que duró meses. En Hué, donde estaban los norvietnamitas.

Yo no sé si el Frente preveía o deseaba la sublevación popular, pero piense que sin la ayuda de la población las fuerzas del Frente no hubieran podido entrar en la ciudad. Y no discutiré la ofensiva del Tet que no dependió de mí, no dependió de nosotros; fue iniciativa del Frente. Pero es un hecho que después de la ofensiva del Tet, los norteamericanos pasaron del ataque a la defensa, y la defensa es siempre el principio de la derrota. Digo principio de la derrota sin contradecirme; de hecho nuestra victoria final está aún lejos y aún no se puede hablar de derrota definitiva de los norteamericanos. En efectivos los norteamericanos son aún fuertes, ¿quién podría negarlo? Y se necesita mucho esfuerzo por nuestra parte para derrotarlos completamente. El problema militar..., ahora hablo como militar..., sí, los norteamericanos son fuertes, su armamento es fuerte. Pero no sirve para nada porque la guerra en Vietnam no es sólo una guerra militar y, por tanto, la fuerza militar y la estrategia militar no bastan ni para ganarla ni para comprenderla.

Sí, general. Pero...

No me interrumpa. Los Estados Unidos hacen la guerra con estrategia aritmética. Interrogan a sus computadoras, hacen sumas y restas, extraen raíces cuadradas y, sobre esto, actúan. Pero la estrategia aritmética no es válida aquí; si lo fuese ya nos habrían exterminado. Con sus aviones, por ejemplo. No por casualidad creían doblegarnos en pocas semanas cargándonos a la espalda miles de millones de explosivos. Porque ya se lo he dicho: ellos lo calculan todo en miles de millones de dólares. Y subvaloran el espíritu de un pueblo que sabe batirse por una causa justa: salvar a la patria del invasor. No quieren meterse en la cabeza que la guerra del Vietnam se comprende sólo con la estrategia de la guerra del pueblo, que la guerra del Vietnam no es una cuestión de efectivos y de números, que todo esto no resuelve el problema. Por ejemplo: ellos decían que para ganar era necesaria una relación de veinticinco a uno. Después se dieron cuenta que esta cifra era imposible y la redujeron: seis a uno. Luego bajaron a tres, sosteniendo que era una relación peligrosa. No, aquí se necesita algo más que una relación de tres a uno, de seis a uno o de veinticinco a uno; y este algo

más es un pueblo en contra suya. Cuando todo un pueblo se subleva no hay nada que hacer. Y no hay dinero en el mundo que pueda liquidarlo. De aquí viene nuestra estrategia, nuestra táctica que los norteamericanos no saben comprender.

Si usted está tan seguro, general, de que serán definitivamente derrotados, ¿cuándo cree que sucederá esto?

Oh, ésta es una guerra que no se resuelve en pocos años. La guerra contra los Estados Unidos requiere tiempo, tiempo... A los norteamericanos les está derrotando el tiempo, les está cansando. Para cansarlos tenemos que continuar, durar... mucho tiempo... Siempre lo hemos hecho así. Porque nosotros, sabe, somos un pueblo pequeño. Somos apenas treinta millones, la mitad de Italia, y éramos apenas un millón al principio de la era cristiana cuando vinieron los mogoles. Después de haber conquistado Europa y Asia, los mogoles vinieron aquí. Y nosotros, que éramos apenas un millón, los derrotamos. Vinieron aquí tres veces y los derrotamos. No disponíamos de sus medios. Pero resistimos y duramos y repetimos: es necesario que todo el pueblo se bata. Lo que era válido en 1200 es aún válido en el siglo veinte. El problema es el mismo. Somos buenos soldados porque somos vietnamitas.

General, también los vietnamitas del Sur que combaten con los norteamericanos son vietnamitas. ¿Qué piensa realmente de ellos como soldados?

No pueden ser buenos soldados. No son buenos soldados. Porque no creen en lo que hacen y por esto les falta espíritu combativo. Esto lo saben hasta los norteamericanos que son infinitamente mejores que ellos. Si los norteamericanos no hubiesen sabido que los soldados-fantoches son malos soldados, no hubieran tenido necesidad de traer tantas tropas a Vietnam.

General, hablemos de la conferencia de París. ¿Cree que la paz puede salir de la conferencia de París, o de una victoria militar como la de Dien Bien Phu?

Dien Bien Phu... Dien Bien Phu... El hecho de que estemos en París demuestra nuestras buenas intenciones. Y no se puede decir que París sea inútil desde el momento que no sólo nosotros sino también el Frente de Liberación está en París. En París hay que traducir al plano diplomático lo que sucede en Vietnam y... madame! París, madame, sabe, es una cosa para diplomáticos.

¿Está diciendo, general, que la guerra no se resolverá en París, que puede resolverse sólo militarmente, nunca diplomáticamente, que el Dien Bien Phu de los norteamericanos está aún por llegar, y que llegará?

Dien Bien Phu, madame, Dien Bien Phu... Bueno, no siempre es verdad que la historia se repite. Pero esta vez se repetirá. Y tal como hemos derrotado, militarmente, a los franceses, derrotaremos militarmente a los norteamericanos. Sí, madame, su Dien Bien Phu está aún por llegar. Y llegará. Los norteamericanos perderán definitivamente la guerra en el momento en que sus efectivos alcancen su máximo, y la gran máquina que han puesto en marcha no conseguirá ya moverse. Los derrotaremos en el momento en que tengan más hombres, más armas, más esperanzas de vencer. Porque toda su riqueza, su fuerza, se convertirá en su piedra al cuello. Es inevitable.

¿Me equivoco, general, o el segundo Dien Bien Phu lo ha intentado ya en Khe San?

Oh, no. Khe San no podía ni quería ser un Dien Bien Phu. Khe San no era tan importante para nosotros. O lo era en la medida en que era importante para los norteamericanos; porque en Khe San estaba en juego su prestigio. Porque fijese en la acostumbrada paradoja que se da siempre con los norteamericanos: mientras se quedaron en Khe San para defender su prestigio, dijeron que Khe San era importante. Cuando abandonaron Khe San, dijeron que Khe San nunca había sido importante. Por otra parte, ¿usted no cree que vencimos en Khe San? Yo digo que sí y... pero ¿sabe que los periodistas son muy curiosos? Demasiado curiosos. Y puesto que yo también soy periodista, quiero invertir los papeles y hacerle un par de preguntas. Primera pregunta: ¿Está de acuerdo en que los norteamericanos han perdido la guerra en el Norte?

Yo diría que sí, general. Si por guerra del Norte entendemos los bombardeos, creo que los norteamericanos han perdido. Porque no han obtenido nada sustancial y luego han tenido que suspenderlos.

Segunda pregunta: ¿Está de acuerdo en que los norteamericanos han perdido la guerra en el Sur?

No, general. No la han perdido. O todavía no. No los han echado. Aún están allí. Y siguen estando.

Se equivoca. Aún están allí, pero ¿en qué condiciones? Arredrados,

paralizados, en espera de nuevas derrotas que intentan evitar sin saber cómo. Derrotas que han tenido y tendrán consecuencias desastrosas para ellos, desde un punto de vista económico, político e histórico. Están allí con las manos atadas, cerrados con llave en su propia fuerza, no pueden más que esperar en la conferencia de París. Pero también allí son testarudos: no abandonan sus posiciones.

General, usted dice que en París los norteamericanos se muestran obstinados. Pero los norteamericanos dicen lo mismo de ustedes. Entonces ¿para qué sirve esta conferencia de París?

Madame, vous savez...

General, no se hace más que hablar de paz, pero parece que, en realidad, nadie la quiere. De todos modos, ¿cuánto durará esta conferencia de París?

¡Mucho! Especialmente si los Estados Unidos no abandonan sus posiciones. Mucho. Tanto más cuanto que no abandonaremos las nuestras; nosotros no tenemos prisa, tenemos mucha paciencia. Porque mientras las delegaciones discuten, nosotros continuamos la guerra. Amamos la paz pero no la paz con cualquier condición, no la paz del compromiso. La paz, para nosotros, sólo puede significar victoria total, la marcha de los norteamericanos. Cualquier compromiso sería una amenaza de esclavitud. Y nosotros preferimos la muerte a la esclavitud.

Entonces, general, ¿cuánto durará la guerra? ¿Por cuánto tiempo se pedirá a este pobre pueblo que se sacrifique, que sufra, que muera?

Por el tiempo que sea necesario: diez, quince, veinte, cincuenta años. Hasta que hayamos conseguido la victoria total, como ha dicho nuestro presidente Ho Chi Minh. ¡Sí! ¡Incluso veinte, incluso cincuenta años! Nosotros no tenemos prisa, no tenemos miedo.

Hanoi, febrero 1969

Norodom Sihanuk

Me recibió en Brioni, en la villa puesta a su disposición por Tito. Desde hacía algunas semanas viajaba por los países que no reconocen la Camboya de Lon Nol y Yugoslavia era la penúltima etapa. De allí, iría a Rumania y, de Rumania, regresaría a Pekín donde vive, respetado y amado, desde marzo de 1970, cuando Lon Nol se desembarazó de él y ocupó su puesto acompañado por la bendición de los norteamericanos. Tito le había recibido en Belgrado, con los honores reservados a los jefes de Estado y lo hospedaba en Brioni con el esplendor que se concede a un rey y a un amigo. Son muy amigos. Están de acuerdo respecto a la desobediencia y respecto al arte de mostrarse independientes en un mundo en que tal empresa resulta siempre difícil. Esto le hacía muy feliz y salió a mi encuentro con los brazos abiertos. Además, hacía casi un año que proyectábamos la entrevista. Existía un verdadero epistolario y una larga serie de telegramas entre nosotros. Apenas me llegaba un telegrama de Pekín, sabía de quién era, incluso antes de abrirlo. Era de Sihanuk, y mi deseo de entrevistarle había aumentado después del viaje que acababa de hacer a la Camboya ocupada por los kmers rojos, en un fantástico desafío a Lon Nol. Sabía que tenía intención de ir, pero no creía que saliese vivo. Apenas leí que no sólo había ido sino que había regresado sano y salvo, los telegramas y las cartas se multiplicaron. Luego vino la invitación a Brioni y esta entrevista de siete largas horas.

Siete horas divididas en dos tiempos porque, hacia la una y media, me invitó a comer. Renuncia a todo menos a comer, y a comer bien. Adora la comida por lo menos en la misma medida en que adora a su país, ese trágico país que había conseguido mantener alejado de la guerra durante dieciséis años y que, liquidado él, se ha convertido en un teatro de sangre. Si por mí hubiera sido, no hubiésemos perdido tiempo en la mesa, ¡es tan divertido escucharle! Me atrevería a decir que es consolador. Porque se puede decir lo que se quiera de Sihanuk: que es un gran mentiroso, un desequilibrado, un embustero, un aventurero, una caricatura internacional, pero sea lo que sea lo que se piense, no se puede negar que en una época en que en el plano político parecen surgir sólo personajes grises, obtusos, aburridos y privados de fantasía, él es una especie de milagro. Lo reconocen hasta los norteamericanos a quienes se debe la famosa frase: «En un punto estamos irremediabilmente de acuerdo. No existe nadie, en esta tierra, como Sihanuk». En la mesa, yo sólo deseaba terminar pronto y que volviésemos lo más rápidamente posible ante el magnetófono. Aunque a su mujer, la princesa Monique, no le hacía ninguna gracia. Desde hacía meses le preocupaba el encuentro que su marido planeaba conmigo: «¡Quién sabe lo que le dirás! ¡Quién sabe lo que te hará decir!» Pero él le contestaba, encogiéndose de hombros: «Me gusta el riesgo». ¿No se trataba, por lo demás, por lo riesgo calculado, de la victoria dada por descontento? Conocerlo significa automáticamente aceptarlo y hay que dejar claro

que, antes de conocerle, yo no lo aceptaba en absoluto. No conseguía tomármelo en serio, no lograba conciliar su responsabilidad de estadista con sus caprichos de play-boy. Por ejemplo, el hecho de que escribiese determinadas cancioncillas y dirigiera una orquesta de jazz. El hecho de que rodase ridículos filmes, en los que él era el actor y su mujer la actriz, y que luego imponía a sus súbditos como los impuestos. O el hecho de que representase el papel de político iluminado, moderno, y luego fuese un déspota sombrío que se llenaba el estómago de caviar y de foie-gras. Después del golpe de Estado de Lon Nol oí muchas cosas sobre él, sobre el dinero que exigía a los vietcong para hospedarse en Camboya, sobre las relaciones que mantenía con los americanos para hacerse perdonar la presencia de los vietcong en Camboya, sobre el peaje que exigía su suegra a cada camión norvietnamita que llegaba a Sihanukville, sobre las cóleras a las que se abandonaba por cualquier nimiedad, sobre las mentiras que decía. Leyendo sus telegramas y enviándole los míos, mantenía siempre una sonrisa de reserva. Lo consideraba una especie de juego.

Sin embargo, el Sihanuk que encontré en Brioni no era un juego. Era un hombre desesperado que, a pesar de sus extravagancias, simbolizaba bastante bien al que sabe decir que no a cualquiera que amenace la libertad de un país o de un hombre, el derecho a equivocarse si se equivoca y el de ser distinto si se es distinto. Y él, qué le vamos a hacer, es distinto. Como admite candorosamente, no es un político por vocación: es un artista. Se divierte mucho más escribiendo cancioncillas, comedias, poesías y dirigiendo orquestas, que decidiendo el destino de los demás. No reniega de su pasado de soberano, no oculta sus errores, no niega el hecho de ser todavía un frívolo algo viciado. ¿Acaso no le ha construido Chu En-lai una piscina con agua caliente en invierno y fría en verano, en su casa de Pekín? ¿Acaso no ha puesto a su disposición un ejército de cocineros expertos en dulces y golosinas? ¿No lo mantiene a él y a cien camboyanos fingiendo concederle un préstamo a reembolsar después del año dos mil? Y sin embargo, Monseigneur ha cambiado: ahora sabe de qué parte está y exhibe cierto valor moral... No diré nada más sobre Norodom Sihanuk; la entrevista que me concedió habla por sí misma. Y es, tal vez, el autorretrato más genuino que me ha sido dado registrar. Lástima que la palabra escrita no nos ofrezca su voccecilla estridente, sus ojillos que giran con enojo, sus minúsculos brazos que se agitan en una danza de sus manos gordezuelas. Nos reunimos y nos despedimos como amigos. Me prometió incluso que hablaría con Chu En-lai para conseguirme el visado que desde hacía años estaba esperando en vano. Yo le prometí, a cambio, dos kilos de foie-gras fresco: se lo llevaría a Pekín. Luego, antes de que me fuera me cargó de libros, fotografías y discos. Letra y música de Su Excelencia Norodom Sihanuk, jefe de Estado del reino de Camboya. Ahora las cancioncillas las escribe para los chinos y consigue hacerlas cantar en todas las escuelas de sus ciudades, de sus pueblos. ¿No es extraordinario?

No me ha llegado el visado chino. Evidentemente, ni siquiera Sihanuk logró vencer a Chu En-lai de que yo lo merecía más que los norteamericanos, los dictadores

y fascistas a quienes se lo conceden con tanta generosidad. De este modo él se perdió los dos kilos de foie-gras. Pero, en compensación, me envió otro telegrama. Y era un largo y afectuoso telegrama en el que, sin pensar en el gasto, me daba las gracias por la entrevista. ¿Qué debo añadir? Sihanuk el único jefe de Estado, el único poderoso que se ha dignado darme las gracias y personalmente después de haber escrito sobre él. Disculpa si es poco. Sólo por esto se merecía dos quintales de foie-gras.

ORIANA FALLACI.— *A mi parecer, la cosa más extraordinaria sobre Norodom Sihanuk es que cuanto más se le escucha, más se le sigue, más se le discute, menos se le comprende. A pesar de ello, Monseigneur, queremos intentar hacer su retrato en esta entrevista. ¿Tal vez podríamos empezar con lo que parece usted haber cambiado en los últimos años?*

NORODOM SIHANUK. — ¿Cambiado? ¿Me encuentra cambiado? ¡Oh, no, mademoiselle! Tanto si vivo en Pekín, como si vivo en Phnom Penh, soy siempre el mismo Sihanuk. Un poco original, si usted quiere, estrambótico. Un poco incomprendido o, si lo prefiere, incomprensible. Pero con sus convicciones intactas y su personalidad inalterable. No soy comunista, por ejemplo; sigo definiéndome rosa y no rojo. No me he cosido la boca, continúo lanzando todo lo que pienso sobre todo y sobre todos sin preocuparme de las consecuencias. Y no tengo la menor intención de terminar como un playboy en el exilio. Quiero terminar como un hombre de honor, regresando a Phnom Penh victorioso y dándome el gusto de ver a Lon Nol balanceándose en la horca. La única diferencia entre el Sihanuk de ayer y el Sihanuk de hoy es que el Sihanuk de hoy no intercambia ya traidores por patriotas y patriotas por traidores. Estoy en cuerpo y alma con los kmer rojos, y me bato a su lado para que derroten a los norteamericanos y para que gobiernen una Camboya comunista. No hay otro modo de salvar a mi país y no perder la dignidad. Vous savez, mademoiselle: hay muchas maneras de perder la dignidad y no se pierde la dignidad perdiendo un trono. A veces se pierde ganando un trono. O conservándolo. A mí no me importa en absoluto convertirme en una especie de Hiro Hito que fabrica máquinas fotográficas, o de Isabel de Inglaterra que entiende sólo de caballos. No tengo ambiciones personales.

Hace algún tiempo las tenía, Monseigneur.

No. Digamos que tenía un estilo de vida algo extravagante. Era un jefe de Estado un tanto especial y no exactamente socialista. Me gustaban los automóviles de carreras, me abandonaba a la alegría de vi-

vir, dirigía una orquesta de jazz... Los reyes y los presidentes, por lo general, no dirigen orquestas de jazz. Tocaba el saxo y el clarinete, componía canciones e iba por las provincias a cantarlas con mi pueblo... Peor: se las hacía cantar a los representantes del cuerpo diplomático, pero, en el fondo, ¿qué tenía esto de malo? A los camboyanos nos gusta la música, y ¿por qué un jefe de Estado debe recibir a los embajadores de modo austero, organizando bailes aburridos y cacerías de faisanes? Y, además, no sólo les hacía cantar. Les hacía subir a un camión y los llevaba al campo a ayudar a los campesinos. Recogían arroz, construían graneros o pequeños diques, o cavaban. ¡Oh, era magnífico verlos con el azadón en la mano! Yo disfrutaba una barbaridad. Porque, en Asia, apenas un desgraciado se ha hecho con un diploma o sabe coger la pluma, se cree un intelectual y juzga indecoroso dedicarse al trabajo físico. Ya sabe, la consabida élite. La cual, naturalmente, me consideraba loco, megalómano, corrompido; consideraba escandalosa mi singularidad y ni siquiera sospechaba que podía ser un método inteligente para aproximarse a las masas, comprenderlas. Hacía también otras cosas. Escribía comedias, por ejemplo. Las llevaba a escena como director y las interpretaba como actor. Así me divertía, me ejercitaba culturalmente, y conseguía dinero para la Cruz Roja. También dirigía películas. Oh, un montón de gente decía que mis películas no valían nada, que más bien eran una birria, que no sabía ni actuar ni utilizar las cámaras. Pero yo adoro el cine y ¿qué me importaba lo que opinaran? Les contestaba: «Si no para otra cosa, esto sirve para educar al pueblo». Como la película «*Sombras sobre Angkor*». ¿Ha oído hablar de ella?

No, Monseigneur.

Bien, pues contaba en forma novelada la tentativa de un golpe de Estado organizado por la CIA en 1959 corrompiendo a uno de mis generales. Lo había atajado gracias a las informaciones de las embajadas francesa y china. En realidad mi servicio secreto no valía un pimiento: lo dirigía Lon Nol. El traidor había huido a la jungla, donde lo mataron los soldados que habían ido en su busca. Y yo ¿qué hice? Saqué de ello el argumento de una película. La dirigí, la interpreté y conseguí demostrar, de este modo, que los Estados Unidos amenazaban nuestra independencia, nuestra neutralidad, para obligarnos a alinearnos a su lado y participar en su cruzada anticomunista. Ya no me gustaba entonces figurar como anticomunista. Los comunistas siempre se habían portado respetuosamente con nosotros; no com-

prendo por qué uno no tiene que ser comunista si le va ser comunista, y, además, yo quería estar bien con todos y el cine me servía para explicar estas cosas, no sólo para narrar insulsas historias de amor. Oh, sí, mademoiselle, en aquel tiempo era otra cosa. No había guerra en Camboya, y yo podía uniformar el país según mis ideas, mis gustos y una alegría de vivir hecha de despreocupación. Conducía mis hermosos automóviles, tenía un «Lancia», un «Alfa Romeo», un «Mercedes 250 SL»...

¿Y no echa de menos todo esto en Pekín?

No, mademoiselle. No lo echo de menos, se lo juro. Soy mucho más sensible de lo que parece, y cuando un hombre ha sufrido las humillaciones que he sufrido yo, ¿cree de veras que puede darle importancia a los coches de carreras o a las fiestas? Cuando un hombre sufre como sufro yo por el propio país, sobre el cual los B 52 hacen doscientas sesenta incursiones diarias, ¿cree de veras que puede añorar la dulce vida y las orquestas de jazz? Yo no añoro nada. Estoy de luto y no pienso ni siquiera en la despreocupación de entonces. Agua pasada. Si recuperase mi «Lancia», mi «Alfa Romeo», mi «Mercedes», no sabría qué hacer con ellos. Me sentiría casi ridículo. Por otra parte, en Pekín no me falta nada. Y no lo digo por hipocresía. Los chinos me tratan espléndidamente: han puesto a mi disposición una casa inmensa, grande como un palacio, y dispongo de todas las habitaciones que quiero. Para mí, para mi familia, para mis funcionarios. Ahora somos cien camboyanos, en Pekín, y además del palacio tengo algunas dependencias. También tengo una piscina cubierta, con agua fresca en verano y caliente en invierno. Me la hizo construir Chu En-lai. Sí, sí, mademoiselle: Chu En-lai. Expresamente para mí. Y luego me mandó siete cocineros y siete pasteleros chinos capaces de preparar cualquier plato, cualquier dulce. Sabe que comer bien me gusta todavía, que la gastronomía ha sustituido a los coches deportivos y al jazz, e incluso me ha provisto de una «épicerie» francesa y, a menudo, me divierto enseñando recetas francesas a mis cocineros chinos o aprendiendo de ellos recetas chinas. De París trajeron mi adorado foie-gras; ni con el corazón hecho pedazos me avengo a renunciar al foie-gras. Desdichadamente está enlatado, no es fresco como a mí me gusta. Pero, a veces, también lo como fresco porque los chinos saben cocinar el hígado de oca. Y mi glotonería queda satisfecha.

¿Aún toca el saxo, Monseigneur?

No. Lo he dejado. También he dejado el clarinete. En compensación, Chu En-lai ha puesto a mi disposición un excelente piano y de esta manera aún puedo componer. He escrito varias canciones en estos tres años. Algunas las cantan en todas las escuelas chinas, en todas las comunas revolucionarias. Por ejemplo, la que se titula *Viva la República Popular China, viva el presidente Mao Tse-tung*. O aquella que dice: «Oh, amada China, mi segunda patria — en mi doloroso destino he hallado una gran dicha — la que me procura una amiga bienamada — China, en este período de sufrimientos que atravesamos — nos da con su total apoyo todas las razones — para no desesperar del porvenir». También he escrito muchos cantos en honor de nuestros amigos norcoreanos, norvietnamitas, laosianos, africanos, árabes. Y no me aburro, no. Aparte del hecho de que tengo mucho que despachar con mis ministros, muchos discursos que escribir, muchos mensajes que leer por radio a mi pueblo, China no es, en absoluto, una región cerrada en sí misma; es un país abierto, liberal, y a Pekín llegan siempre turistas que quieren conocerme, preguntarme cosas. Profesores de universidad, periodistas, estudiantes americanos. Me dedico con frecuencia al deporte, al ping-pong. A menudo, me hago proyectar una película. Al principio me pasaban sólo filmes revolucionarios chinos, pero ahora ya me hacen llegar películas francesas, inglesas, italianas. Los chinos son así de generosos. Para este viaje a los países que reconocen a la verdadera Camboya y a Sihanuk, necesitaba dos aviones: uno para mí y las treinta personas que me acompañan, y otro para los equipajes. Pues bien: me han dado un Iliuscin 62, que es un avión presidencial, y un Iliuscin 18 de cuatro motores. Con tripulación china. Y si tengo necesidad de armas, me dan las armas. Si necesito vestidos, me dan vestidos. No tengo más que pedirlo. Como me dijo Mao Tse-tung en 1970: «Sihanuk, yo no me atrevo a ofrecerle lo que usted no pide porque temo pasar por alguien que pretende hacer imposiciones. Pero estaré a la expectativa para saber qué cosa le hace falta y este silencio no debe turbarle. Al contrario, debe hacerle sentirse en mayor libertad. En resumen, deberá ser usted quien diga lo que quiere y nosotros obedeceremos».

¿Tan pobre se ha vuelto, Monseigneur?

¿Pobre? No tengo un céntimo. No tengo nada mío. Ni un automóvil, ni una casa, nada. Cuando Lon Nol dio el golpe de Estado, me quedó sólo la pequeña maleta que tenía en la Costa Azul. Si China no me hubiese ayudado, ni siquiera tendría con qué vestirme. La banda

de Lon Nol-Sirik Matak me lo ha confiscado todo: las propiedades territoriales, los objetos personales. Hasta han vendido en almoneda mis perros y las joyas de mi mujer. Oh, es una infame calumnia lo de que Monique las había puesto a salvo en Hong Kong. Las joyas las había dejado en Phnom Penh donde los oficiales de Lon Nol las han vendido junto con su guardarropa y mis automóviles. Mademoiselle, he llegado a ser tan pobre como un proletario. Ahora soy un proletario.

¿No me diga! Entonces, ¿quién paga su estancia en Pekín?

Los chinos. Todo lo pagan ellos. Todo. No sólo desembolsan lo necesario para el mantenimiento de mi familia y de los cien camboyanos de mi séquito, sino también lo necesario para mantener mi diplomacia en el campo mundial. Pero con extraordinaria delicadeza. Para no tener el aspecto de mantenernos y de hacernos regalos, nos consideran como un gobierno en funciones y con este gobierno han firmado concretos acuerdos financieros. Los acuerdos consisten en préstamos a largo plazo y sin intereses, a restituir treinta años después de la completa liberación de Camboya. Así, suponiendo que el año próximo los kmer entren en Phnom Penh, hasta el 2004 no tendríamos que devolver a los chinos lo que han gastado por mí desde mayo de 1970. No sólo esto, sino que se lo devolveremos en cualquier moneda, del dólar al rial, y no todo a la vez. El contrato prevé una determinada cifra anual y si un año no tenemos dinero, paciencia. Como ve, se trata de un reembolso absolutamente nominal, de una estratagemma para no humillarme. Ah, China es un país formidable. Si uno es asiático, no puede por menos que amar a China y estar orgulloso de ella. China no exporta carros armados y soldados. Exporta dignidad y respeto.

¿Y Chu En-lai? ¿Lo ve a menudo, Monseigneur?

Muy a menudo. Es el mejor amigo que haya tenido jamás. Y además es un hombre exquisito, lleno de atenciones, sofisticado. Es el aristócrata más aristócrata que se pueda encontrar. A quien no comprende cómo yo, no comunista, puedo ser amigo de Chu En-lai, respondo: «¡Pero si es un príncipe más príncipe que yo!» Si necesito verle, lo llamo y le digo: «¿Puedo ir a verle?» Y él: «No se moleste. Voy yo. En seguida». «De ninguna manera —protesto—, usted tiene mucho que hacer, me corresponde a mí visitarle.» Y él: «No, no. No se mueva. Lo dejo todo y estoy con usted». Llega en seguida y a ve-

ces se queda a comer con nosotros. No sé cómo se lo hace para que el trabajo no le ahogue; casi todos los problemas del gobierno pesan, ahora, sobre sus hombros. Quiero decir que Mao vive siempre retirado y las responsabilidades de Mao Tse-tung se han transferido prácticamente a Chu En-lai. El mismo problema de la sucesión está prácticamente resuelto con Chu En-lai, así que no comprendo de dónde saca el tiempo para dedicarse a Sihanuk. Pero lo encuentra. A veces me invita incluso a comer en su casa, con Monique. Ayudá a su mujer a preparar la cena, me hace probar la comida sin ceremonias y luego me lleva al parque a dar una vuelta, a charlar un poco de todo. Sí, la nuestra es una auténtica amistad. Y no es reciente; data de unos diez años, cuando le conocí en la primera conferencia de países asiáticos. Vino a mi encuentro y me dijo: «Príncipe Sihanuk, le propongo amistad y le prometo no inmiscuirme nunca en los problemas de su país». «No pido nada mejor», contesté, y nos estrechamos las manos. Entonces añadió que estaba dispuesto a ayudar a Camboya y yo le dije que necesitaba industrializar el país. Al cabo de pocos meses me había hecho construir seis fábricas... Fue perfecto. Vinieron sus técnicos, trabajaron duro, y se volvieron sin hacer propaganda o instruir rebeldes. Era obvio que, cuando me pidió que ayudase a los norvietnamitas o a los vietcong, estaba bien dispuesto a hacerlo. Y, además, ¿no coincidía con mis intereses?

¿Y de los días en los que usted hacía cantar sus cancioncillas a los diplomáticos, no habla nunca con Chu En-lai, Monseigneur?

¡Oh, no! Nunca se habla de cuando hacía el playboy, etcétera. Sería como hablar de cuando tenía cinco favoritas. Por lo demás, no creo que Chu En-lai comprendiese; los chinos son tan discretos, tan púdicos... Algunos temas no los tocan nunca; todo lo más aluden a los preservativos, pero en tono muy solemne... No bromean como hacemos nosotros y...

Perdone, ¿ba dicho cinco favoritas?

Sí, mademoiselle. Las cinco favoritas de las que he tenido once de mis trece hijos. Dos de mis hijos están en Camboya y luchan con los kmer rojos. De mi mujer Monique sólo he tenido a Norodom Sihanoni, que estudia en Praga, y Norodom Norindrapong, que estudia en Moscú. Pero cinco favoritas no eran muchas comparadas con las sesenta que tenía mi abuelo y las trescientas que tenía mi bisabuelo. Mi padre no: sólo tenía una, además de su mujer, o sea mi madre. No

me hubiera disgustado imitarle. Pero, cuando era rey, entre 1941 y 1955, mi madre no quería que me casara porque no le gustaba la idea de competir con una segunda reina. Decía: «Eres demasiado joven para el matrimonio». Me consentía sólo las favoritas que pronto fueron cinco. ¡Mademoiselle..., qué cansancio! Mire, por un lado la poligamia es una cosa estúpida porque evita la hipocresía y los bostezos. Yo he dicho siempre: «Monogamia igual a monotonía». Pero, por otro lado, representa tal fatiga que no entiendo cómo podía arreglárselas mi abuelo considerando que a aquellas sesenta las usaba: tuvo doscientos hijos. En cuanto a mi bisabuelo, nadie me quita de la cabeza que, por lo menos la mitad, las tenía por figurar. El día en que abdiqué y me casé con Monique me sentí mucho mejor, y hoy que tengo cincuenta años estoy hasta contento de no tener más que una mujer. Y no sólo porque Monique es bella, inteligente, culta, comprensiva y espero que fiel, sino porque, a mi edad, no lograría ocuparme de cinco mujeres. Ni siquiera podría tenerlas en Pekín; los chinos se escandalizarían y empezarían a ofrecerme anticonceptivos y... dejémoslo. Estas frivolidades les encantan a los norteamericanos y el verdadero Sihanuk no es un personaje de harén. Es un hombre que en 1954 renunció a un trono para hacerse elegir democráticamente. Un hombre que durante diecisiete años consiguió mantener la paz en Camboya. Y un hombre que había visto claro cuando repetía a los sordos: «No os dejéis seducir por los norteamericanos. Con ellos no nos convertiremos ni siquiera en una segunda Tailandia vendida a los dólares del tío Sam. Nos convertiremos en un segundo Vietnam».

Monseigneur, ¿siempre ha odiado tanto a los norteamericanos?

Uh, là là! Uh! Desde la época en que tenía las favoritas y era un joven sin experiencia. Nunca olvidaré mi primer contacto con ellos, en 1953. Estaba intentando convencer a los franceses de que se fueran y los kmer rojos me importunaban diciendo que era un traidor vendido a los franceses. No sabía adónde volver la cabeza y alguien me dijo que los norteamericanos no eran como los franceses; creían en la libertad, en la democracia, y rechazaban el colonialismo. Volé a Washington y solicité una entrevista con Foster Dulles. Le pedí ayuda en nombre de la libertad, de la democracia, etcétera, y me contestó con arrogancia: «Vuelva a casa, majestad, y agradezca a Dios la presencia de los franceses. Sin ellos, Ho Chi Minh los engulliría en dos semanas. Goodbye». Y desde este día los odio. A ellos y a su falsa democracia, a su falsa libertad, a su imperialismo extendido en nombre de la civili-

zación cristiana, y a sus golpes de Estado como el golpe de Estado que dieron contra mí...

Monseigneur, ¿sabe qué se decía en junio de 1970? Se decía que el que organizó el golpe de Estado contra Sihanuk había sido Sihanuk, para salir de una situación insostenible.

¿Qué dice? Esto es infame. Y también bastante estúpido. Si hubiese querido actuar de modo tan maquiavélico, ¿por qué lucharía contra Lon Nol? ¿Por qué, en lugar de estar en Pekín, no me daría la gran vida en la Costa Azul, donde hay foie-gras fresco como me gusta a mí? Seamos serios: hoy todos saben que quien quería liquidarme era Nixon. Estaba claro que los norteamericanos soñaban con repetir contra mí lo que no habían conseguido hacer con Fidel Castro en tiempos de la Bahía de los Cochinos. Hacía años que reclutaban thailandeses y vietnamitas de origen camboyano. Hacía años que los estaban organizando en comandos para introducirlos a lo largo de la frontera de Camboya y fomentar los desórdenes con la ayuda de Lon Nol. Y yo tengo culpa en esto. La culpa de haber elegido a Lon Nol, de haber hecho de él mi brazo derecho, mi jefe de Estado Mayor, mi primer ministro, sin sospechar jamás que fuese un traidor al servicio de la CIA. Lo creía un patriota. Había colaborado conmigo en tiempos de los franceses, había luchado conmigo por la independencia de Camboya, ¿quién iba a pensar que los norteamericanos se sirviesen de él! ¿Sobre todo era tan idiota! No comprendía nunca nada, me miraba siempre con aquellos ojos de bucy y se pasaba todo el tiempo rezando. Peor: antes de sonarse la nariz interrogaba a los arúspices para ver si los astrós le eran favorables para sonarse la nariz. Pero nunca le hubiera creído capaz de engañar y de mentir. ¡Uh, qué rabia! Ya se lo he dicho a Pham Van Dong: «La historia está llena de traidores y lo que me ha pasado con Lon Nol no es excepcional. Pero los traidores, habitualmente, son inteligentes, no cretinos como Lon Nol. Me avergüenzo de mi raza porque ha dado un idiota como Lon Nol. Pero el idiota más idiota no es precisamente Lon Nol. Es Sihanuk, que eligió a Lon Nol. Oh, no estoy orgulloso de mí mismo, no». La verdad, mademoiselle, es que soy un ingenuo.

¿Ingenuo usted, Monseigneur?

Ingenuo como un niño, a veces. La gente me cree maquiavélico. Y en cambio soy más tonto que Maquiavelo que daba tan buenos consejos a su príncipe y luego se dejaba tomar el pelo hasta por él. En las

maniobras diplomáticas parezco tortuoso, en las intenciones parezco diabólico, y en la realidad no llego ni siquiera a ser astuto. Porque siempre tengo miedo de apuñalar a alguien por la espalda, me preocupo siempre de luchar dando la cara y, lo que es peor, llamo al pan, pan, y al vino, vino, y pongo los puntos sobre las íes. ¿Esto es maquiavelismo o ingenuidad? Cualquiera puede cometer errores. La vida de cualquier hombre político está plagada de errores. Pero fiarse de Lon Nol y dejarse tomar el pelo por él, no: es un error demasiado grave. Verá usted, ni siquiera me había dado cuenta de que me había hecho un juego sucio introduciendo en mi ejército a thailandeses y vietnamitas disfrazados de camboyanos. Un día viene y me dice: «Ah, príncipe Sihanuk. He convencido a los comandos para que se rindan. Ahora están arrepentidos. Admiten haber sido utilizados por los norteamericanos y quieren hacerse perdonar luchando por la neutralidad de Camboya. ¿Queremos aceptarlos?» Y yo: «Aceptémoslos». Lo más extraordinario es que, explicando estas cosas, el papel de imbécil lo hago yo. El que escucha tiene razones para pensar: «Bueno, después de todo no parece tan cretino este Lon Nol». Pero el plan no era suyo. El cerebro de tal idea era mi primo Sirik Matak. Éste sí que es inteligente. Malo, pérfido, vago y celoso. Pero inteligente. Sí, éste sí que vale. No por casualidad la CIA lo ha preferido a Lon Nol.

Monseigneur, hay un punto que nadie ha comprendido. ¿Por qué cuando atacaron la embajada norvietnamita y vietcong en Phnom Penh, en marzo de 1970, no regresó a Camboya en vez de quedarse en Francia?

Porque entonces ya sabía que los norteamericanos lo habían preparado todo para asesinarme y no me daba la gana de darles esta satisfacción. En aquellos días estaba en el hospital y hubiera saltado de la cama si la reina, mi madre, no me hubiese enviado un mensaje: «No regreses. Lon Nol ha sustituido a la guardia real por falsos camboyanos de los comandos. Te asesinarán». Todo estaba organizado con precisión. En el aeropuerto hubiera sido recibido por la falsa guardia real y por el cuerpo diplomático. En su presencia no se habrían atrevido a hacer nada, pero hubiera subido al coche oficial y éste, en lugar de dirigirse a Phnom Penh, me hubiese conducido a un lugar montañoso a trescientos kilómetros de Phnom Penh. Allí la falsa guardia real me hubiera fusilado y enterrado en el bosque. Me ha sido confirmado por diversas fuentes.

Pero si le habían cogido tan de sorpresa, ¿cómo se explica que basta el

embajador soviético en Pbnom Penb previera el golpe de Estado? El día en que usted salió para Francia, dijo: «¡Quién sabe si le barán volver!»

Mademoiselle... ¡Claro que los soviéticos lo sabían todo! De acuerdo con los norteamericanos habían ya elegido a Lon Nol. Moscú siempre ha estado contra mí. Incluso antes de la traición yo había tenido una discusión con Breznev. Insistía en hacerme participar en el Pacto de Seguridad del Sudeste asiático, de manera que perdí la paciencia y estallé: «Señor Breznev, mirémonos a los ojos. Usted sabe muy bien que nuestra falta de seguridad nos viene del imperialismo norteamericano. Si es sincero, ¿por qué no nos ayuda a defendernos de los norteamericanos? ¿Por qué no les convence de que nos dejen en paz y renuncien a su imperio en Asia? Mire el mapa, señor Breznev: el imperio estadounidense en Asia empieza en Tailandia y continúa con el Vietnam del Sur, Laos, Filipinas, Formosa, Corea del Sur y Japón. Para no citar Indonesia donde los norteamericanos han liquidado a Sukarno para poner a Suharto, o Malasia o Singapur, que están bajo la égida británica y, por consiguiente, norteamericana. No sea hipócrita, señor Breznev. ¿Qué me propone con este Pacto de Seguridad? Se lo diré yo: cuatro gendarmes disfrazados de grandes potencias. Y ¿quiénes son estas grandes potencias? Francia e Inglaterra, que no cuentan para nada y hacen el papel de obedientes comparsas? Son ustedes dos, señor Breznev: Estados Unidos y la Unión Soviética. Ustedes dos intentan el dominio de Asia y del mundo y, para no pelearse, se lo reparten a medias. Su proposición no me conviene, señor Breznev». Bueno, yo soy un emotivo, incluso pasional. Y no sé si utilicé un tono excitado. Pero sé que mi respuesta no le gustó nada. Mademoiselle, los soviéticos están muy interesados en la presencia de los norteamericanos en Asia. ¿Cómo sin ellos controlarían China?

Sí, pero...

Déjeme terminar, mademoiselle. Ya sé lo que quiere decirme. Quiere decirme que los rusos han ayudado a Vietnam del Norte. Bien, no se deje engañar por los viejos fusiles que le han regalado a Hanoi, por los carros armados que les han vendido. Los soviéticos ayudan sólo a los comunistas obedientes. Mire como son hostiles a los kmer rojos. No les gusta que sean camboyanos antes que comunistas, que piensen en la independencia de Camboya antes que en el socialismo, que no se dejen influir por nadie, ni siquiera por los amigos chinos. No hemos recibido ni un solo fusil de los soviéticos, ni una palabra de sim-

patía. Los soviéticos son uña y carne con Lon Nol. Son imperialistas como los norteamericanos. Mire lo que han hecho con la India y Bangla Desh para llegar al océano Índico. Ellos me acusaban de ser un dictador. ¡Vaya! Si la mía era una dictadura, ¿qué es lo de Lon Nol? Yo renuncié a un trono para demostrar a las masas que no existe una cosa llamada derecho divino, que nadie desciende del cielo para dominar al pueblo. En Camboya, en mis tiempos, las elecciones eran regulares. Participaban todos: de los kmer rojos a la extrema derecha. Tal vez era un tanto original, de acuerdo, pero ¿qué puedo hacer? Soy un artista, estoy hecho así; pero era inteligente y no era el siervo de nadie. En cuanto a Lon Nol, no llegó a primer ministro por mi capricho personal: era el representante de la extrema derecha, que, gracias a la CIA, había ganado las elecciones. A los rusos les resultaba cómoda la guerra en Camboya...

Monseigneur, rusos aparte, ¿no cree que Camboya haya sido sacrificada por Le Duc Tho y por Kissinger?

No, mademoiselle. Porque nosotros habíamos intentado que Camboya fuese ignorada en las discusiones entre Le Duc Tho y Kissinger. Personalmente he enviado un mensaje oficial al señor Le Duc Tho: «Monsieur, es usted un gran diplomático y sabe servir a los intereses de su país. Pero hágame un favor: no intente servir a los intereses del mío. Ignore a Camboya, por favor. Ni siquiera la nombre cuando hable con Kissinger. No se ocupe de nosotros. Gracias». Mademoiselle, yo no puedo permitir que Le Duc Tho hable en mi lugar. No tiene ningún derecho. No somos satélites de Vietnam del Norte. Los norteamericanos querían inducir a los norvietnamitas a hablar de Camboya y el señor Nixon, astuto como es, ha hecho lo imposible para convencer al mundo que ahora Kissinger y Le Duc Tho se han reunido para hablar de Camboya. ¡No es cierto! Los norvietnamitas nos han ayudado, sí: gracias a ellos hemos podido recibir las armas regaladas por China. Pero ahora ya no tenemos necesidad de ellos. Ni para las armas. Hay un artículo de más en el tratado firmado por Kissinger y Le Duc Tho: es el número veinte, el que hace referencia a Camboya y compromete a las dos partes a retirar sus tropas, a no prestar ayuda a nadie. Aparte del hecho de que los norteamericanos violan escandalosamente este artículo con las armas que le entregan a Lon Nol, con los bombardeos de sus B 52, de sus Phantom, de sus F 111, nadie ha autorizado nunca a los norvietnamitas a firmarlo. Si Hanoi ha aceptado el alto el fuego es asunto suyo, no nuestro. Los kmer rojos no

aceptarán nunca un alto el fuego. Nunca descenderán a pactar. Nunca.

Monseigneur, ¿ha intentado alguna vez hablar con Kissinger?

Uh, là là! Desde luego, mademoiselle. Cuando fue a China le hice saber a través de Chu En-lai que desearía una entrevista. Y le contestó a Chu En-lai que el presidente Nixon no le había autorizado a verme. Cuando se trasladó a Hanoi, le hice saber de nuevo, a través de Pham Van Dong, que desearía un encuentro y le dio a Pham Van Dong la misma respuesta. Ni siquiera sé cómo es este Kissinger: lo conozco sólo a través de lo que dicen los demás y de la entrevista que le hizo usted. Mademoiselle, he intentado incluso ponerme en contacto con Nixon; a través del presidente del Senegal, a través del presidente de Guinea, a través del rey de Marruecos. Le he mandado decir que, si dejaba de proteger a Lon Nol, mi ejército de liberación aceptaba un contacto. Me ha hecho contestar que mis mensajes no le interesaban. Después se ha arrepentido y, para no descender a pactos conmigo, ha ordenado a Lon Nol que levante el arresto a mi madre y a mis hijos que están en Phnom Penh. Demasiado tarde. Incluso aquella gran mujer que es mi madre me ha mandado decir: «No les hables. Deja que nos arresten de nuevo». Mademoiselle, aceptar un diálogo equivaldría a reconocer la legitimidad de Lon Nol; aceptar un alto el fuego equivaldría a dividir Camboya en dos. Como Vietnam del Norte y Vietnam del Sur, Corea del Norte y Corea del Sur. Lon Nol permanecería en Phnom Penh y los kmer rojos tendrían que retirarse de nuevo a la selva. No, gracias. No queremos un trozo de Camboya, queremos Camboya entera.

Pero si no lo han conseguido los norvietnamitas y los vietcong, ¿cómo piensa conseguirlo usted, Monseigneur?

Se lo explico en seguida. Ante todo nosotros no tenemos el talón de Aquiles que tienen los norvietnamitas: nadie puede minarnos el puerto de Haiphong o los diques o Hanoi. No tenemos puertos, no tenemos diques, no tenemos ciudades. Tenemos sólo ríos y bosques sobre los cuales los B 52 continúan descargando toneladas de bombas sin conseguir nada. En resumen, estamos en una situación geográfica mucho más cómoda que la de los norvietnamitas. Además, no tenemos en contra un traidor inteligente como Van Thieu ni un ejército fuerte como el de Thieu. Tenemos un incapaz que se llama Lon Nol y un ejército que huye a la primera escaramuza, abandonando no sólo las armas sino los zapatos. Y, finalmente, controlamos casi toda Cam-

boya. Más de dos tercios del país están en nuestras manos y no nos queda más que liberar Phnom Penh y algunas ciudades. Incluso hemos bloqueado todas las carreteras de acceso a Phnom Penh. La única cosa que, por ahora, nos impide entrar en Phnom Penh es la aviación norteamericana. Y ésta, tarde o temprano, tendrá que dejar de bombardearnos. Nixon se encuentra en una situación muy difícil. El escándalo Watergate le ha prestado un pésimo servicio; el Senado y el Congreso acabarán oponiéndose a los gastos de Camboya. Pero aunque encontrase la manera de engañar al Senado y al Congreso, porque en esto es un experto, esperaríamos cómodamente el fin de su mandato. Porque, repito, no somos vulnerables como Vietnam del Norte.

Monseigneur, en su opinión, ¿quién ha ganado la guerra de Vietnam?

Nadie. Por ahora, nadie. Quién vencerá mañana no lo sé. Pero sé que los norvietnamitas son muy inteligentes y miran lejos. Si en este momento han aceptado pararse quiere decir que en este momento les convenía hacerlo; excluyo que hayan olvidado el testamento de Ho Chi Minh sobre la reunificación del Vietnam. Excluyo que se dejen enredar por los norteamericanos por segunda vez. Algunos creen que los vietcong han sido sacrificados por los norvietnamitas y por Le Duc Tho. Yo no lo diría. Lo que Le Duc Tho ha firmado es una espera. Tanto los norvietnamitas como los vietcong conocen bien la táctica de la espera, la paciencia. Con la paciencia lo obtienen todo. Nixon no durará siempre, dicen; por tanto, en este tiempo intentemos normalizar las relaciones con los norteamericanos y después, lentamente, las cosas cambiarán a nuestro favor. Ni tampoco Thieu durará siempre y, una vez desaparecido, no habrá nadie para sustituirle. No hay una tercera fuerza en Vietnam. Los budistas, cero. Los baodaístas, cero. La única fuerza organizada son los comunistas. El destino del Vietnam del Sur es el comunismo. Por ahora es inevitable y quien no es comunista puede agradecerse a los norteamericanos. Siempre lo he dicho: ¡atención!, no es Mao Tse-tung quien amenaza el Sudeste asiático, no es Ho Chi Minh. Si toda Indochina se vuelve comunista hay que agradecerse a los norteamericanos, a los errores norteamericanos, a los fallos norteamericanos, a los crímenes norteamericanos, al imperialismo norteamericano que protege o reconoce sólo a regímenes corrompidos, dictatoriales, antipopulares, sólo porque son anticomunistas. El único país que hubiera podido librarse de un destino comunista era Camboya. Echándome, han abierto las puertas al comunismo. Tal vez ha sido mejor así.

Monseigneur, he notado que se ha expresado en forma bastante lisonjera respecto a Thieu. Le ha llamado inteligente. ¿De veras piensa bien de él?

Pienso de él lo que he dicho a Pham Van Dong cuando le hablé de Lon Nol: «Monsieur, me alegro por su raza porque de ella salen sólo hombres inteligentes. Hasta cuando son traidores. Mi raza ha dado un traidor como Lon Nol. Pero la suya ha dado un traidor inteligente como Thieu». Y Pham Van Dong me contestó: «Vous avez raison. Tiene razón». En su perfidia, en su egoísmo, Thieu es un hombre de gran valía. Es un campesino lleno de intuición y también de valor. Todo lo que le dije a usted en aquella entrevista era cierto. Y además... no quisiera hacer humor negro, pero cuando se presta..., me ha prestado tantos servicios este Thieu. Terminada la guerra incluso quiero ir a verle para agradecerse. También le he dicho esto a Pham Van Dong: «Me muero de ganas de invitarle a comer para darle las gracias por todos los detalles que ha tenido conmigo». El primer favor ha sido el de enviar a Camboya a sus brutalísimas tropas. Uh, là là! Sirik Matak decía que los norvietnamitas y los vietcong se portaban duramente en Camboya. Pero cuando ha visto a los soldados de Thieu, aquellas fieras que asesinan niños, violan mujeres, incendian casas, destruyen templos, ha tenido que admitir: «Eran mejor los norvietnamitas de Sihanuk». Total, que si Thieu no me hubiese enviado a sus fieras, no habría tantos kmer rojos: los jóvenes camboyanos no se hubieran unido a los grupos guerrilleros a docenas y docenas de miles. El segundo favor que me ha hecho Thieu ha sido el de sembrar cizaña entre Hanoi y Washington. Aún lo hace, y cada vez que lo hace, le encendería una vela. Oh, es un hombre delicioso este Thieu, es un encanto. Lo amo. Basta que Washington y Hanoi estén a punto de llegar a un acuerdo para que él se ponga a chillar: «¡No, no, no! ¡No lo permito, no quiero! ¡Sabotaje, sabotaje, sabotaje!» A mí me presta un servicio inmenso porque a nosotros los camboyanos no nos va nada bien que aquellos dos se entiendan demasiado o demasiado rápido. Ay, si los norvietnamitas y los norteamericanos se ponen pronto de acuerdo: los norvietnamitas acabarán por meter la nariz en nuestros asuntos. Los intereses de Hanoi no siempre coinciden con los intereses de Camboya. Sí, le debo mucho a Thieu. Si lo ve, dígaselo.

Volvamos a sus kmer rojos, Monseigneur. Y permítame recordarle que, aunque hoy están con usted, en el pasado no los trató precisamente bien. Basta pensar en las matanzas de la región de Battambang.

Usted puede creerme o no, pero le puedo demostrar que las matanzas de Battambang fueron obra de Lon Nol y de Sirik Matak mientras yo me estaba recuperando en un hospital de la Costa Azul. Y no se trataba de kmer rojos sino de campesinos a quienes aquellos dos bribones habían requisado las tierras. Yo no tenía necesidad de mandar a Lon Nol a requisar tierras porque tierra tenía hasta demasiada, y más que robarla, la repartía. No sólo eso: para los campesinos yo era una especie de héroe nacional, un dios, y en ellos apoyaba mi popularidad. ¿En razón de qué locura hubiera querido transformarlos en enemigos? En cuanto a los kmer rojos, he cometido varios errores al respecto: lo sé. Lon Nol me presentaba falsos expedientes para demostrarme que querían socavar el régimen y yo les combatía. Los trataba como traidores. Ha sido el error más grande de mi vida. Pero no los he matado como dice aquel embustero de Lon Nol y la prueba de esto la tiene en el hecho de que todos los presuntos fusilados son hoy mis ministros. Khiem Pham San, jefe de la resistencia camboyana, ¿no es acaso aquel a quien, según Lon Nol, hice matar? Me recibió con los brazos abiertos cuando fui a Camboya hace tres meses. Me dijo: «Monseigneur, nosotros hemos sabido siempre que no estaba contra nosotros, que era Lon Nol quien iba a darnos caza. Siempre hemos sabido que Lon Nol era un traidor y que intentaba mandarle al otro barrio».

¿Y usted qué le contestó?

Me enfadé. Y le dije: «¿Cómo? ¿Lo sabíais y no me lo dijisteis nunca?» Y ellos: «Monseigneur, debe comprenderlo. Lon Nol nos venía muy bien. Sin Lon Nol hubiéramos tenido que esperar cuarenta años para llegar al poder. Nos repetíamos: “Deja que lo traicione. Con Sihanuk en el trono, los norteamericanos no atacarán nunca y tendremos que esperar a que Sihanuk muera de viejo y la revolución no se hará jamás”. Monseigneur, su desgracia ha sido nuestra suerte». Y yo: «¿Cómo?» Y ellos: «Sí, Monseigneur. Si le hubiésemos informado, usted habría reaccionado. Y si usted reaccionaba, en Camboya no hubieran tenido necesidad de nosotros. Una táctica, Monseigneur». Hermosa táctica. Muy hermosa. Yo no los condeno, e incluso me doy cuenta de que ha sido mejor así porque, aunque mis ideas eran bastante socialistas, Camboya nunca hubiera llegado a ser verdaderamente socialista como yo. Pero en lo que a mí respecta no han sido muy amables estos kmer rojos y, si nos ponemos a hablar de maquiavelismo, hay que reconocer que los comunistas baten todos los records. Por ejemplo: a estos kmer rojos yo los había acep-

tado en muchos ministerios. En el de Sanidad, en el de Educación pública, en el de Economía nacional... Pero cuando eran mis ministros no tenían ganas de cambiar nada y no hacían más que sabotearme. Y cuando he visto que en las zonas liberadas lo hacían muy bien, me he ofendido un poco y les he dicho: «Sois buenos, lo sabéis hacer. ¿Por qué no actuabais del mismo modo conmigo?» Me han contestado: «Monseigneur, si hubiésemos trabajado bien para usted habríamos contribuido a hacerle más fuerte y entonces... ¡adiós revolución!» Se me ha escapado la risa, pero en el fondo del alma me ha quedado un resquemor. Y de nuevo me he dicho: «¡Qué ingenuo eres, Sihanuk!» Y les he comentado: «Los comunistas son supermaquiavélicos». Y ellos me han contestado: «Sí, Monseigneur». Aún me llaman Monseigneur.

Monseigneur, estamos en plan de sinceridad: ¿por qué, después de haber protegido durante años a los norvietnamitas y vietcong, denunció de improviso su presencia con las conferencias de prensa?

Fue Lon Nol quien me pidió que lo hiciera y quien me puso en condiciones de hacerlo. A principios de 1969 me contó que en algunas regiones como Mondolkiri y Rattanakiri, los comunistas vietnamitas estaban socavando mi poder. No le creía, fui personalmente a dar una ojeada y... Ni siquiera hoy sé si se trataba de una puesta en escena organizada por Lon Nol y Sirik Matak, como sostienen los norvietnamitas, o de una cosa cierta. Pero sé que vi cosas muy desagradables. Para empezar, los campesinos que solían salir a mi encuentro y lanzarse jubilosamente a mis pies, se retiraban a mi paso como si yo tuviese la peste. Los caminos quedaban desiertos, las puertas de las cabañas se cerraban. En muchas casas no tenían mi retrato sino el de Ho Chi Minh. Me irrité. Sí, me irrité. Y me dije: «Yo protejo a estos vietcong, les ayudo, los tengo aquí a costa de crearme, aún más, la enemistad de los norteamericanos, y ellos me lo agradecen tratando a mi país como si perteneciese a Ho Chi Minh. QUITAN MI FOTOGRAFÍA Y PONEN LA DE HO CHI MINH». Volví a Phnom Penh, reuní la conferencia de prensa y les denuncié. Estoy hecho así. Soy de sangre caliente y a veces tengo reacciones infantiles. Tal vez tendría que haberlo pensado dos veces antes de denunciarles.

Sirik Matak dice que usted, a los norvietnamitas y vietcong, les toleraba por lucro. Es decir, porque le pagaban alquileres y peajes.

Le juro por mi honor que jamás he recibido un céntimo de los vietcong. Y tampoco mi mujer, ni mi suegra, como ha contado el granuja de Sirik Matak. Y no acepto ni siquiera discutir este punto porque es demasiado insultante para la dignidad de un hombre y la de su familia. Yo ayudé a los vietcong sólo porque me lo había pedido Chu Enlai y porque me parecía justo ayudarles.

Monseigneur, usted ha dicho hace un momento que el destino de Camboya es acabar siendo comunista. ¿Quiere aclarar mejor esta previsión?

Camboya acabará siendo comunista, y es justo que esto suceda, porque la revolución que han hecho los kmer rojos en las zonas liberadas ha triunfado. Me he convencido de ello con mis propios ojos. Los kmer rojos son personas serias. Saben construir un país y han conseguido aquello que yo nunca supe lograr. Por ejemplo, el fin de la corrupción. En mi Camboya había corrupción, contrabando. En la Camboya de Lon Nol se vende hasta la medicina de los hospitales. En la Camboya liberada por los kmer rojos no ocurre nada de todo esto; es una sociedad limpia. Y el pueblo, disciplinado, trabaja. Oh, no se parece en nada a mis tiempos, cuando todos se abandonaban a la pereza cantando las musiquillas de Sihanuk bajo las palmeras y los bananos. Tal vez la guerra los ha endurecido, tal vez acabaron la alegría de vivir, no sé. Pero sé que han aprendido a trabajar y así ya no pasan hambre. En las zonas liberadas no falta nada: ni carne, ni legumbres, ni fruta, ni arroz, ni vestidos. A pesar de la guerra, se produce el doble de arroz. Cuando yo era jefe de Estado se producía una tonelada y media por hectárea. Ahora se producen dos toneladas y media. O tres. Los productos son buenos, los precios son bajos aunque se usa la misma moneda, el rial. Nadie se muere de desnutrición como en Phnom Penh, donde la comida llega aerotransportada por los norteamericanos o por barcos de guerra escoltados por la marina de Thieu. Y cuando se ven estos resultados, hay que reconocer que se han ganado el derecho a gobernar el país. Mademoiselle, entre el régimen corrompido de Lon Nol y el serio de los kmer rojos, la elección es fácil. Y si usted estuviera en mi lugar, si fuera usted un patriota camboyano, si fuera usted un Sihanuk que ama a su propio país más que a nadie en este mundo, diría lo mismo. Sí, mademoiselle. Es justo que me congratule con los comunistas camboyanos y les diga: «¡Bravo! Habéis merecido el poder para siempre y nadie debe reemplazarlos. Ni siquiera Sihanuk. Sihanuk no debe gobernar en vuestro lugar porque no consiguió hacer lo que habéis hecho vosotros. Lo quería, lo soñaba, pero no

fue capaz. Y, además, Sihanuk no cuenta. Lo que cuenta es Camboya. Por tanto, si un día le echáis, pensaré como ahora. Porque es estrambótico, sí. Pero no es deshonesto. Y no es tonto».

¿De veras no se ha vuelto usted comunista, Monseigneur?

No, mademoiselle. No. Se lo juró, se lo repito: mis convicciones no han cambiado. Le diré más: nadie ha intentado hacérmelas cambiar. Ni en Pekín ni en otra parte. Los chinos no se han permitido nunca decirme una palabra, hacerme leer un libro. No soy comunista. Pero tampoco soy anticomunista y no me da miedo el comunismo, y sostengo que si un pueblo quiere ser comunista tiene derecho a serlo. Y tiene doble derecho si esto sirve para mantener la independencia del país. Sé que Checoslovaquia no es independiente, ni Polonia, ni Hungría, ni Alemania del Este, etcétera. Pero Rumania lo es, y lo es Yugoslavia. Y ¿por qué Camboya no puede ser como Yugoslavia, como Rumania? Yo creía antes que el comunismo camboyano sería vasallo de los vietcong, de los norvietnamitas, de los chinos. Y hasta de los rusos. Pero me he dado cuenta de que no eran ni siquiera maoístas y de que han hecho bien, y ¿qué más necesito para ponerme de su parte? Mademoiselle, no estoy haciendo una autocrítica de tipo comunista: «Mea culpa, mea culpa, he sido malo, perdón». Estoy reconociendo que me había equivocado.

¿Y si se equivocase otra vez Monseigneur? ¿Está seguro de que a los kmer rojos les cae usted bien en la misma medida en que ellos le caen bien a usted?

Mademoiselle! He dicho que son capaces de gobernar el país mejor que yo y que, por tanto, merecen estar en mi lugar; no he dicho que sean mis amigos. Uh, là là! No soy ingenuo hasta este punto. Los kmer rojos no me aman en absoluto. Lo sé. Comprendo muy bien que me tienen con ellos porque me necesitan, porque les soy útil, porque sin mí no podrían contar con los campesinos, y en Camboya no se puede hacer una revolución sin los campesinos. Comprendo muy bien que cuando ya no les sirva, me desecharán como al hueso de una cereza. Mademoiselle... Aquí conmigo hay un representante de los kmer rojos que me sigue de la mañana a la noche. Sé que está encargado de espiarme. Sé que me detesta cordialmente. ¡Claro que lo sé! Él es mi peor enemigo. Y además es antipático. Pero ¿qué importa? Incluso si un día quisiera asesinarme, ¿qué importa? ¿No luchan contra mis propios enemigos? ¿Qué tipo de patriota sería yo si lo hiciese

depender todo de mi persona y de mis antipatías? ¿Qué tipo de camboyano sería si no les dijese a los campesinos que me adoran: «Id con los kmer rojos»? Mademoiselle, yo no me hago ilusiones sobre los comunistas y, hasta cierto punto, puedo reconocer que son mis enemigos como este antipático que me pisa los talones. Pero no tengo elección, ni en el plano político, ni en el plano moral. Los chinos, en su infinita sabiduría, me han enseñado que hay que saber elegir entre el enemigo principal y el enemigo secundario. Pues bien: para China, el enemigo principal es la Unión Soviética y el enemigo secundario es América. Por tanto, primero se ocupan de la Unión Soviética y luego se ocuparán de América. En mi caso, el enemigo principal es el imperialismo norteamericano y el fascismo de Lon Nol; el enemigo secundario son los comunistas. Conclusión: me pongo al lado del enemigo secundario para derrotar al principal. ¿Comprendido?

Comprendido, Monseigneur.

Pues voy más lejos y le digo: sé que después de triunfar sobre los norteamericanos y sobre Lon Nol me encontraré frente a los comunistas. Y seré yo el derrotado. Pero esto sólo me importa a mí mismo, y a quien me dice: «Sihanuk, cuidado con los comunistas», le respondo: «No podéis comprenderlo». No quiero una Camboya que sea copia exacta de las Filipinas, de Formosa, de Vietnam del Sur, de Corea del Sur. Tampoco quiero una Camboya que exporte máquinas fotográficas, como Japón. Quiero una Camboya honesta, como China. Y si esto la hace un poco austera, paciencia. Si esto le quita la alegría que yo sabía cultivar con mis filmes y con mis cancioncillas, qué le vamos a hacer. Pero existe el problema de la libertad individual, me dicen, el problema de la libertad de pensamiento. Sí, existe. Pero la otra solución ¿dónde está? En ninguna parte. Y, además, hay que usar la lógica; incluso si existiera otra solución, los comunistas camboyanos no dejarían el poder. En Europa ya ha sucedido hace treinta años. En Europa los comunistas lucharon contra los fascistas, vencieron, y luego, terminada la guerra, fueron desplazados del poder por una tercera fuerza. Pero en Europa los comunistas no tenían el ejército a su disposición. En Camboya lo tienen. Y en Camboya, como en Vietnam, no hay una tercera fuerza, una alternativa. No existe siquiera el sihanukismo en la actualidad. Sólo existe Sihanuk. Parezco divertido y, por el contrario, soy trágico. Porque soy el símbolo de todos los librepensadores que, cogidos entre barreras, se ven obligados a elegir entre dos únicas soluciones.

Pero ¿de dónde le viene este amor loco por un país que le pertenece, de acuerdo, pero que en el fondo le ha causado tantos sufrimientos?

De mi madre. Detrás de muchos hombres está su madre y yo soy uno de ellos. Jamás me he liberado de mi madre, y creo que ya no me liberaré nunca. Nunca admiré a mi padre. Siempre a mi madre. Nunca me dejé influir por mi padre. Siempre por mi madre. Es una mujer autoritaria, tremenda a su manera, pero es una mujer formidable. Por su inteligencia, dignidad, orgullo, patriotismo... Ella me ha enseñado a amar la independencia y a odiar a los colonialistas. Cuando los franceses me colocaron en el trono creyendo que podían usarme como una marioneta, dijo: «Es humillante ser rey bajo Francia o bajo cualquier otra potencia». Pues bien, yo he crecido en la escuela de esta humillación. Tener que firmar decretos que prohibían a mi pueblo usar sus productos, por ejemplo. Era invierno y teníamos necesidad de mantas; los franceses decían: «No nos interesa. Estas mantas van a parar a los norvietnamitas». Tener que aceptar que el primero de Año se celebrase el uno de enero, por ejemplo. Si para nosotros el primero de Año coincide con el trece de abril, ¿por qué celebrarlo el primero de enero? Permitir que nuestra lengua se escribiese con caracteres latinos, por ejemplo. Nuestro alfabeto es distinto y... mi madre era la única que plantaba cara a la preponderancia de los franceses. Se lo debo todo. En el fondo, hasta mi espíritu socialista. Creía en los astrólogos y, cuando yo nací, los astrólogos le dijeron que yo no debía permanecer en el palacio, de lo contrario moriría. Y entonces me mandó al campo, con su abuela, y su abuela me confió a un campesino. Mi infancia transcurrió en un pueblo, con los campesinos. Sólo me marché para ir a la escuela, pero, en tanto, ella había convencido a mi padre para que me mandara a una escuela popular, no a una escuela aristocrática. Y luego, de acuerdo con ella, mi padre me matriculó en el liceo francés de Saigón, lleno de jóvenes contestatarios que hablaban de socialismo internacional. Fíjese..., hay que colocarme a la izquierda desde mi infancia y mi adolescencia.

Pero ¿los franceses no lo sabían, Monseigneur?

Supongo que no, desde el momento que me prefirieron a mi tío. A él lo creían frondista porque había estudiado en el liceo francés de Niza. ¿No es divertido? ¿No es divertido que mi sangre sea de veras azul, que mi familia sea de veras una antigua familia real, y que a pesar de ello entregue mi trono a los comunistas? Sobre todo en nombre de

la dignidad. El hecho es que cuando uno lo ha perdido todo, como yo, no puede más que aferrarse a la dignidad. A Camboya también he ido por dignidad. Hacía tres años que quería entrar en Camboya. Pero el único camino era la carretera de Ho Chi Minh y mi traslado dependía de los norvietnamitas, y los norvietnamitas decían: «No podemos, príncipe Sihanuk. Los norteamericanos bombardean continuamente y hay, por lo menos, un sesenta por ciento de probabilidades de morir. Hay que esperar el momento propicio». Le había pedido a Pham Van Dong: «Dejadme correr el riesgo». Y Pham Van Dong me decía: «No. No quiero cargar con esa responsabilidad». Incluso había enviado un mensaje a los kmer rojos: «¿Queréis ayudarme vosotros?» Y ellos contestaban: «Monseigneur, no se debe correr riesgos, hay que esperar». Me había metido en la cabeza la idea de que no me querían. Además, alguien hizo correr la voz de que, si hubiera ido, no me habrían recibido. Pero luego cesaron los bombardeos sobre la carretera de Ho Chi Minh y les envié un segundo mensaje a los comunistas: «¿Me queréis ahora?» Y contestaron: «No deseamos nada mejor». Y los norvietnamitas añadieron: «Hay un noventa por ciento de probabilidades de que no le pase nada. Le ayudaremos». Y en marzo partí, con mi mujer, a aquel viaje penoso y maravilloso. La aventura más inolvidable de mi vida.

Cuéntemela, Monseigneur.

Era un convoy auténtico el que se formó en Hanoi. Nos escoltaban unos ciento cinco norvietnamitas. Pham Van Dong me había dado un verdadero arsenal antiaéreo con cañones pesados y un completo hospital transportable en caso de incidentes: médicos, cirujanos, enfermeros, plasma sanguíneo, todo. Hasta me dio un equipo de cocineros con la cocina incluida. Ellos viajaban en camiones y nosotros en jeeps de fabricación soviética, recién llegados de Moscú. Erán tan nuevos y tan bonitos, que no podía creer lo que veían mis ojos. Pensé: «Terminada la guerra los rusos se han decidido a darles a los norvietnamitas algo que no sea material de desecho». Le dije a Van Dong: «No crea que hace muy felices a los soviéticos transportándome en estos jeeps». Y Pham Van Dong contestó: «No, no. No pretendo hacer feliz a nadie. Estos jeeps ya no son soviéticos, son vietnamitas y hago con ellos lo que quiero». Elegimos la vía más larga. No la que cruza Laos porque habríamos creado problemas a los amigos laosianos. Tomamos la vía que va paralela a la frontera de Laos, el llamado «camino de Creta». Siempre teníamos encima a los aviones de reconocimiento

norteamericanos y también los Phantom, los F 105, los B52 que iban a bombardear Camboya. Pero también se ofrecía a nuestros ojos un paisaje de los más bellos del mundo, y lo disfrutamos durante nueve días. De vez en cuando teníamos que pararnos para desactivar una mina; el camino está aún lleno de minas. De vez en cuando, estallaba una bomba de espoleta retardada. Mi mujer se comportó estupendamente, como una verdadera embajadora de la monogamia. Por la noche, dormíamos en hamacas tendidas entre los árboles con cuerdas de nailon. Al noveno día llegamos a la frontera de Camboya donde fuimos recibidos por los kmer rojos, y el convoy vietnamita volvió atrás.

¿Quiere decir que ya no hay norvietnamitas en Camboya?

¡Nooooo! No. Le juro que, desde el segundo trimestre de 1972, ya no quedan unidades norvietnamitas en Camboya. En serio, no le miento. La guerra contra Lon Nol la hacen exclusivamente los camboyanos. No tenemos necesidad de los norvietnamitas o vietcong. Ni para adiestrarnos ni para ayudarnos de ninguna manera. Unos doscientos mil soldados combaten con los kmer rojos y, después de tres años de lucha, su preparación es completa. Su material es más que suficiente. Son fuertes y, por tanto, absolutamente independientes de Hanoi. Las únicas unidades norvietnamitas que hay ahora en Camboya son las que han pedido el derecho de paso para entrar en Vietnam del Sur. Y nosotros, es obvio, se lo hemos concedido.

Monseigneur, cuando la guerra termine y usted abandone Pekín, ¿dónde se instalará?

En Angkor. Me buscaré un buen «Mercedes Benz» y me instalaré en Angkor. Mientras no gobierne, e incluso si los kmer rojos continúan deseándome como jefe de Estado, Angkor me irá muy bien. Tiene un aeropuerto, lo tiene todo. Sólo pondré los pies en Phnom Penh para ceremonias de representación y, antes de esto, para ver ahorcar a Lon Nol. Detesto Phnom Penh. Me da asco esta ciudad pérfida e ingrata. La he amado demasiado. He hecho demasiado por ella. La he hecho bella, la he... No es verdad, sabe, que los franceses hayan hecho Phnom Penh. En tiempo de los franceses era una aldea. Soy yo quien ha construido los jardines, las calles, los paseos, los palacios. Y esta odiosa ciudad a la que he entregado el alma me ha pagado sólo con calumnias, con insultos, con traición. Quiero quedarme en Angkor que es tan bella y está mucho menos destruida de lo que creía.

Y quiero quedarme, incluso aunque los kmer rojos ya no me quieran como jefe de Estado. No quiero irme a Francia. Ya no amo a Francia. Francia me ha abandonado, me ha ofendido: ha reconocido a Lon Nol. No quiero ir a Italia. Ya no amo a Italia. Amaba Roma, amaba Florencia, amaba Venecia como un romano, un florentino, un veneciano. Ya no quiero volver a verlas. Forman parte de un país que ha reconocido a Lon Nol. Italia y Francia han terminado para mí. Sus gobiernos no hacen más que complacer a los rusos y a los norteamericanos. Mademoiselle, hay un proverbio camboyano que dice: «En los momentos difíciles se distingue a los amigos de los enemigos». Bien, ya los he distinguido. No volveré a poner los pies en los países que me han abandonado. No permitiré a sus cónsules, a sus embajadores, a sus representantes, que pongan los pies en el mío. El señor Breznev y el señor Pompidou me han hecho saber que, terminada la guerra, estarán encantados de que seamos amigos de nuevo. Me he enfurecido. Les he contestado que sus mensajes son una injuria y que son dos hipócritas sin carácter: «Señor Breznev, señor Pompidou, háganme un favor: quédense en su casa. No me pongan en la necesidad de echarles a patadas en el trasero».

¡Pero, Monseigneur! ¡Si China ha reconocido a la Grecia de los coronales y a la España de Franco! ¡Si ha abierto embajadas en Atenas y en Madrid!

China es China y Sihanuk es Sihanuk. China hace lo que quiere y yo hago lo que quiero. China tiene ochocientos millones de habitantes y yo tengo siete millones. China tiene sus intereses y yo tengo los míos. Una vez escribí una canción que decía: «Los amigos de mis amigos son mis amigos...» Pues ahora quiero escribir otra que diga: «Los amigos de mis amigos no son necesariamente mis amigos». Porque no quiero ofender a los países que me han permanecido fieles. No aludo a Yugoslavia ni a Rumania, por supuesto. Aludo a Nigeria, a Mauritania, a Senegal, al Chad, a los países pobres quemados por la sequía, que por negarse a reconocer a Lon Nol se han visto castigados por los norteamericanos y los rusos. Hasta les han negado los habituales socorros médicos y alimenticios. Pero no han cedido. Han hecho de ello una cuestión de principio y han soportado las consecuencias. ¿Debería tratarles como al señor Breznev y al señor Pompidou? Demasiado cómodo. Por mi parte, se lo he dicho a los kmer rojos y estoy seguro de que en este punto seguirán mi consejo.

¿No está harto de la política, Monseigneur?

Sí, mademoiselle. Estoy hasta la coronilla. Porque me he dado cuenta de lo mal que he sido recompensado por todo lo que he hecho, y esto significa que he pasado toda mi juventud esforzándome por nada. Por tanto, ¿para qué seguir? Lo máximo que puedo hacer, de ahora en adelante, es poner a la disposición de Camboya mi persona, mi notoriedad y mis conocimientos. En cuanto a lo demás, me lavo las manos. He expulsado a los franceses, he defendido la independencia de una revolución comunista que representa el futuro y, de ahora en adelante, cuanto menos me ocupe de política, menos arriesgaré. Y estaré mucho mejor. Ser demasiado dinámico es un error y en la vida no se debe hacer demasiado, de lo contrario se corre el riesgo de romperse las narices.

Habla como si no se gustase a sí mismo, Monseigneur.

Así es. No me gusta en absoluto, mademoiselle. No me gusta nada de mi personaje. Si tuviera que volver a nacer, no elegiría ser lo que he sido. Piense sólo en el hecho de que me encuentro metido en una guerra y no puedo soportar las guerras, las armas, los uniformes, las medallas, las explosiones, los ruidos molestos, la sangre, la muerte. Soy tan antimilitarista que, cuando me convertí en rey y los franceses me obligaron a frecuentar la escuela militar, apenas sabía distinguir un sargento de un capitán. A los vietminh que se habían introducido en Camboya con el pretexto de echar a los franceses, en 1953, los eché sin disparar un solo tiro. Les dije: «¿Qué diablos hacéis aquí? ¡Fuera!» El año pasado un mariscal norcoreano me dijo: «La razón por la que su jefe de Estado Mayor ha dado un golpe de Estado, es que usted no se ocupaba directamente del ejército». Lo fulminé con la mirada y respondí: «Monsieur, usted es un militar de carrera y de vocación. Yo soy un artista. He nacido artista y me gusta dedicarme al teatro, al cine, a la música, a la literatura. Su escuela militar no me ha atraído jamás». Así mismo, mademoiselle. Y como consecuencia, lo he equivocado todo. ¿O lo ha equivocado el destino? Porque yo sabía muy bien lo que quería. Era yo el que quería seguir las materias clásicas, la carrera literaria. Era yo el que quería estudiar griego y latín, historia y filosofía, música y arte. Y, en cambio, me he encontrado haciendo de rey y haciendo política. La política es un engranaje terrible: cuando se está dentro no hay manera de salir. Cogido en el engranaje, he cometido un montón de tonterías y he cargado sobre mí muchas

culpas, y pienso... ¿Quiere saber qué pienso? Pienso que mi vida hubiese sido más honorable si no hubiera hecho política. Si hubiese escrito canciones y nada más. ¿Usted qué piensa?

Pienso que es usted un hombre muy inteligente, Monseigneur.

Brioni, junio 1973

Golda Meir

La historia de esta entrevista es muy especial. Es la historia de una entrevista que fue misteriosamente robada y que tuve que rehacer. Estuve con Golda Meir dos veces, durante más de tres horas, antes de que tuviese lugar el hurto. Volví a ver a Golda Meir otras dos veces, durante unas dos horas, después del robo. Por tanto, creo ser la única periodista que ha charlado cuatro veces y seis horas con esta fantástica mujer, a la que se pueden dedicar elogios o insultos pero a la que no se puede negar el adjetivo de fantástica. ¿Me equivoco? ¿Peco de optimismo o, digamos mejor, de feminismo? Tal vez. Pero no seré nunca objetiva respecto a Golda Meir. Nunca conseguiré juzgarla con la objetividad de aquellos para quienes un personaje poderoso es un fenómeno que debe analizarse con frialdad, con el bisturí. En mi opinión, incluso si no se está en absoluto de acuerdo con ella, con su política, con su ideología, no se puede evitar el respetarla, admirarla e incluso cobrarle afecto. Yo le cobré afecto de inmediato. Entre otras cosas me recordaba a mi madre, a quien se parecía un poco. También mi madre tenía esos cabellos grises y rizados, ese rostro cansado y arrugado, ese cuerpo pesado sostenido por piernas hinchadas, delicadas, de plomo. También mi madre tenía ese aire enérgico y dulce, ese aspecto de ama de casa obsesionada por la limpieza. Era de esas mujeres cuya riqueza consiste en una sencillez que desarma, una modestia irritante, una sabiduría que les viene de haber agotado toda la vida en dolores, preocupaciones y trabajos que no les han dejado tiempo para lo superfluo. Bien: Golda Meir era algo distinto, era algo más. Por ejemplo: de ella dependía el destino de millones de criaturas, ella podía hacer o deshacer la paz en Oriente Medio, encender o apagar la mecha de un conflicto mundial. Y, además, era la representante tal vez más autorizada de una doctrina que tantos de nosotros condenan o sobre la que se expresan serias dudas: el sionismo. Pero todo esto se sabe. Y a mí, sobre Golda Meir, no me interesa decir lo que se sabe. Me interesa decir lo que no se sabe. He aquí, pues, la historia de esta entrevista. Más bien mi historia con Golda Meir.

El primer encuentro tuvo efecto a principios de octubre en su residencia de Jerusalén. Era lunes y ella se había vestido de negro como lo hacía mi madre cuando tenía que recibir visitas. Hasta se había empolvado la nariz, como hacía mi madre cuando tenía que recibir visitas. Sentada en su residencia, frente a un café y un paquete de cigarrillos, parecía solamente preocupada por que yo me sintiera a gusto y por minimizar su autoridad. Le había enviado un libro mío sobre el Vietnam junto con un ramo de rosas. Las rosas estaban en un jarrón y el libro en sus manos. Antes de que le preguntase nada se puso a discutir el modo en que yo había visto la guerra y, entonces, no resultó difícil, por tanto, inducirla a hablar de su guerra: del terrorismo, de los palestinos, de los territorios ocupados, de las condiciones que hubiese impuesto a Sadat y a Hussein si se hubiese visto obligada a negociar con los árabes. Su voz era cálida, sonora. Su expresión sonriente, jovial. Me sedujo rápidamente, sin esfuerzo. Me con-

quisió del todo cuando, después de una hora y cuarto, dijo que volvería a verme. Y ocurrió tres días después en su despacho de primer ministro. Dos horas interesantísimas. Dejando aparte los problemas políticos, cuyos puntos de vista acepté, a veces, con mucha reserva, en la segunda entrevista me habló exclusivamente de ella misma: de su infancia, de su familia, de sus dramas de mujer, de sus amigos como Pietro Nenni, por el que siente una admiración desenfundada, un afecto conmovedor. En el momento de despedirnos, también nosotras éramos amigas. Me dio una fotografía para mi madre con la dedicatoria más lisonjera del mundo. Me rogó que volviera pronto a verla: «Pero sin este artefacto, ¿eh? Sólo para charlar entre nosotras frente a una taza de té». El artefacto era el magnetófono en el que yo había grabado cada una de sus respuestas, cada una de sus frases. Sus ayudantes estaban asombrados: frente a tal artefacto nunca se había expresado con tanta confianza. Un ayudante me rogó que le enviase una copia de las cintas para donarla a un kibutz que custodiaba los documentos sobre Golda Meir.

Las cintas. Para mí, nada es más precioso que las cintas. No hay apuntes taquígraficos, recuerdos, que puedan sustituir la viva voz de una persona. Las cintas eran dos minicassettes de noventa minutos cada una más una tercera de cinco o seis minutos. De las tres, sólo la primera había sido transcrita. Por tanto, las coloqué en el bolso con el cuidado que se reserva a una joya, y al día siguiente, partí para llegar a Roma hacia las ocho y media de la noche. A las nueve y media entraba en el hotel. Un gran hotel. Apenas en la habitación, saqué del bolso las tres minicassettes para meterlas en un sobre. Luego dejé el sobre en la mesa escritorio junto a un par de gafas, una polvera de mucho valor y otros objetos diversos, y salí. Por supuesto, cerré la puerta con llave, dejé la llave al portero y salí. Estuve fuera aproximadamente durante quince minutos, el tiempo de cruzar la calle y comer un bocadillo. Cuando regresé la llave había desaparecido. La buscaron por todas partes en el tablero de la recepción: en vano. Y cuando subí, la puerta de mi habitación estaba abierta. Sólo la puerta. El resto estaba en orden. Las maletas estaban cerradas, la polvera de mucho valor y los demás objetos estaban donde los había dejado. A primera vista parecía que no se hubiese tocado nada. Y necesité un par de segundos para darme cuenta que el sobre de las cintas estaba vacío, que las cintas de Golda Meir ya no estaban allí. Ni tampoco el magnetófono que contenía otra cinta, pero intacta. Lo habían sacado de un maletín de viaje ignorando un cofrecillo de joyas, y después habían reordenado cuidadosamente el interior del maletín. Únicamente se habían llevado dos collares abandonados sobre la mesa. Para dar una pista falsa, dijo la policía.

La policía acudió en seguida y se quedó hasta el amanecer. Compareció incluso la policía política, representada por austeros jóvenes que no se interesaban por los robos sino por cuestiones más delicadas. Se presentó incluso la policía científica, con las máquinas fotográficas y los instrumentos que sirven para encontrar indicios en los casos de asesinato. Pero sólo hallaron mis huellas digitales en todas partes; los ladrones habían actuado con guantes. Los austeros jóvenes llegaron a la conclusión de que se trataba de un robo político, y esto también lo comprendía yo. Lo que no compren-

día es quién lo había hecho y por qué. ¿Algún árabe en busca de noticias? ¿Algún enemigo personal de Golda? ¿Algún periodista celoso? Todo se había hecho con precisión, con agilidad, con lucidez, a lo James Bond. Y me habían seguido: nadie sabía que estaría en Roma aquel día, ni a qué hora ni en qué hotel. ¿Y la llave? ¿Por qué la llave había desaparecido del casillero? Al día siguiente sucedió una cosa extraña. Una mujer con dos bolsas de una compañía aérea se presentó en el hotel y preguntó dónde estaba la policía. Había encontrado las bolsas en un matorral de Villa Borghese y quería entregárselas a la policía. ¿Qué contenían las bolsas? Una veintena de minicassettes idénticos a los míos. Fue detenida y llevada a comisaría. Escuchamos los cassettes uno por uno. Sólo eran grabaciones de cancioncillas. ¿Un aviso? ¿Una amenaza? ¿Una burla? La mujer no supo decir por qué fue a buscar a la policía precisamente a aquel hotel.

Y volvamos a Golda. Golda se enteró del robo a la noche siguiente cuando estaba en casa con unos amigos a quienes contaba nuestro encuentro: «Anteayer tuve una experiencia, me divertí concediendo una entrevista a...» La interrumpió uno de sus ayudantes con mi telegrama: «Me lo han robado todo repito todo stop Intente volver a verme por favor». Lo leyó, me contaron, se llevó una mano al pecho y durante algunos minutos no pronunció palabra. Luego levantó unos ojos doloridos, decididos, y marcando bien las sílabas dijo: «Evidentemente alguien no quiere que esta entrevista sea publicada. Por tanto hay que rehacerla. Búsquenme un par de horas para otra cita». Lo dijo así mismo, me aseguran, y yo dudo que otros estadistas actuaran del mismo modo. Creo que cualquier otro, en su lugar, se hubiera encogido de hombros: «Peor para usted. Ya le he concedido más de tres horas. Escriba lo que recuerde. Arréglese». Pero Golda, antes que una estadista, es una mujer de las que ya no hay. La única condición que puso fue que esperase un mes y la nueva cita se fijó para el martes 14 de noviembre. Así sucedió. Y ciertamente, volviendo de la entrevista aquel día, no imaginaba que hubiera descubierto la posibilidad de tomarle afecto. Mas, para explicar una afirmación tan grave, debo decir lo que más me conmovió.

Golda vive sola. Por la noche ni siquiera hay un perro velando su sueño en el caso de que ella se encuentre mal; está la guardia de corps a la entrada de la villa y eso es todo. Durante el día, para ayudarla en las faenas domésticas, tenía sólo una chica que acudía para hacerle la cama, quitar el polvo y planchar la ropa. Si, por ejemplo, te invitaba a cenar, Golda cocinaba personalmente. Y, después de cocinar, limpiaba: para-que-mañana-la-chica-no-encuentre-esto-demasiado-sucio. Pues bien, la noche anterior a mi cita había tenido invitados a cenar que marcharon a las dos de la madrugada dejando un infierno de platos sucios, vasos sucios, ceniceros llenos y desorden. Para-que-mañana-la-chica-no-encuentre-esto-demasiado-sucio, a las dos de la madrugada, Golda se puso a fregar platos y vasos, a limpiar, a abrillantar, y no se fue a dormir antes de las tres y media. A las siete se levantó, como siempre, para leer los periódicos y escuchar la radio. A las ocho conferenció con algunos generales. A las nueve conferenció con varios ministros. A las diez... se sintió mal. A los setenta y cuatro años cumplidos, tres horas y media de reposo son pocas. Cuando lo supe, me dio vergüenza

entrar. Repetía: «Pospongamos la entrevista, no importa, se lo juro, no importará». Pero ella quería respetar el acuerdo: pobrecita-ha-venido-es-la-segunda-vez-que-viene-y-le-han-robado-las-cintas. Después de un descanso de veinte minutos en el diván de su despacho, se encontraba detrás de la mesa, pálida, deshecha y dulcísima. Que no me preocupase del retraso: me concedería el tiempo que yo necesitase. Y la entrevista volvió a empezar, como la vez anterior, mejor que la vez anterior. En octubre no había llegado a hablarme de su marido, de lo que había sido la tragedia de su vida. Esta vez lo hizo y, como hablar de ello le encanta, cuando se dio cuenta de que ya no podía continuar me tranquilizó: «No se preocupe. Terminaremos mañana». Y me dio una cuarta cita: la espléndida hora en la que hablamos de la vejez, de la juventud y de la muerte. ¡Qué hermosa me parecía mientras decía aquellas cosas! Muchos decían que Golda era fea y disfrutaban haciéndole caricaturas crueles. Cierto que la belleza es una opinión, pero a mí Golda me parecía una hermosa anciana. Muchos decían que Golda era masculina y se divertían contando sobre ella chistes vulgares. Cierto que la feminidad es una opinión, pero a mí Golda me pareció una mujer en todo y por todo. Aquel pudor, por ejemplo, aquella ingenuidad casi increíble si se piensa lo maliciosa y astuta que podía ser cuando nadaba en los remolinos de la política. Aquella pena en traducir la angustia de una mujer a quien no basta parir. Aquella ternura con que invocaba el testimonio de los hijos y de los nietos. Esa coquetería involuntaria. La última vez que la vi, llevaba una blusa de crepón azul celeste, con un collar de perlas. Acariciándolo con los dedos de uñas cortas pintadas de rosa, parecía preguntar: «¿Me sienta bien?» Y yo pensaba: lástima que sea poderosa, lástima que esté con los que mandan. En una mujer así el poder es un error de gusto.

No repetiré que nació en Kiev, en 1898, con el nombre de Golda Mabovitz, que creció en Norteamérica, en Milwaukee, y que se casó con Morris Meyerson en 1917, que con él emigró a Palestina en 1918, que el apellido de Meir se lo impuso Ben Gurion para que sonase más hebraico, que su éxito se inició cuando era embajadora en Moscú en tiempos de Stalin, que fumaba por lo menos sesenta cigarrillos al día, que se alimentaba principalmente de café, que su jornada laboral duraba dieciocho horas, que, como primer ministro, ganaba la miserable cantidad de veinte mil pesetas al mes. No buscaré el secreto de su leyenda. La entrevista que sigue la explica por sí misma. La compuse siguiendo la cronología de las citas con ella y traducíendola del inglés, la lengua que probablemente conoce mejor, y en la cual hablamos.

Naturalmente, la policía no descubrió nunca el misterio del robo de aquellas cintas. O si lo descubrió, se guardó muy mucho de informarme. Pero un indicio que no tardó en ser más que un indicio, se mostró de suyo. Y vale la pena contarlo, aunque sea para dar de los poderosos una idea más.

Casi al mismo tiempo en que solicité la entrevista con Golda Meir pedí también una a Gaddafi. Y éste, a través de un alto funcionario del Ministerio de Información libio, me hizo saber que me la concedería. Pero de pronto, días después del robo de

las cintas, citó a un periodista de un seminario de la competencia de «L'Europeo». El periodista se precipitó a Trípoli y, qué casualidad, Gaddafi le regaló frases que sonaban como las respuestas que me había dado Golda Meir. Ni que decir tiene que el pobre periodista ignoraba este detalle. Y ni que decir tiene también que yo sí me di cuenta de ello. E hice una pregunta más que legítima: ¿cómo era posible que el señor Gaddafi pudiese responder a algo que no había sido nunca publicado y que nadie, excepto yo, conocía? ¿Había escuchado mis cintas el señor Gaddafi? Y, además, ¿había hecho que me las robaran? E inmediatamente mi memoria registró un detalle no olvidado. Al día siguiente del robo me convertí en un detective improvisado, y, sin decir ni pío, me fui a hurgar en el cubo de la basura de la planta del hotel en la que se había cometido el delito. Allí, y aunque en el hotel me juraron que desde hacía días no se había hospedado ningún árabe, descubrí un papel escrito en árabe. Junto con mis preguntas se lo entregué a la policía política.

Esto es todo. Y Gaddafi no me concedió la entrevista prometida. Nunca me citó en Trípoli para disipar la infamante sospecha que todavía hoy estoy autorizada a sentir con respecto a él. Por lo demás, si la prensa italiana le interesa tan profundamente y tiene la desfachatez de pedir el despido de un periodista en Turín, ¿por qué no había de tener la osadía de hacer robar mis cintas en un hotel de Roma?

GOLDA MEIR.— Buenos días, querida, buenos días. Estaba mirando su libro sobre la guerra y me preguntaba si las mujeres reaccionan ante la guerra de manera distinta a los hombres... Yo digo que no. En los últimos años y durante la guerra de desgaste me he visto muchas veces en la necesidad de tomar determinadas decisiones: por ejemplo, enviar a nuestros soldados a lugares de los que no regresarían u ordenar operaciones que costarían la vida a quién sabe cuántas criaturas de ambas partes. Y yo sufría..., sufría. Pero daba estas órdenes como las hubiera dado un hombre. Incluso, ahora que pienso en ello, no estoy en absoluto segura de haber sufrido más de lo que hubiera sufrido un hombre. Entre mis colegas masculinos he visto algunos oprimidos por una tristeza más profunda que la mía. No es que la mía fuese pequeña. Pero no influía, no, no influía en mis decisiones... La guerra es una inmensa estupidez. Estoy convencida de que un día todas las guerras terminarán. Estoy convencida de que un día los niños, en la escuela, estudiarán la historia de los hombres que hacían la guerra, como se estudia un absurdo. Se asombrarán, se escandalizarán, como hoy se escandalizan del canibalismo. También el canibalismo ha sido aceptado durante mucho tiempo como una cosa normal. Y hoy, al menos físicamente, ya no se practica.

ORIANA FALLACI.— *Señora Meir, me alegro de que haya empezado afrontando este tema porque es precisamente por el que yo quería empezar. Señora Meir, ¿cuándo llegará la paz a Oriente Medio? ¿Llegaremos a ver esta paz en el transcurso de nuestra vida?*

Usted sí, supongo. Espero... Quizá... No lo sé seguro. Creo que la guerra en Oriente Medio durará aún muchos, muchos años. Y le diré por qué. Por la indiferencia con que los dirigentes árabes envían a morir a su propia gente, por lo poco que cuenta para ellos la vida humana, por la incapacidad de los pueblos árabes para rebelarse y decir basta. ¿Recuerda cuando Kruschev denunció los delitos de Stalin durante el vigésimo congreso del partido comunista? Se alzó una voz del fondo de la sala que dijo: «Compañero Kruschev, ¿y tú dónde estás?» Kruschev escrutó a los asistentes en busca de su rostro, no lo encontró y preguntó: «¿Quién ha hablado?» Nadie contestó. «¿Quién ha hablado?», preguntó de nuevo Kruschev. Y tampoco esta vez nadie contestó. Entonces Kruschev exclamó: «Compañero, yo estaba donde tú estás ahora». Pues bien, el pueblo árabe está precisamente donde estaba Kruschev, donde estaba el que lo acusaba sin atreverse a mostrar su cara. A la paz con los árabes sólo se podría llegar a través de una evolución por su parte, que incluyera la democracia. Pero vuelva a donde vuelva los ojos, no veo ni sombra de democracia. Veo solamente regímenes dictatoriales. Y un dictador no tiene por qué dar cuentas a su pueblo de una paz que no hace. Ni siquiera tiene por qué rendir cuentas de los muertos. ¿Quién ha sabido jamás cuántos soldados egipcios han muerto en las dos últimas guerras? Sólo las madres, las hermanas, las esposas, los parientes que no les han visto volver. Los dirigentes no se preocupan ni de saber dónde están sepultados, ni si están sepultados. Nosotros, en cambio...

¿Ustedes...?

Mire estos cinco volúmenes. Son las fotografías de cada soldado, hombre o mujer, muertos en la guerra. Cada muerte, para nosotros, es una tragedia. A nosotros no nos gusta hacer la guerra, ni siquiera cuando la ganamos. Después de la última no había alegría en nuestras calles. No había bailes, ni cantos, ni fiestas. Y hubiera tenido que ver a nuestros soldados que regresaban victoriosos. Eran, cada uno de ellos, el vivo retrato de la tristeza. No sólo porque habían visto morir a sus hermanos sino porque habían tenido que matar a sus enemigos. Muchos se encerraban en su habitación y no volvían a hablar. O, a veces,

abrían la boca para repetir como una cantinela: «He tenido que disparar. He matado». Precisamente lo contrario que los árabes. Después de la guerra ofrecimos a los egipcios un intercambio de prisioneros. Setenta de los suyos por diez de los nuestros. Contestaron: «Pero los vuestros son oficiales, los nuestros son fellahin. Imposible». Fellahin, campesinos. Temo...

¿Teme que la guerra entre Israel y los árabes pueda estallar de nuevo?

Sí. Es posible, sí. Porque, verá usted, muchos dicen que los árabes están dispuestos a firmar un acuerdo con nosotros. Pero en estos regímenes dictatoriales ¿quién nos asegura que un acuerdo signifique algo? Supongamos que Sadat firme y luego sea asesinado: O simplemente eliminado. ¿Quién garantiza que su sucesor respetará el acuerdo firmado por Sadat? ¿Acaso fue respetado el armisticio que todos los países árabes habían firmado con nosotros? A pesar de tal armisticio nunca hubo paz en nuestras fronteras y hoy estamos permanentemente a la espera de cualquier ataque.

Pero hoy se habla de un acuerdo, señora Meir. Hasta Sadat habla de ello. ¿No es más fácil negociar con Sadat de lo que lo fue negociar con Nasser?

En absoluto. Es exactamente lo mismo. Por la sencilla razón de que Sadat no quiere negociar con nosotros. Yo estoy ya preparada a negociar con él. Hace años que le vengo diciendo: «Sentémonos alrededor de una mesa y miremos de arreglar las cosas, Sadat». Pero él no está preparado en absoluto para sentarse a una mesa conmigo. Sigue hablando de la diferencia que hay entre un acuerdo y un tratado. Dice que está dispuesto a un acuerdo, pero no a un tratado de paz. Porque un tratado de paz significaría el reconocimiento de Israel, relaciones diplomáticas con Israel. ¿Me explico? A lo que alude Sadat no es a una conversación definitiva que establezca el final de la guerra: alude a una especie de alto el fuego. Y, además, rehúsa tratar directamente con nosotros. Quiere negociar a través de intermediarios. ¡No podemos hablar a través de intermediarios! ¡No tiene sentido y es inútil! Ya en 1949, en Rodi, después de la guerra de la Independencia, firmamos un acuerdo con los egipcios, los jordanos, los sirios y los libaneses. Y fue a través de intermediarios, a través del doctor Bunch, que por cuenta de las Naciones Unidas se reunía con un grupo, con otro... ¡Bonito resultado!

Y el que Hussein hable de paz, ¿tampoco esto significa nada bueno?

Recientemente he dicho cosas amables sobre Hussein. Le he hecho cumplidos por haber hablado públicamente de paz. Diré más: creo en Hussein. Estoy convencida de que ahora se ha dado cuenta de lo funesto que resultaría para él embarcarse en otra guerra. Hussein ha comprendido que cometió un tremendo error en 1967 cuando entró en la guerra contra nosotros y no tomó en consideración el mensaje que Eshkol le había enviado: «No entre en la guerra y no le sucederá nada». Ha comprendido que fue una trágica estupidez escuchar a Nasser y sus mentiras sobre Tel Aviv bombardeada. Por tanto, ahora quiere la paz. Pero la quiere bajo sus condiciones. Pretende la orilla izquierda del Jordán, la West Bank, pretende Jerusalén, invoca la resolución de las Naciones Unidas... Nosotros ya hemos aceptado una vez la resolución de las Naciones Unidas: cuando nos pidieron dividir Jerusalén. Para nuestros corazones fue una herida profunda, pero la aceptamos. Y las consecuencias son sabidas. ¿Fuimos nosotros los que atacamos al ejército jordano? No, el ejército jordano entró en Jerusalén. Los árabes son verdaderamente extraños: pierden la guerra y luego pretenden vencernos. Pero, finalmente, la guerra de los Seis Días ¿la hemos ganado nosotros o no? ¿Tenemos o no el derecho a imponer nuestras propias condiciones? ¿Desde cuándo, en la historia, el que ataca y pierde tiene derecho a dictar condiciones al que gana? No hacen más que decir: devolvednos esto, devolvednos aquello, renunciad a esto, renunciad a aquello...

¿Renunciarían ustedes a Jerusalén, señora Meir?

No. Jamás. No. A Jerusalén, nunca. Inadmisible. Jerusalén está al margen. Ni siquiera aceptaremos discutir sobre Jerusalén.

¿Renunciarían a la orilla izquierda del Jordán, al West Bank?

Sobre este punto hay, en Israel, diferencias de opinión. Lo que significa que es posible que estemos dispuestos a negociar sobre el West Bank. Me explicaré mejor. Me da la impresión de que la mayoría de israelíes nunca pedirían al Parlamento que renunciara completamente al West Bank. No obstante, si llegásemos a negociar con Hussein, la mayoría de israelíes estaría dispuesta a restituir parte del West Bank. He dicho una parte, que quede claro. Y, por ahora, el gobierno no ha decidido ni sí ni no. Ni yo tampoco. ¿Por qué tenemos que pelearnos entre nosotros antes que el jefe de un Estado árabe se declare dis-

puesto a discutir con nosotros? Personalmente, creo que si Hussein se decidiera a negociar podríamos restituírle una parte del West Bank. Sea por decisión del gobierno o del Parlamento, o a partir de un referéndum. Desde luego, podríamos convocar un referéndum para este asunto.

¿Y Gaza? ¿Renunciarían a Gaza, señora Meir?

Yo digo que Gaza debe, debería formar parte de Israel. Sí, ésta es mi opinión. La nuestra, diría yo. Pero para negociar, no exijo a Hussein o a Sadat que estén de acuerdo conmigo sobre un punto determinado. Les digo: «Mi opinión, nuestra opinión, es que Gaza debe quedar para Israel. Sé que ustedes opinan de otro modo. All right, sentémonos alrededor de una mesa y pongámonos a negociar». ¿Está claro? No es absolutamente indispensable llegar a un acuerdo antes de las negociaciones; las negociaciones se hacen precisamente para llegar a un acuerdo. Cuando afirmo que Jerusalén no será jamás dividida, que Jerusalén seguirá en Israel, no pretendo que Hussein o Sadat eviten citar Jerusalén. Ni tampoco pretendo que no citen Gaza. Pueden citar lo que quieran en el momento de negociar.

¿Y las alturas del Golán?

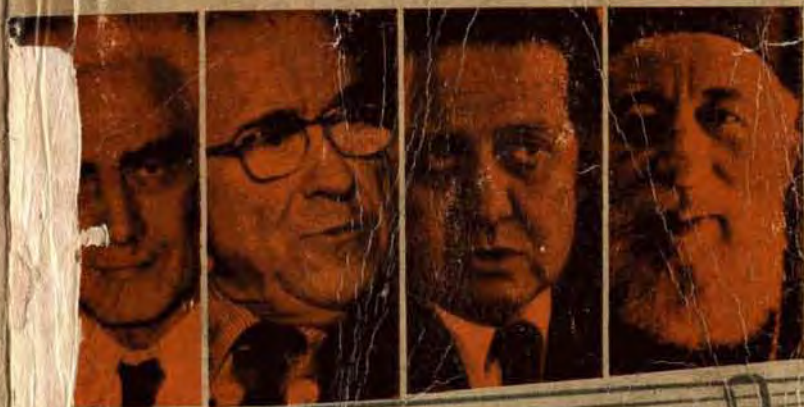
Más o menos, se trata de lo mismo. Los sirios quisieran que descendiéramos de las alturas del Golán para disparar sobre nosotros, como hacían antes. Inútil decir que no tenemos la menor intención de hacerlo. Nunca descenderemos del altiplano. Lo que no impide que estemos dispuestos a negociar con los sirios. Bajo nuestras condiciones. Y nuestras condiciones consisten en definir entre Siria e Israel una frontera que asegure nuestra presencia en el altiplano. En otras palabras: los sirios están exactamente en el límite donde debería fijarse la frontera. Sobre esto no creo que cedamos. Porque sólo si se quedan donde están en la actualidad pueden dejar de disparar sobre nosotros como han hecho durante diecinueve años.

¿Y el Sinaí?

Nosotros no hemos dicho nunca que queramos todo el Sinaí o la mayor parte del Sinaí. No queremos todo el Sinaí. Queremos el control de Sharm El Sheikh y una parte del desierto, digamos una franja de desierto que una Israel con Sharm El Sheikh. ¿Queda claro? ¿Debo repetirlo? No queremos la mayor parte del Sinaí. Tal vez no queramos siquiera la mitad del Sinaí. Porque no nos importa en abso-

Oriana Fallaci

Entrevista
con la historia



las nuevas entrevistas a:

Ugo Andreotti • Giorgio Amendola
William Colby • Otis Pike • Yamani
Antoni Carrillo • Alvaro Cunhal
Mario Soares • Arzobispo Makarios

NOGUE

Libros de bolsillo Noguer
39

Entrevista con la historia

nueva edición ampliada y revisada

Oriana Fallaci

Entrevista con la historia

nueva edición ampliada y revisada

Editorial Noguer, S. A.
Barcelona - Madrid

11.ª edición

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

Título original de la obra: *Intervista con la Storia*

Traducción: María Cruz Pou y Antonio Samons las nuevas entrevistas

Diseño cubierta: Miguel Ortiz

ISBN: 84-279-0681-4

Depósito legal: B. 31.236-1978

© Rizzoli Editore, Milán, 1974

© Editorial Noguer, S.A., Paseo de Gracia, 96, Barcelona, 1978

para la publicación en lengua española.

Printed in Spain

1978 Gráficas Instar, S.A.,

Constitución, 19, Barcelona-14

*A todos aquellos
que no gustan del poder,
y
a la memoria
de mi madre,
Tosca Fallaci,
y de mi compañero,
Alejandro Panagulis*

Prólogo

Este libro no quiere ser más de lo que es: es decir, un testimonio directo sobre veintiséis personajes políticos de la historia contemporánea. No quiere prometer nada más que lo que promete ser: es decir, un documento a caballo entre el periodismo y la historia. Pero tampoco quiere presentarse como una simple recopilación de entrevistas para los que estudian el poder y el antipoder. Yo no me siento, ni lograré jamás sentirme, un frío registrador de lo que escucho y veo. Sobre toda experiencia profesional dejo jirones del alma, participo con aquel a quien escucho y veo como si la cosa me afectase personalmente o hubiese de tomar posición (y, en efecto, la tomo, siempre, a base de una precisa selección moral), y ante los veintiséis personajes no me comporto con el desasimiento del anatomista o del cronista imperturbable. Me comporto oprimida por mil rabias y mil interrogantes que antes de acometerlos a ellos me acometieron a mí, y con la esperanza de comprender de qué modo, estando en el poder u oponiéndose a él, ellos determinan nuestro destino. Por ejemplo: ¿la historia está hecha por todos o por unos pocos? ¿Depende de mil leyes universales o solamente de algunos individuos?

Éste es un antiguo dilema que nadie ha resuelto ni resolverá nunca. Es también una vieja trampa en la que caer, y es peligrosísimo porque cada respuesta lleva consigo su contradicción. No por azar muchos responden con la componenda y sostienen que la historia está hecha por todos y por unos pocos que llegan al mando porque nacen en el momento justo y saben interpretarlo. Tal vez. Pero el que no se engaña respecto a la absurda tragedia de la vida, acaba por seguir a Pascal cuando dice que si la nariz de Cleopatra hubiese sido más corta, habría cambiado la faz de la tierra; acaba por temer lo que teme Bertrand Russell cuando escribe: «No te preocupes. Lo que sucede en el mundo no depende de ti. Depende del señor Kruschev, del señor Mao Tse-tung, del señor Foster Dulles. Si ellos dicen "morid", moriremos. Si dicen "vivid" viviremos». No consigo aceptarlo. No consigo prescindir de la idea de que nuestra existencia dependa de unos pocos, de los hermosos sueños o de los caprichos de unos pocos, de la iniciativa o de la arbitrariedad de unos pocos. De estos pocos que, a través de las ideas, los descubrimientos, las revoluciones, las guerras, tal vez de un simple gesto, el asesinato de un tirano, cambian el curso de las cosas y el destino de la mayoría.

Cierto que es una hipótesis atroz. Es un pensamiento que ofende porque, en tal caso, ¿qué somos nosotros? ¿Rebaños impotentes en manos de un pastor ora noble ora infame? ¿Material de relleno, hojas arrastradas por el

viento? Y para negarlo abrazamos incluso las tesis de los marxistas según las cuales todo se resuelve con la lucha de clases: la-historia-la-hacen-los-pueblos-a-través-de-la-lucha-de-clases. Pero pronto se da uno cuenta de que la realidad cotidiana también a ellos los desmiente, no se tarda en objetar que sin Marx no existiría el marxismo (nadie puede demostrar que si Marx no hubiese nacido o no hubiera escrito El capital, John Smith o Mario Rossi no lo habrían escrito). Y, desconsolado, uno concluye que son pocos los que, en lugar de un cambio, dan otro, que son pocos los que en lugar de hacernos tomar un camino nos hacen tomar otro, y que son pocos los que paren ideas, descubrimientos, revoluciones, guerras y matan tiranos. Entonces, más desconsolado aún, uno se pregunta cómo son esos pocos: ¿más inteligentes que nosotros, más fuertes que nosotros, más iluminados que nosotros, más emprendedores que nosotros? ¿O bien individuos como nosotros, ni mejores ni peores que nosotros, criaturas cualesquiera que no merecen nuestra cólera, nuestra admiración o nuestra envidia?

La pregunta se extiende al pasado, más bien a un pasado remoto del que conocemos sólo aquella que nos han impuesto, para que, obedientes, lo aprendiésemos en la escuela. ¿Quién nos asegura que en la escuela no nos han enseñado mentiras? ¿Quién nos aporta pruebas capaces de demostrar la verdadera naturaleza de Jerjes, de Julio César, o de Espartaco? Lo sabemos todo sobre sus batallas y nada sobre su dimensión humana, sus debilidades o sus mentiras o, por ejemplo, sobre sus chirridos intelectuales o morales. No tenemos un solo documento del que resulte que Vercingétorix fuera un bribón. Ignoramos si Jesucristo fue alto o bajo, rubio o moreno, culto o sencillo, si dijo las cosas que afirman san Lucas, san Mateo, san Marcos y san Juan. ¡Ah! ¿Si alguien lo hubiese entrevistado con un magnetófono para conservar su voz, sus ideas, sus palabras! ¿Si alguien hubiese taquígrafado lo que Juana de Arco dijo en el proceso antes de subir a la pira! ¡Ah, si alguien hubiese interrogado con un tomavistas a Cromwell y Napoleón! No me fto de las crónicas transmitidas de oído, de los relatos redactados demasiado tarde y sin posibilidad de pruebas. La historia de ayer es una novela llena de hechos que nadie puede controlar, de juicios a los que nadie puede replicar.

La historia de hoy, no. Porque la historia de hoy se escribe en el mismo instante de su acontecer. Se puede fotografiar, filmar, grabar en cinta, como las entrevistas con los pocos que controlan el mundo y cambian su curso. Se la puede difundir en seguida, desde la prensa, la radio, la televisión. Se puede interpretar y discutir en caliente. Amo el periodismo por esto. Temo al periodismo por esto. ¿Qué otro oficio permite a uno vivir la historia en el instante mismo de su devenir y también ser un testimonio directo? El perio-

dismo es un privilegio extraordinario y terrible, no es raro, si se es consciente, debatirse en mil complejos de ineptitud. No es raro, ante un acontecimiento o un encuentro importante, que sienta como una angustia, el miedo de no tener bastantes ojos, bastantes oídos y bastante cerebro para ver y oír y comprender, como una carcama infiltrada en la madera de la historia. No exagero cuando digo que en cada experiencia profesional dejo jirones del alma. No me es fácil decir para mis adentros: no es necesario ser Herodoto; por mal que vaya aportaré una piedrecita útil para componer el mosaico, daré informaciones útiles para hacer pensar a la gente. Y si se equivoca, paciencia.

Mi libro nace así, en el espacio de siete años: aquellos en los que hice las veintisiete entrevistas para mi periódico, «L'Europeo». Y en los personajes que muestro me guió la misma intención: buscar, junto a la noticia, una respuesta a la pregunta en-qué-son-distintos-de-nosotros. Encontrarlo, que quede claro, fue una empresa extenuante. A la solicitud de una cita oían casi siempre belados silencios o negativas (en efecto, los veintiséis del libro no son los únicos a quienes intenté entrevistar), y si luego respondían con un sí, había de esperar meses para que me concedieran una hora o media hora. Sin embargo, una vez allí era un juego tocar la verdad y descubrir que ni siquiera un criterio selectivo justificaba su poder: quien determina nuestro destino no es realmente mejor que nosotros, no es más inteligente, ni más fuerte ni más iluminado que nosotros. En todo caso es más emprendedor, más ambicioso. Sólo en rarísimas circunstancias tuve la certeza de encontrarme ante criaturas nacidas para guiarnos o para hacernos tomar un camino en lugar de otro. Pero esos casos eran los de hombres que no se hallaban en el poder: es más, lo habían combatido y lo combatían con el riesgo de su propia vida. En cuanto se refiere a aquellos que de un modo u otro me gustaron o me sedujeron, ha llegado el momento de confesarlo, mi cerebro mantiene una especie de reserva y mi corazón cierta insatisfacción. En el fondo me disgustaba que estuviesen sentados en el vértice de una pirámide. No consiguiendo creerlos como hubiese querido, no podía juzgarlos inocentes. Y menos aún compañeros de ruta.

Quizá porque no comprendo el poder, el mecanismo por el cual un hombre o mujer se sienten investidos o se ven investidos del derecho de mandar sobre los demás y de castigarles si no obedecen. Venga de un soberano despótico o de un presidente electo, de un general asesino o de un líder venerado, veo el poder como un fenómeno inhumano y odioso. Me equivocaré, pero el paraíso terrenal no acabó el día en que Adán y Eva fueron informados por Dios de que en adelante trabajarían con sudor y parirían con dolor. Terminó el día en que repararon en la existencia de un amo que les prohibía co-

mor una manzana y, expulsados por una manzana, se pusieron al frente de una tribu y se les prohibió incluso comer carne el viernes. De acuerdo: para vivir en grupo es necesaria una autoridad que gobierne, si no es el caos. Pero ésto me parece el aspecto más trágico de la condición humana: tener necesidad de una autoridad que gobierne, de un jefe; la única cosa segura es que no se le puede controlar y que mata tu libertad. Peor: es la más amarga demostración de que la libertad no existe en absoluto, no ha existido nunca y no puede existir. Aunque hay que comportarse como si existiera y buscarla. Cueste lo que cueste.

Creo mi deber advertir al lector que estoy convencida de esto y del hecho que las manzanas nacen para ser cogidas, que la carne se pueda comer incluso en viernes. Creo también mi deber recordarle que, en la misma medida que no comprendo el poder, comprendo a quien se opone al poder, quien censura el poder, quien replica al poder, sobre todo a quien se rebela contra el poder impuesto por la brutalidad. La desobediencia hacia los prepotentes la he considerado siempre como el único modo de usar el milagro de haber nacido. El silencio de los que no reaccionan e incluso aplauden, lo he considerado siempre como la muerte verdadera de una mujer o de un hombre. Y oídme: el más bello monumento a la dignidad humana es el que vi sobre una colina del Peloponeso, junto con mi compañero, Alejandro Panagulis, el día en que me llevó a conocer a unos cuantos miembros de la resistencia. Era el verano de 1973 y Papadopoulos estaba todavía en el poder. No era una estatua ni tampoco una bandera, sino tres letras: OXI, que en griego significa NO. Hombres sedientos de libertad la habían escrito entre los árboles durante la ocupación nazifascista y, durante treinta años, aquel No había estado allí, sin desteñirse con la lluvia o el sol. Después, los coroneles lo hicieron borrar con una capa de cal. Pero en seguida, casi por sortilegio, la lluvia y el sol disolvieron la cal. Así que, día tras día, el No reaparecía, terco, desesperado, indeleble.

Este libro no pretende ser nada más de lo que es. No quiere prometer nada más que lo que promete, es decir, un testimonio directo que procede de una treintena de personajes de la historia contemporánea, dotado, cada uno, de su propio significado simbólico. Lo cierto es que al reimprimir el libro en esta nueva edición, mucho más rica que la precedente, no he querido reconstruir ninguna de las entrevistas, y he modificado las presentaciones sólo mínimamente: limitándome, en algunos casos, a alterar los tiempos verbales, es decir, poniendo en indefinido o en pretérito perfecto los verbos que antes figuraban en presente. Igual principio he seguido en cuanto al aditamento de diez de las más importantes entrevistas que llevé a cabo después de la aparición del libro: la de Giulio Andreotti; la de Giorgio Amendola;

la del arzobispo Makarios; la del jefe de la CIA, William Colby; la de su adversario, Otis Pike; la de Santiago Carrillo; la de Álvaro Cunhal; las de Mario Soares y la que mantuve con Yamani. Como es obvio, el juicio que un encuentro o un personaje nos ha merecido va haciéndose más amplio y profundo con los años. Pero, de haber yo sucumbido a la tentación de comentarlos conforme a la visual del Tiempo, habrían perdido su valor de documentos cristalizados en el instante en que los vi y los presenté: su carácter de inmediatos se hubiese visto alterado cual una fotografía que se somete a retoques. Sólo en el caso de la entrevista con Alejandro Panagulis, que emblemáticamente cierra el libro, he juzgado oportuno añadir un amplio retazo que da cuenta de lo que fue de él. Los motivos no son sentimentales, es decir, que no obedecen al hecho de que Alekos llegase a ser mi compañero en la vida, también en lo moral. Murió víctima del mismo Poder que este libro denuncia, condena y odia. Lo que he intentado decir con esta obra mía debe, pues, y a mayor razón después del asesinato de Alejandro Panagulis, ser leído teniendo presente ese NO que reaparece terco, desesperado, indeleble, entre los árboles de una colina del Peloponeso.

Oriana FALLACI

Henry Kissinger

Este hombre tan famoso, tan importante, tan afortunado, a quien llamaban Superman, Superstar, Superkraut, que lograba paradójicas alianzas y conseguía acuerdos imposibles, tenía al mundo con el alma en vilo, como si el mundo fuese su alumnado de Harvard. Este personaje increíble, inescrutable, absurdo en el fondo, que se encontraba con Mao Tse-tung cuando quería, entraba en el Kremlin cuando le parecía, despertaba al presidente de los Estados Unidos y entraba en su habitación cuando lo creía oportuno, este cuarentón con gafas ante el cual James Bond queda convertido en una ficción sin alicientes, que no dispara, no da puñetazos, no salta del automóvil en marcha como James Bond, pero aconsejaba guerras, terminaba guerras, pretendía cambiar nuestro destino e incluso lo cambiaba. En resumen, ¿quién es Henry Kissinger?

Se han escrito libros sobre él como se escriben sobre las grandes figuras absorbidas ya por la Historia. Libros como el que ilustra sobre su formación político-cultural: *Kissinger y el uso del poder*, debido a la admiración de un colega de la universidad; libros como el que canta sus dotes de seductor: *Querido Kissinger*, debido al amor no correspondido de una periodista francesa. Con su colega de la universidad no ha querido hablar nunca. Con la periodista francesa no ha querido acostarse jamás. Alude a ambos con una mueca de desprecio y liquida a los dos con un despectivo además de su gruesa mano: «No comprenden nada». «No es cierto nada.» Su biografía es objeto de investigaciones rayanas en el culto. Se sabe todo: que nació en Furth, en Alemania, en 1923, hijo de Luis Kissinger, profesor de una escuela secundaria, y de Paula Kissinger, ama de casa. Se sabe que su familia es hebrea, que catorce de sus parientes murieron en campos de concentración, que con su padre, su madre y su hermano Walter, huyó a Londres en 1938 y después a Nueva York; que tenía en aquel tiempo quince años y se llamaba Heinz, no Henry, y no sabía una palabra de inglés. Pero lo aprendió muy pronto. Mientras el padre trabajaba en una oficina postal y la madre abría un negocio de pastelería, estudió lo bastante para ser admitido en Harvard y obtener la licenciatura por unanimidad con una tesis sobre Spengler, Toynbee y Kant, y convertirse en profesor. Se sabe que a los veintiún años fue soldado en Alemania, donde estuvo en un grupo de GI seleccionados por un test, considerados inteligentes hasta rozar el genio. Que por esto, y a pesar de su juventud, le encargaron la organización del gobierno de Krefeld, una ciudad alemana que había quedado sin gobernantes. De hecho, en Krefeld aflora su pasión por la política, pasión que apagaría convirtiéndose en consejero de Kennedy, de Johnson y, después, en asistente de Nixon. No por azar se le consideraba el segundo hombre más poderoso de América, aunque algunos sostienen que era bastante más, como lo demostraba el chiste que circulaba por Washington en la época de mi entrevista: «Imagina lo que sucedería si muriese Henry Kissinger: Richard Nixon se convertiría en presidente de los Estados Unidos».

Le llamaban la nodriza mental de Nixon. Para él y para Nixon habían acuñado un apellido malicioso y revelador: Nixinger. El presidente no podía prescindir de él. Lo quería siempre cerca: en cada viaje, en cada ceremonia, en cada cena oficial, en cada período de descanso. Y sobre todo, en cada decisión. Si Nixon decidía ir a Pekín, llenando de estupor a la derecha y a la izquierda, era Kissinger quien le había metido en la cabeza la idea de ir a Pekín. Si Nixon decidía trasladarse a Moscú, confundiendo a Oriente y a Occidente, era Kissinger quien le había sugerido el viaje a Moscú. Si Nixon decidía pactar con Hanoi y abandonar a Thieu, era Kissinger quien lo había llevado a dar ese paso. Su casa era la Casa Blanca. Cuando no estaba de viaje haciendo de embajador, de agente secreto, de ministro del Exterior, el negociante entraba en la Casa Blanca al amanecer y salía ya de noche. A la Casa Blanca llevaba a lavar sus mudas, envueltas despreocupadamente en paquetes de papel que no se sabía dónde iban a parar. (¿A la lavandería privada del presidente?) En la Casa Blanca comía a menudo. No dormía allí porque no hubiera podido llevar mujeres. Divorciado desde hacía nueve años, había hecho de sus aventuras galantes un mito que alimentaba con cuidado aunque muchos no crean ni la mitad. Actrices, figurantas, cantantes, modelos, periodistas, bailarinas, millonarias. Se decía que todas le gustaban. Pero los escépticos replicaban que no le gustaba ninguna: se comportaba así por juego, consciente de que eso multiplicaba su encanto, su popularidad y sus fotografías en los semanarios. En ese sentido era también el hombre más comentado en América, y el que estaba más de moda. Eran moda sus gafas de miope, sus rizos de hebreo, sus trajes grises con corbata azul, su falso caminar de ingenuo que ha descubierto el placer.

Por eso el hombre seguía siendo un misterio, como su éxito sin parangón. Y la razón de ese misterio era que acercarse a él y comprenderlo resultaba difícilísimo; no concedía entrevistas individuales, hablaba sólo en las ruedas de prensa acordadas por la presidencia. Y yo, lo juro, aún no he comprendido por qué aceptó verme apenas tres días después de haber recibido una carta mía sobre la que no me hacía ilusiones. Dijo que era por mi entrevista con el general Giap, hecha en Hanoi, en febrero del sesenta y nueve. Tal vez. Pero subsiste el hecho de que después del extraordinario «sí», cambió de idea y aceptó verme con una condición: no decirme nada. Durante el encuentro hablaría sólo yo y de lo que dijera dependería que me concediera o no la entrevista; suponiendo que tuviera tiempo para ello. Nos encontramos en la Casa Blanca, el jueves, 2 de noviembre de 1972. Lo vi llegar apresurado, sin sonreír y me dijo: «Good morning, miss Fallaci». Después, siempre sin sonreír, me hizo entrar en su estudio, elegante, lleno de libros, teléfonos, papeles, cuadros abstractos, fotografías de Nixon. Allí me olvidó y se puso a leer, vuelto de espaldas, un extenso escrito mecanografiado. Era un tanto embarazoso estar allí, en medio de la estancia, mientras él leía, dándome la espalda. Era incluso tonto e ingenuo por su parte. Pero me permitió estudiarlo antes de que él me estudiase a mí. Y no sólo para descubrir que no es seductor, tan bajo y robusto y pensado por aquel cabezón de carnero, sino para descubrir que ni siquiera es desenvuelto ni está seguro de sí. Antes de enfrentarse a alguien necesita tomar su tiempo y protegerse con su autoridad. Fenómeno frecuente en los tími-

dos que intentan ocultar su timidez, y que, en este empeño, acaban por parecer descorteses. O serlo de verdad.

Terminada la lectura, meticulosa y atenta a juzgar por el tiempo empleado, se volvió por fin hacia mí y me invitó a sentarme en el diván. Después se sentó en el sillón de al lado, más alto que el diván, y en esta posición estratégica, de privilegio, empezó a interrogarme con el tono de un profesor que examina a un alumno del que desconfía un poco. Recuerdo que se parecía a mi profesor de matemáticas y física en el Instituto Galileo de Florencia; un tipo al que odiaba porque se divertía asustándome, con la mirada irónica, fija en mí, a través de las gafas. De aquel profesor, tenía hasta la voz de barítono más bien gutural y la manera de apoyarse en el respaldo del sillón ciñéndolo con el brazo derecho; el gesto de cruzar las gruesas piernas mientras la chaqueta tiraba sobre el hinchado vientre y amenazaba con hacer saltar los botones. Si pretendía ponerme incómoda, lo consiguió perfectamente. La pesadilla de mis días escolares era tan viva, que a cada pregunta suya pensaba: «¿Sabré contestar? Porque si no me suspenderá». La primera pregunta fue sobre el general Giap: «Como le he dicho ya, no concedo nunca entrevistas individuales. La razón por la cual me dispongo a considerar la posibilidad de concederle una a usted es porque he leído su entrevista con Giap. Very interesting. Muy interesante. ¿Qué clase de individuo es Giap?» Lo preguntó con el aire de quien tiene muy poco tiempo disponible, lo que me obligó a resumir con una frase efectista. Y contesté: «Un esnob francés, en apariencia. Jovial y arrogante al mismo tiempo pero, en el fondo, aburrido como un día de lluvia. Más que una entrevista, aquello fue una conferencia. Y no me entusiasmó. Sin embargo, todo lo que me dijo resultó exacto».

Minimizsar a los ojos de un norteamericano el personaje de Giap es casi un insulto; todos están un poco enamorados de él como lo estuvieron de Rommel. La expresión «esnob francés» lo dejó perplejo. Tal vez no la comprendió. La revelación de que era «aburrido como un día de lluvia», lo turbó: sabe que sufre también este estigma de tipo aburrido y por un par de veces su mirada azul relampagueó de modo hostil. Pero lo que realmente le afectó fue que yo diese crédito a Giap al haberme previsto cosas exactas. Me interrumpió: «¿Exactas, por qué?» «Porque Giap había anunciado en 1969, lo que sucedería en 1972», repliqué. «¿Por ejemplo?» «Por ejemplo, el hecho de que los norteamericanos se retirarían poco a poco y después abandonarían aquella guerra que les costaba siempre demasiado dinero, y que amenazaba con llevarlos al borde de la inflación.» La mirada azul relampagueó de nuevo. «¿Y cuál fue, a su parecer, la cosa más importante que le dijo Giap?» «El no haber reconocido, en sustancia, la ofensiva del Tet, atribuyéndola únicamente a los vietcong.» Esta vez no hizo comentarios. Sólo preguntó. «¿Considera que la iniciativa partió de los vietcong?» «Tal vez sí, doctor Kissinger. Todos saben que a Giap le gustan las ofensivas con carros armados, a lo Rommel. De hecho, la ofensiva de Pascua la hizo a lo Rommel y...» «¡Pero la perdió!» «¿La perdió?», le rebatí. «¿Qué le hace pensar que no la haya perdido?» «El hecho de que haya aceptado un acuerdo que a Thieu no le gusta, doctor Kissinger.» Y, tratando de arrancarle alguna noticia, añadí en tono distraído:

«Thieu no cederá nunca». Cayó en la trampa y repuso: «Cederá. Debe hacerlo». Después, terreno minado, se concentró en Thieu. Me preguntó qué pensaba de Thieu. Le dije que nunca me había gustado. «¿Y por qué nunca le ha gustado?» «Doctor Kissinger, lo sabe mejor que yo. Usted se ha fatigado tres días con Thieu, más bien cuatro.» Esto le arrancó un suspiro de asentimiento y una mueca, que, al recordarla, asombra. Pero en este primer encuentro, no sé por qué, se controló poco. Cuando yo decía algo contra Thieu asentía o suspiraba ligeramente, o sonreía con complicidad.

Después de Thieu, me preguntó sobre Cao Ky y Do Cao Try. Del primero dijo que era débil y que hablaba demasiado. Del segundo, que lamentaba no haberlo conocido: «¿Era, de veras, un gran general?» «Sí —le confirmé—; un gran general y un general valiente: el único general que he visto marchar en primera línea y en combate. Por esto, supongo, lo asesinaron.» Fingió estupor. «¿Lo asesinaron? ¿Quién?» «Desde luego no los vietcong, doctor Kissinger. El helicóptero no cayó tocado por un mortero, sino porque alguien había manipulado los mandos. Y seguro que Thieu no lamentó este crimen, ni Cao Ky tampoco. Se estaba creando una leyenda en torno a Do Cao Try y hablaba muy mal de Thieu y Ky. Incluso durante mi entrevista, los atacó sin piedad.» Esto le turbó más que el hecho de que, más tarde, criticase al ejército sudvietnamita. Esto sucedió al preguntarme qué había visto la última vez que estuve en Saigón, y yo le contesté que había visto un ejército que no valía un pimiento, y su rostro asumió una expresión perpleja. Sospechando que fingía, bromee: «Doctor Kissinger, no me diga que me necesita para enterarse de estas cosas. ¿Usted que es la persona más informada del mundo!» Pero no captó la ironía y continuó el interrogatorio como si de mis opiniones dependiera la suerte del cosmos, o como si él no pudiese vivir sin ellas. Sabe adular con diabólica e hipócrita delicadeza. ¿O debo decir diplomacia?

Al decimoquinto minuto del coloquio, cuando me hubiese dado de bofetadas por haber aceptado aquella absurda entrevista por aquel a quien quería entrevistar, olvidó un poco el Vietnam y, en el tono del reportero interesado, me preguntó cuáles habían sido los jefes de Estado que más me habían impresionado. (El verbo impresionar le gusta.) Resignada, le hice la lista. Sobre todo estubo de acuerdo con Bhutto: «Muy inteligente, muy brillante». No lo estuvo con respecto a Indira Gandhi: «¿De veras le gustó Indira Gandhi?» Como si quisiera justificar la desgraciada elección que había sugerido a Nixon durante el conflicto indopakistaní, cuando se declaró a favor de los pakistaníes que perdieron la guerra y contra los hindúes, que la ganaron. De otro jefe de Estado, del cual yo había dicho que no me parecía excesivamente inteligente pero .ne había gustado mucho, dijo: «La inteligencia no sirve para ser jefe de Estado. Lo que cuenta en un jefe de Estado es la fuerza. El valor, la astucia y la fuerza». Considero esta frase como la más interesante que me haya dicho, con o sin magnetófono. Ilustra su tipo, su personalidad. El hombre ama la fuerza por encima de todo. El valor, la astucia, la fuerza. La inteligencia le interesa bastante menos, aunque posea tanta como todos afirman. (Pero ¿se trata de inteligencia o de erudición y astucia? A mi entender, la inteligencia que cuenta es la que nace de la comprensión de los hombres. Y

no diría que tal inteligencia la tuviera él. Así, sobre este tema debería hacerse un estudio un poco más profundo. Admito que vale la pena.)

El último capítulo del examen, se inició con la pregunta que menos esperaba: «¿Qué piensa que sucederá en Vietnam con el alto el fuego?» Pillada de improviso, dije la verdad. Dije que lo había escrito en mi correspondencia, recientemente publicada: vendría un baño de sangre por los dos lados. «Y el primero en empezar será su amigo Thieu.» Se me echó encima, casi ofendido: «¿Amigo mío?» «Bueno, digamos Thieu.» «¿Y por qué?» «Porque incluso antes que los vietcong inicien sus matanzas, él hará una carnicería en las cárceles y en las penitenciarías. No habrá muchos neutralistas ni muchos vietcong en el gobierno provisional después del alto el fuego...» Arrugó la frente, estuvo un momento callado y por fin dijo: «También usted cree en el baño de sangre... ¡pero habrá supervisores internacionales!» «Doctor Kissinger, también en Dacca estaban los hindúes y no consiguieron impedir las matanzas de Mukti Bahini a expensas de los bihari.» «Ya, ya. Y si... ¿Y si retrasáramos el armisticio un año o dos?», repitió. Me hubiera cortado la lengua, hubiese llorado. Creo haber alzado hacia él dos ojos lúcidos: «Doctor Kissinger, no me cree la angustia de haberle metido en la cabeza una idea equivocada. Doctor Kissinger, la carnicería recíproca tendrá lugar de todos modos, hoy, dentro de un año o dentro de dos. Y si la guerra continúa todavía un año o dos años, a los muertos de aquella carnicería habrá que añadir los muertos por bombardeo o en combate. ¿Me explico? Diez y veinte son treinta. ¿Qué es mejor? ¿Diez o treinta muertos?» Esta historia me quitó el sueño dos noches y cuando volvimos a vernos para la entrevista se lo confesé. Pero me consoló diciendo que no me creara *ningún* complejo de culpabilidad, que mi cálculo era exacto, que eran mejor diez que treinta; incluso este episodio ilustra su tipo, su personalidad. Es un hombre que lo escucha todo, que lo registra todo, como una computadora. Y cuando parece que ha desechado una información ya antigua o no aprovechable, la hace reaparecer fresquísima y útil.

Al vigesimoquinto minuto aproximadamente, decidí que había aprobado el examen. Tal vez me hubiera concedido la entrevista. Pero había un punto que le preocupaba: yo era una mujer y precisamente con una mujer, la periodista francesa que había escrito *Dear Henry*, había tenido una experiencia desafortunada. ¿Y si yo, a pesar de todas mis buenas intenciones, lo colocaba también en una situación embarazosa? Entonces me enojé. Y desde luego no podía decirle lo que en aquel momento me quemaba los labios: que no tenía la menor intención de enamorarme de él ni de atormentarlo con una corte despiadada. Pero podía decirle otra cosa y se la dije: que no me colocara en la misma situación de 1968 en Saigón, en que a causa del papelito hecho por un italiano aprovechado, me vi obligada a abandonarme a audacias imbéciles. Que él comprendiera, en suma, que yo no era, en modo alguno, responsable del mal gusto de una señora que hacía mi mismo trabajo y que, por lo tanto, no debía pagar por ella. Si era necesario, saldría del asunto con un par de bofetadas. Convino en ello sin que le arrancase una sonrisa, y me anunció que había encontrado una hora en su jornada del sábado. Y a las diez del sábado, 4 de noviembre, estaría de nuevo en la

Casa Blanca. A las diez y media entraba otra vez en su oficina para iniciar la entrevista quizá más incómoda de todas las que haya hecho. ¡Señor, qué pena! Cada diez minutos nos interrumpía el timbre del teléfono, y era Nixon que quería cualquier cosa, que preguntaba cualquier cosa, petulante, fastidioso, como un niño que no sabe estar lejos de mamá. Kissinger contestaba apresurada y obsequiosamente, y el diálogo conmigo se interrumpía haciendo aún más difícil el esfuerzo de comprenderlo medianamente. Después, justo en el mejor momento, cuando él me desvelaba la esencia inaprehensible de su personalidad, uno de los dos teléfonos sonó de nuevo. Era otra vez Nixon: ¿Podía el doctor Kissinger entrevistarse un momento con él? Por supuesto, señor presidente. Se levantó, me pidió que esperara, que intentaría encontrar un poco de tiempo, salió, y aquí se acabó nuestro encuentro. Dos horas más tarde, mientras estaba aún esperando, el asistente Dick Campbell compareció muy confuso para decirme que el presidente salía hacia California y que el doctor Kissinger tenía que marcharse con él. No regresaría a Washington antes del martes por la noche, cuando ya hubiera empezado el escrutinio de votos, y dudaba razonablemente que en aquellos días pudiese terminar la entrevista. Si hubiese podido esperar hasta fines de noviembre, cuando el panorama estuviera ya despejado...

No podía esperar y no valía la pena. ¿De qué hubiese servido confirmar los perfiles de un retrato que ya poseía? Un retrato que nace de una confusión de líneas, de colores, de respuestas evasivas, de frases reticentes, de silencios irritantes. Sobre el Vietnam, es obvio que no podía añadir más y me sorprende que hubiera dicho tanto: que la guerra terminase o continuara no dependía sólo de él y no podía permitirse el lujo de comprometerlo todo con una palabra de más. Sobre sí mismo no existían estos problemas pero, no obstante, cada vez que le dirigía una pregunta concreta, la esquivaba y se escurría como una anguila. Una anguila más fría que el hielo. ¡Cielos, qué hombre de hielo! En toda la entrevista no alteró nunca aquella voz monótona, triste, siempre igual. La aguja del registrador se desplaza cuando se pronuncia una palabra en un tono más alto o más bajo. Con él no se movió, y más de una vez hubo de controlar el aparato: asegurarme de que el magnetófono funcionaba bien. ¿Sabéis el rumor obsesionante, martilleante, de la lluvia que cae sobre el tejado? Pues su voz es así. Y, en el fondo, también sus pensamientos, jamás perturbados por un deseo de fantasía, por un esbozo de audacia o por una tentación de error. Todo está calculado en él; como el vuelo de un avión conducido por el piloto automático. Pesa cada frase hasta el miligramo. No se le escapa nada que no quiera decir y lo que dice entra siempre en la mecánica de una utilidad. Le Duc Tho debe de haber sudado tinta en aquellos días y Thieu debe de haber sometido su astucia a una prueba durísima. Kissinger tiene los nervios y el cerebro de un jugador de ajedrez.

Claro está que hay cuestiones a considerar en otros aspectos de su personalidad: por ejemplo, el hecho de que sea inequívocamente hebreo e irremediamente alemán. Por ejemplo, el hecho de que, como hebreo y como alemán trasplantado a un país que aún mira con prevención a los hebreos y a los alemanes, arrastre un montón de problemas, contradicciones, resentimientos y tal vez una humanidad oculta. Sí, he

dicho humanidad. A veces se encuentran tipos parecidos. Con un poco de esfuerzo, se pueden encontrar en Kissinger elementos del personaje que se enamora de Marlene Dietrich en *El ángel azul*. Y se pierde por ella. Su frívola persecución de mujeres le ha costado ya un matrimonio; tarde o temprano, dicen, perderá la cabeza por una de estas bellezas que se lo disputan sólo porque es tan famoso y garantiza la publicidad. Es posible. Desde mi punto de vista es el típico héroe de una sociedad donde todo es posible: hasta que un tímido profesor de Harvard, habituado a escribir aburridísimos libros de historia y ensayos sobre el control de la energía atómica, se convierte en una especie de divo que gobierna junto al presidente, una especie de playboy que regula las relaciones entre las grandes potencias e interrumpe las guerras, un enigma que intentamos descifrar sin advertir que, probablemente, no hay nada o casi nada que descifrar. Como siempre, cuando la aventura se viste de gris

Publicada íntegra en el semanario «New Republic», reproducida en sus aspectos más importantes por los diarios de Washington, de Nueva York, y más tarde en casi todos los periódicos de los Estados Unidos, la entrevista con Kissinger levantó unos comentarios cuyas consecuencias me asombraron. Evidentemente había subvalorado al personaje y el interés que despertaba cada una de sus palabras. Evidentemente había minimizado la importancia de aquella interminable hora con él. Esto se transformó, de repente, en el tema del día. Y, rápidamente, comenzó a circular el rumor de que Nixon estaba furioso con Henry, que rehusaba incluso verlo, que era inútil que Henry le telefonease, le pidiese audiencia, fuera a buscarlo a la residencia de San Clemente. Las verjas de San Clemente estaban cerradas, la audiencia no se concedía y el teléfono no contestaba porque el presidente continuaba negándose. El presidente, entre otras cosas, no perdonaba a Henry lo que Henry me había dicho sobre la razón de su éxito: «La razón principal nace del hecho de haber actuado siempre solo. Esto les gusta mucho a los norteamericanos. Les gusta el cowboy que avanza solo sobre su caballo, el cowboy que entra solo en la ciudad, en el poblado, con su caballo y nada más...» También la prensa lo criticaba por esto.

La prensa siempre ha sido generosa con Kissinger, despiadada con Nixon. Pero en este caso, los partidismos se alteraron y cada periodista había condenado la presunción, o por lo menos la imprudencia, de unas frases como éstas. ¿Cómo se atrevía Henry Kissinger a arrogarse el mérito de aquello que obtenía como enviado de Nixon? ¿Cómo se atrevía a relegar a Nixon al papel de espectador? ¿Dónde estaba el presidente de los Estados Unidos cuando el profesorcillo entraba en el pueblo para arreglar las cosas al estilo de Henry Fonda en las películas del Oeste? En los periódicos más crueles aparecieron viñetas en las que Kissinger, vestido de cowboy, cabalgaba hacia un «saloon». En otros, aparecía la fotografía de Henry Fonda con las espuelas y el sombrero característico, y la leyenda «Henry, el cowboy solitario». Exasperado, Kissinger se dejó entrevistar por un cronista y dijo que haberme recibido era «la cosa más estúpida que había hecho en su vida». Declaró que yo había defor-

mado sus respuestas, alterado sus ideas, inventado sus palabras, y lo hizo de modo tan grosero que me enfurecí más que Nixon y pasé al contraataque. Le envié un telegrama a París, donde estaba aquellos días, y en resumen le pregunté si era un hombre de honor o un payaso. Incluso lo amenacé con publicar la grabación de la entrevista. Que no olvidase el señor Kissinger que había sido registrada en cinta y que esta cinta estaba a disposición de todos para refrescarle la memoria y la corrección. Declaré lo mismo a «Time Magazine», a «Newsweek», a las estaciones de televisión de la CBS y de la NBC, y a quienquiera que vino a preguntarme sobre lo que estaba sucediendo. El litigio duró casi dos meses para desdicha de ambos y especialmente mía. No podía más de Henry Kissinger; su nombre bastaba para ponerme nerviosa. Lo detestaba hasta el punto de no llegar siquiera a darme cuenta de que el pobrecillo no había tenido otra elección que la de echarme la culpa a mí. Y, por supuesto, sería inexacto decir que en aquel período le desee cualquier éxito o felicidad.

El hecho es que mis anatemas no tuvieron fuerza. Nixon dejó de ponerle mala cara a su Henry y los dos volvieron a arrullar como dos palomas. Su armisticio tuvo efecto. Los prisioneros norteamericanos volvieron a sus casas. Aquellos prisioneros que urgían tanto al señor presidente. Y la realidad del Vietnam se convirtió en una espera de la próxima guerra. Un año más tarde Kissinger era secretario de Estado, en lugar de Rogers. En Estocolmo, le dieron finalmente el premio Nobel de la Paz. Pobre Nobel. Pobre paz.

ORIANA FALLACI.— *Me pregunto lo que intenta en estos días, doctor Kissinger. Me pregunto si también usted se siente decepcionado como nosotros, como la mayor parte del mundo. ¿Está decepcionado?*

HENRY KISSINGER.— ¿Decepcionado? ¿Por qué? ¿Qué ha sucedido en estos días para que yo esté decepcionado?

Una cosa triste, doctor Kissinger: a pesar de que usted dijo que la paz estaba «al alcance de la mano» y pese a que se ha confirmado el acuerdo de paz con los norvietnamitas, la paz no llega. La guerra continúa como antes y peor que antes.

La paz llegará. Estamos decididos a hacerla y se hará. Dentro de pocas semanas o tal vez menos; en cuanto se reanuden las negociaciones con los norvietnamitas para el acuerdo definitivo. Así lo dije hace diez días y así lo repito. Sí, la paz llegará en un espacio de tiempo razonablemente corto si Hanoi acepta otra reunión antes de firmarse el acuerdo, una reunión para determinar los detalles, si la acepta con el mismo espíritu y con la misma actitud que mantuvo en octubre. Estos

«si» son la única incertidumbre de los últimos días. Pero es una incertidumbre que ni siquiera deseo considerar; usted es presa del pánico y en estas cosas no hay que dejarse atemorizar. Ni hay que ser impaciente. El hecho es que... En resumen: hace meses que hemos iniciado estas negociaciones, y ustedes, los periodistas, no nos han hecho caso. Han continuado diciendo que no desembocarían en nada. Luego, de improviso, se entusiasmaron con la paz ya hecha y ahora dicen que las negociaciones han fallado. De esta forma nos toman la temperatura cada día, cuatro veces al día. Pero la toman desde el punto de vista de Hanoi. Y... preste atención: yo comprendo el punto de vista de Hanoi. Los norvietnamitas querían que firmásemos el 31 de octubre, lo que era razonable e irrazonable al mismo tiempo y... No, no intento polemizar sobre esta cuestión.

¡Pero ustedes se habían comprometido a firmar el 31 de octubre!

Digo y repito que fueron ellos los que insistieron sobre esta fecha y que, para evitar una discusión abstracta sobre fechas, que en aquel momento parecían puramente teóricas, nos comprometimos a hacer todo lo posible para que las negociaciones terminaran antes del 31 de octubre. Pero siempre quedó claro, al menos para nosotros, que no podíamos firmar un acuerdo al que faltaba ultimar los detalles. No podíamos mantener una fecha sólo porque, de buena fe, habíamos prometido hacer todo lo posible por mantenerla. Así, ¿en qué punto estamos? En el punto en que los detalles están aún por determinar y es indispensable una nueva reunión. Ellos dicen que no es indispensable, que no es necesaria. Yo digo que es indispensable y que se hará. Se hará apenas los norvietnamitas me llamen a París. Pero estamos sólo a 4 de noviembre, hoy es 4 de noviembre, y comprendo que los norvietnamitas no quieran reanudar las negociaciones tan pocos días después de la fecha en que habían solicitado firmar. Puedo comprender este aplazamiento. Pero no es concebible, al menos para mí, que se nieguen a otra reunión. Y menos ahora que ya hemos recorrido el noventa por ciento del camino y estamos llegando a la meta. No, no estoy decepcionado. Lo estaré, desde luego, si Hanoi intenta romper el acuerdo, si rehúsa discutir cualquier modificación. Pero no puedo creerlo, no. Ni siquiera puedo sospechar que se haya llegado tan lejos para que todo se malogre por una cuestión de prestigio, de procedimiento, de fechas, de matiz.

Sin embargo, dan la impresión de mantenerse firmes en sus posiciones,

doctor Kissinger. Han vuelto a utilizar un vocabulario duro, han hecho acusaciones fuertes, casi insultantes para usted...

Oh, esto no significa nada. Ha sucedido antes y nunca lo hemos tomado en cuenta. Yo diría que el vocabulario duro, las acusaciones fuertes e incluso los insultos quedan dentro de la normalidad. En esencia, no ha cambiado nada. Desde el martes 31 de octubre, o sea desde el momento en que estamos en calma, ustedes continúan preguntándose si el enfermo está enfermo. Pero yo no veo ninguna enfermedad. Y mantengo que las cosas se resolverán, más o menos, como yo digo. La paz, repito, llegará dentro de pocas semanas, en cuanto se reanuden las negociaciones. No al cabo de muchos meses. Dentro de pocas semanas.

Pero ¿cuándo se reanudarán las negociaciones? Ésta es la cuestión.

Apenas Le Duc Tho lo desee. Estoy esperando. Pero sin inquietarme, se lo aseguro. Antes, entre encuentro y encuentro pasaban dos o tres semanas. No veo que ahora tengamos que preocuparnos porque pasen algunos días. La única razón del nerviosismo de todos ustedes es que la gente se pregunta: «¿Se reanudarán las negociaciones?» Cuando eran escépticos y no creían que se llegase a nada, nunca se daban cuenta de que pasaba el tiempo. Han sido ustedes demasiado pesimistas al principio, y demasiado optimistas después de mi conferencia de prensa, y ahora son otra vez demasiado pesimistas. No quieren meterse en la cabeza que todo está sucediendo tal como lo había pensado desde el momento en que dije que la paz estaba al alcance de la mano. Ahora hay que calcular un par de semanas, creo. Pero aunque fuesen más... Basta, no quiero hablar más del Vietnam. En este momento no puedo permitirlo. Cada palabra que digo se convierte en noticia. Tal vez a finales de noviembre... Oiga, ¿por qué no nos vemos a fines de noviembre?

Porque es más interesante ahora, doctor Kissinger. Porque Thieu, por ejemplo, le ha desafiado a hablar. Lea este recorte del «New York Times». Cita una frase de Thieu: «Pregúntenle a Kissinger cuáles son los puntos que nos separan, cuáles son los puntos que no acepto».

Déjeme leer... ¡Ah! No, no le contestaré. No tendré en cuenta esta invitación.

Ya ha contestado, doctor Kissinger. Ya ha dicho que el punto de fricción nace del hecho que, según el tratado aceptado por usted, las tropas nor-

vietnamitas se quedarán en Vietnam del Sur. Doctor Kissinger, ¿cree que Norteamérica tendrá que firmar con Hanoi separadamente?

No me lo pregunte. Yo debo atenerme a lo que he dicho públicamente hace diez días... No puedo, no debo considerar una hipótesis que creo que no se verificará. Una hipótesis que no debe verificarse. Sólo puedo decirle que estamos decididos a firmar esta paz, y la firma-remos sea como sea, en el mínimo de tiempo posible, después de haberme reunido de nuevo con Le Duc Tho. Thieu puede decir lo que quiera. Es asunto suyo.

Doctor Kissinger, si le pusiera un revólver en la sien y le obligara a elegir entre una cena con Thieu y una cena con Le Duc Tho..., ¿qué elegiría?

No puedo contestar a esta pregunta.

¿Y si le contestara yo diciendo: me gusta pensar que preferiría cenar con Le Duc Tho?

No puedo, no puedo..., no quiero contestar a esta pregunta.

¿Puede responder a esta otra? ¿Le ha gustado Le Duc Tho?

Sí. Me ha parecido un hombre muy dedicado a su causa, muy serio, muy firme, y siempre cortés y educado. A veces también muy duro, más bien difícil de tratar; pero ésta es una cosa que yo siempre he respetado. Sí, respeto mucho a Le Duc Tho. Naturalmente, nuestra relación ha sido muy profesional, pero creo..., creo haber advertido en él como una sombra de dulzura. Por ejemplo, hubo momentos en que conseguimos incluso bromear. Decíamos que un día yo iría a enseñar relaciones internacionales a la universidad de Hanoi, y él vendría a enseñar marxismo-leninismo a la universidad de Harvard. Bien, yo definiría nuestras relaciones como buenas.

¿Diría lo mismo con respecto a Thieu?

También tengo buenas relaciones con Thieu. Antes...

Ya, antes. Los sudvietnamitas han dicho que ustedes no se han saludado como los mejores amigos.

¿Qué han dicho?

Que no se han saludado como buenos amigos, repito. ¿Afirmaría lo contrario, doctor Kissinger?

mundo no adelantaría. Yo acepto con alegría que los jóvenes sean distintos a mí. Lo que en ellos condeno es la presunción de decir «todo-lo-que-habéis-hecho-está-equivocado-y-por-tanto-nosotros-lo-reharemos-de-arriba-abajo». Bueno, si lo rehiciesen mejor no me parecería mal, pero se da el caso de que, a menudo, no lo hacen mejor que nosotros los viejos y, a veces, lo hacen peor. El calendario no es, en absoluto, la medida del bien y del mal. Conozco jóvenes reaccionarios y egoístas, y viejos generosos y progresistas. Y hay, además, otra cosa que condeno de los jóvenes: la manía de copiar lo que viene de fuera. Sus modas me ponen nerviosa. ¿Por qué esa música que no es música y que sólo sirve para dar dolor de cabeza? ¿Por qué esos cabellos largos y esos vestidos cortos? Detesto la moda, siempre la he detestado. La moda es imposición, falta de libertad. Alguien en París decide, Dios sabe por qué, que las mujeres tienen que llevar minifalda, y ya están todas con la minifalda: las de piernas cortas, largas, delgadas, gordas, feas... ¡Paciencia, puesto que son jóvenes! Cuando tienen cincuenta años me ponen furiosa. ¡Hay que ver a esos viejos que se dejan crecer esas madejas de ricitos!

Lo que pasa, señora Meir, es que la suya ha sido una generación heroica y, en cambio, la de hoy...

También lo es la de hoy. Como lo es la generación de mis hijos. ¡Cuando veo hombres de cuarenta y cinco o de cincuenta años que desde hace veinte o treinta años hacen la guerra...! ¿Sabe qué le digo? Que también la de los jóvenes de hoy es una generación heroica. Por lo menos en Israel. Cuando pienso que a los dieciocho años ya son soldados, y que ser soldado no significa alistarse y nada más..., siento que se me parte el corazón. Y cuando veo a los estudiantes de segunda enseñanza y pienso que un capricho de Sadat puede arrancarlos de los bancos de la escuela, siento que me falta el aire. Pero, de momento, me impaciento con ellos. Y discutimos. Pero después de cinco minutos me digo: «Golda, dentro de un mes pueden estar en el frente. No te impacientes con ellos. Déjales que sean presuntuosos, arrogantes. Déjales que lleven minifalda y cabellos largos». La semana pasada estuve en un kibbutz del Norte. En mi despacho estaban escandalizados, decían: «¡Hacer un viaje como éste, tan cansado! ¡Está usted loca!» ¿Sabe por qué fui? Porque se casaba el nieto de uno de mis más viejos compañeros. Y a este hombre, en la guerra de los Seis Días, ya le habían matado otros dos nietos.

Señora Meir, ¿alguna vez ha matado a alguien?

No... He aprendido a disparar, naturalmente, pero nunca he llegado a matar a nadie. Lo digo sin alivio; no hay ninguna diferencia entre matar y tomar decisiones por las que se manda a los demás a matar. Es exactamente lo mismo. Tal vez peor.

Señora Meir, ¿cómo mira la muerte?

Se lo diré en seguida: mi único miedo es vivir demasiado tiempo. La vejez no es un pecado, pero tampoco es una alegría. Hay montones de cosas desagradables en la vejez. No poder correr por las escaleras, no poder saltar..., pero a todo esto se acostumbra uno sin dificultad. Se trata sólo de un deterioro físico y las pérdidas físicas no son degradantes. Lo que degrada es perder la lucidez de la mente; la senilidad. La senilidad... He conocido gente que murió demasiado pronto y me ha dolido. He conocido gente que ha muerto demasiado tarde y me ha dolido mucho más. Mire, para mí, asistir a la destrucción de una inteligencia es un insulto. No quiero que esto me suceda. Quiero morir con la mente clara. Sí, mi único miedo es el de vivir demasiado tiempo.

Jerusalén, noviembre 1972

Yasser Arafat

Cuando llegó, puntualísimo, me quedé un segundo dudosa diciéndome que no, que no podía ser él. Parecía demasiado joven, demasiado inocuo. Al menos a primera vista, no advertí en él nada que denunciase autoridad o ese fluido misterioso que emana siempre de un jefe y que llega a su interlocutor, como un perfume o un bofetón. De impresionante no tenía más que el bigote, tupido y casi idéntico al que llevan la mayoría de árabes, y el fusil ametrallador que llevaba a la espalda con la desenvoltura de quien no lo abandona nunca. Debía querer tanto al fusil que le había decorado la empuñadura con cinta adhesiva de color verde lagarto: divertido y gracioso. Era bajo de estatura, aproximadamente un metro sesenta. Y también las manos eran pequeñas, y los pies. Demasiado, pensé, para sostener dos piernas tan gruesas y un tronco tan robusto, de caderas inmensas y vientre hinchado de obesidad. Sobre todo esto, una cabeza minúscula rematada por el kassiah, y sólo mirando aquella cara te convencías de que sí, que él era Yasser Arafat, el guerrillero más famoso de Oriente Medio, el hombre del que se hablaba hasta el aburrimiento. Era un extraño e inconfundible rostro que se reconocería entre mil en la oscuridad. Era el rostro de un divo. Y no sólo por sus gafas negras que lo distinguían tanto como el parche a su mortal enemigo Moshe Dayan, sino por su aspecto que no se parece a ninguno y que recuerda el perfil de un ave rapaz o de un carnero enfurecido. Casi no tiene mejillas, ni barbilla; todo se resume en una enorme boca de labios rojos y gruesos, en una nariz agresiva y en dos ojos, que si no están ocultos tras la cortina de cristal, te hipnotizan. Dos ojos grandes, brillantes, saltones. Dos manchas de tinta. Y con estos ojos me miraba, educado, distraído. Luego, en un tono amable, casi afectuoso, murmuró en inglés: «Buenas tardes, dos minutos y estoy con usted». Y su voz emitía una especie de rítmico silbido. Y un no sé qué femenino

Quien lo ha visto de día, cuando la sede jordana de Al Fatah está llena de guerrilleros y de gente, jura que a su alrededor se crea una excitante conmoción: la misma que supone cada una de sus apariciones en público. Pero mi cita era nocturna y a aquella hora, las diez, no había casi nadie. Esto contribuyó a quitarle a su llegada cualquier atmósfera dramática. Ignorando su identidad, hubiese llegado a la conclusión de que se trataba de un hombre importante sólo porque iba acompañado de un guardia de corps. Pero ¡qué guardia de corps! ¡El joven más hermoso que jamás haya visto! Alto, esbelto, elegante, un tipo a quien el mono de camuflaje le sienta como si fuera un frac, y con un rostro inconfundible: el del cautivador occidental. Tal vez porque era rubio, de ojos azules, se me ocurrió repentinamente que era occidental, más bien alemán. Y tal vez porque Arafat lo llevaba detrás con tanto orgullo, se me ocurrió, aún más repentinamente, que era algo más que un guardia de corps. Un amigo muy querido, digamos. Además de éste, que en seguida giró sobre sus talones y desapareció, había un tipo, de paisano, que miraba con malos ojos y con el aire de decir: toca-a-mi-

jefe-y-te-hago-puré. Y, finalmente, estaba el acompañante que haría de intérprete y Abu George, encargado de escribir las preguntas y respuestas para confrontarlas después con mi texto. Estos dos últimos nos siguieron a la sala elegida para la entrevista, una habitación con algunas sillas y una mesa escritorio. Arafat dejó el fusil ametrallador sobre la mesa y se sentó con una sonrisa de dientes blancos, afilados como los dientes de un lobo. Sobre la chaqueta verdegris se destacaba un distintivo con dos marines del Vietnam y la leyenda: «Black Panthers against American Fascism», «Panterras Negras contra el fascismo americano». Se lo habían dado dos chiquillos de California que se definían américo-marxistas y que habían ido con el pretexto de ofrecerle la alianza de Rap Brown, y en realidad, para hacer una película y conseguir dinero. Se to dije. Mi opinión le afectó sin ofenderle. La atmósfera era relajante, cordial, pero falta de promesas. Una entrevista con Arafat, ya lo sabía, nunca sirve para obtener respuestas importantes. Y mucho menos para desvelar información sobre él.

El hombre más célebre de la resistencia palestina es también el más misterioso; la cortina de silencio que rodea su vida es tan tupida que uno se pregunta si no constituye una astucia para incrementar su publicidad, una coquetería para hacerlo más valioso: Conseguir una entrevista con él es difícilísimo. Con el pretexto de que está siempre de viaje a El Cairo o a Rabat, al Líbano o a Arabia Saudí, a Moscú o a Damasco, te la hacen desear durante días, durante semanas, y si al final te la conceden es con el aire de regalarte un privilegio especial o una exclusiva de la que no eres digno. En el intermedio buscas, como es natural, recoger noticias sobre su carácter, su pasado. Pero te dirijas a quien te dirijas, no encuentras más que un embarazoso mutismo sólo justificado, en parte, por el hecho de que Al Fatah mantiene sobre sus jefes el más absoluto secreto y no proporciona jamás su biografía. Confidencias secretas te susurrarán que no es comunista, ni lo será, ni aunque lo adoctrinase Mao Tse-tung en persona. Se trata de un militar, repiten, de un patriota, no de un ideólogo. Difusas indiscreciones te confirmarán que nació en Jerusalén hace treinta, o tal vez cuarenta, o acaso cincuenta años, que su familia era noble y que tuvo una juventud agitada; su padre poseía antiguas riquezas que las confiscaciones no habían dañado excesivamente. Estas confiscaciones, acontecidas a lo largo de siglo y medio, fueron impuestas por los egipcios a ciertos latifundios y determinados inmuebles del centro de El Cairo. ¿Y luego? Veamos: luego, en 1947, Yasser había combatido contra los hebreos que daban vida a Israel y se había matriculado en la universidad de El Cairo para estudiar ingeniería. Por aquellos años había fundado la Asociación de estudiantes palestinos, la misma de la que saldría el núcleo de Al Fatah. Obtenida la licenciatura, fue a trabajar a Kuwait donde fundó un periódico que incitaba a la lucha nacionalista y entró a formar parte de un grupo que se llamaba «Hermanos Musulmanes». En 1955 volvió a Egipto para asistir a un curso de oficiales y especializarse en explosivos. En 1965 contribuyó de modo especial al nacimiento de Al Fatah asumiendo el nombre de Abu Ammar, o sea «el que construye», «padre constructor». En 1967 fue elegido presidente de la OLP, Organización para la Liberación de Palestina, movimiento del que hoy forman parte los miembros de Al Fatah, los del Frente Popular, los de Al Saiqa, etc. Reciente-

mente había sido elegido portavoz de Al Fatah, su mensajero. Y en este momento, si preguntabas por qué, extendían los brazos y contestaban: «Bah, alguien tenía que hacerlo; uno u otro, qué más da». De su vida privada nadie te cuenta nada, salvo el hecho de que ni siquiera tiene casa. Y es cierto; cuando no vive en casa de su hermano, en Amman, duerme en las bases o donde se encuentre. También es verdad que no se ha casado. No se le conocen mujeres y, salvo el chismorreo de un platónico flirt con una escritora hebrea que había abrazado la causa árabe, parece que puede pasarse sin ello, como había sospechado viéndolo llegar con su apuesto guardia de corps.

Mi opinión es que, salvo detalles útiles para corregir las inexactitudes, no hay nada más que decir sobre Arafat. Cuando un hombre tiene un pasado clamoroso, se sabe aunque lo oculte, porque el pasado se lleva escrito en el rostro, en los ojos. Y en el rostro de Arafat, no vi más que la máscara colocada por la madre naturaleza, no por las experiencias vividas. Hay algo insatisfactorio en él, algo inacabado. Además, si se piensa bien, uno se da cuenta de que la fama se la debe más a su imagen que a sus hechos; lo sacaron de la sombra los periodistas occidentales y especialmente los norteamericanos, siempre dispuestos a inventar personajes o a fabricarlos. Basta pensar en los bonzos del Vietnam, en el venerable Tri Quang. De acuerdo: Arafat no se puede comparar con Tri Quang; es verdaderamente un artífice de la resistencia palestina, o uno de los artífices, y un estratega. O uno de los estrategas. Actúa verdaderamente como portavoz de Al Fatah y viaja realmente a Moscú y a Rabat y a El Cairo. Pero esto no significa, ni significaba, que fuese el líder de los palestinos en guerra. Y, sea lo que sea, de todos los palestinos que conozco, Arafat es el que menos me ha impresionado.

¿O tendría que decir que es el que menos me ha gustado? Hay una cosa cierta: no es un hombre que haya nacido para gustar. Es un hombre nacido para irritar. Resulta difícil tenerle simpatía, sobre todo por el distante silencio que opone al menor intento de aproximación humana. Su cordialidad es superficial, su amabilidad es pura fórmula y una nadería basta para volverlo hostil, frío, arrogante. Sólo se anima cuando se enfurece. Y entonces su vocerilla se convierte en un vozarrón, sus ojos se transforman en balas de odio y parece que quiera despedazar a todos sus enemigos juntos. En mi opinión, lo que cuenta en una entrevista no son las preguntas, sino las respuestas. Si una persona tiene talento, se le puede preguntar la cosa más trivial del mundo: siempre responderá de modo brillante y profundo. Si una persona es mediocre, se le puede plantear la pregunta más inteligente del mundo: responderá siempre de manera mediocre. Si tales leyes se aplican a un hombre que se debate entre el cálculo y la pasión, fíjate: después de haberle escuchado no te queda en la mano más que un puñado de aire. Con Arafat me encontré precisamente con un puñado de aire. Reaccionó siempre con frases alusivas o evasivas, giros de frases que no contenían nada aparte de su intransigencia retórica y su constante temor de no persuadirme. Y sin ninguna voluntad de considerar, aunque fuera por puro juego dialéctico, el punto de vista ajeno. De acuerdo: la entrevista entre un árabe que cree sin reservas en la guerra y una europea que no cree en absoluto en ella, es una entrevista inmensamente difícil. Más difícil

porque ella queda inmersa dentro de su cristianismo, de su odio por el odio, y él, sin embargo, queda ahogado en su ley de ojo-por-ojo-diente-por-diente, epítome de todo orgullo. Pero hay un punto en el que este orgullo falla: en el momento en que Yasser Arafat invoca la comprensión de los demás o pretende arrastrar a su campo al que se debate en dudas. Que uno se interese por su causa, que admita de ella su justicia fundamental, que critique sus puntos débiles e incluso que arriesgue su integridad física y moral, no le basta. A todo esto reacciona con arrogancia, altivez y esa absurda inclinación a la pendencia.

La entrevista duró noventa minutos, gran parte de los cuales se perdieron traduciendo las respuestas que él me daba en árabe. Lo quiso él. Para meditar cada palabra, supongo. Y cada uno de los noventa minutos me dejó insatisfecha, tanto en el plano humano como en el intelectual y político. Sólo me divirtió descubrir que las gafas negras no las lleva también de noche porque sean gafas para ver. Las lleva para hacerse notar porque, tanto de día como de noche, ve muy bien. Con anteojeras, pero bien. ¿Acaso no ha hecho carrera en los últimos años? ¿Acaso no se ha hecho elegir jefe de toda la resistencia palestina y no va de un lado para otro como un jefe de Estado? Ya ni siquiera pretende que lo llamen: Abu Ammar.

ORIANA FALLACI.— *Abu Ammar, se habla mucho de usted, pero no se sabe casi nada y...*

ARAFAT.—De mí sólo hay que decir que soy un humilde combatiente palestino. Desde hace mucho tiempo. Empecé a serlo en 1947, junto con toda mi familia. Sí, en ese año mi conciencia se despertó y comprendí la bárbara invasión de la que había sido objeto mi país. Nunca hubo una semejante en la historia del mundo...

¿Cuántos años tenía entonces, Abu Ammar? Se lo pregunto porque su edad es objeto de controversia.

Ninguna pregunta personal.

Abu Ammar, sólo le estoy preguntando cuántos años tiene. Usted no es una mujer. Puede decírmelo.

Se lo ruego. Ninguna pregunta personal.

Abu Ammar, si no quiere que se hable de usted, ¿por qué se expone siempre a la atención del mundo y permite que el mundo le mire como al jefe de la resistencia palestina?

¡Pero si yo no soy el jefe! ¡No quiero serlo! En serio. Lo juro. No

soy más que un miembro del comité central, uno de tantos y, precisando más, aquel a quien ha sido encomendado el papel de portavoz. O sea, el de contar las cosas que deciden los demás. Es un grave error considerarme el jefe: la resistencia palestina no tiene jefe. Intentamos aplicar el concepto de dirección colectiva, y aunque la cosa presenta dificultades, insistimos, porque creemos indispensable no confiar en uno solo la responsabilidad y el prestigio. Es un concepto moderno y sirve para no engañar a las masas que combaten, a los hermanos que mueren. Si yo muero, su curiosidad quedará satisfecha; lo sabrá todo sobre mí. Hasta ese momento, no.

No diría que sus compañeros quieran permitirse el lujo de dejarle morir, Abu Ammar. Y, a juzgar por su guardia de corps, diría que le consideran mucho más útil vivo.

No. Es probable que yo resulte mucho más útil muerto que vivo. Sí, mi muerte serviría a la causa como incentivo. Digamos también que tengo muchas probabilidades de morir; podría ser esta noche, mañana... Si muero, no es una tragedia: otro irá por el mundo representando a Al Fatah, otro dirigirá las batallas... Estoy más que preparado para morir, y respecto a mi seguridad, no la cuido como usted cree.

Especialmente cuando cruza las líneas y pasa a Israel, ¿verdad? Los israelíes dan por cierto que usted ya ha entrado en Israel dos veces, escapando a sus emboscadas. Y añaden que quien se atreve a hacer esto debe ser bastante astuto.

Esto que usted llama Israel es mi casa. Por tanto, no estaba en Israel sino en mi casa, con todo el derecho a andar por mi casa. Sí, he estado allí, pero muchas más que dos veces. Voy continuamente, voy cuando quiero. Cierto que ejercer este derecho es bastante difícil; sus ametralladoras siempre están preparadas. Pero es menos difícil de lo que ellos creen; depende de las circunstancias, de los puntos que se elijan. Se necesita astucia, en esto tienen razón. No es casualidad que a este viaje le llamemos «el viaje de los zorros». Pero también le diré que este viaje, nuestros muchachos, los fedayn, lo hacen continuamente. Y no sólo por atacar al enemigo. Los habitamos a cruzar las líneas para que conozcan su tierra, para que puedan moverse en ella con desenvoltura. A menudo llegamos, yo lo he hecho, hasta la franja de Gaza o al desierto del Sinaí. Incluso llevamos las armas hasta allá. Los combatientes de Gaza no reciben las armas por mar: las reciben de nosotros, de aquí.

Abu Ammar, ¿cuánto durará todo esto? ¿Cuánto tiempo podrán resistir?

Ni siquiera nos planteamos esta cuestión. Estamos sólo al principio de esta guerra. Sólo ahora empezamos a prepararnos para la que será una larga, larguísima guerra. Una guerra destinada a prolongarse durante generaciones. No somos la primera generación que combate: el mundo no sabe u olvida que en los años veinte nuestros padres ya combatían al invasor sionista. Eran débiles porque estaban solos contra unos adversarios muy fuertes y apoyados por ingleses y norteamericanos, los imperialistas de la tierra. Pero nosotros somos fuertes. Desde enero de 1965, día en que nació Al Fatah, somos un adversario peligrosísimo para Israel. Los fedayn están adquiriendo experiencia, están multiplicando sus ataques y mejorando su guerrilla. Su número aumenta constantemente. Usted pregunta cuánto podremos resistir; es una pregunta equivocada. Debe preguntar cuánto podrán resistir los israelíes. Porque nosotros no nos detendremos hasta el día en que podamos volver a nuestra casa y hayamos destruido Israel. La unidad del mundo árabe hará que esto sea posible.

Abu Ammar, ustedes invocan siempre la unidad del mundo árabe. Pero saben muy bien que no todos los Estados árabes están dispuestos a entrar en guerra por Palestina y que, para los que ya están en la guerra, es posible, hasta augurable, que firmen un acuerdo. Hasta Nasser lo dijo. Si llegase este acuerdo, como incluso Rusia cree, ¿qué harían ustedes?

No lo aceptaríamos. ¡Nunca! Continuaremos haciendo la guerra a Israel solos, hasta que reconquistemos Palestina. El fin de Israel es el objetivo de nuestra lucha, y no admite ni compromisos ni mediaciones. Los puntos de esta lucha, les gusten o no les gusten a nuestros amigos, quedaron fijados en los principios que enumeramos en 1965 con la creación de Al Fatah. Primero: la violencia revolucionaria es el único sistema para liberar la tierra de nuestros padres. Segundo: el objetivo de esta violencia es liquidar el sionismo en todas sus formas políticas, económicas, militares, y echarlo para siempre de Palestina. Tercero: nuestra acción revolucionaria debe ser independiente de cualquier control de partido o de Estado. Cuarto: esta acción será de larga duración. Conocemos las intenciones de algunos dirigentes árabes: resolver el conflicto con un acuerdo pacífico. Cuando esto llegue, nos opondremos.

Conclusión: ustedes no desean en absoluto la paz que todos auspician.

¡No! ¡No queremos la paz! Queremos la guerra, la victoria. La paz para nosotros significa la destrucción de Israel y no otra cosa. Lo que ustedes llaman paz, es paz para Israel y los imperialistas. Para nosotros es injusticia y vergüenza. Lucharemos hasta la victoria. Durante decenas de años, si es necesario. Durante generaciones.

Seamos prácticos, Abu Ammar; casi todas las bases de los fedayn están en Jordania, otras en el Líbano. El Líbano no tiene muchas ganas de hacer la guerra y Jordania tiene muchos deseos de salir de ella. Admitamos que estos dos países, mediante un acuerdo pacífico, decidan impedirles los ataques a Israel. En otras palabras: impidan a los guerrilleros hacer la guerrilla. Ya ha sucedido y sucederá de nuevo. ¿Qué harán frente a esto? ¿Declararán también la guerra a Jordania y al Líbano?

Nosotros no podemos combatir sobre la base de los «si». Cada Estado árabe tiene el derecho de decidir lo que quiera, incluso un acuerdo pacífico con Israel. Nosotros tenemos el derecho de querer volver a casa sin compromisos. Algunos Estados árabes están incondicionalmente con nosotros, otros no. Pero el riesgo de quedarnos solos combatiendo a Israel es un riesgo que habíamos previsto. Basta pensar en los insultos que se nos dirigieron al principio; hemos sido tan maltratados que ahora ya no hacemos caso. Nuestra misma formación es un milagro: la llama que se encendió en 1965 brilló en la más negra oscuridad. Pero ahora somos muchas llamas, e iluminamos a toda la nación árabe. Y más allá de la nación árabe.

Ésta es una respuesta muy poética y muy diplomática, pero no es la contestación a lo que yo le he preguntado, Abu Ammar. Le he preguntado: si Jordania ya no les acepta, ¿declararán la guerra a Jordania?

Yo soy un militar, y un jefe militar. Como tal debo guardar mis secretos: no seré yo quien le revele nuestros futuros campos de batalla. Si lo hiciera, Al Fatah me enviaría a un tribunal militar. Por tanto, saque sus conclusiones de lo que le he dicho antes: que seguiremos hasta el final la marcha por la liberación de Palestina, guste o no a los países donde nos hallamos. También ahora estamos en Palestina.

Estamos en Jordania, Abu Ammar. Y le pregunto: ¿qué significa Palestina? La propia identidad nacional de Palestina se ha perdido con el tiempo y también se han perdido sus confines geográficos. Antes del mandato británico y de Israel estaban aquí los turcos. ¿Cuáles son, pues, los confines geográficos de Palestina?

Nosotros no nos planteamos el problema de los confines. En nuestra constitución no se habla de confines porque los que los delimitaron fueron los colonialistas occidentales que nos invadieron después de los turcos. Desde un punto de vista árabe, no se puede hablar de confines: Palestina es una pequeña gota sobre el gran océano árabe. Y nuestra nación es la árabe, una nación que va del Atlántico al mar Rojo y más allá. Lo que queremos desde el momento en que estalló la catástrofe, en 1947, es liberar nuestra tierra y reconstruir el Estado democrático palestino.

Pero cuando se habla de Estado hay que decir también dentro de qué límites geográficos se forma o se formará este Estado. Abu Ammar, se lo repito, ¿cuáles son los confines geográficos de Palestina?

Como hecho indicativo podríamos decir que los confines de Palestina son los establecidos en tiempos del mandato británico. Si tomamos el acuerdo franco-inglés de 1918, Palestina es el territorio que va de Naqurah, al norte, hasta Akaba, al sur, y de la costa del Mediterráneo, incluida la franja de Gaza, hasta el Jordán y el desierto del Negev.

Comprendo. Pero esto incluye una parte considerable que pertenece hoy a Jordania: toda la región al este del Jordán. La Cisjordania.

Sí. Pero le repito que los confines no tienen importancia. Lo único importante es la unidad árabe.

Los confines adquieren importancia si tocan o sobrepasan el territorio de un país que ya existe, como Jordania.

Esto que usted llama Cisjordania es Palestina.

Abu Ammar, ¿cómo es posible hablar de unidad árabe si ahora ya se plantean estos problemas con algunos países árabes? No sólo con ellos, sino cuando ni siquiera entre ustedes los palestinos hay acuerdo. Hay una profunda división entre Al Fatah y los demás movimientos. Por ejemplo, con el Frente Popular.

Cada revolución tiene sus problemas privados. También en la revolución argelina había más de un movimiento y, que yo sepa, también en Europa durante la resistencia a los nazis. En el mismo Vietnam existen muchos movimientos, los vietcong no son más que el de la mayoría, como nosotros los de Al Fatah. Pero nosotros reunimos el noventa y siete por ciento de los combatientes y somos los que lleva-

mos la lucha al interior del territorio ocupado. No es casual que, cuando se decidió la destrucción del poblado de El Heul y se minaron doscientas dieciocho casas como operación de castigo, Moshe Dayan dijera: «Hay que aclarar quién controla este poblado, nosotros o Al Fatah». Citó a Al Fatah, no al Frente Popular. El Frente Popular..., el Frente Popular, en febrero de 1969, se escindió en cinco partes, cuatro de las cuales ya han entrado a formar parte de Al Fatah; lo que significa que, lentamente, nos estamos uniendo. Y si George Habash, el jefe del Frente Popular, no está hoy con nosotros, lo estará muy pronto. Ya se lo hemos pedido; en el fondo, nuestros objetivos y los del Frente Popular no difieren.

El Frente Popular es comunista. Ustedes dicen no serlo por constitución.

Entre nosotros hay combatientes de todas las ideas, lo habrá observado. Por tanto, hay también sitio entre nosotros para el Frente Popular. Del Frente Popular nos diferencian sólo algunos sistemas de lucha. Nosotros, los de Al Fatah, nunca hemos desviado un avión y nunca hemos hecho explotar bombas o provocado violencias en otros países. Preferimos una lucha puramente militar. Lo que no significa, ni mucho menos, que nosotros no recurramos también al sistema de sabotajes, pero dentro de Palestina, de lo que usted llama Israel. Por ejemplo, casi siempre somos nosotros los que hacemos explotar bombas en Tel Aviv, Jerusalén o Eilat.

Pero esto afecta a los civiles. No es una lucha puramente militar.

¡Lo es! Porque, civiles y militares, todos son igualmente culpables de querer destruir a nuestro pueblo. Dieciséis mil palestinos han sido detenidos porque ayudaban a nuestros comandos, ocho mil casas de palestinos han sido destruidas, sin contar las torturas a que son sometidos nuestros hermanos en las prisiones y los bombardeos de napalm sobre la población inerte. Nosotros realizamos ciertas operaciones, llamadas sabotajes, para demostrarles que somos capaces de pararles los pies con los mismos sistemas. Esto afecta inevitablemente a los civiles, pero los civiles son los primeros cómplices de esta banda que gobierna Israel. Porque si los civiles no aprueban los sistemas de la banda que está en el poder, no tienen más que demostrarlo. Sabemos muy bien que muchos no los aprueban. Por ejemplo, los que habitaban en Palestina antes de la inmigración hebrea, y también algunos de los que inmigraron con la precisa intención de robarnos las tierras. Pues vinieron aquí inocentemente, y con la esperanza de calmar los anti-

guos sufrimientos. Les habían prometido el paraíso, aquí, en nuestra tierra, y vinieron a tomarse el paraíso. Se dieron cuenta demasiado tarde de que era el infierno. ¡Si supiera cuántos de ellos quisieran ahora huir de Israel! Tendría que ver las peticiones de expatriación que hay en la embajada de Canadá en Tel Aviv, o en la embajada de los Estados Unidos. Miles.

Abu Ammar, usted no me responde nunca directamente. Esta vez tiene que hacerlo: ¿qué piensa de Mosbe Dayan?

Es una pregunta muy embarazosa. ¿Cómo contestarle? Digamos que espero que un día sea juzgado como criminal de guerra, tanto si se trata de un líder genial como si la patente de líder genial se la ha atribuido él mismo.

Abu Ammar, me parece haber leído que los israelíes le respetan mucho más de lo que usted les respeta a ellos. Pregunto: ¿es usted capaz de respetar a sus enemigos?

Como combatientes, más bien como estrategas... alguna vez, sí. Hay que admitir que algunas de sus tácticas de guerra son respetables, inteligentes. Pero como personas, no. No, porque se comportan siempre como bárbaros, nunca hay en ellos ni una chispa de humanidad. A menudo se habla de sus victorias; yo tengo mis ideas acerca de su victoria de 1967 y la de 1956. La de 1956 ni siquiera tendría que ser llamada victoria porque aquel año no hicieron más que ir a remolque de los agresores franceses e ingleses. Y vencieron con la ayuda de los norteamericanos. El dinero llega sin control de los norteamericanos a Israel. Y, además del dinero, llegan las armas más potentes, la tecnología más avanzada. Lo mejor que los israelíes poseen viene de fuera; esta historia de las maravillas que han conseguido en nuestro país, hay que retocarla con más sentido de la realidad. Nosotros sabemos muy bien cuál es y cuál no es la riqueza de Palestina; no se obtiene tanto provecho de nuestra tierra, del desierto no se hacen jardines. Por tanto la mayor parte de lo que poseen viene de fuera. Y de la tecnología que les sirven los imperialistas.

Seamos honestos, Abu Ammar: han hecho y hacen muy buen uso de la tecnología. Y como militares, se las saben todas.

Nunca han vencido por el lado positivo, siempre han vencido por el lado negativo de los árabes.

También esto forma parte del juego de la guerra, Abu Ammar. También han vencido porque son buenos soldados.

¡No! ¡No! ¡No! ¡No lo son! Cuerpo a cuerpo, cara a cara, ni siquiera son soldados. Tienen demasiado miedo de morir, no demuestran ningún valor. Así sucedió en la batalla de Karameh y así sucedió el otro día en la batalla de El Safir. Pasadas las líneas, cayeron con cuarenta carros armados sobre Wadi Fifa, con diez carros armados sobre Wadi Abata, con diez carros armados y veinte jeeps con metralletas del 106 sobre Khirbet el Disseh. El avance fue precedido de un constante bombardeo de artillería y durante diez horas hicieron intervenir a los aviones que bombardearon indiscriminadamente toda la zona, y luego los helicópteros lanzaron misiles sobre nuestras posiciones. Su objetivo era llegar al valle de El Nmeiri. Y no llegaron. Después de una batalla de veinticinco horas les hicimos retroceder más allá de las líneas. ¿Sabe por qué? Porque tuvimos más valor que ellos. Les rodeamos, les sorprendimos por la espalda con nuestros fusiles, con nuestros bazookas, cara a cara, sin miedo a morir. Siempre es la misma historia con los israelíes: atacan con aviones porque saben que nosotros no tenemos aviones, con carros de combate porque saben que nosotros no los tenemos, pero cuando encuentran una resistencia cara a cara, no se arriesgan más. Huyen. Y ¿de qué sirve un soldado que no arriesga, que huye?

Abu Ammar, ¿qué dice de las operaciones efectuadas por sus comandos? Por ejemplo, cuándo sus comandos fueron a Egipto, desmontaron un radar y se lo llevaron. Una empresa de este estilo exige cierto valor.

No, no lo exige. Porque siempre buscan objetivos muy débiles, muy fáciles. Es su táctica que, repito, es siempre inteligente, pero nunca valerosa, porque consiste en emplear fuerzas enormes en una empresa de cuyo éxito están seguros al ciento por ciento. Nunca se mueven si no están seguros de que todo irá bien y, si se les coge por sorpresa, nunca se emplean a fondo. Todas las veces que han atacado con fuerza a los fedayn, han sido derrotados. Con nosotros, sus comandos no pasan.

Con ustedes quizá no, pero con los egipcios sí.

Lo que hacen en Egipto no es una acción militar, es una guerra psicológica. Egipto es su enemigo más fuerte, por tanto, intentan desmoralizarlo y minimizarlo mediante una guerra psicológica desarrollada

por la prensa sionista con la ayuda de la prensa internacional. Su juego consiste en propagar una acción, exagerándola. Todos caen en la trampa porque tienen una oficina de prensa poderosa. Nosotros no tenemos oficina de prensa, nadie sabe lo que hacen nuestros comandos, nuestras victorias pasan inadvertidas porque nos faltan telex para transmitir la noticia a los periódicos que, además, no la publicarían. Nadie sabe, por ejemplo, que el mismo día en que los israelíes robaron el radar a los egipcios, nosotros entramos en una base israelí y nos llevamos cinco grandes cohetes.

Yo no hablaba de ustedes, hablaba de los egipcios.

No hay diferencia entre palestinos y egipcios. Ambos formamos parte de la nación árabe.

Ésta es una consideración muy generosa por su parte, Abu Ammar. Sobre todo teniendo en cuenta que su familia fue expropiada precisamente por los egipcios.

Mi familia fue expropiada por Faruk, no por Nasser. Conozco bien a los egipcios porque he estudiado en la Universidad egipcia y porque he combatido con su ejército en 1951, en 1952 y en 1956. Son buenos soldados y son mis hermanos.

Volvamos a los israelíes, Abu Ammar. Dice que con ustedes sufren siempre inmensas pérdidas. ¿Cuántos israelíes calcula que han sido muertos por ustedes?

No puedo darle una cifra exacta, pero los israelíes han confesado que perdieron, en la guerra contra los fedayn, un porcentaje de hombres superior al de los norteamericanos en Vietnam; en relación a sus respectivas poblaciones, se entiende. Y es indicativo que, después de la guerra de 1967; sus muertos en accidentes automovilísticos se han duplicado. O sea, después de una batalla o de una escaramuza con nosotros, viene a resultar que un montón de israelíes mueren en accidentes de automóvil. Esta observación la han hecho los propios periodistas israelíes, porque es sabido que los generales israelíes jamás admiten haber perdido hombres en el frente. Pero puedo decirle, siguiendo estadísticas norteamericanas, que en la batalla de Karameh perdieron 1247 hombres entre muertos y heridos.

¿También es tan alto el precio que pagan ustedes?

Las pérdidas no cuentan para nosotros; a nosotros no nos importa

morir. De todos modos, de 1965 hasta hoy, hemos perdido algo más de novecientos hombres. Pero hay que contar también a los civiles muertos en incursiones aéreas y a nuestros hermanos muertos en prisión bajo la tortura.

Novcientos muertos pueden ser muchos o pocos, depende del número de combatientes. ¿Cuántos son, en total, los fedayn?

Para decirle esta cifra tendría que pedir permiso al Consejo militar y no creo que lo obtuviera. Pero puedo decirle que en Karameh éramos sólo 392 contra 15.000 israelíes.

¿Quince mil? Abu Ammar, ¿querrá decir mil quinientos?

¡No! ¡No! ¡No! ¡He dicho quince mil, quince mil! Incluidos, se entiende, los servidores de la artillería pesada, de los carros armados, de los aviones, de los helicópteros, los paracaidistas... Sólo como tropa ya tenían cuatro compañías y dos brigadas. ¡Lo que nosotros decimos no lo creéis nunca los occidentales; vosotros sólo creéis a ellos, sólo escucháis a ellos, sólo contáis lo que os dicen ellos!

Abu Ammar, no es usted justo. Yo estoy aquí y le estoy escuchando. Y después de esta entrevista referiré palabra por palabra lo que usted me ha dicho.

Ustedes los europeos están siempre con ellos. Tal vez alguno de ustedes esté empezando a comprendernos; se advierte en el aire. Pero, en conjunto, están con ellos.

Ésta es su guerra, Abu Ammar, y no la nuestra. Nosotros no somos más que espectadores. Pero, como espectadores, usted no puede pedirnos que estemos contra los hebreos y no debe asombrarse si en Europa, a menudo, se simpatiza con los hebreos. Les hemos visto perseguidos, les hemos perseguido. No queremos que eso se repita.

Pero son ustedes quienes deben pagar sus cuentas con ellos. Y quieren pagarlas con nuestra sangre, con nuestra tierra, en lugar de la sangre de ustedes y de su tierra. Continúan ignorando que nosotros no tenemos nada contra los hebreos, lo tenemos contra los israelíes. Los hebreos serán bien venidos en el Estado democrático palestino: les ofreceremos la posibilidad de quedarse en Palestina cuando llegue el momento.

Pero los israelíes, Abu Ammar, son hebreos. No todos los hebreos se

pueden identificar con Israel, pero Israel no puede dejar de identificarse con los hebreos. Y no se puede pretender que los hebreos de Israel vuelvan a vagar por el mundo para acabar en campos de exterminio. No es razonable.

Así, a vagar por el mundo quieren enviarnos a nosotros.

No, no queremos enviar a nadie. Y mucho menos a ustedes.

Pues ya vagabundeamos ahora. Y si tanto interés tienen en dar una patria a los hebreos, denles la suya. Tienen mucha tierra en Europa, en América. No pretendan darles la nuestra. Hemos vivido en esta tierra durante siglos, y no la cederemos para pagar las deudas de ustedes. Están cometiendo un error incluso desde el punto de vista humano. ¿Cómo es posible que los europeos no se den cuenta siendo gente tan civilizada, tan avanzada, tal vez más avanzada que cualquier otro continente? También ustedes han combatido en guerras de liberación, basta pensar en su Renacimiento. Y es que su error es voluntario. No se admite la ignorancia respecto a Palestina porque Palestina la conocen bien: nos mandaron a sus cruzados y somos un país al que no han perdido de vista. No es la Amazonia. Creo que un día se despertará su conciencia. Pero hasta aquel día es mejor no vernos.

¿Por esto, Abu Ammar, lleva usted siempre gafas negras?

No. Las llevo para que no se note si duermo o estoy despierto. Pero, dicho entre nosotros, yo estoy siempre despierto detrás de mis gafas. Duermo sólo cuando me las quito, y duermo poquísimo. Pero ya he dicho que ninguna pregunta personal.

Sólo una, Abu Ammar. No está usted casado y no se conocen mujeres en su vida. ¿Quiere hacer como Ho Chi Minh o la idea de vivir junto a una mujer le repugna?

Ho Chi Minh... No, digamos que nunca encontré la mujer adecuada. Y ahora ya no es momento. Me he casado con una mujer que se llama Palestina.

Amman, marzo 1972

George Habash

El hombre que tenía delante era el hombre a quien se debían la mayor parte de los atentados en Europa. Una bomba en la sede de las líneas aéreas israelíes en Atenas y un niño de doce años que pierde la vida. Un cruce de disparos en el aeropuerto de Munich y muere un pasajero, otros agonizan en el hospital, y una azafata acaba con tres balas en el estómago. Un bidón de gasolina en la sinagoga de Hamburgo y siete pobres ancianos mueren quemados. Un artefacto en el portaequipajes de un avión que despega de Frankfurt, una explosión en vuelo, y sólo por milagro el avión consigue retroceder y aterrizar. Sin embargo, el de la Swissair, que partió de Zurich, no lo consiguió. Estalló y se precipitó en el bosque de Doettingen donde se encontraron los miembros desparramados de cuarenta y siete personas. Cuarenta y siete civiles de todas nacionalidades, culpables de trasladarse a Tel Aviv. Es el episodio más vil. Tan vil que el propio Frente Popular, después de haber asumido su paternidad, por medio de un portavoz de Beirut y uno de Amman, lo vuelve a pensar y niega: «No hemos sido nosotros». Y luego están las bombas en las sacas postales, los incendios en los almacenes de Londres, los desvíos de aviones hacia Damasco, hacia Argel o a Kuwait, y no digamos la matanza de Fiumicino: episodios que el propio comando unificado palestino define como «crímenes condenables», y que Abu Lotuf, cerebro de Al Fatah, comenta con disgusto: «Esta no es guerra, es cosa de fieras. De monos. Monkey business. ¿Usted les ha preguntado por qué lo hacen, por qué?»

Aún no lo había preguntado, y la pregunta me quemaba los labios. Junto a un discurso. Heo aquí: He venido a comprenderles, a intentar comprenderles a través de mis dudas. He estado en sus frentes, con sus guerrilleros, les he escuchado y les he respetado como se respeta siempre a aquellos que combaten por una idea y en nombre de un derecho. Me he acercado a sus jefes, les he interrogado, les he admirado cuando se han expresado con inteligencia y honestidad. He contribuido a que se les conozca, a ustedes y sus razones, pero ahora estoy descorazonada. Y me pregunto de qué sirve respetarles, incluso admirarles, hacerles propaganda en algún caso, si luego llegan a agredirnos con tal vileza. También nosotros tenemos tipos que ponen bombas, pero no lo hacen en vuestra casa y no les consideramos héroes. Les consideramos asesinos y los detenemos, los juzgamos y los metemos en la cárcel. Sin embargo, para las mismas cosas, invocan ustedes la patente de héroe y pretenden nuestra comprensión, nuestra complicidad. ¿Con qué derecho? Cuando hacíamos nuestra guerra en Europa, ¿veníamos acaso a colocar bombas en sus trenes, a esconder artefactos en sus sacas postales, a incendiar sus tiendas, a disparar sobre sus niños y a exigir, finalmente, su comprensión y complicidad? Sólo ustedes cometen semejantes abusos en países neutrales; a los vietcong, por ejemplo, no se les ha ocurrido jamás. Y el discurso podría ir más lejos porque, digámoslo de una vez por todas, no se necesita ningún valor para colocar un

ingenio de relojería dentro de una maleta y hacer explotar un avión. No exige ningún valor incendiar un asilo de pobres viejos o cortar las reservas de oxígeno de un hospital lleno de enfermos. No exige ningún valor llenar de explosivo dos botes de mermelada y dejarlos en un supermercado. Sea donde sea que esto suceda: comprendido Israel. El valor se necesita para atacar un cuartel, una columna motorizada, un nido de ametralladoras. Se necesita valor para cruzar un campo minado, para sostener una batalla contra los carros armados y los Mirage, como hacen muchos fedayn, los verdaderos soldados. Pero matar a los inermes con insidia y engaño, tomar como objetivo a los que no se pueden defender, ¿es asunto de soldados, de hombres?

El hombre sabía que yo había ido a verle para preguntarle estas cosas, para lanzarle estas acusaciones. Y me esperaba con mirada firme y dolorosa, con el aspecto de decir: «Estoy preparado, dispara». Bajo los ojos colgaban sus mejillas cansadas con una barba no afeitada desde Dios sabe cuántos días, gris como su bigote y sus cabellos. Los cabellos estaban cortados en forma de cepillo y en las sienes asomaban algunas canas. Robusto de cuerpo, fuerte, con anchas espaldas de luchador. Descuidado de aspecto: pantalones sin raya, jersey de cuello alto, chaqueta de tela azul. No parecía un árabe, más bien se le tomaría por un italiano del Norte, un obrero metalúrgico o un peón. De cada uno de sus gestos emanaba una profunda tristeza y una gran dignidad, y examinándolo me sentí presa de una simpatía irresistible. No quería sentirla y la rechazaba. Pero volvía por oleadas sucesivas y yo no podía hacer nada, salvo experimentar una especie de rabia y un profundo estupor. Parece que sucede a quienquiera que vea al doctor George Habash, fundador y líder del Frente Popular para la liberación de Palestina, el movimiento que combate a Israel con el terrorismo. Y he dicho «doctor» porque antes de dedicarse a matar a la gente, la salvaba: era médico. ¡Y qué médico! No uno de los que tratan a los enfermos con el criterio de un contable, sino de los que creen en su trabajo y lloran si el enfermo muere. Tenía una clínica donde trabajaba junto a un grupo de monjas, las hermanas de Nazaret. La clínica estaba en Amman y la mayor parte de los enfermos eran niños porque él se había especializado en pediatría. Además de niños, la clínica acogía a pobres viejos y abandonados que no podían permitirse el lujo de comprar una aspirina, porque el doctor Habash, no sólo no les hacía pagar sino que compraba las medicinas a sus pacientes y, cuando salían curados, les ponía en la mano un fajo de billetes: «Toma, ve al mercado y cómprate un par de zapatos y un traje». Nacido rico, había consumido así su patrimonio. Nunca gastaba un céntimo para él; sobre el traje viejo le bastaba una bata desinfectada. La clínica era también su casa; dormía en una hamaca cerca del patio. En resumen, un doctor Schweitzer. Pero el doctor Schweitzer sabía ser colérico y, a veces, duro. Él, en cambio, era siempre afectuoso, comprensivo, indulgente. Cristiano ortodoxo, no musulmán, creía en la ley de «ofrece la otra mejilla» y sobre la hamaca tenía un crucifijo. De repente, un día, la clínica se cerró. A los enfermos se les dijo que buscasen otro médico, a las hermanas de Nazaret que buscasen otro hospital, y el doctor Habash desapareció. «¿Dónde ha ido? ¿Qué hace?» Había ido con los fedayn, a dirigir la única empresa en la que ahora creía: la venganza sin piedad.

Era en 1967 y, desde aquel día, lo sacrificó todo a la nueva fe, hasta los dos hijos a quienes adora, la bellísima esposa, la cómoda casa donde vivía. Ahora vive en las bases fedayn de las que sólo sale de noche y escoltado por un guardia de corps; su mujer vive prácticamente en Egipto donde se dedica a estudiar en la facultad de Psicología. Y a Egipto le llegan a menudo noticias para cuya comprensión ha de recurrir a la psicología: George ha hecho volar un almacén, o un hospital o estallar un avión. George se ha escondido porque los israelíes quieren raptarlo como raptaron a Eichmann. George fue detenido en Siria por contrabando de armas. Esto último sucedió el año pasado. Había llegado a Damasco un cargamento de fusiles y de municiones, y el doctor Habash fue a buscarlo contraviniendo no sé cuántas leyes que se lo prohibían. Acabó en la cárcel y no habría salido de allí si los compañeros del Frente no lo hubiesen liberado con una estratagema. Se presentó en la central de policía una elegante señora de ojos verdes, como la señora Habash. Dijo ser la mujer de Habash y pidió que le permitieran ver a su marido, por caridad. Sacaron al doctor Habash de su celda y lo trasladaron a la central. La falsa esposa le abrazó y susurró: «Prepárate para el regreso». Cuando lo devolvían a la cárcel, la camioneta de la policía fue asaltada por ocho fedayn y el doctor Habash pudo regresar a Jordania, a llevar de nuevo las riendas del Frente Popular. Veamos ahora qué era su Frente Popular en 1972 cuando sólo los palestinos de Habash aterrorizaban a Europa.

Era hijo de un hombre herido en sus sentimientos más profundos, en sus más sanas ideas, yo diría que en su cristianismo. Era el organismo que sustituyera a el corazón y en la mente del doctor Habash a la clínica pediátrica de Amman. George Habash le dio vida después de la escisión del Movimiento nacional árabe, al que pertenecía, y lo plasmó con absoluta claridad de mente y con absoluto desprecio por los compromisos. En el plano táctico eligió la estrategia del terror, en el plano ideológico, abrazó la teoría comunista-maoísta. Totalmente al contrario de Al-Fatah; y en efecto, sus relaciones con ellos eran pésimas, llenas de acusaciones recíprocas, de hostilidad apenas reprimida. Al-Fatah acusaba al Frente de enemistar a los palestinos con la opinión pública internacional; el Frente respondía que Al-Fatah se instalaba sobre los millones del petróleo saudí y norteamericano. Y uno y otro se decían la verdad, porque era inútil que una compañía de valerosos fedayn sedujese a tres o cuatro reporteros con una hermosa batalla si luego el Frente hacía explotar un avión con cuarenta y siete inocentes a bordo, y el mundo entero reaccionaba con animosidad. Pero también era absurdo que Al-Fatah hablase de revolución si luego pedía dinero a los mismos a quienes decía querer aniquilar: es decir, las compañías petroleras en poder de los norteamericanos. Tal vez es justo pensar que el fin justifica los medios, pero aún es más justo pensar que la moralidad es indispensable para hacer el idealista.

Desde el punto de vista financiero, la moralidad del Frente era cristal puro: el Frente no tenía un céntimo. Cada vez que compraba un fusil a los beduinos, que se lo hacían pagar hasta a trescientos dólares, es decir, unas veinticinco mil pesetas, sus bolsillos se vaciaban. Y muchos fusiles habían sido, digamos, secuestrados. O capturados. O recibidos como donación de algún país comunista. Quien disparaba una bala sin

una razón lógica era castigado. Tal vez a repetir mil veces: «Una bala cuesta diez pesetas, una bala cuesta diez pesetas, una bala cuesta diez pesetas...». Los fedayn del Frente no tenían salario como aquellos de Al-Fatah: como máximo se les ofrecía la ayuda de cinco dólares al mes y el transporte para visitar a la familia cada treinta días. En las escasas bases militares que poseían, lo más elemental era insuficiente y todos se apretaban el cinturón: la comida diaria estaba compuesta de habas hervidas o alubias, y la carne la probaban una vez por semana, si todo iba bien. Las horas que no se empleaban en adiestramiento eran rigurosamente dedicadas a adoctrinamiento político: estudio de los textos marxistas y leninistas, lectura de los pensamientos de Mao, de los ensayos revolucionarios más modernos. Las balas no se malgastaban, pero los libros rojos sí. Los regalaba China, eso es todo. El Frente era tan pobre que ni siquiera poseía una verdadera sede ni número de teléfono. Si había que establecer contacto con él era preciso fiarse de la suerte o dar voces de que estabas en el hotel Tal y querías ver a alguien, y luego esperar a que alguien llamase. Ese alguien era habitualmente un intelectual o un burgués de los muchos que, paradójicamente, forman la espina dorsal del movimiento. Además de no tener número de teléfono, el frente no tenía oficina de prensa, ni un periódico ni medios de transporte. El buen hombre que me llevó hasta donde estaba Habash conducía un automóvil tan viejo y estropeado que llegar a nuestro destino fue para ambos un motivo de extraordinaria sorpresa. En otras palabras: el que se hacía fedayn del Frente no lo hacía por conveniencia o por astucia. Por otra parte, el número de sus fedayn es bajísimo. Se decía que dos mil personas, pero uno de ellos me confesó: «Mil seiscientos». Mil seiscientos que, bien o mal, concentraban la atención del mundo. Y no sólo por la crueldad de sus sabotajes en Israel y en Europa, sino por la dirección política que los distinguía y con la que influían todo el movimiento fedayn. Al margen de esta historia: la resistencia palestina ha sido siempre comunista, sostenida y apoyada por China y Rusia que aprovechaban con habilidad el nacionalismo de los árabes. Y si hoy dirigen la lucha los jefes de Al-Fatah, socialdemócratas o liberalsocialistas, no se cree que en el futuro la dirijan ellos. Al contrario. Y muchos sospechan que el hombre del mañana no es Arafat, sino el doctor George Habash, que ya entonces se presentaba con su verdadero nombre. «No, yo no me escondo, no me camufló. El que elige un seudónimo lo hace a menudo por el gusto del drama, y yo tengo ya bastantes dramas conmigo para inventar otros». Y con esto, volvamos a mi encuentro con el médico que nació para ser un ángel y a quien el odio y la desesperación convirtió en un demonio.

La entrevista tuvo efecto de noche, en la periferia de Amman, en la habitación de una casona anexa a un campo de refugiados. En la habitación no había más que una mesa de despacho y varias sillas. Estaba tapizada de manifiestos contra el sionismo y vigilada, además de la puerta cerrada, por fedayn armados de metralletas. Dentro no estábamos más que yo, él, el fotógrafo y el tipo que nos había llevado hasta allí. Me senté a la mesa y George Habash en la silla de enfrente, con la espalda encorvada, las manos abandonadas sobre las rodillas y el rostro vuelto hacia mí en espera de lo que le preguntara. En esta postura, no dejaba de mirarme con aquella mirada firme y dolo-

rosa que me hacía renunciar al deseo de atacarlo. Le pregunté cuántos años tenía, contestó que cuarenta y cuatro. Y luego se pasó los dedos por el cabello gris como excusándose por parecer tan viejo e insinuó una sonrisa amarga. Pero cuando pregunté el primer por qué, la sonrisa se borró. Asentía gravemente y gravemente se explicaba. Hablaba en inglés, lengua que conoce bastante bien, y su voz era la de un profesor que explica anatomía a los alumnos. Pausada, segura. Sin embargo, su tono era distante, el tono de quien no busca aliados ni amigos porque no los necesita y ha elegido la soledad. Estuvo así durante hora y media, hasta el momento en que le pregunté el último por qué; entonces se turbó y lloró. Lloró de veras. Mientras contaba lo que había visto en 1967 cuando tres mil palestinos se habían ido empujados por los fusiles de los soldados israelíes, su boca empezó a temblar y sus ojos se llenaron de lágrimas. Luego una lágrima resbaló hasta la nariz y... ¿qué debo pensar? La naturaleza humana es tan inexplicable; lo que divide el bien y el mal es un hilo tan sutil, tan invisible... No dije nada y pensé que, a veces, el hilo se rompe entre las manos mezclando el bien y el mal en un misterio en el que uno se pierde. Y en este misterio no te atrevas a juzgar a un hombre.

Sin embargo, juzgué a Habash cuando la entrevista fue publicada en «Life» y ellos cometieron el error de enviarme una carta infame procedente de un improvisado Departamento de Información del FPLP. La carta me discutía el uso de la palabra terrorista, sostenía que el doctor Habash jamás habría permitido el uso de tal vocablo, me acusaba de ser antisemita en virtud del hecho de que los árabes son considerados semitas, desmentía la fecha de 1967 como la del año en que él había dejado de ejercer la medicina y, finalmente, negaba que Habash hubiera pronunciado la frase en la que decía que el peligro de provocar una tercera guerra mundial no le preocupaba en absoluto. Contesté en una carta abierta en inglés. Decía así: «El llamado Departamento de Información del FPLP, y digo "llamado" porque sus miembros no dieron señales de vida durante mi estancia en Palestina, ignora evidentemente la existencia de un aparato llamado magnetófono. Mi entrevista con el doctor Habash fue grabada. La cinta está a su disposición para refrescarle la memoria en el caso de que haya olvidado algo o quiera olvidar cualquier cosa. No obstante, quisiera pensar que el doctor Habash desconoce la carta que me ha enviado el llamado Departamento de Información. Quisiera pensar que si hubiera estado al corriente habría evitado la redacción de tantas idioteces inútiles y de tantos insultos faltos de sentido. El doctor Habash sabe muy bien que ha dicho ante un micrófono lo que ha dicho. Naturalmente puede suceder que la palabra terrorismo no fuera usada por mí muy a menudo por una consideración de la que ahora me arrepiento. Pero usé la palabra muchas veces e incluso la comenté con el doctor Habash diciendo que nosotros, los europeos, no matábamos criaturas inermes ni niños cuando combatíamos por nuestra libertad. Y a esto, el doctor Habash reaccionó acaloradamente. También me explicó su teoría para demostrarme que estaba equivocada. Retoco mis entrevistas después de haberlas transcrito, como hace cualquier periodista. Ésta apenas he tenido que retocarla porque estaba muy

bien tal como se había desarrollado. Empieza, en su versión escrita, como empezó mi conversación con Habash, y termina como terminó mi conversación con Habash. Relata fidelísimamente lo que Habash me dijo durante noventa minutos, en inglés, y las palabras en la cinta se oyen claras. El sonido es óptimo. No hay errores posibles salvo en la fecha de 1967. El doctor Habash tiene un leve defecto de pronunciación, y por tanto puede suceder perfectamente que él haya dicho 1957 y yo haya entendido 1967. Lo que he escrito, repito, está grabado en la cinta en la que faltan solamente las lágrimas del doctor Habash y el convulso temblor de su boca; reacción humana por la que me gustó. Y en esto, lo confieso, puedo haberme equivocado. Su "llamado" Departamento de Información insinúa que soy fascista. A tal vulgaridad respondo sólo que cuando el doctor Habash no hacía nada para demostrar su antifascismo y su pueblo se llevaba tan bien con los nazis, yo era una niña con trenzas que combatía al fascismo en la Resistencia italiana. Recuerdo que, entre nosotros, no había periodistas palestinos para entrevistarnos y demostrarnos simpatía, arriesgando con ello la piel.

ORIANA FALLACI.— *Doctor Habash, ustedes en el Frente están especializados en actos de terrorismo y muchos de ellos suceden en Europa. ¿Por qué quieren imponernos una guerra que no nos pertenece? ¿Con qué criterio, con qué derecho?*

GEORGE HABASH.— Se lo explicaré. Ante todo con una premisa. En la guerra hay que establecer de modo científico quién es nuestro enemigo. Y, de modo científico, afirmo que nuestro enemigo no es sólo Israel. Es Israel más un movimiento sionista que domina en muchos países en los que se apoya Israel, más el imperialismo. Aludo en particular al imperialismo inglés del período 1914-1918 y al imperialismo norteamericano de 1948 hasta hoy. Si sólo tuviésemos que enfrentarnos a Israel, la empresa sería fácil; pero tenemos que enfrentarnos a los que apoyan a Israel económica, militar, política e ideológicamente. Es decir, a los países capitalistas que quisieron a Israel y ahora se sirven de él como baluarte de sus intereses en Arabia. Estos países incluyen, además de América, la casi totalidad de Europa. Ahora olvidemos un momento a Europa con la que, es verdad, no estamos en guerra y consideremos el problema de Israel, con el que sí estamos en guerra. Israel, desde un punto de vista económico y también político, es una isla porque está absolutamente aislado de todos los países amigos y rodeado por todos los países enemigos: Siria, Líbano, Jordania y Egipto. Como consecuencia, sus únicas relaciones con los países amigos se mantienen por mar o por aire; es necesario atacar a

Israel en sus comunicaciones por mar o por aire. De sus comunicaciones marítimas nos ocuparemos en el futuro: sus barcos, sus puertos y el mismo Mediterráneo. De sus comunicaciones aéreas nos estamos ocupando hace tiempo: atacando a los aviones de la compañía aérea El Al. Los aviones de El Al son para nosotros un objetivo militar más que legítimo, no sólo porque pertenecen al enemigo, no sólo porque más que cualquier otro medio de comunicación relacionan a la isla Israel con las otras orillas, sino porque proveen también el transporte de municiones y de tropas. Y los pilotan oficiales de reserva de la aviación israelí. En la guerra es lícito atacar al enemigo donde sea, y esta norma nos conduce a los aeropuertos donde aterrizan y despegan los aparatos de El Al. O sea, a Europa.

Doctor Habash, usted olvida que en estos aviones hay personas que no son israelíes sino ciudadanos de países neutrales. Y olvida también que los aeropuertos no pertenecen a los israelíes sino a países neutrales. Respetar a los países neutrales es otra ley de guerra.

Aparte del hecho que estos aeropuertos se hallan siempre en países filisionistas, le repito que tenemos el derecho de combatir a nuestro enemigo dondequiera que esté. En cuanto a los pasajeros no israelíes, se dirigen a Israel. Puesto que no tenemos ninguna jurisdicción sobre el país que nos ha sido robado y que ha sido llamado Israel, es justo que los que se dirijan a Israel necesiten nuestro permiso. Además, países como Alemania, Italia, Francia o Suiza tienen muchos ciudadanos hebreos y a estos hebreos les consienten que se sirvan de su territorio para combatir a los árabes. Si Italia, por ejemplo, es una base para atacar a los árabes, los árabes tienen todo el derecho de utilizar a Italia como base para atacar a los hebreos.

No, doctor Habash. Italia no sirve de base a los hebreos para atacar a los árabes. Ni Alemania, ni Francia, ni Suiza. Son ustedes los que siembran en nuestros países el terror y la muerte. Y no atacan sólo las líneas aéreas de El Al. ¿Adónde quieren llegar? ¿A hacer la guerra a tres cuartos del planeta?

No, no pretendemos hacer la guerra a tres cuartos del planeta. Pero hay que ser científicos y reconocer que nuestra revolución es un momento de la revolución mundial; y ésta no se limita a la conquista de Palestina. Hay que ser honestos y admitir que a lo que queremos llegar es a una guerra como la del Vietnam. Queremos otro Vietnam, y, no sólo en el área de Palestina sino en la de todos los países árabes.

Los palestinos forman parte de la nación árabe y es necesario que toda la nación árabe entre en guerra, cosa que sucederá dentro de tres o cuatro años. Entonces, e incluso antes, las fuerzas revolucionarias de Jordania, de Siria, del Líbano, se sublevarán a nuestro lado en una guerra total. Estamos apenas al principio del principio de nuestra lucha; lo fuerte está por venir. Y es justo que Europa y América sepan desde ahora que no habrá paz para ellas hasta que no se haya hecho justicia en Palestina. Les esperan días incómodos, lo que no es un precio muy alto por la ayuda que prestan a Israel. Con esto claro, volvamos a los aviones que sufren nuestros ataques y que no pertenecen a El Al. Supongo que se refiere al avión de la TWA desviado a Damasco. Bien, Norteamérica es aliado de nuestro enemigo, por tanto es nuestro enemigo. Por otra parte, si desviamos el avión a Damasco fue como represalia por el hecho de que Norteamérica hubiese vendido los Phantom a Israel.

Doctor Habash, si Norteamérica entrega los Phantom a Israel, Rusia entrega los Mig a Egipto. Si tuviésemos que desviar un avión cada vez que Rusia da armas a Egipto, sólo se viajaría en bicicleta. ¿No le preocupa la posibilidad de provocar una tercera guerra mundial?

Honestamente no. El mundo se ha servido de nosotros, se ha olvidado de nosotros. Ha llegado el momento de que nos recuerde, de que ya no nos utilice más. Suceda lo que suceda, continuaremos nuestra lucha para volver a casa.

¿Tampoco les interesa la opinión mundial? ¿No les importa la indignación, el odio que se gesta contra ustedes tras cada una de sus acciones en tierra extranjera? ¿Cómo pueden invocar nuestra comprensión y nuestro respeto si nos atacan sin que nosotros hayamos hecho nada?

Por supuesto que nos interesa la opinión mundial. Cuando la opinión pública está con uno, significa que tiene razón; cuando no, significa que algo no marcha. Pero ésta no es manera de plantear el problema porque a nosotros nos interesa la opinión pública más en el plano de la información que en el plano de la simpatía. Me explicaré. Los ataques del Frente Popular no se basan en la cantidad sino en la calidad. Creemos que matar un hebreo lejos del campo de batalla surte más efecto que matar cien en batalla porque provoca mayor atención. Por tanto, si pegamos fuego a un almacén de Londres, aquellas escasas llamas equivalen al total incendio de dos kibbutz. Porque inducimos a los demás a preguntarse por qué y de esta manera les informa-

mos de nuestra tragedia. Hay que recordarles continuamente que existimos. La opinión pública mundial, en el fondo, no ha estado nunca con nosotros ni contra nosotros; simplemente nos ha ignorado. Desde 1917, fecha de la Declaración de Balfour, ustedes los europeos no saben nada de nosotros. Apenas ahora empiezan a intuir que nos han echado de nuestra tierra como a perros rabiosos: de una tierra en la que vivíamos como usted vive en Italia, como un francés vive en Francia, como un inglés en Inglaterra, o como un sirio vive en Siria. Pues bien, a través de los sabotajes queremos recordar al mundo que aquí ha sucedido una catástrofe y hay que hacer justicia. Créame, después de lo que nos ha pasado tenemos derecho a hacer de todo, incluso lo que usted llama sabotaje o terrorismo. Pues ¿dónde estaba la opinión pública en 1947, cuando los ingleses regalaron a los hebreos una tierra habitada por el noventa y seis por ciento de palestinos?

Estaba ocupándose de un asuntillo llamado segunda guerra mundial, doctor Habash. ¿Debo concluir, de su respuesta, que al Frente no le importa causar víctimas entre nosotros, los europeos? ¿Debo concluir que tienen ustedes toda la intención de continuar incendiando nuestros almacenes, disparando en nuestros aeropuertos, poniendo bombas en nuestras sacas postales, y atormentándonos con el terrorismo?

Cuando todo esto lo hacían los hebreos en Palestina, ustedes no lo llamaban actos de terrorismo: lo llamaban guerra de liberación. Sí, es cierto que insistiremos en nuestra estrategia, incluso la ampliaremos. Pero intentando en lo posible no causar daño a los europeos. Le juro sobre la cabeza de mis hijos que a este problema le dedicamos mucha atención; la orden dada a nuestros comandos es siempre la de evitar los europeos. En todas las operaciones llevadas a cabo por el Frente Popular durante 1969 esta orden ha sido respetada y no ha perdido la vida un solo europeo. Recuerde, por ejemplo, el incendio causado en el almacén de Londres. Para nuestros fedayn hubiera sido más fácil tirar dos o tres bombas y matar a un montón de gente. Sin embargo, se contentaron con provocar el incendio de noche, sin causar víctimas. En Atenas, es cierto, murió un niño; pero nosotros, el Frente, no tuvimos nada que ver con aquel asunto. Nosotros nos dedicamos únicamente a lo que usted llama sabotaje. No olvide que los movimientos palestinos son numerosísimos.

Hablemos de otro tema, doctor Habash. Por ejemplo, de los países que no arriesgan lo que arriesgamos nosotros: de sus amigos.

El objetivo de nuestra lucha no es sólo el de recuperar la identidad de Palestina sino el de instaurar el socialismo. Somos nacionalistas y socialistas en igual medida; digamos que el Frente Popular es un movimiento guiado por la ideología socialista. Desde 1967 hemos comprendido una realidad indiscutible: para liberar Palestina hay que seguir el ejemplo chino, el ejemplo vietnamita. No hay otro camino. Lo hemos pensado mucho y científicamente. Israel es un fenómeno colonialista; el colonialismo es un fenómeno imperialista; el imperialismo es un fenómeno capitalista: por tanto, los únicos países a los que consideramos amigos, a los que procuramos no desviarles los aviones, son los países socialistas. El país más amigo es China. Su posición respecto a los palestinos es muy clara, muy amigable y tiene ideas concretas: China quiere que Israel desaparezca porque mientras exista habrá en Arabia una base agresiva del imperialismo.

¿Y la Unión Soviética?

En segunda instancia, también la Unión Soviética es amiga nuestra. Por supuesto. Es ella quien provee de armas a los regímenes árabes, o digamos a los regímenes que gobiernan actualmente Arabia. Y tal vez no resulte justo decir «en segunda instancia» porque somos también muy amigos de la Unión Soviética. Nuestra posición es la de los vietnamitas: somos amigos de quien es amigo nuestro. China nos apoya, nos ayuda, por tanto estamos con ella. No miramos a los soviéticos como a los chinos les gustaría que los miráramos, y no miramos a los chinos como a los soviéticos les gustaría que los mirásemos. Desde luego, no nos gusta que la Unión Soviética ofrezca programas de paz, o trampas como la resolución del Consejo de Seguridad de la ONU, porque nosotros no queremos la paz y no cederemos nunca a compromisos pacíficos. Y China está de acuerdo en este punto.

¿En qué se materializa la ayuda de China? Por ejemplo, ¿envían ustedes allí a sus instructores?

No, nunca. Ni tampoco los mandamos a Vietnam del Norte, ni a Argelia. Nosotros, el Frente, los instruimos solos; tenemos nuestros campos y nuestros cursos donde no enseñamos sólo a disparar. Por ejemplo, enseñamos hebreo. Nuestro modo de entrenar es distinto al de Al Fatah.

En realidad, sus relaciones con Al Fatah no son muy buenas. ¿Qué piensa usted de Yasser Arafat?

Somos bastante amigos. Caemos en acaloradas discusiones cuando nos reunimos, pero en conjunto estamos de acuerdo. No podría ser de otro modo; combatimos tras la misma barricada. Pero nosotros y Al Fatah tenemos ideas demasiado distintas respecto a demasiados asuntos. Nosotros, por ejemplo, no aceptaremos nunca el dinero que ellos aceptan de las fuerzas reaccionarias, no tocaremos nunca dinero que apeste a petróleo norteamericano. Haciéndole la lista de nuestros enemigos, he olvidado citar a los regímenes nacionales árabes. Aquellos a los que Al Fatah no tiene en cuenta y con los que colabora. Se equivoca, porque si le contase la historia de los últimos cincuenta y dos años de Palestina, le demostraría que los mayores obstáculos han venido siempre de las fuerzas reaccionarias árabes. Para empezar, Arabia Saudí, donde la mayor parte de los pozos petrolíferos están en manos de los norteamericanos. Luego, el Líbano, donde hay un régimen marcial. Después, Jordania, donde hay un rey dispuesto a reconocer a Israel. Y podría alargar la lista. Conclusión: aceptar dinero de ellos significaría renunciar a nuestra moralidad, deshonorarnos. El dinero lo reunimos entre nosotros y si la falta de dinero se convirtiera en cuestión de vida o muerte, lo tomaremos de quien lo tenga. Lo tomaremos, no lo aceptaremos. Y mucho menos lo pediremos. Quien ingresa en el Frente Popular sabe que el Frente no bromea. Además, la fuerza revolucionaria de Palestina no la da Al Fatah, se la damos nosotros. Somos nosotros quienes movilizamos a las masas proletarias, que es el verdadero pueblo.

Entonces, doctor Habash, ¿cómo se explica que la gran mayoría de proletarios esté con Al Fatah y entre ustedes se encuentren sobre todo intelectuales y burgueses?

Es cierto, no somos fuertes. O todavía no. Pero esto no nos produce el menor complejo de inferioridad porque no basta tener muchos proletarios en un partido para que sea considerado un partido proletario. Basta pensar que los proletarios en Europa siempre han estado de parte de los burgueses; lo que cuenta es la ideología proletaria, el programa proletario. Tener muchos fedayn atraídos tal vez por el dinero, no significa nada. Cien fedayn con claras ideas revolucionarias combaten mejor que mil fedayn reclutados con un buen salario. Y, aunque tuviésemos el dinero de Al Fatah, no aceptaríamos demasiada gente; seguiríamos pensando que la fuerza de los fedayn no reside en el número sino en la calidad. Especialmente recurriendo a la estrategia del sabotaje, como usted la llama.

Doctor Habash, ¿qué tiene de heroico el terrorismo, incendiar un asilo de ancianos, destruir las reservas de oxígeno de un hospital, hacer estallar un avión o destruir un supermercado?

Es la guerrilla, un cierto tipo de guerrilla. ¿Y qué es la guerrilla sino la elección de un objetivo que ofrezca un ciento por ciento de posibilidades de éxito? ¿Qué es la guerrilla sino tormento, preocupación, agotamiento de nervios, pequeños daños? En la guerrilla no se usa la fuerza bruta, se usa el cerebro. Especialmente si se es pobre como nosotros, el Frente. Pensar en una guerra normal sería estúpido por nuestra parte. El imperialismo es demasiado poderoso e Israel demasiado fuerte. Tiene generales de primera categoría, y Phantom, y Mirage, y soldados magníficamente adiestrados, y un sistema que puede movilizar a trescientos mil soldados. Combatir contra ellos es como combatir contra Norteamérica. Un pueblo como el nuestro, débil y subdesarrollado, no puede enfrentarse a ellos cara a cara. ¡Hablemos en serio! Para destruirles hay que dar un golpe aquí, otro allá, avanzar paso a paso, milímetro a milímetro, durante años, decenas de años, determinados, obstinados, pacientes. Éste es el sistema que hemos elegido. Es un sistema inteligente, créame. ¿Se atrevería usted a viajar en aviones de El Al? Yo no me atrevería. ¡Oh, me parece escandalizada!

Lo estoy, doctor Habash.

Tiene todo el derecho. Tiene todo el derecho de oponerse. Pero yo no puedo permitirme el lujo de considerar sus ideas, sus sentimientos; sería como si quisiera hacer una operación quirúrgica sin derramar sangre. A mí no me interesa su opinión, ni aunque, a su manera, sea justa; a mí me interesa la opinión de mi gente. ¡Si supiera cómo se siente mi gente cada vez que una operación sale bien! La moral llega hasta las nubes. Tanto como usted se escandaliza, ellos se reaniman.

¿Nunca hacen operaciones militares, aquellas en las que se arriesga no la cárcel, sino la vida?

¡Y tanto! El ochenta y cinco por ciento de la actividad militar dentro de Israel se debe a nosotros, no a Al Fatah. En la zona de Gaza, por ejemplo, nosotros dirigimos la mayoría de los ataques y en el resto del territorio ocupado nos atribuimos el cincuenta por ciento. En Gaza sostuvimos una batalla que el propio Moshe Dayan calificó y definió como la peor de cuantas habían tenido efecto en el interior: la batalla del campo de Madazi. Y luego, a diario, un carro armado destruido aquí, un soldado muerto allá, un traidor ajusticiado. Hace días

descubrimos un espía, lo condenamos a muerte y cumplimos la sentencia en el pueblo de Al Nousseirat. Se llamaba Yussef Kokach y decía ser un negociante árabe, un mercader. Era un alto oficial del ejército israelí. El mes pasado un compañero atacó en solitario un restaurante frecuentado por militares israelíes. Murió, pero antes de morir mató a más de veinte enemigos.

Doctor Habash, me gustaría hablar un poco de usted. Usted era médico y su oficio era salvar a la gente, no matarla. Era también cristiano y su religión estaba basada en el amor, en el perdón. ¿Nunca echa de menos su pasado?

Era... cristiano, sí. Cristiano ortodoxo. Era... médico, sí. Pediatra. Me gustaba mucho. Creía que estaba haciendo el trabajo más bello del mundo. Y lo es, ¿sabe? Porque es un trabajo en el que se utiliza todo: cerebro, emociones... Especialmente con los niños. Me gustaba curar a los niños... Y fue duro abandonarlo todo. ¡Fue muy duro! A veces siento añoranza. La siento como un pinchazo. Pero tenía que hacer lo que hice y no me arrepiento. Había demasiadas contradicciones entre mi actividad política y mi trabajo en la clínica. Un hombre no puede dividir así sus sentimientos, sus razonamientos: por una parte curar, por la otra matar. Un día el hombre debe decidirse por sí mismo: aquí o allá.

Doctor Habash, dígame la verdad: ¿qué le hizo decidirse? ¿Qué fue lo que provocó tal metamorfosis? Quiero comprender, hágame comprender.

¿Qué fue? Me temo que no fue un razonamiento. No Marx, por ejemplo. A Marx ya lo había leído y ya había llegado a ciertas conclusiones científicas. Fue... fue un sentimiento, sí. Yo estaba acostumbrado al espectáculo del dolor físico, pero no al del dolor moral. Ni siquiera al de la injusticia, al de la vergüenza. Hasta 1948 yo fui un joven como los demás, el típico hijo de familia acomodada, el típico universitario a quien le gusta divertirse nadando en una piscina o jugando al tenis o yendo de paseo con chicas. Lo que sucedió en 1948 me humilló, pero no me hizo cambiar demasiado: tenía veintidós años, vivía en Lidda, cerca de Jerusalén, y no tuve que compartir la tragedia de los refugiados. Obtenido el título, me refugié en la medicina como único medio para resultar útil a la humanidad. Y también como un medio para aplicar mi socialismo; me había adherido al socialismo en los últimos años de universidad. Pero llegó 1967, y ellos llegaron a Lidda y... no sé cómo explicarme... lo que esto significa para noso-

tros..., no tener ya una casa, ni una nación, ni a nadie que importe... Nos obligaron a huir. Es una visión que me persigue y que no olvidaré nunca... ¡Nunca! Tres mil criaturas que huían a pie, llorando..., gritando de terror... Las mujeres con los niños en brazos o agarrados a las faldas..., mientras los soldados israelíes las empujaban con los fusiles. Caían por la calle..., algunos no se levantaban más... ¡Terrible, terrible, terrible! Ves ciertas cosas y piensas: esto no es vida, no es humanidad, ¿de qué sirve curar un cuerpo enfermo si luego sucede esto? Hay que cambiar este mundo, hay que hacer algo, matar si es necesario, matar a costa de ser inhumanos y morir a nuestra vez... Cuando has visto estas cosas, cambian tu mente y tu corazón... Adviertes que hay algo más importante que la vida... Ustedes no nos comprenden, quizá nos desprecian, pero luego nos comprenderán. Y no nos despreciarán más y estarán al cien por ciento de nuestra parte.

Amman, marzo 1972

Hussein de Jordania

El rey era el vivo retrato de la amargura, del dolor orgulloso y falto de cualquier ilusión. Era imposible mirarlo sin sentir el deseo de hacer algo por él, tal vez susurrarle: «Plántelo todo, Majestad. Máchese, sálvese. Si se queda, lo matarán. Si lo matan, nadie le dará las gracias. No vale la pena, Majestad, ha arriesgado hasta demasiado. Sólo tiene treinta y tres años». Más que susurrárselo, sentía ganas de gritárselo y lo único que me detenía no era el temor de insultarlo. Era saber que él lo sabía. Estaba escrito en aquel rostro en que los bigotes ya aparecen matizados de gris, en que las arrugas hundían ya el recuerdo de una juventud remota. ¿Se ha visto nunca un rostro tan triste como el del rey Hussein? Sus labios son líneas de desaliento, parece que está a punto de llorar incluso cuando sonríe o ríe. Además, no creo que sepa reír, salvo, tal vez, en los pocos momentos en que juega con sus hijos. Dondequiera y comoquiera que le sorprenda tiene el aspecto de un hombre al que no se le puede decir que la vida es un don de Dios. La vive, sí, y no como un asceta o un santo: le gustan las mujeres, las motocicletas, los coches de carreras, las vacaciones junto al mar y las emociones violentas. La defiende, sí, y no con debilidad: ha aprendido a disparar y tiene una puntería infalible. Pero me atrevería a insinuar que con distanciamiento, con rabia y con la sospecha de que cada día puede ser el último.

El rey estaba sentado en un sillón de su despacho en el palacio real y llevaba un traje verdoso, no muy elegante, con una camisa que, por el contrario, le sentaba muy bien y una corbata elegida con gusto. El sillón era inmenso y esto le hacía más pequeño de lo que es: metro cincuenta y nueve aproximadamente. Si se apoyaba en el respaldo, sus pies rozaban apenas la alfombra. Pero se apoyaba igual, con los codos en los brazos del sillón y con las manos cruzadas a la altura del estómago: como para demostrar que su baja estatura no le crea ningún complejo y de hecho la lleva con gran dignidad, con la ayuda de un cuerpo bien desarrollado. Espaldas anchas, bíceps gruesos, muslos sólidos y musculosas pantorrillas. El cuerpo de un toro joven en busca de pelea o de pareja, y la comparación se te ocurría espontáneamente si olvidabas el rostro en el que estaba la fuerza desesperada del joven toro que no cede jamás. Lo cazas a lazo y escapa, luego vuelve atrás y se abalanza contra ti. Lo capturas de nuevo, lo encierras en un cajón y lo sacudes hasta que lo liberas para lanzarlo al coso. Allí se bate. Cuanto más lo castigues, más lo atormentes, más lo hieras, más se bate. Aunque sea de modo incierto, confuso, equivocado: una cornada aquí, un testarazo allá, una corridilla más lejos. La política de Hussein. Uno se pregunta si su amargura y su tristeza no nacen precisamente de esto, de darse cuenta de que es sólo un joven toro lanzado a una corrida de la que no puede salir más que muerto. Picadores, banderilleros, toreros, amigos, enemigos, israelíes, egipcios, sirios, palestinos, todos están unidos contra él; en una conjura bastante fácil, en el fondo. Basta pensar en los atentados de los que ha sido víctima desde muy joven.

Dices Hussein y dices atentados. Dices conjura, pistoletazo, bomba, veneno. Él mismo ha escrito en un libro: «Tan numerosos, variados y constantes han sido los complots contra mí, que a veces me siento como el protagonista de una novela policíaca». La primera vez, todos lo saben, sucedió cuando tenía dieciséis años y ante sus ojos mataron al abuelo, el rey Abdullah. Fue en el umbral de la mezquita de Aksa, en Jerusalén, y las balas de revólver no estaban dirigidas sólo a Abdullah: una le alcanzó a él, directa al corazón. Lo salvó una pesada medalla que el abuelo le había colgado del uniforme: la bala se estrelló contra ella. El episodio de los Mig sirios data de 1958. Volaba hacia Europa con su avión; lo atacaron por ambos lados y se salió de ésta gracias a su habilidad como piloto, lanzándose en picado, remontándose, variando el rumbo en zigzag y corriendo el riesgo de estrellarse contra las montañas o las colinas. En 1960 intentaron liquidarlo con un sistema más refinado. Padecía una sinusitis y el médico le había recetado gotas en la nariz. Un día Hussein abrió un frasco nuevo y una gota cayó sobre el lavabo, el lavabo comenzó a humear y en el lugar de la gota apareció un agujero: alguien había sustituido la medicina por ácido sulfúrico. ¿Y qué decir del criado que intentó apuñalarlo mientras dormía? ¿Y del cocinero que le ponía veneno en la comida? Se dieron cuenta porque el oficial de ordenanza les hacía probar la comida a los gatos del palacio y éstos morían. ¿Y la bomba colocada en el despacho de su primer ministro Hazza Majali, el día en que Hussein tenía que ir a visitarlo? Hussein no murió porque la bomba explotó anticipadamente matando sólo al primer ministro y a ocho personas más. ¿Y las cuatro ráfagas de metralleta contra el que parecía su automóvil y era el automóvil de su tío? ¿Y la revuelta militar organizada por el comandante supremo de su ejército, Abu Nuwar? Las tropas se habían concentrado en Zerqa, Hussein subió a un jeep y se reunió con ellas. Al bajar del jeep, vio que le apuntaban con un revólver: se salvó porque fue más rápido que el otro en disparar. Va siempre con un Colt 38 en el cinto y cuando se acuesta lo pone bajo la almohada. Porque éste es el hecho más extraordinario de Hussein: cuanto más está su vida en peligro, más la expone. El día en que llegué a Amman vi en la pista a un joven robusto y bigotudo que se parecía mucho a Hussein. Ayudaba a una joven y a dos niños a subir a un avión de línea que se dirigía a Londres. Luego, subió a un «Mercedes» aparcado junto a la verja, se puso al volante y partió solo por la carretera que lleva a la ciudad. Exclamé: «¡Aquel de allí parece Hussein!» Y alguien me contestó: «Sí, es Hussein. Va siempre sin escolta, indefenso». Resulta incluso absurdo subrayar que es valiente. Lo es de forma temeraria e irritante. En 1967, cuando los israelíes avanzaron sobre Jordania, fue el único jefe de Estado que se trasladó al frente. Solo, en su jeep. Sus soldados huían y él seguía adelante, a tiro de las bombas y de los morteros. En el pasado enero, cuando los israelíes cruzaron el límite de El Sifa y atacaron con cincuenta carros armados, corrió allí para seguir de cerca la batalla. Ciertas cosas las hacían los guerreros del pasado; hoy ni siquiera los generales participan en los combates. Hay que sacar la conclusión de que el peligro físico le gusta. E insisto en la palabra físico, que es su gran limitación. Como en los toros. Los mismos deportes que practica representan únicamente un peligro físico. Le divierte tirarse en paracaídas,

apagar los motores del helicóptero y dejarlo caer para recuperar el control en el último momento, correr con su «Porsche» hasta más de 300 kilómetros por hora y hacer arriesgadas acrobacias con su Jet Hawker Hunter. Hace algún tiempo le gustaba disfrazarse de taxista e ir a buscar clientes, de noche, por las calles de Amman, para preguntarles qué pensaban del nuevo rey llamado Hussein.

El rey no materializaba en ningún gesto especial todo lo que acabo de decir. Por el contrario, su aspecto era cordial y su sonrisa desenvuelta. Lo fue desde el momento en que me abrió la puerta de par en par y me estrechó la mano preguntando si me sentía bien en Jordania y si alguien me había molestado. Si esto sucedía, que le informara inmediatamente. Es evidente a quién se refería. Su tono era el de un dueño de casa que desea recordar que el amo es él y no otro a quien hayamos encontrado antes. Aclarado esto, el rey me ofreció un cigarrillo jordano que se apresuró a encender, bromeando sobre la frase con que había demostrado mi ignorancia del protocolo. «Me han recomendado que me dirija a usted con el tratamiento de Su Majestad, y es la segunda vez que se me olvida..., Majestad». «Déjelo», contestó. «Hoy en día un rey no es más que un empleado del Estado y no me parece propio el ceremonial. Yo no lo uso nunca.» Es cierto, si se recuerda que a los periodistas los recibe a veces en mangas de camisa, que vive en una pequeña villa de pocas habitaciones y con escasos criados, y que su mujer, Muna, era quien cocinaba. En aquel entonces su mujer era Muna, la dulce ex mecanógrafa inglesa que antes de casarse con él se llamaba Tony Gardiner. En aquellos tiempos, y engañándola con mil aventuras, Hussein la amaba. Parece que en el origen de este amor estaba la sencillez de una mujer que no se avergonzaba de hacerle la comida y que rechazaba el título de reina, aceptando muy a su pesar el de princesa. Nadie sospechaba, pues, que la pudiese repudiar dos años más tarde, sustituyéndola por una mujer más joven y más hermosa. La vida familiar era como la de cualquier pequeño burgués contrario al divorcio.

Pregunté al rey si podía empezar la entrevista. Asintió y en aquel momento desapareció su desenvoltura. La voz que antes había sonado masculina, autoritaria, se apagó y se convirtió en un cortés bisbiseo: «Por favor, puede empezar». Esto me indujo a considerar una eventualidad que ni siquiera había sospechado: que fuese tímido. Lo es. Del mismo modo que lo son los toros de lidia cuando descubren que no les van a hacer daño y, sorprendidos y confusos, retroceden doblando el cuello. Y esto sorprende. Sin embargo, no sorprende el instinto con que la fiera previene los golpes, la serpentina habilidad con que los para. De hecho, si la educación del rey es occidental (no olvidemos que Hussein estudió en un colegio suizo y fue educado por Glubb Pachá, el inglés que le revitalizó el ejército), su sangre es árabe al mil por cien, imbuida de astucia y de tortuosidad. A mi primera pregunta apretó las mandíbulas, sus brazos se estremecieron con un imperceptible temblor y esta actitud se repitió varias veces en el curso de nuestra conversación. También cada vez que le preguntaba algo particularmente incómodo. No le gusta que le entrevisten y, por ello, la mía no fue una gran entrevista. Me había prometido cuarenta minutos. Cuando hubieron transcurrido cuarenta y cinco, guardó el reloj y ocultando a duras penas su alivio, susurró: «Lo la

mento, pero hemos de terminar. Tengo otro asunto pendiente». No hubo forma de tenerle más tiempo. Nos despedimos en la puerta con la promesa de completar la entrevista algunos días más tarde. No lo volví a ver más.

Tal vez porque no quería reanudar una conversación en la que sabía que no había sido sincero. O porque lo que me había dicho de los palestinos era una inmensa mentira. Desde el sillón en que casi desaparecía se había mostrado tan solidario con ellos, tan tolerante y tan deseoso de paz. Masticaba las palabras con la misma insistencia con que se mastica un chicle. Luego, cinco meses más tarde, Hussein lanzó a sus beduinos contra los fedayn y los diezmó en un espantoso baño de sangre; la matanza que hoy se llama Septiembre Negro. Los fedayn se defendieron. La batalla duró algunos días. Pero inútilmente. Les habían cogido demasiado por sorpresa y no tenían ninguna posibilidad frente a un ejército entero. Hasta en los campos de refugiados hubo miles de muertos. Quien vio a estos muertos dijo que las tropas de Hussein habían actuado sin piedad. A algunos les habían cortado los genitales, las piernas, los brazos, después de haberlos atado. A otros los habían decapitado. Y entre las víctimas había ancianos, niños... Una sucia, sucísima historia. Toda la sociedad civil reaccionó con disgusto, condenando a Hussein. Y muchos consideraron que con este gesto había exasperado la situación, que de ahora en adelante iría cada vez peor. No se equivocaron porque los supervivientes se refugiaron en el Líbano y allí recuperaron sus fuerzas redoblando el terrorismo, imponiéndoselo cada vez más a Europa, incluso a los países que miraban hacia ellos con amistad y comprensión, con carnicerías como las de Munich, Fiumicino, Zurich. ¿Debo despreciar a Hussein por haberme mentado? No lo sé, diría que no. Quien es dirigente de un país atormentado como el suyo, no puede, desde luego, revelar su estrategia al enemigo, y mucho menos puede confiarse a un periodista. Si su sistema para librarse de los fedayn se basaba en una traición imprevista y en una matanza insospechada, no tenía otra elección que mentirme. Pero mintió demasiado bien y aquella mentira define al hombre que es trágico pero también falaz. Trágico por destino, falaz por necesidad. ¿Quién querría estar en el lugar de Hussein?

ORIANA FALLACI.— *¿Quién manda en Jordania, Majestad? En los controles paran los fedayn, en las fronteras atacan los fedayn, en los pueblos deciden los fedayn. Ya no es paradójico afirmar que han constituido un Estado dentro de su Estado.*

HUSSEIN DE JORDANIA.— Hay muchas cosas que no marcan. Lo sé. Excesos, tomas de posición que no puedo permitir y que, a veces, provocan enfrentamientos. He hablado, de ello con sus jefes, largamente, les he citado los acuerdos que se habían comprometido a respetar y que a menudo no han respetado: Jordania es un Estado so-

berano. Y Jordania es el país que paga las represalias de los israelíes. A estas palabras mías, sus jefes han reaccionado como personas razonables y estoy convencido de que algunas cosas van a cambiar. Pero estamos lejos de poder decir que todo marcha como quisiéramos. Sin embargo..., cuando se me pregunta por qué no detengo a los fedayn, por qué no echo a los fedayn... contesto: no los detendré, no los echaré. No porque no pueda, sino porque no quiero. No es cierto que yo sea prisionero de los fedayn; esto lo dice la propaganda israelí. No es cierto que yo no pueda controlarlos. Lo cierto es que no quiero controlarlos, porque tienen todo el derecho a combatir, a defenderse. Sufren desde hace veinte años y los israelíes están ocupando su tierra. Esa tierra es también territorio jordano, ¿quién, sino Jordania, debe ayudarles? No olvidemos que gran parte de mi pueblo es palestino, no olvidemos que la tragedia de los refugiados es aquí más evidente que en otra parte. Debo estar con ellos.

Pero ellos no están con usted, Majestad. No me ha parecido que los fedayn sientan especialmente amistad para con usted. A menudo, me han parecido más bien hostiles.

Cuando los hombres son víctimas de un abuso y sienten rabia en su corazón, sus actos tienen consecuencias incontrolables. Esto me entristece, pero no me desanima. Llegaremos a un acuerdo; sus jefes no son tontos y yo soy optimista. Es una cuestión lenta y, a veces, penosa. Pero en la vida hay que elegir y después tener fe en lo elegido. Yo elegí aceptar a los fedayn y tengo fe en mi elección, incluso aunque mi posición pueda parecer quijotesca o ingenua... algún día conseguiremos llegar a una solución de paz.

Majestad, ¿de veras cree usted en una solución pacífica?

Sí, creo en ella. Siempre he aceptado la solución ofrecida por el Consejo de Seguridad de la ONU, siempre he luchado por ella y todavía lo hago. Mi postura es clara: digo y repito que lo que los israelíes tienen que hacer es retirarse de los territorios ocupados en 1967. No hay otro modo de conseguir la paz. Pero los israelíes no quieren retirarse, no quieren la paz.

Aceptando la solución del Consejo de Seguridad, usted reconoce a Israel el derecho a la existencia. O sea, no niega que Israel sea una realidad histórica e ineliminable.

No, no lo niego. Aceptar esa solución implica el reconocimiento de Israel. Y significa que creo en la posibilidad de vivir en paz con Israel.

Pero ¿esto es exactamente lo contrario de lo que quieren los fedayn, Majestad! Los fedayn quieren destruir Israel, no reconocen su derecho a la existencia. Los fedayn consideran enemigo, incluso traidor, a cualquiera que acepte la resolución del Consejo de Seguridad de la ONU. Rechazan todo compromiso pacífico, no prescinden de la guerra, exigen la guerra. Majestad, ¿cómo puede conciliarse su posición con la de los fedayn?

En apariencia son posiciones inconciliables, pero estoy seguro de que tarde o temprano los fedayn acabarán por convencerse de que es preciso llegar a un compromiso pacífico porque también otros Estados árabes les convencerán de esta necesidad. Y, además, pensándolo bien, no hay tanta diferencia entre mi búsqueda de paz y su voluntad de guerra. En Occidente esto puede parecer paradójico, pero para nosotros que tenemos una mentalidad más elástica, no existe tal paradoja: tanto yo como los fedayn queremos ver reconocidos nuestros derechos. Y yo no aceptaré nunca una paz en la que no reconozcan nuestros derechos, sus derechos. Yo le aseguro que si Israel aceptase la solución del Consejo de Seguridad, cesarían los ataques de los comandos; éstos no tendrían razón de existir. Es la obstinación de los israelíes la que provoca la existencia de los comandos y no viceversa.

Permítame que disienta, Majestad. A los fedayn no les basta con que los israelíes retiren las tropas de los territorios ocupados. Si los israelíes retirasen las tropas, los fedayn continuarían con los ataques. Por esto los israelíes no se retiran.

Yo debo creer, quiero creer, que no sería así. Yo debo creer en la paz; alguien debe creer en ella...

Majestad, hablando del Estado palestino que quieren instaurar, los jefes fedayn repiten que comprenderá el territorio de la orilla izquierda del Jordán: el West Bank. ¿No pertenece este territorio al reino de Jordania?

Sí, pero está completamente habitado por palestinos: es Palestina. Y es normal que los palestinos quieran reivindicar su posesión tarde o temprano. Y, para mantener la fe en mi elección, también es normal que yo no me opongá. Cuando llegue el momento preguntaré a los palestinos del West Bank si quieren seguir formando parte de Jordania o ser independientes. Les diré: decidid vuestro futuro. Luego aceptaré lo que decidan.

Pero, entonces, de Jordania... ¿qué quedará?

Quedará... lo que quede. Sí, sé muy bien que el West Bank es el territorio más fértil de Jordania; ocupándolo, los israelíes nos han causado un perjuicio económico inmenso. Pero de nuevo se impone la necesidad de una elección: los intereses o la conciencia. Cuando un rey, en suma, un jefe de Estado, afirma reconocer el derecho a la autodeterminación de los pueblos, debe aplicar esto hasta el fondo. Es muy fácil ser liberal de palabra y muy difícil serlo de hechos. Cuando esta guerra haya terminado, Jordania será el país que habrá pagado más cruel y amargamente.

Esta parte de Jordania a la cual está dispuesto a renunciar comprende Jerusalén, Majestad.

Sí..., pero Jerusalén no debería ser nunca propiedad privada de nadie. Jerusalén es tan sagrada para los musulmanes como para los cristianos o los hebreos. Sobre este punto todos los árabes estamos de acuerdo. El problema inmediato es que también los israelíes se den cuenta de ello y reconozcan nuestros derechos sobre la parte árabe de Jerusalén. Y no pretendan anexionarla a Israel. Usted subraya las futuras disidencias en el mundo árabe y olvida que únicamente los israelíes quieren aplastarnos con su expansionismo.

Majestad, estas disidencias no pertenecen al futuro, pertenecen al presente. La unidad árabe no existe; se ha visto en Rabat.

La conferencia de Rabat no sirvió para nada, pero yo he sabido siempre que la unidad árabe no se consigue alrededor de una mesa, reuniendo en una sala a los dirigentes de los diversos Estados árabes. La unidad se consigue sólo a través de contactos separados entre Estado y Estado, lentamente, pacientemente. Nosotros y Siria, nosotros y Egipto... He ido varias veces a Egipto, y volveré muchas más porque cada encuentro es más fructífero de lo que se pueda creer. Las aristas se liman, los detalles se aclaran...

¿También con Egipto, con Nasser? Y, a propósito de Nasser: siempre era usted quien iba a verle, Majestad. Nunca Nasser vino a verle a usted. ¿Es lícito sacar conclusiones de ello?

Viaja quien menos miedo tiene de viajar. Algunos temen al avión porque tienen demasiado apego a la vida. Digamos que a mí el avión no me preocupa y que no me da miedo viajar para buscar amigos.

¿Ni siquiera cuando los amigos intentan derribarle como sucedió con aquellos Mig sirios? ¿Me equivoco, Majestad, o son siempre sus amigos árabes como Nasser los que quieren matarle?

No quiero hablar de esto... No hay necesidad de hablar de esto... Los árabes son mis aliados, mis amigos...

Lo sé, Majestad. Pero los italianos tenemos un proverbio que en su caso se aplicaría así: de los enemigos me guarde Dios, de los amigos me guardo yo. De hecho, cuando va a visitar a sus amigos siempre lleva una pistola. ¿Está seguro de que eso basta para garantizar su seguridad?

Los occidentales siempre temen que me asesinen. La primera cosa que me preguntan es: ¿no tiene usted miedo de que le maten? No, ni siquiera pienso en ello. Lo juro. He visto la muerte de cara tantas veces que ahora estoy tan acostumbrado al riesgo como al día o a la noche. Por lo demás, si me dejara obsesionar por la idea de la muerte, no volvería a salir de casa y ni siquiera en ella me sentiría seguro. Soy un árabe, creo en la fatalidad: que se haga la voluntad de Dios y lo que haya de suceder, sucederá.

Todos los que se divierten con el riesgo físico hablan de fatalismo, Majestad.

No, no es cierto que el riesgo me guste: a ninguna persona inteligente le gusta jugarse la vida. Pero el riesgo se ha convertido para mí en el elemento natural en que vivo: como el agua para un pez. Un pez ni se da cuenta de que vive en el agua porque no podría vivir de otra manera. Me gusta el deporte, es cierto, y el deporte ofrece siempre un margen de riesgo, o no es deporte. Pero no lo hago por esto, lo hago porque tengo necesidad de moverme, de hacer ejercicio. Una vez me preguntaron si la mayor cualidad que admiro en un hombre es el valor. Dudé mucho antes de contestar que sí. Ciertamente admiro el valor; un hombre sin valor no es un hombre. Pero el valor físico no basta si no va acompañado de la inteligencia y lo que yo más admiro en un hombre es la inteligencia. Sólo con ella se resuelven las cosas, y con decisión.

Ni siquiera con inteligencia, Majestad. Su caso lo demuestra. Majestad, usted me ha hablado antes de hermosos proyectos, pero yo quisiera replicarle con una pregunta realista: ¿nunca ha llegado a no poder más, a soñar un sueño más práctico y mandarlo todo al diablo y retirarse a vivir en paz?

Sí..., me temo que sí. Hay días en que un hombre de mi oficio lo piensa de verdad. Se despierta por la mañana y dice: basta... Cada mañana es un dilema: continuar o no. Y cada mañana acabo por resolver el dilema diciéndome a mí mismo: continuar, tienes que continuar. Mire, yo no nací para el oficio de rey. Cuando era niño y la perspectiva de convertirme en rey quedaba muy lejos porque sabía que, muerto el abuelo, el reino pasaría a mi padre, yo pensaba elegir una profesión. Dudaba entre la profesión de abogado y la de piloto. El estudio de la ley es bellissimo si se cree en la ley como yo creo. Y, además, la ley es una búsqueda de todos los porqué. Yo hubiera sido un buen abogado, lo sé. El juego dialéctico de lo justo y lo injusto, de la razón y el error... Sí, era aún mejor que el ser piloto. Aunque pilotar para mí es una felicidad inimaginable: los espacios abiertos, la tecnología... Cuando manejo mi avión jamás permito que el segundo piloto toque los mandos. Sin embargo, el abuelo murió tan pronto y... mi padre enfermó, y a mí me tocó ser rey. Muy joven. Diecisiete años. Pocos, demasiado pocos. Si supiese lo duro que fue para mí. No sabía nada y me equivocaba, me equivocaba... Me equivoqué durante muchos años. He aprendido muy tarde.

Y cuando hubo aprendido, ¿le gustó, Majestad? Hagamos la pregunta en términos más brutales y honestos: hoy por hoy, ¿cree que valga la pena, Majestad?

Es una respuesta difícil, embarazosa. Ya le he dicho que no elegí este oficio de rey y que, si hubiese podido, tal vez no lo hubiera elegido. Porque ser jefe de Estado es una condena de duración limitada, ser rey es una condena de por vida. Yo no debo plantearme el problema de si me gusta; debo plantearme el problema de hacerlo aunque no me guste. En cualquier trabajo hay días de cansancio, de náusea; y si cediésemos a ellos, seríamos como los desplazados que cambian continuamente de trabajo y acaban por hacerlos todos mal. No, mientras mi pueblo me quiera, o mientras esté vivo entre un pueblo que me quiera, nunca abandonaré mi oficio de rey. Me lo he jurado a mí mismo antes que a los demás. Y no sólo por una cuestión de orgullo, créame. Porque amo esta tierra mía y pienso que abandonarla para vivir en la Costa Azul sería una vileza, una traición. Por tanto, me quedo. Valga la pena o no. Cueste lo que cueste. Estoy dispuesto a enfrentarme a cualquiera; a cualquiera que intente echarme.

Amman, abril 1972

Indira Gandhi

Aquella mujer increíble que gobernaba sobre casi quinientos millones de seres y que además había ganado una guerra frente a los Estados Unidos y China. Se decía: nadie conseguirá echarla del trono que, democráticamente, ha conquistado. Algunos decían que durante veinte años seguiría siendo primer ministro de la India y, puesto que había rebasado la cincuentena en fechas recientes, podía estar en el cargo toda la vida. En el fondo, era la única verdadera reina de nuestro tiempo. O una de las escasas personalidades del poder en una época avara de esta clase de personalidades. Fijémosnos bien en los líderes que tienen en sus manos el destino del mundo: salvo dos o tres casos, parecen los apóstoles de lo gris y de lo mediocre. Entre ellos, Indira destacaba como un caballo de raza. Además, estaba acostumbrada. ¿Acaso había perdido alguna vez?

Comprenderla resultaba una empresa inquietante. Su personalidad escapaba a cualquier tentativa de fijarla en un color o una forma precisa. Era demasiadas cosas juntas y con demasiados contrastes entre ellas. A muchos no les gustaba. Y la definían como arrogante, cínica, ambiciosa, despiadada. La acusaban de vaguedad ideológica, de doble juego, de demagogia. En cambio, a otros les gustaba hasta el enamoramiento. Y la definían como fuerte, valerosa, generosa, genial. Exaltaban su buen sentido y su equilibrio, su honestidad. Entre aquellos a quienes no gustaba solían estar los hombres. Entre aquellos a quienes gustaba, solían estar las mujeres. Era duro ser hombre y aceptar la frase que circulaba por la India: «She wears the trousers all right. Sabe llevar los pantalones». En otras palabras, es imposible ser mujer y no sentirse rescatada, reivindicada en su elefantino éxito que desmentía todas las trivialidades con que se justifica el patriarcado y el predominio masculino en cualquier sociedad. Pero ¿tenían razón unos? ¿La tenían los otros? Tal vez la tuvieran ambos. Como sucede siempre con las grandes figuras de la historia destinadas a juicios contradictorios aun después de muertas, la verdad estaba de entrambas partes. Y de todas maneras, para gobernar un país, y sobre todo un país que se llama India, tan discutido, tan complejo, no hay que ser santo. Diga lo que diga Henry Kissinger («La inteligencia no sirve para ser jefe de Estado. Lo que cuenta en un jefe de Estado es la fuerza. El valor, la astucia y la fuerza»), para gobernar un país como la India hay que ser inteligente. Ella no era santa, desde luego: en todos sentidos sabía beber en el vaso de la vida. Pero inteligente sí lo era. Lo demuestra, por ejemplo, esta entrevista. Hacerle una entrevista era más fácil que comprenderla. No porque la entrevista fuese fácil sino porque, si la aceptaba, se comportaba con una sorprendente ausencia de altivez. Hablaba largamente, sin hacerse rogar. Respondía incluso cuando no podía o no hubiera debido, pero siempre escudándose en frases que ni negaban ni admitían: a la manera de un oráculo que da sentencias sibilinas. Me refiero a los discursos políticos. En cambio, en las cuestio-

nes personales, era espontánea. No ocultaba nada, se desnudaba: con voz acariciadora, modulada, agradabilísima. También su rostro era agradable. Hermosos ojos avellana algo tristes y una sonrisa extraña, indulgente, enigmática, que despertaba curiosidad. No se parecía a nadie, ni en sus rizos negros que en la parte izquierda culminaban en una rara mecha gris, como un relámpago de plata. El cuerpo era esbelto, diminuto. Lo vestía sólo con saris combinados con chaquetillas occidentales. Había en ella mucho de occidental. Hasta en los momentos en que parecía anclada a una ancestral sabiduría, rebosaba de ideas modernas. Adviértase lo que respondió a mi pregunta sobre la religión. Cuando se es el jefe del pueblo más religioso del mundo, se necesitan agallas para decir que no se cree en los dioses sino en el Hombre.

Se la escuchaba teniendo muy en cuenta que no era una mujer corriente con un destino corriente y un pasado corriente. Ante todo era la hija de Jawarhalal Nehru y, además, discípula del Mahatma Gandhi: las dos leyendas que osaron desafiar al imperio británico y que aceleraron su desaparición. A su sombra creció, se educó y formó. Y si hoy a Nehru se le cita como al padre de Indira, hasta ayer se conocía a Indira como hija de Nehru. Si hoy el nombre de Gandhi crea confusiones con el apellido de Indira (el apellido era el del marido, que no tenía parentesco con Gandhi), hasta ayer Indira debía parte de su popularidad al hecho de llamarse Gandhi. Su caso es el de la persona nacida entre seres excepcionales en tiempos excepcionales. La familia Nehru nadaba en la política desde hacía generaciones. Un abuelo había sido uno de los fundadores del Congreso, el partido al que Indira pertenece. Los padres formaban parte del comité ejecutivo, y también una tía, aquella Vijav Lakshmi Pandit que sería la única mujer llamada a presidir la ONU. De pequeña, Indira no sólo tiraba de los bigotes al Mahatma, sino a todos los hombres importantes que construyeron la India. La lucha por la independencia se desarrolló ante sus ojos; su primera escuela de vida fue la policía que llegaba de noche para arrestar. Se cuenta que, luego, abría la puerta a los amigos y decía: «Lo siento, no hay nadie. Mi padre, mi madre, el abuelo, la abuela y la tía están en la cárcel». Por esto a los ocho años la mandaron a estudiar a Suiza. Pero volvió a los trece años y fundó un cuerpo de guerrilleros infantiles: la Monkey Brigade. Seis mil niños que no siempre se limitaban a jugar a la guerra, sino que atacaban, a veces, los cuarteles ingleses. Guiados por ella. De esta época son las cartas que Nehru le escribía desde la cárcel: «Luna mía, ¿recuerdas cómo te fascinaba Juana de Arco y cómo querías parecerle a ella? Pues bien, en la India estamos haciendo la historia como en la época de Juana de Arco. Tú y yo hemos sido lo bastante afortunados para vivirla...» Hoy estas cartas están recopiladas en dos libros que se usan en las escuelas.

También ella estuvo en la cárcel. Durante trece meses que, según la sentencia del tribunal, tenían que haber sido siete años. Estuvo con su marido. Había vuelto a Europa para frecuentar el Somerville College de Oxford, se había inscrito en el partido laborista y había conocido a un joven abogado de Bombay: Ferozi Gandhi. También estaba metido en política hasta el cuello. Se casaron en Delhi en febrero de 1942. Seis meses después las autoridades británicas les habían arrestado a ambos con la excusa de

subversión y éste había sido el principio de un matrimonio difícil y, ciertamente, no feliz. En 1947, cuando Nehru se convirtió en primer ministro, Indira se fue a vivir prácticamente con el padre, que era viudo y necesitaba una mujer a su lado. Ferozi Gandhi nunca soportó tal elección. Se opuso a ella hasta el día en que murió, en 1960, de infarto cardíaco. Pero no lo demostró. Impulsada también por los resentimientos, por las excesivas atenciones que, se dice, Ferozi dedicaba a otras mujeres, durante diecisiete años Indira estuvo con el padre más que con el marido. La llamaban la «primera dama de la India», «la hija de la nación». Junto al padre viajaba, recibía a jefes de Estado, presidía reuniones. En 1956 ingresó en el comité ejecutivo del partido. En 1958 se convirtió en presidente del partido equiparada a los hombres que había admirado cuando niña. A la muerte de Nehru, en 1964, parecía inevitable que ocupara su puesto. Y en las elecciones de 1966, lo ocupó, llevándose 355 votos contra 169. Luego, en las elecciones de 1970 redobló el triunfo. Su biografía política tiene muchos puntos de contacto con la de Golda Meir, que también llegó al poder a través de la carrera en un partido. Pero el paralelo entre Golda e Indira no termina aquí, porque también Golda tuvo un matrimonio infeliz y también Golda sacrificó al poder al marido a quien amaba y con el que había tenido dos hijos. Sus vidas confirman con fría exactitud lo difícil que es para una mujer de talento realizar su talento y salvar al mismo tiempo su felicidad. *Más que difícil, es imposible hasta la tragedia.* Paradójicamente, la fatiga y la injusticia de ser mujer nos viene precisamente demostrada por dos mujeres que han alcanzado la cima de la pirámide. Duele rabiosamente descubrir que un hombre con un destino puede seguirlo sin renunciar a la familia, al amor. Una mujer, no. Para ella no pueden coexistir ambas cosas. *O coexisten sólo en la tragedia.*

Entrevisté a Indira Gandhi en su oficina del palacio del gobierno. La misma oficina que había sido de su padre: grande, fría y sin adornos. Se sentaba, pequeña y diminuta, tras una desnuda mesa de despacho. Cuando entré, se levantó y salió a mi encuentro para darme la mano, luego se sentó de nuevo y cortó todo preámbulo con una mirada que quería decir: adelante con la primera pregunta, no perdamos tiempo, yo no tengo tiempo que perder. Al principio contestaba con cautela. Luego se abrió como una flor y la conversación fluyó sin tropiezos, en una recíproca simpatía. Estuvimos juntas más de dos horas y, terminada la entrevista, salió conmigo del despacho para acompañarme al taxi que me esperaba en la calle. A lo largo de los corredores y al bajar por las escaleras me cogía del brazo como si me conociese de siempre y me hablaba de cosas sin importancia, contestando con gesto distraído a los saludos de los funcionarios. Tenía un aspecto cansado aquel día, y de repente exclamó: «En el fondo no la envidia y no quisiera encontrarme en su lugar». Me contestó: «El problema no está en los problemas que tengo, está en los idiotas que me rodean». Cuarenta y ocho horas después, habiendo encontrado algunas lagunas en la entrevista, quise volver a verla y, sin recurrir al ceremonial, me trasladé a su casa: una modesta villa que comparte con sus hijos Rajiv y Sanjiv. Nadie es más accesible que Indira Gandhi cuando está en su casa y ello se advierte por las mañanas cuando recibe a la gente que se di-

rige a ella con peticiones, protestas, coronas de flores. Pulsé el timbre, la secretaria acudió a abrir y le pregunté si la primer ministro podía regalarme otra media hora. La secretaria me contestó: «Voy a ver», se alejó y volvió con Indira. «Adelante. Acómódese. Tomaremos un té.» Nos acomodamos en la terraza que da al jardín y charlamos durante una hora. Entre otras cosas que le pregunté, me dijo que Rajiv se había casado con una italiana y era piloto de las Indian Airlines y que Saniav, el segundo génito, era diseñador de automóviles y aún estaba soltero. Luego llamó a un hermoso niño moreno que jugaba en el césped y, abrazándolo tiernamente, susurró: «Este es mi nieto, éste es el hombre que más amo en el mundo». Hacía un efecto extraño contemplar a esta poderosísima mujer abrazada a un niño. Te traía a la memoria la injusticia que he dicho, la soledad que oprime a todas las mujeres que luchan por defender su propio destino.

La entrevista con Indira tuvo consecuencias. Bhutto la leyó, se encolerizó y, celoso, me mandó llamar para que le escuchase también a él. Pero ésta es otra historia que contaré después, en el capítulo de Bhutto. Y es una pequeña historia dentro de la Historia. La historia que importa, en realidad, es la caída de Indira. Sucedió de improviso, cuando esa mujer increíble creía poder imponer su personalidad en una época que no puede permitirse el depender de un individuo exclusivamente. Pisó una piel de plátano, patinó y terminó: era inevitable.

ORIANA FALLACI.— Señora Gandhi, son muchas preguntas la que quiero hacerle, personales y políticas. Las personales se las haré después cuando haya comprendido por qué tanta gente tiene miedo de usted y la define como fría, gélida, dura...

INDIRA GANDHI.— Dicen esto porque soy sincera. Demasiado sincera. Y porque no pierdo el tiempo con floridas charlas como se hace en la India, donde la primera media hora se va en cortesías «¿Cómo está usted, cómo están sus hijos, cómo están sus nietos, et cétera?» No me gustan estas florituras. Y las cortesías, si acaso, las reservo para cuando el trabajo está hecho. Pero en la India esta actitud mía nunca ha parecido bien y cuando digo: «Vamos al grano rápido», se lo toman mal. Y piensan que soy fría, gélida, dura. Hay también otra razón ligada a mi franqueza: no finjo. No sé fingir, me muestro siempre como soy, del humor en que estoy. Si estoy contenta me muestro contenta, si estoy enojada también lo demuestro. Si me preocuparme de la reacción de los demás. Cuando se ha tenido una

vida difícil como la mía, no preocupa la reacción de los demás. Y ahora, dispare. Puede preguntarme lo que quiera.

Muy bien. Empezaré por la pregunta más violenta. Usted ha ganado una guerra. Pero somos muchos los que consideramos esta victoria como una victoria peligrosa. ¿De veras cree que Bangla Desh sea el aliado que esperaba? ¿No teme que más bien pueda revelarse como una carga bastante incómoda?

Mire, la vida está siempre llena de peligros y yo no creo que los peligros se deban evitar. Creo que se debe hacer lo que se crea justo. Y si lo que se cree justo comporta un peligro..., bien: hay que arriesgarse al peligro. Siempre ha sido ésta mi filosofía; nunca he pensado en las consecuencias de un gesto necesario. Las consecuencias las examino después, cuando llega la nueva situación; entonces examino la nueva situación. Eso es todo. Usted dice que esta victoria es peligrosa. Yo digo que, hoy por hoy, nadie puede decir todavía que sea peligrosa y no veo, hoy por hoy, los riesgos a los que alude. Pero si estos riesgos se convirtieran en realidad..., actuaré según la nueva realidad. Espero que suene como una frase positiva. Quiero contestarle de manera positiva. Quiero afirmar que habrá amistad entre Bangla Desh y nosotros. Y no amistad unilateral, como es obvio: nadie hace algo por nada, todos tienen algo que dar y algo que tomar. Si le ofrecemos algo a Bangla Desh, es evidente que Bangla Desh nos ofrece algo a nosotros. Y ¿por qué Bangla Desh no ha de estar en condiciones de cumplir las promesas hechas? Económicamente le sobran recursos, y puede ponerse en pie. Políticamente, me parece dirigido por gente preparada. Los refugiados que estaban aquí van volviendo a casa...

¿De veras vuelven?

Sí. Han vuelto ya dos millones.

Dos millones sobre diez. No son muchos.

No, pero deles tiempo. Vuelven aprisa. Bastante aprisa. Estoy satisfecha. Más de lo que imaginaba.

Señora Gandhi, cuando aludía a los peligros de su victoria no me estaba refiriendo sólo a Bangla Desh. Me refería también a Bengala occidental, que es la India, y que ahora se mueve por su independencia. He oído a los nassaliti en Calcuta... Y hay una frase de Lenin que dice: «La revolución mundial pasará por Shangai y por Calcuta».

No. No es posible. Y ¿sabe por qué? Porque en la India ya está sucediendo una revolución. Las cosas están cambiando aquí: pacífica y democráticamente. El peligro del comunismo no existe. Existiría si hubiera un gobierno de derechas en lugar del mío. Los comunistas crecieron en la India cuando el pueblo pensó que mi partido se desviaba hacia la derecha. Tenían razón: ante tal amenaza no les quedaba otro remedio que lanzarse a la extrema izquierda. Pero ahora que el pueblo se ha dado cuenta de nuestros esfuerzos, ahora que ve cómo se resuelven los problemas, los comunistas van perdiendo fuerza. En cuanto a los nassaliti de Bengala occidental, están completamente bajo control y estoy segura que los de Bangla Desh también acabarán controlados. No, no espero disgustos.

En Bangla Desh ya les han dado algunos disgustos. Yo he visto linchamientos espantosos en Dacca, después de la liberación. ¿Qué piensa de ello?

Sucedieron en los cinco primeros días y han sido pocos en comparación con las matanzas que han hecho los otros, en comparación al millón de criaturas que los otros han matado. Ha sido un episodio desgraciado, es cierto, y nosotros hemos tratado de impedirlo. ¡Si supiera cuánta gente hemos salvado! Pero no podíamos estar en todas partes, no podíamos verlo todo, y era inevitable que alguna cosa se nos escapase. En todas las comunidades hay grupos que se comportan mal. Pero también a éstos hay que comprenderles. Estaban irritados, cegados por el resentimiento. Para ser justos, no hay que considerar lo que usted ha visto en algunos días sino lo que ellos han visto y sufrido durante muchos meses.

Señora Gandhi, usted conoce la acusación según la cual fueron ustedes, los hindúes, los que provocaron esta guerra y atacaron los primeros. ¿Qué contesta a ello?

Contesto admitiendo que, si queremos mirar muy atrás, nosotros ayudamos a los mukti bahini. Por tanto, si se considera todo a partir de esta ayuda, sí: fuimos nosotros los que empezamos. Pero no podíamos hacer otra cosa. No podíamos tener diez millones de refugiados en nuestro territorio, no podíamos soportar una situación tan inestable por tiempo indefinido. La afluencia de refugiados no hubiera terminado: al contrario. Habría continuado y continuado y continuado; hasta que se hubiese producido un estallido. No podíamos controlar la llegada de aquella gente; en nuestro interés había que detenerlos. Esto se lo dije al señor Nixon y a los demás jefes de Estado que visité para

evitar la guerra. Pero si se considera el principio de la verdadera guerra, no hay dificultades en reconocer que fueron los pakistaníes los primeros en atacar. Ellos se lanzaron sobre nosotros con los aviones: a las cinco de aquella tarde, cuando las primeras bombas cayeron sobre Agra. Puedo demostrárselo con el hecho de que fuimos cogidos por sorpresa. El fin de semana es el único momento en que los del gobierno podemos abandonar Delhi y, por tanto, casi ninguno de nosotros estaba allí. Yo había ido a Calcuta, el ministro de Defensa había ido a Patna y de allí se había trasladado a Bangalore, al sur. El ministro de Finanzas había ido a Bombay y estaba a punto de llegar a Poona. El jefe de las fuerzas armadas estaba en otra parte, no recuerdo dónde. Tuvimos que precipitarnos todos a Delhi y por esto nuestras tropas sólo pudieron pasar a la contraofensiva al día siguiente, después de algunas horas. Por esto los pakistaníes consiguieron ocupar algunas zonas. Naturalmente estábamos preparados: sabíamos que algo iba a suceder. Pero sólo estábamos realmente bien preparados para los ataques aéreos. Si no hubiera sido por esto, nos hubiesen echado.

Señora Gandhi, ha aludido usted al viaje que hizo por Europa y Norteamérica para evitar el conflicto. ¿Puede decir ahora la verdad sobre lo que sucedió? ¿Cómo le fue con Nixon?

Emprendí el viaje sabiendo que era como el niño que tapa el agujero del dique metiendo el dedo. Y hay cosas que..., no sé..., no sé si puedo... ¡Pues sí! La verdad es que le hablé claro al señor Nixon. Y le dije lo que les había dicho a los señores Heath, Pompidou y Brandt. Le dije, sin medias palabras, que no podíamos quedarnos con diez millones de refugiados a costas, que no podíamos sostener ulteriormente la mecha de una situación tan explosiva. Pues bien: los señores Heath, Pompidou y Brandt lo comprendieron muy bien. El señor Nixon, no. Si los otros comprendieron una cosa, el señor Nixon comprendió otra. Yo sospechaba que era muy propakistaní. Sabía también que los norteamericanos estuvieron siempre en favor de Pakistán, no tanto por ir en favor del Pakistán como por ir en contra de la India. Pero en los últimos tiempos, había tenido la impresión de que estaban cambiando: no tanto en ser menos propakistaníes sino en ser menos antihindúes. Me equivocaba. Mi visita a Nixon sirvió para cualquier cosa menos para evitar la guerra. Sólo me sirvió a mí: la experiencia me ha enseñado que cuando la gente hace algo en contra tuya, esa cosa se resuelve siempre en tu favor. Por lo menos, puedes usarlo en tu favor.

Es una ley de la vida. Fíjese y observará que es válida en cualquier caso de la vida. ¿Sabe por qué gané las últimas elecciones? Porque le gustaba al pueblo, sí, porque había trabajado duro, sí, pero también porque la oposición se había portado mal respecto a mí. Y ¿sabe por qué he ganado esta guerra? Porque mi ejército la ha sabido hacer, sí, pero también porque los norteamericanos estaban de parte del Pakistán.

No comprendo.

Se lo explicaré. Norteamérica siempre ha creído que ayudaba a Pakistán, pero, si no lo hubiese ayudado, Pakistán hubiera sido un país mucho más fuerte. No se ayuda a un país apoyando un régimen militar que niega todo amago de democracia, y lo que ha derrotado a Pakistán ha sido su régimen militar. El régimen apoyado por los norteamericanos. A veces los amigos son peligrosos. Hay que prestar mucha atención al tipo de ayuda que nos ofrecen los amigos.

¿Y los chinos? También ellos estaban de parte de Pakistán y, si no me equivoco, China es el mayor enemigo potencial de la India.

No. Yo no veo por qué nosotros y los chinos tengamos que ser enemigos. Nosotros no queremos ser sus enemigos. Si ellos lo quieren, no podremos evitarlo; pero no creo que verdaderamente lo quieran porque no creo que, en última instancia, pueda servirles de nada. En cuanto a la actitud que han tomado en esta guerra..., bueno, creo que han sido más hábiles que los norteamericanos. Han intervenido ligeramente; si lo hubieran querido hubiesen podido hacer mucho más por Pakistán. ¿Sí o no? Son los norteamericanos quienes han enviado a la séptima flota al golfo de Bengala, no los chinos. Yo, para no correr riesgos, no saqué las tropas de la frontera china, pero nunca creí en el peligro de una tercera guerra mundial. Naturalmente, si los norteamericanos hubiesen disparado un tiro, si la séptima flota hubiese hecho algo más que pararse en el golfo de Bengala..., sí, habría estallado la tercera guerra mundial. Pero, honradamente, ni se me ocurrió la posibilidad.

¿Qué extraño efecto el de hablar de guerra con usted que ha sido educada en la escuela de la no-violencia, señora Gandhi! Me pregunto cómo se sintió durante estos días del conflicto.

Debe usted considerar que no se trataba de mi primera guerra; he afrontado otras. Y, de todos modos, le voy a contar algo sobre la no-

violencia. Apenas la India se hizo independiente, en 1947, Pakistán invadió Cachemira que en aquel tiempo era feudo de un marajá. El marajá escapó y el pueblo de Cachemira, guiado por el jeque Abdullah, pidió ayuda a la India. Lord Mountbatten, aún gobernador general, contestó que no podía prestar ayuda a Cachemira si Pakistán no le había declarado la guerra, y no pareció preocuparse por el hecho de que los pakistaníes asesinaban a la población. Por tanto, nuestros jefes decidieron firmar un documento por el que se comprometían a entrar en guerra contra Pakistán. Y el Mahatma Gandhi, apóstol de la no-violencia, firmó con ellos. Sí, eligió la guerra. Dijo que no había otra solución. La guerra es inevitable cuando se trata de defender o de defenderse.

La cuestión es que yo me obstino en ver esta guerra como una guerra entre hermanos. También se lo dije al general Aurora y al general Niazi y ambos respondieron: «En el fondo somos hermanos».

No en el fondo: del todo. Los hindúes y los pakistaníes somos literalmente hermanos. Sé que usted se sorprendió porque, después de la toma de Dacca, los oficiales pakistaníes y los hindúes se estrechaban la mano. Pero, ¿se da cuenta de que, hasta 1965, en nuestro ejército y en el pakistaní se podían encontrar generales que eran hermanos? Hermanos de sangre, hijos del mismo padre y de la misma madre. O se encontraba un tío en una parte y el sobrino en la otra, o un primo aquí y un primo allá. Le diré más: en un determinado momento, dos embajadores en Suiza, uno hindú y otro pakistaní, eran hermanos de sangre. ¡La división impuesta por los ingleses fue tan antinatural! Sólo sirvió para dividir familias, para despedazarlas. Recuerdo episodios conmovedores. La gente que emigraba, la que no quería emigrar... Muchos musulmanes no querían abandonar la India para ir a Pakistán, pero la propaganda decía que allí tendrían mejores oportunidades y partieron. Muchos hindúes, en cambio, no querían quedarse en Pakistán, pero allí tenían propiedades o se sentían ligados y se quedaron. Y se convirtieron en nuestros enemigos: ¡qué absurdo! Un absurdo de locura si se piensa que la lucha por la independencia la habíamos hecho juntos, musulmanes e hindúes. Sí, también bajo los ingleses había grupos hostiles. Y hubo enfrentamientos. Pero, lo supe después, fueron enfrentamientos provocados por quienes no tenían interés en hacernos vivir juntos; con vistas a la partición. La política de mantenernos divididos fue la que siempre siguieron los extranjeros, incluso después de la partición. Si hindúes y pakistaníes hubieran estado juntos..., no digo

como países confederados sino como países vecinos y amigos..., como Italia y Francia, por ejemplo,... créame: ambos hubiéramos progresado mucho más. Pero, a lo que parece, no era del interés de «alguno» que nosotros progresáramos. El interés de «alguno» era que nos hiciésemos siempre la guerra, que nos destrozáramos. Sí, me siento inclinada a absolver a los pakistaníes. ¿Cómo tenían que comportarse? Los animaban a atacarnos, le proporcionaban armas para atacarnos. Y nos atacaron.

Bhutto dice que estaría dispuesto a formar una confederación con la India. ¿Qué piensa usted de ello, señora Gandhi?

Bueno... Bhutto no es un hombre muy equilibrado. Cuando habla no se entiende nunca lo que quiere decir. ¿Qué quiere decir ahora? ¿Que quiere que seamos amigos? Nosotros hace tiempo que lo intentamos, lo hemos querido siempre. Y ésta es una cuestión que los occidentales desconocen. La prensa occidental ha subrayado siempre el hecho de que la India era enemiga de Pakistán y viceversa, que los hindúes estaban contra los musulmanes y viceversa. No ha dicho, por ejemplo, que mi partido combate esta actitud desde que fuimos desmembrados en dos países. Desde entonces sostenemos que las hostilidades religiosas son erróneas y absurdas, que las minorías no pueden ser eliminadas de un país, que la gente de distinta religión debe vivir junta. ¿Cómo es posible que en el mundo moderno la gente tenga que matarse por la religión? ¡Son muy otros los problemas de los que debemos ocuparnos hoy en día! Son los problemas de la pobreza, de los derechos del individuo, de los cambios que nos impone la tecnología. ¡Éstos sí que importan, más que la religión! Porque son problemas universales, porque pertenecen en la misma medida al Pakistán y a nosotros. Yo no puedo tomarme en serio al que se desgañita gritando que la religión está en peligro y tonterías parecidas. Y desgraciadamente también en la India hay quienes dicen cosas así. Son los mismos que afirman: «Nunca hubiéramos debido aceptar la existencia del Pakistán. Ahora existe y debemos destruirlo». Pero se trata de algunos locos a quienes la masa no sigue. En la India no prospera la propaganda contra Pakistán. Durante la guerra hubo alguna, naturalmente, pero conseguimos controlarla. Los pakistaníes se quedaban asombrados. Había prisioneros en los hospitales de campaña, que exclamaban: «¿Cómo? ¿Usted es un médico hindú y quiere curarme?» Mire, a Bhutto sólo puedo contestarle que, si sabe lo que dice, dice lo único que se puede decir. Y si no dijera esto, ¿cuál sería su futuro? Se me ha

dicho que Bhutto es ambicioso. Espero que lo sea: la ambición puede ayudarle a ver la realidad.

Un paréntesis, señora Gandhi. Usted no es religiosa, ¿verdad?

Bueno..., depende de a lo que se refiera con la palabra religión. Es cierto que no frecuento los templos y que no rezo a los dioses o cosas por el estilo. Pero si por religión entendemos creer en la humanidad antes que en los dioses, intentar hacer al hombre un poco mejor y más feliz, entonces sí: soy muy religiosa.

Espero que no haya sido una pregunta molesta.

No, ¿por qué?

Ésta, en cambio, sí lo será. Usted ha proclamado siempre una política de no alineamiento, pero el pasado agosto firmó un tratado de amistad indo-soviético. ¿No son contradictorias ambas cosas?

Yo diría que no. Porque ¿qué es el no alineamiento? Significa que no pertenecemos a ningún bloque militar y que nos reservamos el derecho de ser amigos de quien nos plazca, independientemente de la influencia de cualquier país. Todo esto no cambia con la firma del tratado indo-soviético, y los demás pueden decir o pensar lo que quieran: nuestra política no cambiará por medio de la Unión Soviética. Sabemos muy bien que el destino de la India está ligado a la paz del mundo. Pero el tratado existe, dice usted, y nos coloca, respecto a la Unión Soviética, en una posición distinta a la que mantenemos frente a otros países. Sí, el tratado existe. Pero no por una sola parte: observe cómo estamos situados geográficamente y llegará a la conclusión de que la India es muy importante para la Unión Soviética. Respecto a las cuestiones internacionales, el tratado no cambia nada. No nos impide ser amigos de otros países, como, en efecto, lo somos. No nos prohíbe hacer funcionar el no alineamiento, como, en efecto, funciona. Y le aseguro que continuaremos tomando nuestras propias decisiones sin preocuparnos de si les gustan o no a la Unión Soviética, a China, a Norteamérica, a Francia o a quien sea. ¿Quiere saber otra cosa? Un mes después de la firma, alguien preguntó a Chu En-lai qué pensaba de ello. Y Chu En-lai dijo: «No cambia nada. No veo por qué tendría que cambiar nada».

Pero la próxima apertura de una embajada hindú en Hanoi, es un cambio. Usted es presidente de la Comisión internacional de control en el Viet-

nam. ¿Qué significa esto? ¿Que renunciará a formar parte de la comisión o a presidirla?

No lo sé... Si el problema se plantea, desde luego... Pero aún no he pensado cómo resolverlo. Y hablar de esto... Sí, ¿por qué no? Mire, la Comisión internacional de control no hace nada, nunca ha hecho nada. ¿De qué sirve estar o no estar en ella? Lo he pensado mucho antes de abrir la embajada de Hanoi, pero la decisión no ha sido difícil. La política norteamericana en Vietnam es lo que es. En Saigón hay un estado de cosas anormal, y estoy contenta de haber hecho lo que hice.

¿Tienen razón, pues, los que la consideran más a la izquierda de lo que lo había estado su padre?

Yo no veo el mundo dividido entre derecha e izquierda. Y no me importa nada si uno está a la izquierda, a la derecha o al centro. Aunque usemos estas expresiones, y yo misma las uso, han perdido todo significado. No me interesan ni una ni otra patente: sólo me interesa resolver determinados problemas, llegar a donde quiero llegar. Tengo algunos objetivos. Son los mismos que tenía mi padre: dar a la gente un nivel de vida más alto, terminar con la lacra de la pobreza, eliminar las consecuencias del atraso económico. Y quiero conseguirlo. Y quiero conseguirlo de la mejor de las maneras sin preocuparme si la gente califica mis acciones como de izquierdas o de derechas. Es la misma historia de cuando nacionalizamos la banca. Yo no soy partidaria de la nacionalización por la retórica de la nacionalización, o porque vea en la nacionalización la panacea de todas las injusticias. Soy partidaria de la nacionalización en los casos en que es necesaria. Cuando se habló de ello la primera vez, mi partido se dividió en dos corrientes contrarias. Para no dividirlo, sugerí un compromiso: daría un año de tiempo a los bancos para que consiguieran demostrar que la nacionalización no era necesaria. Pasó el año y nos dimos cuenta de que no había servido para nada, que el dinero continuaba yendo a parar a manos de los ricos industriales o de los amigos de los banqueros. Conclusión: hay que nacionalizar la banca. Y la nacionalizamos. Sin considerarlo como un gesto socialista o antisocialista, sino un gesto necesario. Quien nacionaliza sólo para ser considerado de izquierdas, para mí, es un insensato.

Pero usted ha utilizado en muchas ocasiones la palabra socialista.

Sí, porque es la más parecida a lo que yo quiero hacer. Y porque en

todas las sociedades que han aplicado una forma de socialismo se ha conseguido un cierto grado de igualdad social y económica. Pero también la palabra socialismo tiene, hoy, muchos significados e interpretaciones. Los rusos se definen socialistas, los suecos se definen socialistas... Todos se definen socialistas. Y no olvidemos que, en Alemania, también hubo un nacionalsocialismo.

Señora Gandhi, ¿qué significa para usted la palabra socialismo?

Justicia. Sí, significa justicia. Significa intentar trabajar por una sociedad más igualitaria.

Pero en sentido pragmático, libre de ideología.

Sí. Porque ¿de qué sirve permanecer ligado a una ideología si a través de ella no se consigue nada? Yo también tengo una ideología: no se puede trabajar en el aire, hay que tener fe en algo. Como decía mi padre: hay que tener una mente abierta, pero hay que meter dentro alguna cosa, si no las ideas se escapan como arena entre los dedos. El hecho de que tenga una ideología no significa, sin embargo, que esté adoctrinada. Hoy en día no hay que dejarse adoctrinar, ¡el mundo cambia tan de prisa! Tal vez lo que quería hace veinte años, hoy no sirve para nada, está superado. Mire, el único punto que, en mí, ha permanecido inalterable a través de los años es que aún haya en la India tanta pobreza. La mayor parte del pueblo no disfruta todavía de los beneficios que debiera haberles traído la independencia. Y entonces, ¿de qué sirve ser libre? ¿Por qué queremos ser libres? No para limitarnos a echar a los ingleses. En esto siempre fuimos claros: siempre dijimos que nuestra lucha no iba sólo contra los ingleses como representantes del colonialismo, sino contra todos los males que había en la India. El mal del sistema feudal, el mal del sistema basado en las castas, el mal de la injusticia económica. Pues bien, el mal no está erradicado. Después de veinticinco años somos políticamente libres, sí, pero estamos muy lejos de conseguir los objetivos que nos habíamos propuesto.

¿A qué punto han llegado ahora?

Es difícil decirlo porque el punto de llegada se desplaza continuamente. ¿Alguna vez ha escalado una montaña? Cuando se llega a la cima de una montaña se tiene la impresión de haber alcanzado el pico más alto. Pero es una impresión que dura poco. En seguida se da uno cuenta que el pico escalado es de los más bajos, que la montaña for-

maba parte de una cadena de montañas, que hay muchas montañas que escalar, muchas... Y cuantas más se escalan, más se quieren escalar. Aunque uno se canse hasta lo imposible. Quiero decir que la pobreza asume muchos aspectos aquí en la India. No existen sólo los pobres que se ven en las ciudades: están los pobres de las tribus, los que viven en los bosques, los que viven en las montañas. ¿Hemos de ignorarles mientras los pobres de la ciudad viven ya un poco mejor? Y mejor ¿con referencia a qué? ¿A la situación de hace diez años? Entonces parecía mucho. Hoy ya no es mucho. Cuando se gobierna un país, y sobre todo un país vasto y complejo como la India, nunca se llega a nada. En el momento en que se cree haber llegado a algo, uno se da cuenta de no haber llegado a nada. Pero de todas maneras hay que seguir adelante, hacia un sueño tan lejano que el camino no tiene principio ni fin.

Y usted, señora Gandhi, ¿a qué punto de este camino ha llegado?

A ningún punto, a un punto muy importante: el de haber convenido a los hindúes de que pueden hacer las cosas. Antes la gente nos preguntaba: «¿Podremos hacerlo?» Y nosotros nos quedábamos callados porque no creíamos en nosotros mismos, no creíamos en poder hacer las cosas. Hoy la gente no se pregunta: «¿Puedo?» Dice: «¿Cuándo puedo?» Porque los hindúes creen finalmente en sí mismos, creen poder hacer las cosas. ¡Oh, la palabra «cuando» es muy importante para un individuo, para un pueblo! Si un individuo piensa que es incapaz de hacer algo, no lo hará nunca. Aunque sea inteligentísimo, aunque tenga mil aptitudes. Para ser capaz hay que tener confianza en uno mismo. Pues bien: como nación, creo que hemos conquistado la confianza en nosotros mismos. Me gusta pensar que esta confianza se la he dado yo. Me gusta pensar que, dando la confianza, he prendido fuego al orgullo. Y digo «prender fuego» porque el orgullo no se da. Tampoco estalla de improviso. Es un sentimiento que crece muy lenta, muy confusamente. Nuestro orgullo ha crecido en los últimos veinticinco años aunque los otros no lo entiendan o lo subvaloren. Ustedes, los occidentales, nunca han sido muy generosos con nosotros los hindúes. Hubieran tenido que darse cuenta de que las cosas, lentamente, cambiaban. Hubiesen debido advertir que algo sucedía. No mucho: algo.

¿De veras no cree haberle dado también el orgullo a su pueblo, señora Gandhi? Usted es muy orgullosa.

No. No lo soy. No.

Sí lo es. ¿No fue un acto de orgullo rehusar la ayuda que el mundo le ofrecía durante la escasez de 1966? Recuerdo un barco cargado de harina, de comida, que nunca salió del puerto de Nápoles. Y todo se estropeó mientras, en la India, la gente moría.

Nunca lo supe. Nunca supe que el barco estaba cargado y a punto de partir, si no no lo hubiera rehusado. Pero es cierto que rehusé la ayuda extranjera. Es cierto. Pero no fue una decisión personal; fue el país entero que dijo que no. Y sucedió espontáneamente, créame, de improviso. Sí, de improviso aparecieron escritos en las paredes. Carteles. Por toda la India. En un acto de orgullo que hasta a mí me sorprendió. Entonces todos los partidos políticos, los diputados del Parlamento, dijeron no: mejor morir de hambre que pasar por una nación de mendigos. Tuve que hacerme intérprete de aquel no, repetírselo a quien quería ayudarnos. Y para ustedes fue duro, lo comprendo. Creo que se ofendieron. A veces nos ofendemos recíprocamente sin saberlo.

Nosotros no queríamos ofenderles.

Lo sé. Lo comprendo, repito. Pero también hay que comprendernos a nosotros: siempre subvalorados, subestimados, no creídos. Incluso cuando creíamos, ustedes no nos creían. Preguntaban: «¿Cómo es posible combatir sin violencia?» Pero sin violencia obtuvimos nuestra libertad. Preguntaban: «¿Cómo es posible hacer funcionar la democracia con un pueblo de analfabetos que se mueren de hambre?» Pero con ese pueblo hicimos funcionar una democracia. Decían: «La planificación es de países comunistas, la democracia y las planificaciones no pueden ir juntas». Pero, a través de todos los errores que cometimos, nuestras planificaciones tuvieron éxito. Luego anunciamos que en la India ya no se moriría más de hambre. Y ustedes respondieron: «Imposible. No lo conseguirán». Pero lo conseguimos: hoy, en la India, nadie muere de hambre, la producción alimentaria supera con creces las necesidades. Finalmente prometimos limitar la natalidad. Y tampoco en esto nos creyeron. Es cierto que hemos aumentado otros setenta millones en diez años, pero también es cierto que hemos crecido mucho menos que otros países, incluso que países europeos.

Empleando medios atroces, a veces, como el sistema de esterilización masculina. ¿Usted lo aprueba, señora Gandhi?

En el remoto pasado de la India, cuando la población era escasa, el

augurio que se deseaba a una mujer era: «Que puedas tener muchos hijos». Gran parte de nuestra épica y de nuestra literatura da énfasis a este augurio, y la idea de que una mujer deba tener muchos hijos no está caducada. Yo misma, de corazón, digo que la gente debería tener todos los hijos que quisiera. Pero es una idea equivocada, como muchas de nuestras ideas heredadas desde hace miles de años, y hay que erradicarla. Hay que proteger a las familias, hay que proteger a los niños que tienen derechos inalienables, y son amados, son curados física y mentalmente, no llegan al mundo para sufrir y nada más. ¿Sabe que hasta ayer los pobres ponían niños en el mundo como único fin de servirse de ellos? ¿Cómo cambiar por fuerza y de improviso una costumbre milenaria? El único modo es planificar, de uno u otro modo, la natalidad. Y la esterilización masculina es un medio para planificar la natalidad. El medio más radical, más seguro. A usted le parece atroz. A mí me parece que, bien usado, no resulta tan atroz. No encuentro nada malo en esterilizar a un hombre que ya ha puesto en el mundo ocho o diez niños. Especialmente si esto sirve para hacer vivir mejor a estos ocho o diez niños.

¿Ha sido alguna vez feminista, señora Gandhi?

No, nunca. No he tenido necesidad de ello; siempre he podido hacer lo que he querido. Pero mi madre lo era. Juzgaba el hecho de ser mujer como una gran desventaja. Tenía sus razones. En sus tiempos las mujeres vivían recluidas y en la mayoría de Estados de la India ni siquiera podían ir por la calle. Las musulmanas tenían que salir cubiertas con el «purdah», esa pesada sábana que cubre hasta los ojos. Las hindúes tenían que salir en el «doli», esa especie de silla de manos cerrada como un catafalco. Mi madre me contaba siempre estas cosas con amargura, con rabia. Era la mayor de dos hermanos y dos hermanas y había crecido con los hermanos que tenían más o menos su edad. Hasta los diez años creció como un potro salvaje y luego se acabó todo, de repente. La habían doblegado a su «destino de mujer» diciéndole: «Esto no se hace, esto no está bien, esto no es digno de una señora». En un determinado momento la familia se trasladó a Jaipur, donde nadie podía escapar al «doli» y al «purdah». La tenían en casa de la mañana a la noche sin hacer nada o cocinando. Ella detestaba estar sin hacer nada, detestaba cocinar. Y acabó languideciendo y enfermando. Lejos de preocuparse por su salud, el abuelo decía: «¿Y ahora quién se casará con ella?» Entonces la abuela esperaba que el abuelo saliese, vestía a mi madre de chico y la dejaba correr con sus herma-

nos. El abuelo no lo supo nunca y mi madre me contaba la historia sin una sonrisa. El recuerdo de tales injusticias no la abandonó nunca. Hasta el día en que murió, mi madre estuvo peleando por los derechos de las mujeres. Formó parte de todos los movimientos femeninos de la época y provocó montones de revueltas. Era una gran mujer, un gran personaje. A las mujeres de hoy les hubiera gustado enormemente.

Y usted ¿qué piensa de ello, señora Gandhi? De su movimiento de liberación, quiero decir.

Bien. Pienso bien. Porque hasta ahora los derechos de la gente fueron siempre reclamados por algunas personas que actuaban en nombre de las masas. Hoy, sin embargo, la gente ya no quiere ser representada, cada uno quiere hablar por sí mismo y participar directamente. Y esto es válido para los negros, para los hebreos, para las mujeres... Por tanto, se trate de negros, de hebreos o mujeres, forman parte de una revuelta general que sólo se puede aprobar. Las mujeres, a veces, exageran, es cierto. Pero los demás escuchan sólo cuando se exagera. También esto lo he comprobado con la experiencia. ¿Acaso no nos concedieron el voto porque exageramos? Sí, en el mundo occidental, las mujeres no tienen otra elección que la de exagerar. En la India, no. Le explicaré la razón. Es una razón que aclara también mi caso. En la India las mujeres nunca han estado en competición hostil contra los hombres: hasta en el más remoto pasado cada vez que una mujer ha surgido como un jefe, incluso como una reina, el pueblo la ha aceptado. Como hecho normal y no excepcional. No olvidemos que, en la India, el símbolo de la fuerza es una mujer: la diosa Shakti. Y no sólo eso: la lucha por la independencia fue llevada en igual medida por los hombres y por las mujeres. Y cuando se obtuvo la independencia, nadie se olvidó de eso. En cambio, en el mundo occidental nunca se ha dado algo parecido: las mujeres han participado, sí, pero las revoluciones han sido siempre hechas sólo por los hombres.

Entramos en las preguntas personales, señora Gandhi. Ahora me siento preparada para hacerlas. He aquí la primera: ¿una mujer como usted se siente más cómoda entre hombres o entre mujeres?

Me da absolutamente igual: sean unos u otras los trato de idéntica manera. Como persona, no como hombre y mujer. Pero también en esto hay que considerar el hecho de que he tenido una educación muy particular, que soy hija de un hombre como mi padre y de una mujer como mi madre. Crecí como un chico porque la mayor parte de críos

que iban a mi casa eran niños. Con los chicos subía a los árboles, corría, me peleaba. Respecto a los hombres no tengo complejos de envidia ni de inferioridad. Pero, al mismo tiempo, me gustaban las muñecas. Tenía muchas muñecas. ¿Y sabe cómo jugaba? Representando insurrecciones, reuniones, escenas de arrestos. Mis muñecas no fueron casi nunca bebés, sino hombres y mujeres que atacaban cuarteles y acababan en la cárcel. Se lo explicaré. No sólo mis padres sino toda mi familia estaban complicados en la resistencia: el abuelo y la abuela, los tíos y la tía, los primos y las primas. De manera que, de vez en cuando, acudían los guardias y se los llevaban: indiscriminadamente. Bien, el hecho de que arrestasen a mi padre o a mi madre, al abuelo o a la abuela, a un tío o a la tía, me acostumbró a mirar con los mismos ojos a los hombres y a las mujeres: es decir, en un plano de absoluta igualdad.

Y además está aquella historia de Juana de Arco, ¿sí o no?

Sí, es cierto. Es cierto que Juana de Arco fue mi sueño de chiquilla. La descubrí hacia los diez o doce años cuando estuve en Francia. No recuerdo dónde leí algo acerca de ella, pero sí recuerdo que inmediatamente asumió una importancia definitiva para mí. Quise sacrificar mi vida por mi país. Parecían tonterías y en cambio... Lo que sucede cuando somos niños incide para siempre en nuestra vida.

Cierto. Y quisiera saber quién hizo de usted lo que es, señora Gandhi.

La vida que he tenido. Las dificultades, la dureza, el dolor que he sufrido desde niña. Es un gran privilegio haber vivido una vida difícil y este privilegio lo han tenido muchos de mi generación. A veces me pregunto si los jóvenes de hoy no habrán sido privados de los dramas que nos hicieron a nosotros... ¡Si supiera cómo me ha formado el haber vivido en aquella casa en que la policía irrumpía para llevárselos a todos! Desde luego no he tenido una infancia feliz y serena. Era una niña delgada, enferma, nerviosa. Después de las irrupciones de la policía me quedaba sola durante semanas, durante muchos meses. Tenía que arreglármelas sola. He aprendido muy pronto a arreglármelas sola. Empecé a viajar sola, por Europa, cuando tenía ocho años. A esta edad ya me trasladaba de la India a Suiza, de Suiza a Francia, de Francia a Inglaterra. Como una adulta, administrando mis finanzas. La gente me pregunta a menudo: ¿quién le ha influido más, su padre o el Mahatma Gandhi? Sí, todo cuanto elegí fue esencialmente influido por ellos, por el espíritu de igualdad que ellos infundieron en mí; mi

obsesión por la justicia procede de mi padre que, a su vez, la recibió del Mahatma Gandhi. Pero no es justo decir que mi padre me influyó más que los demás, y no sabría decir si quien formó mi personalidad fue especialmente mi padre o mi madre o el Mahatma o los amigos que estaban con nosotros. Fueron todos, fue un todo. Fue el hecho mismo de que nadie me impusiera nunca nada o intentase imponerse a los demás. Nadie me ha adoctrinado nunca. Siempre he descubierto las cosas sola, en maravillosa libertad. Por ejemplo: mi padre tenía mucho valor, incluso físico. Despreciaba a quien no lo tuviese. Pero nunca me dijo: «Quiero que seas valiente». Se limitaba a sonreír con orgullo cada vez que yo hacía algo difícil o ganaba en una carrera con los chicos.

¿Cuánto debe haber amado a este padre!

¡Oh, sí! Mi padre era un santo. Era lo más parecido a un santo que se pueda encontrar en un hombre normal. Porque era muy bueno. Increíblemente, insoportablemente bueno. Yo, de niña, lo defendía siempre y creo que aún lo defiando; por lo menos su política. No era un político; en ningún sentido de la palabra. Sólo le mantenía en su oficio una ciega confianza en la India. Le preocupaba de manera obsesiva el futuro de la India. Nos entendíamos.

¿Y el Mahatma Gandhi?

Desde su muerte se ha hecho mucha mitología. Pero queda el hecho de que era un hombre excepcional, terriblemente inteligente, con una formidable intuición para las personas y un gran instinto de lo justo. Decía que el primer presidente de la India tendría que haber sido una chica «harijan», una intocable. Estaba de tal manera contra el sistema de clases y la opresión de la mujer que una intocable significaba para él el colmo de la pureza y de la bendición. Yo empecé a frecuentarle cuando entraba y salía de nuestra casa; junto a mi padre y mi madre formaba parte del comité directivo. Después de la independencia trabajé mucho con él; en el período en el que hubo tumultos entre hindúes y musulmanes me encargó que me ocupara de los musulmanes. Para protegerles. Sí, era un gran hombre. Pero... entre Gandhi y yo no existió nunca la compenetración que existía con mi padre. Siempre hablaba de religión... Estaba convencido de que esto era lo justo... En resumen: los jóvenes no estábamos de acuerdo con él en muchas cosas.

Volvamos a usted, señora Gandhi, a su historia de mujer poco corriente. ¿Es cierto que no quería casarse?

Sí. Hasta los dieciocho años, sí. Pero no porque me sintiera una sufragista, sino porque quería dedicar todas mis energías a la lucha por la libertad de la India. El matrimonio, pensaba, me hubiera distraído de los deberes que me había impuesto. Pero poco a poco cambié de opinión y, hacia los dieciocho años, empecé a considerar la eventualidad de casarme. No para tener un marido, sino para tener hijos. Siempre he querido tener hijos; si hubiera sido por mí, habría tenido once. Mi marido quiso sólo dos. Y le diré más: los médicos me aconsejaban que tuviera sólo uno. Mi salud seguía sin ser buena y decían que un embarazo podía resultarme fatal. Si no me lo hubiesen dicho, tal vez no me hubiese casado. Pero aquel diagnóstico me provocó, me enfureció. Contesté: «¿Por qué creen que me caso si no es para tener hijos? ¡No quiero oír decir que no debo tener hijos, quiero que me digan qué hay que hacer para tenerlos!» Se encogieron de hombros y murmuraron que tal vez si engordaba, esto me protegería un poco; tan delgada nunca conseguiría quedar en estado. Está bien, me dije, engordaré. Y me apresuré a hacerme dar masajes, a tomar aceite de hígado de bacalao, a comer el doble de lo que comía. Pero no aumentaba ni un gramo. Me metí en la cabeza que el día de la boda tenía que estar más gruesa y no aumentaba ni un gramo. Entonces me retiré a Mussoorie, que es un lugar saludable, e ignoré sus instrucciones, me inventé un régimen y engordé. Todo lo contrario de lo que ahora desearía. Ahora, tengo problemas para conservarme delgada. Pero lo consigo. No sé si ha comprendido que soy una mujer resuelta.

Sí, sí, lo he comprendido. Y, si no me equivoco, ya lo demostró casándose.

Sí. Nadie quería aquel matrimonio. Nadie. Ni siquiera el Mahatma Gandhi estaba contento. En cuanto a mi padre..., no es cierto que se opusiera, como se cuenta, pero tampoco le parecía bien. Supongo que porque los padres de las hijas únicas prefieren que se casen lo más tarde posible. Sea como sea, prefiero pensar que era por esta razón. El caso es que mi prometido pertenecía a otra religión. Era un parsi. Y esto no lo soportaba nadie; la India entera estaba contra nosotros. La India entera. Le escribían a Gandhi, a mi padre, a mí. Cada día el cartero nos traía un saco de correspondencia y volcaba las cartas sobre el pavimento. Nosotros ni las leíamos. Se las hacíamos leer a un par de

amigos que luego nos las contaban. «Hay uno que quiere cortarte a pedacitos. Hay uno dispuesto a casarse contigo aunque está ya casado; dice que por lo menos él es hindú.» Llegó un momento en que el Mahatma entró en polémica. Acabo de encontrar un artículo que escribió en su periódico para implorar a la gente que nos dejase en paz y no hiciera gala de mentalidades tan estrechas. O sea, que me casé con el señor Ferozi Gandhi. Cuando se me mete una cosa en la cabeza, nadie en el mundo puede hacerme cambiar de idea.

Esperemos que no haya sucedido lo mismo cuando su hijo Rajiv se casó con una italiana.

Los tiempos han cambiado y ellos dos no han tenido que pasar por las angustias que pasé yo. Un día de 1965 Rajiv me escribió desde Londres, donde estudiaba, y me informó: «Siempre me preguntas por las chicas, si hay una chica en especial, etcétera... Pues bien, he encontrado una chica especial. Aún no me he decidido, pero es la chica con la que quiero casarme». Un año más tarde, cuando fui a Inglaterra, la conocí. Y cuando Rajiv volvió a la India, le pregunté: «¿Sigues pensando de la misma manera?» Y me contestó que sí. Pero ella no se casaría hasta cumplir los veintiún años y estar segura de que la India le gustaba. Esperamos los veintiún años y vino a la India y dijo que la India le gustaba, y anunciamos el compromiso y dos meses después eran marido y mujer. Sonia es casi completamente hindú ahora, aunque no siempre vista el sari. También yo, cuando era estudiante en Londres, me vestía a menudo a la occidental y soy la hindú más hindú que haya conocido. ¡Si supiese cuánto me gusta ser abuela! Soy dos veces abuela. Rajiv y Sonia han tenido un niño y una niña. La niña es recién nacida.

Señora Gandhi, su marido murió hace algunos años. ¿Ha pensado alguna vez en volver a casarse?

No, no. Tal vez me habría planteado el problema si hubiese encontrado a alguien con quien me hubiera gustado vivir. Pero nunca he encontrado a este alguien y... No, aunque lo hubiese encontrado no me hubiera vuelto a casar. ¿Por qué tendría que casarme ahora que mi vida está tan llena? No, no. Está fuera de cuestión.

Además, yo no consigo imaginarla como mujer de su casa.

Se equivoca. ¡Cómo se equivocó! Yo era una ama de casa perfecta. Hacer de madre ha sido siempre el oficio que me ha gustado más. Ab-

solamente. Hacer de madre, de ama de casa, nunca ha supuesto ningún sacrificio para mí; he saboreado cada minuto de aquellos años. Mis hijos... Estaba loca por mis hijos y creo haber hecho un inmenso esfuerzo para que salieran adelante. Hoy son dos hombres serios y conscientes. No, nunca he comprendido a las mujeres que para subir a los hijos se consideran unas víctimas y se prohíben cualquier otra actividad. No es especialmente difícil conciliar las dos cosas, si se administra el tiempo con inteligencia. Yo trabajé incluso cuando mis hijos eran pequeños. Era asistente social de la Indian Council for the Child Welfare. Le contaré una anécdota. Rajiv tenía entonces cuatro años e iba a la guardería. Un día nos encontramos a la madre de un amiguito que dijo con voz melosa: «Oh, debe ser muy triste para usted no tener tiempo que dedicarle a su hijo». Rajiv rugió como un león: «Mi mamá está más tiempo conmigo del que tú estás con tu niño. Tu niño me cuenta siempre que tú lo dejas solo para ir a jugar al bridge». De esto a las mujeres que no hacen nada y luego juegan al bridge.

Hubo un largo período en su vida en el que permaneció alejada de la política. ¿Ya no creía en ella?

La política... Verá usted, depende del tipo de política. La que hacíamos durante la generación de mi padre era un deber. Y era bellísima porque pretendía la conquista de la libertad. En cambio, la que hacemos ahora... No crea que me vuelva loca este tipo de política; no en vano he intentado mantener a mis hijos lejos de ella y, hasta el momento, lo he conseguido. Yo, después de la independencia, me retiré inmediatamente de la política. Mis hijos me necesitaban y me gustaba mi trabajo de asistente social. Dije: «Ya he hecho mi parte. Que los demás piensen en el resto». Volví a la política cuando quedó claro que, en mi partido, las cosas no marchaban como debían. Discutía siempre, discutía con todos: con mi padre, con los líderes que había conocido de pequeña... y un día, en 1955, uno de ellos exclamó: «Tú no haces más que criticar. Si crees que puedes corregir las cosas, corrígelas. Adelante, ¿por qué no lo intentas?» Bien, nunca he podido resistir un desafío: lo intenté. Pero creí que sería una cosa temporal, y también lo creía mi padre, que nunca intentó comprometerme en sus actividades. Se equivocan los que afirman que su-padre-le-preparó-el-puesto-de-primer-ministro, la lanzó. Cuando me pidió que le ayudara, no sospechaba las consecuencias.

Pero todo empezó a causa de él.

Evidentemente. Era primer ministro y ocuparme de su casa, hacer de anfitriona, significaba automáticamente tener las manos metidas en la política: frecuentar a las personalidades, conocer el juego, los secretos. También significaba caer, tarde o temprano, en la trampa de la prueba directa. Y ésta llegó en 1957, un fin de semana en el que mi padre tenía que trasladarse al norte para un comicio. Yo le acompañaba como siempre, y cuando llegamos a Chamba descubrimos que la señora encargada del programa le había organizado también un comicio en otra parte: el lunes por la mañana. Si mi padre hubiese renunciado al comicio de Chamba, habríamos perdido las elecciones en Chamba; si hubiese renunciado al comicio en la otra ciudad, que estaba cerca de Pathankot, hubiéramos perdido las elecciones allí. «¿Y si fuera yo?, sugerí. ¿Si hablase yo, si explicase que no puedes estar en dos lugares al mismo tiempo?» Respondió que imposible: hubiera tenido que recorrer trescientas millas de pésima carretera a través de las colinas. Y ya eran las dos de la madrugada del lunes. Por tanto, dije buenas noches y murmuré: «Lástima, me parecía una buena idea». A las cinco y media, cuando me desperté, encontré una nota bajo la puerta. Era de mi padre. Decía: «Un avión te llevará a Pathankot. Desde allí hay tres horas en automóvil. Llegarás a tiempo. Suerte». Llegué a tiempo y presidí el comicio. Fue un éxito y se me reclamó para otros. Éste fue el principio de... todo.

¿Todavía estaba casada entonces o ya se había separado?

¡Yo siempre he estado casada con mi marido! ¡Siempre, hasta el día que murió! ¡Es falso que nos hubiésemos separado! La verdad es otra y... ¿por qué no decirla de una vez para siempre? Mi marido vivía en Lucknow. Mi padre vivía en Delhi, naturalmente. Yo iba y venía de Delhi a Lucknow y... Naturalmente, si mi marido me necesitaba los días en que yo estaba en Delhi, yo corría a Lucknow. Pero si quien me necesitaba era mi padre en los días en que yo estaba en Lucknow, corría a Delhi. Y... no era una situación cómoda. Después de todo, entre Delhi y Lucknow hay bastante distancia. Y... sí, mi marido se enfadaba. Y discutía. Discutíamos. Discutíamos mucho. Es cierto. Éramos dos individuos igualmente fuertes, igualmente tercos: ninguno de los dos quería ceder. Y... me gusta pensar que aquellas discusiones nos hicieron mejores, dieron movimiento a nuestras vidas; porque sin ellas hubiéramos tenido una vida normal, sí, pero trivial y aburrida. No merecíamos una vida normal, trivial y aburrida. Al fin y al cabo, el nuestro había sido un matrimonio no impuesto y él me había elegido...

Quiero decir que era él quien me había elegido a mí, más que yo quien le había elegido a él. No sé si le amaba en la misma medida en que me amaba él cuando nos comprometimos, pero... Luego el afecto creció, también por mi parte; se hizo intenso y... ¡Hay que comprenderlo! Para él no resultaba fácil ser del estilo de mi padre. No hubiera resultado fácil para nadie. ¡No olvidemos que él también era diputado del Parlamento! En un determinado momento, cedió. Se marchó de Lucknow y decidió vivir en Delhi: en casa de mi padre. Con él y conmigo. Pero siendo diputado del Parlamento, ¿cómo se las arreglaría para recibir a la gente en casa del primer ministro? En seguida se dio cuenta del problema y tuvo que buscarse otra casa. Tampoco esto era cómodo. Estar aquí y allí, un poco con nosotros y un poco solo... No, tampoco para él la vida fue fácil.

¿Nunca lo ha lamentado? ¿No ha tenido nunca miedo de ceder?

No. Nunca. El miedo, cualquier tipo de miedo, es una pérdida de tiempo. Como el lamentarse. Todo lo que he hecho, lo he hecho porque quería. En todo lo que he hecho me he lanzado de cabeza, creyendo en lo que hacía: cuando era niña y combatía a los ingleses en la Monkey Brigade, cuando era joven y quería tener hijos, cuando, ya mujer, me dedicaba a mi padre haciendo enojar a mi marido. Cada vez me comprometía hasta el fondo en mi decisión y soportaba las consecuencias. Incluso si luchaba por cosas que no se referían a la India. ¡Oh, recuerdo cómo me puse cuando el Japón invadió China! Inmediatamente formé parte de un comité que recogía dinero y medicinas, me inscribí en la Brigada Internacional, me metí en la propaganda contra Japón... Una persona como yo, ignora el miedo antes y los lamentos después.

Además, no ha cometido errores. Hay quien dice que después de haber ganado esta guerra nadie conseguirá destronarla y seguirá en el poder por lo menos veinte años.

Yo, en cambio, no tengo ni la más remota idea del tiempo que permaneceré en el poder y no me importa saberlo; porque no me importa seguir siendo primer ministro. Sólo me importa hacer un buen trabajo mientras sea capaz y hasta que no esté cansada. No estoy cansada; el trabajar no cansa, es el aburrirse lo que cansa. Pero nada dura eternamente y nadie puede predecir lo que será de mí en un futuro próximo o remoto. No soy ambiciosa. En nada. Sé que sorprenderé a muchos diciendo esto, pero es la pura verdad. Los honores no me han sedu-

cido nunca y no los he buscado. En cuanto al trabajo de primer ministro, me gusta, sí. Pero no más de lo que me han gustado otros trabajos que he desempeñado de adulta. Hace poco he dicho que mi padre no era un político. Yo, en cambio, creo serlo. Pero no en el sentido de estar interesada en una carrera política sino porque creo necesario lanzarme a fondo para construir una determinada India, la India que yo quiero. Y la India que quiero, nunca me cansaré de repetirlo, es una India más justa y menos pobre y completamente libre de influencias extranjeras. Si creyera que el país marcha ya hacia tales objetivos, dejaría rápidamente de hacer política y de ser primer ministro.

¿Para hacer qué?

Cualquier cosa. Ya le he dicho que me enamoro de cualquier cosa que haga y siempre intento hacerla bien. ¿Y qué? En la vida no existe sólo el oficio de primer ministro. En lo que a mí respecta, podría vivir en una aldea y sentirme satisfecha. Cuando ya no gobierne mi país volveré a ocuparme de los niños. O tal vez me dedique a estudiar antropología; es una ciencia que siempre me ha interesado mucho, especialmente en relación con el problema de la pobreza. O quizá vuelva a estudiar historia; en Oxford me licencié en Historia. O tal vez..., no sé, las comunidades tribales me fascinan. Podría ocuparme de ellas. ¡Le aseguro que no tendré una vida vacía! Y el futuro no me inspira ningún temor aunque se anuncie erizado de dificultades. Estoy preparada para las dificultades; las dificultades no pueden ser borradas de la vida. Los individuos tendrán siempre dificultades, y los países... Lo único posible es aceptarlas, posiblemente superarlas o pactar con ellas. Hay que luchar, sí, pero sólo cuando es posible. Cuando es imposible es mejor llegar a un compromiso; sin resistir y sin lamentarse. Quien se lamenta es egoísta. De joven, yo era muy egoísta. Ahora ya no. Ahora no me dejo turbar por las cosas desagradables, no me hago la víctima y estoy siempre preparada para pactar con la vida.

Señora Gandhi, ¿es usted una mujer feliz?

No lo sé. La felicidad es un punto de vista pasajero: la felicidad continua no existe. Existen momentos de felicidad, del contento al éxtasis. Y si por felicidad se entiende éxtasis... Sí, yo he conocido el éxtasis y es una bendición poderlo decir porque hay muy pocos que puedan hacerlo. Pero el éxtasis dura poquísimo y se repite raramente; a veces, nunca. Pero si por felicidad se entiende un contento normal, entonces, sí: estoy bastante contenta. No satisfecha: contenta. Satisfe-

cha es una palabra que uso sólo con referencia a mi país y nunca lo estaré por mi país. Por eso elijo senderos difíciles y, entre una carretera y un sendero de montaña, elijo éste. Con gran irritación de los encargados de mi seguridad personal.

Gracias, señora Gandhi.

Gracias a usted. Y mucha suerte. Como digo siempre, no le deseo que tenga una vida fácil sino que supere cualquier dificultad que la vida pueda presentarle. *I do not wish you an easy time but I wish you that whatever difficulty you may have, you will overcome it.*

Nueva Delhi, febrero 1972

Ali Bhutto

La invitación era desconcertante. Procedía de Zulfikar Ali Bhutto, presidente del Pakistán, y no parecía justificada por ninguna razón. Me pedía sólo que fuera a Rawalpindi y que partiera lo más rápidamente posible. Me pregunté por qué. Todo periodista sueña con ser convocado por lo menos una vez por aquellos a quienes, cuando se les busca, huyen o se oponen a uno. Pero el tejido de los sueños y la falta de lógica conducen a la sospecha. ¿Por qué quería verme Bhutto? ¿Para confiarme un mensaje directo para Indira Gandhi? ¿Para castigarme por haberla retratado con estima y simpatía? Descarté en seguida la primera hipótesis. Bhutto no tenía necesidad de un correo para comunicarse con su enemiga: ya pensaban en esto los diplomáticos suizos y rusos. Y pronto descarté la segunda hipótesis. Bhutto tiene fama de persona civilizada y las personas "civilizadas", por lo general, no matan a sus propios invitados. La tercera hipótesis, la de que intentase hacerse entrevistar por mí, me llenó de legítimo estupor. Y, en cambio, era exactamente esto lo que Bhutto buscaba después de haber leído mi artículo sobre el presidente de Bangla Desh, el desgraciadísimo Mujib Rahman. Lo supe cuando la curiosidad venció a la sospecha y decidí aceptar la invitación. Pero, al aceptar, le hice saber que el ser su huésped no me impediría escribir sobre él con la independencia de juicio que indiscriminadamente aplicaba y que ninguna gentileza o halago podía comprar. Me hizo contestar que, desde luego, estaba bien. Y esto me dio una primera idea sobre el hombre.

Era un hombre imprevisible, lanzado, dado a las cabezonadas, a las decisiones insólitas. Y muy inteligente, hemos de admitirlo. De una inteligencia astuta, zorruna, nacida para convencer, engañar, y al mismo tiempo nutrida de cultura, de memoria, de olfato. Y de un gran señorío. En el aeropuerto de Rawalpindi me esperaban dos funcionarios que me anunciaron, emocionadísimos, que el presidente me recibiría dentro de una hora. Eran las diez de la mañana y yo no había dormido desde hacía dos días. Dentro de una hora no, protesté, necesito un buen baño y un buen sueño. Bien, a cualquier otro, esto le hubiera parecido un insulto. A él no. Trasladó la entrevista a las siete y media de la tarde, y añadió que me esperaba a cenar y, puesto que la inteligencia unida a la gentileza es el mejor instrumento de seducción, era inevitable que tal entrevista fuese cordial. Me recibió con los brazos abiertos, todo sonrisas. Es alto, robusto, un tanto corpulento para sus piernas delgadas y sus delicados pies, y cordial como un banquero que intenta hacerte abrir una cuenta en su banco. Aparenta tener más de los cuarenta y cuatro años que tiene; afectado por un principio de calvicie, los cabellos que le quedan son grises. Bajo las boscosas cejas, aparecía un rostro pesado; mejillas, labios y párpados pesados. Los ojos cerraban con llave una misteriosa tristeza. La sonrisa tenía un no sé qué de tímido. También él, como muchos poderosos, se siente disminuido y menoscabado por la timidez.

Era, además, muchas otras cosas, y, como Indira Gandhi, todas ellas en contraste entre sí. Cuanto más se le estudiaba, más confuso, más inseguro quedaba uno. Como un prisma que gira sobre sí mismo, ofrecía siempre un aspecto distinto y, en el mismo momento en que se sometía a tu examen, se sustraía a él. Se le hubiera podido definir de mil maneras y cada una de ellas hubiese sido cierta: liberal y autoritario, fascista y comunista, sincero y falso. Era, sin duda, uno de los líderes más complejos de nuestro tiempo, y el único interesante que su país haya tenido hasta ahora. El único, además, capaz de salvarlo, al menos por cierto tiempo. En este sentido recordaba —como lo recordaba Indira Gandhi— al rey Hussein. En efecto, como Hussein, se le acusaba de dirigir una nación nacida artificialmente. Como Hussein, vivía en una vasija de barro rodeada de vasijas de hierro: la Unión Soviética, la India, China, Norteamérica. Como Hussein, había decidido no doblegarse y resistía con el valor de un trapezista que no tiene red de protección. En cambio, en otros sentidos, recordaba a John Kennedy: creía en el dinero y que con él nada es imposible, ni siquiera la conquista del poder político, cueste lo que cueste. Como Kennedy, tuvo una infancia cómoda, feliz y privilegiada. Como Kennedy, empezó muy pronto a la escalada al mando. Bhutto, en realidad, procedía de una familia de aristócratas y terratenientes. Había estudiado en Berkeley, en California, y luego en Oxford, y se había licenciado en derecho internacional. Con poco más de treinta años era ministro con Ayub Khan, aunque lo detestaba. Con poco menos de cuarenta era ministro con Yahya Khan, aunque lo despreciaba. Llegó a la presidencia con paciencia cruel, sin dejarse impresionar por los malos olores de ciertas compañías.

El poder es una pasión más fuerte que el amor. Y quien ama el poder tiene el estómago resistente y el olfato más resistente aún. Los malos olores no le molestan. A Bhutto no le molestaban. Amaba el poder. De qué naturaleza fuese este poder era difícil adivinarlo. Él mismo daba al respecto una respuesta ambigua, te ponía en guardia contra los políticos que dicen la verdad y exhiben una moral de boy-scout desprevenido. Escuchándole, uno llegaba a creer que su pasión era noble, que de veras intentaba construir un socialismo desinteresado y sincero. Pero luego visitabas su espléndida biblioteca, en Karachi, y descubrías en el puesto de honor lujosos volúmenes sobre Mussolini y Hitler encuadrados en plata. Y surgía la duda y la rabia. Le preguntabas, y te enterabas de que sus verdaderos amigos eran Sukarno y Nasser: dos tipos llenos de buenos propósitos, desde luego, pero no precisamente dos liberales. Y quedabas perplejo. ¿Sería su sueño secreto convertirse en dictador y ser exaltado un día en lujosos volúmenes encuadrados en plata? Entendámonos: esta pregunta era de occidentales que ignoran la tragedia de un país donde la libertad, la democracia y la oposición nunca han tenido sentido y han sido sustituidas siempre por el hambre, la injusticia y la humillación. Pero era una pregunta válida y siniestra como el relámpago que le iluminaba la mirada cuando algo le disgustaba. En su ascenso al poder había encontrado la ley marcial. Aún no la había abolido.

La entrevista que sigue se hizo en cinco sesiones, durante los seis días que fui su huésped y le acompañé en el viaje por algunas provincias. Por tanto, y respetando ri-

gurosamente sus palabras registradas por el magnetófono, lo que sigue es un mosaico de cinco conversaciones distintas. La primera en Rawalpindi, la tarde de mi llegada. La segunda, en el avión que nos llevaba a Lahore. La tercera en Hala, ciudad shindi. La cuarta y la quinta en Karachi. Yo estaba siempre a su lado, tanto en la mesa como de viaje, y si lo quisiera podría hacer su retrato con el diario de aquellos días. Bhutto, que vestido de pakistaní, pijama verdegris y sandalias, arenga a la multitud de Shangar donde hace dos años escapó a un atentado, y la multitud es densa y él se desgañita al micrófono hablando en urdu, luego en shindi, y abre los brazos, se ofrece con audaz insolencia a otro posible atentado. Y éste es el Bhutto demagogo, líder a lo Massanello, ávido de aplausos y de autoridad. O también el Bhutto que se hace esperar horas en un patio de Hala; los notables de la ciudad están allí pero él permanece en su habitación: está escribiendo. Y cuando finalmente llega es ya de noche, avanzando como un príncipe sobre hermosas alfombras y, sentándose como un príncipe, me hace sentar a su lado, única mujer entre tantos varones bigotudos: casi una provocación bien calculada. Y así sentado, recibe en audiencia a los miembros de su partido, a los gobernadores, a los separatistas, uno a uno, y con una señal de su mano recibe por último a un pobre con una cabra llena de vedijas que va a sacrificar en su honor. Y éste es el Bhutto aristócrata, el Bhutto musulmán que ninguna cultura occidental cambiará hasta el fondo; por algo tiene dos mujeres. O también Bhutto volando en un incómodo helicóptero militar con la cabeza cubierta con la gorra regalada por Chu En-lai: su amuleto. Desde el aire mira con lágrimas en los ojos los áridos campos sin cultivar, las cabañas donde los campesinos viven una existencia prehistórica, cierra los puños y susurra: «Tengo que conseguirlo, tengo que conseguirlo». Y éste es el Bhutto marxista, comprometido hasta el cuello en el milagro de hacer a Pakistán menos feliz y menos hambriento. Y, por fin, el Bhutto que me recibe en su casa de Karachi o Rawalpindi: explicándose, confesándose, atacando sin piedad a Indira Gandhi, a Mujib Rahman, a Yahya Khan. Sus casas están decoradas con gusto exquisito: antiguas alfombras persas y esmaltes preciosos, aire acondicionado y fotografías dedicadas de los colegas más poderosos del mundo, empezando por Mao Tse-tung. A la cena en la que se bebe vino, incluso se come caviar, asiste también su segunda esposa Nusrat que es una mujer hermosa y desenvuelta, y luego viene también su hijo, que es un chiquillo despierto de cabellos largos. Y éste es el Bhutto moderno, refinado, europeo. El Bhutto conversador brillante, autor de libros, que conoce la lengua inglesa mejor que el urdu y le cae simpático a cualquier occidental. Conclusión imprudente. Como dice Walter Cronkite cuando se le pregunta sobre Nixon, Johnson, Eisenhower, sobre los poderosos que ha entrevistado en su larga carrera de reportero televisivo, no se puede juzgar a un jefe de Estado viendo en él sólo al hombre. No se debe. Pues en cuanto descubres que también es sólo un hombre, con las virtudes, defectos e incoherencias del hombre, inevitablemente te gusta y olvidas lo demás.

También esta entrevista con Bhutto desencadenó un pandemónium. No periodístico, como en el caso de Kissinger, sino diplomático e incluso internacional. De la

misma manera que Bhutto se había ofendido al leer que Indira lo definía como un hombre sin equilibrio, Indira se ofendió al leer que Bhutto la definía como una mujer mediocre y de inteligencia mediocre, como una mujer falta de iniciativa y de fantasía, que se azacana sin tener ni la mitad del talento paterno, y además «la idea de reunirme con ella, de estrechar su mano, me produce profunda repugnancia». Ni que decir tiene que Indira tenía toda la razón para ofenderse. En sus juicios, Bhutto cargó la mano demasiado pesada de odio. Yo misma me quedé cohibida e intenté, confusa y repetidamente, moderarlo. «¿No le parece que es usted un tanto excesivo, un tanto injusto?» Ali Bhutto no recogió mi invitación moderadora sino que insistió añadiendo otras opiniones fuertes que yo no publiqué. Pero mi censura no sirvió para nada. De aquí las dramáticas consecuencias más bien ridículas que provoqué sin quererlo.

Bhutto e Indira debían reunirse en aquellos días, para firmar la paz entre India y Pakistán. Alarmada por algunas frases recogidas por los periódicos de Nueva Delhi, Indira pidió el texto íntegro de la entrevista y se lo hizo transmitir telegráficamente desde Roma. Lo leyó y anunció que la reunión entre ella y el primer ministro del Pakistán no se celebraría. Bhutto perdió la cabeza y, no sabiendo a quién dirigirse, se dirigió a mí. Me buscó de nuevo a través de su embajador en Italia. Me encontró en Addis Abeba, adonde había ido para entrevistar a Haile Selassie. Y encargó que se me hiciera la más extravagante de las peticiones: tenía que escribir, dijo, un nuevo artículo y decir que la entrevista con él, Bhutto, no había tenido nunca lugar porque me la había imaginado. Tenía que escribir que las opiniones sobre Indira no eran sus opiniones sino las que, en mi imaginación, yo creía que él pudiese tener. Creí no haberlo entendido bien. «¿Cómo ha dicho, señor embajador?» «He dicho que tendría que escribir que se lo ha inventado todo y especialmente las frases sobre la señora Gandhi.» «Pero ¿está usted loco, señor embajador? ¿Se ha vuelto también loco su primer ministro?» «Miss Fallaci, debe comprender usted: la vida de seiscientos millones de personas depende de usted, está en sus manos». Lo mandé al diablo gritando maldiciones. Pero Bhutto no se desanimó y siguió buscándome. Por todas partes donde iba, me encontraba un pakistaní importante que me suplicaba que desmintiera la entrevista, luego me recordaba que la-vida-de-seiscientos-millones-de-personas-estaba-en-mis-manos. Y yo contestaba, en vano, que mis manos eran demasiado pequeñas para contener seiscientos millones de personas, gritaba en vano que su pretensión era absurda e insultante. La cuestión sólo terminó cuando Indira, magnánimamente, decidió comportarse como si el error de Bhutto no hubiera sucedido. Y los dos se reunieron para firmar la paz.

¡Me divertí tanto verlos en la televisión mientras se estrechaban las manos e intercambiaban sonrisas! La sonrisa de Indira era triunfante e irónica. La de Bhutto denunciaba tal incomodidad que, hasta a través de la imagen blanca y negra, se tenía la impresión de que los colores le subían a la cara.

ZULFIKAR ALI BHUTTO.— Debo decirle por qué tenía tanto interés en verla. Ante todo porque es usted la única periodista que ha escrito la verdad sobre Mujib Rahman: me ha divertido mucho su artículo. Y además porque..., bueno, me ha divertido bastante menos leer que yo he tenido algo que ver con la represión de marzo.

ORIANA FALLACI.— *¿Algo que ver? Señor presidente, en Dacca se afirma sin ambages que fue usted quien deseaba la matanza. Usted quien quería el arresto de Mujib. Y que por esto se quedó en la ciudad hasta la mañana del 26 de marzo.*

...Regocijándome con el espectáculo en mi suite, en el último piso del Hotel Intercontinental, bebiendo whisky y tal vez tocando la cítara como Nerón. ¿Cómo osan desacreditarme con un episodio tan bárbaro y tan estúpido? Todo el asunto fue llevado de modo esúpido. Dejaron que todos los jefes escaparan a la India y luego la emprendieron con los desgraciados que no tenían nada que ver. Sólo Mujib fue arrestado. Seamos lógicos: yo hubiera actuado con más inteligencia, con mayor sentido científico, con menos brutalidad. Gases lacrimógenos, balas de goma y habría hecho prisioneros a todos los jefes. Sólo un desagradable borrachín como el ex presidente Yahya Khan podía mancharse con un trabajo hecho tan mal y de manera tan sangrienta. De todas formas, ¿qué interés tendría yo en desear semejante locura? ¿Sabe que la primera víctima de Yahya Khan no tenía que haber sido Mujib sino yo? Mucha gente de mi partido estaba en la cárcel y, a fines de 1970, exactamente el 5 de noviembre de 1970, él le había dicho a Mujib: «¿Debo arrestar a Bhutto o no?» La única razón por la que alteró su programa es porque en el Pakistán occidental no podía controlar la situación como en el Pakistán oriental. Además, Mujib no ha sido nunca inteligente: se dejó poner entre la espada y la pared. Pero termino: la tragedia del 25 de marzo me cogió de sorpresa. Yahya Khan me engañó hasta a mí. Me había dado una cita para el día siguiente. Y, días después, el general Mohd Umar me reveló que había recurrido a aquella estratagema para que me quedase en Dacca y «viese la eficacia del ejército». Le doy mi palabra de honor que todo esto es verdad.

Muy bien, señor presidente. Pero me pregunto si la historia conocerá alguna vez la versión exacta de aquella terrible noche y de los meses que siguieron. Mujib Rahman...

Mujib, ya ha visto usted, es un mentiroso congénito. No puede evitar el decir mentiras; es más fuerte que él. Mujib habla sin pensar, según el humor y los desequilibrios de su cerebro enfermo. Por ejemplo, dice que hubo tres millones de muertos. ¡Está loco, loco! Y están locos todos los que con él repiten: «¡Tres millones de muertos, tres millones de muertos!» Los hindúes han dado la cifra de un millón. Llegó él y la duplicó. Luego la triplicó. Es una característica del personaje: hubiera hecho lo mismo con el ciclón. Según los periodistas hindúes, aquella noche hubo de 60.000 a 70.000 muertos. Según algunos misioneros fueron 30.000. Según lo que yo he conseguido saber hasta hoy, debieron ser unos 50.000. Ya sé: demasiados. Incluso si la acción estuvo moralmente justificada. No intento minimizar, intento reducir las cosas a la realidad: entre 50.000 y tres millones hay una considerable diferencia. Y lo mismo digo respecto a los refugiados. La señora Gandhi afirma que son diez millones. Es obvio que partió de esta cifra para legalizar su ofensiva e invadir Pakistán oriental. Pero cuando nosotros invitamos a las Naciones Unidas a que ejercieran un control, los hindúes se opusieron. ¿Por qué se opusieron? Si la cifra era exacta no debían temer que se verificase. El hecho es que no se trataba de diez millones sino de dos. Sobre el número de muertos tal vez podría equivocarme, sobre el de refugiados no. Sabemos quién abandonó el país. Y muchos eran bengalíes de Bengala occidental, enviados de Calcuta. Los había enviado ella, la señora Gandhi. Los bengalíes se parecen todos, ¿quién se hubiera dado cuenta? Y ahora hablemos de otra historia: las mujeres violadas y muertas. No la creo. Seguramente no faltaron excesos, pero el general Tikka Khan dice que en aquellos meses invitó a la población a que denunciara directamente los abusos. Lanzaba la invitación por los altavoces y no tuvo conocimiento más que de cuatro. ¿Queremos multiplicar por diez, llegar a cuarenta? Aún estamos muy lejos de las insensatas cifras que Mujib y la Gandhi han difundido.

No, señor presidente. Multiplique mejor por mil o tal vez por diez mil: estará en lo justo. Si Mujib habla a tontas y a locas cuando cita tres millones de muertos, Tikka Khan bromea cuando habla de cuatro atropellos. Se cometieron atrocidades en masa: se lo dice una que vio los cadáveres en Dacca. Y a propósito: acaba usted de usar una expresión tremenda, señor presidente. Ha dicho: «moralmente justificable». «Justificado: justified.» ¿Lo he comprendido bien? ¿Intentaba precisamente decir que aquella matanza estuvo moralmente justificada?

Cada gobierno, cada país, tiene derecho a ejercer la fuerza cuando es necesario. Por ejemplo, en nombre de la unidad. No se puede construir sin destruir. Para construir su país, Stalin se vio obligado a usar la fuerza y matar. Mao se vio obligado a usar la fuerza y matar. Y cito solamente dos casos recientes, sin recorrer toda la historia mundial. Sí, hay circunstancias en las que una represión sangrienta es justificable y está justificada. De la represión de los secesionistas dependía, en marzo, la unidad del Pakistán. Pero dirigirla con tal brutalidad contra el pueblo, incluso los responsables, no era necesario. Con estos métodos no se convence a la pobre gente a la que se le ha contado que con los Seis Puntos no habrá más ciclones, no habrá más inundaciones, no habrá más hambre. Yo hablé contra tales métodos con mayor violencia que cualquier otro, y cuando nadie se atrevía a hacerlo.

Sin embargo, ahora ha colocado a Tikka Khan, el general que dirigió la matanza, al frente del ejército. ¿Exacto?

Tikka Khan es un soldado y hace el oficio de soldado. Fue a Pakistán oriental con órdenes concretas y volvió por órdenes concretas. Hizo lo que le dijeron que hiciera, aunque no siempre estuviera de acuerdo, y yo lo he elegido porque sé que seguirá mis órdenes con la misma disciplina. Y no intentará meter la nariz en política. No puedo destruir a todo el ejército y, de todas maneras, su mala reputación por los sucesos de Dacca es exagerada. De aquellos hechos hay un único responsable: Yahya Khan. Él y sus consejeros estaban tan borrachos de poder y corrupción que incluso habían olvidado el honor del ejército. No pensaban más que en procurarse hermosos automóviles, construirse hermosas casas, estrechar amistades con los banqueros y llevar dinero al extranjero. A Yahya Khan no le interesaba el gobierno del país, le interesaba el poder por el poder y nada más. ¿Qué clase de jefe es el que empieza a beber cuando se despierta y deja de hacerlo cuando se acuesta? No tiene ni idea de lo penoso que resultaba tratar con él. Era realmente Jack el Destripador.

¿Dónde está ahora Yahya Khan? ¿Qué van a hacer con él?

Está en arresto domiciliario en una localidad cercana a Rawalpindi, en una villa que pertenece al gobierno. Sí, tengo en las manos un gran problema. He constituido una comisión de guerra para estudiar las responsabilidades inherentes al último conflicto; espero sus resultados y que éstos me ayuden a decidir. Si la comisión lo juzga culpable, su-

pongo que habrá un proceso. La derrota que hemos sufrido es suya. La señora Gandhi puede vanagloriarse con razón de haber ganado una guerra, pero, si la ha ganado, debe agradecerse sobre todo a Yahya Khan y a su banda de analfabetos psicópatas. Hasta hacerlo razonar era una empresa imposible: sólo servía para perder el aliento. En abril, después del bonito trabajo de Dacca, me convocó. Estaba satisfecho, seguro de sí mismo, convencido de tener la situación en un puño. Me ofreció de beber y me dijo: «Bien, vosotros los políticos ya habéis terminado». Luego me dijo que no sólo Mujib sino que también yo era considerado como un agitador, que también yo predicaba contra la unidad del Pakistán. «No hacen más que presionarme para que le arreste, Bhutto.» Me enfadé de tal manera que perdí el dominio de mí mismo. Contesté que no me dejaría intimidar por él, que sus métodos nos llevarían al desastre, tiré el vaso de whisky y salí de la habitación. Me detuvo el general Pirzada, reteniéndome por el brazo: «No, cálmese, siéntese, regrese a la sala». Me calmé y regresé. Intenté explicarle que había gran diferencia entre Mujib y yo: él era un secesionista, yo no. Esfuerzo inútil. No escuchaba; bebía. Luego se puso de peor humor y...

Señor presidente, retrocedamos un momento para intentar comprender cómo se llegó a aquel terrible marzo moralmente justificable o no.

Bien. El 27 de enero, yo había ido a Dacca para conferenciar con Mujib. Si había que discutir algo, no había otro remedio que el peregrinaje a Dacca; él no se dignaba jamás venir a Rawalpindi. Yo fui, por tanto, a Dacca, a pesar de que aquel mismo día había muerto el marido de mi hermana que tenía que ser sepultado en la tumba de los antepasados en Larkana. Y mi hermana se ofendió. En las elecciones, Mujib había obtenido la mayoría en el Pakistán oriental y yo la había obtenido en el Pakistán occidental. Pero ahora insistía en los Seis Puntos y había que llegar a un acuerdo: Yahya Khan pretendía que en el término de ciento veinte días definiéramos la Constitución, de lo contrario disolvía la Asamblea y convocaría nuevas elecciones. Hacerle comprender esto a Mujib era una empresa desesperada: no se puede pedir cerebro a quien carece de él. Yo razonaba, explicaba; y él repetía con obtusa monotonía: «Los Seis Puntos. ¿Acepta los Seis Puntos?» Sobre el primero, sobre el segundo e incluso el tercero yo estaba dispuesto a negociar. Pero el cuarto preveía que cada provincia dispondría a su modo del comercio y de la ayuda exterior. ¿Dónde iría a parar la soberanía del Estado, la Unidad del país? Además, era

notorio que Mujib quería separar el Pakistán oriental del occidental y que desde 1966 mantenía contactos con los hindúes. En enero nuestro diálogo se interrumpió y se reanudó en marzo. A mediados de marzo, Yahya Khan vino a Karachi y me dijo que pensaba ir a Dacca, ¿quería ir también yo? Le contesté que sí, si Mujib estaba dispuesto a hablar conmigo. El telegrama con el que fui informado de que Mujib estaba dispuesto a hablar conmigo procedía de Dacca y del propio Yahya Khan. Partí el 19 de marzo. El 20 me reuní con Yahya y el 21 con Mujib y con Yahya. Sorpresa: Mujib era todo mieles con Yahya: «He venido para ponerme de acuerdo con usted, señor presidente, y no quiero tener nada que ver con el señor Bhutto. A la prensa le diré que me he reunido con el presidente y que el señor Bhutto estaba allí por casualidad», decía en tono ceremonioso. Y Yahya: «No, no, Mujib. Deben ustedes hablar». Y Mujib: «¡Ha muerto tanta gente con el ciclón! ¡Tanta gente!» Éste es su sistema: de repente en su mente enferma se imprime una frase que tal vez no tiene relación con nada, y la repite hasta el agotamiento. En un determinado momento perdí la paciencia: ¿qué culpa tenía yo del ciclón? ¿Lo envié yo? Por toda respuesta se levantó y contestó que tenía que ir a un funeral. Y..., oh, no vale la pena...

Sí la vale. Continúe, señor presidente, se lo ruego.

El hecho es que cuando se habla de Mujib, todo parece increíble. No comprendo cómo el mundo se lo puede tomar en serio. Bien, yo también me levanté para escoltarlo a la antecámara aunque no lo desease. En la antesala había tres personas: el ayudante de campo de Yahya, su secretario militar y su carnicero político, Umar. Mujib se puso a gritar: «¡Fuera todos, fuera todos! Tengo que hablar con el señor Bhutto». Salieron los tres. Él se sentó y me dijo «¡Hermano, hermano! ¡Tenemos que llegar a un acuerdo, hermano! ¡Por el amor de Dios, te lo suplico!» Aturdido, lo conduje fuera para que nadie le oyese. Fuera, y en tono particularmente agitado, declaró que yo debía quedarme con el Pakistán occidental, y él con el oriental, y que ya lo había organizado todo para una entrevista secreta. Que al anoecer mandaría a buscarme. Le contesté que el asunto no me gustaba, que no había ido a Dacca para encontrarnos como dos ladrones bajo un bano en la oscuridad, que no intentaba desmembrar el Pakistán y que si quería la secesión no tenía más que proponerla a la Asamblea contando con su mayoría absoluta. Pero era como hablarle a una pared. Tuve que aceptar el compromiso de reemprender el diálogo a través

de nuestros portavoces. Y sucedió, claro está, que no se llegó a nada. En aquellos días estaba más desequilibrado que nunca, perdía la cabeza por cualquier cosa. Y así llegamos al día 25.

¿No advirtió nada sospechoso el 25 de marzo?

Sí. Como si hubiese madurado cierto malestar, como una sensación extraña. Cada tarde me reunía con Yahya para contarle que Mujib y yo no progresábamos en absoluto, y Yahya reaccionaba sin interés. Miraba a otra parte y se quejaba de la televisión o de que no podía escuchar sus canciones favoritas: no habían llegado sus discos de Rawalpindi. Sin embargo, la mañana del 25 me dijo algo que me dejó cortado: «No es necesario que vea hoy a Mujib. Él y yo nos reuniremos mañana». Le contesté: «Muy bien», y, a las ocho de la tarde, se lo conté al enviado de Mujib. Y éste exclamó: «¡Este hijo de perra ya se ha ido!» No le creí. Telefoneé a la residencia presidencial y pregunté por Yahya. Me dijeron que no podían molestarle: estaba cenando con el general Tikka Khan. Telefoneé a Tikka Khan. Me contestaron que no podían molestarle: estaba cenando con Yahya Khan. Sólo entonces empecé a preocuparme y, sospechando un enredo, me fui a cenar y luego a dormir. Me despertaron los disparos y los amigos que corrían en las otras habitaciones. Corrí a la ventana y, Dios es testigo, lloré. Lloré y me dije: «Mi país ha terminado».

¿Por qué? ¿Qué vio usted desde aquella ventana?

No vi matanzas indiscriminadas, pero los soldados intentaban demoler la sede del «People», un periódico de la oposición que tenía las oficinas justo enfrente del Intercontinental. Por medio de altavoces ordenaban a la gente que saliera. A los que salían se les colocaba aparte bajo la amenaza de las metralletas. Otras personas estaban agrupadas en la calzada e inmovilizadas por las metralletas, y el hotel estaba rodeado por carros armados. El que intentaba refugiarse en él caía en manos de los soldados. Esto es todo. Que Mujib había sido arrestado lo supe a las ocho de la mañana cuando partí. ¿Cómo lo tomé? Me alegré de que estuviese vivo y pensé que lo habrían maltratado un poco. Luego pensé que su arresto serviría para llegar a un compromiso: no le retendrían en la cárcel más que un mes o dos y en este tiempo se podía reimplantar el orden y la ley.

Señor presidente, Mujib le decía: «Quédate con el Pakistán occidental y yo me quedo con el oriental». Y así ha sido. ¿Lo odia por esto?

En absoluto. Y no lo digo a la hindú, o sea con hipocresía. Lo digo sinceramente porque, en lugar de odio, experimento hacia él una gran compasión. Es tan incapaz, tan vanidoso, tan falto de cultura, de sentido común, de todo. No está en condiciones de resolver ningún problema: ni política, ni social, ni económica, ni internacionalmente. Sólo sabe chillar y darse muchos humos. Lo conozco desde 1954 y nunca lo he tomado en serio: desde el primer momento comprendí que no tenía ninguna profundidad ni preparación, que era un agitador fogoso, pero con absoluta falta de ideas. La única idea que siempre ha tenido metida en la cabeza es la de la secesión. Hacia un tipo semejante, ¿qué se puede sentir sino piedad? En 1961, durante uno de mis viajes a Dacca, le volví a ver. Estaba en el vestíbulo de mi hotel, le salí al encuentro y le dije: «Salve, Mujib, bebamos una taza de té». Apenas acababa de salir de la cárcel, parecía amargado, y aquella vez casi conseguimos hablar con serenidad. Hablé de cómo Pakistán oriental era explotado por el Pakistán occidental, tratado como una colonia, chupándole la sangre; y era cierto, incluso yo lo había escrito en un libro. Pero no sacó ninguna conclusión, no explicó que el defecto estaba en el sistema económico y en el régimen, no habló de socialismo ni de lucha. Dijo también que el pueblo no estaba preparado para la lucha, que nadie podía oponerse a los militares, que las injusticias tenían que resolverlas los militares. No tenía valor. Nunca lo ha tenido... ¿es cierto que con los periodistas se define como «el tigre de Bengala»?

También dice que en el proceso rehusó defenderse y que su comportamiento después del arresto fue heroico. Estaba en una celda donde ni siquiera había un colchón para dormir.

¡Qué dice! No estaba en una celda, estaba en un apartamento puesto a disposición de los detenidos políticos importantes. En Lyallpur, junto a Mianwali, la cárcel del Punjab. Allí no le estaba permitido leer los periódicos ni escuchar la radio, pero tenía a su disposición toda la biblioteca del gobernador del Punjab y vivía muy bien. Incluso le pusieron un cocinero bengalí porque quería comer a la bengalí. En el proceso se defendió y de qué manera. Pidió ser asistido por dos eminentes abogados: Kamal Hussain y A. K. Brohi, su amigo y consejero legal. Kamal Hussain estaba en la cárcel, pero Brohi no, y tener a éste significaba tener lo mejor de lo mejor. Le diré más. Al principio Brohi no quería aceptar, pero Yahya Khan le obligó y entonces se presentó al proceso con cuatro asistentes: otros cuatro abogados. Pagados por el Estado, naturalmente. Costó una fortuna aquel proceso.

Pues bien, Brohi tiene un solo defecto: es un poco charlatán. Por tanto, cada vez que volvía de Lyallpur a Karachi contaba las conversaciones con Mujib y decía que hubiera resultado difícil hallarlo culpable, dada la manera tan convincente como había dispuesto las cosas en lo referente a la unidad del Pakistán y a su devoción por Yahya Khan. Mujib no se cansaba de repetir que Yahya Khan era un gran hombre, un gran patriota, que se desvió por mi culpa, que yo era el responsable de su arresto. Esto me fue confirmado por el general Pirzada, que dijo: «Entréguenmelo a mí y verán cómo me define como un gran hombre, un gran patriota y les insulta a ustedes». Es lo que hubiera sucedido.

Pero fue condenado.

No. El tribunal especial lo juzgó culpable y desde aquel momento correspondía a Yahya como administrador de la ley marcial elegir la pena, que podía ser de cinco años de prisión, prisión perpetua o ejecución capital. Yahya no decidió nada: había estallado la guerra y tenía otras cosas en la cabeza.

Mujib me dijo a mí que le habían cavado la fosa.

¿Sabe lo que era aquella fosa? Un refugio antiaéreo. Lo excavaron alrededor de los muros de la cárcel. ¡Pobre Mujib! Con lo miedoso que es, interpretaba cualquier cosa como un anuncio de muerte. Pero no creo que Yahya pensase en matarlo. El 27 de diciembre, cuando juré como nuevo presidente de la República, me encontré con Yahya Khan. Estaba desesperado, borracho, parecía el retrato de Dorian Gray. Me dijo: «El mayor error de mi vida ha sido no ajusticiar a Mujib Rahman. Hágalo usted, si le parece».

¿Y usted?

Le respondí que no lo haría y, después de haber meditado sobre ello, me dispuse a liberar a Mujib. Después de haber sido condenado por todos por las supuestas atrocidades del ejército, el Pakistán necesitaba simpatías: pensé que el acto de clemencia nos procuraría muchas simpatías. Y pensaba, además, que este gesto aceleraría la devolución de los prisioneros de guerra. De manera que envié un comando a Lyallpur para que trasladase a Mujib a Rawalpindi. Cuando el comando llegó, Mujib se asustó mucho. Empezó a lamentarse de que habían ido para ejecutarlo y ni se calmó durante el viaje ni en el momento de entrar en la villa que yo había puesto a su disposición. Una pequeña y

bonita villa para los huéspedes distinguidos. Cuando llegué con un aparato de radio, uno de televisión y un paquete de vestidos, me espetó: «¿Qué hace usted aquí?» Le expliqué que era ahora el presidente y en seguida cambió de tono. Me echó los brazos al cuello, me dijo que ésta había sido la mejor noticia de su vida, que Dios me enviaba para salvarlo... (También la otra vez había sido yo quien le había liberado.) Luego, como era previsible, empezó a atacar a Yahya Khan y se interrumpió sólo para preguntarme si podía considerarse libre. Le volví a ver otras dos veces antes de que regresara a Dacca vía Londres. Y las dos veces sacó el librito del Corán y juró sobre el Corán que mantendría relaciones con el Pakistán occidental. Incluso lo juró en el avión cuando le acompañé a las tres de la mañana, y casi consiguió conmovirme. Jurando me abrazaba, me daba las gracias, me repetía su eterna gratitud: «No se preocupe, señor presidente, volveré pronto. Quiero conocer mejor su hermoso país y volveré a verme pronto, muy pronto».

¿Lamenta alguna vez el haberlo liberado?

No, nunca. Es un pakistaní como yo, diga él lo que diga. Y más de una vez hemos sufrido las mismas acusaciones, las mismas persecuciones; en el fondo hay un vínculo entre nosotros. Yo lo recuerdo siempre como lo vi un día de enero en que se agarraba a mi brazo y sollozaba e imploraba: «¡Sálvame, sálvame!» Mi piedad por él es auténtica. Y, además, el pobre Mujib no durará mucho. Ocho meses, un año todo lo más; luego perecerá en el caos que él mismo ha querido. Mire, hoy Bangla Desh es un satélite de la India. Pero pronto acabará siendo un satélite de Rusia y Mujib no es comunista. Aun cuando consiga zafarse, cosa que excluyo, se encontrará con los maoístas a la espalda, que son los verdaderos vencedores de esta guerra. Ya los tiene encima. Políticamente, los mukti bahini no cuentan en absoluto faltos como están de toda preparación ideológica, de todo adoctrinamiento, de toda disciplina. Socialmente, son un estorbo: no saben más que tirar tiros al aire, asustar, robar y gritar «Joy Bangla». Y no se puede llevar adelante un país al grito de «Joy Bangla». En cambio los maoístas bengalíes..., bueno, es cierto que no representan un producto muy refinado: como máximo han leído medio librito de Mao. Pero son una fuerza articulada, no se dejan utilizar por los hindúes y tampoco creo que estén contra la unidad de Pakistán. Terminarán llevándose la mejor parte. Haría falta un genio para resolver tan complejos y espantosos problemas: imaginemos si puede afrontarlos Mujib. Y

además aquélla es una tierra muy desgraciada: ciclones, inundaciones, tempestades. Se diría que han nacido bajo una mala estrella y no olvidemos que, económicamente, siempre han sido el desecho del mundo. ¡Si hubiese visto lo que era Dacca en 1947 e incluso en 1954! Un sucio villorrio donde ni siquiera había calles. Ahora que todo ha sido destruido, también gracias a la dinamita de los mutki bahini, Bangla Desh...

Me sorprende que diga Bangla Desh.

Ni que decir tiene que lo digo con rabia y desprecio. Es obvio que para mí sigue siendo el Pakistán oriental. Pero, con razón o sin ella, y aunque sea a consecuencia de una acción militar de los hindúes, cincuenta países lo han reconocido. Debo aceptarlo. Incluso estoy dispuesto a reconocerlo, si la India nos restituye a los prisioneros, si terminan las matanzas de los bihari, si los federalistas no son perseguidos. Para reunirnos en una federación, primero hace falta restablecer relaciones diplomáticas. Y yo creo que dentro de diez o quince años, el Pakistán y Bangla Desh podrán reunirse en una federación. Podrán o deberán. Si no, ¿quién llenará el vacío? ¿Bengala occidental que quiere separarse de la India? No hay nada en común entre bengalíes del este y bengalíes del oeste. En cambio, los bengalíes del este y nosotros tenemos en común la religión. La partición de 1947 fue justísima.

¿Justísima? ¿Crear un país con las dos partes separadas por dos mil kilómetros y, en medio, la India?

Las dos partes han permanecido unidas durante veinticinco años, a pesar de los errores cometidos. El Estado no es sólo un concepto territorial o geográfico. Cuando la bandera es la misma, el himno nacional es el mismo, la religión es la misma, la distancia no es un problema. En la época en que los mogoles unificaron la India, los musulmanes de esta parte empleaban cien días para llegar a la otra. Ahora bastaban ciento veinte minutos de avión. ¿Me explico?

No, señor presidente. Comprendo mejor a Indira Gandhi cuando dice que la partición de 1947 fue injusta y que las guerras de religión resultan ridículas en los años setenta.

La señora Gandhi no sueña más que con una cosa: quedarse con todo el subcontinente, subyugarnos. Quisiera una confederación para hacer desaparecer el Pakistán de la faz de la tierra y por esto afirma

que somos hermanos, etc. No somos hermanos. No lo hemos sido nunca. Nuestras religiones inciden con demasiada profundidad en nuestras almas, en nuestros sistemas de vida. Nuestras culturas son diversas, nuestras actitudes son distintas. Desde el día en que nace hasta el día en que muere, un hindú y un musulmán están sometidos a leyes y costumbres que no tienen ningún punto de contacto. Hasta su manera de comer y de beber son distintas. Son dos religiones fuertes e irreconciliables. Lo demuestra el hecho de que ninguna de las dos ha conseguido nunca llegar a un compromiso con la otra, a un *modus vivendi*. Sólo las monarquías dictatoriales, las invasiones extranjeras, de los mogoles a los ingleses, han conseguido mantenernos juntos en una especie de *pax romana*. Pero nunca hemos llegado a una relación armoniosa. Los hindúes no son las míticas criaturas que la señora Gandhi quiere hacer creer. Sienten respeto por las vacas sagradas, pero no por los musulmanes. Siempre nos han maltratado, humillado. Nunca olvidaré el episodio que viví en 1944. Estaba de vacaciones con mis padres, en Cachemira. Corría arriba y abajo por una colina como hacen los chicos y de repente me entró una gran sed. Corrí hacia un hombre que vendía agua y le pedí de beber. El hombre llenó la taza, hizo ademán de dárme-la, pero se detuvo y preguntó: «¿Eres hindú o musulmán?» Yo dudaba en contestar porque deseaba desesperadamente el agua. Por fin respondí: «Soy musulmán». Y entonces el hombre derramó el agua en el suelo. Cuénteselo a la señora Gandhi.

Ustedes dos no se pueden sufrir, ¿verdad?

Yo ni siquiera la tomo en cuenta. La creo una mujer mediocre con una inteligencia mediocre. No hay nada grande en ella, sólo el país que gobierna. Quiero decir que es el trono lo que la hace parecer grande aunque sea pequeñísima. Y también el apellido que lleva. Créame, si fuera primer ministro de Ceilán no sería más que una Bandaranaike. Y si fuera primer ministro de Israel... No, no me atrevo a compararla a Golda Meir. Golda es demasiado superior. Tiene una mente aguda, un juicio seguro, y sale de crisis más difíciles que las de la señora Gandhi. Ella ha llegado al poder por su talento. En cambio, la señora Bandaranaike ha llegado por el simple hecho de ser la viuda de Bandaranaike, y la señora Gandhi por el simple hecho de ser la hija de Nehru. Sin la inteligencia de Nehru. Con todos sus saris, su peca roja en la frente y su sonrisita, nunca conseguirá impresionarme. Nunca me ha impresionado desde el día en que la conocí en Londres. Participábamos los dos en una conferencia y ella tomaba apuntes con

tal meticulosidad e insistencia que le dije: «¿Toma apuntes o escribe una tesis?» Y a propósito de tesis: no creo que haya conseguido licenciarse en historia en Oxford. En Oxford, yo he hecho en dos años el curso de tres. Ella, en tres años, no ha sido capaz de terminar el curso.

¿No le parece que es usted un tanto excesivo, un tanto injusto? ¿De veras cree que ella podría durar tanto en el poder si no valiese nada? ¿O se limita a creer que no vale nada porque es una mujer?

No, no. No tengo nada contra las mujeres al frente de un Estado, aunque no creo que las mujeres sean mejores jefes de Estado que los hombres. Mi opinión sobre la señora Gandhi es impersonal y objetiva. No está en absoluto influida ni siquiera por el hecho de que se comporte tan deplorablemente no devolviéndonos los prisioneros de guerra y no respetando la Convención de Ginebra. Yo siempre la he visto así: como una estudiante diligente y aplicada, una mujer falta de iniciativa y de fantasía. De acuerdo en que hoy es mejor que cuando estudiaba en Oxford o cuando tomaba apuntes en Londres. El poder le ha dado confianza en sí misma y no ha tenido más que éxitos. Pero ha sido un éxito desproporcionado a sus méritos; si la India y el Pakistán llegasen a ser países confederados, yo le quitaría el sitio sin esfuerzo a la señora Gandhi. No temo un enfrentamiento intelectual con ella. Estoy dispuesto a reunirme con ella cuando y donde quiera. Lo único que me molesta es la idea de ser escoltado por una guardia de honor del ejército hindú y el contacto físico con la señora Gandhi. Me irrita. ¡Cielos, no me haga pensar en esto! Cuénteme más bien qué opina la señora Gandhi de mí.

Me dijo que era usted un hombre sin equilibrio, que hoy dice una cosa y mañana otra, que nunca se comprende qué está pensando.

¿Ah, sí? En seguida le responderé. La única cosa que acepto del filósofo John Locke es esta afirmación: «La coherencia es una virtud de las mentes pequeñas». En otras palabras, pienso que un concepto fundamental debe permanecer incommovible; pero que, dentro de este concepto fundamental, hay que moverse hacia delante y hacia atrás. Ahora caliente, ahora frío. Un intelectual nunca debe aferrarse a una única y precisa idea: debe ser elástico. De lo contrario desemboca en el monólogo, en el fanatismo. Para un político, ídem. La política significa, de por sí, movimiento: un político debe ser móvil. Debe ondear de la izquierda a la derecha, debe poner sobre la mesa contradicciones y dudas. Debe cambiar continuamente, probar, atacar por todos los

lados hasta encontrar el punto débil del adversario y acabar con él. ¡Ay si se pone súbitamente a prueba su concepto fundamental, ay si se descubre, si se cristaliza! ¡Ay si se contiene la pirueta con la que se derribará al adversario a la lona! La incoherencia aparente es la primera virtud del hombre inteligente y del político astuto. Si la señora Gandhi no comprende esto, no comprende la belleza del oficio que desempeña. Su padre, en cambio, sí lo comprendía.

Indira Gandhi dice que Nehru no era un político, era un santo.

¡Oh, la señora Gandhi hace un flaco favor a su padre! Sin embargo, Nehru era un gran político. ¡Si ella tuviese la mitad del talento paterno! Aunque estuviese contra el principio del Pakistán, yo siempre admiré a aquel hombre. Ya me sedujo cuando yo era joven. Sólo más tarde comprendí que era un encantador con muchos defectos, vanidoso, despiadado, y que no tenía la clase de un Churchill, de un Stalin o de un Mao Tse-tung. Y ¿qué más, qué más dice la señora Gandhi?

Dijo que la guerra la habían empezado ustedes, los pakistantes.

Ridículo. Todos saben que fueron ellos quienes nos atacaron: el 26 de noviembre, en el frente oriental. ¿O acaso el Pakistán oriental no era el Pakistán? Seamos serios: si alguien invade Palermo, ¿no se llega a la conclusión de que Italia ha sido atacada? La señora Gandhi olvida que nuestro contraataque en Cachemira, territorio conflictivo, data sólo del 3 de diciembre. Recuerdo haber visto a Yahya el 29 de diciembre y recuerdo haber criticado la falta de un contraataque. «Usted se comporta como si al Este no hubiese ocurrido nada. Retardando la acción no hace más que favorecer el juego de la India, hace creer que Pakistán oriental y el Pakistán occidental no son el mismo país», le dije. Pero él no me escuchaba. Cambió cuatro veces las órdenes para el contraataque. La cuarta vez, los oficiales y los soldados, desesperados, se golpeaban la cabeza contra los carros armados. ¿Y Dacca? Retirémonos a Dacca, decía yo, hagamos de ella una fortaleza y resistamos diez meses, un año: todos se pondrán de nuestra parte. Pero él sólo se preocupaba de que los hindúes no conquistasen un poco de territorio y nos plantasen la bandera de Bangla Desh. Y cuando ordenó a Niazi que se rindiera... ¡Cielos! Hubiera podido morir mil veces y me hubiera sentido mejor. Me acuerdo que estaba en Nueva York. Me había enviado allí como turista y me encontré con aquella increíble sesión de la ONU...

E hizo una escena.

Una verdadera escena, lo admito. Estaba fuera de mí de rabia, de disgusto. La arrogancia de los hindúes. El miedo de las grandes potencias que sólo querían complacer a la India. No pude controlarme e hice aquel discurso en que los mandé a todos al infierno. Hasta lloré. Sí, lloro a menudo. Lloro siempre que descubro algo indigno, injusto. Soy muy emotivo.

Emotivo, imprevisible, complicado, y... muy discutido. Me parece que ha llegado el momento de ocuparnos de su persona, señor presidente. Hablemos un poco de este hombre que es riquísimo y, sin embargo, es socialista, que vive a la occidental y, sin embargo, tiene dos mujeres...

Hay muchos contrastes en mí; soy consciente de ello. Intento conciliarlos, pero no lo consigo y sigo siendo esta extraña mezcla de Asia y Europa. Mi cultura es laica y mi educación es musulmana. Mi mente es occidental y mi espíritu oriental. En cuanto a las dos mujeres, ¿qué puedo hacer? Me casaron a los trece años, con mi prima. Yo tenía trece años y ella veintitrés. Ni siquiera sabía lo que significaba tener una mujer y, cuando intentaron explicármelo, me enfadé como un loco. Me puse hecho una furia. Yo no quería una mujer. Quería jugar al cricket. Me gustaba mucho el cricket. Para calmarme tuvieron que regalarme dos bolsas nuevas de cricket. Y terminada la ceremonia, me escapé a jugar al cricket. ¡Cuántas cosas tengo que cambiar en mi país! Y yo tuve suerte. A mi compañero de juegos lo casaron a los once años con una mujer de treinta y dos. Siempre me decía: «¡Feliz tú!» Cuando me enamoré de mi segunda mujer tenía veintitrés años. También estudiaba en Inglaterra y, aunque ella era iraní, o sea de un país donde es vigente la poligamia, me fue difícil convencerla para que se casase conmigo. No tenía muchos argumentos fuera de estas palabras: «*So what, dammit!* ¡Y eso qué importa, maldición!» Nunca me pasó por la cabeza la idea de divorciarme de mi primera mujer. No sólo porque es mi prima sino porque tengo una responsabilidad hacia ella. Arruinaron toda su existencia por aquel absurdo matrimonio con un niño, por la absurda costumbre en la que habíamos crecido. Ahora vive en mi casa de Larkana y nos vemos de vez en cuando. Casi siempre está sola. Ni siquiera ha tenido hijos: mis cuatro hijos son de mi segundo matrimonio. Estuve poco con ella; apenas adolescente me fui a Occidente a estudiar. Una historia injusta. Haré todo lo posible por desterrar la poligamia que, además, causa un problema económico no

menos importante. Es frecuente que las mujeres acaben separadas en casas o en ciudades distintas, como en mi caso. Y no todos se lo pueden permitir como yo. Aunque no sea rico como usted dice.

¿No...?

No. Para ustedes ser rico significa ser un Dupont o un Rockefeller. Para nosotros significa mucho menos. Aquí es rico el que posee mucha tierra, pero es rico como los que en Europa poseen espléndidas villas de esparcimiento y para vivir van por ahí haciendo el «gigolo». Nuestra tierra es seca, produce poco. Más que rico digamos que soy relativamente rico, que vivo bien, que mi hermana vive bien, que mi hermano vive bien, que todos hemos ido a buenas escuelas, pero que no hemos tirado un céntimo. Yo nunca he hecho el playboy. Cuando era estudiante en Norteamérica o en Oxford nunca me compré un automóvil. Siempre he administrado el dinero con sentido común; por ejemplo, para ir a Europa a conocer gentes interesantes o para comprarme libros. Si echa una ojeada a mi biblioteca comprenderá dónde ha ido a parar gran parte del dinero: a los libros. Tengo miles, algunos antiguos y bellísimos. Leer me ha gustado siempre hasta la locura. Como hacer deporte. Algunos me acusan de ir bien vestido. Es cierto. Pero no porque gaste y derroche en trajes sino porque soy limpio. Adoro lavarme y cambiarme. Nunca he soportado a los príncipes hindúes y pakistaníes que van sucios y huelen. Poseo casas cómodas y bonitas. También esto es verdad. Pero durante mucho tiempo ni siquiera he tenido aire acondicionado. Invito a cenas, pero nunca a gente vacía o inútil. Sé bailar, pero sólo porque me gusta la música y porque detesto hacer de figura decorativa cuando los demás bailan. Finalmente...

Finalmente tiene una reputación de «ladies killer», de ser un mujeriego. ¿Es cierto, señor presidente?

Hay mucha exageración también en esto. Soy un romántico; creo que no se puede ser político sin ser romántico, y como romántico pienso que nada inspirará tanto como un idilio. No hay nada de malo en enamorarse y conquistar a una mujer. ¡Pobres de los hombres si no se enamorasen! Uno se puede enamorar incluso cien veces y yo me enamoro. Pero soy un hombre muy, muy moral. Y respeto a las mujeres. La gente cree que los musulmanes no respetan a las mujeres. Es un error. Respetarlas y protegerlas es una de las primeras enseñanzas de nuestro profeta Mahoma. Una vez, yo que no me creó un campeón de la violencia física, azoté a un hombre. ¿Sabe por qué? Porque había

violentado a una niña. Y hoy me ha cegado la ira cuando he leído que un centenar de estudiantes, en la playa de Karachi, han agredido y desnudado a algunas estudiantes. ¡Granujas! Les haré aplicar la ley marcial. Y digo más. Si se comprobara que nuestros soldados violentaron a las mujeres de Bangla Desh, exigiría ser yo mismo quien los procesara y castigase.

Ocupémonos de otra cosa, señor presidente. Ocupémonos de su marxismo y de cómo puede conciliarlo con sus privilegios, con su misma fe musulmana.

Yo me defino marxista en sentido económico, o sea limitándome a aceptar la doctrina marxista en lo que respecta a la economía. Del marxismo rechazo la interpretación dialéctica de la historia, las teorías sobre la vida, las preguntas sobre la existencia de Dios. Como buen musulmán creo en Dios. Con razón o sin ella, creo. La fe es algo que se tiene o no se tiene. Si se tiene, es inútil discutirla. Yo la tengo y no estoy dispuesto a renunciar a ella en nombre de los aspectos eclesiásticos o filosóficos del marxismo. Al mismo tiempo estoy convencido de que declararse marxista y declararse musulmán son dos cosas que pueden marchar juntas, sobre todo en un país subdesarrollado como el Pakistán en que no veo más solución que el socialismo científico. He dicho Pakistán: no levanto banderas para cruzadas internacionales, no meto la nariz en los asuntos ajenos. Me limito a concentrarme en la realidad de mi país: No, no a través de un proceso revolucionario, lo reconozco. Me gustaría; puedo mirarla a los ojos y jurarle que soy un revolucionario. Pero no puedo permitirme revoluciones improvisadas y sangrientas. Pakistán no lo soportaría, sucumbiría al desastre. Debo actuar con paciencia, a través de reformas, de medidas que gradualmente conduzcan al socialismo: nacionalizando donde sea posible, renunciando donde sea necesario, respetando los capitales extranjeros de los que tenemos necesidad. Debo tomarme tiempo, ser como un cirujano que no hunde demasiado el bisturí en el tejido de la sociedad. Es una sociedad muy enferma; para que no muera en la operación, hay que tratarla con cautela, poco a poco, esperando que una herida se cierre, que una reforma se consolide. Hemos dormido durante tantos siglos que no podemos despertarnos brutalmente con un terremoto. También Lenin, al principio, recurrió a los compromisos.

Señor presidente, muchos no le creen. Dicen que es usted un demagogo que sólo busca el poder, que está dispuesto a cualquier cosa con tal de mantenerse en el poder, que no renunciará a sus posesiones.

¿No? Con la reforma agraria que he hecho en estos tres meses, mi familia ha perdido 45.000 acres de tierra. Yo personalmente he perdido de 6000 a 7000 acres. Y perderé otros tantos, y también los perderán mis hijos. Dios es testigo de que no juego con el socialismo, de que no actúo lentamente por egoísmo. Yo no temo perder lo que tengo desde el día en que leí a Marx. Puedo incluso decirle el lugar y la fecha: Bombay, 1945. En cuanto a la acusación de que miro sólo, por el poder; bien: creo oportuno que nos entendamos sobre la palabra poder. Yo no entiendo por poder lo que tenía Yahya Khan. Entiendo por poder el que se ejerce para nivelar las montañas, hacer florecer los desiertos, construir una sociedad donde no se muera de hambre y de humillación. No tengo malos programas, no quiero convertirme en un dictador. Pero debo decirle desde ahora que tendré que ser muy duro, incluso autoritario. Los vidrios rotos que intento pegar son, a menudo, astillas. Tengo que tirar las astillas. Y si las tiro con mano ligera, no tendré un país, tendré un bazar. No se mete uno en política para pasar el rato. Uno se mete en política para conseguir el poder y el que diga lo contrario es un mentiroso. Los políticos siempre quieren hacer creer que son buenos, morales, coherentes. No caiga nunca en su trampa. No existe un político bueno, moral, coherente. La política es dar y encajar como me enseñaba mi padre diciendo: «Nunca golpees a un hombre si no estás dispuesto a ser golpeado dos veces por él». Lo demás es asunto de boy-scouts, y las virtudes del boy-scout las he olvidado desde la época en que iba a la escuela.

Se dice, señor presidente, que es usted un gran lector de libros sobre Mussolini, Hitler y Napoleón.

Cierto. Y también de libros sobre De Gaulle, Churchill y Stalin. ¿Quiere hacerme confesar que soy un fascista? No lo soy. Un fascista es, ante todo, un enemigo de la cultura y yo soy un intelectual enamorado de la cultura. Un fascista es un hombre de derechas, y yo soy un hombre de izquierdas. Un fascista es un pequeño burgués y yo procedo de la aristocracia. Leer sobre una persona no significa hacer de ella un héroe. Yo he tenido héroes, sí, pero cuando era estudiante. Los héroes, sabe, son como los chicles: se intercambian, se mastican, se escupen, y les gustan especialmente a los jóvenes. De todas maneras si le interesa saber a quién he masticado, se lo diré: a Gengis Khan, Alejandro, Aníbal y Napoleón. Sobre todo a Napoleón. También he masticado un poco a Mazzini, Cavour y Garibaldi. Y a Rousseau. ¿Ve cuántas contradicciones hay en mí?

Veo. Y ahora, para intentar comprenderle un poco mejor, le pregunto cuáles son los personajes de nuestro tiempo a los que se siente o se ha sentido más próximo: quién le ha gustado o quién le ha disgustado más.

Uno de ellos es Sukarno. Decía que yo estaba hecho de su misma madera. Me adoraba. Y yo le adoraba a él. Era un hombre excepcional a pesar de sus debilidades; por ejemplo, la de ser vulgar con las mujeres. No es necesario ni digno mostrar continuamente la propia virilidad, pero él no lo comprendía así. Tampoco comprendía la economía. Otro era Nasser. También Nasser era un hombre de primera clase y también con él estaba muy de acuerdo. Me apreciaba y yo le apreciaba a él. En 1966, cuando fui obligado a abandonar el poder, me invitó a Egipto y me recibió con los honores de un jefe de Estado. Luego dijo que podía quedarme allí hasta que quisiera. Luego, veamos... Stalin. Sí, Stalin. Siempre he sentido un profundo respeto por Stalin, un respeto visceral diría yo, idéntico a mi antipatía por Kruschev. Me comprenderá mejor si le digo que nunca me ha gustado Kruschev, que siempre me ha parecido un fanfarrón. Siempre haciéndose notar, chillando, apuntando con el dedo a los embajadores, bebiendo... Y siempre dispuesto a rendirse a los norteamericanos. Kruschev le ha hecho mucho daño a Asia... Y finalmente..., lo sé, espera usted que diga algo sobre Mao. ¿Qué quiere que le diga sobre un gigante como Mao Tse-tung? Me resulta más fácil hablar de Chu En-lai. Es al que conozco mejor, con quien he hablado y discutido extensamente. Discusiones interminables, del alba a la puesta del sol, durante días y, por lo menos, una vez al año. Desde 1962 me reúno con Chu En-lai.. Y... a él, simplemente, le admiro.

Señor presidente, todos estos hombres han tenido que luchar mucho para conquistar el poder. Usted, en cambio, no.

Se equivoca. No me ha sido nada fácil llegar hasta aquí. He estado en la cárcel y he arriesgado la piel muchas veces. Con Ayub Khan, con Yahya Khan. Han intentado matarme envenenándome la comida, disparándome... Dos veces en 1968, una vez en 1970. En Sanghar, hace dos años, estuve una hora bajo el fuego cruzado de asesinos enviados por Yahya Khan. Murió un hombre en la refriega, y otros fueron gravemente heridos... Y no olvidemos los sufrimientos morales; cuando naces rico y te pones a hacer el socialista, no se lo cree nadie. Ni los amigos de tu ambiente, que más bien te toman el pelo, ni los pobres que no tienen las suficientes luces para creer en tu sinceridad.

Lo más difícil para mí no ha sido escapar a los tiros o al veneno: ha sido conseguir que me tomaran en serio los que no creían en mí. Los privilegios entre los que he nacido no me colocan sobre la alfombra voladora de Aladino y si no hubiera tenido esta vocación por la política...

¿Cómo nació esta vocación, cómo se manifestó?

Siempre la he tenido, desde niño. Pero si queremos hacer de psicoanalistas, digamos que se la debo a mis padres. Mi padre era un brillante político; lástima que se retirase muy pronto, después de haber perdido ciertas elecciones. Tenía un altísimo concepto de la política, el de un aristócrata que lo es hasta la punta de los dedos y me hablaba de ella de manera verdaderamente inspirada. Me llevaba de paseo por Larkana, me enseñaba los templos, las espléndidas casas, los vestigios de nuestra civilización, y me decía: mira, la política es como construir un templo, una casa. O me decía que era como hacer música o poesía. Y me citaba a Brahms, a Miguel Ángel... Mi madre era distinta. Procedía de una familia pobre y estaba obsesionada por la miseria de los demás. No hacía más que repetirme: hay-que-ocuparse-de-los-pobres, hay-que-ayudar-a-los-pobres, los-pobres-heredarán-la-tierra, etcétera. Cuando fui a Estados Unidos su mensaje me había entrado en la cabeza hasta radicalizarme. Fui a Estados Unidos para estudiar en la universidad de Berkeley donde enseñaba un gran jurista de derecho internacional. Quería licenciarme en derecho internacional. Era la época del maccartismo, de la caza de comunistas, y esto determinó mi elección. Para huir del Sunset Boulevard, de las chicas con las uñas pintadas de rojo, me escapaba a Maxwell Street y vivía con los negros. Una semana o un mes. Me sentía bien con ellos: eran sinceros, sabían reír. Y el día en que en San Diego no pude conseguir plaza en un hotel porque tenía la piel olivácea y parecía un mejicano..., bien, esto me ayudó. De Norteamérica, fui a Inglaterra. Eran los años de Argelia y me puse en seguida de parte de los argelinos. Pero no gritando eslogans ante el número 10 de Downing Street. Tal vez porque secretamente soy un poco tímido, nunca me ha gustado mezclarme con la multitud y participar en los tumultos. Siempre he preferido la discusión a través de los escritos, la lucha a través del juego político. Es más inteligente, más sutil, más refinado.

Una última pregunta, señor presidente, y perdone la brutalidad. ¿Cree que durará?

Podría terminar mañana, pero creo que duraré más que cualquiera que haya gobernado el Pakistán. Ante todo porque estoy sano y lleno de energía: puedo trabajar, como de hecho trabajo, dieciocho horas al día. Luego, porque soy joven: apenas tengo cuarenta y cuatro años, diez menos que la señora Gandhi. Y finalmente porque sé lo que quiero. Soy el único líder del Tercer Mundo que ha vuelto a la política a pesar de la oposición de dos grandes potencias: en 1966, los Estados Unidos y la Unión Soviética estuvieron muy contentos de verme en desgracia. Y la razón por la que he conseguido superar esta desgracia es que conozco la regla fundamental de este oficio. ¿Cuál es esta regla? Pues que en política, a veces, hay que fingir que se es estúpido o hacer creer a los demás que ellos son los únicos inteligentes. Pero para hacer esto hay que tener los dedos ligeros, flexibles y... ¿Ha visto alguna vez un pájaro empollando los huevos, en el nido? Pues un político debe tener los dedos lo bastante ligeros, lo bastante flexibles como para deslizarlos bajo el pájaro y llevárselos los huevos. Uno por uno. Sin que el pájaro se dé cuenta.

Karachi, abril 1972

Sirimavo Bandaranaike

Una cortina de silencio había caído sobre la tragedia, cubriendo a los vivos y a los muertos en un único sudario. Nadie habló más de Ceilán y de la revuelta. Los periodistas que durante meses intentaron desembarcar en Colombo se habían dirigido ahora a países menos cerrados y menos incómodos. Obtener el visado era todavía una empresa enervante y que tenía éxito una vez de cada cien. Si lo obtenías por casualidad y entrabas en la capital, no encontrabas más que bocas mudas y puertas cerradas. Muy pocos te ayudaban a hurgar en la verdad, la mayoría quería que el mundo olvidase lo que había sucedido en abril. ¿Qué había sucedido en abril? Lo que nadie creía que pudiera suceder en un país regido por un gobierno socialista, con comunistas y trotskistas en el poder. De improviso, una noche, decenas y decenas de miles de chicos entre los dieciséis y los veinticinco años se habían sublevado contra aquel gobierno para derrocarlo. Estudiantes de las escuelas secundarias, universitarios, licenciados recientes. Maoístas, decían algunos; guevaristas, les definían otros. Armados con viejos fusiles de caza, bombas de mano rudimentarias, cócteles Molotov, cartuchos de dinamita, cuchillos, habían asaltado en cuarenta distritos los puestos de policía, habían bloqueado los puentes y las carreteras, habían ocupado numerosos pueblos y durante tres semanas habían tenido a la isla en un puño. Sólo Colombo se había salvado, rodeada por un círculo de fuego desde donde el gobierno lanzaba llamamientos desesperados suplicando a Gran Bretaña, a la Unión Soviética, a Norteamérica, a China, a la India que enviasen tropas y municiones en aviones y helicópteros. Llegaban noticias escasas y contradictorias. La censura, bestializada, no las dejaba pasar. Callaba el teléfono, callaban los teletipos, los corresponsales más audaces eran expulsados y no tenían mucho que contar: el toque de queda duraba veinticuatro horas y no consentía indagaciones. Luego, a primeros de mayo, se había sabido que la revuelta había sido sofocada en un baño de sangre. Por lo menos cinco mil jóvenes muertos, y hay quien afirma que diez mil. La matanza de Herodes. Y acaso la matanza más injustificada de nuestro tiempo.

Quien no había muerto en combate, había muerto fusilado: como aquella muchacha de veinte años, miss Ceilán, a quien en Kataragana el pelotón de ejecución había desnudado y violado. El que no había muerto fusilado, había muerto ahorcado: como aquellos estudiantes de historia en Kosgoda. El que no había muerto ahorcado, había muerto crucificado: como aquel licenciado de Kandy. El que no había muerto crucificado había muerto quemado vivo: como aquel grupo de Akuressa, lanzado a una hoguera hecha de toldos. El que no había muerto quemado vivo, había muerto torturado: como aquel escolar de Bandaragama a quien le habían despellejado las plantas de los pies para cubríselas de pimienta. El que no había muerto torturado, había muerto decapitado o ahogado. Durante días y días los ríos habían llevado al mar los cadáve-

res de los muchachos atados unos a otros por las muñecas. Durante días y días, de los cocoteros colgaban gráciles cuerpos suspendidos por los pies. Durante días y días sobre los anuncios de las carreteras asfaltadas se vieron muchachos y muchachas clavados como Jesús. Se hubiera dicho que una oleada de locura sanguinaria había afectado a los policías y a los soldados. La pesadilla fue cesando con las detenciones. Cuando se cansaron de matar, torturar, disparar, empezaron las pesquisas. Nadie que tuviera la piel fresca y los ojos lípidos se salvaba. El que no tuviese bigotes o arrugas, el que aparentase dieciséis o veinte años, era detenido o llevado a prisión. O a un campo de concentración. En menos de un mes las escuelas y las universidades se convirtieron en horrendos depósitos de chicos y chicas amontonados como animales infectos. Quince mil detenidos según la versión oficial. Pero es lícito creer que en lugar de quince mil fueron muchos más.

Pero ¿quiénes eran estos jóvenes sublevados? ¿Quién los había sublevado, quién los había enviado al matadero? ¿Cómo se habían sublevado y por qué? ¿Qué querían, qué buscaban? ¿Qué había sucedido en realidad en este Ceilán que parecía el último lugar del mundo donde llegara una revolución? De hecho, nadie estaba aquí oprimido por un régimen de terror: se votaba libremente dentro de las garantías parlamentarias. Nadie tenía prohibido el luchar por una sociedad distinta: los partidos marxistas existían en todos los matices, desde el pro-Pekín al pro-Moscú o al pro-Cuba. E incluso Corea del Norte, Vietnam del Norte, el gobierno provisional Vietcong, la Alemania del Este, estaban representados por una embajada. Para no hablar del cuerpo diplomático chino o soviético, tratados casi mejor que el cuerpo diplomático norteamericano o británico. Pero hay algo más: aquí nadie moría de hambre o de extenuación. Una costumbre impuesta por los ingleses (que partieron de Ceilán graciosamente dejando la independencia y un montón de dinero en las arcas del Estado) establecía que cada ciudadano recibiera una ración semanal de arroz: dos kilos por cabeza. Los sindicatos eran fuertes y respetados. La asistencia médica era gratuita y también la escuela, incluso la Universidad. Desterrado el analfabetismo, cualquiera podía llegar a la licenciatura sin gastar un céntimo. Y cualquiera tenía una casa o un pedazo de tierra. Ni en la ciudad ni en el campo se veía la miseria agresiva del Pakistán, de la India, de casi toda Asia. Ni mendigos, ni enfermos, ni suciedad. Entonces, ¿por qué una revuelta tan rabiosa, una represión tan despiadada?

El análisis de la tragedia tenía que empezar por ella, Sirimavo Bandaranaike, la matrona que gobierna Ceilán. Era a ella a quien los insurgentes tenían que capturar y matar como fin del golpe de Estado; era ella quien había superado y dominado el ciclón de modo más que excepcional. Y no hay que insistir en que todo parece excepcional en esta mujer de cincuenta años que fue la primera mujer de nuestra época que llegó a primer ministro. Más que excepcional, debiera decir, no obstante, que es una extraña mezcla de candor y de astucia. Si se la encuentra por la calle sin saber quién es, se la confunde con un ama de casa que va de compras. Tiene los andares de un ama de casa y un cuerpo pesado, voluminoso y una total ausencia de sofisticación. Lleva el cabello recogido, estirado en la frente y en las sienes con una especie de mal-

dad o de autodesprecio. No lleva ni un gramo de polvos ni una pizca de maquillaje. El rostro, que en el pasado fue tal vez bello o por lo menos agradable, es una máscara enérgica y perennemente ceñuda que asume a veces rasgos casi monacales. Como la máscara de estas madres que han trabajado tanto, que han soportado tanto y no han conocido la alegría: ni sensual ni sentimental. Al no haber conocido la alegría, les afligen mil complejos que no consiguen superar ni siquiera si el destino les regala un triunfo, una gloria. Ella, arrastra sus complejos desde niña; cuando era una estudiante budista en el colegio católico de santa Brígida, estaba siempre en el último banco callada, escuchando. También ahora está sola. No existe un hombre en su vida, un amigo del que se pueda fiar; desde el día en que murió su marido mantiene su papel de viuda con rigor asiático, hondo. Y algo en su mirada fija, en su dura resignación, hace sospechar que también estaba sola cuando vivía él. Le fue impuesto por la familia; fue uno de esos matrimonios acordados por interés o por cálculo según una costumbre aún frecuente en Asia. Se casó a los veinticuatro años. Solomón Bandaranaike tenía cuarenta y cuatro: demasiada diferencia. Era un hombre de gran cultura, de indudable inteligencia, que había estudiado en Oxford con Anthony Eden y que cultivaba una gracia exquisita, pero las mujeres le interesaban poquísimo: su verdadera amante era la política. La leyenda o las malas lenguas dicen que ella quería casarse con otro, aquel Dudley Senanayake que aún hoy es su más irreductible adversario político, su más odiado enemigo. «Todo lo que Sirimavo hace —se dice en Colombo— lo hace por rencor hacia Semanayake.» Sin embargo, la unión con Solomón tuvo éxito, incluso nacieron tres hijos: Sunetra, que tiene ahora veintiocho años y vive en Londres; Chandrika, que tiene ahora veintiséis y vive en París; Anura, que tiene ahora veintiuno y vive en Cuba y Colombo. Las dos primeras son chicas y el pequeño, varón.

Solomón Bandaranaike era, políticamente, una especie de Nehru. Le obsesionaba la necesidad de establecer una tercera fuerza progresista, una especie de socialdemocracia para oponerla a la izquierda marxista y a la derecha conservadora que con Senanayake dominaba el país. Lo consiguió fundando el Lanka Freedom Party, Partido de la Libertad, y en aquella empresa Sirimavo estuvo a su lado: con el mismo espíritu con que se preocupaba de su comida, de sus hijos y de sus calcetines rotos. Mujer obediente, devota, sumisa, lo seguía en cada viaje y a cada comicio. Le hacía de secretaria, costumbre frecuente en Ceilán donde las mujeres de los políticos son casi siempre depositarias de sus secretos. Y así, también gracias a ella, el Partido de la Libertad tuvo éxito: en 1956 Solomón Bandaranaike venció en las elecciones a Senanayake y se convirtió en primer ministro. Murió cuatro años después asesinado por un monje budista por razones poco claras y tal vez poco nobles. Era una mañana de septiembre y él estaba en la veranda de su casa de Colombo leyendo y esperando visitas, ya que estaba acostumbrado a recibir sin ceremonias a todos. Llegó el monje y le disparó seis tiros de revólver. Se oyó un grito y nada más: «¡Sirimavo! ¡Auxilio! ¡Sirimavo!» El monje, procesado y más tarde ajusticiado, no explicó nunca su gesto.

El asesinato sumió a Sirimavo en una desesperación parecida a la de los miembros del partido, privados de repente del único líder y sin ninguna esperanza de éxito fu-

turo. No había nadie que pudiese suceder a Bandaranaike y se acercaban las elecciones para el mandato 1960-65. ¿Cómo resolver el problema? El partido lo resolvió ofreciendo a Sirimavo el puesto que había sido de Solomón. Sirimavo se excusó, se defendió y finalmente capituló: el adversario era Dudley Senanayake. Y un poco por cálculo, un poco por sinceridad, llevó la campaña electoral de modo absolutamente genial: llorando. Se presentaba a la multitud vestida de viuda con el sari blanco, más que hablar, lloraba mientras la multitud lloraba con ella. Venció. Y subió al poder. Y de la mujer sumisa, de la secretaria discreta, surgió un personaje que parecía inventado a propósito para seducir la fantasía popular: el de la madre sencillota que dirige a la nación como una familia. Nunca había sucedido que una mujer se convirtiera en primer ministro: Golda Meir e Indira Gandhi llegarían a este puesto bastante más tarde. Y, aunque en política interna resultó un desastre (falló la industrialización del país, la nacionalización del petróleo acabó con un agujero en el agua, el desempleo alcanzó cotas peligrosas), en política exterior consiguió hacer un milagro: asegurarse una neutralidad total con el llamado no alineamiento. En otras palabras: lo que a la sofisticada mente de Solomón parecía empresa imposible, a su sentido común le parecía elemental: «No te surtas sólo en una tienda, compra a todos o a nadie». La vieron en Moscú donde se reunió con Kruschev, en Pekín donde se reunió con Chu En-lai. La vieron en Checoslovaquia, en Polonia, en Yugoslavia donde se presentaba con su bolso bajo el brazo, su alhajita sobre el sari, y con las manos juntas sobre el corazón decía: «Os hablo como mujer y como madre». Esto no le impedía mantener óptimas relaciones con los países capitalistas que, para no perderla, descolgaban algún dinerillo. Y uno le construía como regalo el aeropuerto de Colombo, como el Canadá, otro le financiaba la campaña contra la malaria y la superpoblación, como los Estados Unidos, otro le proveía de materias primas, como Gran Bretaña. Una obra de arte. En el fondo no se merecía perder las elecciones de 1965 y ser suplantada por su amado rival Dudley Senanayake.

Pero ahora la viuda llorosa ya no era la viuda llorosa, ahora el oficio que por casualidad o por destino había empezado a desempeñar, le gustaba mucho. En los cinco años que siguieron se opuso a Senanayake con la furia de una leona y cultivó un único sueño: recobrar su puesto. Y para recobrarlo, cualquier medio era bueno incluso el compromiso más audaz. Por ejemplo, un Frente Unido con los partidos comunistas y trotskistas; ella que siempre se había vanagloriado de no aceptar el marxismo, ella que procedía de una familia de propietarios terratenientes y que había heredado de Solomón una hermosa cuenta bancaria. Pero ¿era sed de poder, lo suyo, o buena fe? Muchos están convencidos de que se trataba de buena fe, aunque alimentada por una fuerte dosis de ingenuidad. Sunetra, la hija que en Oxford se había licenciado en economía política; Chandrika, la hija que en la Sorbona se había licenciado en ciencias políticas; Anura, el hijo que en Londres estudiaba historia moderna, no cesaban de repetirle lo cambiado que estaba el mundo y lo superados que quedaban los antiguos esquemas. Y sus razonamientos no diferían de los que en Ceilán inflamaban a los jóvenes contestatarios capitaneados por un tal Rohan Wijeweera, ex estudiante de la uni-

versidad Lumumba y declarado maoísta. Y, lejos de ignorarlo, Sirimavo le escuchaba con humildad, meditaba con curiosidad, recibía su influencia. Repetía como un estribillo que en una parte estaban los ricos, en la otra los pobres, que el vacío se iba llenando, que el socialismo se iba aplicando. Con las más puras intenciones, dicen algunos, fundó el Frente Unido y lanzó un manifiesto que anatematizaba a los capitalistas locales y extranjeros, prometía la nacionalización de los bancos, la socialización de los bienes de consumo, la constitución de entes estatales para dirigir las plantaciones de té, cacao y caucho. Se exhibió también en comicios, sin lágrimas, en los que gritaba: «¡Se lo quitaremos a los ricos para dárselo a los pobres!», y venció de nuevo. Venció aún más clamorosamente que en 1960, consiguiendo 115 escaños de 151. Pero, un año después, estallaba bajo sus pies aquella absurda revuelta. En Italia la definiríamos insurrección de extraparlamentarios.

Dicen que en el momento de saberlo se dejó caer anonadada en un sillón y jadeaba en busca de aire. Dicen que le confió a un pariente: «Este es el dolor más grande de mi vida, la burla más cruel». Dicen que, hablando por radio, en su mensaje a los sublevados, su voz temblaba y por un momento pareció romperse en los antiguos sollozos. Pero fue la única que no huyó y la única que reaccionó. Mientras los ministros, los viceministros, los jefes de partido y los diputados se escondían como conejos asustados en hoteles, casas de amigos o incluso en las bodegas o en los tejados, Sirimavo permaneció en el palacio presidencial organizando la defensa y la contraofensiva: empresa casi imposible. Por su expresa voluntad el ejército cingalés era el más insuficiente del mundo: apenas seis mil soldados, poco más de diez mil policías, mil quinientos marinos, dos o trescientos soldados de aviación y ningún cañón, ningún carro armado, ningún cohete. Sólo viejos fusiles checoslovacos e ingleses, dos o tres docenas de ametralladoras oxidadas, cuatro tanques maltrechos. El Día de las Fuerzas Armadas, que se celebraba cada año por el paseo marítimo, bastaba un cuarto de hora para hacer desfilar aquella miseria, y para que el cortejo no pareciera exiguo, se le unían los escolares, las chicas guapas y los monjes budistas. A pesar de esto no se desanimó. Con el criterio del ama de casa que ve fuego en su casa y pide ayuda al primero que se le ocurre, vecinos o transeúntes, amigos o enemigos, lanzó su SOS a quien quisiera escucharlo. Y resolvió el problema. El primer país que respondió fue la India que envió quinientos hombres, cinco helicópteros y tres motoras para vigilar la costa. El segundo fue Pakistán que envió dos helicópteros, uniformes, los walki-talkies y municiones. El tercero Gran Bretaña que, desde Singapur, envió seis helicópteros «prestados» por los Estados Unidos, armas y autos blindados. El cuarto fue Yugoslavia, junto con Egipto, y a final de mes, la Unión Soviética que envió cinco Mig y unos sesenta pilotos y técnicos. La última fue China que, aunque con retraso, contribuyó con ciento cincuenta millones de rupias, y una nota firmada por Chu En-lai. Aceptar todo de todos fue el golpe maestro de la Bandaranaike, que sabía muy bien que detrás de los insurrectos estaba alguna de estas mismas potencias que ahora le enviaban ayuda. Quien hasta aquel momento no se la había tomado demasiado en serio, desde aquel día creyó en ella y la aplaudió.

Mi entrevista con Sirimavo Bandaranaike tuvo efecto en su residencia presidencial, una villa sin pretensiones en el centro de Colombo. Duró una hora y media y, durante la hora y media, no me cansé de estudiar a esta matrona a quien la casualidad había llevado al poder, intentando descubrir el secreto por el que se mantenía en él. No había en ella la fascinación prestigiosa de Indira, ni la fuerza impetuosa de Golda, ni siquiera poseía el bagaje intelectual que reemplaza en ocasiones la falta de otras dotes. Cuanto más la observaba, más me parecía que se trataba de una mujer absolutamente normal, idéntica a otras mil. Por lo demás, todavía hoy, el recuerdo me trae sólo la imagen de una mujer de cincuenta años, robusta, incluso gruesa, vestida con un sari de flores amarillas y azules, que se sienta con las piernas separadas como una descomulgada ama de casa y que se inclina hacia mí para convencerme. El rostro carnoso y feo, tal vez a causa de una nariz excesiva. La piel, olivácea e imperfecta y sobre las sienes florece una pelusa negra oleosa. Llevaba los cabellos torpemente recogidos en una enrollada trenza campesina, y de sus lóbulos agujereados colgaban dos arracadas modestas. Hablaba en inglés, con su voz fina y apresurada. Mientras hablaba agitaba las manos sin anillos y se golpeaba continuamente las rodillas. Pero su bonachona franqueza y su espontaneidad ocultaban un misterio que, en el fondo, seducía. Aunque olvidase uno que detrás de eso estaba el poder. Aunque olvidase uno que el poder es el poder incluso cuando se viste de simpatía. Ya que en el poder hasta una hacendosa ama de casa sin inclinaciones sanguinarias puede ordenar la matanza de millares y millares de niños enloquecidos.

ORIANA FALLACI.— Señora Bandaranaike, han transcurrido ya cuatro meses desde que estalló la revuelta en Ceilán. En muchas regiones se combate todavía, en toda la isla hay aún toque de queda y el estado de emergencia no parece pronto a terminar, ni la incertidumbre, ni la espera angustiosa de otro baño de sangre. Señora Bandaranaike, mi pregunta es la que cualquiera querría hacerle: ¿cómo es posible que todo esto haya sucedido en un país regido por un gobierno de izquierda, incluso socialista?

SIRIMAVO BANDARANAIKE.—Usted me pide que le ayude a comprender algo que ni yo misma comprendo, que ni yo misma me explico. Lo único cierto es que se trata de una revuelta de jóvenes, teóricamente no distinta de la que sacude a todos los países del mundo y que tuvo efecto con mayor violencia en mayo de 1968 en París. Ustedes mismos, en Italia, saben algo de eso: ocurren episodios bastante turbulentos en sus calles y en sus universidades. Sí, en mi opinión, la idea fundamental de estos jóvenes es más o menos la misma: un odio ciego hacia la sociedad, un abandono irracional a la violencia. Nuestra sociedad no consigue frenar esas cosas porque es demasiado permisiva.

y demasiado indulgente. Pero ¿cuál es su justificación? Yo comprendería a estos muchachos si en lugar de actuar contra los regímenes democráticos actuaran contra los regímenes reaccionarios, fascistas. En Ceilán no ha habido nunca un régimen reaccionario, fascista, y hoy aún menos. En Ceilán nadie ha muerto ni muere de hambre y las conquistas sociales son notables. Hay comida para todos, casa para todos. El arroz, que es el alimento principal, se distribuye gratuitamente y, aparte de la ración gratuita, se vende a un precio irrisorio. La asistencia médica es gratuita. La instrucción es gratuita, incluso la universitaria. El porcentaje de analfabetismo es bajísimo. Quedan muchas cosas que hacer, desde luego; el desempleo, por ejemplo, es alto. Pero sólo el treinta y cuatro por ciento de los jóvenes insurrectos estaban o están sin empleo y, si puedo justificar a este treinta y cuatro por ciento, no puedo justificar al otro sesenta y seis por ciento. ¿Por qué han elegido el camino de la violencia, de la sangre? El suyo no puede haber sido un movimiento espontáneo. Debe de haber alguien detrás que les ha sublevado, utilizado. Pero ¿quién?

Sí, ¿quién? Sé que usted ha excluido oficialmente cualquier responsabilidad rusa o china. Y, además, los rusos y los chinos han demostrado que apoyan incondicionalmente a su gobierno.

Así es. Unos y otros han condenado la revuelta. Los rusos nos han dado Mig, y pilotos para entrenar a nuestros pilotos. La utilidad de los Mig es discutible porque una guerrilla no se combate con Mig, pero al principio estábamos tan atormentados que no pensamos en esta cuestión. Sea como fuere, los rusos han sido de los primeros en ayudarnos, junto a los norteamericanos, los hindúes, los pakistaníes y los ingleses. En cuanto a los chinos, su ayuda militar nos fue ofrecida un poco tarde, cuando el grueso de la revuelta estaba ya dominado. Pero nos han apoyado con una sustanciosa oferta de dinero y, además, la posición de Chu En-lai respecto a mi gobierno es indudablemente amistosa y definida. En resumen: hoy por hoy no tenemos la más mínima prueba de que China o Rusia estuvieran detrás de la revuelta: la única responsabilidad que hemos adivinado es la indiscutible de Corea del Norte. No hay duda de que los norcoreanos sublevaron y ayudaron a los insurgentes, los adoctrinaron con reuniones, clases, folletos, que incluso les enseñaron a fabricar bombas y a procurárselas. Incluso sabemos que los insurgentes frecuentaban sus casas. A consecuencia de todo esto hemos expulsado a todo el personal de la embajada norcoreana que ahora está vacante. Quiero decir que no se han

roto las relaciones diplomáticas con Corea del Norte, pero nosotros no tenemos un embajador en Pyongyang y ellos no tienen embajador en Colombo. Pero la cuestión no es ésta. La cuestión es: ¿por cuenta de quién actuaban los norcoreanos? En la pista del aeropuerto, saludando al embajador norcoreano, estaban los chinos, no los rusos. Sin embargo, los intereses de los norcoreanos en Colombo están hoy en manos de los soviéticos. Son ellos, los rusos, por ejemplo, quienes pagan el alquiler de la villa que hospedaba a la embajada norcoreana. En este sentido diría que las relaciones entre norcoreanos y rusos son muy buenas. Ya surgirá la verdad. Mis investigaciones continúan.

Señora Bandaranaike, ¿ha intentado hablar de ello con los rebeldes prisioneros o arrestados?

Claro que lo he intentado. He hablado mucho. Pero no he descubierto nada en esta dirección. Sólo he descubierto muchachos inquietos, descontentos, envilecidos, llenos de rabia contra la sociedad en que viven. Discutir con ellos era difícilísimo, no sólo por esa rabia, sino por el rencor que demostraban hacia mí. Parecía que hubiesen sufrido un lavado de cerebro: todos repetían las mismas cosas, como un disco rayado. Y entre las cosas que repetían con mayor convicción estaba el deseo de librarse de mí. Me han dicho que el plan principal consistía en bombardear mi casa y capturarme, para matarme después. Entonces les he preguntado por qué y no han sabido contestarme. Sólo han sabido decirme que debería estar muerta y que, si no hubieran sido traicionados, me habrían matado. Entonces les he preguntado otra cosa: «¿Creáis de veras que esto era posible?» Respuesta: «Sí, nos habrían bastado veinticuatro horas para eliminarla y que el gobierno cayera en nuestras manos». Un diálogo alucinante. He intentado saber a quién habrían colocado al frente del gobierno y han dicho: «Nosotros mismos». Lo que no han sabido decirme es lo que hubieran hecho una vez tomado el gobierno. Al llegar a este punto se pierden en eslogans, en frases sin sentido. Algunos dicen que intentaban cortar y destrozar todas las plantaciones de té, porque el té había sido plantado por los ingleses, y sustituirlas por plantaciones de arroz. Me han parecido bastante ingenuos políticamente, y mentalmente más jóvenes de los dieciocho o veinte años. Pero sobre todo me han parecido desviados, mal dirigidos, explotados por sus jefes.

¿Cuántos son los jefes que han detenido?

Sólo cinco o seis y todos locales. Pocos. Además, no hablan ni se ponen de acuerdo sobre las pocas cosas que dicen. Yo diría que la mano derecha ignora lo que hace la izquierda. Sólo he podido deducir con certeza que su organización data de hace cinco o seis años y que se basa sobre el sistema de células clandestinas. Cada célula está formada por tres individuos y raramente conocen el nombre de los otros dos. El único nombre que dieron sin dudar fue el de Rohan Wijeweera, su jefe absoluto y reconocido. Pero esto ya lo sabíamos y precisamente por esto le detuvimos en marzo, antes de la insurrección. También sabíamos que Wijeweera no es filosoviético, es filochino. Y todos ellos parecen filochinos: no creen en la democracia, desprecian el sistema parlamentario, están convencidos de que a través de las reformas y la ley no se puede alcanzar el progreso. Son impacientes. Prepotentes e impacientes. Y he aquí el punto más doloroso, un punto que vale no sólo para los jóvenes extremistas de Ceilán sino para todos los jóvenes extremistas del mundo, Europa incluida. El precio de la democracia se llama tolerancia, paciencia. La democracia es lenta, necesita tiempo para actuar. No conoce varitas mágicas, no conoce milagros. En cambio, ellos querrían resolverlo todo con la varita mágica, con milagros. ¿O tendría que decir con sangre?

Pero el año pasado, durante la campaña electoral, Wijeweera y los jóvenes de su movimiento ayudaron no poco a la coalición que usted encabezaba. Se dice que sin ellos usted no hubiera vencido de modo tan aplastante, señora Bandaranaike. Se dice también que su revuelta ha nacido precisamente del hecho de que su gobierno les había decepcionado no manteniendo las promesas hechas.

Ante todo no se puede ni juzgar ni condenar a un gobierno que sólo lleva once meses en el poder. A menos de no ser, recalco, jóvenes impacientes e insensatos. O sea, lo de la varita mágica. Ya habíamos hecho algunas nacionalizaciones cuando estalló la revuelta y habíamos impulsado muchas reformas. Después no es cierto que yo deba mi victoria electoral a Wijeweera. Ellos nunca han ayudado a nadie y mucho menos a mí. Y, además, ¿por qué hubieran tenido que hacerlo desde el momento en que no creen en el sistema parlamentario ni en la democracia? ¿Y cómo habría podido aceptar la ayuda de alguien que claramente escupe sobre la democracia? Mi alianza con los comunistas y con los trotskistas se hizo con claros pactos: o aceptar mi juego, es decir, el juego democrático, o ni hablar de la cuestión. Comunistas y trotskistas aceptaron, aceptan, y por esto están en el gobierno. El día

que no lo acepten, prescindiré también de ellos. No soy marxista, no lo he sido nunca, y cuando hablo de socialismo no hablo en su lenguaje. Yo entiendo el socialismo como una igualdad, justicia social en la libertad. Si para llenar el vacío entre los que tienen y los que no tienen hay que recurrir a la fuerza, ni hay que hablar de ello. Naturalmente, puede darse muy bien que en algunos distritos, en algunos pueblos, a los jóvenes extremistas se les ha aconsejado votar por mi lista; pero de mala fe, créame. Mi gobierno se anunciaba como liberal, indulgente, y ellos sabían que la revuelta armada sería más fácil bajo un gobierno liberal, indulgente. Esto es lo que no puedo perdonarles a estos chicos, lo que me parece vil. Nunca se rebelan donde deberían, en los regímenes fascistas, en los regímenes reaccionarios, en los regímenes totalitarios, de izquierdas o de derechas. Se rebelan siempre en los regímenes que les permiten existir y organizarse. Fácil, ¿no? Citan a Lenin, quieren repetir la gesta de Lenin. Pero olvidan, o fingen olvidar, que Lenin se rebeló contra una sociedad que de justa no tenía nada y menos aún de liberal. En la democracia, nadie impide a nadie ser comunista. En Ceilán el comunismo es muy fuerte en cualquiera de sus formas o matices. Y precisamente de esto se aprovechan.

Señora Bandaranaike, ¿qué experimentó la noche en que supo que las tres cuartas partes del país estaban en manos de los rebeldes? ¿Miedo, rabia, dolor?

Las tres cosas, pero sobre todo dolor, un dolor de madre. Tengo tres hijos y cada uno de los rebeldes hubiera podido ser hijo mío. ¿Quién no sufre al verse obligado a disparar contra los propios hijos? Lloré. Sí. ¿Por qué no admitirlo? Nunca me he avergonzado de mis lágrimas porque nunca han sido gratuitas y, si los políticos supiesen llorar, el oficio de gobernar resultaría más humano. Y también tuve miedo, sí. Sobre todo el primer día estábamos todos aterrorizados. Pero, me crea o no, el mío no era un miedo personal. Cuando acepté el puesto de mi marido sabía muy bien que podía acabar asesinada como él. Se lo dije a mis hijos: «Si acepto, tengo muchas probabilidades de acabar como vuestro padre. Tarde o temprano alguien descargará sobre mí un par de tiros». Y espero esos tiros cada día, desde hace años. Estoy tan acostumbrada a esta probabilidad que ya ni me preocupa el riesgo, y el temor del principio se ha convertido en resignación. ¿O en indiferencia? Pero el miedo del que hablo ahora tenía otras raíces: se refería a este pobre país al que pertenezco. He arruinado mi existencia por este país, pensaba, y estos niños malos me lo

hacen pedazos. Esto es lo que sentía. Pero no por esto me estuve mano sobre mano. No escapé como hicieron algunos. Sé que se corrió la voz de que había huido a Suiza; cuando lancé aquel mensaje por radio, muchos pensaron que hablaba desde un barco. Pero estaba aquí, en el palacio presidencial, dando las órdenes más dolorosas que pueda dar un jefe de Estado y una mujer. La orden de rechazar a los rebeldes. Digo rebeldes. Siempre he dicho rebeldes, nunca terroristas. Y Dios sabe que, en algunos casos, se comportaron como terroristas.

Pero la policía ha matado muchos, señora Bandaranaike. Demasiados. Se habla de muchos miles; todo un país diezmado en su juventud. Se habla de atrocidades, de brutalidades sin par. ¿Pensó en esto cuando daba aquellas órdenes?

Mucho más de lo que usted imagina. Es cierto que hubo excesos. No niego que hubiera episodios feísimos. Incluso episodios inútiles. Pero la prensa occidental les ha dado demasiada publicidad, o los ha publicado sin preguntarse los porqués. Y los porqués existen. Tanto el ejército como la policía no estaban en condiciones de afrontar un ataque similar. No sólo porque nadie creía posible que en Ceilán pudiese ocurrir una revolución, sino porque no tenían armas para defenderse. Los rebeldes, en grupos de doscientos o trescientos, atacaron comisarías de policía que estaban defendidas por cinco o seis personas con un par o tres de revólveres, al máximo con uno o dos fusiles automáticos. Les atacaron con bombas de mano, con cargas de dinamita; muchos policías fueron quemados vivos. Otros fueron muertos sin piedad. Otros vivieron durante días en el terror: las comunicaciones con Colombo eran imposibles, los hilos estaban cortados, habían volado los puentes, las carreteras estaban bloqueadas. Con aquellos revólveres, con los dos fusiles automáticos, los policías se preguntaban cada día si verían el próximo amanecer. Y... al hermano policía no le perdona nunca nadie, a un policía se le mira siempre con antipatía. En cambio, yo les perdono. Y encuentro comprensible que, una vez controlada la situación, hayan cometido ciertas brutalidades. Por venganza, por ira, por pánico. ¿Qué guerra ha sido combatida con medios civilizados?

Ninguna. Pero cuando más violenta es la represión más larga es la guerra. Y las brutalidades no han conseguido dominarla porque la guerra continúa.

Sí, todavía existen grupos rebeldes. La mayoría ocultos en la jungla. Salen para buscar comida o para robarla y vuelven luego a sus es-

condrijos donde de vez en cuando son descubiertos por una patrulla o por un helicóptero. Cómo consiguen resistir, no lo sé. Y, sin embargo, resisten. Hace días capturamos a una docena: tres chicos y nueve chicas. Estaban reducidos a condiciones miserables; tenían los brazos y las piernas completamente deformados por las picaduras de los insectos y las mordeduras de las serpientes. Hacía muchos días que no comían y ya ni siquiera podían andar. Respiraban con fatiga, devorados por la fiebre. Usted no tiene ni idea de cómo es la jungla en esta estación: mosquitos, serpientes, animales feroces. Podemos calcular cuántos chicos han muerto por armas de fuego, pero no podemos calcular cuántos han muerto por infección, de malaria e incluso devorados por los tigres. Los campamentos estaban en la jungla y a casi todos los heridos los han llevado a los campamentos. Estoy segura de que la matanza mayor ha sido ésta y resulta espantoso. Si pudiéramos convencerles de que se rindieran, de que salieran...

¿Para acabar en los campos de concentración? Ya hay más de quince mil prisioneros en los campos de concentración. Amontonados como animales, desde hace meses. ¿Hasta cuándo podrán mantener a toda una generación tras las alambradas?

Ésta es una pregunta a la que aún no se puede dar respuesta. Ni siquiera yo sé cuánto tiempo podremos o deberemos tenerles encerrados. Porque hay dos problemas: o les soltamos y volverán a la jungla a preparar otra revuelta, o no los soltamos y de esta manera privamos al país de su juventud. ¿O tendría que decir de sus futuros líderes? No es un secreto para nadie que los chicos que están ahora en prisión son los más inteligentes, los más valerosos, los mejores. Todo lo equivocados que quiera, todo lo confusos que quiera, capaces sólo de destruir y sin ideas para reconstruir, pero son el futuro de Ceilán. Yo no puedo creer que hayan actuado por pura maldad; estoy segura de que han actuado de buena fe, que perseguían un sueño no despreciable. El que va a morir es siempre generoso. ¿Qué tenemos que hacer ahora con estos generosos? ¿Matarlos a todos? ¿O dejar que nos maten a todos? La única esperanza es recuperarlos: hablándoles, discutiendo con ellos, demostrándoles que se han colocado en el lado equivocado, que la violencia sólo engendra violencia. Lo estamos intentando. Lo malo es que no nos escuchan. Están demasiado decepcionados, demasiado amargados: mortalmente amargados. A cada razonamiento oponen un profundo silencio; se diría que no tienen ganas de nada, ni siquiera de pensar.

Tal vez tienen sólo ganas de volver a intentarlo. Corren voces de que están dispuestos a otra revuelta, que se preparan para intentarlo de nuevo dentro de este año.

Lo sé. Están decididos a otra tentativa. Por esto se quedan en la jungla dejándose devorar por las serpientes y los tigres. Todavía tienen armas y jefes. Han vuelto a reorganizarse, a fabricar bombas y sus células funcionan todavía. Algunos de sus santuarios están bien protegidos y son casi inaccesibles en las regiones montañosas. Lo sé, los tendremos encima durante mucho tiempo junto a quienes los instigan. Y ahora conocen los errores que cometieron, saben que la táctica que emplearon en abril era burda e incompleta; se servirán de la derrota sufrida para estudiar un plan mejor. Lo sé y no me hago ilusiones. Pero no creo que actúen en seguida y tampoco creo que estén firmemente convencidos de intentarlo otra vez. Era más fácil que triunfaran en abril; entonces, si no con otra cosa, contaban con el factor sorpresa. Y también con el factor ilusión: alguien les había dicho que algunas potencias extranjeras les darían ayuda, que la población se sublevaría y que en veinticuatro horas conquistarían el poder. Ahora saben que la población no se mueve, que las potencias extranjeras prefieren ayudar al gobierno. Ceilán no es Vietnam, por lo menos geográficamente. Ceilán es una isla: basta vigilar las costas para evitar que se acerque un barco. Cuando vuelvan a intentarlo será sólo para reaccionar a la humillación. Será un suicidio.

¿Y si no consiguen detenerles?

Es obvio que tendremos que aumentar los efectivos del ejército. Ésta es mi verdadera gran derrota. Porque yo siempre he sido antimilitarista; siempre he odiado la guerra, las armas, los tiros. Siempre he reducido los gastos militares a un mínimo casi ridículo, y siempre he estado orgullosa de poseer un ejército minúsculo e insuficiente. Sin generales, sin helicópteros. ¿Sabe cuántos helicópteros tenemos? Tres. Y ninguno de combate, de reconocimiento. Con una honda se les derriba. Me gustaba la idea de no poseer ni carros armados, ni coheteros, ni cañones, ni morteros. Creía que mi pacifismo sería contagioso. Decía: «¡La democracia no se defiende con fusiles, con fusiles no se instaura la justicia social y la libertad!» Pero no. He aprendido a mis expensas que también la democracia, la justicia social y la libertad se defienden con fusiles; para protegerse de la violencia no hay más recurso que la violencia. ¡Qué amarga lección, qué cruel desilusión! Tenía un

nudo en la garganta mientras les pedía armas a los países extranjeros, pero el nudo en la garganta se convirtió en lágrimas cuando vi que llegaban las armas. Yo he nacido para hacer de madre, pero no de madre a quien le gusta castigar. Y, sin embargo, ¡de qué manera he castigado a mis hijos malos! ¡Si pudiese saber quién los ha hecho malos!

Probablemente si lo descubriese, no podría decirlo, señora Bandaranaike. Su laborioso trabajo de no alineamiento se iría a paseo.

También esto es cierto. El océano Índico está a punto de convertirse en un polvorín, y acabará siéndolo. Ceilán atrae a demasiada gente: a la derecha y a la izquierda, a Oriente y Occidente. Para que no caiga en manos de nadie, para que no se convierta en un pequeño Vietnam, no hay otra elección que tener los pies en dos estribos, en tres estribos, en el máximo de estribos posible. No puedo meterme en un bloque o en otro, suscitar celos, rencores, rivalidades. Yo no soy un animal político; en el sentido de que nunca he estudiado el arte de la política, nunca he leído ensayos ni los he escrito. He llegado a este oficio por destino o por casualidad; no completamente en ayunas porque cuando se ha vivido con un marido como el mío se hace cierta escuela, pero sin bases científicas. Pues bien, estas bases científicas las he sustituido con el sentido común. ¿Y qué dice el sentido común? Exactamente lo que dicen los tratados de alta política: cuando dos perros se pelean, procura no intervenir; deja que se muerdan entre ellos. Además, yo tengo bastantes problemas en casa para ir a buscarlos a casa de los demás.

Señora Bandaranaike, usted es la primera mujer de nuestra época que se ha encontrado dirigiendo un país. ¿Alguna vez lo ha lamentado, se ha arrepentido?

Son palabras graves y no quisiera usarlas, pero, si quiero ser honrada, temo que tendré que usarlas. Porque la mía no fue exactamente una elección, se lo repito, fue una imposición que me hicieron los demás. Como he dicho antes, he llegado a este oficio por destino o por casualidad, no porque haya querido el poder. De niña era tímida, sin ambición. En el colegio me ocultaba siempre en el último banco y no abría la boca. Estoy segura de que mis compañeras de clase aún no están convencidas de que la primer ministro Sirimavo Bandaranaike sea la misma persona que conocieron de niña en un colegio de monjas. Me parece oírles: «Pero ¡quién hubiera dicho que Sirimavo...!» Yo tampoco lo hubiera dicho. Nunca soñé en una carrera, en una profe-

sión. Mi sueño era siempre una familia e hijos, con las tardes de los domingos destinadas a cuidar el jardín. Todavía hoy, mi mayor alegría es pasar una tarde en el jardín cultivando mis rosas. Las ambigüedades de la política me irritan profundamente, como las mentiras, los compromisos. Mi mayor defecto o, si lo prefiere, mi mayor virtud ha sido siempre decir lo que pienso, con una franqueza que se califica a veces de mala educación. Sin entusiasmo, me encontré donde estoy, me doblegué a la exigencia como a una desgracia. Y el precio más grande que he tenido que pagar ha sido la renuncia a los hijos; no poder seguirles, no poder ocuparme de su educación. A veces me pregunto si la revuelta de estos chicos se me escapa, en su significado, precisamente porque se ha interrumpido el diálogo entre mis hijos y yo. Ellos...

Ellos están más cerca de los rebeldes que de usted. ¿No es así, señora Bandaranaike? He oído hablar de cierta carta que le ha escrito desde París su hija Chandrika.

No, es de Sunetra, la que está en Inglaterra. Es ella la que ha adoptado una postura definida. Incluso ha escrito en una revista un artículo contra mi gobierno y contra mí. Sucede con frecuencia que los hijos no estén de acuerdo con los padres. En el fondo es normal, incluso justo. Si no fuese así, el mundo se cristalizaría en el pasado y las cosas no cambiarían nunca. Pero hay un punto en el que contesto a estos contestatarios: ellos viven mucho mejor de lo que vivieron sus padres y sus madres. Tienen muchas cosas más. Más libertad, más comida, más cultura. En conjunto, ésta era una isla feliz, cómoda y, en muchos aspectos, mejor que muchas otras. Entonces, ¿por qué provocaron aquel baño de sangre? ¿Qué querían, qué quieren? Le repito lo que he dicho al principio de esta conversación: no puedo ayudarla a comprender porque yo tampoco lo comprendo. Sólo comprendo que no eran felices. Pero ¿por qué? ¿Por qué? ¿Acaso el bienestar hace infeliz? No quisiera que esta tragedia me hubiera enseñado lo peor: que para ser felices hay que sufrir.

Colombo, agosto 1972

Pietro Nenni

Encerrado en una torre de marfil que no era para él, el gran anciano participaba escasamente en la vida política a la que había dedicado tres cuartos de sus ochenta años y a la que dio cuanto puede dar un hombre. Hasta una hija, muerta en el campo de exterminio de Auschwitz después de haber escrito a sus compañeros franceses: «Dites à mon père que je n'ai jamais trahi ses idées». Decid a mi padre que nunca he traicionado sus ideas. De aquella torre de marfil, que era a veces su casa de Roma y a veces su casa de Formia, salía solamente para ir al Senado. Le habían hecho senador vitalicio y había aceptado la carga con muchas dudas; él, que estuvo a punto de convertirse en presidente de la República. En el Partido Socialista figura ahora como una bandera que se hace ondear mucho cuando conviene y cuando no conviene se guarda en una caja. No había vencido. Había perdido su batalla y la perdió mal, con amargura e inconfesado disgusto. Saliendo de la sala del Congreso, en 1968, le habían oído murmurar: «Aquí Nenni ya no tiene amigos». ¡Lástima! Tenía todavía tanto que decir y tanto que salvar... La edad le había dado sólo un aspecto de patriarca cansado; por lo demás, estaba en plena forma. Se levantaba cada mañana a las siete y leía los periódicos pedaleando en su «cyclette» durante un tiempo equivalente a un trayecto de cinco kilómetros. Jugaba a los bolos con la energía de un joven, y los médicos lo observaban con incrédulo estupor. Pero lo mejor de lo mejor, en ese organismo de león nacido para no rendirse, seguía siendo el cerebro. Le funcionaba todavía como una computadora.

La mayor parte del tiempo lo pasaba estudiando y escribiendo. Trabajaba en un libro que tendría que ser su biografía y que, con su pudor de no hablar de sí mismo, acabaría por no serlo. Quería titularlo: «Testimonio de un siglo». Muchos se preguntaban si, en el último capítulo, diría por fin lo que ahora no quería decir, o decía sin claridad: que su socialismo ya no era el mismo de hace cincuenta años, ni siquiera el de hace veinticinco años. Ahora era un socialismo que rechazaba los dogmas, los esquemas, las fórmulas abstractas; en compensación se nutría de fe ciega en la libertad, en la democracia, en el hombre. Herejías imperdonables para un verdadero marxista. Si se le preguntaba sobre el tema, desviaba la conversación. O recurría a disertaciones confusas o a vaguedades que retiraba inmediatamente después. Pero la verdad no se le escapaba a Nenni: se había dado cuenta de que el mundo no estaba regido sólo por la economía, que el capitalismo de Estado no es distinto del capitalismo privado y en diversos aspectos es aún más despótico porque se sustrae a las leyes de la crítica, del mercado, de la libre competencia. Se había dado cuenta de que la dictadura del proletariado es sólo una frase, de que contra el patrón Agnelli se lucha y contra el patrón Estado, no, como lo demuestran los trabajadores que murieron en Danzig y en Stettin, los intelectuales encarcelados o encerrados en manicomios de Moscú y Lenin-

grado. «Yo me siento más cómodo en Estocolmo que en Leningrado», decía. Y era la única frase sin compromiso con que osaba interrumpir su reticencia. Se había enamorado del socialismo sueco que, sin abolir la propiedad privada, había dado al hombre, sin embargo, más de cuanto le haya dado el socialismo doctrinario y científico. Y, tal vez, había resurgido en él el amor juvenil hacia una anarquía interpretada como defensa del individuo. Quién sabe los tormentos que le había costado y le cuesta un descubrimiento semejante. Quién sabe cuántas noches de insomnio, y cuántas angustias producidas por los escrúpulos hacia aquellos de quienes fue maestro. Al término de su vida, sufría y sufre un drama parecido al de los teólogos que descubren que ya no creen en Dios. O que ya no creen en la Iglesia, aunque todavía crean en Dios.

Me dirigí a su lucidez, a su sabiduría, para que me hablase y me informase de lo que sucede en la Italia de los años setenta. Y lo hizo: en una conversación que duró varios días y fraccionada en varios encuentros. Su salud no era perfecta, de manera que le veía en su casa de Formia, donde se retiraba con cualquier pretexto o para el fin de semana, o a veces en su casa de Roma, que estaba en el último piso de un edificio de la plaza Adriana. Habitualmente hablábamos un poco por la mañana, cuando ya había jugado su partida de bolos, y nos interrumpíamos en el momento de sentarse a la mesa. Comíamos sin prisa, ayudados por un buen vino francés, y luego se iba a dormir. Hacia las cuatro o las cinco volvíamos a empezar; lentamente, como su manera de hablar. A cada pregunta contestaba con una lentitud desesperante, separando cada palabra de la otra como si le dictase a una secretaria, insistiendo sobre los puntos y las comas, ignorando el tiempo del reloj. Y así llegábamos al anochecer, en aquel prolijo fluir de frases, de ideas que me arrebataban hasta el punto de olvidarme de encender la luz. Recordé siempre una sesión que se acabó en la oscuridad y ninguno de los dos había advertido que hubiera llegado la noche. Nos encontrábamos en su estudio de Formia, que es una pequeña estancia amueblada sólo con un diván-cama, una mesa escritorio, una librería y dos sillas. Entró Pina, su gobernante, y nos gritó: «¿Qué pasa? ¿Es que ahora se charla como los ciegos?» Otras veces, el anochecer nos sorprendía en su estudio de Roma, que es igual de pequeño pero que más bien parece un sagrario. Allí, sobre el diván-cama, había un gran retrato al óleo de su mujer difunta y las fotografías de Vittoria, la hija muerta en Auschwitz. Pero no son fotografías normales, de un día feliz: son fotografías de su ingreso en el campo de exterminio, con la chaqueta rayada de los detenidos y el número abajo. Una de frente y otra de perfil. Siempre me he preguntado por qué. Tal vez para no olvidar nunca, en ningún momento, y menos que nunca en el momento de cerrar los ojos en el sueño, el sacrificio de su hija. En el estudio de Roma, las entrevistas eran sobre todo para examinar o discutir las transcripciones de los diálogos tomados en cinta magnetofónica en Formia.

No es fácil entrevistar a Pietro Nenni. Todos lo saben. Periodista él mismo, prefiere entrevistarse antes que lo entrevisten y luego redacta él solo el artículo: mide cada frase, cada adjetivo, cada coma, y luego, a veces, lo borra de golpe y hay que empezar de nuevo. Nunca está contento de lo que escribe. Cuando era director de «Avanti!» se obligaba a enviar sus artículos a la empresa con los minutos contados

para impedir correcciones in extremis. ¡Figurémonos si puede estar contento de lo que ha dicho ante un magnetófono! «Esta máquina suya no me gusta, es peligrosa.» Si se le entrevista en varias veces, como yo, al día siguiente te lo encuentras ahogado en un mar de cuartillas llenas de apuntes, aclaraciones, llamadas. Los lee levantando el índice rugoso e indudablemente es una nueva versión de lo que había dicho: controlada, expurgada, cambiada. Más que leerla, la dicta, y después de dictarla añade modificaciones suplementarias. Prolijas. «Suprima aquel yo. No está bien decir yo, yo, yo. Suprima este “ellos” y ponga “nosotros”. No está bien que les cuelgue a los otros las culpas que son también mías.» Y uno quisiera enfadarse y, en cambio, se conmueve: es tan honesto, tan profesor de honestidad. Y maestro de generosidad: cuando juzga a los demás siempre teme ofenderles. Me pidió que no escribiera una opinión sobre Churchill, que no le gustó nunca por el desprecio que demostraba hacia todos, para no parecer injusto. «En el fondo, sin él, hoy no estaríamos aquí charlando.» Churchill, Stalin, De Gaulle, Mao Tse-tung, Kruschev, Kennedy, Nixon, Gramsci, Turati, Malatesta, Isabel de Inglaterra: por su vida han pasado todos y no superficialmente. «Recuerdo cuando Mao me dijo... Recuerdo cuando De Gaulle me dijo...» Y el episodio del día en que le tocó subir a él, republicano, en la carroza de oro de su alteza real la princesa Margarita: «No, esto no me lo haga recordar». Y aquel día en que querían hacerle sentar al lado del embajador griego, en una comida oficial, y él rehusó indignado. «Ah, qué sufrimiento. Me hubiera revuelto el estómago.» Escucharle es un placer que se acepta como un regalo. En cambio, escribir lo que se ha escuchado, es un tormento que se acepta como un castigo.

En el momento de componer esta entrevista, se me planteaba un problema de conciencia: componerla a mi modo o al suyo. ¿Contaría todo lo que me había dicho antes de que volviera a pensárselo, o contaría sólo lo que sus exasperados escrúpulos me pedían? Problema grave cuando se respeta a un hombre en la medida en que yo le respeto, pero al mismo tiempo se cree en el propio trabajo como en un deber. Y durante algunos días me atormenté: tan pronto decidía hacer lo que quería él como decidía desobedecerle. Y, por fin, resolví el dilema con una especie de compromiso: componiendo la entrevista como a mí me parecía justo, pero aceptando algunas de sus recomendaciones.

Todo salió bien. Después de haber leído el periódico, Nenni me dijo que no había traicionado ni su pensamiento ni a él. Y fue el principio de una amistad que me honra hasta el orgullo. Fue también un gran alivio porque, como quería Vittoria, la hija muerta en Auschwitz por ser su hija, sobre todo no ha sido traicionado. Delito que han cometido muchos. Demasiados. Incluso en el momento de jubilarlo con las elecciones a presidente de la República. Hubiera sido un magnífico presidente de la República, y nos habría hecho mucho bien tenerlo en el Quirinal. Pero no se lo permitieron, no nos lo permitieron. Sus amigos más que sus enemigos.

ORIANA FALLACI.— *En una entrevista en el «Europeo», Arthur Schlesinger ha dicho de los italianos: «¿Quién puede comprenderles si son ustedes los primeros que no se comprenden a sí mismos?» Senador Nenni, estoy aquí para pedirle que me ayude a comprendernos a nosotros mismos y lo que sucede hoy en Italia. Tiene usted fama de pesimista, lo sé. Sin embargo...*

PIETRO NENNI.—No, yo soy pesimista en la valoración del hecho inmediato: si usted me pregunta lo que sucederá esta tarde, le responderé que probablemente sucederán cosas desagradables. Pero si me pregunta lo que sucederá en los próximos años, entonces me vuelvo optimista. Porque creo en los hombres, en su capacidad de mejorar. Porque considero a los hombres como el principio y el fin de todas las cosas. Porque estoy convencido de que la prueba decisiva es siempre él, el hombre, y que sólo cambiando al hombre se cambiará la sociedad. En sesenta y cinco años de participación en la lucha política, mi problema ha sido siempre el de mejorarme a mí mismo como hombre y ayudar a mis compañeros de lucha a consumir el mismo esfuerzo. No es imposible si se comprende a los hombres. Y cuando Schlesinger dice que no se puede comprender a los italianos, dice una mentira. No son más incomprensibles que los demás, ni tampoco peores. Tienen sólo una gran dificultad en racionalizar su vida colectiva y no tomar en serio ciertas amenazas. El fallido golpe de Valerio Borghese, por ejemplo. Ni que decir tiene que el peligro no es Valerio Borghese en sí mismo o por sí mismo. El peligro es la disgregación del Estado democrático: una disgregación que alimentamos con el hacer y deshacer, arriesgando el dejarnos sorprender por episodios como el de Valerio Borghese.

Admita que es difícil tomar en serio a un Valerio Borghese, y una dictadura con un jefe como Valerio Borghese.

Usted me recuerda a aquellos que en la crisis de 1920-22 decían: «¡Tú te tomas demasiado en serio al tal Mussolini! Será porque has estado en la cárcel con él. Pero ¿cómo quieres que un tipo semejante asuma el poder?» No ha nacido el hombre capaz de imponer una dictadura en Italia!» ¿Qué significa «no ha nacido el hombre»? No es en absoluto necesario un tipo excepcional para hacer de él el símbolo de una situación. Basta un exaltado cualquiera, un extravagante considerado inocuo, un vanidoso en busca de éxito. ¿Y Mussolini qué era en 1920 e incluso en 1921 ó 1922? Consiguió cuatro mil votos en las

elecciones de 1919: cuatro mil votos en Milán, la ciudad que prácticamente dominaba desde 1913, cuando se había convertido en director de «Avanti!» Estaba dispuesto a huir a Suiza, creía más en esto que en trasladarse a Roma para formar un gobierno. Y sin embargo, se trasladó a Roma. Como yo temía. Porque sabía que cuando los aventureros, los «condottieri», actúan en una sociedad enferma, todo es posible. Es de inconscientes sonreír y decir dónde-hay-hoy-un-Mussolini, dónde-hay-hoy-un-Hitler. Un Mussolini o un Hitler se inventan. Y para inventarlos basta que cien periódicos digan diariamente «es un gran hombre», que un papa declare «es el hombre de la providencia»; incluso que un Churchill afirme «es el primero tras el cual siento una voluntad italiana». Como sucedió con Mussolini. ¿No se puede inventar de la misma manera un Valerio Borghese que es ya príncipe y coronel, que ha hundido buques y es ex comandante de la Decima Mas? Ciertamente que su fallido golpe tiene todo el aspecto de una caricatura de golpe: no se ocupa Italia ocupando el Palazzo Chigi y la RAI-TV. A menos que no tenga cómplices dentro del Estado, por ejemplo las Fuerzas Armadas o las Fuerzas del Orden. Y que, hoy, podría suceder en escala muy reducida y gracias a la complicidad en el vértice del Estado. No olvidemos que Mussolini tomó el tren sólo cuando recibió el telegrama del rey que le invitaba al Quirinal. Pero hoy, en el Quirinal, no está el rey, está Saragat. Y, de todas maneras, el punto que hay que analizar no es éste. Y...

Un momento, senador Nenni. Está usted sosteniendo una tesis terrible. Está sugiriendo que existen analogías entre la Italia de 1971 y la Italia de 1922. ¿Es así?

Sí, en parte sí. La Italia de 1971 no es la de 1922, desde luego. En aquel tiempo no conocíamos el fascismo y ahora lo conocemos incluso demasiado y no estamos dispuestos a soportarlo otra vez. Pero hay un punto que presenta fuertes analogías con la Italia de 1922: la perspectiva del Senado en cuanto recuerda que en 1922 no fue la fuerza ofensiva del fascismo lo que nos perdió. Fue la debilidad de la clase política dirigente. Fueron las mezquinas divisiones que desmembraban a los políticos con celos, esperas, golpes. Nadie creía en la amenaza. Todos esperaban. Giolitti esperaba en Vichy, meditando no se sabe qué. Tal vez la tremenda frase de Cromwell: «Hay que esperar que las cosas vayan peor para que se pueda esperar que vayan mejor». ¿Cuántos, entre los políticos de hoy, piensan lo mismo? ¿Y no se arriesgan, también ellos, a despertarse un día, un mal día, sin poder

hacer nada? No olvidemos que una noche de 1967 los atenienses se durmieron con los ojos y los oídos aún llenos de las manifestaciones populares al viejo Papandreu, y se despertaron con los coroneles en el poder.

Pero Italia no es Grecia, senador Nenni. Y en Italia la izquierda es fuerte.

También éramos fuertes en 1920; no basta ser fuertes. Hay que saber impedir ciertas cosas haciendo funcionar el Estado, el gobierno, el Parlamento, y no seguir aplazando, aplazando, aplazando, práctica a la que hemos hecho demasiadas concesiones en los últimos años. Hace años que estoy poniendo en guardia contra los celos, la lentitud, las mezquindades. Hace años que repito lo que le estoy diciendo a usted: cuando se habla de fascismo, es mejor un exceso que un defecto de vigilancia. No me escuchan. Este punto de vista también cayó en el vacío en el verano de 1964. Entonces los comunistas acogieron mi denuncia como un «imaginario peligro», como una «maniobra de distracción para ocultar la inoperancia del centro-izquierda». Y, sin embargo, exponía hechos reales: piense en el que supimos luego sobre el SIFAR y sobre determinados comandos militares. Pero ¿cómo es posible que en Reggio Calabria, aquel Franco Ciccio o Ciccio Franco o como se llame, haya podido hacer el papel de un Masaniello? ¿Cómo es posible que en Aquila los partidos hayan estado ausentes? Se trataba de revueltas municipales y se tomaban como objetivos las sedes de los partidos de izquierda y el gobierno. No las sedes del MSI. Éste es el punto a analizar, decía yo, no Valerio Borghese. La cuestión es: ¿qué ha podido hacer creer a Valerio Borghese que un golpe de mano sobre el Palazzo Chigi y sobre la RAI-TV pudiera transformarse en un golpe de Estado y recibir el agradecimiento del Estado?

¿Hay respuesta?

¡Claro que la hay! También en este caso, como en 1922, los fascistas contaban con la ayuda que recibían de la derecha. La clásica derecha, la derecha de siempre, la derecha que tiene escasa fuerza electoral, pero que posee el poder económico, que tiene puntos de apoyo en la Administración del Estado y en las Fuerzas Armadas. La derecha que pretende reabsorber la fuerza moderada de la Democracia Cristiana. La derecha que pretende restablecer un orden burgués ya caduco. La derecha que se sirve de los fascistas como elemento provocador porque necesita el desorden, o sea, el miedo. El desorden ayuda siempre a los

enemigos de la democracia. Incluso ayuda a los comunistas, que pueden así actuar como defensores de la legalidad. Imaginemos, pues, si ayuda a la derecha. Esto es lo que no comprenden nuestros políticos cuando juegan a la desnaturalización de las reformas. Esto es lo que no comprenden los jóvenes de los grupúsculos extraparlamentarios cuando con su violencia ayudan a la reacción y al MSI.

Senador Nenni, ¿le parece justo que el MSI esté en el Parlamento?

No, no me parece justo. Porque el MSI ha nacido con las características de un partido fascista; aceptarle ha sido un error de los italianos que nunca nos tomamos las cosas demasiado en serio. Sí, también en el caso del MSI, el Estado democrático ha venido a menos en sus prerrogativas: no ha aplicado la norma 12 de la Constitución, ni siquiera ha aplicado la Ley Scelba de 1952 que prohíbe explícitamente la formación de organizaciones o partidos de corte fascista. De todas maneras, yo le doy una importancia relativa al hecho de que haya en el Parlamento un partido de tipo fascista porque veo las cosas en términos políticos. A los fascistas se les puede disolver cuando y como se quiera, pero esto no basta para suprimirlos. Hay que arrancar las raíces sociales, políticas, psicológicas que los producen. Y estas raíces todavía no han sido arrancadas de Italia: sólo han sido cortadas en superficie.

A esto quería llegar, senador Nenni: a la predisposición que demuestran los italianos hacia una enfermedad llamada fascismo. El fascismo es ante todo violencia, desprecio de la democracia; lo que significa que no se viste sólo de negro. ¿No cree que esas raíces no arrancadas florecen también de nuevo en la violencia de los extremistas de izquierdas?

Sí, los jóvenes que se definen como maoístas, trotskistas y neoanarquistas ejercen la violencia, es cierto. Y dan ejemplo, pretextos, alimentan odios y miedo; sin darse cuenta de que no tienen nada que ganar con odio y con miedo. Pero no hay que confundirlos con los fascistas. El fascismo es lo que hemos sufrido bajo Mussolini, bajo la República de Salò. No quiere hacer avanzar el mundo, quiere hacerlo volver atrás. Quiero decir que un acto de violencia maoísta y un acto de violencia fascista pueden ser, sí, la misma cosa; pero sólo materialmente. Moral e históricamente hay entre los dos una gran diferencia. Los fascistas son peligrosos porque reanudan una tradición reciente en nuestro país y tienen detrás a las fuerzas de la reacción; los llamados maoístas no son peligrosos porque no van más allá de una revuelta

más que nada infantil. Están animados por ideas no deseables, pero utópicas y al margen de la realidad italiana, incluso europea. Les hemos visto actuar en Francia en 1968, ¿qué han obtenido? Lo contrario de lo que querían. Bastó aquel mayo para provocar una convulsión en la sociedad francesa y rehacerla sobre bases conservadoras. Si hoy hay en Francia un gaullismo sin De Gaulle, que está y tiene el poder, se debe en parte al movimiento de jóvenes que han provocado el miedo. He recordado en el Senado una frase de Lenin. Dice: «Guárdate sobre todo de provocar miedo inútilmente». Estos chicos deberían aprenderlo.

¿Y cuando tratan a un Nenni a palos, como en Turín? Fue indigno como se comportaron con usted en aquella circunstancia.

¡Qué va! Fue una pequeña demostración de intolerancia. No me molesté en absoluto. Un compañero suyo había sido detenido y ellos protestaban contra quien representaba a la autoridad gubernativa. Para ellos yo era el Gobierno, el responsable de la detención... No olvidemos que los jóvenes extremistas son el resultado histórico del autoritarismo que hay en todo sistema social, en toda sociedad organizada. Sería una desgracia que a los veinte años se razonase con la mentalidad de uno que tiene ochenta, como yo. E incluso con una mentalidad de cuarenta. Créame, mi indulgencia hacia ellos no nace del desaliento sino de un conocimiento de la historia. En nuestra sociedad, el fenómeno de la revuelta juvenil se manifiesta en ciclos determinados: a principios de siglo la revuelta juvenil fue uno de los movimientos más fuertes. Tenía, sobre todo, bases internacionales: antimilitarismo, anticlericalismo, futurismo, incomprensión entre padres e hijos... En términos distintos, también nosotros nos rebelábamos contra nuestras familias. Tampoco nosotros aceptábamos las palabras de la madre campesina que sacudía la cabeza y decía: «Déjalo correr; las cosas siempre han sido así y seguirán siendo así». Me acuerdo muy bien; yo fui uno de los protagonistas más exaltados de aquella revuelta.

Total, que la historia se repite. Giambatista Vico tiene razón.

Sí, tiene razón. La historia no se repite en las mismas condiciones, pero se repite. También existía entonces el sindicalismo extremista, también existía la huelga salvaje. La manifestación más típica era la huelga de las cerillas, cuando se prendía fuego a la cosecha. En Bolonia, en Parma, en Módena. La lucha de clases, entonces, era principalmente de campesinos y braceros. Para nosotros el punto culminante

fue la Semana Roja que tuve la suerte de dirigir al lado de Enrico Malatesta. A consecuencia de esto, acabó en la Corte de Aquila con la acusación de atentado contra el Estado. Antes de la Semana Roja, en 1909 intentamos una gran huelga internacional por el anarquista Francisco Ferrer. Lo fusilaron en Barcelona por delitos ideológicos, y fui uno de los promotores de aquella huelga en la ciudad de Carrara, entonces anarquista y republicana. En Forlì, promoví también una huelga contra la guerra de Trípoli. Creíamos en la huelga como un medio para obtener la rendición de las fuerzas capitalistas, luego como medio de impedir la guerra y garantizar la paz entre los pueblos... Lo repito: estas crisis durante las cuales todo se pone sobre el tapete de la discusión, son crisis que se repiten. A veces toman aspectos culturales, a veces sociales, pero, en sustancia, son siempre la misma cosa. En mis tiempos nos basábamos en Georges Sorel, en sus *Réflexions sur la Violence*. Hoy se basan en los pensamientos de Mao. Inspirado en Mao o en Sorel, el fenómeno se repite según las mismas leyes. Las leyes según las que los jóvenes son una componente del desarrollo de la sociedad. Los chicos de hoy creen que han inventado el mundo. Los chicos siempre creen que el mundo empieza con ellos.

Senador Nenni, su revuelta nació de un estado de miseria y de opresión que no se puede comparar al de hoy. La violencia de ustedes ¿no estaba mucho más justificada que lo que pueda justificarse la de ellos?

Sin duda. Y su pregunta me lleva a un artículo que se escribió sobre el «moderado» Nenni: el hombre de la Semana Roja que hoy pide que se abandone la violencia. En este artículo se me reconocía una continuidad lógica. La poseo, querida amiga. Porque hoy tenemos algo que defender y en mis tiempos no teníamos nada que defender. O muy poco. Hoy la libertad de pensamiento, de organización, de manifestación, existen; abiertas a todos. En mis tiempos no existían. Hoy no se nos impide transformar el orden civil y social. En mis tiempos se nos impedía. En resumen: toda lucha por la libertad debe comportar la defensa de las libertades ya conquistadas, y cuando veó a los jóvenes de hoy sólo lamento una cosa: que se dejen ganar por el reaparecido mito de la violencia. La violencia es levadura de la historia, sí; pero cuando se la ejerce en las justas condiciones de tiempo y lugar. Y estas condiciones no existen, actualmente, en nuestro país. La violencia es la respuesta a situaciones que no permiten otro camino para reclamar justicia, sí; pero contra lo que sobrevive de las situaciones, te-

nemos hoy otros métodos de lucha. Si la acción de estos jóvenes se condujera al terreno de las ideas, tendría mucho más efecto. La lástima es que no todos tienen ideas; muchos de estos rebeldes son los industriales y los burgueses de mañana. Exactamente como muchos de los rebeldes de principios de siglo, que luego se convirtieron en fascistas e incluso en ministros del fascismo. Créame, a veces me pregunto si sus manifestaciones callejeras o universitarias no son más que una moda pasajera, un modo de desahogarse, un precio pagado a resentimientos momentáneos en lugar de un meditado rechazo de un mundo al cual en gran parte pertenecen.

Escupen sobre la democracia, senador Nenni. Y no es raro que escupan contra la Resistencia. A través de Mao toman como modelo una sociedad con la que no tenemos nada en común. Usted que ha estado en China y ha conocido a Mao Tse-tung...

Sí, pero un rápido contacto con un país desconocido no es la manera de comprender una revolución, un sistema, un hombre. Tengo muy poca confianza en determinado tipo de viajes. Kruschév me contó una vez en Moscú que Stalin sabía muy poco de Rusia y, ante mi asombro, explicó: «Nosotros fabricábamos las películas y luego se las proyectábamos. Escenas de la vida de ciudad y campesina: todo amañado». Y yo le contesté bromeando: «Lo mismo que nos enseñan a nosotros cuando venimos a Rusia». Y es así. No sabemos mucho de la Unión Soviética, ni siquiera después de haberla visitado. Y no sabemos mucho más sobre China por el hecho de haber estado allí. Por ejemplo, ¿cómo se consigue penetrar el misterio de la última fase de la revolución china? En la medida en que se la interpreta como una revuelta libertaria parece un hecho positivo. Pero ¿ha sido solamente una revuelta libertaria? Lo sabremos en el futuro. En cuanto a Mao Tse-tung, bueno: cuando uno se acerca a Mao Tse-tung, no se acerca uno a un hombre de la calle que tiene los rasgos de Mao Tse-tung; se acerca al creador de una gran revolución, lo cual es motivo de un estado de ánimo muy particular. Con Mao Tse-tung me sucedió lo mismo que me había sucedido con Stalin. Visto de cerca, Stalin parecía un hombrecillo inocuo y cortés. Su bonachonería creaba la impresión de torpeza. Pero no se podía olvidar que era Stalin, uno de los vencedores, si no el vencedor, de la segunda guerra mundial, el gran jefe de Rusia.

Volvamos a Mao Tse-tung. ¿Le gustó?

¡Desde luego! Tal vez sea el personaje que más me ha gustado. Pero si tuviese que explicar por qué, no sabría decirlo. Es instintivo. Supongo que me gustó porque procede del mundo campesino. Y yo soy hijo de campesinos sin ninguna contaminación ciudadana o burguesa. Mao..., ¿qué quiere que le diga de Mao? Estuvimos juntos una tarde y la mitad del tiempo se perdió en traducciones: hablábamos a través de un intérprete. Ni siquiera Chu En-lai, que ha sido minero en Bélgica y debe conocer bien el francés, y seguro que habla inglés, me habló nunca sin intérprete. Mao estuvo cordial. Hasta me preguntó qué era esto de la «Operación Nenni» de la que últimamente hablaban mucho los periódicos. Le expliqué que era un intento de apertura hacia la Democracia Cristiana para conseguir un giro a la izquierda, pero no emitió ningún juicio al respecto. Se comprende: ciertas cosas no entran en su temática. Luego discutimos el ingreso de China en la ONU, el reconocimiento recíproco de nuestros respectivos países, el caso de las misiones católicas en China sobre las que se había hablado de matanzas. Me pareció un hombre vivo y yo me encuentro a gusto con los hombres vivos. Y esto vale también para Kruschev. Los dirigentes soviéticos parecen paredes. Nunca introducen nada de humano en sus discursos: rehúsan el chiste, hablan siempre ex cátedra. En cambio Kruschev no hablaba nunca ex cátedra, ni siquiera ante un extraño como yo. Bebía, bromeaba y tomaba el pelo a sus colaboradores. Hablando de Molotov me dijo: «Éste, sabe, es un mulo». Que era un mulo ya lo había experimentado cuando nos habíamos entrevistado por el asunto de Trieste. Pero ¿qué tienen que ver estos recuerdos? ¿No teníamos que hablar de Italia y de los italianos?

Sí, y he aquí una pregunta que muchos querrían hacerle. Siempre se habla de una República de conciliación compuesta por católicos y comunistas. ¿Usted cree en la inminencia, incluso en la posibilidad de tal maridaje?

No, yo creo muy poco en él. La República de conciliación es una fórmula sugestiva, como la de los "spaghetti con salsa chilena". Pero, incluso como fórmula, me parece cualquier cosa menos probable. No se basa en realidades sólidas. Y la frenan demasiados elementos: un partido socialista que tiene conciencia de su papel y de su autonomía, las fuerzas laicas representadas por partidos como el republicano, la presencia en Italia de un mundo cultural empeñado en la defensa de la libertad... Es obvio que tanto al Partido Comunista como a la Democracia Cristiana les seduce la perspectiva; en el fondo, el bipartidismo es su sueño político. Y es obvio que hay corrientes interesadas

en una operación de este estilo: incluso fuera de la DC o del PC hay quien cree que la unión de los «curas negros» y los «curas rojos» aseguraría durante algunos años el mantenimiento de la paz social, del statu quo. ¿No sucede lo mismo conmigo con la apertura a la izquierda? Hubo muchos que creyeron que abrir a los socialistas las puertas del gobierno serviría para garantizar el statu quo. Pero le repito que creo poco en la posibilidad de acontecimiento tan hipotético. No, no. Es una argumentación demasiado pesimista. No quiero hacerla.

Hagámosla, de todas maneras. Aunque sea en el plano de la política ficción. Senador Nenni, ¿qué sería una República conciliar? ¿Qué consecuencias tendría sobre nosotros?

Evidentemente sería el maridaje de dos integrismos concordantes en un punto: quitar de en medio a todas las fuerzas que se resisten a los principios de la democracia y de la libertad. Dos integrismos que sienten, sí, algunos problemas, pero que no sienten otros para mí fundamentales: la libertad individual, la vida democrática. Con la República conciliar asistiríamos a la repartición del poder entre dos iglesias: a una iglesia, la hegemonía del Estado, a otra iglesia, la hegemonía de la oposición. Al mismo tiempo veríamos desaparecer y eventualmente suprimir cualquier fuerza intermedia capaz de significar un freno. En resumen, desaparecería el Partido Socialista y el bloque de las fuerzas laicas. También desaparecerían amplios sectores de inspiración cristiana que han contribuido considerablemente al reconocimiento laico y democrático de Italia. Hablo en términos abstractos, se comprende, porque cualquier integrismo tendría que pasar cuentas con nosotros. Mire, un maridaje de este tipo tienta la fantasía de los observadores extranjeros, al mismo tiempo que la fórmula «spaghetti con salsa chilena». Pero, en el extranjero, el problema de los comunistas en el gobierno, con o sin la DC, se presenta como el problema de Italia. Yo no lo considero *el* problema. Lo considero *un* problema. Y la solución de este problema está aún en manos de los comunistas.

¿Qué quiere decir?

Quiero decir que depende de ellos el que se aclare su presencia en una coalición que tiene como denominador común la democracia. Y esto me parece que los comunistas no lo han aclarado. Tal vez han variado su táctica y su metodología, es cierto. Basta pensar en el cambio de orientación de Salerno en 1944, en la entrevista de Togliatti con el rey. Han hecho muchos discursos, cierto. Se han arriesgado, cierto.

Peró el objetivo, para ellos, sigue siendo la conquista del poder bajo la hegemonía, más o menos totalitaria, de su partido. En un plano internacional, su posición histórica queda dentro del sistema soviético que priva en Moscú. Por ejemplo, cuando formularon reservas acerca de lo sucedido en Checoslovaquia y Polonia y cuando supieron que los soviéticos estaban dispuestos a intervenir en Varsovia como lo habían hecho en Praga. En suma, los comunistas ¿se están acercando o no a un socialismo democrático y humano? ¿Aceptarán o no este revisionismo de un socialismo con rostro nuevo?

Senador Nenni, ¿usted cree que esto llegará a suceder?

Yo tomo nota de que esto no ha sucedido en los últimos cincuenta años y ni siquiera en los últimos diez años. Y es un espacio de tiempo considerable. Sabemos que en los países gobernados por ellos, cualquier tentativa revisionista para un socialismo con rostro humano, ha sido aplastada con la violencia y el terror. Sabemos que Pekín define a la Unión Soviética como un «paraíso para un grupo de burócratas monopolistas y capitalistas, así como una prisión para miles de trabajadores». Sabemos que Moscú se la devuelve a Pekín llamando a Mao Tse-tung «uno de los más grandes traidores de la historia, comparable sólo a Hitler». Y sobre estos contrastes de fondo, los comunistas italianos nunca se han expresado claramente. Es un tanto absurdo dar por conseguido lo que no se ha logrado todavía, lo que podría suceder y también no suceder, pero que, de momento, no ha sucedido. Todo es posible, cierto: los comunistas italianos ya han estado en el gobierno. Estuvimos juntos, de 1944 a 1947. Y De Gasperi, en aquella época, estaba asustado de su moderación. Me decía: «Mira, no puedo tratar políticamente contigo porque, cuando tú me ofreces diez, llega Togliatti y me ofrece cincuenta». ¿Harían lo mismo mañana? No se sabe. Sólo de un control fuerte pueden nacer los elementos que hagan probable un proceso histórico al que los comunistas sean extraños. Hoy resulta válido lo que vengo diciendo desde hace años: comunistas y socialistas deben hacer cada uno su parte. Pero el punto clave de la Italia de hoy, créame, no es el de la República conciliar. No es el de los «spaghetti con salsa chilena». El punto clave es la crisis del centro-izquierda. Y la debilidad del Estado democrático que tal crisis comporta.

A esto quería llegar, senador Nenni: el centro-izquierda es hijo suyo. ¿Hay que hablar de crisis o de fallo?

¿Fallo? ¿Tenemos que considerar fallida la experiencia en lugar de examinar la crisis y los puntos desde los cuales puede recobrar fuerza? Es cierto que ha habido errores por nuestra parte. Ha habido contradicciones, retrasos, lentitudes culpables. Peor: ha ocurrido una degeneración en el sentido oligárquico del poder, una corrupción en las relaciones entre los poderes públicos y los intereses privados. Ha habido un debilitamiento de los valores ideales. De aquí el descrédito que lo invade todo y a todos, de aquí la desconfianza de la opinión pública hacia la clase política. Pero, si es justo subrayar los errores del centro-izquierda, es injusto condenar globalmente la obra de centro-izquierda. Tanto más cuanto que en esto ya piensan constantemente la derecha y los comunistas. No olvide una cosa importante: el centro-izquierda no ha tenido sólo que afrontar las plagas heredadas del fascismo, sino también los fenómenos nuevos y los problemas que afectan a todo el mundo actual. Piense en lo que ha querido decir, en todo el mundo, la irrupción en el escenario político de una juventud que escapa al control tradicional de la escuela y de la familia para ser los artífices de su propio mañana. Piense en las nuevas exigencias de los trabajadores, en los dramas que se han descubierto con la automatización: el hombre al servicio de la máquina en lugar de la máquina al servicio del hombre. Piense en la revolución sexual y en el modo en que ha incidido en las relaciones familiares...

De acuerdo. El centro-izquierda se ha encontrado en el gobierno en el momento más difícil: aquel en que caen las viejas normas, cambian los valores culturales y la humanidad atraviesa una crisis de crecimiento. Pero también los demás países se han enfrentado con los mismos problemas y, sin embargo, han hecho algo bueno. Y hoy no tienen necesidad de usar las graves palabras que usted ha empleado justamente: degeneración del poder, corrupción, debilitamiento de los valores ideales.

Lo sé: en la República Federal alemana, la pequeña coalición social-demócrata-liberal tiene sólo una mayoría de cinco o seis votos. Y, con estos cinco o seis votos, Brandt ha podido hacer frente a problemas de tanta proporción histórica como el acuerdo con la Unión Soviética sobre la recíproca renuncia a la fuerza, y el tratado con Polonia. En Italia, el centro-izquierda tiene una mayoría de cien votos y cada día se paraliza ante la menor dificultad. Pero principalmente por dificultades de orden interno: grupos y grupitos cada uno de los cuales reivindica una parte de poder, desperdicio de energía, falta de valor y de iniciativa. Yo me pregunto si la generación media, la que está

entre la mía y la que llama a la puerta, no ha llegado con demasiada facilidad a la cima del poder. De los claustros del padre Gemelli al juego de los poderosos, como ha dicho el francés Nobécourt en su entrevista en el «Europeo». Yo no pretendo que detrás de cada hombre tenga que haber lo que hubo detrás de muchos de mi generación: el peso de la batalla contra el fascismo, la desgracia de haber vivido los dramas más terribles de nuestro siglo. Pero...

Pero algún que otro obstáculo no les habría hecho daño, ¿verdad, senador Nenni? «Han nacido todos ministros», dijo usted un día.

Pero tienen problemas que no admiten tregua, seamos justos. Piense en el éxodo del campo: centenares de miles de familias que irrumpen desordenadamente en las ciudades para encontrarse en brusco contacto con otra realidad. Piense en el vertiginoso desarrollo de la escuela: una población estudiantil que pasa de menos de dos millones a más de siete millones en ocho años, sin que la estructura escolar y la dirección didáctica sean adecuadas. Piense en la reforma tributaria, sanitaria, urbanística, la organización de las regiones...

¿Admite ahora que es usted pesimista, senador Nenni?

No. Nada está irremediablemente comprometido. Hay una sola eventualidad ante la cual estaríamos sin defensa: una crisis económica, monetaria, una crisis de producción asociada a la inestabilidad gubernamental. Entonces sí que los diques se desbordarían y se lo llevarían todo. Pero también esto se puede conjurar: a condición de poner manos a la obra, acelerar las reformas, dejar de perder el tiempo con la polémica sobre el nuevo equilibrio en el ámbito de un proceso histórico por venir. Y esto a concluir en los próximos diez años. Yo no soy profeta ni hijo de profetas, pero digo que toda esta historia sobre el nuevo equilibrio se apoya sobre un equívoco y sobre una perspectiva muy discutible: la evolución del Partido Comunista. Perdiéndonos en ciertos rompecabezas corremos el riesgo de recurrir a una ilusión y destruir lo que se ha hecho, de interrumpir la aportación de la Democracia Cristiana a una política de progreso social y lanzarla en brazos de la derecha.

Senador Nenni, su renuncia al pesimismo sería aceptable si el Partido Socialista fuese lo que usted había soñado. No lo es. Es un partido dividido y a través del cual no puede usted determinar los acontecimientos del país. Me atrevo a hacerle una pregunta brutal y tal vez mal intencionada.

Cuando usted consiguió la unificación, dijo: «Ahora ya puedo morir tranquilo». ¿Y hoy?

Hoy... considero las cosas con gran pena, pero sin complejo de culpa. He perdido mi batalla política, pero hay que saber aceptar una derrota. Tanto más cuanto que, a los ochenta años, un hombre no tiene muchas posibilidades de desquite. Reconocer la derrota no significa, sin embargo, considerarla como absoluta y definitiva. Aporté mi contribución, valga lo que valga. Y volvería a aportarla si viese en peligro las instituciones republicanas, la libertad democrática de las masas. Creo haber contribuido de modo relevante a determinadas conquistas: mi mayor victoria fue la República; ninguno la deseaba con tanto interés como yo. Y si no he conseguido consolidar la unificación socialista es porque he creído que tenía una base en la conciencia y en la voluntad de los militantes. Y esta conciencia y esta voluntad no han resistido la prueba. La prueba del fracaso relativo de las elecciones de 1968, de la polémica sobre nuestra actuación, de la discusión sobre el nuevo equilibrio. ¿Qué quiere que le diga? Es un fenómeno típicamente italiano el de las divisiones, las escisiones. Nadie espera que los acontecimientos digan si tiene razón o está equivocado, todos quieren tener razón en seguida. Yo quería un partido consciente de su autonomía, empeñado en reconquistar las masas obreras y las posiciones perdidas después de la escisión de 1947. Quería un partido en condiciones de crear una alternativa socialista en el propio ámbito del centro-izquierda. Desvanecida esta posibilidad, sólo me queda desear que el centro-izquierda tome conciencia de sí mismo y se emplee a fondo en la política de las cosas.

Senador Nenni, ¿no será que los italianos sólo se encuentran bien con los dogmatismos y con las iglesias?

No, también se encuentran bien con el poder. Pero aún no se han librado de la herencia de siglos anteriores transcurridos entre la servidumbre al extranjero y la subordinación a tiranías internas. «Tengo familia. Tengo seis hijos, ocho hijos», te dicen siempre. Y es un aspecto de aquella herencia, alimentada por la inseguridad social de muchas clases. Diciendo «tengo familia» renuncian a la lucha. O renuncian a través de una inteligencia escéptica, corrosiva, disolvente. Una inteligencia enemiga de lo concreto. Criticar todo y a todos es una manera de no criticar a nadie: sirve sólo para permanecer apartado de la lucha. Y en esto somos únicos. Pero no es exacto decir que los italia-

nos sólo se encuentran bien con los dogmatismos y con las iglesias. A la opresión y al compromiso reaccionan de manera activa. Digamos incluso que siempre acaban por reaccionar. Y esto compensa largamente la herencia negativa de una formación nacional, social, política que, sin duda, marcha con retraso respecto a otros países.

A propósito de inteligencia disolvente: Schlesinger ha dicho en la entrevista del «Europeo» que la verdadera tragedia para la Italia moderna fue la muerte del Partido de Acción.

Schlesinger ha conocido al grupo dirigente del Partido de Acción y lo ha apreciado justamente porque reunía a hombres ricos en cualidades morales e intelectuales: hombres que contribuyeron en gran medida a la lucha contra el fascismo, el advenimiento de la República, al nacimiento de la Constitución. Pero era un partido fuera de la realidad, destinado a no gobernar con el tiempo adecuado al tipo de inteligencia a la que aludíamos: aquella que lo deshace todo y no crea nada. Además, tuvieron la desgracia de alcanzar la prueba del poder después de haber perdido a su animador de más prestigio: Carlo Rosselli. Conocí a Carlo Rosselli muchos años antes de que los fascistas lo asesinaran en Francia junto con su hermana. Fue en 1925, después de haber escrito a mis compañeros una carta en que sostenía la necesidad de dar un aspecto europeo a nuestra lucha y no perdernos en hechos de naturaleza anarquista como los atentados. Una mañana un desconocido llamó a mi puerta. Lo hice pasar y me dijo poco más o menos esto: «Soy Carlo Rosselli, profesor de la universidad de Génova. He leído su carta a la dirección del partido y la he apreciado en lo que vale. Soy rico y no tengo los problemas económicos que obstaculizan a tantos de ustedes. Vengo a pedirle que trabajemos juntos». Trabajamos juntos. Juntos fundamos «Quarto Stato», la revista en la que colaborarían algunos de los hombres más dignos del futuro Partido de Acción. Pero, cuando el Partido de Acción murió...

...aquellos hombres dignos se dispersaron por otros partidos y todos ustedes acabaron por contagiarse del espíritu disolvente de su hermosa inteligencia. El primero el Partido Socialista. ¿Quería decir esto?

Sí, pero las dificultades del Partido Socialista fueron de distinta naturaleza. El Partido Socialista es un partido de frontera, con un espacio político a la derecha y a la izquierda: en estas condiciones se defiende siempre mal. Basta un pequeño paso a la izquierda y se arriesga a ser absorbido por los comunistas, un pequeño paso a la derecha y se

arriesga a parecer moderado. Se necesitan ideas claras si no se quiere caer en la órbita de unos y de otros y se quiere defender el socialismo.

Senador Nenni, ¿qué quiere usted decir exactamente cuando habla de socialismo? ¿Su socialismo de hoy es el mismo de hace cincuenta años?

Sí y no. El socialismo de hace cincuenta años se proyectaba hacia metas en parte utópicas o aún utópicas. Vivía, y cómo, la realidad de la lucha cotidiana, la lucha de los obreros y de los campesinos, pero no tenía modelos de la «ciudad del mañana». En cambio, hoy, estos modelos existen de forma concreta. Existen en dos tipos de socialismo que se han ido configurando: el comunista y el sueco. El comunista ha realizado la abolición de la propiedad privada; pero lo ha hecho en el contexto de una sociedad cerrada a cualquier resquicio de libertad individual y de vida democrática, a través de sociedades-cuartel donde la opresión estatal es feroz. El sueco ha conducido la libertad humana, la igualdad entre los hombres, la vida democrática de las masas, al más alto nivel hasta ahora alcanzado: pero no ha quebrantado el sistema de la propiedad capitalista. Yo me siento más cómodo en Estocolmo que en Leningrado. Pienso que en Estocolmo hay una nueva forma de concebir la vida que no existe en Leningrado. Sin embargo, el problema no se resuelve con una elección elemental: se resuelve tendiendo a una síntesis de las dos experiencias, o sea, a un sistema donde la socialización de los medios de producción se asocia a la máxima libertad del hombre. Porque, en el fondo, ¿cuál es la máxima aspiración del hombre? Conseguir el máximo de libertad: estar libre de toda explotación, de todo tipo de tiranía... Pero éste es discurso más apto para un círculo de estudio que para una entrevista sobre la Italia de hoy.

No creo. Les interesa a muchos italianos de los años setenta. Les interesa a todos los que se han dado cuenta de que no pueden aceptar el socialismo científico, el socialismo dogmático que se impone a través de la negación de la libertad. ¿Piensa que su socialismo es alcanzable?

Sí, aunque no sepa de qué manera concreta. Y le digo esto porque no me afecta esta enfermedad de la prefiguración de una sociedad futura. Es una enfermedad que todos pasan, tarde o temprano, pero de la que yo me he librado. Además, ¿no es este socialismo el que se está ya realizando en Italia y en gran parte del mundo? En un siglo se ha convertido en el motor de cualquier lucha por la libertad y la igualdad, el móvil de cualquier batalla por la independencia de los hombres

y de las naciones. Ha penetrado en las más diversas sociedades, incluso en las que parece que no existe. Ha transformado no sólo las condiciones de vida y las relaciones de clase sino también las relaciones entre los hombres y su modo de pensar, de ser. ¿Por qué? Porque en su devenir concreto, el mismo concepto de socialismo ha asumido características nuevas. Y se ha demostrado que, en las sociedades democráticas, el Estado tiende a convertirse en el Estado de todos. En cambio en los países comunistas, no. La dictadura del proletariado fue concebida por Marx como una forma excepcional de poder a ejercer durante la transición de la sociedad capitalista a la socialista. Pero, en los países comunistas, la dictadura del proletariado se ha convertido en la dictadura del Partido Comunista sobre la sociedad y sus trabajadores. Y en el partido se ha llegado a la dictadura del aparato sobre el partido. Y en el aparato del partido se ha llegado a la dictadura de un jefe carismático como Stalin. En suma, se ha visto que incluso una revolución proletaria, si no está animada por el espíritu de democracia y libertad, puede degenerar en burocracia, tecnocracia, policía, tiranía. La misma abolición de la propiedad capitalista no ha resuelto el problema de la socialización y de la autogestión de los medios de producción y de cambio. Ha desembocado en un capitalismo de Estado que no se diferencia del capitalismo privado, y que oprime y aliena como el capitalismo privado. El hecho es que los principios son siempre seductores cuando vienen expresados en una fórmula. Nunca se da uno cuenta de que traducidos a la realidad pueden tener efectos imprevisibles. Precisamente porque nacen de una fórmula.

¿Y pensar que esta fórmula, la dictadura del proletariado, ha convencido a tantos italianos! Empezando por usted. Pero ¿no se dio cuenta de estas cosas la primera vez que fue a Rusia?

Naturalmente. Ya entonces era socialista y no comunista. Pero no había necesidad de ir a Rusia para darse cuenta de estas cosas. Nosotros, los socialistas, siempre hemos rechazado el modelo soviético. Antes de que la Unión Soviética llegase a la misma altura que los Estados Unidos en el plano del poderío militar, habíamos defendido la revolución bolchevique, es cierto. Pero porque interpretábamos ciertos hechos como dificultades debidas al carácter atrasado de la sociedad rusa, dificultades nacidas del proceso de industrialización en un país eminentemente campesino. Hay más: empeñados como estábamos en la lucha contra el fascismo, teníamos que buscar la colaboración de los comunistas en el interior y el apoyo de la Unión Soviética en el campo

internacional. Y usted me dirá: ¿cómo? ¿Y los procesos de Moscú? ¿Y el exterminio, después de aquellos procesos, de gran parte del grupo bolchevique que había dirigido la revolución de octubre? Yo escribí cuatro artículos en «Nuovo Avanti!» que publicábamos en París. En aquellos cuatro artículos denunciaba los procesos de Moscú y les negué cualquier valor moral o jurídico. Pero no saqué de ello conclusiones drásticas, no hice de ello motivo de ruptura clamorosa. ¿Por qué? Porque comunistas y socialistas estábamos juntos en España, expuestos a los mismos riesgos y esto no era importante, ligados políticamente al éxito o al fracaso de la guerra civil española y esto era muy importante. Sabíamos que nuestra victoria hubiera sido un golpe durísimo para el fascismo y que nuestra derrota aceleraría la carrera de Hitler hacia la guerra. Y los fusiles con los que disparábamos eran fusiles soviéticos, los pocos carros armados de que disponíamos eran de fabricación soviética; únicamente Rusia nos ayudaba, Francia e Inglaterra simpatizaban sólo de palabra. El shock vino más tarde. Vino con Hungría. Y fue un shock verdaderamente violento. La única cosa que jamás habíamos creído es que un país comunista pudiera aplastar con carros armados un motín popular, provocado por una exigencia de libertad.

Y fue entonces cuando devolvió el premio Stalin de la paz.

Devolver es un verbo que no me gusta porque presupone un gesto teatral que no va con mi temperamento. Digámoslo así: en 1952 había recibido aquel premio y cuando estalló la crisis de Hungría, paralela a la crisis de Oriente Medio, pensé que aquel premio concedido por la paz tenía que ser usado por la paz. Entregué el dinero a la Cruz Roja Internacional, para los refugiados húngaros y para las víctimas de la guerra anglofrancesa en Egipto. Pero ¿de qué sirve hablar de esto?

Sirve para demostrar que en Italia queda algún hombre honrado. Y, volviendo a Italia, ¿cómo ve su posición en el contexto europeo?

Hablar de Italia en el contexto europeo significa hablar de Europa. Y cuando Allsop dice que Europa no existe, que Europa no cuenta, dice una amarga verdad. También yo pienso que el porvenir del mundo, hoy, ya no se decide en Europa. Como tampoco se decide sólo en América. Hay ahora una componente asiática que los europeos y americanos deben tener en cuenta, y no hablo sólo de China. Hablo del Japón, de la India. Europa hubiese tenido un gran papel en el

mundo si hubiera realizado su unidad política y económica: la gran idea nacida de la segunda guerra mundial. Pero han transcurrido veinticinco años y Europa no se ha construido ni se construirá. El particularismo de los Estados ha prevalecido sobre la comunidad de los intereses y ¿cómo no comprenderlo en la Italia donde ni siquiera se superan los particularismos municipales entre Catanzaro y Reggio Calabria, Aquila y Pescara? El particularismo, en el marco de la unidad europea, empezó en Inglaterra. Luego pasó a Francia, donde se convirtió en el error histórico de De Gaulle. Desde este punto de vista, De Gaulle le ha hecho un gran daño a Europa, y también se lo ha hecho a Francia. Es cierto que le ha evitado pruebas angustiosas; probablemente era el único que podía liquidar la tremenda aventura argelina. Pero, en conjunto, su acción ha provocado muchos retrasos. Retrasos en el campo de la libertad, de la democracia, de la política exterior. Y Europa no ha llegado a unirse también por culpa suya.

También le conocía usted, ¿verdad?

Sí, le conocí inmediatamente después de la guerra, discutiendo con él el tratado de paz con Italia. Un hombre complejo. No digo fascinante porque hablando miraba siempre desde muy arriba, y esto no podía por menos que fastidiar. Pero sobre los problemas de nuestras fronteras resultó un hombre abierto. Sobre el valle de Aosta, por ejemplo, había rechazado las sugerencias de los militares y de los políticos que pedían su anexión a Francia. Había recibido las mismas sugerencias respecto a Briga y a Tenda, me dijo, porque se deseaba una «sanción moral» contra la Italia que había entrado en guerra contra Francia sin ninguna justificación. Sin embargo, hay un gaullismo al que soy fiel: el del 18 de junio de 1940 cuando De Gaulle se rebeló contra la rendición sin condiciones de Francia. Pero hay un gaullismo que no puedo aceptar: el de 1958, el de la supervivencia de la concepción monárquica del Estado. También de allí surge la aversión de De Gaulle por la unidad de Europa. Usted me dirá: pero dijo no a la NATO. Para decir no a la NATO, había que decir sí a Europa. Por sí solos, los países europeos no están en condiciones de sustraerse a la influencia de uno u otro bloque. Si hoy el mundo está dirigido por una especie de «mediatría» de los Estados Unidos y la Unión Soviética, es precisamente porque no hemos conseguido construir Europa. Sobre esto no hay dudas.

Senador Nenni, ¿en qué medida la duda ha marcado su vida?

En gran medida, siempre. Llevo la duda en mí, algunas veces incluso de manera exagerada. Sobre la duda tuve una vez una polémica con Gramsci. Y me parece que esto lo dice Renan: «Sin la presencia de la duda, perdemos la exacta valoración de los hechos y de las cosas, la manía de la certeza es la antesala del fanatismo». Con la manía de la certeza se acaba por no escuchar las opiniones de los demás. Yo, en cambio, siempre estoy dispuesto a escuchar las opiniones ajenas y a buscar en ellas los elementos positivos. La duda va con mi personalidad porque reclama libertad y no comporta necesariamente la pérdida de la fe, de la voluntad de combate. Aunque sea a través de inevitables errores.

Y los inevitables dolores, las inevitables renunciaciones, la inevitable amargura. Todo esto que usted ha tenido en abundancia. Senador Nenni, ¿se ha preguntado alguna vez si valía la pena?

Nunca. Ni siquiera ahora que ya declina mi vida. Cuando miro atrás y pienso en los ideales de mi juventud, en el precio que he pagado, no lo lamento. Porque creo haber hecho simplemente lo que tenía que hacer, y porque vale la pena luchar por una humanidad más justa. Vale la pena, créame. He visto crecer a tres generaciones: la mía, la de mis hijos, la de mis nietos. Y ahora me preparo a ver la de mis bisnietos. Mirándolo pienso: no han sido inútiles estos decenios de lucha, hoy se está mucho mejor de lo que se estaba en mis tiempos. Sí, hoy la vida es infinitamente menos dura. No se puede comparar con el mundo en que yo he nacido, y no hablemos del mundo en que nacieron mis padres y mis abuelos. Hemos alcanzado un nivel mucho más alto de vida civilizada, hemos conseguido progresos formidables en todos los campos. También en el de la libertad. Me parece usted perdida ante esta Italia en fermentación, de descontentos. Y la comprendo. Y le digo más: toda persona perdida debería ser un toque de alarma que tenemos que escuchar. Pero demasiado a menudo no lo escuchamos. Analizando sector por sector, parcela por parcela, cosa por cosa, parece que todo está a punto de venirse abajo. Pero analizando el conjunto, uno se da cuenta de que la estructura sigue en pie.

Entonces, ¿por qué tanto miedo, tanta violencia, tanto rechazo a lo que ya está hecho?

Porque, resuelto un problema, se plantea en seguida otro. U otros. Es una característica del hombre. El hombre no acepta nunca el statu quo, no llega nunca a decir «ya no hay más problemas». Desgraciado

si lo hiciese. Todo se ensuciaría, se envilecería y llegaría a faltar el acicate que hace aceptable la vida. Es decir, la búsqueda constante de algo mejor. Querida amiga, la vida se ve con el pesimismo de la inteligencia, con el sentido crítico de la duda, pero también con el optimismo de la voluntad. Con la voluntad, nada es fatal, nada es inevitable, nada es inmodificable. Se lo he dicho al principio: creo en el hombre. En el hombre creador de su propio destino.

Gracias, senador Nenni.

Roma, abril 1971

Giulio Andreotti

Hablaba con aquella voz suya, lenta y educada, de confesor que te impone en penitencia cinco padrenuestros, cinco salves y diez *Requiem aeternam*, y yo experimentaba un malestar al que no conseguía dar nombre. Luego, repentinamente, comprendí que no se trataba de malestar. Era miedo. Aquel hombre me daba miedo. Pero ¿por qué? Cordial, me había recibido con una gentileza exquisita. Agudo, habíame hecho reír a mandíbula batiente. Y su aspecto no era, ciertamente, amenazador: aquellos hombros, estrechos como los de un niño, caídos; aquella ausencia casi conmovedora de cuello; aquel cutis terso que no conseguía imaginar con barba; aquellas manos delicadas, de dedos largos y blancos como bujías; aquella actitud de perpetua defensa. Replegado en sí mismo, la cabeza engullida por la camisa, tenía el aire de un enfermito que se acurruca bajo un paraguas para protegerse de un chaparrón, o de una tortuga asomándose tímidamente al exterior. ¿Quién puede asustarse de un pequeño enfermo, a quién puede dar miedo una tortuga? ¿A quién podrían dañar? Fue más tarde, mucho más tarde, cuando me di cuenta de que el miedo me lo inspiraban precisamente aquellas cosas: la fuerza que se escondía tras aquellas cosas. El verdadero poder no precisa de arrogancia, de luengas barbas, de voces ladradoras. El verdadero poder te estrangula con cinta de seda, con el donaire, con la inteligencia.

E inteligencia a fe que tenía. Tanta como para permitirse el lujo de no exhibirla. A cada pregunta escabullíase como un pez, y, tras describir, retorciéndose, mil piruetas y espirales, regresaba para ofrecerle a uno una plática llena de modestia y concreción. Su humor era sutil, pérfido, como de alfilerazos. Alfilerazos que no sentía uno en el instante mismo, pero que luego sangraban y dolían.

Le miré con rabia. Estaba sentado ante un escritorio sepulto de papeles. Tras él, sobre el terciopelo color de avellana que tapizaba la pared, tenía una imagen de la Virgen y el Niño. La diestra de la Virgen avanzaba, en bendición, hacia su cabeza. No: jamás lo destruiría nadie. Sería él quien destruyese a los demás. A fuerza de calma, de tiempo, de la firmeza de sus convicciones. ¿O de la de sus dogmas? Cree en el cielo y en el infierno. Va a la misa del alba y la atiende mejor que un monaguillo. Freuenta a los Papas con la desenvoltura de un secretario de Estado, y apuesto ¡ay!, a que consigue despertar la silenciosa ira de aquéllos. Al provocarle yo con una pregunta descortés, no movió un músculo del cuerpo ni alteróse su rostro marmóreo. Mas sus ojos se iluminaron con un relámpago de hielo que aún hoy hace que me sienta arreceda. Dice que en la escuela sacaba diez en conducta. Pero yo apuesto a que, bajo el pupitre, largaba puntapiés de los que dejan cardenales.

De Giulio Andreotti se podría escribir un ensayo. Un ensayo fascinante, porque cuanto le concierne va mucho más allá del individuo. Representa una Italia. La Italia católica, democristiana, conservadora, contra la cual se lanzan puñetazos que no con-

siguen sino herir los nudillos, y nada más. La Italia de Roma, con su Vaticano, su escepticismo, su sabiduría, su capacidad de siempre sobrevivir y siempre salir adelante, ya vengan los bárbaros, ya vengan los marcianos: a unos y otros los llevará a San Pedro, a rezar. Andreotti no llegó a la política a cosa hecha: ignoraba tener talento para ella. El poder no lo alcanzó mediante la lucha y el riesgo: no había combatido a los fascistas. A una y a otro arribó por destino, y permanece en ellos por voluntad. La envidiable y extraordinaria voluntad de los empollones, capaces de levantarse cuando aún es oscuro, para trabajar. Nos viene gobernando desde hace casi treinta años, es decir, desde cuando él contaba veinticinco. Y seguirá gobernándonos de una manera u otra hasta el día en que le administren la extremaunción. Íntimo de De Gasperi, miembro del Consejo de Estado, diputado ante la Cámara Constituyente, y sin interrupción ante el Senado, seis veces subsecretario de la Presidencia, secretario del Consejo de ministros, delegado parlamentario, ministro del Interior y ministro de Hacienda, dos veces ministro de Comercio e Industria, siete veces a cargo de la Defensa y dos veces presidente del gobierno. Hasta los niños conocen todo eso, junto con las historias que integran su personaje y que le procuran toneladas de votos: votos de los ricos, de los pobres, de los jóvenes, de los viejos, de los cultos, de los analfabetos. Le gusta el fútbol, adora las carreras de caballos, le agrada Rischiaturto, colecciona campanillas, ignora los vicios, es marido devoto y feliz de una profesora de literatura que le ha dado cuatro hijos guapos, buenos y aplicados. Tiene debilidad por América, por las carreras de caballos y por las rubias exangües y luminosas, como la difunta Carole Lombard. Debilidad, esta última, platónica, se entiende. Posee grandes dotes de escritor, lo cual hace que sus libros jamás pasen inadvertidos. Lástima que sólo se ocupe de temas que huelen a incienso.

Y ahí va la entrevista. Se produjo en su despacho del centro de estudios, se desarrolló en tres etapas y duró cinco horas. Cinco horas durante las cuales yo, que fumo como una desesperada, encendí un único cigarrillo. Y eso, al final. Antes no me atreví a hacerlo. Él no soporta el humo. Ninguna clase de humo, ni aun el de la hoguera donde se consume lo viejo para construir lo nuevo. Los combate —el humo y lo nuevo— con una vela, cual si se tratara de Satanás.

ORIANA FALLACI.— Usted, señor diputado, es el primer democristiano con quien me careo, y siento cierta preocupación porque... Bueno, sí, formulémoslo de esta manera: porque nunca les he comprendido a ustedes, los democristianos. Para mí representan un mundo tan nebuloso, tan gelatinoso... Un mundo que no consigo asir.

GIULIO ANDREOTTI. Me recuerda usted a Giannini cuando, en un discurso ante la Cámara, dijo: «Me doy cuenta de que representan ustedes una fuerza política; pero si dijese que había comprendido a

la DC, mentiría». Y ahí relató la historia de la abadesa que, poseyendo dos jilgueros y deseosa de que se apareasen, los había puesto juntos. Pero los jilgueros no llegaban a aparearse, y la pobre abadesa no conseguía determinar si ello era debido a que los jilgueros fuesen del mismo sexo. Lo que es peor: no conseguía determinar a qué sexo pertenecían los jilgueros, caso que fuesen del mismo. Hasta que un día, exasperada, exclamó: «¡Diantre, por qué no serán asnos! Así se vería bien rápido si eran machos o hembras». Ésa, justamente, es la historia que contó Giannini, y había en ella una buena dosis de verdad. Porque, sabe, al principio era bastante claro lo que significaba ser democristiano: seguir una línea de sociología cristiana sobre una indiscutible base democrática. En suma, la línea de don Sturzo. Pero hoy no puede decirse que las posiciones de la DC sean parejamente claras, y, tal vez porque los problemas se intrincan y cambian, tal vez porque un partido no puede vivir de renta... ¿Qué ocurre? ¿Desea algo?

No, no. Es que estoy habituada a fumar, pero sé que usted no soporta a los que tienen ese vicio y...

En cierta ocasión un papa de la Ciociaria, León XIII, le ofreció rapé a un cardenal. «No, gracias —le dijo el cardenal—, no tengo ese vicio». El papa le respondió: «Si fuese vicio, usted lo tendría».

¿Y en quién ve al cardenal? ¿En usted o en mí?

Como le venía diciendo, tenemos que reelaborar un programa para la DC. Tal vez partiendo de la plataforma inicial, lo que es decir del informe Gonella de 1946, que fue para nosotros una especie de Magna Charta. Debemos ver qué es lo que se ha hecho y qué se ha dejado de hacer, debemos examinar los problemas inesperados que se nos han planteado, y, a continuación, construir, sobre la nueva plataforma, una línea política de orientación precisa. Lo contrario acabaría por dejar la iniciativa a los otros e infligirnos un gol en propia casa. Hasta cierto punto, el problema de los socialistas italianos: también para ellos, la falta de claridad representa un motivo de grave crisis. Al igual que ellos, debemos remontar las corrientes, hacer marcha atrás sobre el fraccionismo, sobre los aglomerados de carácter personal...

Mire, Andreotti, mientras esperamos a que se descubra el sexo de los ángeles, el de los jilgueros, el de los democristianos, yo quisiera representarle como personaje. Así, desembarazadamente. Por ejemplo, y prescindiendo de que sea usted un santurrón de los que no abundan, me gustaría saber...

¿Un santurrón? A eso de santurrón tengo que decirle lo siguiente: es cierto que, cuando puedo, voy a misa. Y cierto que, cuando puedo, ayuno los viernes. Pero eso, ¿qué tiene que ver? Son prácticas que siempre he observado, que se observaban en el seno de la familia en que nací. Cierito que nunca lo he sometido a reflexión. Que nunca he sentido deseos de comportarme de otro modo. A pesar de ello, no consigo comprender. Si un árabe se abstiene de las bebidas alcohólicas y de la carne de cerdo, todo el mundo dice: ¡Qué buen musulmán! Y, si un católico vive como lo hago yo, exclaman: ¡Qué santurrón! No ¡qué religioso!; ¡qué santurrón!

Bien, aceptado: religioso. Y, aparte el hecho de que sea usted tan religioso, me gustaría saber por qué se convirtió en democristiano.

Yo diría que por la intervención de De Gasperi. Yo no era todavía democristiano cuando conocí a De Gasperi en la biblioteca de la Santa Sede, adonde me había dirigido para investigar acerca de la Armada vaticana. Me dijo De Gasperi: «Pero ¿usted no tiene nada mejor en qué ocuparse?». Yo no era nada por entonces, ni me había planteado nunca el problema de una búsqueda política. Tenía diecinueve años. Pero el encuentro con aquel hombre, De Gasperi, fue como un chispazo. ¡Era tan fascinador, tanta su capacidad de persuasión! Y el chispazo me reveló cosas en las que yo creía sin darme cuenta de que creía en ellas, me condujo a la búsqueda, de una forma casi natural. Quiero decir que ya nunca me asaltó la duda de poder emprender otra búsqueda que aquella, como, por ejemplo, ingresar en el partido socialista, o en el liberal. ¡Por amor de Dios!, jamás he sentido tentaciones de esa índole. Por lo que a los comunistas se refiere, ya en aquella época estaba yo cierto de que comunismo y democracia eran irreconciliables. Existe una carta de Franco Rodano, del 16 de octubre de 1943, que lo demuestra. Rodano formaba en las filas de los comunistas católicos, gente a la que profesaba yo amistad y afecto. Y al papa Pío XII aquellos comunistas católicos le causaban una cierta alarma. De manera que, cuando los arrestaron, a principios de 1943, fue mi preocupación que no renegara de ellos en un cierto discurso que debía dirigir a los obreros el siguiente mes de junio. Eso, sobre todo, hubiera llevado agua al molino de los que le acusaban de connivencia con los fascistas. O sea que salí a su encuentro sin pérdida de tiempo; pero hallándose ausente, le dejé una notita: «Santo Padre, he acudido a rendiros visita porque, encontrándose presos esos muchachos, quería rogarnos que no os refiriérais al tema...»

Un instante. ¿De manera que se presentaba usted donde el Papa así, como me presento yo en la tabaquería? ¿Que le dejaba notitas así, como se las pueda dejar yo a mi secretaria?

Pues claro que sí. Como presidente de la FUCI¹, eran muchas las visitas que giraba al Papa. Las principales ramas de la Acción Católica tenían con él una audiencia fija bimensual, y en aquella época le veía aún con mayor frecuencia. Conmigo se mostraba muy gentil, me trataba con mucha efusión. Yo, naturalmente, no olvidaba en ningún momento que él era el Papa y yo un estudiante de veinticuatro años, a pesar de lo cual... Resumiendo, que le hice llegar esa notita, y él me escuchó. En su discurso a los obreros no hizo alusión al grupo de los comunistas católicos, y cuando, dos semanas más tarde, volví al Vaticano con el fin de acompañar a unos cuantos dirigentes nuestros que iban a ser recibidos en audiencia general, me dijo: «¿Estás contento?». Nadie comprendió a qué se refería; pero yo, que sí le comprendí, contesté: «Muy contento». ¡Ah, Pío XII era un santo! Y un gran Papa; el mayor de cuantos hayan existido. La proximidad, el mirarle, bastaban para intuir que era distinto: más iluminado, más inspirado, más elegido...

Hay quien afirma lo contrario. Sin contar con que, al parecer, arremetía contra los cardenales.

A mí eso no me consta. Y, si lo hacía, significa que le daban motivos.

Ya. Pero me sorprende que prefiera Pío XII a Juan XXIII.

Pues sí. Porque verá... lo cierto es que... el tipo de comunicación que Juan XXIII profesaba le hacía apearse del pedestal. En una ocasión le llevé a mis hijos y él, para hacerles sentirse a gusto, y después de haber hecho que se acomodaran, les dijo: «¿Veis ese armario? Pues antes estaba todo abierto, y yo le hice poner puertas porque me parecía una sombrerera». El Papa Juan creaba de inmediato un clima familiar, se comportaba con mucha sencillez. Aunque creo que era una sencillez muy inteligente, vale decir muy calculada. Por ejemplo, recuerdo el día en que, en esa barriada popular de Roma que es el Tuscolano, se hizo llevar un micrófono para hablar a la gente que se había congregado en la plaza. No estaba prevista ninguna alocución, y, cuando le dieron el micrófono, se soltó con un discurso de este tenor:

1. Siglas de *Federazione Universitaria Cattolica Italiana*. (N. del T.)

«¿Sabéis?, Roma es una ciudad difícil porque es una ciudad donde los méritos no se reconocen. O bien donde se le celebran a la gente méritos que no posee. De mí, por ejemplo, se dice que soy humilde porque no quiero desplazarme en la silla gestatoria. Cuando lo cierto no es que la rechace por humildad, sino porque, instalado en la silla gestatoria, tengo siempre la impresión de que voy a caerme». ¡Las carcajadas que desató! Aún me parece oír las. Y, luego, dijo: «Escuchadme, jóvenes. Yo os voy a pedir que seáis amables. Y que lo seáis con los viejos, porque con los jóvenes lo sois incluso demasiado». ¿Me explico? ¡Dos observaciones semejantes, salidas de la boca de un Papa! A eso siguieron diez minutos de sermoneo digno, entendámonos bien, de un párroco de lo más recalcitrante. Pero antes hizo reír a la gente.

¿También a él le conoció bien?

¡Oh, sí! Muy bien. Por razones familiares. Él, de joven, había sido íntimo amigo de un tío de mi esposa, es decir, el hermano de mi madre política, un sacerdote que era arqueólogo aquí, en Roma. Siempre estuvieron muy unidos, de manera que, por ejemplo, cuando el tío de mi esposa cayó enfermo, el Papa Juan fue a verle. Luego, cuando el tío murió, fue a ver su tumba y... en suma, que nos encontrábamos con frecuencia.

¡Caramba! Y a Pablo VI, ¿también le conoce bien?

¡Oh, sí, por supuesto! La mar de bien. Fue asistente de nuestra organización católica universitaria. A él, sin embargo, lo veo poco desde hace algún tiempo. La última vez, figúrese, fue el día 2 del pasado enero, en una audiencia general en la que acompañaba a un grupo de *ciociaros* con motivo del séptimo centenario de la muerte de Santo Tomás de Aquino. Por lo general evito acudir a él. Para no mezclar, sabe, lo sagrado con lo profano. Por razones políticas, ¿me explico? Puede decirse que al Vaticano iba antes con más frecuencia. Y, por lo demás, lo hacía, aun entonces, con moderación. Oh, nuestros contactos con el Vaticano son mucho más raros de lo que la gente cree. Entiéndame: para asuntos de importancia... para intereses comunes como pueda ser el Concordato... se supone que... Pero, por lo demás... Durante todo el período de Pío XII, imagínese, De Gasperi estuvo tan sólo dos veces en audiencia. El resto de las ocasiones hemos acudido con motivo de actos cívicos. Por ejemplo, cuando se representó la obra de Claudel *L'Annonce faite à Marie*. No, con el Vaticano no tenemos tantos contactos como cree.

¡Ah! Sobre este particular, permítame ser incrédula. Sobre todo, en el caso de usted. Hasta los niños saben que si alguien hay en Italia vinculado con los ambientes eclesiásticos, ese hombre es Andreotti. Papas aparte.

Contactos personales, sí. Vínculos, sí. Pero se trata de personas a quienes conocía ya en una época en la que yo pensaba en todo salvo en la política. Y, de cualquier modo, mis relaciones no son clericales. Ello al extremo de poder decir lo siguiente: mientras los colegios religiosos están llenos de hijos de personas que se consideran enemigos irreconciliables de la Iglesia, a mí no se me ocurrió jamás enviar a los míos a una escuela religiosa para que realizasen allí sus estudios. Quiero decir que el hecho de ser católico convencido no me condiciona. Me permite, en todo caso, desplazar obstáculos. No es un secreto que durante muchos años no se pudo construir una mezquita aquí, en Roma, porque eso turbaba-el-carácter-sacro-de-la-ciudad. Luego, durante los pocos años que duró mi gobierno, vino el rey Feisal. El de las naranjadas. Quiero decir el que puede abstenerse de las bebidas alcohólicas sin que nadie le diga que es un santurrón. Y me habló de ese asunto. Yo lo encontré tan justo que en seguida obtuve el permiso para erigir una mezquita para los musulmanes.

Dígame, Andreotti: ¿Ha considerado alguna vez el hacerse cura?

Es difícil decirlo. Tal vez pude hacerlo, no lo sé. Si esto le da alguna idea, le diré que de niño pasaba siempre mis vacaciones con dos muchachos de mi misma edad, de los cuales uno es ahora nuneio apostólico y, el otro, arzobispo de Chieti. A pesar de ello, me he sentido siempre la mar de bien en mi situación de marido y padre de familia, situación que me ha ido complaciendo más y más sin que haya sentido nunca remordimientos. Tal vez se deba a que he tenido suerte y me ha correspondido una mujer inmejorable y unos hijos sanos y estudiosos... Sea como fuere, no puedo decir que haya visto frustrada una vocación de cura. La única vocación que he visto frustrada es la de médico. Oh, me hubiera complacido sobremanera ser médico. Mas no podía permitirme seis años de medicina. No era rico. Mi padre, un maestro de enseñanza elemental, murió apenas nacido yo, y, no bien inscrito en la universidad, hube de ponerme a trabajar. Me matriculé en Derecho, y al licenciarme tenía idea de convertirme en criminalista. Con enorme pesar, eso sí. Sí, enorme. Y todavía lo siento. Paciencia, eso ya pasó. Lo bueno es que ninguno de mis hijos ha querido estudiar medicina. Uno de ellos se licenció en filosofía, otro lo hará ahora en

ingeniería, el tercero va para Derecho, y la menor está en segundo de arqueología.

Bien, de haberse hecho médico, hoy no sería uno de los hombres más poderosos de Italia. Porque no irá a negar que, en su caso, la política es sinónimo de poder.

Yo no diría que lo es. En mi caso no asociaría del todo la palabra política con la palabra poder, porque, mire, yo me siento políticamente más entusiasta cuando escribo o participo en una discusión que cuando me alcanza la responsabilidad del poder formal y concreto. La cosa que mayor satisfacción me ha dado en estos veinticinco años fue ser delegado parlamentario. Ciertamente que es preciso definir el poder. Para la prensa, por ejemplo, el poder es aquello que se aprecia por su aspecto exterior. Si uno es ministro de las locas ilusiones y dice que hoy es viernes, la prensa cita en seguida sus palabras con obsequio: «El ministro de las locas ilusiones ha declarado que hoy es viernes». Si, por el contrario, elabora una teoría o formula una idea, no le será fácil ponerla en circulación. En otras palabras: si por poder se entiende gozar de cierta entidad, hacer valer ciertas ideas e inducir a otros a que las tengan en cuenta, entonces me siento, hasta cierto punto, un hombre de poder. Por mucho que, a veces, si fallan los instrumentos de mando...

¿A quién? ¿A usted?! ¿Usted, que goza de tanta influencia sobre la policía, sobre el ejército, sobre la magistratura, incluso? ¿Usted, que ha sido amigo de tres papas, que ejerce de ministro y que posee el expediente de todos los políticos italianos?

Eso son bulos absolutos. Si quiere consultar mi archivo, se lo enseño. Está a su disposición, de veras. Cuando uno ha sido ministro de Defensa durante años conoce, ciertamente, a mucha gente. Y yo conozco a mucha, no hay duda de ello. Pero nunca he considerado que el poder consistiese en acumular carpetas para ejercer extorsión. No tengo claves secretas. Sólo un diario en el que cada noche de Dios escribo un mínimo de una cuartilla. Si, por casualidad, una noche tengo dolor de cabeza y no escribo, a la siguiente cumplo sin tardanza el voto. De esta forma, si tengo que hacer un artículo sobre algo que ocurriera veinte años atrás, consulto mi diario y encuentro en él cosas que, a buen seguro, no hallaría en los periódicos. Es verdad que el diario lo llevo de modo que nadie, excepto yo, puede interpretarlo, y que son cosas que reservo exclusivamente para mí. Que nadie, salvo yo,

debe leer. Es estrictamente secreto, y espero que el día que yo muera mis hijos lo quemarán. Pero mis expedientes, créalo, sólo consisten en recortes de diario. Si quiere consultar alguno de ellos, se lo doy. Adelante, diga su nombre. Dígamelo.

Fanfani. El también llamado dueño de Italia. ¿No es Fanfani su gran enemigo? ¿Acaso no es cierto que debe a Andreotti el no haber alcanzado la presidencia de la República?

No, no es cierto. Los votos de nuestro grupo, salvo minúsculos márgenes, los tuvo. La Democracia Cristiana le dio sus votos. Pero es cosa sabida que por sí sola no puede la Democracia Cristiana elegir al presidente de la República. Lo que a Fanfani le falló fue el apoyo de la oposición. La hostilidad, que más tarde dio inicio a la crisis del centro-izquierda, procedía de los socialistas. Hicieron un pacto de acción unitaria con los comunistas y... Hubieran apoyado a Moro; pero a Fanfani no querían respaldarlo en forma alguna. En cuanto a llamarlo dueño de Italia, no estoy seguro, andando las cosas como andan, de que sea un cumplido... Fanfani es el secretario del partido más grande de Italia; pero de ahí a definirlo como usted lo hace... Sobre todo en una etapa de anarquía generalizada como la que estamos viviendo... Los periódicos le atribuyen a intervalos ora un rumbo ora otro, pero a mí nada me autoriza a pensar que...

Resumiendo, ¿son ustedes, o no, enemigos?

Mire, yo pienso que las posibilidades de coalición dentro de la Democracia Cristiana son muy complejas por cuanto cada cual tiene sus puntos de vista, sus corrillos pequeños o grandes, sus intereses ciertamente legítimos... No hablo sólo de ambiciones injustas o retrógradas... Fanfani ocupa hoy en día una posición bastante favorable respecto de los demás porque nos aventaja en una decena de años y ello le permite programaciones que, en el fondo, no incomodan a nadie... Y ha demostrado, además, enormes facultades de recuperación, una gran voluntad... Desde ese punto de vista representa verdaderamente un elemento de fuerza y... sería absurdo no valorar los puntos de fuerza para dar preponderancia a otras consideraciones. ¿Qué quiere que le diga? He trabajado algunas veces con Fanfani, pero nunca mucho ni por demasiado tiempo... de manera que puedo afirmar que no se me han presentado excesivas ocasiones de colaborar con él y... Especialmente en las actividades del partido, no tengo experiencias de

ese género... Mire, yo veo la situación actual de tal forma que lo único que me importa es meter las cosas en vereda... Que eso lo haga una persona u otra tiene para mí un interés secundario. Cualquiera que pueda arrimar el hombro es bien recibido.

No consigo sacarle de sus casillas. ¿Es que se muestra usted siempre tan controlado, tan imperturbable, tan marmóreo?

Sí, porque no merece la pena dar gusto a quien busca encolerizarnos. ¿A qué hacer de cerilla que se enciende y salta por los aires? Por lo demás, ¡me enoja tanto la gente que alza el gallo y suelta, sin más, palabras feas! Según yo lo veo, es prueba de una insuficiencia de convicciones. Cuando uno está convencido de algo no tiene la menor necesidad de descargar puñetazos sobre la mesa, sudar y excitarse. Los que se encolerizan, y a veces ofenden, resultan ridículos. Luego se ven precisados a inventar mil historias para excusarse, se exceden en la dirección contraria, se humillan... Italia goza de una tradición de polémicas clamorosas, vociferantes. Yo, que soy romano, prefiero no dramatizar más de lo necesario: ser romano ayuda mucho a dar nueva dimensión a los problemas, y es una verdadera lástima que Roma raras veces haya conseguido ser gobernada por romanos. Si usted para mientes en el hecho de que antes de mi aparición nunca había tenido el Consejo un presidente romano, que éstos habrían sido siempre gentes del Sur o del Norte... Lo cual incluye a los toscanos, porque para nosotros la Toscana ya es el Norte... Como quiera que sea, fíjese, incluso cuando asisto a los partidos de fútbol, que tanto me divierten, conservo la calma. Y, cuando voy a las carreras de caballos, lo mismo. Sí: las carreras de caballos me gustan todavía más. El tráfico de la gente, la toma de partidos, el suspense, las apuestas... Gane o pierda, nadie se da cuenta de si estoy excitado o nervioso. Ello sin contar con que casi siempre gano, porque tengo suerte. Juego poco, expongo poco, pero, por lo general, gano.

¿Se refiere a los caballos o a la política?

No es que sean los caballos mi única evasión. También me divierto en el cine, o contemplando Rischiattuto, o escribiendo libros. Escribir me aligera, me desintoxica, me hace olvidar los decretos-ley y las órdenes del día. En cualquier caso, todos estos placeres tienen un denominador común: calmarme y ayudarme a recuperar el equilibrio. Una cosa que me complace mucho, ¿sabe?, es la compañía de la gente que no está metida en política. Le referiré una cosa. Durante muchos

años he estado yendo a Montecatini, a tomar las aguas. La primera vez era yo subsecretario de la Presidencia, el director del balneario acudió a recibirme diciendo: «Permítame que le acompañe a las instalaciones y que le enseñe dónde alojamos a los diputados y los senadores». Y yo le respondí: «Espléndido, lléveme sin tardanza e indíquemelo con toda exactitud, de manera que pueda irme a otro establecimiento». Que es lo que hice. No para evitar a mis colegas, sino para no fomentar una especie de congregación. La política es una cosa que lo vuelve a uno herrumbroso, y líbrenos Dios de quedar anquilosados: acabaríamos por no ver sino aquélla y por convertirnos en pésimos intérpretes de quienes nos eligen.

¿Es ésa su definición de la política?

Yo... mire... Yo daría mucho por definirla como la han definido mis colegas: la política es cultura, es moral, es misión, es historia del arte, etcétera. Pero no lo consigo. Por otra parte, es como si pidiese usted a un pececillo que definiese el agua que le rodea. Un pez no sabe definir el agua que le rodea; lo único que sabe es que es su vida. Creo haber dicho ya que si cuando estaba en el liceo me hubieran pronosticado la carrera de político, me hubiera echado a reír. Y aún hoy sigo no estando esquematizado por ella. En rigor, no pertenezco a la categoría de los que se pierden en abstracciones y, por ejemplo, dicen: «El obrero no quiere ser propietario de su casa, quiere tener sobre ella derecho de superficie». ¿Qué significa eso? ¿Por qué hablan así? ¿Acaso temen no parecer cultos? ¿O es que tienen ideas tan poco claras que no saben expresarse? No son pocos los que dicen: «nosotros-los-que-estamos-junto-al-trabajador». Expresión estupenda, porque están siempre junto al trabajador y no trabajan nunca. Oh, tiene razón mi madre cuando dice que, escuchándoles en la televisión, no se entiende ni aun la mitad de lo que dicen. A mí el vocabulario político me produce un aburrimiento mortal. Conforme en que debe existir la teoría, lo contrario sería edificar en arena; pero hay que atender a la gente que carece de las cosas necesarias para la vida, y que no quiere ser agredida cuando va a cobrar la pensión... ¿Qué ocurre? ¿Desea algo?

No, no. Buscaba maquinalmente un cigarrillo, olvidando la historia de León XIII y el cardenal.

¡Pero...! Si de verdad desea fumar, fume. Mire, enciendo la vela. ¿Ve? Tengo una siempre dispuesta, especial. Depura el aire y me evita el dolor de cabeza. No es que no soporte a los fumadores; es que no

soporto el humo: me fomenta jaquecas, y yo las sufrí atroces, capaces de dejarme fuera de juego durante tres o cuatro horas. Jamás he conseguido saber qué las origina. Tal vez una herencia orgánica. Mi padre las padecía, y mi madre, también. Aunque tal vez sean de carácter reumático: Aunque se me declaran también cuando estoy cansado, cuando me siento tenso, cuando me expongo a la humedad. Pero, si de veras quiere fumar, fume.

¿Después de lo que me ha dicho? No, no. Continúe, por favor.

Hablábamos de la política vista como hecho concreto. Pues bien, entre nosotros ha existido siempre un desprecio hacia quien da importancia a los asuntos de administración común, pero una de las cosas que mayor satisfacción me han dado en mi vida se produjo en relación con el tema de la administración común, cuando era yo ministro de Hacienda. Existía un enorme contrabando de petróleo, y yo, en lugar de chillar, hice una gestión. Luego llamé a un comandante del cuerpo de carabineros y le dije: «Quiero un joven capaz, avisado». Y él puso a mi disposición un capitán que ahora es coronel. El capitán se hizo contratar como operario en una refinería, y apenas le llevó seis meses descubrir la verdad. Alrededor de toda refinería existen grandes instalaciones para proporcionar agua en caso de incendio. Y ellos en vez de traer agua, sacaban petróleo. A un kilómetro de las verjas no había ni carabineros ni control alguno, lo cual les permitía cargar el petróleo en camiones-cisterna, ¡y largo! Entonces redacté un decreto-ley según el cual nadie podía transportar gasolina en camiones-cisterna sin ir provisto de una guía en la que se especificase el origen de la carga y su punto de destino... ¿Sabe que aquel año recaudamos veintiocho mil millones más de impuestos? ¡Ah, si perdiésemos menos tiempo combatiéndonos en congresos, precongresos, sesiones y asambleas ordinarias, y nos ocupásemos más de las cosas esenciales!

Pero, perdóneme, Andreotti, ¿cómo es posible que, comprendiendo esas cosas, haya usted organizado tantos percances con su gobierno? La caída de la lira, el alza de los precios...

Lo que dice me parece muy injusto. Todo gobierno es hijo del que lo precede y padre del que lo sigue, y mi gobierno surgió a raíz del fracaso del centro-izquierda. Su subsistencia era casi imposible: ¡eran tan pequeños los márgenes que teníamos! En el Senado, por ejemplo, todos los días había que recomtar votos, y ello obstaculizaba toda programación, por mínima que fuera. Dentro del gobierno de

coalición gozamos, durante los primeros seis meses, de cierta compatibilidad; pero, a partir de enero, una considerable porción de los ministros se puso a pensar más en el porvenir que en el presente. Y eso nos debilitó. A pesar de ello, ciertas decisiones fueron adoptadas de manera hábil y realista: la del doble cambio de la lira, y la que impedía la salida de un solo gramo de oro... Es absolutamente falso que yo sea responsable de la caída de la lira. Por el contrario, la lira se hubiera hundido de no haber mi gobierno tomado ciertas decisiones. No olvidemos los problemas internacionales: por parte de un país productor de petróleo fuimos víctimas de especulaciones que en un solo día influyeron en la cotización de la lira por un montante de doscientos mil millones. De haber aceptado la norma comunitaria según la cual las transacciones monetarias deben pagarse, entre los países de la CEE, la mitad en oro y la mitad en moneda europea, transcurrido un mes no nos hubiera quedado ni un gramo de oro ni un dólar. ¿Y de qué le hubiera servido a Europa una Italia destruida en lo financiero?

Me inclino a darle la razón, si bien el presente gobierno afirma no hacer otra cosa que reparar estragos del gobierno Andreotti...

Me parecen muy presuntuosas esas declaraciones del actual gobierno. Y les contestaré con lo siguiente. De niño pasaba los veranos en una casa de campo cuyas tuberías no cesaban de perder agua día y noche. Y, por mucho que entonces no fuese tan difícil como lo es hoy conseguir un fontanero, éste no venía nunca, de manera que siempre nos veíamos con el suelo encharcado. Hasta que un día llegó el fontanero, con lo cual cundió la alegría y alzáronse exclamaciones de gratitud y de gozo. Y, en medio de nuestra gratitud y nuestro gozo, puso el fontanero manos a la obra y... lo echó todo a perder. Anegó la casa. Conque no querría que los actuales restauradores organizaran una como la que nos organizó aquel fontanero. Oh, no existen soluciones de centro-izquierda o de centro derecha o de centro. Existen soluciones válidas, y nada más. Hoy en día las tres cuartas partes de los problemas tienen dimensiones tan internacionales que no es posible remediar los charcos del suelo con unos martillazos. Por supuesto que, si continuamos así, si no se incrementa la productividad, si no ingresamos más divisas mediante, por ejemplo, un estímulo del turismo...

¿Cómo? ¿Con cines y teatros que cierran a media noche? ¿Con restaurantes que te ponen en la calle antes de las once? ¿Con la supresión del tráfico automovilístico los domingos? ¿Con la gasolina racionada?

No es que quiera convertirme en el Jaimito del chiste, pero en eso le doy la razón. Bloquear los automóviles el domingo no es, desde luego, la manera de resolver el problema. En el porcentaje global del consumo de crudos, los que gasta la circulación de automóviles alcanza apenas un 15 por ciento. Pero eso es por circular los siete días de la semana, no el domingo exclusivamente.

También podría estimularse el turismo mediante un boletín políglota que diese cuenta de nuestros escándalos, o, tal vez, sustituyendo la atracción del «latin lover» por la del político corrupto.

Tal vez no ha caído todavía la noche, y es preciso aguardar a que caiga antes de llegar a juicios excesivamente catastróficos. No quisiera hacer el papel de eterno mediador, mas ciertas cosas concluyen a menudo por surtir una función positiva y por restituir el equilibrio a lo decantado. Resumiendo, podría muy bien ser que este terremoto reajustara muchas cosas. Lo que yo temo es que sirva tan sólo a las especulaciones de algunos: hasta que no se celebra un juicio, se obtiene un veredicto, una apelación y una sentencia definitiva, no se puede decir que una persona haya violado la ley. No, no es justo que en el transcurso de una semana un hombre se vea ya juzgado por el clamor de una acusación. Porque aun en el caso de que más tarde se vea absuelto con todos los pronunciamientos, su honestidad queda en entredicho. Y también la del sistema. Nosotros tuvimos formidables casos de procedimiento contra personajes políticos que, en el tribunal de apelación, y finalmente en el de instrucción, se resolvieron pidiendo mil perdones. Lo cierto es que se requiere mayor respeto del secreto de instrucción: el secreto de instrucción resulta a veces, en Italia, una burla. Todo el mundo, desde el jefe de policía al magistrado, ofrece conferencias de prensa. Y, luego, a veces, se da la culpa al periodista: pero-usted-cómo-se-le-ocurre-escribir-esto. Algo que le ha dicho el jefe de policía o el magistrado. ¶ Resignación! Si en Inglaterra llama usted asesino a un reo confeso de asesinato que, sin embargo, no ha sido juzgado todavía, el reo puede demandarle por daños y perjuicios. Aquí, en cambio...

De acuerdo. Ya se vio con el caso Valpreda. «He aquí al asesino», escribí en la portada de un semanario que se presenta a sí mismo como progresista. Pero yo...

¿Sabía usted que, de las iniciativas de mi gobierno, una de las calificadas de debilidad fue, precisamente, la ley que hizo posible la excar-

relación de Valpreda? Y, cuando algunos acudieron a decirme: «De manera que tú apoyas a Valpreda», mi respuesta fue: «Yo no sé si Valpreda es, o no, responsable. No me corresponde a mí saberlo; ya se verá en el juicio. Pero si tu hijo se encontrase preso por causa de una imputación no demostrada, ¿te gustaría que pasara dos o tres años en la cárcel, en espera de que los jueces se pusiesen de acuerdo acerca de quién debía juzgarlo?». ¡Por amor de Dios! Tal vez sean las consecuencias de un determinado tipo de educación, o, mejor dicho, de una falta de educación. Puede ser que carezcamos de una cultura que tenga por base el respeto a las gentes. Como quiera que sea, el nuestro es un sistema que incita al linchamiento. Y no tanto al linchamiento físico cuanto al linchamiento moral. Que es lo que ocurrió también en el caso Valpreda. Y digo «también» porque, cuando dijeron de él, para definirlo, que era «un bailarín», a mí me vino a la memoria el caso Piccioni. El caso Montesi. ¿Se acuerda del juez Sepe? Un día le pregunté a Sepe: «Pero, perdóneme, ¿qué pruebas existen de que Piccioni haya conocido a la Montesi?». Sepe me respondió «¡¿Pero usted conoce a Piero Piccioni?! ¡Un compositor de jazz! ¡El amante de una actriz!». De manera que, enojado, repliqué: «¡Perdóneme, excelencia, pero eso significa que, si se llamase Fanfani e Bertarelli, como la firma que vende coronas mortuorias en la plaza de la Independencia, el acusado quedaría, para usted, automáticamente libre de sospecha!». Existe en Italia una fea costumbre: convencerse primero de algo y, luego, buscar las pruebas. Lo cual resulta una tergiversación del concepto de la justicia. Todos somos un poco como Sepe, que se creía enviado por Dios para limpiar los establos de Augias. ¡Sepe...! Cuando me convertí en ministro de Hacienda me escribió una carta: ¡Quería ser director de mi oficina legislativa!

Sí, sí, sí: verdades sacrosantas. Pero eso no altera la indiscutible vergüenza de que en Italia exista una gran corrupción. Usted ha desviado la conversación. Existe el escándalo, y los propios partidos se han visto involucrados en algunos.

Lo que yo he dicho es que todavía no es de noche. Por ejemplo, aún no se ha hablado de los comunistas, mas ¿cómo subsisten financieramente también ellos? Decir que reciben ayuda del exterior no es una malignidad: es un hecho. Y entre las personas que podría usted interpelar se encuentra Eugenio Reale, que ha sido su administrador. A lo mejor le podría decir algunas cosillas. ¡Venga, descubramos las Américas diciendo que todo partido recibe ayuda del exterior! O se

llega verdaderamente a la financiación estatal... Pero ¿es posible creer en la financiación estatal? De Gasperi, por ejemplo, no creía en ella. Decía que la opinión pública o bien no la habría aceptado o bien habría reaccionado con gran malestar: «Entregar el dinero del Estado a los partidos no suena bien». Quién sabe, si pudiese convencerseles verdaderamente de hacer públicos sus balances y de no hacer secreto de sus entradas y salidas... Pero los partidos jamás revelan sus balances. Ni siquiera a sus miembros. Yo formo parte de la dirección de la DC, y en treinta años no he visto un balance. Y supongo que en los demás partidos ocurre lo mismo. En 1945 y 46 existía, en los congresos, el informe del secretario administrativo, pero hoy ya no existe ni tan siquiera eso.

Andreotti, me ha dicho usted hace poco que este terremoto podría arreglar las cosas. No obstante, debería saber que en Italia los terremotos nada arreglan porque tras la conmoción inicial no se vuelve a hablar de ellos.

Tal vez se deba eso a que se echa demasiada leña al fuego de una sola vez. Y en el formidable barullo que de ello se obtiene, se pierden de vista las cosas esenciales. Todo gobierno, ¿sabe?, comienza con un programa para cuya realización quince años no bastarían. Ya no se hace como cuando Nitti, que formaba un gobierno con el solo fin de nacionalizar los seguros de vida. Era, a buen seguro, un programa limitado, pero, al mismo tiempo, un programa claro que permitía controlar los resultados. Ya no se hace como cuando De Gasperi, que ponía sobre el tapete la reforma agraria, promulgaba una ley al respecto y, gustase o no después la cosa, la aplicaba. O como Vanoni, que lanzó la reforma tributaria, que hizo refunfunar a la gente, a pesar de lo cual, y al encontrarse el formulario Vanoni en las manos, la gente concluyó que, bueno o malo, Vanoni había hecho algo. Hoy en día existe entre los partidos un diálogo abstracto: yo-soy-más-guapo-que-tú, tú-eres-más-feo-que-yo... no en el sentido físico, claro está, ya que en ese sentido saldríamos todos malparados... Lo cierto es que ya no se habla de cosas prácticas. Los gobiernos no tienen tiempo de hacer nada porque nunca se sabe, cuando nace un gobierno, si continuará en pie al día siguiente. Tome usted la intervención de los teléfonos...

¿También usted tiene el teléfono intervenido?!

No lo sé. Espero que no. Pero lo ignoro por completo. Porque ¿se ha fijado alguna vez en la portada del listín telefónico de Roma de 1972-73? Ahí tiene, mire. En la misma portada: «Tony Ponzi, detec-

tive privado. Premio Máscara de Oro. Interviene personalmente en controles, investigaciones industriales y para particulares, también con equipos electrónicos miniaturizados. En cualquier localidad». De otra parte, si arma uno la de San Quintín por el hecho de que su teléfono está intervenido, siempre corre el riesgo de que la maledicencia pública diga: ¿no-será-tal-vez-que-no-quiere-ser-escuchado-porque-tiene-algo-que-esconder?

Muy bien dicho. Pero usted, cuando estaba en el gobierno, ¿qué hizo contra esa porquería de las intervenciones telefónicas?

Yo, como me disponía a decirle, denuncié el problema y encargué a mis ministros que redactaran un proyecto de ley. El proyecto quedó listo, pero luego tuvimos que levantar velas y... vuelta al razonamiento de antes: ¿cómo hacer las cosas, si no se nos da tiempo para ello? Sería preciso decirle a un gobierno, cualquiera que éste fuese: «Tienes dos años de permanencia en el cargo. Si, transcurridos esos dos años, no has realizado un mínimo de dos o tres cosas fundamentales, si no las has llevado a buen término, te envío a paseo y te desautorizo. Y no podrás, en un plazo de diez años, volver a participar en ningún gobierno». En lugar de eso ocurre lo que ocurre, sin contar con que el jefe del gobierno debe pasarse la jornada ocupándose del precio del mijo o de la conferencia de Copenhague. Y una jornada no tiene más que veinticuatro horas.

Empleen mejor las veinticuatro horas. No se ocupen del precio del mijo. No acudan a la conferencia de Copenhague. Por eso no funciona nada en Italia y corremos el riesgo de asistir al suicidio de la libertad.

Tal vez exagera usted. No quiero negarle cierto fundamento a lo que usted, un tanto brutalmente, afirma. Pero no es justo decir que nada funciona en Italia. De todas formas, la pretensión de que todo funcione requiere una receta que no existe. ¿No podría ser, además, que se viese sólo lo que no funciona pasando por alto lo que sí funciona? Algunas cosas funcionan. Hay un notable número de personas que cumplen con su deber, que trabajan con regularidad, que estudian con regularidad y que se gradúan con aprovechamiento. Hay que poner atención en no destruirlo todo. Eso podría conducir no diré a un régimen de los coroneles, pero sí a uno como el de Giannini, es decir, a un estado de perenne descontento que no refuerza la democracia. No podemos decir que nos encontramos en el año cero. No quiero echar mano de estadísticas halagadoras, pero ¡por Dios santo! Para mí ya

representa mucho el hecho de que en veinte años el censo escolar haya pasado de un millón a seis millones y medio, y de doscientos a ochocientos mil el universitario, y que el nivel de vida haya mejorado como lo ha hecho, y que se coma bien, y... La democracia es un sistema fatigoso, lleno de rémoras y de zancadillas. Exige paciencia y también errores.

Cierto. Pero la autocomplacencia es la sal de las dictaduras, mientras que de la democracia lo es la crítica. Yo le voy a preguntar: como hombre de poder, como miembro de una clase política dirigente, ¿puede afirmar que tiene la conciencia tranquila?

Mire, la conciencia nunca se puede tener tranquila, porque uno piensa siempre que podría haber hecho más y haberlo hecho mejor. Eso sin contar con que el juego político no es nunca un juego individual; se trabaja, como en el fútbol, en equipo. Si cada uno de nosotros no debiese responder más que estrictamente de sí mismo...

Yo no he dicho estrictamente Giulio Andreotti. He dicho Giulio Andreotti como representante del poder y de la clase política dirigente.

Entonces permítame decir esto: como clase política nosotros partimos de una gran inexperiencia. Si veinte años atrás hubiésemos podido acometer la reconstrucción de Italia con la experiencia que hoy tenemos, habríamos cometido menos errores y hecho el triple de cosas buenas. ¡Vaya, si ni siquiera sabíamos hablar en público! ¡Estábamos tan faltos de preparación! Para ver la diferencia entre ayer y hoy, a mí me basta con mirar a los jóvenes de las Fuerzas Armadas, que por fin saben hablar en público. Conque, si lo juzga usted todo por las pequeñas cosas, por nuestras pequeñas miserias, por nuestros errores cotidianos, tiene razón en decir que andamos con los neumáticos pinchados. Pero si contempla la perspectiva histórica, llegará a la conclusión de que estamos saliendo airosos. Yo soy optimista.

Feliz usted.

Sí, porque nunca miro las cosas con un estado de ánimo excitado. Eso no sirve de nada y resulta peligroso. Aunque esté preocupado, hago por ver las cosas con cierta perspectiva. Por ejemplo, en las otras entrevistas usted ha señalado el hecho de que los italianos somos fundamentalmente anárquicos. Así es. Cada uno de nosotros es una pequeña cuna del derecho, y todos rechazamos el puesto que nos corresponde: los sindicatos quieren ocuparse del referéndum, las regiones

quieran ocuparse del Vietnam... Y, si bien la Constitución habla de derechos y de deberes, los derechos los invoca todo el mundo, pero los deberes, nadie. Hablar de deberes se considera antidemocrático. En ese sentido somos niños. Somos anárquicos y, sin embargo... el número de los que acudimos a las urnas es mayor que en cualquier otro país. Somos anárquicos, pero, cuando se nos pide que no utilicemos el coche, vamos a pie. No nos gusta el orden, pero el desorden nos escandaliza... Resumiendo, no opino, como usted, que nuestra libertad se encuentre en peligro. Oh, ya sé que corro el riesgo de pasar por necio, pero tome usted el ejemplo de Italia Nostra. Se hubiera dicho que todos se creían autorizados a deteriorar el paisaje a su antojo y, en cambio, Italia Nostra ha reequilibrado la situación.

Andreotti, yo le hablo de libertad y usted me habla de paisajes. Si en Italia se produjese un golpe...

Yo no creo en esas cosas tan complicadas. Ciertas cosas presuponen la existencia de un letargo, y en Italia no existe letargo. Hay una gran vitalidad en lo que se refiere a las instituciones.

Si usted lo dice, me siento más tranquila. Porque ¿sabe lo que se dice por ahí? Se dice que si se produjera un golpe en Italia, el primero en saberlo sería usted.

Yo creo que no. Yo creo que sería de los primeros en ser arrestado. Y, de todas formas, le repito que no creo en el golpe. Mi miedo es otro: que la gente pierda la sensación de que este sistema, el sistema democrático, garantiza una vida tranquila y normal. Las retenciones del correo, el aumento de la criminalidad... Al farmacéutico que vive al lado de casa le han desvalijado la tienda esta noche, y él no está, ciertamente, contento del statu quo. Como quiera que sea, dudo que yo fuese el primero en saber esa cosa fea de la que usted habla.

También eso me subleva. Oiga, Andreotti, usted no ignora, ¿verdad?, que le definen como hombre de derechas. ¿Rechaza o no tal definición?

Yo diría que la rechazo, porque en Italia la calificación de hombre-de-derechas no cumple la función de identificar a una persona, sino la de hacerle la zancadilla, la de crearle obstáculos. El «nominalismo» es otra de las enfermedades de los italianos, y las palabras «derecha» e «izquierda» ¡encierran tanta hipocresía! Prefiero que me llamen conservador. En muchos sentidos, y aunque no fuera más que en términos de preocupación democrática, soy un conservador. En rigor, me doy

cuenta de que, cuando se quiere cambiar las cosas, se acaba, casi siempre, por cambiar a peor. Por eso es mejor mantenerlas como están. Y, por lo demás, creo haberle dicho ya que nunca he tenido tentaciones socialistas. Ni siquiera en mi juventud. Hum... No se acaba de ver claro qué hay que entender por socialismo. ¿Reformas? Si son buenas, también a mí me complacen, pero a menudo no son más que pura cháchara. Sólo consiguen, como la reforma hospitalaria, empeorar las cosas, o hacer perder el tiempo. Yo también puedo hacer una reforma para que sea usted reina de Inglaterra. Pero, a la hora de la verdad, no lo será.

No quiero ser reina de Inglaterra, no me gusta Felipe. Me refería a otras cosas, Andreotti. A su abrazo con el mariscal Graziani, por ejemplo.

En seguida le cuento esa historia; en seguida. Se había celebrado en Arcinazzo una convención del MSI¹, y Graziani era presidente del MSI. Eso me había causado preocupación porque no existía en Ciociaria una familia que no hubiese recibido algún pequeño favor de Graziani, y no me gustaba que éste captase votos. De manera que convoqué una especie de contraasamblea democristiana y, apenas llegar, me encontré al jefe de policía, palidísimo: «¡El mariscal Graziani está entre la muchedumbre!». Yo le dije que me tenía sin cuidado, y desarrollé mi discurso electoral diciendo que la democracia no se discutía. Cuando hube concluido, se alzó un vozarrón: «¿Puedo hablar?». Era Graziani. «Hable usted, no faltaría más. Estamos en una democracia», le dije. Entonces él se acercó al micrófono y exclamó: «Ah, yo de política no entiendo, pero debo admitir que, si en estas montañas, si en estos valles se han hecho trabajos de repoblación forestal, ha sido gracias a De Gasperi». Comedia pura. En eso se adelanta un viejecito, un democristiano, y replica: «Entonces, ¿por qué dice usted, mariscal, que la DC es el enemigo número uno?». Y Graziani le contesta: «Quien diga eso, es un imbécil». Y le responde el viejecito: «¡Es De Marsanich quien lo ha dicho, mariscal!». Y le dice Graziani: «Pues, aunque así sea, De Marsanich es un memo». Y eso es todo. No se produjo abrazo en ningún sentido: ni físico ni moral. La historia de ese abrazo es la mayor patraña que he oído en mi vida.

Y también me refería a la acusación según la cual usted ha aceptado, en diversas ocasiones, los votos de los partidarios del MSI.

1. Siglas de *Movimento Sociale Italiano*. (N. del T.)

Otra patraña. Se lo demuestro con cifras en la mano. Nosotros, los de la DC, hicimos campaña contra Almirante justo en el momento en que nos apuraba una escasez de votos. Y para conseguir que se le procesara dirigí personalmente una carta a mi grupo parlamentario. No, no es cierto que los del MSI me hayan dado sus votos. A ellos, además, no les interesaba apoyar mi gobierno. Les convenía más apoyar el centro-izquierda para, luego, poder decir: ya-les-habíamos-dicho-que-la-DC-tiende-a-la izquierda. ¡Oh, hasta se me acusa de haber mostrado tibieza en aquel pequeño debate televisivo, porque, siguiendo mi costumbre, no grité y me mantuve atento sólo a la esencia de lo que decía. Aunque, por lo demás, mis palabras no iban dirigidas a Almirante sino a un sector de nuestro electorado que, sin ser fascista ni neofascista, le había votado a él. Me apremiaba recuperar esos votos. Yo, ¿sabe?, opino que los votos que reciben los del MSI no están en función de la capacidad de éste, sino de nuestra incompetencia. En ocasiones se los ofrecemos en bandeja de plata, como consecuencia de nuestros errores. Piense en Nápoles.

Andreotti, le formularé una pregunta que he formulado también a Magalodi: ¿no se arrepiente de no haber practicado, en su juventud, un antifascismo activo?

Ciertamente que me arrepiento. Una de las raíces —mejor dicho: la raíz— de las cosas que se hicieron bien en Italia durante los primeros diez años de democracia tiene que ver con el empujón moral aportado por los que practicaron un antifascismo activo. La batalla de 1948, por ejemplo, no fue un mero choque frontal: fue la reconquista de la facultad de batirse democráticamente. Y esa facultad la heredamos del CLN¹. El CLN fue una gran cosa. Fue una escuela de democracia.

Entonces le voy a hacer otra pregunta, que hago a menudo a los no fascistas: ¿Se le da a usted el trato con los miembros del MSI?

Mire, cuando lleva uno veinticinco años en el Parlamento viendo a las mismas personas, se acaba tratándolas y, tal vez, hasta tomando café con ellas. Y, cuando asiste a un partido de fútbol en la tribuna de los diputados, ¿cómo negar un saludo? Claro que me he visto en el caso de hablar con Almirante. No han sido conversaciones profundas, pero... Hablar con los adversarios ¿no es, por lo demás, propio de

1. Siglas de *Comitato di Liberazione Nazionale*. (N. del T.)

cualquier parlamentario cortés? Yo hablo con todo el mundo. Sin repulsión y sin embarazo. Intercambiar ideas e información no significa en modo alguno tenderse trampas o hacer proselitismo. Y lo mismo reza para los comunistas. He tenido con ellos encuentros muy profundos, cuando se discutía la ley sobre el divorcio. Eso sin contar con que a algunos los conozco de cuando era un muchacho, y que otros son amigos míos. Mario Melloni, por ejemplo, sigue siendo uno de mis amigos más caros. Era director de «Il Popolo», y democristiano. La crisis que se operó en él no me movió verdaderamente a romper relaciones. Hay comunistas cuya compañía resulta de lo más placentera. Piense en Pajetta. Piense en Bufalini.

¿Y Berlinguer?

No le conozco bien. Berlinguer pertenece a una generación más joven que la mía. Conocí mejor a su padre, que fue del *Partido d'Azione*, y socialista más tarde. Pero sé que es un joven muy reservado, y un buen padre de familia, cosa que significa mucho para mí, representa un elemento de equilibrio. Mire, mi relación con los comunistas es bastante clara. En verdad, respeto muchísimo el patrimonio de sacrificio que han acumulado, la dedicación al trabajo de que dan prueba, y su propio modo de trabajar. Su seriedad es un hecho. En el Parlamento jamás los encuentras desapercibidos, su presencia es más diligente que la nuestra, tienen grupos de trabajo que funcionan bien, tienen fe... Como oponentes, además, son extraordinarios. Y a mí me causa mayor satisfacción un oponente perseverante y preparado que un parlamentario que te apoya pero que se limita a acudir para darte su voto y nada más. A pesar de ello... Eso mismo: a pesar de ello sigo convencido de que el comunismo es una dictadura. Por eso es preciso impedir, por todos los medios, que triunfe. ¡Vamos, que la dictadura del proletariado no es, en modo alguno, un accesorio, ni, en modo alguno, una participación en las ganancias o en la gestión de las fábricas! Es una lógica como pueda serlo, para la Iglesia, la existencia de Dios. Y del mismo modo que un papa no puede decir que en la existencia de Dios se cree nada más que los meses alternos, tampoco basta con que un comunista crea en la dictadura un mes de cada dos. ¿Me explico? Es menester distinguir entre comunistas y comunismo. Esa distinción yo la hago. A Pajetta, por ejemplo, no acabo de verlo en una dictadura del proletariado. Creo que lo fusilarían rápidamente. Mas no sería ningún consuelo ser fusilado con él.

Tengo la impresión de que usted no se prestaría, como algunos sostienen a veces, a apoyar el compromiso histórico.

¡Claro que no! Yo me trato con los comunistas, pero no para hacer de Kerenski. Además, mire: el compromiso histórico es, a mi modo de ver, fruto de una gran confusión ideológica, cultural, programática e histórica. Y, en la práctica, resultaría el agregado de dos males: el clericalismo y el colectivismo comunista. Mucha gente dice: bah, los comunistas existen, son muchos y pesan, de manera que podrían imponer disciplina, ordenar a su electorado que se comportase bien, etcétera. Pues bien, me parece que no estaría de más abrirles un poco los ojos a los que así piensan. Nuestro sistema está apoyado sobre varios partidos, entre los cuales el socialista pesa singularmente. El compromiso histórico significaría no sólo la liquidación de los auténticos partidos, sino también, y en particular, la del Partido Socialista. El PSI cree, a menudo, poder hablar en nombre, también, de las masas comunistas, y afirma que su fuerza es superior a la representada por los votos. Se arroga, en suma, funciones de intermediario. Pero el día en que los comunistas llegasen a hablar por su cuenta, ya no precisarían de intermediarios. El Partido Comunista tiende, por propia naturaleza, a llevarse por delante a los demás partidos, objetivo que persigue coherentemente, y no de una manera solapada o improvisada. Como toda dictadura, por lo demás. Al principio, las dictaduras se sirven tácticamente de todo el mundo, pero no pueden menos de mantener la mirada fija en un horizonte en el que no exista más que el partido dominante. A mí no me parece ofensivo decir que la lógica del comunismo es el estalinismo. La experiencia de los países comunistas ¿no nos demuestra que no bien abren las puertas les cae encima un aluvión de problemas y se ven obligados a hacer marcha atrás? A mí me hacen sonreír los que se escandalizan a causa de Solzhenitsin. ¿Acaso ignoraban que en Rusia la libertad de pensamiento y de expresión no existe? No, yo no creo en ese compromiso histórico. No me gusta.

Sin embargo, no son pocos los democristianos que sí creen en él.

Tal vez aquellos que dicen puesto-que-el-Papa-se-ha-desentendido-de-Mindszenty, hay que entender que-es-posible-construir-la-República-conciliar. Quien no siendo comunista contempla esa posibilidad comete el mismo error en que incurrieron los liberales y los populares de 1922, que se arrimaron al fascismo con la ilusoria esperanza de poder condicionarlo. Aquel error histórico duró pocos meses. Pero aun

ésos bastaron para demostrar que colaborar con un dictador es una ilusión absurda. El dictador te exprime y, luego, te desecha. Mire, es posible que dentro de cincuenta años las cosas sean de otra manera, pero hoy por hoy son así, y no me parece oportuno convertirse en conejillos de Indias de fórmulas tan peligrosas. Éstas son las conclusiones a que llego por el respeto que me merecen los católicos y, si me es lícito decirlo, los comunistas. La idea de Berlinguer ha sido una jugada equivocada. Tan sugestiva como quiera para los incautos que dicen al menos-tendremos-orden-y-tranquilidad, pero equivocada. ¿Y sabe por qué? Porque la gente sencilla no picará.

Esperémoslo. Pero la gente sencilla carece de importancia.

¿Quién dice eso?

La gente sencilla.

En los momentos esenciales, sí tiene importancia. Usted me cree cínico, pero a este respecto no lo soy en absoluto. Y le diré que la mayor garantía que tenemos en las cosas básicas es la gente sencilla, porque, aun sin saber teorizar sobre la libertad, la defiende en serio. Yo estoy convencido de que una parte considerable del electorado comunista defiende un tipo de vida que no podría disfrutar en el sistema comunista.

Ya veremos cómo tratan a la gente sencilla en el referéndum para el divorcio. Y, si tanto respetan ustedes a la gente sencilla, ¿por qué no comienzan por excusarse ante ella por presentarse a ese referéndum del brazo del MSI?

Nosotros no hacemos de ello una cuestión de partidos. De hecho, no solicitamos en el Parlamento la abrogación de la ley Fortuna. Y pudimos hacerlo, de haber querido, porque, tras la caída del PSIUP, en el Parlamento ya no había mayoría divorcista. La mayoría la conseguimos nosotros en alianza con el MSI. Pero esa suma de votos hubiera tenido un significado político y, en esas condiciones, no quisimos.

¡Andreotti! Si tuviéramos que cambiar todas las leyes cada vez que cambia una legislatura, aviados andaríamos. La ley sobre el divorcio existe; no fue aprobada por un capricho de Satanás, sino por una mayoría democrática, y el Tribunal constitucional la ha declarado válida en dos ocasiones.

El Tribunal constitucional ha dicho que el divorcio no se opone al Concordato, pero ese tribunal no puede impedir la abrogación de una ley. Si la Cámara quiere abrogar una ley, puede hacerlo en cualquier momento. A mi modo de ver, la ley del divorcio es, por un cúmulo de razones, un error. Si la ley hubiese establecido que el juez puede suspender el trámite del divorcio cuando de ello se derive un daño irreparable para los hijos o para uno de los cónyuges... Si hubiese fijado una situación económica justa para el cónyuge de quien se pide el divorcio, como asimismo esa historia de los alimentos, que tan mal funciona... En resumen, si la ley hubiese sido mejor, mal habríamos podido nosotros convertirla en una cuestión de meros principios. Según están las cosas, sin embargo, a mí se me antoja una cuestión de principios. Aparte el hecho, por supuesto, de que yo me oponga a toda modalidad de divorcio. Y eso no sólo como católico. En rigor, si bien es cierto que el divorcio puede remediar algunas cosas, no lo es menos que atenta contra la institución del matrimonio.

Pero, oiga, Andreotti, ¿por qué quiere imponerle a todo el mundo su credo católico? Hasta este momento no ha hecho más que ensalzar la libertad, y ahora quiere quitarles, a los que no comparten su opinión, la libertad de divorciarse. Me parece una gran incoherencia y, también, una gran arbitrariedad. Si el divorcio no le gusta, no lo use. No es obligatorio, ¿sabe usted?

Hay momentos en que se introducen innovaciones legislativas: de acuerdo. Hay países civilizados que han dispuesto siempre del divorcio: de acuerdo. En Italia no se ha abusado de él: de acuerdo. La ley puede ser corregida: de acuerdo. Conozco los argumentos. Pero, a pesar de ello, diré que no era oportuno introducir el divorcio en una fase de ajuste psicológico tan difícil, cuando el país es víctima de la «permisividad» que ha invadido el mundo. Esa «permisividad» aberrante. A mi forma de ver, se equivocó el propio momento elegido para plantear el problema. Mire, no se trata de que quiera yo sustentar un dogma. Mi temor es que el divorcio debilite el concepto del matrimonio en un momento en el que se manifiesta tanta discrasia social, espiritual... Lo que yo digo es: si tantos años nos hemos pasado sin divorcio, ¿podíamos esperar un poco, ¿no? ¿Qué urgencia había? No era el momento apropiado, no.

¡Ah! Esa argumentación no es digna de usted, Andreotti. ¿Cuándo es el momento apropiado para cambiar las cosas?! ¿Si tuviésemos que aguar-

dar el momento apropiado, estaríamos todavía en las cavernas preguntándonos si era conveniente construir la rueda!

Con el matrimonio no se bromea. No es lícito decir: me divorcio, me vuelvo a casar y, luego, me caso una tercera vez. No debe hacerse.

Entonces, ¿qué pasa con las anulaciones del Tribunal de la Rota? ¿Si la propia Iglesia anula matrimonios en que ha habido hijos! Basta con tener dinero y un nombre de peso.

En mi opinión, el camino que debería seguir la Iglesia es el inverso. Es decir, de mayor rigor, de menor «permissividad». La Iglesia no tendría que anular tantos matrimonios.

Eso es, exactamente, ser más papista que el Papa. Menos mal que no se hizo usted cura y no llegó a ser Papa. Menos mal que montones de democristianos piensan como yo, y no como usted.

Y que son tantos, también, los que no piensan como usted, sino como yo.

Mire que, si me hace enfadar, enciendo el cigarrillo.

Y yo enciendo la vela.

De acuerdo. El dolor de cabeza lo va a tener de todas formas.

No. No. Soy menos delicado de lo que parece. Parezco delicado porque tengo estrecho el pecho. Fue eso, en realidad, lo que me libró del reclutamiento militar. De mozo, figúrese usted, no daba ni aun el mínimo de circunferencia torácica. El comandante que me visitó me dijo: «Usted no durará seis meses». ¡Eh! ¡Eh! Cuando llegué a ministro de Defensa me apresuré a buscar a aquel comandante. Quería darme el gusto de invitarle a comer para demostrarle que seguía vivo. Pero no fue posible. Él había muerto.

Me lo estaba imaginando.

Roma, marzo 1974

Giorgio Amendola

¡Eran tantas las cosas que quería saber acerca de él! Todas las que un no comunista hubiera querido saber, a principios de 1974, acerca de un dirigente del Partido Comunista italiano: la actitud que hubiese adoptado el PCI de haberse celebrado el referéndum sobre el divorcio; la verdadera naturaleza del compromiso histórico, a la sazón tan discutido y tan improbable; las relaciones del Partido con los socialistas y con los grupos extraparlamentarios, que definían al PCI como partido somnoliento y burgués; y, por último, la vinculación del Partido con la Unión Soviética, y el problema de la libertad. ¿Hasta qué punto podían los comunistas italianos demostrar su independencia de Moscú, y hasta qué punto podíamos darles crédito cuando afirmaban no prescindir del pluralismo político? Durante casi treinta años habían venido participando en el juego democrático, cierto; y su oposición habíase desarrollado de una manera correcta; pero ¿hubieran hecho otro tanto de haber accedido al gobierno y al poder? Su conducta ¿era hija de la sinceridad o de la estrategia? Berlinguer mantenía poco menos que cerrada la boca. Aherrojado en su renuncia y en su timidez, no concedía, en aquella época, entrevistas: habrían de llegar las elecciones del 76 para verlo salir de su concha y aceptar contactos con la prensa. Si quería uno descubrir las cosas que yo buscaba, había de dirigirse a alguna otra persona. Y esa otra persona era Giorgio Amendola: el único, en el fondo, que no sellaba los labios ni temía responder a las preguntas más insidiosas.

Pero me interesaba, sobre todo, conocerle a él: como hombre y como figura pública. Lo consideraba uno de los políticos más interesantes de Italia. La historia de su vida era novelesca y no en vano la había narrado —y la narraba— en libros de gran éxito. Hijo de aquel portentoso liberal que había sido Giovanni Amendola, y de aquella mujer increíble que fuera Eva Kuhn, nació y creció en un ambiente inteligente y burgués: habíase hecho comunista sin estar marcado para ello. También él, hasta los veinte años, había sido liberal, y todo parecía indicar, previa su conversión al PC, que no iría, a lo sumo, más allá de incorporarse al movimiento *Giustizia e Libertà*. Discípulo de Benedetto Croce, amigo de Galeazzo Ciano, no podía su caso parangonarse con el de hombres tales como Giancarlo Pajetta, Longo o Scoccimarro. Era, en todos sentidos, un caso aparte, pleno de sorpresas y de fantasía. Como antifascista bregó de lo lindo, pagando con la reclusión y con el exilio, y a la Resistencia colaboró no con palabras, sino con obras, convirtiéndose rápidamente en uno de sus jefes. Fue una colaboración dramática y dolorosa. Intervino, entre otras cosas, en la operación de la Via Rasella, a la cual respondieron los alemanes con la represalia de las Fosas Ardeatinas. A él se debe, también, el que el PCI se consolidase con la firmeza que lo hizo entre 1940 y 1945, convirtiéndose en el más fuerte de los partidos comunistas occidentales, no obstante lo cual Giorgio Amendola conservó siempre una notable indepen-

dencia de acción y de juicio: fue, por ejemplo, el único que tuvo la audacia de rebelarse contra Togliatti. Devoto de Stalin, fue, sin embargo, de los primeros en percatarse de que el estalinismo era infame: a él se debió en gran parte el proceso de desestalinización del PCI. No en vano hubo quien le llamara burlescamente «el socialdemócrata». A pesar de lo cual antojábase, a la vista, un comunista de la vieja escuela: tan duro, tan severo, tan ríspido. Tal vez contribuyese a ello su aspecto físico, es decir, aquel cuerpo alto y macizo, imponente; aquel rostro enojado y sanguíneo, de aldeano; aquellos cabellos que llevaba cortísimos, al estilo militar; aquel paso grave y autoritario. Gozaba, también, de fama de colérico, y en verdad tenía, al hablar, la costumbre de subrayar lo más sobresaliente de sus argumentos golpeando la mesa con los nudillos: percusiones tan violentas que se hubieran dicho balazos.

Por eso, al encontrarme con él, con motivo de la entrevista, quedé muy sorprendida de su amabilidad. Y ni que decir tiene que, al principio, me pareció una amabilidad calculada: de profesor de viejo cuño que interpela a un estudiante obtuso para convencerle de que lea más y mejor. A nutrir tal impresión contribuían aquel golpear la mesa con los nudillos y su voz, recia, contundente, que a veces se alzaba en forma excesiva, induciéndome a sobresaltarme, alarmada. Mas pronto me percaté de que aquél era el recubrimiento externo de su conducta, y que la esencia era lo que se dice de genuina amabilidad. Y, si bien sucumbía a la pasión, no por ello dejaba de ser educado y cortés en todo momento, sin que hubiese pregunta capaz de irritarle o que esquivara mediante el silencio o la diplomacia. A cualquier provocación o insolencia respondía con raciocinio tolerante: el dogma no parecía ni frenarlo ni envararlo. «Ustedes, los comunistas, son cargantes...» «Lo sé, lo sé.» «Muestran siempre un aire irritado, molesto, suspicaz...» «Es cierto, es cierto.» No está de más detenerse un poco en este particular porque al hablar con un no comunista los comunistas italianos tenían, en aquella época, una costumbre odiosa: tratarlo con ironía o con condescendencia, como si tuvieran delante un cretino sobre quien no había descendido la gracia del marxismo, la revelación. La ironía tornábase a veces desprecio; la condescendencia, una altivez que rayaba en la jactancia, de manera que acababa uno por sentirse ofendido y decir que con ellos no era posible relación alguna. Naturalmente, ese defecto no ha desaparecido y todavía prevalece en lo básico: contra más ignorante es un comunista, diría yo, tanto más presuntuoso y estúpidamente mezquino se muestra con su adversario político. Hoy en día, sin embargo, es más difícil que la cosa se presente, entre los dirigentes, en la medida y el tono con que sucedía antaño. Por eso es importante que ya en aquel entonces Amendola se mostrase tan distinto y que, conmigo al menos, no incurriese nunca en los errores típicos de sus camaradas. Y no es que le faltara tiempo para traicionarse, pues la entrevista fue larga: cerca de seis horas, divididas en tres encuentros.

Con esos encuentros se estableció entre nosotros una afectuosa cordialidad que, a falta de cultivo, no vacilaría en conceptuar de amistad, y después brotó, por otros motivos, una extraña inteligencia mutua. Ya en la época de nuestro encuentro, su hija, que no había apenas superado los treinta y ocho años, se encontraba gravemente en-

ferma. Algunos meses más tarde, murió, y, sabiendo lo mucho que a él le había afectado el suceso, le escribí para decirle que le acompañaba en su dolor. Me respondió con una carta espléndida y triste. Como ocurre a menudo cuando perdemos una criatura amada y nos queda la impresión de no haber hecho por ella lo suficiente, le atormentaba el remordimiento de haber consagrado menos tiempo a su hija que al trabajo, y, sabedor de que atravesaba yo una tragedia parecida con mi madre, afecta de un mal incurable, me recomendaba no incurrir en el mismo error: «El remordimiento de haberle negado una hora de compañía para correr a Bruselas nos mata más tarde». Esa frase habría de incrustarse en la memoria como una pesadilla, y un día tendré que decirle a Amendola cuánto me ayudó. Luego se produjo un episodio más tierno todavía. Habiendo aparecido mi libro *Carta a un niño que nunca nació*, le envié un ejemplar. Me respondió con una segunda carta en la que me contaba que leyéndolo había llorado porque se identificó con la protagonista: la mujer que espera un hijo y lo pierde. En el niño o, mejor dicho, en el embrión, había reconocido a su hija. Es posible que la mayoría haya visto en el libro un himno a la duda, al aborto o al amor, escribía, mas él lo consideraba un libro sobre el dolor y la muerte. Y sentía la necesidad de enviarme su afecto porque yo —ahora estaba seguro de ello— conocía y comprendía el dolor. Pues bien, esa vez, con ocasión de aquella carta, fui yo quien lloró leyéndole a él. Había en aquel hombrón huraño, sanguíneo, agreste, una sensibilidad casi femenina.

Un artículo que, aunque no sea más que fugazmente, se ocupe del problema del Partido Comunista italiano no tiene más remedio que ser incompleto y abundar en lagunas. Sobre todo cuando toca, en determinados puntos, argumentos parcialmente superados y resueltos por la Historia. Son demasiadas las cosas que hay que decir de los comunistas italianos, e infinitas las dudas. En cuanto al personaje de Giorgio Amendola, tan complejo y rico en matices, merece harto más que un discurso que data de los principios de 1974. Pero, fiel al empeño de dar mis entrevistas como documentos cristalizados en el momento en que se produjeron, presento también ésta sin tener en cuenta lo que en el intervalo haya podido sufrir modificaciones o quedar anticuado. No veo en ella, por lo demás, una entrevista acerca del comunismo italiano, sino un retrato de un hombre a cuyo lado querría encontrarme —por mucho que políticamente no compartamos casi nada— si alguna vez hubiera que volver a combatir en las calles por la libertad. Y ahí va, sin más, el texto de nuestro coloquio. Sigue el cauce de un libro que Amendola acababa de publicar: *Cartas de Milán*. Y vuelvo a verme en su despacho: él sentado ante su escritorio y yo, dándole frente. Un despacho repleto de cuadros y firmas. Y en el que ni tan siquiera podía verse un pasquín o un retrato de Lenin o de Marx.

ORIANA FALLACI.— *Ante todo, enborabuena, disputado Amendola. He leído su libro y, figúrese usted, ¡no me aburrí! Discúlpeme, eh, pero es que ustedes, los comunistas, resultan, de ordinario, tan cargantes, tan farragosos, tan abrumadores. No se les puede leer o escuchar sin que se abandone uno al bostezo y...*

GIORGIO AMENDOLA.— Lo sé. Es una acusación que nos ha acompañado siempre. Que ha caído, por ejemplo, sobre Togliatti, sobre Longo. La severidad es una de las características de nuestro partido, como lo es la disciplina; y la severidad incluye el aburrimiento. También entre nosotros, como es natural, hay gente más pesada y gente menos pesada, pero... Incluso yo he sido cargante. Durante años he recorrido las plazas italianas haciendo discursos desastrosa, mortalmente aburridos. Discursos de dos horas, repletos de cifras, de notas económicas... De miedo a equivocarme, me los escribía previamente. Luego los ajustaba, me los leía en voz alta... La severidad era como una armadura que me comprimía, que me hacía andar zambo. Fue preciso que arrojase lejos las muletas y me pusiese a hablar más libremente. No resulta nada fácil, ¿sabe? Es menester alcanzar madurez, seguridad: quien habla en nombre de un gran partido, como el mío, ¡siente gravitar sobre sí tanta responsabilidad! Y esa disciplina te ata, te oprime, consigue, junto con el miedo a equivocarte, a no decirlo todo o no decirlo bien, ahogarte... Al ver el libro, mis compañeros esperaban encontrarse un mamotreto. Así es que me dijeron, la mar de sorprendidos y alegres: «¡Pero si se lee como una novela policíaca!».

Me dio gusto oírlo. Obviamente, también nosotros conseguimos romper aquella gélida reserva y sacar al exterior una riqueza humana que existe, créamelo, existe.

Aunque siempre acompañada de esa gélida reserva, de ese rigor monacal. Muestran un aire irritado, molesto, suspicaz... Como los curas que odian a quien no cree en el paraíso y en el infierno. Pero ¿qué necesidad hay de eso?

Pues, sí. Existe, sí. Bien que con excepciones. Di Vittorio, por ejemplo, tenía una enorme cargazón humana, y yo, conforme envejeczo, voy pareciéndome más y más a Di Vittorio. Giancarlo Pajetta es extrovertido, vivaz. Y no somos fríos, ¿sabe? Estamos llenos de pasión. Una vez hice una lista de compañeros muertos de infarto, tal vez después de un discurso, y ha resultado una lista increíble: Togliatti, Di Vittorio, Alicata, Romagnoli, Grieco... Nuestro elenco directivo ha sido diezclado por la pasión. Por el trabajo y por la pasión.

Empecemos la entrevista, Amendola. Pero a nuestro aire: sin armaduras que compriman, sin temores que bagan andar zambo. Comencemos por la disputa histórica que está usted librando con Longo: tanto más interesante cuanto es la primera vez que dos comunistas se pelean públicamente. Eso ha sorprendido tanto como saber que en 1943 se rebeló usted a Togliatti.

Mire, como persona Togliatti me iba la mar de bien. He sido siempre admirador suyo. Pero cuando, a fines de 1943, nos llegó aquel mensaje radiado, la orden de colaborar con Badoglio, me aturullé. Y mi respuesta fue drástica: «Esto es un consejo, pero nada más que un consejo. Y como tal es acogido. Togliatti no está en condiciones, en Moscú, de juzgar la situación en que nos encontramos, ni tampoco de conocer las reacciones de los demás. Por ejemplo, las de los socialistas y los "accionistas". Él es jefe del Partido, de acuerdo; pero las funciones de jefe del Partido las asumiré cuando vuelva a Italia. Entretanto, no es posible aceptar su dirección, es decir, una dirección a distancia. La dirección debe estar aquí». Así mismo se lo dije cuando volvió. Y él se echó a reír y dijo: «Tenía usted razón». Lo cierto es que Togliatti daba, con frecuencia, la razón a todo el mundo.

Pero en aquel caso la tenía usted, verdaderamente.

¡Seguro! Tenía toda la razón. Y no fui, de hecho, el único que así lo creía. Todos, en Roma, nos opusimos a aquel mensaje. Scoccimarro por una especie de rigidismo doctrinario que, profesor y un poco ingenio como es, le ha caracterizado siempre; yo, por motivos políticos... ¿Sabe?, hasta el 8 de septiembre yo había sido el hombre más propenso a tener contactos con Badoglio. Le criticaba por muchos motivos, pero no quería romper las relaciones con él. Badoglio representaba una fuerza hacia la cual se orientaban otros miembros del CLN. Badoglio tenía en sus manos el destino de los camaradas que se encontraban desterrados o en presidio... Todos nuestros mejores amigos se encontraban sea desterrados sea en presidio, por ejemplo Pajetta, y mi hermano Pietro, y yo quería sacarlos. Se había considerado abiertamente la idea de formar gobierno con Badoglio cuando se produjese el armisticio. En vez de eso, llegó el 8 de septiembre y aquella gente escapó. Todos. De Roatta para abajo. Un corre corre general, desordenado... No puede darse idea de lo que fue aquello. Yo, figúrese, corrí a buscar a Piccardi al Ministerio de las Corporaciones y me lo encontré solo: pobre Piccardi. Nos sentimos ofendidos, nos sentimos engañados. ¡¿Pero, cómo...?! Primero Badoglio nos da un montón

de seguridades y, luego, nos deja en la estacada y se escapa sin decirnos una palabra. Si quería llevar al rey al Sur, ¿por qué no lo había discutido con nosotros? ¿Por qué no organizó la cosa con orden, con dignidad? Todo el CLN romano adoptó, disgustado, una actitud anti-Badoglio. Los propios democristianos estaban en contra suya. Los socialistas y los «accionistas» eran, además, rigidísimos. Y yo no quería perder el contacto con el Partido de Acción, con Pertini, con Nenni. Quería que continuásemos unidos. Y justo en mitad de todo eso llega el mensaje de Togliatti. Es natural que reaccionase como reaccioné.

Sí, pero, entonces, ¿por qué cambió de idea tan de prisa? En la primavera del 44 ya había cambiado de idea. ¿Por qué se mostró tan incoherente?

Mire, hay quien se esfuerza en demostrar a todo trance una coherencia retrospectiva. Pero los hombres no somos coherentes, y los partidos, tampoco. La línea de un partido no es un huevo que se expela perfecto y ya formado: es algo que se va elaborando a través de una serie de aproximaciones. En cuanto a que yo diese bandazos, hiciera zigzags... Ocurrieron dos cosas. Ante todo, que entre «accionistas» y socialistas se formó una corriente maximalista que, llevando a ultranza la actitud anti-Badoglio, rehusaba los contactos con los monárquicos clandestinos. Andreotti, que dirigía aquella corriente, llegó a decir: «Eliminemos a los generales y a los conservadores. En realidad, ¿para qué queremos combatir a los alemanes? Es a los generales y los conservadores a quienes mañana tendremos en contra». Y yo repelí con desdén esa postura. Había en Roma muchos oficiales y soldados sinceramente antigermanos: ¿por qué renunciar a tenerlos por aliados? Además, los monárquicos estaban dirigidos por un hombre de gran valor moral: el general Montemozolo. Con Montemozolo, que más tarde fuera fusilado en las Fosas Ardeatinas, yo había organizado algunos atentados, como aquel en que hicimos saltar un tren de la línea Roma-Cassino, la noche de Navidad. La segunda cosa es que me di cuenta de que, en general, los socialistas estaban demasiado a la izquierda.

¿Demasiado a la izquierda?

Sí. En febrero del 44 Nenni publicó en «Avanti!» un artículo titulado «Todo el Poder al CLN». No tenía ninguna base aquel artículo. Puro maximalismo propagandístico, una especie de paráfrasis de todo-el-poder-a-los-Soviets. El CLN no descansaba, de hecho, sobre una

amplia base popular. Por eso me di cuenta de que tirar demasiado de la cuerda hacia la izquierda supondría la ruptura del CLN. E intervine a través de Scoccimarro para recomponer los pedazos del fragmento CLN. Pero Scoccimarro estaba más ligado a los socialistas que a mí: durante la fase de recompostura estallaron discusiones entre nosotros y... Para abreviar: yo comencé a cambiar de ideas en marzo de 1944, y mi crisis alcanzó su punto culminante cuando Bonomi dimitió del CLN. Fue el mismo día en que llevamos a cabo el atentado de Via Rasella. Aquel día tomé de nuevo en consideración el mensaje de Togliatti.

Precisamente de eso le acusa Longo cuando cita una carta escrita en marzo del 44. Le acusa de haber desmentido su rebelión a Togliatti y de haber atribuido a Togliatti toda la responsabilidad de tal rebelión. Por fin, le califica a usted de «arribista», de «transformista».

Longo pronunció una frase mucho más grave. Dijo: «Has hecho una jacoconada». Eso refiriéndose al nombre de un camarada, Jacopo Betti, a quien se criticaban sus quiebras, su escabullirse. La verdad es que me enfadó no poco. Y le grité a Longo: «No, eso sí que no puedes permitirte». Pero la disputa no se produjo por carta, sino de palabra. Yo esa carta de Longo no la he visto jamás: es posible que se cruzara conmigo cuando me dirigía a Milán. Yo llegué a Milán el 7 de mayo y el encuentro con Longo fue afectuoso, al principio. Besos, abrazos, etcétera. Pero pronto surgió un choque porque se puso él a hacerme una crítica que no era ya política, sino moral. Me acusó de «transformismo», eso es cierto. Y no tanto por haber mudado de postura como por haberla variado, según los camaradas de Milán, con propósitos arribistas. Y yo, que no negaba haber cambiado de postura, me sentí ofendido, sí, por la acusación de haberlo hecho con fines arribistas. Longo se había mostrado siempre de acuerdo con Togliatti en cuanto a la necesidad de cooperar con Badoglio, es exacto. Pero Longo se hallaba en el Norte, y en el Norte no estaban tan escarmentados de Badoglio. Allí, además, tenían el problema de establecer contacto con el grueso de las fuerzas militares que, escurriéndose de Francia, corrían al lado de Badoglio. Fuerzas consistentes tanto en armas como en dinero...

Se dice que usted y Longo han estado siempre como el perro y el gato. ¿Es cierto?

¡No! Fue sólo en aquel período, que tampoco duró demasiado. Tras desembuchar lo que nos teníamos que decir, nos pusimos al trabajo sin pérdida de tiempo: yo, Longo y Secchia. Me convertí en la mano derecha de Longo. Por lo demás, y desde 1931, cuando llegué a París, Longo fue siempre mi ídolo. Era el hombre del gran cambio; se decía que ese gran cambio había sucedido por voluntad de Longo, y que Togliatti lo había aceptado. Aunque yo contaba veintidós años y él treinta, ya en aquel entonces existían entre nosotros relaciones afectuosas. Pero también con Togliatti había surgido un rápido afecto. Según me dirigía a París pensaba que Longo y Togliatti debían de ser dos tipos terribles; pero se mostraron, por el contrario, capaces de un contacto inmediato. En París yo estaba perpetuamente hambriento. De manera que iba a comer *pastasciutta* a casa de Longo y *risotto* a la de Togliatti. Además, mire, es preciso decir que la de Milán fue más bien una discusión entre Longo y Scoccimarro que una discusión entre Longo y Amendola. Y fui yo quien alzó la voz, no Longo: como buen piomontés, Longo, al igual que Togliatti, no levantaba nunca la voz. El geniazo era el mío, no de Longo. Las relaciones entre Longo y yo han sido siempre excelentes, y ello incluso después de la Liberación. ¿Acaso no hice jefe a Longo, por lo demás, en la propia lucha por el Mediodía?

Sí, pero se dice que usted le ha acusado de «hacer porquerías tales como echarle vino a la menestra». Se apunta una incomprensión debida a una disparidad de orígenes: más burgueses, los suyos, más proletarios los de Longo...

Historias. Ni Longo le ha echado nunca vino a la menestra ni yo le he acusado nunca de haberlo hecho. Fue Longo quien mencionó el hecho de que sus abuelos le echaban vino a la menestra. Lo cual, además, no es una porquería, sino una manera de comer ese plato. La única diferencia gastronómica entre Longo y yo es que a mí me gusta la *pastasciutta* porque soy un napolitano de Roma, y que a él le gusta el *risotto* porque es de Turín. Y en cuanto a hacerme pasar por aristocrático en comparación con Longo, quien lo pretenda se equivoca. Los dos procedemos de un medio burgués. Yo de la pequeña burguesía intelectual romana, y él de la pequeña burguesía comercial piomontesa. Su familia es, en efecto, de origen campesino, pero su padre se había trasladado a Turín, donde abrió una bodega. La diferencia entre Longo y yo es que yo tuve una juventud más brillante, que gocé de un período precomunista durante el cual practiqué mucho deporte y me

divertí. Y que procedo, políticamente, de ambientes liberales. Longo, por el contrario, era ya militante comunista a los diecisiete años.

Está bien, está bien. Dejemos tranquilo a Longo y volvamos a Togliatti. En aquella rebelión de usted, ¿no habría, también, un poco de resentimiento por el hecho de que Togliatti no se jugase el tipo en Italia?

¡Noooo! Esa cuestión no se planteó en lo más mínimo. Pobrecillo, ¿cómo iba a participar en la Resistencia italiana si había quedado bloqueado en Moscú? Nosotros nos encontramos metidos en la Resistencia porque tuvimos la suerte política de regresar de Francia. Togliatti, que se quedó allí, fue arrestado y condenado. Luego, en 1940, lo enviaron a Moscú. Porque en aquella época existía aún la Internacional Comunista. No cabe decir que nosotros nos jugásemos el tipo y él no. Moscú no era un lugar cómodo durante la guerra, y ciertamente no se puede decir que Togliatti careciese de coraje. Su coraje no era sólo político, sino físico también. ¿Acaso no lo demostró ya durante la guerra de España, donde siempre se le había visto en primera línea? Mire, mi crítica de Togliatti tenía que ver exclusivamente con el hecho de que él dirigiese el Partido desde Moscú, careciendo de noticias sobre la realidad italiana. Él y yo éramos amigos de verdad.

Yo, con todo y eso, he leído que ha habido enfrentamientos violentos entre usted y Togliatti. He leído que en cierta ocasión le tachó a usted de camorrista y de hombre sin principios.

¡Nooo! Si Togliatti era un hombre de una gran cortesía. Cuanto mayor su severidad, tanto mayor su cortesía. Jamás me insultó: se controlaba por demás. Yo le voy a decir cómo se comportaba Togliatti. En el congreso de 1962 yo hice una intervención muy a lo Krushev. Y Togliatti, que no veía con buenos ojos la reanudación del proceso a Stalin, comentó fríamente: «Te responderé». Pero su respuesta fue la siguiente: «La discusión se ha visto demasiado influida por factores emotivos. Por ejemplo, el camarada Amendola ha demostrado ser ajeno a la situación imperante en la Unión Soviética. Tal vez sea que es muy provinciano. O que viaja poco. No sería ocioso, en lo futuro, hacerle viajar más». Togliatti era un hombre muy inteligente. Jamás recurría a los alaridos o a los insultos. Lo único que había de malo con él es que fuese tan difícil romper la barrera de su esquivez. Era un hombre que guardaba las distancias. Además, le irritaban ciertos ataques contra Stalin porque abrían viejas heridas.

Perdóneme, Amendola, pero ¿no había sido, usted también, muy estalinista?

Sí, sí. Oh, sí. ¿Cómo podía no haber sido estalinista después de constatar la actitud de las democracias occidentales ante la victoria de Hitler? Cuando llegué a París, en 1937, la República francesa estaba podrida. La burguesía, dispuesta a lo que fuera con tal de salvarse del régimen popular. Parecía como cuando las mujeres se enfrentaron a Allende con cacerolas. Y, frente a toda esa desintegración, sólo quedaba Stalin combatiendo con su disciplina jacobina. Las revoluciones en el fondo se defienden, qué diablos, con el terror. ¿Acaso no se defendió con él la Revolución francesa? ¿Acaso no devoró, también ella, a sus propios hijos? La dureza de Stalin nos ofrecía poco menos que una garantía. Sí, he sido estalinista con pasión e intensidad. El propio tratado germano-soviético lo vi como un compromiso provisional para retardar la guerra con Rusia. Hasta estallar la guerra no dejé nunca de ser estalinista. Mis dudas no comenzaron hasta poco después de concluida la contienda: en parte a causa de la repartición de las zonas de influencia y, en parte, porque opinaba que el pueblo soviético ya estaba maduro para librarse de la rémora del rigor estaliniano... Luego me liberó el vigésimo Congreso del Partido.

¿Le liberó también de la influencia que la Unión Soviética había ejercido siempre sobre usted?

Yo pienso que sin la fuerza de la Unión Soviética ya se habría hundido el mundo. Me hacen reír los que dicen queremos-la-autonomía-europea-para-evitar-el-pacto-entre-las-grandes-potencias. ¡Menos mal que existe el acuerdo entre las grandes potencias! ¿Acaso podemos los europeos condicionar a la Unión Soviética y a América? Cuando Nixon decide devaluar el dólar crea una serie de consecuencias operativas en el seno de la economía italiana: de ahí que el mundo actual no pueda ser considerado al margen de ciertas realidades. Las personas que antes mencionaba responden: ¡pero es que el acuerdo entre aquellas dos potencias nos condiciona! Bueno, ¡mucho peor sería que, en lugar de condicionarnos con un pacto, lo hiciese con bombas! Yo no veo en qué forma puede vivir Europa a menos que el concierto mundial quede garantizado por el pacto entre ambas potencias. Europa tiene, sí, su función; mas ésta no puede ser la de competir, como tercer coloso, con los Estados Unidos y la Unión Soviética. Entre otras cosas porque las bases económicas de Europa están erigidas sobre la au-

sencia de gastos militares. ¡Aviados estaríamos si tuviésemos que ponernos a construir SAMS y bombas atómicas!

Usted no cree mucho en Europa, ¿eh?

Para mí, Europa es una posibilidad real. Pero sólo en el sentido cultural, intelectual, comercial. No en el militar. Europa está recordada. En ella se produjo una fractura histórica, y la creación de una unidad paneuropea sólo puede significar la búsqueda de un entendimiento en base a su patrimonio de pensamiento y recordando que el mundo vive conforme al pensamiento europeo. Repito: Europa sólo puede tener una función de paz, no de rivalidad con las dos potencias. A Europa le conviene una política de neutralidad.

No tengo intención de discutirlo. Nos llevaría lejos, y debemos hablar de la Italia de hoy, del compromiso histórico y de cosas que nos tocan más de cerca. Pero, antes, quisiera hablar un poco de usted, Amendola, porque pienso que puede ayudar a comprender quién guía a los comunistas italianos. Usted es un hombre que procede de la burguesía liberal y...

Sí, pero no hay que formarse una imagen equivocada del viejo mundo italiano al que yo pertenecía. Era aquél un mundo muy austero, muy severo. No era un mundo frívolo: Es algo que explico de continuo a aquellos camaradas que lo ignoran: «Cuidado, que los demás no son, en principio, bribones. Son personas con las que se puede y se debe tener relación». Le diré más: ha sido una suerte que yo pudiese aportar al Partido mi experiencia liberal, mi conocimiento de la gente. El recuerdo, por ejemplo, que guardo de Benedetto Croce. Y, cuando me preguntan si Croce ejerció sobre mí una función de guía, respondo: «Sí, pero no de guía intelectual, sino como ejemplo de vida, de trabajo». Croce vivía de un modo por demás austero, en una casa monacal. Comenzaba a trabajar a las seis de la mañana y continuaba hasta la una de la tarde. A esa hora comía, daba un paseo en el que, en ocasiones, yo le acompañaba, y acto seguido se aplicaba de nuevo al trabajo. Era sencillo y cordial, pero no blando. Cuando, cierto día, le pedí prestado un libro, me respondió: «No. Si quiere leerlo, venga y hágalo aquí. Mi biblioteca está a su disposición». En Togliatti he vuelto a encontrar la controlada severidad de Croce, su amor al estudio. También él se enfadaba si no leíamos, o si sólo aparentábamos leer un libro. Y a mí siempre me gustaron las personas serias.

Entonces ¿cómo consiguió hacerse tan amigo de Galeazzo Ciano?

A Galeazzo me unía el amor por el teatro. Era la época en que Pirandello declinaba, y los jóvenes íbamos a silbar el viejo teatro burgués de Marco Praga. Galeazzo actuaba de crítico teatral para «Il Paese». Le conocí la primera vez que me detuvieron por haber silbado no sé qué comedia. Acudió, en compañía de otros críticos, a liberarme. Porque era él tan vivaz, tan inteligente, en seguida nos hicimos amigos. La suya era, en todo caso, una inteligencia un poco cínica, y el cinismo es un límite de la inteligencia... Un día le dije a Galeazzo: «Si, en el fondo, pensamos las mismas cosas, ¿por qué no eres antifascista?». Y él me contestó: «Sería una estupidez por mi parte. Tú eres hijo de un líder antifascista, y yo, de Costanzo Ciano, que es presidente de la Cámara. Tengo la carrera asegurada. ¿Es cosa de renunciar a ella?». Esas palabras me vinieron a la memoria cuando cayó fusilado por los propios fascistas. Muchas veces parece que valga la pena ser cínico, pero, en cambio, resulta menos peligroso ser fiel a nuestros ideales. Mi amistad con Galeazzo se interrumpió cuando me enviaron al exilio. En 1937, cuando volví a Roma, él quería verme. Era ya ministro. Le mandé un recado: imposible. Él insistió: «Ven. Me interesa saber cómo ves las cosas». Me mantuve firme y no acudí, pero me costó un esfuerzo. ¿Ve?, los hombres son siempre distintos de lo que parecen, y hasta el propio fascismo tendríamos que conocerlo mejor. Lo metemos todo en un mismo cesto olvidando que todo régimen está integrado por individuos.

¿Qué trata usted de decir, Amendola?

Trato de decir que en Italia el fascismo fue un régimen rico en contradicciones, que en él intervenía un contraste de fuerzas dispares. Fuerzas de carácter conservador, como la monarquía y las altas finanzas; fuerzas representadas por los niveles populacheros y por los sindicatos. Aquella lucha interna no fue enteramente superficial, no fue un juego de los participantes: fue, de veras, una lucha de fuerzas que se encastraron en el marco del régimen y que Mussolini consiguió controlar hasta 1936. Es decir, hasta la victoria de Etiopía. Si no se establece eso, ¿cómo explicar la diferencia entre lo ocurrido en Italia y lo que sucedió en Alemania en 1943? Otra cosa que hay que decir es que la represión ejercida por el fascismo fue de un tipo sobremanera dúctil. A la bestial violencia de los primeros años, la época en que asesinaron a mi padre, sucedió una represión mesurada que pronto adoptó el aspecto característico de la corrupción. Entre 1926 y 1943, la represión fascista consistió esencialmente en corrupción: inscribete-

en-el-Fascio-etcétera. No sucedió lo que ocurriera con el nazismo en Alemania. Por último hay que recordar que no todas las adhesiones obedecieron a la vileza. Por ejemplo: ¿por qué se inscribió Pirandello en el Partido Fascista? Lo hizo en septiembre de 1924, después del caso Matteotti, y su visión del mundo ciertamente no se correspondía con el fascismo. La gran mayoría de los italianos, por ejemplo, no condenó la guerra de Etiopía. Deseaban aquel rinconcito-al-sol.

¡Pero usted me está diciendo que casi todos los italianos eran fascistas!

Lo que le estoy diciendo es que los antifascistas formábamos una contracorriente minoritaria rodeada por la incredulidad general. «¡Comprendo-tu-estado-de-ánimo-Giorgio-lo-comprendo-han-asesinado-a-tu-padre-pero-meterte-también-tú-en-esos-asuntos-quita-allá!». Tal era la actitud de los parientes, de los amigos. Si nuestra resistencia fue heroica lo fue precisamente por eso. ¡Oh, lo que fueron las presiones ejercidas sobre los presos para hacerles firmar la petición de gracia! «Mira, si no es más que una firma. No se te pide que te inscribas en el Fascio: sólo que pongas una firma.» Es a eso a lo que me refiero cuando hablo de violencia corruptora. Y quede claro que no pretendo, con eso, atenuar la infamia del régimen. Lo que quiero explicar es, sencillamente, que entre 1926 y 1943 la represión fascista no fue lo que fuera durante el período republicano. Quiero, simplemente, recalcar que una represión brutal se combate mejor que una represión dúctil, paternalista. «Quién-te-manda-meterte-Giorgio.» Tal es la moral refrendada por los italianos durante siglos de dominio extranjero: «Tanto da Francia que España, mientras se llene la tripa». Es así como se mira la historia, en su verdad. La historia se escribe diciendo la verdad. Y son dos las posibilidades: o bien que el pueblo italiano sea un pueblo de ilusos y de imbéciles —cosa que no creo—, o bien se trata de un pueblo que en determinado momento se encontró en una situación singular. Si del fascismo no vemos más que la página ridícula —la de las payasadas y la monstruosidad— no es posible comprender la funesta operación que interrumpió el desarrollo de Italia por espacio de casi cuarenta años.

Volvamos a su historia, Amendola. ¿Por qué se hizo usted comunista?

Yo era un antifascista liberal, un seguidor de Gobetti. De hecho, pertenecía a la *Unione Goliardica della Libertà*, una especie de *Movimento Studentesco* que reunía a socialistas, populares y republicanos como Ugo La Malfa, Sergio Fenaltea y Basso. Y quería combatir el

fascismo. A partir, sobre todo, de la muerte de mi padre, no me avenía a conformarme con palabras y nada más. Pero casi todos los viejos liberales habían emigrado al extranjero, y los que quedaban en Italia no querían enfrentarse a la actividad ilegal. Croce me decía: «¡Bobadas, bobadas! ¡Estudiar, estudiar! Es preciso formar los dirigentes del mañana, ¡otra cosa no se puede hacer!». Y no comprendía que no me bastaba, que no nos bastaba, con estudiar. Los comunistas eran los únicos que combatían. A diario, comunistas arrestados, comunistas procesados, comunistas enviados al exilio: en tanto que el antifascismo liberal permanecía aislado fuera. De manera que en 1928, y so pretexto de asistir al traslado de los restos de mi padre, me fui a París. En París vivía Treves: para nosotros, los jóvenes, el más serio de los antifascistas liberales. Le llevé un memorándum que solicitaba la creación en el extranjero de un centro para sostener nuestra lucha en Italia y evitar que los comunistas se hiciesen con el monopolio de la oposición. Treves leyó el memorándum y, luego, rompió a llorar. Con lágrimas en los ojos, me dijo: «No contéis con nosotros. Somos gente derrotada. Buscaos un camino por vuestra cuenta». Turbado por ello, le pregunté a quién debía acudir. «No acudas a nadie —me dijo—; éste es un mundo repleto de espías. Actúa en solitario». Me volví a Italia e hice alto en Turín, donde vi a Garosci, y en Roma, donde vi a La Malfa; pero no logré gran cosa, porque se había producido el atentado contra el rey y la policía había practicado muchas detenciones. Así que regresé a Nápoles, donde, hallándome desconectado de todo el mundo, me puse a meditar. En Nápoles estaba Sereni. Él era ya comunista. Y hablando con él comencé a comprender que sólo la fuerza obrera podía llevar a cabo la lucha.

¿Y se hizo comunista?

No. La mía fue una decisión laboriosa. Me pasé casi dos años meditando. Porque mi grupo era, en el fondo, el constituido por los dirigentes de *Giustizia e Libertà*. Era amigo de Ernesto Rossi y, de no haberme hecho comunista, me habría sumado a las filas de *Giustizia e Libertà*. Pero cuando Ernesto Rossi vino a buscarme para que organizase *Giustizia e Libertà* en Nápoles, yo había ya decidido inscribirme en el PC. En realidad lo hice diez días más tarde, el 7 de noviembre de 1929. Sí, me afilié a él precisamente en razón del papel que desempeñaba el PC en el antifascismo, y también por la imposibilidad de establecer otras relaciones. Y ni que decir tiene que me había ya leído el primer tomo de *El Capital*, y que estaba muy influido por el ejemplo

de la Unión Soviética... por el hecho, sin ir más lejos, de que en la Unión Soviética se hablase de planes quinquenales mientras que el capitalismo occidental se ahogaba en la crisis económica. Y cómo me enojé cuando, en un alto en Roma, La Malfa me dijo: «¡Tú no estás en condiciones de apreciar!». La Malfa quería hacer siempre de profesor. Aun en aquella época.

Me pregunto si esos orígenes liberales no tendrán que ver con el hecho de que hoy se le considere un comunista de derechas.

Yo he coleccionado muchas etiquetas. Una vez llegaron incluso a calificarme, figúrese, de maoísta. Pero las etiquetas pasan y cambian, como las modas, y no creo ser un comunista de derechas. Ni más liberal o más tolerante que mis camaradas. Ya antes le he dicho que he sido un estalinista ferviente y que he seguido siempre una línea política que no era otra que la del Partido. He dicho ya haber seguido siempre los pasos de Togliatti y no haber altercado con él sino por divergencias tácticas: pequeñas cosas como la conveniencia de participar o no en el gobierno de Badoglio. Mejor dicho, he acentuado, como todo neófito, ciertos errores esquemáticos que sólo reconocí cuando lo hizo el Partido. No, no hay duda que la obligación de romper con mi pasado y con mis amigos me ha forzado, si acaso, a ser lo contrario de lo que de mí dicen. Contra Nenni, por ejemplo, escribí cosas de una violencia inaudita y él, no sin razón, me respondió que en mí se daba la violencia del militante bisoño. Mis polémicas con mis adversarios políticos han sido siempre durísimas: siempre he jugado fuerte, como se dice en el argot deportivo. Y como sea que mi carácter es bastante colérico...

¿Pues de que le viene, entonces, ese asistivo de comunista liberal?

Del hecho, supongo, de haber mantenido siempre una política de unidad de las fuerzas democráticas, y de haber repelido con inmenso fastidio los esquematismos «izquierdizantes» de los años sesenta. Del hecho de que haya repetido tantas veces: es un error el intento de introducir en la realidad italiana esquemas doctrinarios y prefabricados. Es un error hacer reformas con miras a construir el socialismo. ¡Como si la gente quisiera construir el socialismo! Si la gente, toda la gente, quisiera construir el socialismo... se construiría, ¿no? Yo he dicho siempre: las reformas hay que hacerlas no porque se quiera llegar a cierta meta, estratégica, sino porque respondan a exigencias objetivas. La reforma sanitaria se precisa porque los enfermos deben ser bien

atendidos; la de la educación se precisa porque los muchachos tienen que estudiar con aprovechamiento. Guardémonos de perder el contacto con la realidad nacional: eso equivale a perder el contacto con los intereses de las masas. Mire, el calificativo de socialdemócrata me lo gané por haber participado en la culminación de una polémica contra los grupos que ahora se llaman extraparlamentarios. Entonces eran grupos de Partido, como el Manifiesto. Les dije: Acabaréis mal porque en Italia el Partido no acepta la formación de cuerpos extraños. Éste es un partido que tiene una fuerza real, sanguínea. En un principio podrá escucharos, pero luego os rechazará como se rechaza un cuerpo extraño, porque no sois más que importunos que carecen de contacto con la realidad.

Para los extraparlamentarios ha utilizado también el término «fascismo rojo», ¿no es verdad?

Lo es. He dicho, y sostengo, que el fascismo puede presentarse con máscara roja y con máscara negra, pero que seguirá siendo fascismo. La base psicológica es la misma, las argumentaciones antidemocráticas son las mismas. Yo no olvidaré nunca que las primeras banderas de los fascistas tenían tres quintas partes de rojo, una parte de blanco y una de verde. ¡Nunca lo olvidaré! Por lo demás, ¿no se presenta el fascismo como una fuerza revolucionaria? ¿No hace otro tanto el nazismo? Oh, el mejor influjo que los viejos podemos ejercer sobre los jóvenes es decirles, al tratar con ellos, lo que pensamos, y no coquetear con ellos, no coquetear con el izquierdismo para parecer jóvenes también nosotros. Yo hacia esa juventud he mostrado siempre una actitud de severa claridad, no he amistado nunca con ella. Y mi primera ruptura con ella acaeció en mayo de 1968, cuando escribí que el Mayo francés no expresaba una situación revolucionaria, sino una crisis de la sociedad. El Barrio Latino no es París, y París no es Francia. Francia es la gran Francia provincial, campesina, a menudo conservadora: esto es la Francia que hizo sentir su peso en el Mayo francés. Vamos, que las revoluciones no se hacen con barricadas de hojalata. Las verdaderas revoluciones producen muertos, y en el Mayo francés no hubo muertos.

Estamos de acuerdo. Pero ¿no cree, de todas formas, que en ciertas cosas los jóvenes tienen razón?

Sí, pero no tienen lo que yo llamo memoria de la clase obrera. La clase obrera graba en la memoria la experiencia del pasado y sabe que

en ello no hay atajos. La clase obrera tiene la paciencia de la lucha larga y dura, la lucha que conoce derrotas. Por eso no corre tras las ilusiones, como hacen los jóvenes hijos de la burguesía. Ésos sí corren tras las ilusiones. ¿Que surge el Che Guevara? ¡Pues venga, con el Che Guevara! ¿Que surge el Vietnam? ¡Pues venga, con el Vietnam! ¿Que surgen los fedayines? ¡Pues venga, con los fedayines! Cualquier cosa capaz de quebrar la monotonía de la vida les está bien. Es cierto que nosotros, los comunistas, nos los dejamos escapar de las manos. Es verdad que nos dejamos tomar por sorpresa por su explosión, que no aguardamos a verla madurar. Pero a algunos de ellos los recuperamos más tarde, si bien fuera con una reacción lenta, porque somos un partido lento... un paquidermo que se mueve lenta, lentamente... Pero que siempre avanza y recupera. Y a algunos he encontrado más tarde que han llegado a admirar la coherencia de mi «socialdemocracia». Han comprendido, en suma, que eran burgueses y...

Ellos dicen que los burgueses son ustedes, Amendola. Dicen que el PC es ahora un partido burgués, aburguesado. Que por eso ya no asusta a nadie.

Nosotros no queremos asustar. Cometimos un error asustando, y hoy somos conscientes de haber cometido ese error: el del perro que ladra y no muerde. Sabemos que, si queremos conseguir la aceptación, si queremos conseguir la mayoría, no hay que infundir miedo. Togliatti nos lo había dicho muchas veces: «Hemos de buscar la aceptación, hemos de darnos a conocer, a estimar». Hoy en día queremos hacernos estimar, y lo somos de hecho, porque, de no ser así, ¿cómo explicar los millones de votos que reunimos? ¿De dónde proceden, sino de aquellos que no son comunistas? ¿De dónde proceden, sino del respeto? La frase que todo el mundo repite ahora es: «Los comunistas podrán o no gustar, pero son gente seria». Lo somos: por nuestra preparación intelectual, por nuestra honestidad. Jamás hablamos a tocatolondro, jamás nos dejamos sorprender desinformados, y, cuando decimos una cosa, la mantenemos. En cuanto a nuestra honestidad, es acrisolada. Vivimos con la mitad del sueldo, pues la otra mitad la ingresa el partido; estamos sometidos a un control despiadado, y, sin embargo, nunca encuentran nada de que acusarnos...

Eso es porque todavía no han llegado ustedes al poder.

Administramos regiones enteras: aunque económico, ¿no es ésa, también, una forma de poder? Pues bien, en las regiones que nosotros administramos, no se producen escándalos. Y le diré por qué. No es

tanto porque, en cierta forma, se nos seleccione —por lo que más quiera, los hombres somos todos iguales... y no pretendo yo ciertamente que los comunistas seamos mejores que los demás— como a causa de contar nosotros con un sistema que nos ayuda a ser honestos. Un sistema de gran, afectuoso control. Yo, por ejemplo, me hice aquella casita de campo en Velletri. Para construirla solicité al Banco de Sicilia un préstamo de diez millones de liras. Y Togliatti se inquietó en seguida. Empezó a decir que me estaba endeudando, y, antes de marchar a Rusia, donde habría de morir, fue a verla. Fue cuando salió con aquella ocurrencia: «Veo que la has hecho roja. Pero es un rojo borbónico». Sí, el Partido nos controla no poco, incluso en la vida privada. Y ese control de las costumbres, de la vida privada, que, entendámonos, no es un control gazmoño...

Un poco gazmoños sí que lo son ustedes. Los sacerdotes lo son siempre.

No, no somos gazmoños. La gazmoñería oculta un esencial libertinaje, una esencial inmoralidad, y nosotros no somos inmorales. El movimiento obrero ha mostrado siempre una notable severidad de las costumbres. Somos, repito, severos. Un poco puritanos, si me apura. Pero las revoluciones han sido siempre puritanas. Fíjese en el Vietnam, en China, en Rusia. Naturalmente, también entre nosotros se dan excepciones... Giancarlo Pajetta no es un puritano. Y a él nadie le ha dirigido nunca reproches, ni tan siquiera mi mujer, que conmigo se muestra tan rígida... Si mi mujer me permitiese a mí una décima parte de lo que le permite a Giancarlo... Pero dejémonos de bromas: en ciertos aspectos también yo soy rígido. Me complace haber gozado de una buena vida familiar. Me complace llevar casado treinta y cinco años con la misma mujer. Y cuando veo a mi alrededor, incluso entre mis parientes cercanos, tanta gente divorciada... No, no me entienda mal. No se trata de una actitud católica. Yo soy indiscutiblemente laico; soy laico antes que comunista. Soy ateo. Una vez hasta me invitaron a dar una conferencia sobre el ateísmo en un seminario. Sí, como lo oye... Fue cuando me dijeron que era cristiano sin saberlo y se ofrecieron a rogar por mí... No se trata, ciertamente, de catolicismo. Se trata de esa tendencia a la severidad. Esa intolerancia para con la permisividad. La permisividad no es libertad. Es libertinaje, falta de voluntad. La vida debe ser dominada por la voluntad.

Permítame un paréntesis importante, Amendola. ¿No será precisamente a causa de ese puritanismo que se han comportado tan mal ustedes, los co-

munistas, en relación con el problema del divorcio? Primero, votando en contra; luego, adoptando una posición ambigua...

No queríamos proporcionar un arma que acarrearase una guerra religiosa. No queríamos que la excomunión del papa Pacelli surtiese efecto. No olvidemos que en las campañas electorales del Sur, inmediatamente después de la guerra, los párrocos soliviantaban a la multitud en contra nuestra. Yo he hecho campañas electorales bajo las piedras ¿lo sabía? Admitámoslo: nos unimos a la Resistencia sin tener una visión exacta de lo que en Italia representaba el Vaticano y la organización católica. Yo no lo comprendí hasta que llegué a Roma y el conde Della Torre me preguntó qué pensábamos hacer con los Acuerdos lateranenses. Nunca había parado mientes en ello. Tomado por sorpresa, respondí: «Bueno... éstos los respetaremos, pero el Concordato lo aboliremos». Entonces el conde Della Torre, que es un caballero muy cortés, me replicó: «Les costará un poco conseguir abolirlo. Tal vez no estaría de más que lo pensarán mejor». Luego conocí a De Gasperi, lo vi emerger como hombre fuerte de la Liberación, y me di cuenta de que al otro lado de la barricada los liberales carecíamos de toda entidad: la auténtica fuerza era De Gasperi. Y a través de él adquirí una visión exacta de lo mucho que pesaba el Vaticano. También la tuvo Togliatti cuando dijo: *no-hay-que-hacerse-insertar-en-una-guerra-religiosa*. Mire, si no hubiésemos librado una batalla tan sólo moderada por el divorcio, si nos hubiésemos abandonado a extremismos radicales

Tendrían que haber contado, ante todo, con los comunistas italianos que se casan por la Iglesia y que van a misa los domingos.

Sí. Nosotros, el PC, somos un poco como el pueblo italiano, que tiene un pequeño porcentaje de creyentes sinceros, un pequeño porcentaje de ateos conscientes, y una gran masa que observa el bautismo, el matrimonio y la extremaunción como los tres grandes momentos de la vida. Nuestra obra laica procedía, pues, lentamente. No había que repetir el drama que el viejo Partido Socialista había sufrido en el interior de las familias: de un lado, el marido incrédulo y, del otro, la mujer que acude a misa. Porque es siempre la mujer quien educa a los hijos y los bautiza. La familia italiana había ya sufrido lo suyo: no podía ser llevada a posiciones modernas a través de una nueva guerra intestina. Era preciso que a la comprensión del divorcio llegase por sí misma, mediante una toma de conciencia. Ya es una conquista el he-

cho de que la mayoría de los italianos haya comprendido que el divorcio no es el fin del mundo y que sólo tiene razón de ser cuando una familia está positivamente desintegrada.

Amendola... si se produjese el referéndum, ustedes, los comunistas, ¿podrían contar con su electorado?

Yo creo que sí. O, mejor dicho, creo que podremos contar en la misma medida en que hayamos dado prueba de moderación. Si hubiésemos adoptado actitudes radicales, no podríamos contar verdaderamente con él. El referéndum, ¿qué le diría?: si tenemos que ir a él, iremos. Y entonces saltará el resorte del orgullo de partido, que es un resorte muy poderoso. Nosotros sabemos bien lo que políticamente significa una victoria. Pero al referéndum hay que aproximarse sobre la base de una convicción, y no dejarse arrastrar a una aventura por motivos doctrinarios. Sí, yo creo que, en caso de convocarse un referéndum, el divorcio vencería. Porque pienso que las fuerzas modernas, es decir, las de las ciudades, las de los otros partidos, y hasta una parte de los ciudadanos que votan por la Democracia Cristiana, desean el establecimiento del divorcio. La única incógnita estaría representada por algunas de nuestras mujeres. Por ejemplo, esa porción de mujeres de la clase popular que tienen al marido en el extranjero. Los emigrantes suman cinco millones, y sus esposas quedan con la responsabilidad de los hijos. Y a esas mujeres no les conviene, ciertamente, que el marido se divorcie de ellas para, tal vez, casarse con una extranjera. Si se divorcia, dejará de mandar a casa los ahorros y... Sí, ésa es una incógnita.

Se cierra el paréntesis. Volvamos a la conversación de antes. Amendola, no me ha respondido usted a la acusación según la cual serían ustedes hoy en día burgueses.

Yo, cuando me preguntan eso, respondo: ¿qué entienden ustedes por burgueses? Hoy en día, por supuesto, no andamos poniendo bombas. La lucha armada la hicimos cuando era necesaria, y yo deseo que no vuelva a serlo. No hay nada más cruel que la lucha armada: no deseemos su repetición. Además, la lucha armada se contempla en base a una unión de las masas: si no existe el consenso de las masas, si en ella interviene una minoría separada de las masas, la lucha se convierte en un acto de aventurismo político. Hasta nosotros fuimos tildados de aventureros políticos, ello pese a contar con el consenso popular: cuando hacíamos estallar una bomba, la población nos escondía, y los

obreros nos secundaban en las huelgas generales. La lucha armada, que tanto complacería a ciertos jóvenes... No hablo ya de episodios desagradables, como el de Fiumicino: ésos constituyen, claro está, una provocación. Hablo de episodios serios, como la eliminación de Carrero Blanco. Ciertas cosas deben ser juzgadas conforme a su oportunidad y por aquellos que luego sufrirán sus consecuencias. De no ser así, se convierten, repito, en aventuras minoritarias.

Es extraño que diga usted eso. Precisamente usted, que organizó el atentado de Via Rasella. Se diría que siente ahora una especie de náusea ante...

Náusea no es la palabra apropiada, porque la lucha armada es un momento elevadísimo, sagrado. Pero la lucha armada es, a buen seguro, una modalidad de lucha que cuesta demasiado dolor a una y otra parte, y es menester recurrir a todo para evitarla. Cuando pienso en los jóvenes fascistas que se inmolaron en Turín haciendo el gallito, disparando contra nosotros... ¡Oh, qué pena! No eran bandidos, ellos. Eran muchachos que creían hacer una cosa justa. Y tener que eliminarlos fue, para mí, una de las mayores tragedias de la Resistencia. Mire, a ciertas conclusiones se arriba aún sobre la base de la cultura. La política es, para mí, cultura. Más aún: una de las expresiones más bellas de la cultura. Es conocimiento histórico, es reflexión. Mala cosa si en política renunciamos a la reflexión, al estudio. Porque, como sostenía yo en la época de mi larga polémica con Longo, las relaciones humanas son indispensables; pero, si en determinado momento no intervienen el estudio y la reflexión... Cuando la política es cultura ¡se comprenden tantas cosas!

Y, tal vez, ¿se justifican tantas otras! ¿Vamos a hablar de una vez del compromiso histórico, Amendola?

A mi forma de ver, la gran matriz de aquel compromiso fue la Resistencia. Y, cuando digo esto, no pienso en el encuentro en que intervinieran De Gasperi, Scoccimarro y Nenni, por más que aquél tuviese su importancia. Me refiero al gran magma que fue la Resistencia: soldados y oficiales que se daban a la fuga para no caer presos, obreros que se echaban al monte para no ser arrestados, campesinos que les ayudaban para defender sus yuntas... Y, en aquel magma, ¿cómo separar a los partisanos rojos de los blancos? Los democristianos tenían algunas formaciones partisanas en Emilia y en el Véneto, es verdad, pero también figuraban en las formaciones Garibaldi; en las Garibaldi

había párrocos capellanes, había patriotas no comunistas. Por algo maduró, en plena guerra, la idea de nuestro encuentro con los democristianos. Por algo se celebró, en Turín, aquel pacto entre el PCI, el PSI y la DC, que tanto irritó a los «accionistas». Un pacto, en sí, de compromiso histórico. Por algo la componente tripartita se consolidó casi siempre en el Norte, y por algo alcanzó tal desarrollo, en el primer gobierno republicano de De Gasperi, el discurso sobre el pacto tripartito. ¿Acaso no hablaba De Gasperi de «solidaridad humanista y laica con la solidaridad cristiana»? Fue la guerra fría, la situación internacional, lo que truncó aquel discurso. Cuando los socialistas, en Turín, se allegaron a la DC, Togliatti dijo: «Excelente, seguid adelante, que así nos ayudáis. Excelente, a condición de que mantengáis contacto con nosotros». Lo dijo sin ambages. La ruptura se produjo cuando Nenni trastocó la cosa llegando con la DC a un acuerdo que suponía nuestro aislamiento. Togliatti no veía con malos ojos el centro-izquierda; veía con malos ojos aquel tipo de centro-izquierda. Y ahora que...

Oiga, Amendola: Prescindiendo de que me parezca cuando menos forzado presentar a los democristianos como campeones de la Resistencia, ¿qué especie de comunistas son los comunistas que...?

Y ahora que, transcurridos diez años, decía, se produce esta crisis en el país, ¿cómo resolverla sino mediante una alternativa democrática de izquierdas? Le haré un cálculo matemático. El conjunto de las izquierdas no ha superado nunca, en Italia, el 44 por ciento. Y en ese 44 por ciento incluyo a los socialdemócratas y a los republicanos. O sea que se trata de un 44 por ciento no homogéneo: los socialdemócratas y los republicanos no quieren formar a nuestro lado. Entre nosotros y los socialistas no hemos nunca superado el 32 ó 33 por ciento. A partir de 1946 podrán cambiar los sumandos, pero los resultados no varían. En cuanto a la DC, ésta tiene una fuerza propia que sigue siendo la de 1946: entre el 35 y el 37 por ciento. La verdad es que el 48 por ciento del 18 de abril no ha vuelto a producirse, se ha convertido, para los democristianos, en un espejismo que de continuo tratan de reatrapar pero no consiguen nunca. Resultado: llevamos veinticinco años midiendo fuerzas con la DC, y esa competencia ha arruinado al país. La relación de fuerzas en la cual se basa la competencia sigue siendo la misma: olvidémonos de los altibajos de una y otra parte; olvidémonos que de un 19 por ciento hayamos nosotros saltado a un 27, y de que ellos hayan bajado de un 48 a un 37. La competencia

existe y no es posible continuar así mientras el país se viene abajo. De ahí la necesidad de un encuentro.

¿De un encuentro o de un gobierno en común?

Cuando hablamos de compromiso histórico nosotros no decimos que los comunistas tengan que ir al gobierno. Hablamos de una política en la cual existan relaciones diferentes entre oposición y mayoría, y también una mayoría distinta. Que los comunistas vayan o no al gobierno es una cuestión secundaria. A nosotros nos interesa lo que Togliatti llamaba «el área del gobierno», lo cual significa la presencia de los comunistas como fuerza responsable. Entrar en el área del gobierno significa entrar en el área donde, en virtud de la fuerza que poseemos, seamos considerados mancomunadamente responsables de ciertas decisiones. ¿Me explico bien? Quiero decir que en el gran diseño estratégico que debe guiarnos la forma concreta de las nuevas relaciones entre nosotros y la DC es secundaria. No excluimos un acceso al gobierno, pero no planteamos ese acceso como elemento condicionante. Nosotros podemos asumir también la responsabilidad de acceder al gobierno; pero, si los demás ponen dificultades, no lamentaremos vernos libres de ella. Nosotros no deseamos los sillones ministeriales. Deseamos ser consultados en sazón, contribuir. Y eso, bien es verdad, comienza ya a ocurrir. Pero no en la medida que convendría. En otras palabras, lo que decimos es: visto que no conseguimos resolver los problemas, ¿podemos nosotros hacer algo? Yo lo llamo la «utilidad del paraguas». Eso porque ellos solían decir: «Preferimos calarnos que aceptar el paraguas de los comunistas». Y ha llegado el momento de replicar: «Cuidado, que el paraguas comunista puede ser útil».

Pero, cuando habla usted de la DC, ¿se refiere a toda la DC o a su sector de izquierda?

Exacto, a ese respecto hemos oscilado verdaderamente. Hemos pasado de una DC unitaria a otra DC, nacida de la eventual escisión de la DC, y, de ahí, nuevamente a la DC unitaria. Hubo un momento en que pensamos que la crisis del «interclasismo» pudiese llevar a la DC a una escisión, como ha ocurrido en Francia. En vez de eso, la DC no sólo ha mantenido su unidad, sino, lo que es más, ha sacado provecho de sus conflictos internos, de su pluralidad de corrientes. Y ni que decir tiene que yo no he contado nunca con el resquebrajamiento del «disidentismo» religioso: ciertos fenómenos son prueba de una dificul-

tad, no de un hecho político. De manera que, al presente, el dilema nos interesa menos. Incumbe a la DC comprender que no se puede pasar con tanto desembarazo de la apertura a la derecha a la apertura a la izquierdâ, del centro-derecha al centro-izquierda. Y sólo podemos favorecer su orientación a izquierdas.

¿Y dónde quedarían, en ese bello matrimonio, los demás? Los socialistas, por ejemplo.

Yo estoy de acuerdo con la componente socialista porque hay en ella una base socialista que sobrevive a todos los errores de los socialistas. Esa magnífica, espléndida fidelidad de la base socialista italiana. Pese a tal fidelidad, sin embargo, los socialistas han bajado del 19 al 10 por ciento. Con el 5 por ciento de los socialdemócratas alcanzan el 15 por ciento. ¿Somos nosotros, pues, quienes estrangulamos la unión socialista, o es la unión socialista la que se elimina por sí misma a través de las generaciones? Nada me complacería tanto como que los socialistas participasen en el compromiso histórico. Ellos tienen una función vinculadora porque expresan algo que no es comunista y no es democristiano. Pero su presencia en el compromiso histórico no depende de nosotros, sino de ellos. Y si no dejan de litigar, de escindir-se, de... Pero ¿sabe usted que yo podría escribir de primera mano la historia de las escisiones socialistas? ¡De primera mano! Lo podría hacer a través de las palabras de todos los socialistas que han acudido a mí a desahogarse, a contarme sus cosas... Y sería una interminable historia de querellas, de querellas injustificadas. Dice que en el PSI existe una componente anárquica, bakuniniana. ¡Pero también la tenemos nosotros, los comunistas! En Italia, la componente anárquica está por doquier. O casi. Los comunistas, sin embargo, hemos sabido neutralizarla o, al menos, tomar su lado bueno, esto es, el libertario. ¡Por amor de Dios! Yo valoro la componente libertaria del PC. Aparte el hecho de que el movimiento anárquico haya sido una gran cosa, no se puede olvidar que su espíritu permanece en nosotros. Piense que en Italia ni aun el Partido Comunista puede ser dirigido de un modo autoritario. Ahora bien, entre valorar la componente libertaria y sufrirla ¡hay una gran diferencia!

Oiga, Amendola, no es que yo sea impaciente. Mejor dicho, contra más tarde se decida, tanto mejor. Pero, veamos, ese matrimonio DC-PC, ¿cuándo se celebrará?

¡Bueno! Según yo, ciertas operaciones hay que prepararlas y,

luego... Los plazos de ejecución están en función de las contingencias, de los giros dramáticos de los hechos. En resumen, no son cosas que se hagan en frío... Se precisa... No sé cómo definirlo...

¿Un trauma?

Puede. Una amenaza fascista, por ejemplo. O un empeoramiento de la crisis económica. O ambas cosas a un tiempo. La crisis comenzó con la guerra del Vietnam, es decir, con la devaluación del dólar, el caos comercial, la variación de relaciones entre América y Europa... Si no se llega a una reorganización monetaria y comercial mundial, nos espera un largo período de inestabilidad económica. Nos espera, también, un recrudecimiento de la lucha de clases. Si se agrava la crisis, las clases dominantes tratarán de hacer recaer su peso en los trabajadores ingleses, franceses, alemanes, italianos, y éstos se rebelarán. Pero también lo hará la pequeña burguesía, que hasta ahora ha vivido en buena situación. La pequeña burguesía no aceptará de buen grado renunciar a lo que tenía, y por ello no será difícil movilizarla contra la democracia. La historia nos enseña que las maniobras fascistas se nutren siempre de situaciones parecidas, y, si se concretase una amenaza fascista, el elemento republicano y antifascista de la DC se alzaría encolerizado. Aceptaría el compromiso histórico sin más vacilaciones.

He aquí una pregunta que hago a todo el mundo: ¿está usted hablando de un golpe de Estado?

Los golpes de Estado se dan sobre bases internacionales. Y, en cuanto a un golpe de Estado que hubiese de sobrevenir en Italia propiciado exclusivamente por las fuerzas internas, tengo que decir que no lo preveo en absoluto. Nuestras fuerzas internas, sin embargo, no actúan por cuenta propia: actúan por cuenta de fuerzas extranjeras. Aludo no ya a los Estados Unidos... Ya sabemos que en aquel país hay corrientes en conflicto... aludo a fuerzas extranjeras vinculadas con el imperialismo en general... En suma, ¿cómo es que no se consigue descubrir a los responsables del suceso de la Piazza Fontana? ¿Cómo es que no se acierta a comprender quién quiso el episodio de Fiumicino? Estas cosas las dice también Pertini, ¿verdad? ¡Buena! Será que nosotros, los viejos antifascistas, sufrimos de alergia. Será que damos excesiva importancia al fascismo a causa de haberlo visto nacer y haberlo vivido. Pero tenemos la obligación de comunicar determinadas incertidumbres a los demás. La situación que hoy existe en el Mediterráneo no acaba de complacerme. Demasiadas dictaduras

político-cultural. Sí, Italia es el país que más lucha por la libertad, aquel donde hay más tensión y más participación en la lucha política, y eso ciertamente alarma a los que desearían controlar, en cierto modo, el Mediterráneo. De ahí que la posibilidad de un golpe de Estado en Italia vaya unida a la evolución de la situación mundial, al problema de la seguridad europea, al problema, sobre todo, de la seguridad mediterránea. Pero el peligro existe. Sí, existe.

Y, llegado el caso, ¿estaríamos en condiciones de defendernos?

Le contestaré lo siguiente: esas cosas no se combaten en el último momento. Si esta noche vienen a arrestarme, me encontrarían en casa. Yo no quiero un gorila delante de la puerta, como tampoco uno que me escolte por la calle. Y, si nos detienen a todos de improviso, poco podremos hacer para defendernos: cuando los obreros son decapitados a través de la eliminación de quien los guía, es poco lo que pueden hacer. No obstante, añadiré: tanto en Chile como en Grecia, el golpe de Estado no llegó de improviso. De ahí que nuestra función consista en dar la alarma a fin de vernos obligados a defendernos *in extremis*. Mire, para perpetrar un golpe de Estado hace falta el ejército. Y yo no tengo ningún derecho a expresar dudas acerca de la fidelidad del ejército italiano: al igual que en la magistratura, en el ejército se está abriendo camino una generación crecida a favor del antifascismo y de la república. El ejército, sin embargo, está unido a la NATO, y existe una colusión entre los servicios secretos extranjeros y los servicios secretos italianos. Una colusión activa. El espionaje telefónico, por ejemplo, me alarma en la medida en que demuestra la existencia de aparatos secretos no controlables por el Estado oficial. ¿Me explico? A efectos prácticos, me preocupa menos. Espían las conversaciones telefónicas de tanta gente que ¿se imagina usted el barullo? ¿Qué provecho sacarán de escuchar las discusiones telefónicas de mi mujer y de mi suegra? ¿Y cuál, de escuchar las mías? Los italianos, a estas alturas, ya están avisados: lo que no quieren que se sepa no lo dicen, claro está, por teléfono. Aun así, el hecho de que existan cinco mil, diez mil, veinte mil teléfonos controlados me preocupa porque presupone una fuerte organización no sufragada por el Estado y, por eso mismo, instrumento del golpe de Estado. Una amenaza para la libertad.

Perdóneme, Amendola, pero ahora tengo que decirle algo que le molestará. Llevamos algunas horas ya hablando de democracia y de libertad, y estoy dispuesta a poner la mano en el fuego en cuanto a que usted, personal-

Perdóneme, Amendola, pero ahora tengo que decirle algo que le molestará. Llevamos algunas horas ya hablando de democracia y de libertad, y estoy dispuesta a poner la mano en el fuego en cuanto a que usted, personalmente, cree en ellas. Lo ha demostrado con una vida. Pero usted no es el PC; y en lo que se refiere a ustedes, los comunistas, existe siempre una reserva: la de la libertad. En los países en que los comunistas se encuentran en el poder no hay libertad. Y el modelo de ustedes ha sido siempre el soviético, que no es, ciertamente, un símbolo de libertad. Así pues, ¿cómo hay que entenderlo?

Un instante. Hablar de modelo soviético no es exacto. La Unión Soviética corresponde a una realidad histórica que no es la italiana. De todas formas, la garantía de libertad que usted busca no se desprende de nuestras afirmaciones de comunistas. Soy el primero en reconocer que, cuando nosotros decimos querer respetar la libertad, cualquiera puede negarnos crédito... Nuestra vida y los testimonios tienen autoridad sólo hasta cierto punto... La auténtica garantía de libertad, pues, se la ofrece el propio carácter de nuestro país, que es un país que no tolera restricciones. En los últimos treinta años Italia ha vivido una tal libertad que a estas alturas le ha tomado gusto. Y la defiende. Y, en resumidas cuentas, nadie puede pensar en construir, en Italia, un socialismo en solitario. En Italia el socialismo sólo se puede construir a través de la libertad, de la pluralidad de partidos, de la participación de fuerzas diferentes. Y sobre la base de unas exigencias objetivas, no de una lógica doctrinaria. He dicho ya que no queremos hacer reformas para el socialismo sino porque las reformas son necesarias. He dicho ya que a la gente, o a mucha gente, el socialismo puede no interesarle. Y... ¡Pero si ni aun en el interior de nuestro partido se acepta la falta de libertad! ¡Pero si aun en la época en que gravitaba la personalidad de Togliatti no faltaba nunca el comunista que se alzaba con preguntas insolentes, preguntas que en otro partido hubieran sido conceptuadas de irreverencia! En Italia, en los últimos veinte años, el pueblo se ha educado en la libertad y... ¿He dicho Italia nada más? Debiera haber dicho Inglaterra, Francia, Alemania; Europa occidental, en suma: los países donde la clase obrera ha formado sus huesos a través de la lucha por la libertad. El derecho de huelga, por ejemplo...

Humm...

De acuerdo. Se abusa de la huelga. Nosotros mismos lo reconocemos. Pero no es la clase obrera la que abusa de la huelga; la hace otra

categoría de trabajadores. Yo encuentro que, en algunos sectores de los servicios básicos —los hospitales, por ejemplo—, el recurso a la huelga tendría que limitarse a casos extremos: en interés de los enfermos, y no a la inversa. Hoy en día existe una fragmentación corporativista de la huelga. Se precisa más autodisciplina, más conciencia política. Si el movimiento sindical carece de conciencia política, caemos en el corporativismo: cada cual mira sólo por sí y el país se va al traste. Así es que, cuando alguien nos pregunta por-qué-no-intervienen-ustedes, yo respondo: «Estimados señores, ustedes nos han reprochado siempre el no querer un sindicato autónomo. Y, ahora que lo tienen, quieren que intervengamos. ¡No se puede tener todo: las barricadas llenas y la mujer borracha! No, a estas alturas sólo podemos decir que ciertas huelgas no nos parecen justas». Y es así, exactamente. ¡Pero vamos a ver! Nos acusaban de utilizar los sindicatos para instrumentar la lucha de clases, y, por mucho que dude que hiciésemos tal cosa, hay que admitir que en el antiguo sistema sindicalista verdaderamente existían influencias de partido. Y hoy, cuando eso ha dejado de suceder, hoy, cuando la unidad sindical es fuerte, hoy, cuando los sindicatos han alcanzado la mayoría de edad, se nos lamentan de los inconvenientes. ¡Paciencia! ¡La vida está hecha también de inconvenientes! Yo no estoy de acuerdo con los que dicen en-Italia-hoy-día-mandan-los-sindicatos. Los sindicatos ejercen, sí, una influencia sobre los partidos; pero los partidos siguen desempeñando un papel preeminente. ¿Quién, sino los partidos, representa el sufragio universal? ¿Quién, sino los partidos, decide las directrices de la vida nacional? ¿Quién, sino los partidos, hace las leyes en el Parlamento? Mire, mi opinión sobre la Italia de hoy no es negativa.

¡¿No lo es?!

No, no lo es.

Usted, Amendola, me desconcierta mas y más. Porque, si bien es cierto que ya no desean asustar a nadie, si es cierto que ya no son ustedes quienes eran, ¿de ahí a decir que la Italia de hoy funciona...! ¿No será en parte una forma de desentenderse de los errores de una clase política a la que también ustedes pertenecen?

No existe una clase política. Ése es un concepto introducido en Italia por la sociología americana. Yo pertenezco a un partido que no ha estado nunca en el gobierno, y no puede confundírseme con quien sí ha estado en el gobierno, con quienes se han enseñoreado de Italia por

espacio de más de veinte años. Mi única responsabilidad estriba en el hecho de haber perdido, es decir, de no haber sido capaz de cambiar las cosas. Claro que los comunistas no hemos conseguido efectuar el cambio político que el país precisaba. Claro que no hemos conseguido hacer la revolución socialista en Italia. Pero ¿acaso es culpa nuestra que el país no la haya querido? ¿Es culpa nuestra que el país haya dado su consenso a la DC? ¿Es culpa nuestra que los socialdemócratas, los republicanos, y hasta los socialistas a veces, el centro-izquierda en suma, hayan tenido escaños en la DC? Y, ello no obstante, repetiré, ello no obstante, mi opinión sobre la Italia de hoy no es negativa.

Para venir de un representante de la oposición, lo que dice es grave.

Mire, a los jóvenes se lo digo siempre: los italianos no han gozado nunca del bienestar de hoy. O, cuando menos, siempre han estado peor que hoy. Siempre han vivido en peores condiciones, siempre han comido menos. Cuando yo era niño, en Lucania la media del consumo de carne representaba un kilo al año *per capita*. Hoy es de treinta, de cuarenta kilos. Cuando yo era niño, las mujeres de Capri caminaban descalzas y transportaban a las espaldas sacos de carbón para la Marina. Hoy, en el Sur, uno ve, adondequiera que vaya, gente calzada. A las escuelas acude una enormidad de alumnos. Estudian mal, pero acuden: ya no me toca participar en asambleas cuya mayoría estaba formada, como en el Nápoles de 1945, por obreros analfabetos. Por lo que a la libertad se refiere, la hemos ensanchado. Todavía no es la que prevé la Constitución pero... seamos sinceros: nunca ha existido en Italia tanta libertad. Que no ha sido regalada, de acuerdo. Que ha sido conquistada, de acuerdo. Pero existe. Algunos dicen sin ambages que hay demasiada, que las manifestaciones no nos dejan circular por la calle. Bien, es posible. Pero yo prefiero esto al cementerio de la época fascista, ¿no? Todavía quedan reformas que hacer, es verdad. Pero ya he explicado que las reformas vienen impuestas por el progreso y no por la ausencia de progreso. Y la actual crisis procede justamente del progreso. Procede del hecho que el país está avanzando y transformándose. Y, así las cosas, los jóvenes comienzan a protestar y a refunfuñar que yo defiendo a mi generación. Pero yo les respondo: sí, la defiendo: de otro modo me vería obligado a decir que nuestra vida ha sido gastada en vano. Yo no digo que lo hayamos hecho todo, digo que hemos hecho lo que nos correspondía, y, si no os basta —que, por lo demás, es justo que no os baste—, el resto hacedlo vosotros. Dar consignas a los jóvenes ¿no es acaso una ley natural? Puede que

los viejos nos sintamos un poco demasiado pagados de lo que hemos hecho, y os sentís descontentos. Si estáis descontentos, hacedlo vosotros mejor. No os diré lo que Treves me dijera a mí: «Somos gente derrotada. Busca un camino por tu cuenta». ¡No, qué diantre! ¡No somos vencidos! ¡Mis posiciones las defiendo con convicción! Examinado el balance de una vida y de una lucha, puedo decir con la cabeza bien alta: no es un mal balance. Y, con eso, pongo punto final al discurso.

Gracias y, de nuevo, mi enborabuena, diputado Amendola. No me aburrí leyéndole y no me he aburrido escuchándole. Más diré: me he divertido. Lo único que ahora me preocupa es cómo sugerir a los italianos la conveniencia de comenzar a preparar el cinturón de castidad. Porque, cuando la gatzmoñería de los democristianos y el puritanismo de ustedes, los comunistas, se unan en el compromiso histórico, ¡la época victoriana va a quedarse en enaguas!

Roma, enero 1974

Willy Brandt

Correspondería a la Historia establecer hasta qué punto Willy Brandt fue un gran estadista y un gran hombre. Pero ya es cierto que, como líder, ha sido el único gran personaje de la Europa occidental de después de la guerra. Además, subsiste el hecho de que fue él quien durante años dirigió una Alemania nueva, es decir, una Alemania que ya no inspiraba odio o miedo y que era, si acaso, objeto de envidia de los demás países. Tenía muchos méritos aquel Brandt, y el mayor de ellos es el habernos hecho comprender que la palabra alemán no significa Hitler. A Hitler lo combatió desde la edad de catorce años: «con la palabra y con los puños». Escribió contra los nazis, se pegó con los nazis y huyó de los nazis refugiándose en Escandinavia, donde continuó su lucha. Y no son muchos los alemanes que hicieran otro tanto. No le correspondía a él, ciertamente, hincarse de rodillas, en Varsovia, ante las tumbas de los judíos exterminados por el Tercer Reich. No le correspondía a él leer el salmo del perdón en Jerusalén y, sin embargo, lo hizo. Y a mí no me parece que eso sea menos importante que su Ostpolitik, que su europeísmo, que su socialismo, que más que un socialismo es, tal vez, una investigación del socialismo: pero que arroje la primera piedra aquel que pueda decir que ha llevado a cabo el socialismo. Y una cosa es cierta: ese tan criticado socialismo de Willy Brandt ha servido a los obreros alemanes mejor que tantas y tantas utopías, y eso sin cancelar la libertad. En el culto de la libertad ese hombre, a menudo malquisto pero siempre respetado, creció, se hizo periodista, escritor, alcalde de Berlín, canciller de la Alemania Federal, y siempre con una postura definida. Willy Brandt es el único jefe de Estado que se ha expresado con la misma claridad y con la misma fuerza contra los coroneles griegos que contra los funcionarios soviéticos que envían al manicomio a cuantos no comparten su opinión.

Su biografía es excepcional desde el momento en que nació, el 18 de diciembre de 1913, en la ciudad de Lübeck, hijo de una joven sindicalista sin marido. Nunca conoció a su padre, y su padre no lo reconoció nunca. Sólo hacia los trece años oyó su apellido, que sonaba a suceso o a noruego o danés. En un libro dice: «El chico lo oyó pero no se sintió interesado. ¿O sí? Un velo opaco se extiende sobre aquellos años, gris como la niebla del puerto de Lübeck... Rostros y personas se confunden como sombras que salen a la superficie y desaparecen... Me resulta difícil creer que aquel chico llamado Herbert Frahm era yo». No le gusta hablar de su padre. Yo me quedé paralizada cuando me confesó que siempre había sabido quién era: «Vivía aún después de la guerra. Pero tampoco entonces quise verle». Y hay que recordar que la impronta de «hijo ilegítimo» lo acompañó durante toda su carrera política. De manera vergonzosa, sus adversarios se sirvieron de ella incluso durante las campañas electorales. Sobre todo Adenauer. Pero si esto ensombrece profundamente la figura de Adenauer, sirve en compensación para comprender a Brandt. A menudo, alguien se des-

taca de los demás porque la vida le ha dado humillaciones y dolores; las grandes empresas, a veces hasta el éxito, nacen con frecuencia del hambre o de la infelicidad. Tal vez, si de niño hubiese jugado sobre las rodillas de un padre, hoy Willy Brandt no sería Willy Brandt.

No se parece en nada a sus connacionales. Durante doce años fue noruego y admite con candor, incluso con temeraria sinceridad, que aún lleva a Noruega en la sangre. «Cuando apenas niño huí a un país del que absorbí la cultura y la lengua, perdí una patria para encontrar otra. Noruega fue para mí una segunda patria.» ¿Aún lo es? Cuanto más se le mira, cuanto más se le escucha, más se pregunta uno dónde termina en él lo alemán y empieza lo noruego. O viceversa. Tiene una casa en Noruega y allí va cada año a pasar las vacaciones. En Noruega tiene a sus amigos más queridos. En Noruega encontró a la primera y a la segunda mujer, por lo que sus hijos son medio noruegos. Escribía mejor en noruego que en alemán: otra de las cosas por las que le atacaba Adenauer llamándolo intruso, extranjero. Mira los pasaportes con indiferencia, con un encogimiento de hombros. ¿No resulta extraordinario que un tipo tan curado de nacionalismos mezquinos haya representado y represente todavía al país que desencadenó una guerra mundial en nombre del nacionalismo? Brandt recuperó la ciudadanía alemana en 1946: su elección honra a la nueva Alemania; su desautorización mediante un escándalo viene en desdoro del país. Como quiera que se considere este asunto, no merecía el escándalo de aquel secretario que le espiaba en favor de los soviéticos, ni el chantaje que tuvo como consecuencia. Este último fue, en especial, infame.

La entrevista que sigue se celebró en su despacho del Bundeskanzleramt en dos sesiones: el martes 28 de agosto y el lunes 3 de septiembre de 1973. Es raro que una entrevista como ésta constituya el retrato de un hombre. No tanto por lo que dice o no dice, sino por cómo dice lo que dice. Habla de modo preciso, prolijo, severo. No se abandona jamás a bromas que alterarían su compostura, ni a confesiones que disminuirían su intimidad. Si se intenta hurgar más profundamente en su alma, se retira cortésmente y calla. Lo intenté repetidamente: inútil. Abría las puertas de par en par cuando interrogaba al político, las cerraba cuando buscaba al hombre. Nunca me había encontrado con tal pudor, con tal retraimiento. Lo que me hace difícil verlo como lo ven los demás: como a un teutón alegre a quien le gustan mucho las mujeres, el vino, la cerveza y las risotadas sonoras. Me es más fácil identificarlo con el campesino del fiordo que describe en la entrevista: duro, férreo, fornido y enemigo de lo inútil. Incluso su amabilidad y el modo cordial con que te recibe están faltos de inutilidad. Lástima no haberle podido hablar a solas. A la entrevista asistían su consejero Klaus Harpprecht, el director de su oficina de prensa y su taquígrafo, que no contento con tomar apuntes registraba nuestra conversación en un magnetófono al lado del mío. Más que una entrevista parecía un encuentro en la cumbre, una reunión de Estado. Fue él quien lo quiso así. Y, aunque al principio me fastidió, luego me inspiró profundo respeto. Es consolador estar entre gente que hace las cosas en serio.

ORIANA FALLACI.— *Para ser sincera, no sé por dónde empezar, canceller Brandt. Quiero preguntarle demasiadas cosas, comprendida la historia de su nombre que no es el nombre con el que nació. El de nacimiento era Herbert Frabm y...*

WILLY BRANDT.— Sí, el nombre de Willy Brandt empecé a usarlo a principios de 1933, antes de dejar Alemania y después de que los nazis subieran al poder. Lo elegí como «nom de guerre» para dedicarme a la actividad clandestina contra Hitler. Y con este nombre fui al extranjero cuando tenía diecinueve años. Con este nombre empecé a escribir en los periódicos y publiqué mis libros. Con este nombre entré en la política, me convertí en adulto y volví a Alemania al final de la guerra. Todo está ligado a este nombre, y nunca pensé recuperar el otro con el que había nacido.

También se casó como Willy Brandt y con este nombre adoptó la ciudadanía noruega. Tal vez tendríamos que partir de aquí. Es decir, del hecho de que durante años haya sido ciudadano de otro país. Aparte de los bebros, no fueron muchos los alemanes que abandonaron la Alemania de Hitler.

Yo, en cambio, diría que fueron muchos. Si toma como ejemplo mi ciudad, Lübeck, descubrirá que se marcharon muchos y se comprende que casi todos eran mayores que yo. ¿Por qué me fui de Alemania? Porque, si me hubiera quedado, me habrían detenido y enviado a un campo de concentración. No tenía muchas probabilidades de arreglármelas en aquel primer período. Aunque no me hubiera expatriado, hubiese tenido que salir de Lübeck. Pero ni siquiera abandonando Lübeck habría podido entrar en la Universidad, y éste es un elemento que contribuyó a mi fuga. Terminada la escuela me hubiera puesto a hacer de corredor y durante un año hubiese resultado un trabajo interesante. Pero yo quería estudiar Historia y, en la Alemania de Hitler, no era posible estudiar Historia. De manera que, apenas tuve ocasión... Un hombre que pertenecía a mi grupo tenía que pasar a Noruega para abrir una oficina y ocuparse de los problemas inherentes a nuestro movimiento de resistencia. Todo estaba preparado para que un pescador lo sacase del país partiendo de un lugar cercano a la casa en que yo vivía. Yo tenía que ayudarle y le ayudé, pero el hombre no hizo lo mismo. Lo detuvieron y enviaron a un campo de concentración. Entonces los amigos de Berlín me preguntaron si quería ir en su lugar. Y yo acepté. No imaginaba que esto significaría estar fuera

tanto tiempo. Muchos creían que el nazismo no duraría mucho. Decían que doce meses, como máximo cuatro años. Yo no pertenecía al grupo de los optimistas, pero me hacía la ilusión de que no duraría más que la primera guerra mundial. Sin embargo, duró doce años.

Y son los doce años que pasó usted en Escandinavia, como sus adversarios le han criticado constantemente. De manera que le haré esta pregunta: ¿Le disgusta no haber participado directamente, o sea en Alemania, en la lucha contra el nazismo?

Entonces y después demostré que estaba dispuesto a arriesgar mi vida cada vez que fuera necesario. E incluso cuando no era necesario. Volví clandestinamente a la Alemania de Hitler y estuve unos meses antes de huir de nuevo porque estaban a punto de capturarme. Estuve en Noruega y Suecia cuando estaban bajo la influencia de Hitler. Así que he corrido mis riesgos. Y si considero su pregunta desde un punto de vista racional, respondo: si me hubiera quedado en Alemania en lugar de expatriarme, no hubiese tenido probablemente las mismas ocasiones de formarme y prepararme para hacer lo que he hecho en Berlín desde entonces. Y aludo sobre todo a mis experiencias europeas e internacionales. Ciertamente cada cosa tiene su precio. Y el precio que yo tuve que pagar fue muy distinto del que pagó la mayoría de mis compatriotas. Fue el precio de tener que irme. Sí, es cierto: a algunos les parece una forma extraña de pagar, y, opinando de esta manera, brindaron a mis adversarios la ocasión para desencadenar una campaña contra mí. Pero a ellos les repliqué que resulta extraño que tantos alemanes se sientan identificados conmigo y me den su confianza. ¿He dicho extraño? Tendría que haber dicho hermoso. Porque es hermoso que tantos alemanes den su confianza a un hombre que ha tenido una vida tan distinta de la suya. No mejor. Distinta.

Canciller Brandt, supongo que hablando del precio pagado alude usted al hecho de haber sido privado de la ciudadanía alemana por haberse expatriado. ¿Le resultó doloroso perder la ciudadanía alemana y adoptar la noruega?

No.

¿Por qué? ¿Ya entonces amaba tanto a Noruega?

Sí. La consideraba una segunda patria. Porque si uno va al extranjero de joven y llega a un país donde se siente como en casa y aprende a hablar bien su lengua... Yo aprendí muy pronto el noruego, y lo

aprendí bien. He dicho muchas veces que escribía en noruego mucho mejor que en alemán. Y era cierto, aunque hoy ya no lo sea. Además, cuando el país que te acoge es una fuente inagotable de amigos, cuando absorbes su cultura hasta el fondo, cuando esto te resulta fácil porque vienes del Báltico... Bueno: te das cuenta de que esto te distingue de tus compatriotas, pero te sientes enriquecido con algo que, de otra manera, no hubieses tenido. ¿Me explico? Quiero decir que empiezas por perder una tierra y acabas por encontrar otra. No es un descubrimiento de hoy porque yo siempre he confesado esta verdad. Durante la guerra escribí en el prólogo de un libro publicado en Suecia: «Yo trabajo al mismo tiempo por una Noruega libre y por una Alemania democrática. Lo que significa trabajar por una Europa donde los europeos puedan vivir». De todas maneras, tomar la ciudadanía noruega no significó renunciar a Alemania. O mejor dicho, a mi interpretación de Alemania.

Entonces le daré la vuelta a la pregunta. ¿Fue doloroso para usted perder la ciudadanía noruega para readoptar la alemana?

No. Hay países que no permiten elección. Si me hubiera convertido en ciudadano americano, no hubiese podido devolver el pasaporte y, como máximo, habría tenido doble nacionalidad. En Noruega no sucede esto. O eres ciudadano noruego o no lo eres. De manera que devolví el pasaporte noruego, sin dramas, sabiendo que un pasaporte no incide sobre el propio comportamiento o los vínculos personales. Sabía que volvería a Noruega, a ver a mis amigos, a hablar su lengua, a que mis vínculos no se rompieran por causa de un pasaporte. Son tantos los que tienen un pasaporte que no corresponde a su nacionalidad, que si usted me pregunta: «¿Es importante tener un pasaporte?», yo le contesto: es importante sobre todo para cruzar fronteras, pero la cuestión de los documentos se sobrevalora. La identidad nacional es otra cosa.

¿Fue la búsqueda de la identidad nacional, de la madre patria, lo que le devolvió a Berlín después de la guerra?

No. Volví a Alemania como periodista, en el otoño de 1945 y luego en 1946. Volví para asistir al proceso de Nuremberg y para dar una vuelta por el país. Me habían ofrecido la dirección de un periódico o de una agencia de prensa en Alemania y la cosa no había salido bien. Entonces un buen amigo, Halvard Lange, en aquellos días ministro de Asuntos Exteriores noruego, me dijo: «Si no vuelves a Alemania hasta

dentro de un año, ¿por qué no entras a formar parte de mi ministerio y vas a París con la misión noruega?» Pero, cuando estaba a punto de aceptar, él ya había cambiado de idea: «El primer ministro y yo pensamos que sería mejor que fueses a Berlín como corresponsal de prensa, con la misión de proporcionar opiniones e informaciones políticas al gobierno noruego». Y así fue. Y es obvio que el hecho de ir a Berlín maduró en mí todo aquel proceso de identificación. Y es también obvio que así maduró mucho antes de cuanto lo hubiera hecho si hubiese ido a París. Probablemente, habría formado parte de alguna organización internacional. Y, al menos por unos años...

... hubiera seguido ciudadano noruego.

Bueno, sí. Al menos durante algún tiempo, sí. Después, tal vez no. De hecho, si hubiese esperado un poco más ni siquiera habría tenido necesidad de pedir la ciudadanía alemana. Según la Constitución de 1949 me hubiera bastado presentarme en una oficina y decir: «Vengo a recuperar la nacionalidad que los nazis me quitaron». Yo, en cambio, pedí volver a ser ciudadano alemán antes de que existiese un nuevo Estado alemán, en la primavera de 1948. Y... Fíjese: en el gobierno de Schleswig-Holstein me devolvieron la nacionalidad alemana en un papel que todavía tenía impresa la svástica. ¡Sí, sí! Eran tan pobres que ni siquiera tenían formularios nuevos. Tuvieron que borrar la svástica derramando tinta encima. Guardo en mi casa este documento. Lo guardo como recuerdo de la forma en que volví a ser ciudadano alemán.

Divertido. Pero no puedo creer que volviera usted a Alemania guiado más por la casualidad que por los sentimientos.

Pues es así. No fue nada sentimental. No. Volví a Berlín por la sencilla razón de que Berlín era interesante. Era el centro de la controversia entre el Este y el Oeste. Era donde había que estar. Que esto haya acelerado mi proceso de identificación es otro asunto. Y no me refiero sólo a un proceso de identificación política, me refiero a un proceso de identificación con la gente que vivía en la miseria, en la derrota. Berlín era un montón de ruinas, pero entre aquellas ruinas florecían las mejores cualidades del pueblo. Sí, es un proceso que se repite a menudo en los períodos adversos, pero sorprende siempre. Y la moral de los berlineses nunca ha sido tan alta como en los primeros años de la posguerra. Ni siquiera durante el bloqueo llegó a ser tan alta. Por tanto, mi proceso de identificación...

Pero ¿qué entiende usted por identificación? ¿Lo que llamamos patria?

No. No fue la patria lo que me atrajo. Fue el caso de un pueblo que, después de haber pasado a través de la dictadura, de la guerra y la ruina, intentaba reconstruirse una vida basada en la libertad. Sí, esto fue lo que me indujo a volverme alemán otra vez. Fueron las fantásticas ganas de trabajar que había en cada uno de ellos, aquella voluntad de acabar, aquella voluntad de ayudarse unos a otros... Una voluntad que hemos ido perdiendo a medida que nos volvíamos ricos... Había en el aire como una sensación de estar todos unidos para hacer algo, a pesar de la miseria económica. ¿Lo comprende? Era una cuestión de valores humanos y morales más que un hecho nacionalista. Yo, cuanto más lo pienso, más creo que aquellos años en Berlín fueron los que me dieron la idea de Europa. Más bien la del futuro de Europa.

Me estoy preguntando, canciller Brandt, si en el fondo de su corazón, incluso en el fondo, no es usted más europeo que alemán.

Bueno... Sería una pretensión exagerada esperar una confesión como ésta por parte de un canciller alemán que ronda los sesenta años. Sobre todo sabiendo que Europa no se ha movido como hubiera tenido que hacerlo. No, no se me puede preguntar si me siento y me comporto más como europeo que como alemán. Ni siquiera se me puede pedir que dé esta impresión. Digamos que intento ser un buen europeo en cuanto que asumo las responsabilidades de un alemán. Y a su pregunta respondo: no, soy alemán.

Comprendo. Pero entonces..., y pienso en su visita al ghetto de Varsovia..., le pregunto: ¿Hasta qué punto pesa sobre usted el complejo de culpa que su generación arrastra con la palabra alemán?

Yo distingo entre culpa y responsabilidad. Yo no me siento culpable y encuentro que no es justo, ni correcto, atribuir este complejo de culpa a mi pueblo o a mi generación. La culpa es algo atribuible a un individuo, nunca a un pueblo o a una generación. La responsabilidad es algo distinto. Y, aunque dejé Alemania muy pronto, aunque no haya sido nunca un partidario de Hitler, para decirlo con una perifrasis, no puedo excluirme a mí mismo de cierta responsabilidad. O corresponsabilidad. Sí, incluso si me hubiera dissociado de mi pueblo, me sentiría corresponsable del advenimiento de Hitler. Porque hay que preguntarse: ¿por qué tomó el poder? Y hay que contestarse: no sólo porque hubo millones que fueron lo bastante estúpidos para seguirle

sino porque otros fueron lo bastante estúpidos para no detenerlo. Yo era muy joven en aquel tiempo, de acuerdo. Pero yo también pertenezco al grupo de los que no fueron capaces de pararlo. En la vida de un pueblo, el momento crucial es aquel en el que el pueblo deja que el poder vaya a parar a manos de criminales. Y también cuando un pueblo, teniendo oportunidad de ello, no la usa para mantener las condiciones necesarias a un gobierno responsable. Porque, después, ya no se puede hacer nada. Después resulta siempre mucho más difícil echar a los criminales que han tomado el poder. En mi interpretación, la corresponsabilidad empieza primero y termina después. Y tal responsabilidad, desgraciadamente, se la encuentran encima hasta los jóvenes. No en la misma medida que sus padres, pero... Usted ha citado Varsovia...

¿Por qué se hincó de rodillas en Varsovia, canceller Brandt?

No me hincé de rodillas porque tuviese que confesar una culpa sino porque quería identificarme con mi pueblo. Con el pueblo del que habían salido los que cometieron acciones tan terribles. Aquel gesto no iba dirigido sólo a los polacos. Iba también dirigido a los alemanes. Se equivoca quien crea que yo me dirigía sólo a las víctimas del nazismo o a sus familias. Me dirigía también y sobre todo a mi gente. Porque muchos, demasiados, tienen necesidad de no sentirse solos y de saber que hay que soportar juntos aquel peso.

Cancellor Brandt, ¿decidió aquel gesto entonces o bien lo había pensado antes?

No lo había pensado antes, pero ¿cómo saber lo que proyecta nuestro subconsciente? Seguramente la idea estaba ya en el subconsciente porque recuerdo que aquella mañana me desperté con la extraña sensación de que no me limitaría a colocar una corona de flores. Intuitivamente supe que sucedería alguna otra cosa. Pero no sabía qué. Luego, de improviso, sentí la necesidad de caer de rodillas.

¿Y en Yad Vashem, durante su último viaje a Israel? El gesto de Yad Vashem no pudo ser decidido en el último momento.

Tiene razón. Antes de ir a Israel, medité mucho tiempo sobre lo que podría hacer. Había oído decir que llaman a Yad Vashem el lugar de la verdad, de la terrible verdad más allá de todo lo que la mente humana pueda imaginar. Y quise dar cuerpo a esta verdad porque... Auschwitz demostró que existe el infierno sobre la tierra. Creo haberlo dicho ya en Varsovia. Y creo haber dicho también que, cuando

yo estaba en Suecia, sabía lo que estaba sucediendo en Alemania. Lo supe antes que la mayor parte de los que vivían dentro y fuera de Alemania. Y, mientras me preparaba para el viaje a Israel, resurgió en mí ese sentido de corresponsabilidad que he intentado explicarle antes. Y, como en Varsovia, me dije que no podía limitarme a colocar, con rostro pétreo o expresión conmovida, una corona de flores. Ante lo que había sucedido tenía que reaccionar de algún modo frente a mi impotencia. ¿Comprende? Quería hacer algo, no quería permanecer pasivo. Me repetía: tiene que ser un gesto que beneficie a los alemanes y a los hebreos, un gesto que abra el camino al futuro. No quiero hablar con ligereza de reconciliación; la reconciliación no depende de mí. Pero la solución que encontré me pareció justa porque nosotros tenemos en común con el pueblo hebreo una cosa muy importante: la Biblia. O, por lo menos, el Antiguo Testamento, por esto decidí leer el Salmo 103, del versículo 8 al versículo 16: «Ellos huirán ante tus amenazas; se aterrorizarán al sonido de tu voz...» Decidí leerlo en alemán, en la lengua de Martin Lutero. Pero algunas expresiones eran difíciles de entender, especialmente para los jóvenes. Entonces, mientras volaba a Tel Aviv, estudié el texto y comparé la traducción de Martin Lutero con la versión hebrea de las mismas palabras en alemán. Mantuve casi todas las expresiones poéticas de Martin Lutero y añadí algunas frases de la Biblia de los hebreos. Creo que los israelíes comprendieron lo que yo quería hacer. Y por esto seré siempre para ellos una persona grata.

Le importaba mucho aquel viaje a Israel, ¿verdad? Tal vez más que el viaje a Varsovia.

Se trataba de dos cosas distintas porque en Varsovia no conocía a nadie y todo era nuevo para mí. En cambio, ya había estado en Israel en 1960 como alcalde de Berlín. Y me había reunido con Ben Gurión y Eshkol. Y, en los congresos internacionales del Partido Socialista, había visto varias veces a Golda Meir. Pero... es cierto: me interesaba mucho el viaje del pasado junio porque lo hacía como representante de mi Estado y de mi pueblo, no como Willy Brandt, sino como representante de una nueva Alemania. Me explicaré mejor: Jerusalén no era ni mi primer ni mi último encuentro con el pasado. También iré a Lidice cuando visite Checoslovaquia. Pero Jerusalén era la estación más importante: la que expresaba más completamente nuestros días negros. Representaba el reconocimiento de nuestra responsabilidad como alemanes, recordaba que nada de lo que hacemos debe ser olvi-

dado o rechazado. No, no debe... No debe... No es que ahora haya nada que confesar. Ahora se sabe todo. Pero reconocer nuestra responsabilidad... Bueno, no sirve sólo para limpiar nuestra conciencia, sino para vivir juntos. Hebreos, polacos, alemanes. Puesto que «debemos» vivir juntos.

Pero Golda Meir, cuando la entrevisté el pasado mes de noviembre, me dijo que no había puesto nunca el pie en Alemania.

Lo sé. También se lo ha dicho a otros. Y no puedo condenarla por esto. Sin embargo, yo la he invitado oficialmente y ella ha aceptado, sea privada u oficialmente, y espero que venga. Lo espero. Estoy seguro de que está dispuesta a venir y quiero creer que mi visita a Israel pueda haber contribuido a hacerle más fácil la idea de poner el pie en Alemania. Golda es una gran mujer. Una mujer fascinante. Una mujer de estatura casi bíblica. Y todos conocemos sus cualidades que sólo los anticuados definen como masculinas: su férrea fuerza, por ejemplo, su astucia... no son dotes que puedan tildarse de masculinas o femeninas, son simplemente dotes. Y, además, Golda tiene tanto calor humano... Creo que vendrá.

Esta fe caracteriza muy bien a Willy Brandt. Y, hablando de fe, me gustaría profundizar una cuestión que apenas se ha insinuado, pero que es inevitable tratar con usted: Europa. Canciller Brandt, hace poco ha aludido a ello con acento desconsolado. ¿No se le ha ocurrido nunca que Europa sea una utopía?

No. Se puede construir Europa. Europa se está construyendo. Ciertamente que no está desarrollada y que no se desarrollará de la manera que los norteamericanos pensaron después de la segunda guerra mundial, cuando hablaban de los Estados Unidos de Europa. Los norteamericanos cometieron el error de comparar las posibilidades de unificar Europa con lo que había sucedido con los Estados Unidos. Comparación que no tiene sentido. Los Estados Unidos son una cacerola donde se cuecen realidades muy distintas de las nuestras. Y crear Europa es otra cosa. Crear Europa significa mantener los valores de las identidades nacionales y colocar encima la estructura de un gobierno europeo. Y, aunque sin sex appeal político, desgraciadamente, aun a través de los obstáculos de los procedimientos burocráticos, ¿acaso esto no está ya sucediendo? ¿No nos movemos ya libremente en Europa? ¿No existe ya un grado de relación que nunca había existido

antes? ¡Claro que Europa se está construyendo! Yo siempre me con-
venzo de ello cuando comparo la comunidad europea de hoy con la de
hace cuatro o cinco años.

*¡Pero la Europa que llamamos Europa es una Europa pequeñísima,
canciller Brandt! ¡Ni siquiera es media Europa!*

Yo hubiera sido muy feliz si hubiésemos sido capaces de construir
los Estados Unidos de Europa. Si yo pudiese elegir entre una Europa
totalmente unificada y una parte de Europa unificada elegiría la pri-
mera; no hay ni que decirlo. Pero es imposible: no estamos en situa-
ción de poder elegir entre una solución imperfecta y una solución más
que perfecta. Hay que trabajar sobre una Europa dividida en dos, e
incluso en tres. Hay que trabajar sobre una Europa occidental capaz
de moverse hacia una estructura de gobierno común. Luego, a trav-
és de una política de distensión que ya ha empezado, hay que aument-
tar las comunicaciones entre la Europa oriental y la Europa occidental,
a pesar de las diferencias que existen entre nuestro sistema social y el
suyo, entre nuestra estructura política y la suya. Si alguien me ofre-
ciese la manera de unir algo más que la Europa occidental, le diría:
muy bien, excelente, gracias. Pero no es posible, no es posible. Aparte
de esto existe aquello que llamamos la tercera dimensión. Europa más
los Estados Unidos. Los Estados Unidos como parte de Europa en el
terreno de la seguridad...

*¿No piensa usted en una Europa neutral y en condiciones de representar
un equilibrio entre las dos grandes potencias?*

No, yo no considero a Europa como una fuerza colocada entre las
dos potencias mundiales. Aparte de que cuando se habla de potencias
mundiales no hay que hablar de dos sino de tres, y entonces habría
que hablar de Europa como de una cuarta potencia, a la que se ten-
dría que añadir una quinta que es el Japón... Aparte de que el hecho de
hablar de Europa como de una cuarta potencia no es exacto, porque si
Europa unida comerciase se convertiría en la potencia número uno del
comercio mundial... No, no quiero dar la impresión de intentar una
Europa que sostenga una política de neutralidad respecto a los dos
bloques representados por Norteamérica y por la Unión Soviética.
Naturalmente, quiero con los Estados Unidos una relación distinta de
la que quiero con la Unión Soviética. Con los Estados Unidos quiero
una partnership, aunque al mismo tiempo desee una política indepen-
diente. Además, creo que a los Estados Unidos les gustaría que nos

comportásemos de modo más maduro de como nos hemos comportado hasta hoy.

Pero entonces... ¿y la reunificación de Alemania? Estando así las cosas, dígame brevemente: ¿Cree que usted verá la reunificación de Alemania?

No. No lo creo. Tengo casi sesenta años, ya se lo he dicho, y no espero convertirme en un Matusalén. Tal vez, si creyese convertirme en un Matusalén, mi respuesta sería positiva. Porque tendría que llegar por lo menos a los ciento treinta años como algunos ancianos del Cáucaso para ver la reunificación de Alemania. Ni siquiera dentro de veinte o cincuenta años espero una respuesta aislada al problema alemán. No, ni siquiera puedo imaginar una respuesta aislada al problema alemán. Yo creo que el cambio en las relaciones entre las dos Alemanias sólo vendrá como resultado del cambio en las relaciones entre las dos Europas. Por esto no le doy una respuesta optimista sino una respuesta que incluye la posibilidad de que Europa resuelva la división de las dos Alemanias. Pero, cuidado: si esto sucede no querrá decir que los alemanes de las dos Alemanias decidirán vivir una relación distinta y bajo un techo distinto del que han vivido desde el fin de la segunda guerra mundial.

Canciller Brandt, cuando usted habla de la Europa occidental alude, claro está, a una Europa políticamente unificada. ¿Qué significa para usted esta expresión?

Significa tres cosas. Porque son tres las cosas que hay que hacer. La primera es la integración económica. Pero ésta ya está en marcha porque creo que nos estamos dirigiendo hacia un sistema monetario común. No en el sentido en que se deba usar necesariamente la misma moneda sino que habrá una relación estable entre nuestras monedas. Sí; de alguna manera llegaremos a la unión económica y monetaria. La segunda cosa es lo que yo llamo unión social de Europa. Y cuando digo «unión social» no me refiero sólo a la política social en el viejo sentido de la palabra, o sea en el sentido al que aluden los sindicalistas, etcétera. También eso es importante, pero por unión social entiendo lo que un moderno eslogan define como «calidad de vida». En otras palabras no me refiero sólo a un aumento de productividad porque, por sí mismo, el aumento de productividad no es un objetivo. Me refiero a los problemas ambientales, a las condiciones de los obreros, a la educación... Hay que ser muy ambiciosos para conseguir que dentro

de diez años Europa occidental unificada sea, socialmente, la parte más progresista del mundo. Diez años son suficientes, en diez años podremos hacerlo. Y entonces sí que podremos llegar a una estructura política común que no podía existir sin la integración económica y sin la unión social. La tercera cosa es mantener nuestras identidades nacionales. Sería una desgracia que renunciásemos a ellas.

Sí, pero en esta espléndida Europa occidental a la que mira nuestra ambición, ¿qué hacemos con los países no democráticos?, ¿qué hacemos, por ejemplo, con España o con Grecia?

Queda claro que ningún país puede convertirse en miembro de la Comunidad Europea si no se basa en las instituciones que nosotros tenemos. O sea, un gobierno o un Parlamento elegidos por el pueblo, sindicatos, etcétera. Queda claro que si un país no vive de acuerdo con un mínimo respeto a la Declaración de los Derechos Humanos no puede entrar a formar parte de nuestra Europa. Por tanto el problema es grave. Grave porque la experiencia me ha demostrado que casi nunca se logra devolver la libertad a un país que la ha perdido. Y, cuando se consigue, es siempre después de una guerra: es raro que un país oprimido por una dictadura encuentre la manera de liberarse sin una guerra. Y, desde luego, no sirven para liberarlo ni los discursos ni las actitudes de los demás. Boicotear sus productos, por ejemplo... No ir allí de vacaciones... No sirve para nada. Pero la historia reserva siempre desarrollos y, a veces, desarrollos satisfactorios. Tomemos el caso de España. Yo conocí España durante la guerra civil cuando fui allí, muy joven, como periodista. Estuve cerca de seis meses, sobre todo en Barcelona y en Cataluña, y recuerdo el odio tremendo que dividía a las dos facciones. Recuerdo la increíble pobreza de la gente del campo. Desde entonces sólo he vuelto una vez para pasar las vacaciones en una isla, y otra vez durante medio día: cuando fui a Estados Unidos en barco. Embarqué en Nápoles y me detuve medio día en Málaga, el tiempo de dar una vuelta. Bien..., no es que fuese un lugar especialmente indicativo, pero lo que vi me pareció un extraordinario desarrollo. No era en absoluto la España que yo conocía. Por tanto no me sorprendería que, en la próxima generación, España pudiera transformarse y entrar en la Comunidad Europea. Podría llegar a ello a través de un proceso evolutivo.

¿Y Grecia?

Oh, el caso de Grecia es más complicado. Cuando hablamos de

Grecia no hay que olvidar que las cosas no son tan sencillas como nuestros amigos griegos sostienen cuando afirman que hasta 1967 había en Grecia una espléndida democracia. Una espléndida democracia que de improviso se convirtió en una dictadura militar. Yo visité Grecia en 1960 cuando Karamanlis era primer ministro, y conocí a Canellopoulos que hoy está valerosamente en la oposición. Era un hombre maravilloso aquel Canellopoulos. También muy vinculado a la cultura alemana. Siempre hemos estado en contacto durante estos años en los que tuvo que afrontar tantas dificultades... Pero es un hecho que mi conferencia de prensa en Atenas fue muy distinta de las que había sostenido en otras partes del mundo. Más bien se parecía a las que había celebrado en países de democracia limitada. De manera que no es fácil prever lo que sucederá en Grecia. Todo lo que yo puedo esperar es que las fuerzas de la libertad y del futuro sean bastante fuertes en el país. Porque si lo son, no hay duda de que encontrarán muchos amigos en el extranjero. Pero la democracia no se reconquista con las armas. Las armas sirven sólo en caso de guerra. Yo creo que el pueblo griego podrá reconquistar, si quiere, su libertad. Puede hacerlo si se produce una situación especial. Incluso sin armas. Y entonces también le sirve la ayuda que los amigos del extranjero están en condiciones de prestarle.

Bien. Volvamos ahora a Willy Brandt. Nos hemos alejado un poco de Willy Brandt y... Canciller, no puedo dejar de pensar en usted como periodista. Durante mucho tiempo ha sido periodista. ¿Qué era el periodismo para usted?

Para mí el periodismo era simplemente un medio de ganarme la vida. Siempre me resultó fácil escribir; empecé a hacerlo cuando iba a la escuela. Para pagarme los estudios trabajaba en un periódico de Lübeck y, cuando acabé la escuela, escribieron sobre mi diploma: «Será periodista». Yo no quería que escribieran «periodista», quería que escribieran «Zeitungs-Schreiber»: escritor para periódicos. Yo era un joven socialista de izquierdas y me molestaba el uso de las palabras extranjeras en alemán. Pero no me escucharon y escribieron «Periodista». De todas maneras yo nunca tuve dudas, ni de joven, sobre el hecho de que acabaría por ser periodista. Incluso quería estudiar historia para ser periodista. Y, cuando pensaba en la manera de organizar mi vida, llegaba siempre a la misma conclusión: mi sueño era ser director de un periódico de Lübeck y después miembro del Parlamento en Berlín.

Por tanto la meta final era la política, no el periodismo.

Digamos el periodismo político más que la política.

¿La política o el poder? En alguna parte he leído una frase que usted dijo cuando era alcalde de Berlín: «El poder es el único medio para hacer algo sensato».

No lo recuerdo exactamente, pero debía ser una frase parecida. La dije durante una discusión amistosa con mi esposa que temía que el poder fuese una responsabilidad demasiado importante. El poder... No me gusta la palabra poder. Es una palabra en torno a la cual surgen equívocos. En mi caso preferiría la palabra influencia. Pero llámémosle poder, aclarando que lo decimos en el buen sentido. Pues bien: es obvio que, para obtener cualquier cosa, hay que estar en situación de obtener cualquier cosa. Y no necesariamente en la posición de jefe de Estado, aunque uno pueda hacer muchas cosas como jefe de Estado. A condición..., a condición de que lo sea durante cierto período de tiempo.

Usted ha estado y parece que estará en el poder un buen período de tiempo. Y yo le pregunto: ¿Cuál es, cuál era su meta? ¿Para qué quería el poder?

En el interior del país, para conseguir una manera de vivir más moderna. O sea un más alto nivel de democratización y de equilibrio social. He dicho equilibrio social, no igualdad. En el exterior, para demostrar que mi país podía tener con otros relaciones de buena vecindad: tanto al Este como al Oeste. Tal vez podría decir que me interesaba darle a Alemania una política exterior porque Alemania no tenía política exterior. Pero expresado de esta forma es insuficiente porque no aclara que la política exterior alemana era todavía la de la Alemania anterior a la división y luego la de la Alemania descuartizada por la ocupación. De modo que es más justo decir que me apremiaba la necesidad de colocar a Alemania en el contexto europeo, conseguir relaciones de buena vecindad en casa y fuera de casa.

Supongo que se refiere sobre todo a su Ostpolitik, o sea a la apertura al Este. Canciller Brandt, ¿está satisfecho de lo que ha obtenido con su Ostpolitik?

Casi. Si miro atrás, encuentro sólo dos o tres gestiones que hubiera podido llevar a cabo de distinta manera. Pero no muy distinta. En

conjunto estoy bastante contento y espero que cuando sea viejo no me sienta demasiado complacido conmigo mismo. Entendámonos: nunca existe una situación en la cual uno se pueda decir a sí mismo que no-podía-hacerlo-mejor. Por otra parte, es raro que uno consiga las cosas solo; en general, lo que se hace es el resultado de un amplio proceso en el que uno se encuentra inmerso. Antes de que usted llegase, estaba aquí con mi embajador en las Naciones Unidas que me estaba contando cosas bastante lisonjeras de sus contactos con los demás embajadores. Comprendidos los de Europa oriental. Ellos piensan que yo he hecho mucho y desean recibirme muy bien durante mi próximo viaje a Nueva York. Bien, me ha gustado mucho. Quiero decir que me ha alegrado mucho saber que no me recibirían a pedradas.

Tampoco en Erfurt, cuando fue usted a Alemania oriental, le recibieron a pedradas. ¿Qué sintió ante aquella multitud que le aplaudía con tanta pasión?

Estaba muy conmovido, pero también asustado. Asustado por ellos, por el riesgo que corrían actuando de aquella manera. Yo no hacía más que hacerles señas para que no se excitasen demasiado. Era peligroso para ellos.

Esto me autoriza a hacerle la pregunta que le hago a cada hombre o mujer que está en el poder: ¿Cree que la historia cambia porque la dirige un individuo en lugar de otro? En otras palabras: ¿Cree que la Alemania de hoy sería la misma si no estuviera al frente de ella Willy Brandt?

Creo que los individuos tienen un papel decisivo en la historia. Pero también creo que son las situaciones las que permiten que surja un talento en lugar de otro. Un talento que ya existía, por supuesto. Le daré un ejemplo. Si la segunda guerra mundial no hubiese estallado en 1939, si los Aliados no hubieran estado tan desprevenidos, si después de la invasión de Noruega y Dinamarca, Hitler no hubiese lanzado su ataque contra Holanda, Bélgica, Francia, ¿qué hubiera sido de Winston Churchill? ¿Habría sido igualmente un hombre excepcional o no más que un outsider un poco polémico y acostumbrado a levantar la voz? Sucedió lo que sucedió, y en el momento crítico, puesto que Churchill no era demasiado viejo y los ingleses pudieron concentrarse sobre él y aprovechar su inmensa habilidad. ¿Qué significa esto? ¿Significa que el valor de Churchill hubiera resultado el mismo si aquellos acontecimientos se hubiesen desarrollado cinco años más tarde, o significa tal vez que entonces el valor de Churchill hubiera

sido menor? No, no es fácil saber si, en determinada situación, haríamos cosas que ningún otro sería capaz de hacer. De Gaulle ha hecho cosas que ningún otro en Francia podía hacer. Y yo digo que ha de darse una situación y que algunos individuos deben existir en el mismo momento en que se produce esta situación. Si el individuo y la situación se encuentran, entonces empieza a funcionar el mecanismo por el cual la historia toma una dirección en lugar de otra.

Es extraño que cite a De Gaulle, el que retrasó el nacimiento de Europa.

De Gaulle fue un gran hombre, el único en condiciones de quitarle a Francia el complejo de inferioridad causado por la segunda guerra mundial. El único en condiciones de hacer de ella una gran potencia honoris causa. Si se mira a Europa con el concepto de los Estados Unidos de Europa, él no fue, desde luego, un entusiasta de la idea. Pero es curioso que, durante su mandato, la Comunidad Europea se haya desarrollado en lugar de desmantelarse. Él hubiera podido paralizarla y no lo hizo. No debemos cargarle todas las culpas. Y cuando se habla de Ostpolitik...

La Ostpolitik es Brandt, porque es Brandt quien ha ido al Este.

Sí, pero no excluyo que algún otro hubiera podido llevar a cabo una política parecida a la mía. Aunque no hubiese iniciado aquella política en 1967 y en 1968, cuando era ministro del Exterior, algún otro lo hubiese hecho más tarde. Aunque hubiera sido en condiciones menos favorables. Había que hacer aquella política: de otro modo, Alemania hubiera quedado en un rincón y en contradicción con la política ya iniciada por sus aliados más importantes. Es decir, los Estados Unidos y Francia. Créame: el individuo debe estar allí, pero también la situación debe estar allí.

Es un razonamiento casi marxista. Canciller Brandt, usted, cuando era joven, era marxista, ¿verdad?

Creía serlo. Pero no estoy seguro de haber trabajado bastante para llegar a serlo. Lástima. Porque ser marxista de joven es una óptima preparación para llegar a ser buen socialista de adulto.

De todos modos era un socialista de izquierdas. ¿Qué ha quedado en usted del socialismo que soñaba cuando era un joven turbulento y entusiasta?

Buena parte de aquel socialismo se ha convertido en realidad. Si comparo las condiciones en que el pueblo vivía entonces y las que vive

ahora, tengo que llegar a la conclusión de que buena parte de la seguridad material ya se ha conseguido. Lo que hoy queda por hacer es el empeño permanente del socialismo. No sólo por lo que se refiere al salario, que sin embargo es importante, sino en lo que se refiere a la consolidación de la personalidad humana. No sé si me explico: uno debe saber qué hacer con su propia vida. Y..., verá usted, de joven yo no sabía que el socialismo era un compromiso permanente. Creía que el socialismo era algo para hacer y, si acaso, luego, mejorar. Y, en cambio, es mucho, mucho más. Es la manera de combinar la libertad y la justicia y la solidaridad en un compromiso que no acaba nunca. El socialismo es como un marino que aprende muy pronto su oficio, incluso si es un chico que no ha visto nunca el mar. Porque en su primer viaje el marino descubre que el horizonte no es una línea de confín. Cuando la nave avanza, también el horizonte avanza: siempre más allá, siempre más allá, hasta convertirse en muchos horizontes siempre nuevos. Sí, es así como yo veo el socialismo: como un horizonte que no alcanzaremos nunca y al que intentamos acercarnos cada vez más.

Canciller Brandt, ¿hasta qué punto está usted influido por el socialismo escandinavo? O, mejor dicho: ¿Se ha sentido influido por él?

Sí, desde luego. Tomemos un país como Noruega, un país que ha sido tan importante para mí. Una de las experiencias más bellas que he tenido ha sido la de vivir en Noruega porque en Noruega los campesinos no han sido nunca esclavos. Nunca. El movimiento campesino está en la base de su moderna democracia y... ciertamente esto me ha influido. Allí descubrí los elementos del liberalismo sin los cuales el socialismo humanitario no puede existir.

Canciller Brandt, sé que el mayor de sus hijos es maoísta y...

Oh, él no se definiría maoísta. Él dice que es marxista y tal vez marxista leninista. Ahora tiene veinticinco años, es un hombre adulto y ya no representa a estos jóvenes rebeldes que se definen maoístas. Aunque sus ideas difieran mucho de las ideas de su padre.

La pregunta que iba a hacerle subsiste de todas maneras. ¿Cree usted que en los jóvenes de hoy existe cierta ingratitud o cierta ceguera respecto a lo que se ha hecho para que vivieran en un mundo mejor?

No. Yo no diría eso. Porque los jóvenes de hoy no comparan entre la realidad de hoy y la miseria de ayer. La miseria, por ejemplo, en la que nos ahogábamos después de la guerra. La mayor parte de ellos ni

siquiera habían nacido cuando nosotros nos ahogábamos en aquella miseria, de modo que comparan la realidad de hoy con las posibilidades de mañana. ¿Me explico? No razonan como nosotros, que sobre un platillo de la balanza colocamos lo que tenemos hoy, y sobre el otro lo que teníamos en 1945 o en 1946. Luego pesamos y decimos: «Lo hemos hecho bien. Hemos hecho un buen trabajo». Frente a los jóvenes de hoy, yo defiendo lo que hemos hecho. Digo: ninguno de vosotros puede quitarnos el orgullo de haber hecho mucho. Pero no espero que ellos se identifiquen con mi problema porque no es su problema. Resultado: yo defiendo mi tiempo y ellos defienden el suyo. Y esto sucede también con mis hijos, con la ventaja de evitar discusiones. Hemos tenido muchas, tengo que confesarlo, quizá porque yo he estado muy poco tiempo con ellos..., tan poco en casa... Pero cuando mi hijo mayor, que vive en Berlín, viene a verme o pasa las vacaciones con nosotros, no discutimos. Si llegamos al punto de analizar la categoría moral en lo que cada uno se ha comprometido, corto: «Mi problema no es el vuestro y el vuestro no es el mío».

Es raro que la política no le haya hecho cínico, canciller.

No, no. ¡Nunca! El riesgo de volverse cínico se corre, y de qué manera, cuando se llega al poder. Pero yo siempre he conseguido controlarlo y luego superarlo.

Incluso cuando Adenauer le atacó con tanta ferocidad y subrayó el hecho de que fuese usted hijo ilegítimo, de que hubiese adoptado la ciudadanía noruega. de que...

Adenauer se comportó muy mal conmigo. Sin embargo, curiosamente, en el plano personal, nunca demostró enemistad. Aunque dijese todo aquello acerca de mí, me tenía una especie de simpatía. Y yo, aunque estaba en total desacuerdo con los términos de su política, sentía un gran respeto por él. Durante la campaña electoral de 1961, y en medio de toda aquella porquería, me llamó a su despacho. Precisamente el mismo donde estamos ahora. Entonces yo me sentaba donde está sentada usted, y él se sentaba donde estoy yo ahora. De repente le dije: «Señor canciller, ¿le parece justo, le parece sensato, llevar una campaña electoral del modo como usted la lleva?» Y me contestó: «¡Señor alcalde! ¡No comprendo de qué habla! ¿No creará que tengo nada contra usted? ¡Ni en sueños! Si lo tuviese, le llamaría aparte y hablaríamos de ello». Pero no reaccioné. O no como había reaccionado en las campañas que lanzó contra mí en 1957 y 1958. Luego, el

asunto se repitió en 1965, y en aquella ocasión, me afectó de veras. No quería presentarme a las elecciones. Le dije a mi partido: «Basta. Soy una carga demasiado pesada para vuestros hombros. Es mejor que le deje la candidatura a otro. Yo me retiro». Y fue en este momento cuando las cosas empezaron a marchar bien para mí. A veces hay que reducir la marcha o parar el automóvil para tomar velocidad. En 1966 se reunió el congreso de mi partido y se decidió el apoyo unánime a Brandt y...

Y Brandt se convirtió en ministro de Asuntos Exteriores, luego en canciller, y finalmente consiguió el premio Nobel de la Paz. Canciller Brandt, ¿es cierto que lloró al recibir la noticia?

No, es una exageración. Presentía que me darían aquel premio y cuando Ahlers, uno de mis asistentes, me trajo el papel con la noticia, no dije nada. Cogí el papel, lo metí en un cajón, y continué preparando unos apuntes. Aquel día el Parlamento estaba reunido y... Claro que me conmoví. Pero no lloré en absoluto.

¿No llora usted nunca?

Muy raramente desde que soy adulto. Muy raramente. Tanto si me siento infeliz como desgraciado o conmovido. Como la mayor parte de los nórdicos yo soy un sentimental, o, si lo prefiere, un romántico. Me conmuevo con frecuencia, pero intento siempre ocultarlo. O controlarlo. Y prefiero reír. Especialmente cuando, por la noche, estoy con los amigos y bebemos un vaso de vino. Me gusta contar chistes. Es una de mis debilidades. Los recuerdo todos y a menudo los invento. Lo malo es que, por lo general, me río más yo que el que los escucha.

Todo esto resulta simpático, pero me parece casi imposible que pueda hablar del Nobel con tanta indiferencia. No son muchos los políticos que reciben el Nobel y...

Porque no hay muchos políticos buenos y porque el comité tiene que ir con cuidado para no ofender a nadie. En mi caso eligieron el momento justo, o sea el momento en que ofenderían al menor número de personas. A pesar del Nobel, tengo todavía un montón de amigos. Sí, ya comprendo. Usted quiere saber si el Nobel fue la mayor satisfacción de mi vida. No. Fue una cosa que me animó, pero a la que reaccioné sin dar saltos de alegría. Veo la lista de los que han ganado premios e incluso si pienso que el Nobel es el que se considera más se-

rio, yo... En resumen, darme el Nobel de la paz a mí no fue como dárselo a Karl von Ossietzky. A él se lo dieron cuando estaba en un campo de concentración, y sólo lo sacaron de allí para llevarlo detenido al hospital donde murió. Ossietzky era un símbolo, un mártir. Yo no soy un mártir y no estaba sufriendo en absoluto cuando me dieron el premio.

Tomo al vuelo la palabra sufrimiento, canciller Brandt. Y le pregunto lo que tenía ganas de preguntarle desde el momento en que hemos iniciado la conversación. ¿Le ha hecho sufrir el hecho de ignorar quién es su padre?

No. No me ha hecho sufrir. Si en lugar de «sufrir», utiliza la palabra «marcar», entonces es distinto. Y le respondo que sí. Pero, si me ha marcado, hace de ello tanto tiempo que ya casi lo he olvidado. Empecé muy pronto a construir mi vida solo. No en vano he considerado el nombre que llevo como mi verdadero nombre. Literalmente. Y, además, no es exacto decir que ignoraba quién era mi padre. Le diré una cosa que no he dicho nunca a nadie. A nadie... Yo sabía: quién era mi padre. Conocía su nombre. Pero nunca quise verle. Vivía aún después de la guerra. Pero tampoco entonces quise verle.

¿Por qué? ¿Por rencor? ¿Por respeto a su madre?

No lo sé. No quiero comentar mi actitud. Le explico los hechos y basta.

Comprendo. Y supongo que su madre ha sido muy importante en su vida.

Sí. Cuando era pequeño, cuando era niño, sí. Cuando me preguntan «por qué me hice socialista», respondo: por mi madre. Aunque era jovencísima, y aunque entonces a las mujeres les estuviese prohibido incluso participar en las reuniones políticas, mi madre era una sindicalista activa. Y yo no sólo nací en el socialismo y en el sindicalismo: crecí en él. Con raíces muy fuertes. ¿Me explico? No fue mérito mío. Fue mérito suyo.

Tal vez se ha convertido en Willy Brandt porque no tenía padre y tenía una madre de este estilo.

Esto no lo sé. Nunca he ido al psicoanalista y no puedo contestarle. Sólo puedo decirle que tengo la impresión de que todo esto, subconscientemente, ha tenido su influencia. Sí, debe haberla tenido; pero ignoro hasta qué punto. Por otra parte, si me examino con lucidez, llego

a la conclusión de que mi actitud ante la vida ha estado más influida por las lecturas que por las personas. Aparte de mi madre, se entiende. A la pregunta: «¿Cuál es el escritor, el político, el hombre que ha influido más en usted?», me sería muy difícil darle una respuesta. Me sería hasta imposible. Acabaría por decir: «He leído mucho, he leído tanto...» Ni siquiera sé relacionar el efecto de aquellas lecturas con las circunstancias en que nací y crecí. Pero lo más significativo es que no me importa. No me interesa sacar a flote el subconsciente.

Canciller Brandt, ¿es usted religioso?

¡Hum...!, el modo como interpreto la religión es absolutamente heterodoxo, pero no soy ateo si es esto lo que quiere saber. No, no soy ateo. Simplemente interpreto lo que la gente llama Dios o problemas trascendentales de manera distinta de como lo hacen los que van a la iglesia. Y, habitualmente, no me gusta hablar de ello porque..., porque... Va contra mi naturaleza descubrirme hasta el fondo. No lo conseguiría ni aunque quisiera.

Esto lo he comprendido muy bien, canciller Brandt. Nunca había entrevistado a un hombre tan cerrado como usted, tan reservado como usted. Con usted se puede hablar de todo menos de Willy Brandt.

Recuerde usted que procedo del Báltico, que soy medio marino, que han influido mucho en mí los años de Noruega. Para que me absuelva le contaré un chiste noruego, claro, que parece inventado expresamente para mí. En una montaña sobre un fiordo viven dos campesinos noruegos. Cada uno por su cuenta. Un día, uno de ellos va a visitar al otro. Entra en la casa y no dice nada. Mueve ligeramente la cabeza. El otro tampoco dice nada y ni siquiera mueve la cabeza. Pero lanza una mirada al aparador donde hay una botella de aguardiente. El campesino que ha venido de visita comprende. Se acerca al aparador y coge la botella y dos vasos. Los pone sobre la mesa. Sirve el aguardiente. Beben en silencio, un vaso tras otro, lentamente. Ni un gruñido interrumpe aquella escena muda. Pero, al llegar al último sorbo, el campesino que ha ido de visita, levanta el vaso y murmura: «Skol. Salud». Entonces el otro monta en cólera: «¡Estúpido bastardo! ¿Nos hemos reunido para beber o para decir estupideces?»

No le diré «skol», canciller Brandt. Pero, ¿puedo decirle hasta la vista y gracias?

Bonn, septiembre 1973

Hailé Selassié

Todavía resulta difícil para un italiano escribir desapasionadamente sobre el difunto Hailé Selassié. Porque cuesta olvidar que le agredimos, insultamos y expulsamos de su país con la inútil guerra que Mussolini nos echó a la espalda hace cuarenta y dos años. En 1935 también nosotros teníamos nuestro Vietnam. Se llamaba Etiopía. Quien ve el Vietnam como cosa nueva olvida, o ignora, que para hacer un imperio nosotros caímos sobre un pueblo que no molestaba a nadie y para defenderse tenía un ejército descalzo y armado prácticamente sólo de sables. Olvida, o ignora, que contra este pueblo enviamos las escuadrillas de Balbo y de Ciano, bombardeando pueblos indefensos, hospitales de la Cruz Roja, familias en fuga. Enviamos a las tropas del mariscal Badoglio, lanzando gases asfixiantes, sembrando destrucción y terror. Enviamos a los camisas negras del general Graziani, manchándonos con ejecuciones masivas, con las matanzas más inicuas. My Lai no debe asombrarnos. Nuestro My Lai fue peor. Ocurrió en febrero de 1937, cuando, a consecuencia de un atentado contra Graziani, los camisas negras tuvieron carta blanca en Addis Abeba. Y durante tres días degollaron mujeres, ancianos, niños. Incendiaron casas e iglesias. Fusilaron a sacerdotes, estudiantes, inocentes. Hay quien dice que fueron tres mil, hay quien afirma que fueron treinta mil. Los estragos cesaron sólo cuando el puesto de virrey fue entregado a un civil: Amadeo de Aosta. Pero ni siquiera entonces dejamos de portarnos de modo infame con Hailé Selassié. Le dedicábamos historietas crueles como aquella en la que huía con la sombrilla. Le cantábamos canciones ruines como aquella que dice: «Aquí llega el rey de reyes en calzoncillos de filé». O aquella que decía: «Con la barba del Negus haremos cepillos, con la piel del Negus haremos bolsos». El solo hecho de pensarlo produce malestar.

Más que malestar, es sentido de culpa. Y también vergüenza. Y a tal culpa, a tal vergüenza, los italianos que hoy se acercan al recuerdo de Hailé Selassié reaccionan viendo exclusivamente lo mejor: los méritos del pasado. Sus retratos pecan siempre de excesiva obsequiosidad, de una incondicional y generosa admiración. Hablan siempre de su compostura hierática, de su dignidad real, de su agudísima inteligencia, de su generosidad para con los antiguos enemigos. Nunca explican quién fue en realidad el soberano que nosotros convertimos en víctima. Nunca se atreven a decir que fue algo menos o algo más que una víctima. Por ejemplo, que era un viejo encorsetado en principios abandonados desde hace siglos. Por ejemplo, que era dueño absoluto de un país que no ha oído nunca las palabras derecho y democracia, y que apenas sale de los muros de la ciudad, vive en el límite de la prehistoria: oprimido por el hambre, las enfermedades y la ignorancia. Sometido a un régimen feudal tan rígido como no conocimos ni siquiera en nuestra más sombría Edad Media. Por ejemplo, que era una estatua que no simbolizaba ni mucho menos los sufrimientos que nosotros impusimos a Etio-

pía. Se llegaba ante él, falto de preparación. Se llegaba ante él ignorando verdades que luego te dejaban desconcertada: así me quedé yo la primera vez viéndolo escoltado por sus perritos, dos chihuahuas que siempre llevaba detrás, a la manera de Xavier Cugat. La única diferencia consistía en que los chihuahuas de Xavier Cugat eran castaños, y los suyos uno blanco y otro negro. Blanca la hembra, que se llamaba Lulú; negro el macho, que se llamaba Papillon. ¡Vaya nombres para los perros de un rey! Y qué perros. Cuando llegó con ellos al Gondar creí soñar un relato humorístico.

La primera vez lo vi en el Gondar, una región abandonada de Dios y de los hombres, quemada por el sol, árida. Árboles, hormigas, tucules. Su Majestad había ido al Gondar para inaugurar un puente metálico, y para acercarse a Su Majestad, o mejor dicho, para acercarse a la comida en honor de Su Majestad, los pobres habían acudido a centenares. Con sus andrajos, sus llagas y su tracoma. La comida se había preparado al aire libre alrededor de la tienda imperial. Se habían sacrificado docenas de carneros. El aroma de la comida llenaba el valle como una niebla, como una tortura. Los pobres no pretendían los pedazos selectos, los bistecs que aparecían humeantes sobre el mantel de Su Majestad, las mesas de los sacerdotes coptos que habían acudido con sus sombrillas, sus cruces de oro y plata y sus invocaciones al Dios igualmente justo para todos; y aquellos sacerdotes comían como leones. En cambio, los pobres se contentaban con los desechos. E imploraban desesperadamente, a voz en grito, los restos que los cocineros tiraban. Los intestinos, las cabezas, los huesos con un poco de carne pegada. Pero los cocineros arrojaban los restos a un prado vigilado por soldados con metralleta, y los soldados con metralleta rechazaban a patadas a cualquiera que intentase dar un paso, y los intestinos, las cabezas y los huesos con un poco de carne pegada iban a parar a los buitres y a los perros. Aquel prado era una pelea de perros, un aleteo de buitres que, felices, se lanzaban en picado y remontaban el vuelo con el pico lleno, mientras los pobres se lamentaban: «¡Uh! ¡Uh! ¡Uh!» Se lamentaron durante tres horas. Luego Su Majestad subió al jeep para regresar a Addis Abeba, y en el jeep había una caja de dólares nuevos: billetes de un dólar etíope, que vale unas veintidós pesetas. Su Majestad se puso a repartir dólares de veintidós pesetas. El jeep avanzaba a paso humano, los pobres corrían a lo largo de la calle flanqueada también por soldados con metralleta, y Su Majestad entregaba el dólar al pobre que los soldados impedían que avanzara, eligiéndolo al azar entre la multitud. Una multitud que se apretujaba, movido cada uno por la esperanza de colocarse al lado de un soldado e implorarle: «¡Yo! ¡Yo!» Mujeres encinta y niños rodaban por los suelos donde los más fuertes se subían encima de ellos y los pisoteaban sin piedad. Su Majestad se daba cuenta de todo, desde luego, pero no abandonaba ni un momento su hierática compostura, la dignidad real sobre la que tanto se ha leído. Sonreía imperceptiblemente, a la vista de aquellos que aferraban el dólar y corrían por la colina en busca de atajos que les llevasen nuevamente al cortejo y al jeep, para agarrarse de nuevo a un soldado, para volver a ser elegido, para extender otra vez la mano a la humillación. Al más veloz, que le daba las gracias con el saludo fascista, Su Majestad le respondió con ademán bendicente, hierático.

Se llegaba a Su Majestad con esa visión en los ojos. Se llegaba en audiencia oficial al palacio que fue del rey Menelik y de la reina Taitú, pasando entre los mendigos tumbados sobre la hierba, los guardias brutales que te trataban a empujones y entre los leones que rugían sombríos. Había dos de ellos en una jaula y otro suelto, sujeto sólo por una cadenita. El palacio se llamaba Viejo Ghebi y era una construcción de estilo colonial en el centro de Addis Abeba, rodeada de jardines y de altos muros. Se subía la escalinata meditando sobre la comicidad que a veces acompaña al dolor: la audiencia me había sido anunciada nueve días antes junto con una serie de advertencias bastante cómicas. Sobre todo, nada de pantalones. Su Majestad era un caballero a la antigua, no soportaba a las mujeres vestidas de hombre. Y atención: tampoco soportaba los vestidos cortos, escotados, sin mangas. Ninguna pregunta comprometedora o improvisada; por ejemplo, sobre Eritrea. Nada de conversación directa: Su Majestad hablaría en amárico y su secretario privado traduciría. En cuanto al cuestionario, había que entregarlo por anticipado y someterlo al examen de los consejeros. Me enfurecí. Sólo había aceptado dos de los cuatro puntos: el de los pantalones y el de Eritrea. Pero mi dureza había sido castigada con noticias desastrosas sobre los dos chihuahuas. Sí, Lulú y Papillon estarían presentes en la conversación y ¿sabía por qué? Porque Su Majestad los usaba como radar. Ellos le detectaban bombas, traiciones, enemigos, peligros materiales y morales, la gente que debía ser apartada y la gente en quien se podía confiar. El año anterior le habían colocado un ingenio de relojería en el avión en el que debía viajar. Cuando los perros subieron a bordo se pusieron a ladrar histéricamente y el rey comprendió que debía escapar.

Después de la escalinata venía una antesala, luego un saloncito de estilo chino, luego otra antesala, y de ahí se pasaba al salón de Su Majestad: amplio, rojo, lleno de estucos, de tapices, de alfombras, de sillones rococó. Pasado el umbral había que hacer una reverencia, un poco más adelante una segunda reverencia y luego una tercera reverencia. Agotadas las reverencias, se alzaba la cabeza y, de pie ante un trono decorado con un tejido claro con flores rosas y azules, estaba Hailé Selassié, emperador de Etiopía, León de Judá, Elegido de Dios, Poder de la Trinidad, Rey de Reyes. Sí, él en persona. Aquel anciano, pequeñísimo, antiquísimo. ¿Cuántos años debía de tener? ¿Sólo ochenta como decían las biografías? Yo hubiera dicho que noventa, o cien. Un rostro enjuto, sin carne, salpicado de manchas pardas, de madera. Parecía el rostro de los faraones del museo de El Cairo, que duermen un sueño de milenios y milenios. Más que un rostro, era una nariz y dos ojos. Una cabeza de pájaro. La nariz era dura, larga, como un pico de águila: no terminaba nunca. Los ojos eran redondos, atónitos, velados por una cortina acuosa: hinchados de olvido. Cejas, bigote, barbas, cabellos, lo cubrían todo como plumas. Bajo aquella cabeza de pájaro con rostro de faraón, se adivinaba un cuerpo frágil como el cuerpo de un niño disfrazado de viejo. Sólo el tórax era un poco ancho porque Su Majestad llevaba bajo la chaqueta un chaleco antibalas; todo el mundo lo sabía. Debía de ser un chaleco muy pesado porque Su Majestad se sostenía con dificultad sobre unos pies que tal vez, respecto al cuerpo, resultaban desproporcionados. Le observaba a uno cansadamente, tendía la mano y le estre-

chaba a uno la suya. Se hubiera dicho que bastaba un soplo para derribarlo, para romperlo en pedazos. Visto de cerca, no intimidaba. Casi inspiraba ternura. Por un instante, hubiera querido ceñirle los hombros, ayudarle, decirle: «Por favor, Majestad, no esté de pie por mí: siéntese. No lleve ese artefacto encima, le impide respirar. Qúteselo, por favor. Despacio, cuidado, muy bien. En seguida le traigo un almohadón y le sirvo un caldito. ¿Necesita algo más, Majestad?»

Pero en lugar de esto, sucede otra cosa. Sucede que irrumpen, petulantes y molestos como dos mosquitos, los malditos chihuahuas. Y salen al encuentro para husmear si soy amigo o enemigo, pero a medio camino frenan, de golpe, como si entre ellos y yo hubiera un terreno minado. Y se quedan así, parados, mirándose en un silencio colmado de incertidumbre. Su Majestad los miró, me miró, se endureció. Sentado ahora en el trono en el que se había encajado con movimientos cautos y lentísimos, recobró toda su autoridad despiadada de Gondar. Fuera la fragilidad, fuera la ternura, de repente quedó claro que no haría nada para mostrarse cordial y contestarme. Él era el Rey de Reyes, y yo sólo alguien que no era del gusto de sus perros. «Parlez!», dijo con voz ronca y baja. A pesar de las protestas del secretario, preparé el magnetófono y pedí a Su Majestad que me respondiera en francés: no me fiaba de las traducciones. El secretario temblaba indignado. Su Majestad lo hizo callar sin mirarlo, con un ademán de su índice. Y... ¡cielos! Yo quería empezar con una frase amable, lo juro. Por ejemplo, con una frase que se refiriera a ese sentido nacional de culpabilidad. Pero ante mis ojos reapareció vivísima, punzante, desesperada, la escena de Gondar: aquellos pobres cubiertos de andrajos, atormentados, con las manos tendidas hacia las tripas devoradas por los perros, por los buitres, mientras los soldados de las metralletas los apartaban a puntapiés; aquella multitud que corría, se atropellaba, se mataba para recoger un dólar de veintidós pesetas, un dólar del rey. Y surgió mi primera pregunta, intolerante, insolente. La conversación duró más de una hora. Su Majestad respondía fatigosamente, con pausas interminables, jadeando. A menudo, no comprendía lo que le preguntaba evitando alusiones directas. Tal vez porque no hablaba el francés tan bien como decía, tal vez porque su envejecido cerebro ya no seguía los conceptos. Y me tocaba repetir, soportar su cólera que a veces resultaba ofensiva: «Étudiez! Étudiez!» ¿Qué tenía que estudiar? ¿La buena crianza, la hipocresía, las mil cosas que los reyes no saben? Ante la última pregunta, se asustó. Era una pregunta sobre la muerte. No le gustaba la palabra muerte. Tenía demasiado miedo de morir, él, que con tanta facilidad mandaba a otros a la muerte. Así que se enfadó y me echó de mala manera.

Pero se enfadó mucho más cuando la entrevista fue publicada. Para explicar mejor lo que él me había dicho, me pareció oportuno intercalar sus respuestas con notas y observaciones. Y, claro está, tales notas, tales observaciones, no podían halagarle. Su ira explotó violentamente y de ella florecieron amenazas, protestas oficiales y oficiosas, pastiches diplomáticos que comprometieron al embajador etíope en Roma y desgraciadamente al embajador italiano en Addis Abeba. Y no cito las protestas de los italianos que vivían en Etiopía y que tenían, por mi culpa, una real venganza. La

mayor parte de los italianos que viven en Etiopía hablan con nostalgia de Mussolini y no sintieron por mí demasiada simpatía. Sus quejas tuvieron muy poco de amistosas. Prefiero referirme a las cartas de quienes me informaron, afectuosamente, de que haría bien en no volver a poner los pies en Etiopía hasta que Su Majestad hubiera pasado a mejor vida. «Se lo ruego, siga mi consejo.»

Ya conocía el consejo. Me lo habían dado, desde Haití, después de mi entrevista con Papá Doc: «Se lo ruego, manténgase alejada de Port au Prince. Si vuelve, se juega la piel». La característica más irritante de los tiranos es que carecen de fantasía, y es eso lo que trata, en el fondo, de demostrar la entrevista que sigue. Porque ahora Haile Selassié no es más que un pequeño esqueleto sepulto quién sabe dónde. La verdad es que sus generales le organizaron, por último, un buen golpe de Estado. Y murió prisionero todavía. De vejez.

ORIANA FALLACI.— Hay una cuestión, Majestad, que me preocupa desde que vi a aquellos pobres correr detrás de usted por un dólar de veintidós pesetas. Majestad, ¿qué siente cuando reparte limosna a la gente? ¿Qué siente ante tanta miseria?

HAILÉ SELASSIÉ.— Siempre ha habido pobres y ricos y siempre los habrá. ¿Por qué? Porque hay quien trabaja y hay quien no trabaja, quien tiene afán de ganar algo y quien no tiene ganas de hacer nada. El que trabaja, el que tiene ganas de trabajar, no es pobre. Es cierto que Dios Nuestro Señor nos pone iguales en el mundo, pero también es cierto que cuando se nace no se es rico ni pobre. Se está desnudo. Es luego cuando uno se vuelve rico o pobre según sus méritos. Sí, también Nos sabemos que distribuir dinero no sirve de nada. ¿Por qué? Porque para resolver la miseria hay un solo camino: trabajar.

Majestad, quisiera estar segura de haber comprendido bien. ¿Quiere decir, Majestad, que el que es pobre merece serlo?

Nos hemos dicho que es pobre aquel que no trabaja porque no quiere. Hemos dicho que la riqueza hay que ganarla con esfuerzo. Hemos dicho que el que no trabaja no come. Y ahora añadimos que la capacidad de ganar depende del individuo: cada individuo es responsable de sus desgracias, de su destino. No es justo esperar que la ayuda caiga del cielo, como un regalo: la riqueza hay que merecerla. El trabajo es uno de los mandamientos de Nuestro Señor Creador. La limosna, vous savez...

Entre las limosnas que el emperador hacía a sus súbditos estaba también la del pan. Cada sábado, cuando el emperador iba a

una de sus villas campestres o al lago, llenaba su automóvil de hogazas y las iba lanzando por la ventanilla. Pero no siempre el pan iba a parar a manos de sus súbditos. Los perros y los carneros conocían el rito, de manera que cuando aparecía el automóvil, corrían a disputarse el puesto con los niños y con los hombres: y, generalmente, ganaban. El pan, en Etiopía, es una comida de ricos. El plato nacional, en Etiopía, es la *ingera*: una tripa de pasta gris, blanda. Se come empapada con *berberé*, que es una salsa asesina compuesta de pimentón, picantes y cebollas trituradas. El *berberé* mata el gusanillo del hambre, la *ingera* llena el estómago. La carne se come sólo dos o tres veces al año y cruda. El motivo es que Etiopía es el país de renta per cápita más baja del mundo. El salario de un *zabagna*, un guardia en la ciudad, es de quince dólares al mes. El proletariado, en realidad, no existe. La mayor parte de la población se dedica al pastoreo. En épocas de Hailé Selassié la tierra pertenecía en su totalidad a la Iglesia y a él, que administraba sus dominios a su antojo. Por ejemplo, para hacer regalos a sus protegidos o a sus cortesanos. Una estadística sueca publicada por el «Dagens Niether» en los años setenta, y sustancialmente válida todavía, sostiene que el noventa y cinco por ciento de los etíopes son analfabetos, y que el cinco por ciento restante sabe leer pero no siempre escribir. Afirma también que el cuarenta por ciento padece sífilis, el cincuenta tracoma y el treinta lepra.)

Majestad, ¿qué piensa de la nueva generación presa del descontento? Me refiero a los estudiantes que se agitan en la Universidad, especialmente en Addis Abeba y...

La juventud es la juventud. No se pueden combatir las actitudes inherentes a la juventud. Por otra parte, no representan nada nuevo: en el mundo nunca sucede nada nuevo. Examine el pasado. Se dará cuenta de que la desobediencia de los jóvenes viene de antiguo. Los jóvenes no saben lo que quieren. No pueden saberlo porque les falta experiencia, les falta sabiduría. Para mostrar a los jóvenes el camino recto y castigarles cuando se rebelan a la autoridad, está el jefe del Estado, estamos Nos. Pero no todos los jóvenes son malos y sólo los culpables irreductibles son castigados sin piedad. Los otros son doblegados e inducidos a servir a su país. Así pensamos Nos y así debe ser.

¿Hay que castigarles incluso con la pena de muerte, Majestad?

Hay que examinar bien la cuestión. Y en ocasiones se descubre que la pena de muerte es justa y merecida. Por ejemplo, para los desobedientes. ¿Por qué? Porque va en interés de todo el pueblo. Nos hemos abolido muchas cosas. Por ejemplo, la esclavitud. Pero la pena de muerte, no, no podemos abolirla. Sería como renunciar a castigar a quien osa discutir la autoridad. Así pensamos Nos y así debe ser.

(La autoridad del emperador era indiscutible e indiscutida; el pueblo lo veneraba como un dios y aceptaba sin discutir cualquier decisión suya. Pero la exigua minoría de jóvenes que acudían a la escuela, sobre todo en Addis Abeba, no pensaba así. Y difundían escritos contestatarios, hablaban de una simiente en trance de germinar. «La semilla de una planta llamada libertad.» En respuesta a tales protestas, por otra parte confusas y esporádicas, se produjeron redadas de la policía y los estudiantes desaparecieron. La universidad de Addis Abeba tenía normalmente más de tres mil alumnos. Sin embargo, durante ciertos semestres no había más que algunos centenares. ¿Dónde habrían ido a parar los demás? Nadie lo sabía. Alguien se lo preguntó al ministro de Educación, que no contestó. La única esperanza era que hubiesen sido confinados en «comunidades agrícolas», es decir, los acostumbrados campos de concentración, o en minas de oro, como la mina de oro del emperador, en las que trabajan sólo detenidos. No había pruebas.)

Majestad, quisiera que me hablase un poco de sí mismo. Dígame, ¿alguna vez fue usted un joven desobediente? Pero tal vez debiera preguntarle si ha tenido tiempo de ser joven, Majestad.

Nos no comprendemos la pregunta. ¿Qué me pregunta? Por supuesto Nos hemos sido joven: ¡no hemos nacido viejo! Hemos sido niño y luego adolescente y luego joven y luego adulto y luego viejo. Como todos. Nuestro Señor Creador nos hizo a Nos como a todos. Tal vez lo que usted quiere saber es qué tipo de joven era Nos. Bien: era un joven muy serio, estudioso y obediente. Alguna vez fuimos castigados, pero ¿sabe usted por qué? Porque a Nos no le bastaba lo que a Nos le hacían estudiar y Nos queríamos estudiar más. Nos queríamos quedarnos en la escuela después de terminadas las clases. A Nos disgustaba divertirnos, montar a caballo, jugar. No queríamos perder el tiempo en juegos.

Majestad, tal vez no he sabido explicarme...

Ça suffit, ça suffit! ¡Basta, basta!

(En realidad Hailé Selassié nació viejo. A los siete años, alentado por su ambicioso e inteligentísimo padre, el ras Makonnen, primo del rey Menelik, leía y escribía correctamente el amárico. A los nueve años se sabía de memoria buena parte de la literatura francesa. A los trece años recibió de Menelik el título de gran cherif, y a los catorce fue nombrado gobernador de la provincia de Sodalli. En este año murió su padre y Menelik lo llamó a la corte para que aprendiese el arte de la política, aunque la reina Taitú lo encontrase odioso y se opusiera a su sucesión. Estuvo en la corte dos años. Luego fue nombrado gobernador del Sidamo y, a los dieciséis años, ya ejercía la autoridad judicial, pronunciaba sentencias de condena a muerte o de penas corporales y dirigía las expediciones punitivas, jefe absoluto de un millón de personas que besaban la tierra a su paso. Tafari Makonnen, que éste es su verdadero nombre, nunca tuvo ni tiempo ni manera de vivir la edad en que se descubre lo justo y lo injusto. Educado en los complots, en las intrigas, en la crueldad, aprendió a sobrevivir a través del cinismo, y toda su vida se concentró en el esfuerzo de conquistar el poder y luego mantenerlo. Lo consiguió sin pararse en escrúpulos, recurriendo a menudo a sistemas que hubieran hecho palidecer a los Borgia y a Maquiavelo juntos: el modo como eliminó al verdadero heredero del trono Lij Yasu, por ejemplo. El modo como neutralizó a la reina Zauditu, el modo como lanzó unos contra otros a los ras adversarios. Despiadado, obstinado, clarividente, subió por fin al trono en 1930, después de haber sido regente y luego de haber sacrificado a aquel sueño hasta la capacidad de sonreír. Nunca sonreía. Y nadie le vio reír jamás.)

Majestad, usted es el monarca que ha reinado más tiempo de todos los que están ahora en el trono. Y, en una época que ha visto la ruinoso caída de tantos reyes, usted es el único monarca absoluto. Entonces, mi pregunta es: ¿Alguna vez, Majestad, se ha sentido solo en un mundo tan distinto del mundo en que creció?

Nos creemos que el mundo no ha cambiado en absoluto. Nos creemos que esos cambios no han cambiado nada. Ni siquiera vemos la diferencia entre república y monarquía: Nos vemos dos sistemas sustan-

cialmente iguales de gobernar un pueblo. A ver, dígame, ¿cuál es la diferencia entre república y monarquía?

Realmente, Majestad... Bueno, a Nos..., quiero decir... a mí me parece comprender que en las repúblicas donde existe la democracia el jefe es elegido. En cambio, en las monarquías no.

No vemos la diferencia.

No importa, Majestad. ¿Qué piensa de la democracia?

Democracia, república, ¿qué quieren decir estas palabras? ¿Qué han cambiado en el mundo? ¿Acaso los hombres son mejores, más leales, más buenos? ¿Acaso el pueblo es más feliz? Todo continúa como antes, como siempre. Ilusiones, ilusiones. Y, además, hay que mirar por los intereses de un pueblo antes de subvertirlo con palabras. A veces la democracia es necesaria. Pero a veces es un perjuicio, un error.

(En Etiopía se ignoraba incluso lo que pudieran ser las elecciones, lo que era el voto. Si alguien hubiese explicado a un pastor del Gondar que tenía derecho a manifestar su opinión y a expresarla con una cosa que se llama voto, se lo hubiera tomado a broma y no lo hubiera creído. Naturalmente, no existían partidos políticos. Ni siquiera clandestinos. La policía secreta estaba organizadísima. Los teléfonos estaban controlados y hasta los extranjeros tenían miedo de expresar un punto de vista que no coincidiese con el del emperador. Por una nadería, uno se podía ver acusado de un delito de lesa majestad y acabar en la cárcel o ahorcado. Lo cierto era que el emperador no creía en una Etiopía inserta en un clima de libertad y de democracia. Y que no tenía a su pueblo en mucha estima. A las personas de su confianza les repetía siempre con desprecio: «Vous savez, ces gens...». Y citaba el ejemplo del Congo: «Ved lo que sucede cuando se da la libertad a cierta gente».)

Majestad, ¿intenta acaso decir que ciertos pueblos como el suyo no están preparados para la democracia y por tanto no la merecen? ¿Intenta decir que la libertad de prensa sería inadmisibile aquí?

Libertad, libertad... El emperador Menelik y también Nuestro padre, hombres iluminados, examinaron esta palabra y siguieron de cerca estos problemas. Se los plantearon e hicieron muchas concesiones al pueblo. Nos, más tarde, hicimos otras. Ya hemos recordado que

fuimos Nos quienes abolimos la esclavitud. Pero, repetimos, que algunas cosas son buenas para el pueblo y otras no. Es necesario conocer a Nuestro pueblo para darse cuenta de ello. Es necesario proceder lenta, prudentemente, ser como un padre muy cauteloso respecto a sus propios hijos. Nuestra realidad no es la de ustedes. Y Nuestras desgracias son infinitas.

(Al principio de su reinado, Hailé Selassié introdujo la radio en Etiopía. Más tarde, los periódicos y la televisión. A pesar de esto, en Addis Abeba no se sabía nada de lo que sucedía en el resto del mundo. Tanto la radio como los periódicos y la televisión servían sólo como instrumentos de la propaganda real. Cada noche el noticiario de la televisión empezaba con una noticia sobre el emperador, que había inaugurado un puente o descubierto una lápida o participado en una feria benéfica o se había reunido con un embajador. Invariablemente, las dos primeras palabras eran: «Su Majestad...» Los periódicos eran, sustancialmente, boletines de palacio. Incluso el «Ethiopian Herald», en inglés, empezaba como el noticiario de la televisión. Hasta el estallido de una guerra, la llegada del primer hombre a la luna, las catástrofes locales, pasaban a segundo plano ante una ceremonia del emperador, o venían consignadas en pocas líneas. El día en que el avión de la East African se estrelló en la pista y murieron cincuenta personas, la prensa dedicó todo su espacio a una visita campestre de Su Majestad. Los etiopes estaban tan bombardeados por el mito de Su Majestad que, cuando oían en la radio un anuncio de Coca-Cola, creían escuchar su voz.)

Majestad, ¿alguna vez ha lamentado su destino de rey? ¿Ha deseado alguna vez vivir como un hombre normal?

No comprendemos su pregunta. Ni en los momentos más duros, más dolorosos, Nos hemos lamentado o maldecido Nuestro destino. Nunca. ¿Por qué hubiéramos tenido que hacerlo? Hemos nacido de sangre real, el mando nos espera. Y, puesto que nos espera, puesto que Nuestro Señor Creador ha pensado que podríamos servir al pueblo como un padre sirve a su hijo, ser monarca es para Nos un gran placer. Hemos nacido para esto, y para esto hemos vivido siempre.

Majestad, estoy intentando comprenderle como hombre y no como rey. Por tanto, insisto y le pregunto si este oficio le pesa alguna vez; por ejemplo, cuando debe ejercerlo a la fuerza.

Un rey no debe jamás lamentar el uso de la fuerza. Hay necesidades malas, pero son necesidades, y un rey no debe detenerse frente a ninguna necesidad. Ni siquiera cuando ésta le disgusta. Nos no hemos tenido nunca miedo de ser duros; el rey sabe lo que es conveniente para el pueblo y el pueblo no lo sabe. Para castigar, por ejemplo, Nos debemos aplicar únicamente el juicio de Nuestra conciencia. Y nunca sufrimos cuando castigamos porque creemos en ese castigo y tenemos absoluta confianza en Nuestro juicio. Así debe ser y así es.

(Los castigos del emperador excluían a los miembros de la familia real. Éstos no podían ser condenados ni a muerte ni a castigos corporales. Para los demás las penas iban desde los trabajos forzados a la horca. Desaparecido el castigo de cortar las manos o los pies, utilizado con frecuencia hacía algunos años, se mantenía, sin embargo, la costumbre de emparedar vivos a los traidores en su propia casa. Pero en los últimos años el emperador se había dulcificado un poco y el año anterior había ordenado liberar a un ras a quien había hecho emparedar vivo en 1954. Después de dieciocho años de oscuridad y de silencio el ras no había muerto, pero estaba gravemente enfermo. Hailé Selassié lo mandó a un hospital para que se recuperara y, en señal de perdón, le regaló un automóvil. Para hacer menos dolorosas las ejecuciones, el emperador quiso introducir en Etiopía la silla eléctrica y confió el asunto a un italiano que, efectivamente, la construyó. Pero la silla funcionó mal, y el condenado se quemó, y nada más, de manera que el emperador decidió volver a los antiguos sistemas. Otro sistema por el que sentía predilección era el de la humillación pública. Sucedía, por ejemplo, que un cortesano cometiese un error o se mostrara indigno de la confianza en él depositada. En tal caso, Su Majestad actuaba de la siguiente manera: le obligaba a presentarse cada mañana ante él, de rodillas, y fingía no verlo. Durante meses, a veces durante años. Y el perdón llegaba cuando el emperador se detenía ante él y le decía: «Nos sorprende verte aquí, hijo. ¿Qué podemos hacer por ti?».)

Majestad, usted habla siempre de castigos. Pero ¿es cierto que usted es tan religioso y tan devoto de las enseñanzas cristianas?

Nos hemos sido siempre muy religioso, desde niño, desde el día en que Nuestro padre, el ras Makonnen, nos enseñó los mandamientos

de Nuestro Señor Creador. Nos rezamos mucho, y vamos a la iglesia lo más a menudo posible; cada mañana si se puede. Nos nos acercamos a los sacramentos cada domingo, con regularidad. Pero por la religión no entendemos sólo la Nuestra, y hemos concedido al pueblo la libertad de observar la religión que le plazca. Creemos en la unidad de las Iglesias, y por esto durante Nuestro viaje a Italia estuvimos tan interesados en reunirnos con Pablo VI. Nos gusta mucho, nos parece un hombre de gran capacidad, sobre todo en sus intenciones de trabajar por la unidad de las Iglesias, y nos demostró mucha amistad.

(El encuentro con el Papa era, desde hacía decenios, el sueño de Hailé Selassié. Pero el Papa a quien quería conocer no era Pablo VI, sino Juan XXIII. Repetía: «Tenemos que vernos nosotros dos antes de que uno de los dos muera». La muerte del Papa Juan le entristeció tanto que durante algún tiempo no volvió a hablar de pontífices. Se interesó de nuevo por el tema años más tarde, y la opinión general es que su viaje a Italia tuvo motivos místicos más que políticos. La mayor parte de su misticismo se lo debía Hailé Selassié a su mujer, la emperatriz Menen, beata hasta la médula, muerta en 1965. Menen era la cuña del clero copto en la Corona, y el emperador era devotísimo de ella. Nunca dejó de amarla y de escucharla desde el día en que se la quitó a su primer marido. Otra de las razones por las que el emperador se mostraba tan religioso era porque tal imagen contribuía a su prestigio. Más de una vez, forzando la imagen, esperó que le concedieran el premio Nobel de la Paz y estuvo a punto de conseguirlo. Lo perdió a consecuencia de las represiones en Eritrea.)

Majestad, durante su viaje a Italia, los italianos hicieron todo lo posible para demostrarle lo que les disgustaba haberle hecho la guerra. Con la entusiasta acogida que le dispensaron le dijeron que la de 1935 había sido la guerra de Mussolini. ¿Está usted convencido de ello ahora?

Si es posible una diferencia entre italianos y fascistas, no corresponde a Nos decirlo. Corresponde a la conciencia de ustedes. Cuando un pueblo entero acepta y mantiene en pie a un gobierno, quiere decir que ese pueblo reconoce a ese gobierno. Pero Nos queremos aclarar que siempre hemos separado, en Nuestro juicio, la guerra de Mussolini y el gobierno de Mussolini. Eran dos cosas distintas. Y, al mismo tiempo, no nos creemos en condiciones de juzgar al gobierno de

Mussolini por la guerra con la que agredió a Etiopía. Es el propio gobierno el que juzga cómo ser útil a su pueblo y, evidentemente, el gobierno de Mussolini nos agredió pensando ser útil, con esa guerra, al pueblo italiano.

Majestad, tal vez no lo he comprendido bien. ¿Puedo preguntarle cómo juzga, en la actualidad, a Mussolini?

Nos no le juzgamos. Ahora está muerto y no sirve para nada juzgar a los muertos. La muerte lo cambia todo, lo anula todo. Incluso los errores. A Nos no nos gusta hablar de odio o de desprecio respecto a un hombre que ya no puede respondernos. Y lo mismo digo respecto a todos los demás que invadieron Nuestro país: Graziani, Badoglio. Todos han muerto. Silencio. Nos conocimos a Mussolini en 1924, cuando aún no éramos emperador y nos trasladamos a Italia en visita oficial. Nos recibió muy bien, como un verdadero amigo. Estuvo muy amable, nos gustó. Hablamos abiertamente con él del pasado y el porvenir. Nos inspiró confianza. Después de la conversación se desvanecieron todas Nuestras dudas. Luego él faltó a su palabra. Y esto no lo comprenderemos nunca. Pero ahora ya no tiene importancia.

(Nadie consiguió nunca que Hailé Selassié dijese una sola palabra contra Mussolini. Lo máximo que se podía sacar de él, cuando se tocaba el tema, es que mostrase el estupor de haber sido traicionado. Es opinión general que Hailé Selassié fue el último verdadero admirador de Mussolini y que, antes de 1935, había sentido una secreta admiración por él. Una admiración decepcionada, pero no borrada, por la guerra fascista. En la entrevista de 1924 Hailé Selassié, político inteligente y hombre de fino olfato, comprendió que podía andar de acuerdo con Mussolini. Fue Mussolini quien nunca se dio cuenta de que hubiera podido marchar de acuerdo con Hailé Selassié. En el fondo se trataba de dos autócratas que gobernaban con los mismos principios: puño de hierro y ninguna libertad. Lo que para nosotros son defectos para Hailé Selassié eran virtudes. En 1941, cuando regresó a Addis Abeba, el emperador supo que los fascios litorios pasaban en desbandada por cierto puente. En seguida ordenó que no les molestasen. «¿Por qué tendríamos que hacerlo?» Por lo demás, todos los italianos que en Etiopía tenían relación con el emperador eran incurable y oscuramente fascistas.)

Entonces, Majestad, ¿cómo ve usted aquellos desgraciados años? ¿Cómo ve la guerra que le hicimos?

Nos miramos estos años con reacciones diferentes, en contraste. Por una parte no es posible olvidar lo que los italianos nos hicieron; sufrimos mucho por culpa de ustedes. Por otra parte, ¿qué podemos decir? A muchos les sucede que hacen una guerra injusta y la ganan. Apenas regresamos, en 1941, a Nuestro país, Nos dijimos: tenemos que ser amigos de los italianos. Y hoy lo somos de verdad. Ustedes han cambiado en muchas cosas y nosotros hemos cambiado en muchas otras. Y... digámoslo así: la historia no olvida y los hombres, en cambio, pueden olvidar. Incluso pueden perdonar, si tienen un espíritu benévolo. Y Nos intentamos serlo. Sí, hemos perdonado. Pero no olvidado. No hemos olvidado. Lo recordamos todo, ¡todo!

¿También el discurso que hizo ante la Sociedad de Naciones, Majestad? ¿También el día en que huyó?

Oh, sí. Recordamos muy bien el discurso, la víspera de aquel discurso, los periodistas fascistas que nos insultaban, las palabras que Nos pronunciamos invocando justicia. «Hoy nos sucede a nosotros, mañana os sucederá a vosotros.» Y así sucedió... Y recordamos el día en que partimos hacia el exilio porque aquél fue el día más doloroso de Nuestra vida. Tal vez también el más incomprendido. Y exigió mucho valor; a veces las cosas que aparentemente no requieren coraje, exigen mucho valor. El hecho es que no nos quedaba nada más que la esperanza de volver al frente de Nuestro pueblo. Pero era una esperanza grande y, mientras viajábamos, se convirtió en certeza absoluta. ¡Nos no lo hubiésemos hecho si hubiésemos pensado que tendríamos que quedarnos para siempre en Europa! Nos habíamos comprendido cómo marcharían las cosas y nadie nos vio nunca desesperado en aquellos años.

(El 2 de mayo de 1936, tres días antes de que Graziani entrase en Addis Abeba, Hailé Selassié escapó en un tren especial que lo llevó a Djibuti y desde allí, en un acorazado británico, pasó al otro lado del mar Rojo. Viajaba con su mujer, los tres hijos, las dos hijas, cortesanos y dos perritos chihuahuas, bisabuelos de Lulú y de Papillon, el tesoro de la Corona y un prisionero: el ras Hailú. La huida fue penosa, humillante. Llegado a Jerusalén, el emperador se enteró de que las tropas etíopes, abandonadas a sí mismas, habían saqueado el palacio, matado a los leones

de la realeza, destruido y robado los negocios de los blancos y asesinado a los europeos. Criticado por los errores estratégicos cometidos durante la guerra y por no haber permanecido junto a los que organizaban la guerrilla, vio vacilar el prestigio que tanto le importaba. En Haifa, otro acorazado británico lo embarcó con su séquito para conducirlo a Inglaterra, pero lo desembarcó en Gibraltar con una excusa y le obligó a continuar la ruta en un barco de línea. Eran órdenes del gobierno inglés que en realidad apoyaba a Mussolini y no quería a Hailé Selassié como invitado oficial. Pero el discurso que hizo dos meses después en Ginebra, ante la Sociedad de Naciones, sería el momento más hermoso y más noble de su vida. Además, era una toma de posición que preveía el futuro y, hoy, válida para otros países: «Yo, Hailé Selassié Primero, emperador de Etiopía, estoy aquí para exigir justicia para mi pueblo y la ayuda que le fue prometida hace ocho meses por cincuenta y dos naciones que afirmaron que se había perpetrado un acto de agresión. Yo, Hailé Selassié Primero, estoy aquí para reivindicar los derechos de las pequeñas naciones agredidas con la complicidad de las grandes naciones...».)

Majestad, usted insiste siempre en la amistad con los italianos y, en realidad, fue muy indulgente con ellos cuando regresó a Addis Abeba. ¿Puedo preguntarle si los italianos han hecho algo de bueno en Etiopía?

Desde luego. ¿Por qué no? Hicieron mal, sobre todo al principio, pero también han hecho bien. Sobre todo después. Como siempre en la vida, nada tiene siempre un color concreto. Digamos que los italianos han atormentado bastante a Nuestro país, pero han hecho también cosas buenas. Nada de nuevo, nada milagroso, nada que Nos no hubiéramos ya empezado: hay que precisarlo. Y, además, hay que aclarar que, si no hubiesen hecho nada positivo, habrían tenido contra ellos a toda la población, y tenían que mantenerla de su parte. Bien..., digamos que sí, en cierto sentido, interrumpieron lo que Nos habíamos empezado, en otro sentido lo continuaron. Y hoy nos sentimos muy felices de haber protegido a los italianos a Nuestro regreso.

(A su regreso, Hailé Selassié ordenó que no se tocara un cabello a los italianos y la orden fue seguida tan al pie de la letra que, se dice, en Addis Abeba no había burdel donde no estuviesen escondidos, por lo menos, dos o tres italianos. Él mismo, contra el

parecer de los ingleses, que querían capturarlos, ocultó a cincuenta de ellos en su palacio, y otros tantos fueron hospedados por su segundogénito, el duque de Harrar, en el palacio de Harrar. El gesto fue interpretado, y todavía lo es, como una prueba de magnanimidad evangélica. Pero se trató de una hábil manobra política, de un astuto cálculo. En Etiopía, los italianos habían cometido innumerables infamias, pero también habían construido carreteras, puentes, diques, hospitales, y habían importado una clase indispensable para el desarrollo de un país atrasado: la pequeña burguesía. Si los italianos hubieran sido muertos o capturados y expulsados, ¿quién habría dirigido los negocios, las oficinas postales, las pequeñas industrias? Y no sólo esto, sino que, en aquellos cuatro años y medio, los italianos no se habían mostrado en absoluto racistas: habían vivido con mujeres etíopes, la mayoría se habían casado con ellas y habían tenido hijos reconocidos. Estaba creciendo una generación de mulatos a la que no había que sacrificar. La consecuencia de aquel gesto imperial es que hoy, en Etiopía, viven quince mil italianos que eran más devotos de Hailé Selassié de lo que lo fueran sus propios súbditos. Completamente insertos en su sistema y en su régimen, aunque considerando que ignoran la Italia de hoy, no era raro verlos correr hacia el automóvil del emperador y caer de rodillas para hacerle alguna petición. Los hay también ricos como Barottolo (fábricas de algodón), la viuda Melotti (industria de la cerveza), Montanari (fábricas de calzado), Bini (concesiones territoriales). Y éstos, para Hailé Selassié, eran amigos indispensables.)

Majestad, en estos treinta y un años de recobrada independencia, Etiopía no ha estado precisamente tranquila. Ha habido varias rebeliones y algunos golpes de Estado. Uno, de enormes proporciones, hace doce años. En él se encontraba implicado el propio príncipe heredero. ¿Qué tiene que decirme sobre esto, Majestad?

Que Nos no nos preocupamos de esto o que no nos preocupamos más de lo necesario. Estas cosas suceden en la vida de cualquier país. Siempre hay algo que se mueve, que fermenta. Y en todas partes hay personas ambiciosas. Personas malas. Basta hacerles frente con coraje y decisión. No hay que dudar, no hay que ser débil o dejarse llevar por pensamientos contradictorios, no hay que dejarse abatir. Nos no

nos hemos dejado abatir jamás. A la fuerza hay que responder con la fuerza, y es así como actuamos en las referidas ocasiones. Cierto que el asunto nos dolió; Nos no lo esperábamos, Nos no esperábamos que algunos..., que algunos..., que él... Pero los verdaderos culpables eran pocos. Y Nos castigamos a éstos y perdonamos a los demás. Esto es todo. Así Nos lo decidimos y así debe ser.

No, Majestad, no es todo. Yo me refería al hecho de que...

Ça suffit, ça suffit! ; Ya está bien, ya está bien!

(Había dos temas prohibidos con Hailé Selassié: Eritrea y el papel que el príncipe heredero desempeñó en el golpe de Estado de 1960. El golpe de Estado tuvo efecto mientras el emperador estaba en el Brasil y sus protagonistas fueron los hermanos Menghistú y Girmané Neway. Ni uno ni otro eran ambiciosos o malos. Eran sólo dos tipos cansados del régimen feudal y sinceramente convencidos por la causa de la justicia social y de la libertad. Tampoco eran comunistas; se podrían definir como dos socialdemócratas con un programa de reformas y no de revolución. Girmané había estudiado en California, en la universidad de Berkeley, y gobernaba la provincia de Ji-Jigga. Menghistú era comandante de la Guardia Imperial y tenía acceso a los apartamentos privados de Su Majestad, comprendido el dormitorio. Cuando le propusieron ahogar al emperador durante el sueño, se opuso desdeñosamente. La noticia del golpe de Estado la dio por radio Asfa Wossen, y nunca sabremos si el príncipe heredero estaba de su parte o fue obligado a actuar con un revólver en la sien, como dice la versión oficial. Pero sí se sabe que, dominada la revuelta, Hailé Selassié miró a su hijo con desprecio y le dijo: «Hubiera preferido saberte muerto». Gracias al inmediato regreso de Hailé Selassié, la revuelta fue dominada por medio del ejército dirigido por instructores norteamericanos. Acabó en un baño de sangre. Se calcula que, por lo menos, fueron muertas diez mil personas. Los hermanos Neway, visto el giro de los acontecimientos, mataron a los dignatarios que tenían como rehenes y huyeron hacia las colinas. Fueron cercados y, para evitar la captura, Girmané disparó un tiro a Menghistú y luego se suicidó. Pero Menghistú no llegó a morir. Fue hecho prisionero, curado, procesado y condenado a la horca. Murió valientemente, dando un puntapié al escabel y ahorcándose él mismo. Por orden del emperador, su cadáver es-

tuvo ocho días balanceándose en la horca. El emperador había pretendido lo mismo con el cadáver de Girmané.)

Majestad, si no quiere hablar de ciertas cosas, hábleme más de usted. Se cuenta mucho que ama a los animales y a los niños. ¿Puedo preguntarle si ama tanto a los hombres?

A los hombres..., bueno, es difícil ser indulgente con los hombres. Es mucho más fácil ser indulgente con los animales y con los niños. Cuando se ha tenido una vida difícil como la Nuestra, se está más cómodo con los animales y con los niños. Ellos no son nunca malos, por lo menos no intencionadamente. En cambio, los hombres..., claro que hay hombres buenos y hombres malos. Se utiliza a los primeros y se castiga a los segundos, sin intentar comprender por qué son buenos o por qué son malos. La vida es como el teatro: ay si se intenta comprender toda e inmediatamente. No divierte ya. Y, además, Nos les pedimos demasiado a los hombres para respetarlos.

¿Qué les pide, Majestad?

Dignidad, coraje.

Los dos protagonistas de aquel golpe de Estado tenían dignidad, Majestad. Y tuvieron coraje.

Ça suffit, ça suffit! ¿Ya está bien!

De acuerdo, Majestad. Y un rey, ¿qué se exige a sí mismo, Majestad?

También coraje. Y equilibrio. Un rey debe saber adaptarse, oscilar entre amigos y enemigos, entre lo nuevo y lo viejo. Un rey debe saber tomar su tiempo y someterlo todo al objetivo que se ha fijado de antemano. Aprendimos esto en la juventud, cuando leímos vuestros libros y nos formamos en la cultura occidental de ustedes, según los deseos del emperador Menelik y de Nuestro padre. Porque Nos comenzamos muy pronto a apreciar las cosas nuevas de las que usted habla. Nos hemos viajado mucho. Pero no nos gusta viajar. Nos cansa. Y, en la mayoría de ocasiones, no nos divierte. Pero lo hacemos igual porque creemos útil ir en busca de amigos y en esto consiste la misión de un rey.

A veces viajes sorprendentes, Majestad, en busca de amigos inesperados. Usted ha estado incluso en China y ha hablado con Mao Tse-tung...

Hablamos mucho tiempo y nos gustó mucho Mao Tse-tung. Mu-

cho. Nos causó una gran impresión, como Paulo VI. Es un buen jefe, un jefe muy serio y su pueblo ha hecho muy bien en elegirle. Es toda otra forma de vida, pero cada pueblo vive a su manera. Así lo dijimos en Nuestro diálogo con los chinos que nos dio tan buenos resultados.

(Hailé Selassié obtuvo dos cosas de los chinos. Primero: que éstos dejasen de prestar ayuda a los guerrilleros eritreos. Segundo: un préstamo de ochenta y cinco millones de dólares USA, a devolver sin intereses en el término de veinte años y con la única condición de empezar a gastarlos antes de que transcurriesen cinco. Prácticamente un regalo. La devolución se haría en café. Puesto que los chinos se habían comprometido ya a comprar café por valor de dos millones de dólares USA anuales, China se convertiría en el almacén de casi todo el café etíope. Aunque nadie, en China, bebiese café. En el campo internacional, Hailé Selassié era un gran político. Lo demostraba con la astucia con que conseguía hacer bailar a las grandes potencias y utilizar a las demás. Sus verdaderos amigos eran los norteamericanos, a quienes permitía el control económico del país y a cuyos consejeros militares había confiado el ejército, la aviación y los servicios secretos. Sus verdaderos enemigos eran los soviéticos, los cuales incitaban a Djibuti a la independencia y ayudaban al Sudán que, a su vez, ayudaba a Eritrea. Pero había ido también a Moscú y Etiopía estaba llena de búlgaros, rumanos, polacos y yugoslavos, o sea de embajadas comunistas. Hailé Selassié estaba al lado de los países árabes, a pesar de lo cual había llamado a los israelíes para que instruyesen a la policía secreta, a la policía criminal y a la Guardia Imperial. Con ellos tenía en común el interés de no perder los puertos de Asmara y de Assab. Sus relaciones eran óptimas incluso con los franceses, ante el temor de que renunciases a Djibuti. Sólo había cierta frialdad con los ingleses. Nunca les perdonó la indiferencia con que le acogieron en el exilio. Y, aunque fueron los ingleses quienes le devolvieron al trono, nunca se le oyó pronunciar una palabra en su lengua. Y la conocía muy bien.)

Majestad, Etiopía es usted. Es usted quien la maneja, es usted quien la mantiene unida. ¿Qué sucederá el día que usted ya no esté?

¿Cómo, cómo? No comprendemos esta pregunta.

El día en que usted muera, Majestad.

Etiopía existe desde hace tres mil años. Existe desde el día en que fue creado el hombre. Mi dinastía reina desde que la reina de Saba visitó al rey Salomón y de sus relaciones nació un hijo. Es una dinastía que continúa desde hace siglos y durante siglos continuará. Un rey es sustituible y, además, mi sucesión está asegurada. Hay un príncipe heredero y él reinará cuando Nos ya no existamos. Así hemos decidido que sea y así será.

(Muchos no lo creían. Susurraban que Hailé Selassié habría podido no dejarle el trono a Asfa Wossen. No le quería, no le había querido nunca y nunca le había perdonado el haberse mezclado en la revuelta de los hermanos Neway. A partir de 1960 nadie vio a Asfa Wossen al lado de su padre, y Hailé Selassié no le confió ningún cargo, relegándolo siempre a una sombra llena de desprecio. Cuando viajaba para cualquier ceremonia, se llevaba a los hijos del duque de Harrar, y especialmente al más joven: un principote arrogante que cambiaba de automóvil como de zapatos. Tenía una colección de coches y todos fuera de serie. El gran amor de Hailé Selassié era su segundogénito, el duque de Harrar, a quien quería como sucesor. Pero el duque de Harrar murió; hay quien dice que en un accidente de automóvil, y hay quien dice que a manos de un marido celoso, y Hailé Selassié transfirió sus preferencias al tercero de los hijos: Sehla Selassié. Muerto, también él, de enfermedad, tuvo que recoger la carta de Alfa Wossen. Las noticias que existían sobre este último eran contradictorias. Había quien decía que era inteligente, equilibrado, moderno, dispuesto a convertirse en un monarca constitucional y accesible a la democracia. Hay quien decía que era un incapaz, falto de iniciativa y de fantasía, y destinado a seguir con el absolutismo del padre. Lo único seguro es que tenía cincuenta y seis años, un aspecto corpulento, un comportamiento tímido, y que era un hombre muy triste.)

Majestad, haciendo un recuento de su vida, yo diría que no ha sido una vida feliz. Todas las personas que amaba han muerto: su mujer, dos de sus hijos, dos de sus hijas. Han caído muchas de sus ilusiones y muchos de sus sueños. Pero ha acumulado, supongo, una gran sabiduría y a esta sabiduría le pregunto: ¿Cómo mira, Hailé Selassié, a la muerte?

¿A qué? ¿A qué?

A la muerte, Majestad.

¿La muerte? ¿La muerte? ¿Quién es esta mujer? ¿De dónde viene?
¿Qué quiere de mí? ¡Fuera, basta, ça suffit! Ça suffit!

(Haile Selassie era muy supersticioso y se aferraba desesperadamente a la vida. Cada año se trasladaba a Ginebra donde se sometía a curas de rejuvenecimiento y parece que a menudo renovaba su sangre con sangre joven y fresca. Le afligía un principio de arterioesclerosis. Pero su muerte era más temida por los demás que por sí mismo. Su talento político no fue suficiente para preparar el día en que él ya no estuviera. Su genio no fue lo bastante completo para plantar una semilla sólida para cuando la suya se secase. Sus viejas manos nunca moldearon o delegaron el poder. Su viejo corazón nunca superó el principio de «après moi, le déluge». Tal vez la muerte le daba tanto miedo porque sabía que Haile Selassie podía ser el último emperador de Etiopía, León de Judá, Elegido de Dios, Poder de la Trinidad, Rey de Reyes.)

Addis Abeba, junio 1972

Mohamed Reza Pahlevi

Su Majestad esperaba de pie, en medio del fastuoso salón que le sirve de despacho. No respondió al discurso con que le agradecía que me hubiera concedido la entrevista, y en silencio y con extrema frialdad, me tendió la mano detecha. Fue un apretón descortés, rígido. Y la invitación a sentarme fue todavía más rígida. Y todo sucedió sin palabras, sin sonrisas: sus labios se mantenían apretados como una puerta cerrada, y sus ojos eran gélidos como viento de invierno. Se hubiera dicho que quería reprocharme alguna cosa, y no sabía cuál. O, tal vez, le frenaba la timidez, la preocupación de no perder su tono real. Cuando me senté, también se sentó él; con las piernas juntas, los brazos cruzados y el torso estiradísimo (sin duda, supongo, a causa del chaleco antibalas, que lleva siempre, como Hailé Selassié). Y así, rígido, no dejaba de mirarme fija, remotamente, mientras le contaba el incidente ocurrido en la verja de entrada donde la guardia de corps me había detenido y había estado a punto de hacerme perder la cita. Y por fin oí su voz, cuando replicó que lo sentía mucho, pero que ciertos errores se cometían por exceso de celo. Era una voz triste, cansada. Casi una voz falta de voz. De hecho también su rostro era triste, cansado. Bajo sus cabellos blancos, lanosos como un gorro de piel, se destacaba sólo una inmensa nariz. En cuanto al cuerpo, parecía muy frágil bajo el traje gris, tan delgado que de repente le pregunté si se encontraba bien. Muy bien, contestó, nunca me había sentido tan bien. Las noticias según las cuales su salud estaba en peligro no tenían fundamento y la disminución de peso era debida a su propia voluntad porque estaba engordando un poco.

Se necesitaba mucho para caldear la atmósfera después de aquel principio equivocado. Sólo lo conseguimos cuando le pregunté si podía encender un cigarrillo que echaba de menos desde hacía media hora. «Podía habérmelo dicho antes. Yo he dejado de fumar pero me gusta el olor del tabaco, el olor del humo.» En este momento llegó el té servido en tazas de oro con cucharillas de oro. Pero casi todo era de oro allí dentro: el cenicero que yo no me atrevía a ensuciar, la cigarrera con incrustaciones de esmeraldas, los objetos decorativos cubiertos de rubíes y zafiros, las incrustaciones de la mesita. Y en aquel resplandor de oro, de esmeraldas, de rubíes, de zafiros, absurdo, irritante, pasé cerca de dos horas intentando comprender a Su Majestad. Luego, en la duda de no haberle comprendido en absoluto, le pedí otra entrevista. Consintió y un segundo encuentro se celebró cuatro días después. Esta vez Su Majestad estuvo más cordial. Para complacerme, supongo, se había puesto una vistosa corbata italiana y la conversación fluyó con facilidad, apenas turbada por el temor de que yo estuviera en la lista negra de su policía. Aquel temor lo había motivado una observación mía referente a que mi libro sobre Vietnam había sido secuestrado de las librerías de Teherán durante la visita de Nixon. A la noticia saltó como si hubiera sufrido una puñalada a través de su chaleco antibalas. Su mirada se había hecho inquieta, hostil. ¿Acaso era

yo tan peligrosa? Transcurrieron algunos minutos antes de que decidiese superar el dilema de la única manera posible, es decir, renunciando a su excesiva compostura. De manera que inició una sonrisa y, tras la sonrisa, hablamos del régimen autoritario en el que él cree, de sus relaciones con los Estados Unidos y con la URSS, de su política petrolífera. Sí, hablamos de todo. Sólo cuando ya había salido me di cuenta de que la única cosa de que no habíamos hablado era de la demencia que se le atribuye y a la cual, al parecer, se debería su ignorada crueldad.

También me di cuenta que sabía muy poco sobre él, tal vez menos que antes. A pesar de tres horas de preguntas, el hombre seguía siendo un misterio. Por ejemplo, ¿era obtuso o inteligente? Probablemente es, como Bhutto, un personaje en el que los contrastes más paradójicos se funden para regalar a tu búsqueda un gran enigma. Cree en los sueños premonitorios, en las visiones, es de un misticismo infantil, y luego discute sobre cuestiones petrolíferas como un experto. (Lo es.) Por ejemplo, gobierna como un rey absolutista y luego se dirige al pueblo con el tono del que cree en el pueblo y lo ama. Ha lanzado una Revolución Blanca que se esfuerza por combatir el analfabetismo y el sistema feudal. Cree que las mujeres están relegadas a la categoría de accesorios gratuitos, que son incapaces de pensar como un hombre y luego, en una sociedad donde las mujeres se cubren todavía con el velo, ordena que las chicas hagan el servicio militar. En resumen, ¿quién es este Mohamed Reza Pahlevi que desde hace treinta y dos años ocupa sólidamente el trono más problemático del mundo? ¿Pertenece al mundo de las alfombras voladoras o al de las computadoras? ¿Es un residuo del profeta Mahoma o un accesorio de los pozos de Abadán? No lo he elucidado. Pero sí he elucidado que también esta Majestad sabe mentir con extraordinaria impudicia: cuando se publicó la entrevista, Reza Pahlevi pidió a su embajada en Italia que desmintiera el anuncio que me había hecho de querer aumentar el precio del petróleo, pero, algunas semanas después, lo aumentaba realmente. Me di cuenta, además, de que era un dictador siniestro a quien su pueblo odia en la forma en que hay que odiar a los dictadores siniestros. Las prisiones del Irán están tan llenas de presos políticos que, para obviar el problema, Su Majestad se ve obligado, de vez en cuando, a hacer fusilar a grupos bien numerosos de esos detenidos.

ORIANA FALLACI.— *Ante todo, Majestad, me gustaría hablar de usted y de su oficio de rey. Quedan tan pocos reyes que no se me va de la cabeza una frase que usted pronunció en otra entrevista: «Si pudiera volver atrás, sería violinista o cirujano o arqueólogo o jugador de polo... Todo menos rey».*

MOHAMED REZA PAHLEVI.—No recuerdo haber dicho estas palabras, pero, si las he dicho, me refería al hecho de que el oficio

de rey es un continuo quebradero de cabeza. Y por lo tanto, sucede bastante a menudo que un rey esté saturado de hacer de rey. A mí también me sucede esto. Pero esto no significa que vaya a renunciar; creo demasiado en lo que soy y en lo que hago. Mire..., cuando usted dice que quedan-muy-pocos-reyes, hace una pregunta a la cual puedo dar una sola respuesta. Cuando no hay monarquía, hay anarquía, oligarquía o dictadura. Y la monarquía es la única forma posible de gobernar el Irán. Si he podido hacer algo, o mucho, por el Irán, se debe al pequeño detalle de que yo soy su rey. Para hacer las cosas se necesita el poder, y para mantener el poder no es necesario el permiso o consejo de nadie. No hay que discutir las decisiones con nadie y... Naturalmente, también yo puedo haber cometido errores. También yo soy humano. Pero creo que tengo una misión que cumplir e intento cumplirla hasta el final sin renunciar a mi trono. No se puede prever el futuro, desde luego, pero estoy convencido de que la monarquía en el Irán durará mucho más tiempo que los regímenes de ustedes. ¿O tendría que decir que sus regímenes no durarán y el mío sí?

Majestad, ¿cuántas veces han intentado matarle?

Oficialmente, dos veces. Y luego..., sólo Dios lo sabe. Pero yo no vivo con la obsesión de ser asesinado. De veras. No lo pienso nunca. Hace tiempo lo pensaba; hace quince o veinte años, por ejemplo. Entonces me decía: «Oh, ¿por qué ir a determinado lugar? Tal vez me han preparado un atentado y me matarán. ¿Por qué tengo que tomar este avión? Tal vez han colocado una bomba y estallaremos en el aire». Ahora no. El miedo de morir es un miedo que ya no tengo. Y esto no tiene nada que ver con el valor ni es un desafío. Mi serenidad procede de una especie de fatalismo, de ciega confianza en el hecho de que nada puede sucederme hasta el día en que haya cumplido mi misión. Sí, viviré hasta el día en que termine lo que tengo que terminar. Y este día, está determinado por Dios, no por los que quieran matarme.

Entonces ¿por qué está tan triste, Majestad? Acaso me equivoque, pero usted tiene siempre un aire triste, preocupado.

Tal vez tenga razón. Tal vez, en el fondo, sea un hombre triste. Pero la mía es una tristeza mística, creo. Una tristeza que depende de mi aspecto místico. No sabría cómo explicárselo porque no hay ninguna razón por la cual tenga que estar triste. Ahora tengo todo lo que quiero como hombre y como rey. De veras lo tengo todo, mi vida se

desarrolla como un bellissimo sueño. Nadie en el mundo tendría que ser más feliz que yo y, sin embargo...

Sin embargo, una sonrisa alegre por su parte es más difícil de ver que una estrella fugaz. ¿Usted no ríe nunca, Majestad?

Sólo cuando me acontece algo cómico. Pero tiene que ser algo verdaderamente muy cómico. Esto no sucede a menudo. No, no soy uno de esos que ríen por cualquier tontería, pero debe usted comprender que mi vida ha sido siempre muy difícil, muy penosa. Piense tan sólo en lo que tuve que soportar los primeros doce años de mi reinado. Roma 1953... Mussadeq... ¿Se acuerda? Y no me refiero a mis sufrimientos personales, me refiero a mis sufrimientos como rey. Por lo demás, no puedo separar al hombre del rey. Antes que un hombre soy un rey. Un rey cuyo destino está marcado por una misión que cumplir. Y lo demás no importa.

¡Cielos! Debe ser muy fastidioso. Quiero decir que uno debe sentirse muy solo haciendo de rey en lugar de hacer de hombre.

No niego mi soledad. Es profunda. Un rey, que no debe dar cuentas a nadie de lo que hace o lo que dice, inevitablemente está muy solo. Pero no estoy completamente solo porque me acompaña una fuerza que los demás no ven. Mi fuerza mística. Y, además, recibo mensajes. Mensajes religiosos. Yo soy muy, muy religioso. Creo en Dios y he dicho siempre que si Dios no existiese habría que inventarlo. ¡Me dan tanta pena esos pobrecillos que no tienen Dios! Yo vivo con Dios desde que tenía cinco años. Es decir, desde el momento en que Dios empezó a concederme aquellas visiones.

¿Visiones, Majestad?

Visiones, sí. Apariciones.

¿De qué? ¿De quién?

De los profetas. Me extraña que usted no lo sepa. Todos saben que he tenido apariciones. Incluso lo he escrito en mi autobiografía. De niño tuve dos visiones una cuando tenía cinco años y otra cuando tenía seis. La primera vez vi a nuestro profeta Alí, el que, según nuestra religión, desapareció para volver el día en que salvará al mundo. Tuve un accidente: caí sobre una roca. Y él me salvó: se interpuso entre la roca y yo. Lo sé porque lo vi. Y no en sueños, en realidad. La realidad material, ¿me explico? Yo lo vi. La persona que me acompañaba no

vio nada, pero ningún otro debía verlo excepto yo, porque... Oh temo que usted no me comprende.

No, Majestad. No le comprendo en absoluto. Habíamos empezado tan bien y ahora, en cambio... Esta historia de las visiones, de las apariciones... No la veo clara, ¿sabe?

Porque usted no cree. Ni en Dios ni en mí. Hay muchos que no creen. Tampoco mi padre creía. No creyó nunca, siempre se burló de ello. Algunos, aunque respetuosamente, me han preguntado si nunca se me ocurrió que pudiera ser una fantasía. Una fantasía de niño. Yo contesto: no. No, porque creo en Dios, en el hecho de haber sido elegido por Dios para cumplir una misión. Mis apariciones fueron milagros que salvaron al país. Mi reinado ha salvado al país y lo ha salvado porque a mi lado estaba Dios. Quiero decir que no es justo que yo me atribuya todo el mérito de las grandes cosas que he hecho por el Irán. Entendámonos: podría hacerlo. Pero no quiero porque sé que detrás de mí hay alguien más: Dios. ¿Me explico?

No, Majestad. En resumen..., ¿estas apariciones las tuvo sólo de niño o también después, de adulto?

Sólo de niño, ya se lo he dicho. De adulto nunca; sólo sueños. A intervalos de uno o dos años. Y a veces de siete u ocho años. Por ejemplo, hubo una ocasión en que tuve dos sueños en el espacio de quince años.

¿Qué tipo de sueños, Majestad?

Sueños religiosos. Basados en mi misticismo. Sueños en los que veía lo que sucedería dos o tres meses después y que, puntualmente, dos o tres meses después sucedía. Pero de qué sueños se trata no se lo puedo decir. No se referían personalmente a mí, se referían a problemas internos del país y, por tanto, hay que considerarlos secretos de Estado. Pero tal vez usted comprendería mejor si, en lugar de la palabra sueños, utilizase la palabra presentimientos. Yo también creo en los presentimientos. Algunos creen en la reencarnación; yo creo en los presentimientos. A menudo tengo presentimientos, tan fuertes como mi instinto. El día en que me dispararon a seis pies de distancia, me salvó el instinto. Porque, instintivamente, mientras el asesino descargaba su revólver, hice lo que en boxeo se llama *shadow-dancing*. Y, una fracción de segundo antes de que apuntase al corazón, me coloqué de

tal modo que el proyectil me dio en el hombro. Un milagro. También creo en los milagros. Piense que fui herido por unos cinco proyectiles, uno en la cara, uno en el hombro, uno en la cabeza, dos en el cuerpo y el último no salió porque se encasquilló la pistola... Ante esto hay que creer en los milagros. He sufrido muchos desastres aéreos de los que siempre he salido incólume, gracias a la voluntad de Dios y de los profetas. La veo incrédula.

Más que incrédula, confusa. Me siento muy confusa, Majestad, porque... Porque me encuentro ante un personaje que no había previsto. Yo no sabía nada de esos milagros, de esas visiones... Yo había venido a hablar del petróleo del Irán y de usted... Quizá también de sus matrimonios, de sus divorcios. No es para cambiar de tema, pero estos divorcios deben haber significado un drama. ¿Verdad, Majestad?

Es difícil decirlo porque mi vida se ha desarrollado según el camino trazado por el destino, y cuando he tenido que herir mis sentimientos personales siempre me he protegido pensando que este dolor era determinado por el destino. No nos podemos rebelar contra el destino cuando se tiene una misión que cumplir, y en un rey los sentimientos personales no cuentan. Un rey no llora nunca por sí mismo. No tiene derecho a ello. Un rey es, ante todo, deber, y el sentido del deber ha sido siempre muy fuerte en mí. Por ejemplo, cuando mi padre me dijo: «Te casarás con la princesa Fawzia de Egipto», yo no pensé ni remotamente en oponerme, o decir: «No la conozco». Acepté en seguida porque era mi deber aceptar en seguida. O se es rey o no se es rey. Si se es rey, se deben asumir todas las responsabilidades y todo el peso de la realeza, sin ceder a los remordimientos o a las pretensiones o a los dolores de los mortales corrientes.

Dejemos el caso de la princesa Fawzia, Majestad, y tomemos el caso de la princesa Soraya. Fue usted quien la eligió como mujer. ¿No significó para usted un dolor abandonarla?

Bien... Sí... Durante un tiempo, sí. Puedo decirle que, durante cierto tiempo, aquél fue uno de los disgustos más grandes de mi vida. Pero pronto se impuso la razón y me hice la siguiente pregunta: ¿qué debo hacer por mi país? Y la respuesta fue: encontrar otra esposa con quien compartir mi destino y a quien pedir un heredero al trono. En otras palabras, mi sensibilidad no se localiza nunca en los asuntos privados sino en los deberes reales. Siempre me he educado a mí mismo para no preocuparme de mí mismo, sino de mi país y de mi trono.

Pero no hablemos de estas cosas: de mis divorcios, etcétera. Yo estoy muy por encima, demasiado por encima de ciertas cosas.

Naturalmente, Majestad. Pero hay una cosa que no puede impedirme porque creo que hay que aclararla. ¿Es cierto que ha tomado usted otra mujer? Desde el día en que la prensa alemana publicó la noticia...

La calumnia, no la noticia, fue difundida por la agencia de prensa francesa después de haber sido publicada en el periódico palestino «Al Mohar», con evidentes fines políticos. Es una calumnia tonta, vil, desagradable. Sólo le diré que la fotografía de mi supuesta cuarta esposa es la fotografía de mi sobrina, la hija de mi hermana gemela. Mi sobrina, que, aparte de todo, está casada y tiene un niño. Sí, cierta prensa haría cualquier cosa para desacreditarme; está dirigida por gente sin escrúpulos, sin moral. Pero ¿cómo pueden decir que yo, precisamente yo, que he deseado la ley según la cual está prohibido casarse con más de una mujer, he vuelto a casarme secretamente? Es inconcebible, es intolerable, es vergonzoso.

Pero, Majestad, usted es musulmán. Su religión le permite tomar otra mujer sin repudiar a la emperatriz Farah Diba.

Sí, es cierto. Según mi religión podría hacerlo a condición de que la reina diera su consentimiento. Y para ser honrados hay que admitir que existen casos en los cuales... Por ejemplo, cuando la esposa está enferma o no quiere respetar sus deberes de esposa y causa por ello la infelicidad del marido... Hay que ser hipócritas o ingenuos para creer que el marido soporta semejante cosa. En la sociedad de ustedes, cuando sucede esto, ¿no toma el hombre una amante o varias amantes? Pues bien: en nuestra sociedad, un hombre puede tomar otra mujer. A condición de que la primera esposa consienta y el tribunal acepte. Sin estos dos consentimientos en los que he basado mi ley, no puede haber otro matrimonio. ¿Y creen que yo, precisamente yo, quebrantaría la ley casándome a escondidas? ¿Con quién? ¿Con mi sobrina? ¿Con la hija de mi hermana? No quiero hablar y menos discutir de una cosa tan vulgar. No quiero hablar de esto ni un instante más.

Bien. No hablemos más de ello. Digamos que usted lo desmiente todo, Majestad, y...

Yo no desmiento nada. Ni siquiera me tomo la molestia de desmentir nada. Ni siquiera quiero que cite que yo lo he desmentido.

Pero si usted no lo desmiente, se seguirá diciendo que ese matrimonio es una realidad.

Ya lo he hecho desmentir por mis embajadores.

Y nadie lo ha creído. De manera que es necesario que sea su Majestad en persona quien lo desmienta.

El hecho de desmentir me rebaja, me ofende, porque este asunto no tiene para mí ninguna importancia. ¿Le parece lícito que un soberano de mi altura, un soberano con mis problemas, se rebaje a desmentir su matrimonio con una sobrina? ¡Desagradable! ¡Desagradable! ¿Le parece digno que un rey, que el emperador de Persia, pierda el tiempo hablando de ciertas cosas? ¿Hablando de esposas, de mujeres?

Majestad, si hay un monarca de quien siempre se haya hablado en relación con las mujeres ha sido precisamente usted. Y ahora me viene la duda de que las mujeres hayan significado algo en su vida...

Una observación justa. Porque las cosas que han contado en mi vida, las cosas que han dejado huella en mí, han sido muy otras. No precisamente mis matrimonios, no precisamente las mujeres. Las mujeres, sabe... Dejémoslo así. Yo no las subvaloro y, de hecho, son las más beneficiadas por mi Revolución Blanca. He peleado hasta el agotamiento para que tuvieran igualdad de derechos y de responsabilidades. Hasta las he incorporado al ejército donde son adiestradas militarmente durante seis meses y luego enviadas a los pueblos para combatir en la batalla contra el analfabetismo. Y no olvidemos que yo soy hijo del hombre que, en el Irán, hizo quitar el velo a las mujeres. Pero no sería sincero si afirmase que había sido influido por una sola de ellas. Nadie puede influir en mí: nadie. Y menos una mujer. En la vida de un hombre, las mujeres sólo cuentan si son bellas y graciosas y conservan su feminidad y... Esta historia del feminismo, por ejemplo. ¿Qué quieren estas feministas? ¿Qué quieren? La igualdad, dicen... ¡Oh! No quisiera parecer incorrecto, pero... Son ustedes iguales por ley, discúlpeme, pero no por capacidad.

¿No, Majestad?

No. Nunca ha habido entre ustedes un Miguel Ángel o un Bach. Ni siquiera ha habido entre ustedes una gran cocinera. Y si me habla de oportunidades, le contesto: ¿vamos a bromear? ¿Les ha faltado acaso la oportunidad de darle a la historia una gran cocinera? ¡Nunca

han dado nada grande, nunca! Dígame: ¿cuántas mujeres capaces de gobernar ha conocido usted en el curso de estas entrevistas?

Por lo menos dos, Majestad. Golda Meir e Indira Gandhi.

Bueno... Todo lo que puedo decir es que las mujeres, cuando gobiernan, son mucho más duras que los hombres. Mucho más crueles. Mucho más sedientas de sangre. Me refiero a hechos, no a opiniones. No tienen ustedes corazón cuando están en el poder. Piense en Catalina de Médicis, en Catalina de Rusia, en Isabel de Inglaterra. Por no citar a su Lucrecia Borgia y sus venenos, sus intrigas... Son ustedes intrigantes, y malas. Todas.

Estoy sorprendida, Majestad, porque usted ha nombrado a la emperatriz Farah Diba regente, en el caso de que el príncipe heredero subiese al trono menor de edad.

Hum... Ya... Sí, si mi hijo llegase a ser rey antes de la edad requerida, la reina Farah Diba se convertiría en regente. Pero habría también un consejo con el que tendría que consultar. Yo, en cambio, no tengo la obligación de consultar con nadie y no consulto a nadie. ¿Ve la diferencia?

La veo. Pero subsiste el hecho de que su esposa sería regente. Y si usted ha tomado esta decisión es porque la cree capaz de gobernar.

Hum... En todo caso, esto es lo que creía al tomar la decisión. Y... supongo que no estamos aquí para hablar sólo de esto, ¿verdad?

Claro que no. Además, aún no he empezado a preguntarle lo que más me interesa, Majestad. Por ejemplo: cuando intento hablar de usted, aquí en Teberán, la gente se encierra en un silencio lleno de temor. Ni siquiera se atreven a pronunciar su nombre, Majestad. ¿Cómo es eso?

Por exceso de respeto, supongo. Conmigo no se comportan así, ni mucho menos. Cuando volví de América crucé la ciudad en automóvil abierto y, desde el aeropuerto hasta el palacio, he sido locamente aplaudido por medio millón de personas presas de delirante entusiasmo. Lanzaban vivas, gritaban eslogans patrióticos y, desde luego, no se encerraban en este silencio que usted dice. No ha cambiado nada desde el día en que me convertí en rey, y mi automóvil fue llevado a hombros por el pueblo durante cinco kilómetros. Sí, había cinco kilómetros desde la casa en que vivía hasta el edificio en que había de jurar fidelidad a la Constitución. Y yo iba en aquel automóvil. Des-

pués de haber recorrido algunos metros, el pueblo levantó el coche como se levanta una silla de mano, y lo llevó a hombros durante los cinco kilómetros. ¿Qué pretendía decir con su pregunta? ¿Que todos están en *mi* contra?

¡Dios me libre, Majestad! Sólo quería decir lo que he dicho: que en Teberán la gente tiene tanto miedo de usted que ni siquiera osa pronunciar su nombre.

¿Y por qué tendrían que hablar de mí con un extranjero? No entiendo a lo que usted quiere referirse.

Me refiero al hecho, Majestad, de que muchos le consideran a usted un dictador.

Esto lo escribió «Le Monde». Y a mí ¿qué me importa? Yo trabajo para mi pueblo, no para «Le Monde».

Sí, sí, pero ¿negaría que es usted muy autoritario?

No, no lo negaría porque, en cierto sentido, lo soy. Sin embargo, para hacer avanzar las reformas no hay otro camino que ser autoritario. Especialmente cuando las reformas se llevan a cabo en un país como el Irán, donde sólo el veinticinco por ciento de los habitantes sabe leer y escribir. No hay que olvidar que aquí el analfabetismo es dramático, que se necesitan por lo menos diez años para suprimirlo. Y no digo suprimirlo para todos, sino sólo para los que hoy están por debajo de los cincuenta años. Créame, cuando las tres cuartas partes de una nación no saben leer ni escribir, las reformas se conseguirán sólo a través del autoritarismo más rígido; de lo contrario no se logra nada. Si no hubiera sido duro, no habría podido hacer ni siquiera la reforma agraria y todo mi programa de reformas se hubiera atascado. Y una vez liquidado el programa, la extrema izquierda habría liquidado a la extrema derecha en pocas horas y no sólo la Revolución Blanca habría terminado. Tenía que hacer lo que he hecho. Por ejemplo, ordenar a las tropas que disparasen contra los que se opusieran a la distribución de tierras. De manera que afirmar que en el Irán no hay democracia...

¿La hay, Majestad?

Le aseguro que sí, le aseguro que, en muchos sentidos, el Irán es más democrático que cuanto puedan serlo sus países de Europa. Aparte de que los campesinos son los propietarios de la tierra, de que

los obreros participan en la gestión de las fábricas, de que los grandes complejos industriales son propiedad del Estado en lugar de ser privados, debe saber que las elecciones se inician en las aldeas y se desarrollan a nivel de consejos locales, municipales y provinciales. En el Parlamento hay sólo dos partidos, de acuerdo. Pero son los que aceptan los doce puntos de mi Revolución Blanca y ¿cuántos partidos tendrían que representar la ideología de mi Revolución Blanca? Además, estos dos son los únicos que pueden contar con bastantes votos; las minorías son una cosa tan ridícula que ni siquiera podrían elegir un diputado. Y, de todas maneras, yo no quiero que determinadas minorías elijan un diputado. De la misma manera que no quiero que sea permitido el partido comunista. Los comunistas, en el Irán, están fuera de la ley. No quieren más que destruir, destruir, destruir, y juran fidelidad a cualquier país antes que al suyo propio y a su propio rey. Son traidores y estaría loco si permitiera su existencia.

Quizá me he explicado mal, Majestad. Yo me refería a la democracia tal como la entendemos nosotros en Occidente. O sea, como el régimen que permite a cada uno pensar lo que quiera y se basa en un Parlamento donde también las minorías están representadas...

¡Yo no quiero esta democracia! ¿No lo comprende? ¡Yo no sabría qué hacer con una democracia como ésta! Se la regalo toda, se la pueden quedar, ¿lo comprende? ¡Su maravillosa democracia! Ya sabrán dentro de algunos años adónde conduce su hermosa democracia.

Bueno, tal vez es un poco caótica. Pero es la única posible si se respeta al hombre y su libertad de pensamiento.

¡Libertad de pensamiento, libertad de pensamiento! ¡Democracia, democracia! Con los niños de cinco años que van a la huelga y desfilan por las calles. ¿Esto es democracia? ¿Esto es libertad?

Sí, Majestad.

Para mí, no. Y añado: ¿cuánto han estudiado en estos últimos años en sus universidades? Y, si se continúa no estudiando en sus universidades, ¿cómo se podrá mantener el ritmo de acuerdo con las exigencias de la tecnología? ¿No se convertirán en siervos de los norteamericanos gracias a su falta de preparación, no se convertirán en países de tercera y hasta de cuarta categoría? ¡Democracia, libertad, democracia! ¿Qué significan estas palabras?

Discúlpeme lo que me permito, Majestad. A mi parecer significa, por ejemplo, no retirar determinados libros de las librerías cuando Nixon viene a Teberán. Sé que mi libro sobre Vietnam fue retirado de las librerías durante la visita de Nixon, y que sólo volvió a aparecer después de su marcha.

¿Cómo dice?

Sí, sí.

Pero ¿usted no estará en la lista negra?

¿Aquí en Teberán? No lo sé. Aunque podría ser. Estoy en la lista negra de todos.

Hum... Porque la estoy recibiendo en palacio y está aquí, sentada a mi lado.

Lo que es muy gentil por su parte, Majestad.

Hum... Esto demuestra que aquí hay democracia, libertad.

Cierto. Pero me gustaría preguntarle una cosa, Majestad. Quisiera preguntarle: si, en lugar de ser italiana, fuese iraní y viviese aquí y pensase como pienso y escribiese como escribo, o sea si lo criticase, ¿me enviaría usted a la cárcel?

Probablemente. Si lo que piensa y lo que escribe no estuviese de acuerdo con nuestras leyes, sería procesada.

¿Sí? ¿Y condenada?

Supongo que sí. Naturalmente. Pero, dicho entre nosotros, no creo que le resultara fácil criticarme, atacarme, en el Irán. ¿Por qué razón tendría que atacarme o criticarme? ¿Por mi política exterior? ¿Por mi política respecto al petróleo? ¿Por haber distribuido tierras a los campesinos? ¿Por permitir a los obreros que participen hasta el veinte por ciento en los beneficios y que compren hasta el cuarenta y nueve por ciento de las acciones? ¿Por haber combatido el analfabetismo y las enfermedades? ¿Por haber hecho progresar un país en el que no había nada o muy poco?

No, por esto no, Majestad. Yo le atacaría..., veamos... Sí, por la represión que hay en el Irán contra los estudiantes y los intelectuales, por ejemplo. Me han dicho que las cárceles están tan llenas que a los nuevos detenidos hay que llevarles a campamentos militares. ¿Es cierto? ¿Cuántos prisioneros políticos hay, en este momento, en el Irán?

No lo sé con exactitud. Depende de lo que usted llame presos políticos. Si se refiere a los comunistas, por ejemplo, yo no los considero presos políticos porque ser comunista está prohibido por la ley. Por tanto, un comunista, para mí, no es un preso político sino un delincuente común. Si entiende como tales a los que cometen atentados y con este sistema matan ancianos, mujeres y niños inocentes, aún es más evidente que tampoco a ellos los considero presos políticos. Con ellos no tengo ninguna piedad. Siempre he perdonado a quien intentó matarme a mí, pero nunca he tenido la menor misericordia para con los criminales que ustedes llaman guerrilleros, o los que traicionan a su país. Son una clase de gente que serían capaces de matar a mi hijo y de armar cualquier complot contra la seguridad del Estado. Son gente que hay que eliminar.

Que hay que fusilar, ¿verdad?

A los que han matado, desde luego. Se les fusila. Pero no porque sean comunistas, sino porque son terroristas. Los comunistas son simplemente condenados a la cárcel, con penas que oscilan entre pocos y muchos años. Oh, me imagino lo que piensa usted sobre la pena de muerte, etcétera. Pero ciertos juicios dependen del tipo de educación que se ha recibido, de la cultura, del clima, y no debe partir del supuesto de que lo que va bien para un país sea bueno para todos los países. Tome una semilla de manzana y plántela en Teherán, tome luego otra semilla de la misma manzana y plántela en Roma: el árbol que nazca en Teherán nunca será igual que el que nazca en Roma. Aquí, fusilar a determinada gente es justo y necesario. Aquí, el pietismo es absurdo.

Mientras le escuchaba, me estaba preguntando una cosa, Majestad. Me preguntaba qué piensa sobre la muerte de Allende.

Pienso que su muerte nos enseña una lección: hay que ser una cosa u otra, estar de una parte o de la otra si se quiere conseguir algo y vencer. Los caminos intermedios, los compromisos, no son posibles. En otras palabras: o se es un revolucionario o se es alguien que exija el orden y la ley; no se puede ser un revolucionario dentro del orden y de la ley. Mucho menos dentro de la tolerancia. Y si Allende quería gobernar según sus ideas marxistas, ¿por qué no se organizó de otra manera? Cuando Castro subió al poder, mató, por lo menos, a diez mil personas, mientras ustedes le decían: «¡Bravo, bravo, bravo!» Bien, en cierto sentido, fue realmente bravo porque todavía está en el poder.

Pero también lo estoy yo. Y pienso estarlo, demostrando que con la fuerza se pueden hacer muchas cosas, incluso probar que el socialismo de ustedes está liquidado. Viejo, superado, acabado. Hace cien años se hablaba de socialismo, se escribía sobre el socialismo. Hoy esto ya no está de acuerdo con la moderna tecnología. Consigo más yo que los suecos. ¿No se da cuenta de que incluso en Suecia los socialistas están perdiendo terreno? ¡El socialismo sueco! Ni siquiera ha nacionalizado los bosques y las aguas. En cambio, yo sí lo he hecho.

Vuelvo a no comprenderle bien, Majestad. ¿Está diciéndome que, en cierto sentido, es usted socialista y que su socialismo es más avanzado y más moderno que el escandinavo?

Pues, claro. Porque ese socialismo significa un sistema de seguridad para los que no trabajan y, además, reciben un salario a fin de mes como los que trabajan. En cambio, el socialismo de mi Revolución Blanca es un incentivo para el trabajo. Es un socialismo nuevo, original, y... créame: en el Irán estamos mucho más adelantados que ustedes y no tenemos ninguna necesidad de aprender de ustedes. Pero éstas son cosas que ustedes, los europeos, no escribirán nunca: la prensa internacional está muy infiltrada de izquierdistas, de la llamada izquierda. ¡Ah, esta izquierda! ¡Ha corrompido hasta al clero! ¡Hasta a los sacerdotes! También ellos ahora se están convirtiendo en elementos que piensan sólo en destruir, destruir, destruir. ¡En los países de América Latina y en España! Parece increíble. Abusan de su propia Iglesia. Hablan de injusticias, de igualdad... ¡Ah, esta izquierda! Ya verán, ya verán adónde les conducirá...

Volvamos a usted, Majestad. Tan intransigente, tan duro, y tal vez despiadado detrás de su rostro triste. En el fondo, es usted muy parecido a su padre. Me pregunto en qué medida ha sido usted influido por su padre.

En ninguna. Ni siquiera mi padre podía influir en mí. Nadie puede hacerlo, ya se lo he dicho. Yo sentía mucho afecto por mi padre. Y admiración, sí. Pero nada más. Nunca intenté copiarle o imitarlo. No hubiera sido posible aunque lo hubiese deseado. Éramos dos personalidades demasiado distintas y hasta las circunstancias históricas a que nos enfrentamos eran diferentes. Mi padre partió de cero. Cuando él subió al poder, el país no tenía nada. Ni siquiera existían los problemas que tenemos hoy en las fronteras, sobre todo con los rusos. Mi padre podía permitirse el lujo de mantener relaciones de buena vecindad con todos. La única amenaza, en el fondo, era la de los ingleses

que, en 1907, se repartieron el Irán con los rusos, y querían que el Irán constituyese una especie de tierra de nadie colocada entre Rusia y su imperio de la India. Pero luego los ingleses renunciaron al proyecto y las cosas fueron bastante fáciles para mi padre. En cambio, yo... Yo no he partido de cero: he encontrado un trono. Pero apenas subí a este trono, me vi teniendo que dirigir un país ocupado por extranjeros. Y tenía sólo veintiún años. No son muchos, veintiún años, no son muchos. Y, además, el único problema no era mantener a raya a los extranjeros. Tenía que hacer frente a una quinta columna de extrema derecha y de extrema izquierda; para tener mayor influencia sobre nosotros, los extranjeros habían creado una extrema derecha y una extrema izquierda... No, no resultó fácil para mí... Tal vez resultó más difícil para mí que para mi padre. Sin contar con el período de la guerra fría, que duró hasta hace pocos años.

Majestad, apenas ha hablado del problema de las fronteras. ¿Cuál es hoy su peor vecino?

Nunca se puede decir porque nunca se sabe quién es el peor vecino. Pero debo responderle que, en estos momentos, es el Irak.

Me sorprende, Majestad, que haya citado al Irak como a su peor vecino. Yo creí que citaría a la Unión Soviética.

La Unión Soviética... Con la Unión Soviética tenemos buenas relaciones diplomáticas y comerciales. Con la Unión Soviética tenemos un gasoducto, o sea, que le vendemos gas. De la Unión Soviética nos llegan técnicos. Y la guerra fría ha terminado. Pero la cuestión con la Unión Soviética seguirá siendo la misma y, tratando con los rusos, el Irán debe recordar siempre el dilema principal: volverse o no volverse comunista. Nadie es tan tonto o tan ingenuo como para negar el imperialismo ruso. Y, aunque en Rusia haya existido siempre la política imperialista, ésta resulta hoy mucho más amenazadora porque va ligada al dogma comunista. Quiero decir que es más fácil tener fronteras que son sólo imperialistas que tener fronteras con países que son imperialistas y comunistas. Existe esto que llamamos maniobra de tenaza de la URSS. Existe su sueño de llegar al océano Índico pasando por el golfo Pérsico. Y el Irán es el último bastión para defender nuestra civilización, lo que consideramos decente. Si ellos quisieran atacar este bastión, nuestra supervivencia dependería sólo de nuestra capacidad y de nuestra voluntad de resistencia. El problema de la resistencia se plantea hasta en la actualidad.

Y, en la actualidad, el Irán es, militarmente, bastante fuerte, ¿no?

Muy fuerte, pero no lo bastante para poder resistir a los rusos en caso de ataque. Esto es obvio. Por ejemplo, no tiene la bomba atómica. Pero me siento bastante fuerte para resistir si estallase la tercera guerra mundial. Sí, he dicho la tercera guerra mundial. Muchos piensan que la tercera guerra mundial puede estallar sólo por el Mediterráneo; en cambio yo digo que podría estallar con mucha más facilidad por el Irán. ¡Mucho más fácilmente! De hecho somos nosotros quienes controlamos los recursos energéticos mundiales. Para llegar al resto del mundo, el petróleo no pasa a través del Mediterráneo; pasa a través del golfo Pérsico y del océano Índico. Por tanto, si la Unión Soviética atacase, nosotros resistiríamos. Y si fuéramos atacados, los países no comunistas se cuidarían muy bien de no quedarse mano sobre mano. E intervendrían. Y sería la tercera guerra mundial. Evidente. El mundo no comunista no puede aceptar la desaparición del Irán porque sabe que perder el Irán significaría perderlo todo. ¿Me he explicado bien?

Perfectamente. Y atrozmente. Porque usted ha hablado de la tercera guerra mundial como de una eventualidad más que próxima, Majestad.

Hablo de ello como de una cosa posible con la esperanza de que no se verifique. Como eventualidad próxima veo más bien una pequeña guerra con cualquier vecino. En el fondo no tenemos más que enemigos en las fronteras. Y el Irak no es el único que nos preocupa.

Y sus grandes amigos, Majestad, es decir los Estados Unidos, están geográficamente lejanos.

Si me pregunta a quiénes considero nuestros mejores amigos, le responderé: los Estados Unidos entre otros. Porque los Estados Unidos no son nuestros únicos amigos: hay muchos países que nos demuestran amistad y creen en nosotros, en la importancia del Irán. Pero los Estados Unidos nos comprenden mejor por la sencilla razón de que tienen demasiados intereses aquí. Intereses económicos, y por tanto directos, intereses políticos y, por tanto, indirectos... Ya he dicho que el Irán es la llave o una de las llaves del mundo. Sólo me queda añadir que los Estados Unidos no pueden cerrarse dentro de los confines de su país, no pueden volver a la doctrina Monroe. Están obligados a respetar sus responsabilidades hacia el mundo y, por tanto, a cuidarse de nosotros. Y esto no afecta para nada a nuestra independencia porque todos

saben que nuestra amistad con los Estados Unidos no nos hace esclavos de los Estados Unidos. Las decisiones se toman aquí, en Teherán. No en otra parte. No en Washington, por ejemplo. Yo voy de acuerdo con Nixon como iba de acuerdo con los otros presidentes de los Estados Unidos, pero sólo puedo continuar marchando de acuerdo si estoy seguro de que ellos me tratan como a un amigo. Más aún: como un amigo que dentro de pocos años representará una potencia mundial.

Los Estados Unidos son también buenos amigos de Israel y, en los últimos tiempos, usted se ha expresado bastante duramente respecto a Jerusalén. Y, en cambio, con mucha menos dureza respecto a los árabes, con los que parece que quisiera mejorar las relaciones.

Nosotros basamos nuestra política sobre principios fundamentales y no podemos aceptar que un país, en este caso Israel, se anexione territorios mediante el uso de las armas. No podemos porque si el principio se aplica a los árabes, un día podría ser aplicado a nosotros. Me replicará que siempre ha sido así, que las fronteras han cambiado siempre a consecuencia de las armas y las guerras. De acuerdo; pero ésta no es una buena razón para reconocer este hecho como un principio válido. Por otra parte, es notorio que el Irán ha aceptado la resolución dada por la ONU en 1967 y, si los árabes pierden confianza en la ONU, ¿cómo convencerles de que han sido derrotados? ¿Cómo impedirles que se tomen el desquite? ¿Usando, tal vez, el arma del petróleo? El petróleo les pasará por la cabeza. De hecho, ya les está pasando por la cabeza.

Majestad, usted les da la razón a los árabes, pero vende petróleo a los israelíes.

El petróleo se lo vendo a las compañías, o sea, a todos. Si nuestro petróleo va a todas partes, ¿por qué no tiene que ir a Israel? ¿Y por qué tendría que importarme si va o no a Israel? Va adonde va. Y, en cuanto a nuestras relaciones con Israel, todos saben que no tenemos embajada en Israel, pero hay técnicos israelíes en Irán. Somos musulmanes, pero no árabes. Y en política exterior mantenemos una actitud bastante independiente.

¿Esta actitud prevé el día en que se establecerán relaciones diplomáticas normales entre Israel y el Irán?

No. Mejor dicho: no hasta que se haya resuelto la cuestión de la re-

tirada de las tropas israelíes de los territorios ocupados. Y sobre la posibilidad de que se resuelva esta cuestión, sólo puedo decir que los israelíes no tienen elección si quieren vivir en paz con los árabes. No sólo son los árabes quienes gastan enormes sumas en material bélico: son también los israelíes. Y no veo cómo, árabes o israelíes, pueden continuar por este camino. Además, en Israel ya empiezan a producirse fenómenos nuevos; huelgas, por ejemplo. ¿Hasta cuándo seguirá Israel nutriendo el espíritu terrible y fantástico que lo animaba en los tiempos de su formación? Pienso ante todo en las nuevas generaciones de Israel y en los israelíes que vienen de la Europa occidental para ser tratados de manera distinta a los demás.

Majestad, hace poco ha dicho usted una frase que me ha impresionado. Ha dicho que el Irán representará dentro de poco una potencia mundial. ¿Se refería tal vez a las previsiones de algunos economistas según los cuales, dentro de treinta y seis años, el Irán tendría que ser el país más rico del mundo?

Decir que llegará a ser el país más rico del mundo me parece exagerado. Pero decir que se alinearé entre los cinco países más grandes y poderosos del mundo no es ninguna exageración. El Irán se encontrará al mismo nivel que los Estados Unidos, que la Unión Soviética, el Japón y Francia. Y no cito China porque China no es un país rico ni llegará a serlo si dentro de veinticinco años alcanza los mil cuatrocientos millones de habitantes previstos. Nosotros, en cambio, dentro de veinticinco años seremos como máximo sesenta millones. Sí, nos espera una gran riqueza, una gran fuerza, digan lo que digan los comunistas. Por esto me estoy dedicando a planificar la natalidad. Y he aquí el punto al que quería llegar: no se puede separar la economía de las demás cosas y, cuando un país es rico económicamente, se vuelve rico en todos sentidos. Se vuelve poderoso en el terreno internacional. Y hablando de economía, no me refiero sólo al petróleo: me refiero a una economía equilibrada que incluye todo tipo de producción, de la industrial a la agrícola, de la artesana a la electrónica. Teníamos que pasar de las alfombras a las computadoras. El resultado, en cambio, es que hemos conservado las alfombras llegando a las computadoras. Aún hacemos las alfombras a mano, pero también las hacemos a máquina. Y, además, hacemos moquetas. Cada año duplicamos la producción nacional. Pero las señales de que nos convertiremos en potencia mundial son muchas más. Hace diez años, por ejemplo, cuando empezó mi Revolución Blanca, había sólo un millón de estudiantes en

las escuelas. Hoy hay tres millones cien mil y, dentro de diez años, serán cinco o seis millones.

Acaba de decir que no se refería sólo al petróleo, Majestad, pero todos sabemos que las computadoras las tienen gracias al petróleo y que las alfombras se hacen a máquina gracias al petróleo y que la riqueza de mañana procede del petróleo. Me gustaría hablar de la política que ha adoptado a propósito del petróleo en lo que respecta a Occidente.

Es muy sencillo. Yo tengo este petróleo y no me lo puedo beber. Pero sé que puedo disfrutarlo sin extorsionar al resto del mundo e incluso intentando que sirva para impedir que se extorsione al resto del mundo. Por tanto he elegido la política de vendérselo a todos sin discriminaciones. No ha sido una elección difícil: nunca he pensado unirme a los países árabes que amenazaban con el chantaje a Occidente. Yo ya he dicho que mi país es independiente, y todos saben que mi país es musulmán, no árabe y, por tanto, yo no hago lo que les resulta cómodo a los árabes, sino aquello que sirve al Irán. Además, el Irán necesita dinero y con el petróleo se puede hacer mucho dinero. Ésta es toda la diferencia entre los árabes y yo. Porque los países que dicen «no-vendemos-más-petróleo-a-Occidente» no saben qué hacer de su dinero y por tanto no se preocupan del futuro. Tienen una población de sólo seis o setecientos mil habitantes y tanto dinero en el banco que podrían vivir tres o cuatro años sin bombear ni un litro de petróleo, sin vender ni una gota. Yo no. Yo tengo treinta y un millones de habitantes, una economía que desarrollar y un programa de reformas que llevar a cabo. Por tanto, necesito dinero. Yo sé qué hacer con el dinero, y no puedo permitirme el lujo de dejar de bombear petróleo. No puedo permitirme el lujo de no vendérselo a nadie.

Entretanto Gadaffi le llama traidor.

¿Traidor? ¿Traidor yo que he tomado todo el asunto en mis manos y dispongo ya del cincuenta y uno por ciento de la producción que al principio pertenecía exclusivamente a las compañías petrolíferas extranjeras? Ignoraba que el señor Gadaffi me hubiera dirigido un insulto semejante y... Verá usted, al señor Gadaffi no puedo tomármelo en serio. Sólo puedo desearle que llegue a servir a su país como estoy sirviendo yo al mío, sólo puedo recordarle que no debería chillar tanto: que las reservas de petróleo en Libia se agotarán en el plazo de diez años. En cambio, mi petróleo durará al menos treinta, cuarenta años. Y tal vez cincuenta o sesenta. Eso depende de que se descubran

o no otros yacimientos y, de hecho, es muy probable que se descubran. Pero aunque no fuese así, nos las arreglaríamos igual. Nuestra producción crece a ojos vista: en 1976 llegaremos a extraer ocho millones de barriles al día. Y ocho millones de barriles son muchos, muchísimos.

De todas maneras se ha ganado un montón de enemigos, Majestad.

Esto aún no lo sé. De hecho la OPEP no ha decidido aún no vender el petróleo a Occidente y puede ocurrir muy bien que mi decisión de no chantajear a Occidente induzca a los árabes a imitarme. Si no a todos los árabes, a una parte de ellos. Ciertos países no son tan independientes como el Irán, no tienen los expertos que tiene Irán y no tienen al pueblo detrás como lo tengo yo. Yo puedo imponerme; ellos aún no pueden. No es fácil llegar a vender directamente el petróleo librándose de las compañías que durante decenios y decenios han tenido el monopolio de todo. Y si también los países árabes imitaran mi decisión... Oh, sería mucho más fácil, y también más seguro, si los países occidentales fueran exclusivamente compradores y nosotros fuéramos los vendedores directos. No existirían resentimientos, chantajes, rencores, enemistades... Sí, puede suceder que un día prospere el buen ejemplo que he dado y algunos sigan mi camino. Nuestras puertas están abiertas de par en par a cualquiera que desee firmar un contrato con nosotros y muchos ya se han ofrecido: ingleses, norteamericanos, japoneses, holandeses, alemanes. Al principio eran muy tímidos, pero ahora se están volviendo más audaces.

¿Y los italianos?

A los italianos, por ahora, no les vendemos mucho petróleo, pero podemos llegar a un acuerdo importante con el ENI y creo que estamos en vías de hacerlo. Sí, podríamos convertirnos en óptimos partner del ENI y, además, nuestras relaciones con los italianos siempre han sido muy buenas. Desde los tiempos de Mattei. ¿Acaso no fue en 1957, en un acuerdo firmado con Mattei, cuando conseguimos romper el antiguo sistema utilizado por las compañías petrolíferas extranjeras? Yo no sé lo que opinaban los demás acerca de Mattei, pero yo sé que nunca podré mostrarme objetivo hablando de él. Me gustaba demasiado. Era un gran hombre, un hombre capaz de leer en el futuro, una personalidad realmente excepcional.

De hecho lo mataron.

Probablemente. Pero no tendría que haber volado con aquel mal tiempo. La niebla de Milán es muy densa en invierno y el petróleo puede llegar a ser como una maldición. Pero tal vez no fue el mal tiempo. De todas maneras, fue una lástima. Sí. Incluso para nosotros. Bien, no digamos que la muerte de Mattei provocase la paralización de nuestras relaciones con el ENI. No, no, desde el momento en que ahora estamos por llegar a un acuerdo muy importante. Mattei no hubiera podido hacer nada más porque lo que estamos intentando es ya el máximo. Pero si Mattei hubiera estado vivo, hace años que hubiéramos llegado a este mismo acuerdo.

Quisiera acabar de dejar claro el punto anterior, Majestad. ¿Cree o no cree que los árabes acabarán por materializar su amenaza de cortar toda venta de petróleo a Occidente?

Es difícil contestar. Es muy difícil porque, con la misma tranquilidad y con el mismo riesgo de equivocarse, se puede decir sí o no. Pero yo me sentiría más inclinado a responderle que no. Cortar el suministro de petróleo a Occidente, renunciar a esta fuente de ganancias, sería una decisión muy ardua para ellos. No todos los árabes siguen la política de Gadaffi y si algunos no tienen necesidad de dinero, otros sí.

Y como consecuencia, el precio del petróleo subirá.

Subirá, es cierto. ¡Muy cierto! Puedo darle esta mala noticia añadiendo que se la da uno que sabe de qué va. Sobre petróleo yo lo sé todo, todo. Es realmente mi especialidad. Y como especialista le digo: es necesario que el precio del petróleo suba. No hay otra solución. Pero es una solución que ustedes los occidentales han querido. O, si lo prefiere, una solución obligada por vuestra civilizadísima sociedad industrial. Ha aumentado el precio del trigo en un trescientos por ciento, y también el del azúcar y el del cemento. El precio de los productos derivados del petróleo está por las nubes. Nos compran el petróleo en bruto y nos lo revenden refinado en productos derivados, cien veces más caro de lo que lo habían pagado. Nos lo hacen pagar todo más caro, escandalosamente más caro, y es justo que, de ahora en adelante, se pague más por el petróleo. Digamos... diez veces más.

¿Diez veces más?!

¡Pero si son ustedes, repito, quienes me obligan a subir los precios! Es cierto que tienen sus razones. Pero también yo, y disculpen, tengo las mías. Y, además, no nos pasaremos toda la vida peleándonos: en

menos de cien años toda esta historia del petróleo se habrá terminado. Las necesidades del petróleo crecen a ritmo acelerado, los yacimientos se agotan, y pronto habrá que buscar otras fuentes de energía: atómica, solar, qué sé yo. Y tendrán que ser muchas soluciones porque una sola no será suficiente. Por ejemplo: habrá que recurrir también a las turbinas accionadas por las olas del mar. Yo he estado pensando en construir plantas atómicas para la desalinización del agua del mar. O tal vez habrá que perforar más profundamente en busca del petróleo, a diez mil metros bajo el nivel del mar. O buscarlo en el Polo Norte... No lo sé. Sólo sé que ya ha llegado el momento de empezar a correr en busca de soluciones, y no desaprovechar el petróleo como se ha hecho siempre. Es un delito utilizarlo como lo utilizamos en la actualidad, o sea, en bruto. Si pensásemos que pronto ya no habrá, si recordásemos que puede ser transformado en diez mil derivados, es decir, en productos petroquímicos... Para mí será siempre un choc, por ejemplo, ver cómo se usa en bruto para generadores de electricidad, sin tener en cuenta el valor perdido. Cuando se habla de petróleo, la cuestión más importante no es el precio, no es el boicot de Gadaffi, es el hecho de que el petróleo no es eterno y que antes de agotarlo hay que inventar nuevas fuentes de energía.

Esta maldición llamada petróleo.

A veces me pregunto si no es precisamente esto. Se ha escrito mucho sobre la maldición llamada petróleo y, créame: cuando se tiene, por una parte es un bien, pero por la otra es una gran incomodidad. Porque representa un extraordinario peligro. El mundo puede estallar por culpa del maldito petróleo. E incluso si, como yo, se lucha contra la amenaza... La veo sonreír. ¿Por qué?

Sonrí porque, cuando habla de petróleo, es usted tan distinto, Majestad. Se excita, vibra, el tema acapara su atención... Se convierte en otro hombre, Majestad. Y yo... yo me voy sin haber llegado a comprenderle. En ciertos aspectos es usted muy antiguo, pero en otros resulta muy moderno y... Tal vez son los dos elementos que se funden en usted: el oriental y el occidental que...

No, nosotros los iraníes no somos distintos de ustedes, los europeos. Si nuestras mujeres llevan el velo, también ustedes lo llevan. El velo de la Iglesia católica. Si nuestros hombres tienen muchas mujeres, también ustedes las tienen; pero las llaman amantes. Y si nosotros creemos en apariciones o visiones, ustedes creen en los dogmas. Si us-

ustedes se creen superiores, nosotros no tenemos complejos. No olvidemos que todo lo que ustedes tienen se lo enseñamos nosotros hace tres mil años.

Hace tres mil años... Veo que ahora también sonríe usted, Majestad. Ya no tiene aquel aire triste. ¡Qué lástima que no podamos ponernos de acuerdo sobre el asunto de las listas negras!

Pero ¿está usted de veras en la lista negra?

¡Majestad! ¡Si no lo sabe usted que es el rey y que lo sabe todo! Pero ya se lo he dicho: podría ser. Estoy en la lista negra de todos.

Lástima. Pero no importa. Aunque esté en la lista negra de mis autoridades, yo la coloco en la lista blanca de mi corazón.

Me asusta, Majestad. Gracias, Majestad.

Teberán, octubre 1973

Ahmed Zaki Yamani

Hoy sigue siendo el hombre que puede, si lo desea, hacernos pasar los inviernos a merced del frío y devolvernos a las épocas en que se viajaba a caballo. Es el hombre que puede, si quiere, hacer cerrar todas nuestras fábricas, llevar a todos nuestros bancos a la quiebra, doblarnos a nosotros de rodillas y dejarnos en la miseria. Su potencia, por mucho que no esté basada ni en ejércitos ni en armas nucleares, es sobrecogedora, pues es él quien administra primordialmente el condenado petróleo sobre el cual hemos erigido nuestra civilización industrial y tecnológica. El petróleo se da en su país en tales cantidades que, aun cuando se busca agua, es petróleo lo que allí se encuentra. (Agua, en realidad, no la hay; no existen ni ríos ni lagos en aquellos parajes, y la lluvia, desde hace siglos, viene cayendo cada vez más parca. Para beber, tienen que importarla mineral, en botellas.) Ningún país produce tanto petróleo. Ningún país tiene de él tales reservas. Todavía le quedará, cuando los otros lo hayan agotado. Y por esa razón puede controlar a Irán, a Kuwait, a Abu Dhabi, a Dubai, a Bahrein, a Qatar, a Argelia, a Libia, al Irak, a Venezuela, al Ecuador, a Indonesia, a Nigeria, a Gabón, es decir, a los países de la OPEP. Fue él quien inventó la OPEP. Fue él quien puso la firma definitiva en el documento por el cual, en octubre de 1972, se incrementaba en 130 por ciento el precio del petróleo. Fue él quien, en el transcurso de una noche, trastocó la economía occidental y provocó la crisis que todavía nos lacera. Con los billones de dólares que les hemos pagado en pocos años, los nuevos reyes Midas pueden comprarse el mundo entero. Y aterrarnos, chantajearnos, humillarnos. Y no sólo financieramente: si-ayudas-a-Israel-y-no-dices-que-los-palestinos-tienen-razón, no-te-vendo-petróleo. Pueden, esos árabes, hacer pasar la maroma a los Estados Unidos y a la Unión Soviética. Pueden inducir a la ONU a expulsar a Israel. Pueden aplazar o acelerar una guerra. Y él en cabeza. Si Gadaffi subvenciona a los terroristas que hacen matanzas en aeropuertos y embajadas, él subvenciona a Al Fatah. En su especialidad, es un genio. Hablo del jeque Ahmed Zaki Yamani, ministro del petróleo de Arabia Saudí.

Viéndolo así, no inspiraba ciertamente miedo. Un hombre de cuarenta y siete años, más bien alto, más bien rechoncho, de cara redonda, nariz de castaña, un bigotillo y una pequeña perilla de galán pisaverde. Para alarmarse debía uno buscarle los ojos: lustrosos, inquietos, astutos en grado sumo. Ojos que saben mentir, acariciarte y traspasarte con una mirada que de plácida se torna súbitamente en despiadada, pero que no deja de ser despiadada hasta cuando es plácida. Ojos que lo vigilan todo, su propia gentileza, y la serenidad, la paciencia de que reviste cada ademán y cada frase: usando sonrisas de terciopelo, susurros de pluma. Ni una sola vez, en ocho días, le oí alzar la voz o ceder a un movimiento descompuesto o irritado. ¿Nervios de hierro o untados con mantequilla? Todo, en él, era cumplidamente untuoso, repulido, mórbido. Su

apretón de manos tenía la delicadeza de una flor. Llevaba tiempo darse cuenta de que la flor podía envenenarte, y menos tiempo descubrir que el hombre no era, no es, valeroso. Él mismo reconoce no arriesgarse nunca, no jugar nunca. No se arriesgó ni siquiera conmigo. Deseaba la entrevista, eso sí: ser celebrado le agrada. Pero no estaba dispuesto a correr peligro alguno por ella. Antes de concedérmela quiso estudiarme, con calma, como se estudia a un ratón en su jaula o a un insecto en su botella: calculando mis gustos, mis ideas, mis defectos, mis puntos débiles para sacar de ello ventaja en el momento oportuno. Una historia paradójica y, al mismo tiempo, alucinante. ¿O simplemente estúpida?

Comenzó en Londres, donde me reuní con él a principios de junio tras meses de gestiones, cablegramas, telex. Él había llegado en respuesta a una invitación del Stock Exchange, llevando consigo a su segunda esposa, Tamam, con quien apenas acababa de casarse, una joven de veintidós años, visiblemente apacible, graciosa a su manera, de boca triste y ojos que denotaban resignación. También se había hecho seguir por las dos hijas habidas de su primer matrimonio: Maj, una vehemente y cariñosa muchacha de veinte años, y Maha, que contaba dieciocho, tímida escritora de poesías desesperanzadas. Pensé, como es natural, que el propósito de la cita era la entrevista. Pero resultó que él sólo quería conocerme para decidir si concederla o no: una estrategia que se le ocurriría, supongo, al enterarse de que Kissinger había hecho lo mismo. El examen de Kissinger, sin embargo, duró una hora. El suyo se prolongó por espacio de dos días durante los cuales me llevé a cenar con las tres muchachas, luego a un *night-club* y también al Stock Exchange. Según más tarde me confesó, no le caí bien, y le creo: no hice nada por resultarle grata. Pero, con todo y eso, llegó a la conclusión de que merecía la pena hablar conmigo, y me pidió que me reuniese con él en Djedda el próximo julio. Acepté y, llegado julio, héteme aquí en Djedda con el colega que tiene a su cargo las fotografías, huéspedes, ambos, de la *guest-house* aneja a una de sus casas. (Tiene cuatro, que yo sepa. Una en Djedda, una en Riad, otra en Taif y una cuarta en Beirut. Pero, al parecer, posee otras; en Lausanna, por ejemplo; y, pese a que niega ser rico, también en Londres, donde la estaría instalando.)

La ilusión de que la entrevista se produjese esta vez sin nuevas dilaciones viose prontamente defraudada en Djedda. Apenas encontrarme con él comprendí que el examen verdadero y propiamente dicho estaba todavía por celebrarse. Un examen diabólico, minucioso, habilísimo y dirigido no ya con el exclusivo propósito de comprenderme, sino con el de neutralizarme arrastrándome al interior de una red de complicidad, de familiaridad. El sistema, si se quiere, del domador que quiere, poco a poco, ir conquistando la fiera cuyos zarpazos teme, o cansarla. Lo veía todos los días, y, con él, a Tamam, a Maj, a Maha, a su hijo Haney, un mozalbete de catorce años, simpático e inteligente, que estudia en Suiza, en el colegio Rosay, y que un día nos desesperará el doble de lo que lo hace su padre. Viéndoles me sofocaba en su jovialidad, en sus apremios, más cálidos que el terrible calor de Arabia. Cenas suntuosas, secretarios a la disposición de uno, viajes. El cuarto día Yamani me embarcó, junto con su familia, en un avión particular, y me condujo a Beirut. Del viaje excluyó a Arafat, que

se encontraba, también él, en Djedda, y debía, él también, trasladarse a Beirut. ¿Crueldad o cortesía? «He puesto otro avión a su servicio. Me pareció oportuno evitar la violencia de un encuentro no solicitado. Sé que Arafat le resulta odioso.» En Beirut me invitó a su casa, soberbia, sobre una colina que domina el mar, rica en tapices y alfombras, con una piscina de agua caliente instalada en el sótano, que había sido catacumba en la época de san Román. De allí me llevó a Damasco, donde acudí a visitar a Assad, y, luego, nuevamente a Djedda. Pero ni una palabra, entretanto, sobre la entrevista. A la mesa, o durante los vuelos, su conversar era mundano y parsimonioso. Cuidaba más de averiguar que de decir. Sus temas favoritos eran el amor, la poesía, la psicología. En una ocasión me psicoanalizó afirmando, maligno, que me juzgaba buena a pesar de mi aparente dureza. Otra vez me explicó el comportamiento sexual de los que son presas de la libido y de la *mortido*: En una tercera oportunidad me relató su desdichado matrimonio con su primera esposa, y los once años que había pasado en soledad después de separarse de ella: había deseado vivamente divorciarse, antes de casarse con Tamam, pero su primera mujer negóse a ello. Sólo en dos o tres ocasiones dejó escapar cosas interesantes: cuando aludió a su amistad con Arafat, a quien consideraba una especie de Churchill, y cuando reaccionó a la noticia de que junto con el rey Feisal debían matarle también a él. El plan del asesino preveía la eliminación de él, Yamani, y de los miembros de la familia real durante la celebración de una ceremonia religiosa. El asesino hubiera abierto fuego mientras todos los presentes se encontraban arrodillados en tierra, orando. Murió sólo Feisal porque la ceremonia, a causa del calor, había sido suspendida. Hablar de Feisal hacía que a Yamani se le humedeciesen los ojos. Consejero suyo a los treinta y un años, lo quería más que un padre. En cambio, permanecía impertérrito al referirse a la decapitación del asesino, ceremonia a la que asistió. «No se portó mal; pero sucedió todo tan rápidamente. Para cercenar bien una cabeza, ¿sabe?, es preciso que la víctima adelante bien tendido el cuello. Y eso se consigue pinchándole con un estilete en la base de la columna vertebral. En el preciso instante en que el cuello se tiende, cae la espada y ¡zas!»

Al sexto día, semejante al Creador, cuando se aprestara al esfuerzo final tras haber sacado de la nada aguas, árboles y animales, Yamani me condujo a Taif: la residencia estival. Allí tiene la casa que considera su verdadero hogar y que nos dio nuevo cobijo en medio de afectuosas cortesías. Repitieronse almuerzos y cenas durante las cuales Maha cantaba, acompañándose a la guitarra: «*Ob, take me away! Please, take me away!*»; «Oh, llévate lejos! ¡Llévate lejos, por favor!»». Bebíamos café en la terraza, paseábamos por el jardín. Arrancando higos maduros, Yamani me los ponía con ternura en la boca. Tamam no parecía demasiado feliz con ello. Pero seguía sin hablarse de la entrevista, y hube de amenazar con marcharme sin ella para que cesasen las vacilaciones, y se fijaba fecha para el encuentro mientras el simpático Haney bromaba diciendo que invitaría al pueblo, como en los combates de boxeo.

Lo malo es que su padre no deseaba un combate de boxeo. Había, incluso, preparado las respuestas a las posibles preguntas, y hasta se había procurado un magnetófono para grabar lo que grabara yo. Y por espacio de cuatro horas observé la cau-

tela de un artificiero en trance de desactivar una bomba: sopesando cada adjetivo, cada coma, y prohibiéndose hasta la más inocua espontaneidad. Lástima que no comprendiese la única cosa importante: que, a veces, salva más el coraje que el temor, más la sinceridad que el cálculo. Y, de igual manera que él me estudiaba a mí, en propio beneficio, yo le estudiaba a él en beneficio de los demás. Lo cierto es que, aun antes de que chocasen preguntas y respuestas, él había ya escrito por propia cuenta el mismo retrato que quería evitar: «*Oh, take me away! Please, take me away!*».

ORIANA FALLACI.— *La primera pregunta, ministro Yamani, es una pregunta desesperada: ¿Hay alguna posibilidad de que baje el precio del petróleo? ¿Existe, en todo caso, el peligro de que el precio aumente?*

AHMED ZAKI YAMANI.— De que disminuya, no. Oh, no. ¿Por qué habríamos de hacerlo? ¿Para vender más? Los países de la OPEP no precisan vender más. Su excedencia de fondos durará, por lo menos, cinco años. En 1978 el total acumulado de esa excedencia alcanzará un punto máximo de doscientos cuarenta y ocho mil millones de dólares, y no es ciertamente cuestión de ilusionarse con la idea de que el descenso de las ventas vaya a reducir el precio. El petróleo no es una mercancía perecedera: cuando no se vende, permanece, sencillamente, donde está. Es, pues, más justo preguntarse si aumentará su precio. Pues bien, por ahora hemos decidido congelar el precio actual hasta últimos de septiembre. Que después de septiembre podamos mantenerlo congelado durante un poco más de tiempo, es una cuestión que hay que determinar. Como es sabido, no todos pensamos de igual forma en el interior de la OPEP. Algunos insisten en que el precio se incremente en un 35 por ciento, alrededor de cuatro dólares por barril. Otros desean un aumento menor.

Y ustedes, los de Arabia Saudí, ¿qué desean?

Nosotros esperamos a ver cómo se comportan los países industrializados, esto es, si tienen verdaderas intenciones de avenirse con los países productores de petróleo y llegar a un acuerdo. En otras palabras, decimos: bajad el precio de las materias que nos vendéis —podéis hacerlo, ya que las tenéis en monopolio— y nosotros procederemos en consecuencia. ¿Sabe usted cuánto pagamos, por ejemplo, por un barril de agua mineral? El doble de lo que pagan ustedes por un barril de crudo de la mejor calidad. Nuestra actitud me parece, pues, legítima. Como quiera que sea, la cosa es definitiva: si ustedes intentan de veras

bajar los precios, nosotros haremos todo lo posible por mantener congelado todavía el precio actual. En caso contrario, también nosotros apoyaremos el aumento. Aunque no sea drástico.

¿Qué entiende usted por drástico?

Entiendo un aumento lo suficientemente alto como para trastornar la economía mundial. El treinta y cinco por ciento cae ya, diría yo, en lo drástico.

¿Y quién desea un aumento drástico? ¿El sha del Irán? ¿Gadaffi?

Yo no creo que el Irán desee un aumento drástico. Desea un aumento, sí; pero no del 35 por ciento. Éste lo desean, sobre todo, las compañías petrolíferas. Como es obvio, cuando el precio sube sus ganancias aumentan. Y, si el sistema no varía, si Arabia Saudí no asume, por ejemplo, el control de la ARAMCO al cien por cien —como espero que suceda en un futuro—, las compañías continuarán solicitando alzas. Junto a las compañías, de todas formas, yo situaría a Venezuela, al Ecuador, a Argelia, al Irak, al Gabón, a Libia...

Sin que Arabia Saudí pueda verdaderamente hacer nada al respecto.

Arabia Saudí puede, por el contrario, hacer mucho, porque es el primer productor mundial. Podemos extraer más de once millones de barriles diariamente, pero nos limitamos a extraer tres millones y medio, lo cual nos hace poderosos tanto cara a los países productores como cara a los países consumidores. Para arruinar a los demás países de la OPEP bastaría, en realidad, con que produjésemos al máximo de nuestras posibilidades; para arruinar a los países consumidores no tendríamos más que producir por debajo de lo que producimos. En el primer caso, el precio disminuiría considerablemente; en el segundo, aumentaría no ya en un 35 por ciento, sino entre el 40 y el 50, y hasta el 80 por ciento. Podemos, en suma, alzar la voz ante todos: incluso en el interior de la OPEP. Hay reuniones de la OPEP en que el desacuerdo es tan grave que se alza muchísimo la voz. En ciertos casos se trata de gritos bastante serios, y ni que decir tiene que siempre acabamos por llegar a un compromiso: todos nosotros sabemos que la OPEP debe continuar existiendo, que, sin ella, ninguno de sus miembros saldría adelante. El nuestro no es un acuerdo militar o político, es un acuerdo puramente económico: sólo si nos mantenemos unidos podemos hacer frente al mundo entero. Saliendo de la OPEP, hasta nosotros, Arabia Saudí, nos causaríamos un daño gravísimo. Ello no

obstante, tenemos, también, un sentido de responsabilidad respecto de la economía mundial. También nos damos cuenta de que, si no queremos arruinar la economía mundial, debemos oponernos a la política de algunos miembros de la OPEP.

¿Como en 1973, cuando fue usted prácticamente obligado por el OPEP a imponernos aquel aumento escandaloso?

No es menester hacer comparaciones con lo que ocurrió entre fines de 1973 y el mes de marzo de 1974. Fue un período excepcional, y el resentimiento de ustedes no toma en cuenta el hecho de que el precio del petróleo llevaba un cuarto de siglo estancado. Mantenerlo a aquel nivel era inimaginable: debimos, considerando los precios de ustedes, aumentarlo todavía más. ¿Era justo que siguiésemos siendo explotados como a fines de los años cuarenta mientras el precio del trigo, del azúcar, del arroz de ustedes se había cuadruplicado, y doblado el de los automóviles? El papel de Arabia Saudí no es fácil, y, aun así, me parece que hasta hoy ha salido airoso. La OPEP es fuerte, la economía mundial no ha sufrido verdaderamente a causa del aumento del precio del petróleo, y hasta se ha repuesto...

Eso lo dirá usted.

Eso lo dice el Fondo Monetario Internacional, lo dicen instituciones serias como el Chase Manhattan. Tal vez en Italia no ocurra lo mismo porque Italia es como una persona enferma a quien basta un aire para contraer una pulmonía. No olvidemos que la inflación de ustedes había ya alcanzado cotas alarmantes a fines de 1973. De todas formas; en Alemania, en Francia, y en otros países de Europa, se han repuesto sin dificultad. También en América. Precisamente por eso desean algunos miembros de la OPEP ese aumento drástico. Mantienen que Occidente puede soportarlo.

Mirándome a los ojos, Yamani, dígame: ¿Verdaderamente hace falta llevarnos al desastre?

En Arabia Saudí pensamos que no. Pensamos que, cuando se produjera —caso de producirse—, el desastre de ustedes sería el nuestro. Sabemos, en suma, que, si su economía se hunde, nosotros nos hundimos con ustedes. El dinero por sí mismo nada significa. Cobra importancia, sólo, si es devuelto al ciclo y transformado en industria, en tecnología. Dicho de otro modo, si los países occidentales no son prósperos, nosotros no podemos importar la industria y la tecnología de us-

tedes. Y no nos conviene verdaderamente verles irse a pique: ni por razones políticas, puesto que libramos una batalla contra el comunismo, ni por razones económicas. Le diré más: no creo que tampoco tengan interés en ello los países de la OPEP, tanto los que son filoccidentales, como Kuwait, Abu Dhabi y el Irán, como los que, al igual que el Irak, son filoorientales, o los que, como Argelia, observan una posición neutral. Todos ellos saben que una recesión es, de dondequiera que venga, un fuego que no tarda en ganar incremento y alcanzarnos. Pero, por otra parte, se da un hecho desafortunado: el de que no todos creen que aumentar nuevamente el precio del petróleo vaya a conducir al desastre.

Usted, en cambio, sí lo cree.

Yo pienso que, si no congelamos el precio, si no devolvemos a su ciclo nuestro dinero, si no aumentamos los precios de una manera gradual y previsible, el desastre ocurrirá. No estoy en modo alguno de acuerdo con aquellos miembros de la OPEP que dicen que no ocurrirá, que resta un amplio margen para un amplio aumento, y que ese aumento nos favorecerá tanto a nosotros como a ustedes, porque les inducirá a derrochar menos petróleo y a descubrir nuevas fuentes de energía. Ah, sí. No todos los miembros de la OPEP son razonables, no a todos les preocupa el que la economía mundial no sufra un colapso.

¿La economía mundial o la economía europea y asiática? Aquel aumento dañó a los países europeos, a la India y al Japón: no exactamente a los Estados Unidos.

No hay duda de ello. Comparada con la economía europea y japonesa, la americana sacó un beneficio de aquel aumento. Lo sacó por dos razones. La primera es que los Estados Unidos importan mucho menos petróleo que los europeos y los japoneses, aparte de que puedan soportar mejor que ellos un aumento de precios. La segunda es que todas las grandes compañías petroleras son americanas y, como he dicho ya, ganan con el aumento. El pasado año, y por primera vez en muchísimos años, la balanza de pagos americana no registró déficit. Y subió el valor del dólar. A poco de eso, sin embargo, ocurrió algo. Ocurrió que gravamos con fuertes impuestos a las compañías petroleras y nos reembolsamos buena parte de sus beneficios. Pudimos inmediatamente reducir el precio del petróleo en cuarenta centavos por barril. Y el valor del dólar retrocedió. Esto dicho, le aseguro que ningún miem-

bro de la OPEP ha pensado ni piensa aumentar el precio para dar gusto a los Estados Unidos.

Después del aumento se produjo un descenso en la adquisición de petróleo, ¿verdad?

Sí, de cerca del 13 por ciento. Y para nosotros es una buena cosa que eso suceda, por cuanto acumulamos menos dinero.

Justo. Ahora bien, ¿y si un día encontrásemos la manera de prescindir de ustedes?

¿En qué forma?

La Unión Soviética no tiene necesidad del petróleo de ustedes, y algunos países comunistas lo exportan. La China no tiene necesidad del petróleo de ustedes, y el Japón ha comenzado a comprárselo a China.

En China hay petróleo, sí, y no sólo para el consumo local: también para la exportación. En realidad, exporta y exportará cada vez más. China es un caso prometedor y es menester desearle buena suerte, pues el petróleo, dondequiera se encuentre, es un bien para la humanidad. Pero yo no me haría excesivas ilusiones: en lo futuro también China puede no exportar sino una pequeña parte de las necesidades mundiales. La Unión Soviética se autoabastece, es cierto. Pero ¿hasta cuándo? Es muy posible que en un próximo futuro la Unión Soviética precise del petróleo árabe: no tiene el que tenía antes, y algunos de sus países satélites han suspendido buena parte de sus exportaciones. Otros, como Rumania y Checoslovaquia, compran su petróleo a Oriente Medio. Yugoslavia, lo mismo. Lo cual es excelente, dicho sea de paso, pues reduce los riesgos de una guerra mundial. Así pues, ¿de qué otra forma pueden ustedes prescindir de nosotros?

Todavía hay mucho petróleo por descubrir, y no todos los yacimientos que se descubran estarán situados en los países árabes o en los de la OPEP.

De acuerdo. Hay petróleo por extraer en Alaska y en el Polo Norte; lo hay a lo largo de las costas occidentales de los Estados Unidos y de las del Vietnam, China y, en menor proporción, dentro de la Unión Soviética. Hay petróleo, finalmente, en el mar Egeo, o, al menos, existen grandes probabilidades de que así sea: digamos que lo hay en cantidad suficiente para motivar un poco de guerra entre Grecia y Turquía. Los depósitos considerables, sin embargo, se encuen-

tran más en Alaska que en otras partes, sin contar los países árabes, como el Irak. Y la enorme mayoría de esos depósitos se halla bajo el mar, a doscientos o a dos mil metros de profundidad. Y la tecnología para extraer petróleo a grandes profundidades submarinas es muy costosa. Y está prácticamente por desarrollar. De todas formas, el país donde existe mucho petróleo por descubrir, y no bajo el mar, sino en tierra firme, ¿sabe cuál es?

No, dígamelo usted.

Arabia Saudí. Por lo menos un sexto de las reservas mundiales por prospeccionar lo poseemos nosotros. Y, de ese modo, la relación de fuerza permanece inalterada. Se lo demostraré con números. En 1974, las reservas mundiales ya prospeccionadas ascendían a 740 mil millones de barriles. De estos, 64 mil millones en los países comunistas y, el resto, en los países que yo defino como pertenecientes al mundo libre. De ese resto, Oriente Medio posee el 67 por ciento, y Arabia Saudí, por sí sola, el 27 por ciento. Los yacimientos por descubrir ascienden a 963 mil millones de barriles. De ellos, 350 mil millones se encuentran en los países comunistas, y 613 mil millones de barriles, en Occidente y en Oriente Medio. Pues bien, un mínimo de cien mil millones de barriles por descubrir se hallan en Arabia Saudí. ¿Cómo podrían ustedes prescindir de nosotros?

Descubriendo otras fuentes de energía.

Tal vez. Y en seguida le explicaré por qué ese «tal vez». Por ahora le diré que en 1973 el petróleo abasteció el 48 por ciento de las necesidades mundiales de energía, y el petróleo y el metano juntos, el 67 por ciento. Prescindir del petróleo es cualquier cosa menos fácil. ¿Y a qué se refiere cuando dice «otras fuentes de energía»? Comencemos por el crudo sintético, que actualmente viene a costar siete dólares por barril en lugar de los 10 dólares con 46 centavos del crudo auténtico. Resolver el problema mediante el crudo sintético es antieconómico porque, mientras que el costo del petróleo disminuye con el aumento de producción, el costo del crudo sintético aumenta al incrementarla. En grandes cantidades viene a costar el doble y hasta el triple del crudo auténtico. Y ahora pasemos a los recursos nucleares. Algunos sostienen que en 1985 las plantas nucleares suministrarán diariamente el equivalente de la energía que en la actualidad proporcionan catorce millones de barriles de petróleo. Es una afirmación verdaderamente optimista. La realidad es que, para que eso ocurra, se precisan las plan-

tas nucleares. Y esas plantas no existen todavía. No sólo eso: construir una planta nuclear requiere un mínimo de diez años. De manera que, para funcionar de tal forma en 1985, tendrían que estar listas ahora. Para que funcionasen en el año dos mil habrían de comenzar a construirse en este momento. ¡Ah! El día en que puedan ustedes prescindir de nosotros se encuentra desventuradamente lejos.

¿Desventuradamente lejos para nosotros o para ustedes?

Para ambos, me temo. ¡Y eso explica aquel «tal vez» de antes! De las fuentes complementarias de energía tenemos necesidad unos y otros porque el petróleo está llamado a extinguirse. Aun teniendo en cuenta todos los yacimientos descubiertos y por descubrir, el petróleo no durará mucho tiempo en la tierra. Especialmente si continuamos gastándolo, o, más bien, derrochándolo al ritmo actual. El problema, pues, no estriba en que vayan ustedes a comprarlo a China o a Alaska, o a cualquier otra parte, ni tampoco en extraerlo de nuevas localizaciones: el problema estriba en que pronto no será suficiente. De nuevo recurriré a los números. Si excluimos a los países comunistas, que son los que tienen las reservas menores y, en rigor, suficientes sólo para su propio consumo, el petróleo por extraer en el resto del mundo suma un total de 1 billón 249 mil millones de barriles. Si se continúa gastándolo al ritmo actual, el petróleo puede bastarnos durante treinta y siete años. Si ese consumo aumenta, como se prevé, un 3,5 por ciento anual hasta 1985, y un 2 por ciento a partir de esa fecha, tendremos, a lo sumo, para treinta años. Ello significa que, si no nos apresuramos a descubrir fuentes suplementarias, en el año dos mil la Tierra sólo tendrá petróleo para otros seis años. Para doce, a lo sumo.

Pero el día que resolvamos el problema mediante las fuentes complementarias, dejaremos de necesitarles.

Ese día seremos tan ricos que nos necesitarán ustedes para otros menesteres. Porque, para ese día, habremos construido nuestro país sobre bases industriales y tecnológicas, y el petróleo que quede lo emplearemos sólo en nuestro propio consumo. Y también nosotros echaremos mano de la energía atómica, de la energía solar. Ya nos estamos ocupando de eso.

Pero ¿cuáles son los países que agotarán antes sus yacimientos?

Argelia, Libia, el Irán. El Irán, por mucho que sea el segundo productor mundial, está extrayendo demasiado. En Oriente Medio, y

aparte Arabia Saudí, los países que extraerán petróleo durante más tiempo son Abu Dhabi, Kuwait e Irak. Abu Dhabi porque, al igual que nosotros, tiene muchas reservas descubiertas y por descubrir. Kuwait porque, aun no pudiendo contar con nuevas reservas, ha rebajado el ritmo de extracción. Y el Irak porque, aunque produce poco, posee inmensas potencialidades. Pero el argumento que importa es otro, a saber, el que mencionaba al principio: las amenazas de ustedes de comprarnos menos petróleo no sólo no nos asustan, sino que nos regocijan. Y no únicamente porque, si nos compran menos, las reservas de petróleo durarán más, sino porque, si nos compran menos, acumulamos menos dinero.

Dinero ya tienen demasiado ¿verdad?

Sí. Y acumularlo en cantidades tales resulta contrario a nuestros intereses. No podemos continuar amontonando dinero y más dinero, a menos que lo gastemos, que lo pongamos de nuevo en circulación. ¿Y dónde gastarlo, sino en Occidente? ¿Quién, sino Occidente, debe ayudarnos a despacharlo rápidamente? Vendiéndonos máquinas, alimentos; haciéndonos industrializar el país. Nosotros, por ejemplo, tenemos un plan para gastar 140 mil millones de dólares en cinco años. Si no materializamos ese plan, nos veremos en apuros. Y ustedes, al mismo tiempo.

He ahí el quid. Querían el dinero y lo han conseguido: arruinándonos. Pero ¿a dónde van a parar esos miles de millones? ¿A dónde? Yo veo muchos relojes por los escaparates de aquí, muchos encendedores de oro, muchos anillos de oro; veo, por las calles, grandes automóviles. Pero no veo casas, no veo auténticas ciudades.

No se puede pretender cambiar a una persona pobre e ignorante de la noche a la mañana, cambiar a un país pobre e ignorante de la noche a la mañana. Esta riqueza la disfrutamos hace menos de dos años, y mientras el dinero líquido no se transforme en casas, autopistas, hospitales, escuelas, y, en suma, lo que constituye la infraestructura de un país civilizado, hablar de riqueza no tiene sentido. En Arabia Saudí ya hemos empezado: nuestro dinero va a parar al Banco central, y, si estudia usted nuestro balance, se dará cuenta de que gran parte de ese dinero se emplea de un modo que dista totalmente de ser frívolo. Construimos una escuela por día, y autopistas a una velocidad fantástica. Aquí los ricos no compran relojes de oro. Llevarlos se opone, incluso, a la tradición. En cuanto a los grandes automóviles, son, a me-

nudo, de segunda mano: Cadillacs comprados en el extranjero por el precio de un Toyota y posteriormente importados al país, ya que aquí no se pagan derechos de aduana, ni tampoco impuestos, y la gasolina no cuesta nada. Naturalmente, aquí se gana dinero rápidamente. Sobre todo, especulando con inmuebles. Comprando inmuebles se puede doblar la inversión en poquísimos tiempo: digamos que en menos de un año.

Y los ricos se hacen más ricos, y más pobres los pobres

¡No! Los ricos se hacen más ricos, lo admito; pero los pobres no se empobrecen más. Se hacen más ricos. El capitalismo según lo entienden ustedes, o sea en el sentido del monopolio, de un hombre o un grupo de hombres que viven a espaldas del interés público, no existe aquí por ahora. Nos hallamos en una encrucijada en que podría presentarse, en eso estoy de acuerdo. Pero tratamos de evitarlo mediante la circunstancia de que la casi totalidad de las actividades económicas se encuentra aquí en manos del gobierno. No hay una sola persona o grupo que las monopolice: las sociedades por acciones sólo pertenecen a los accionistas en un 49 por ciento. El 51 por ciento restante pertenece al Estado, que compra en favor de los ciudadanos y, más tarde, por medio de los beneficios, se reembolsa el dinero prestado. Quien desea, por ejemplo, construirse una casa, se hace prestar por el gobierno el 70 por ciento: sin intereses. Y, más tarde, le restituye sólo el 50. De ese privilegio, como es natural, quedan excluidos los yemenitas, que son ciudadanos de otro país. Los yemenitas que vienen a trabajar a Arabia Saudí gozan de hospitales gratis, medicinas gratis y escuelas gratis: pero no participan de la riqueza de los sauditas. Que, además, insisto, no es más que una riqueza nominal, puesto que consiste únicamente en dinero líquido.

¡Vamos, Yamani!

A riesgo de irritarla, yo sostengo que somos todavía un país pobre. Además de la industria, la agricultura y las infraestructuras de un país civilizado, nos falta, en realidad, el material humano. Es decir, instruido y con especialización. La enseñanza, incluida la universitaria, es gratuita en Arabia. Y hacemos que los jóvenes estudien, y los mandamos al extranjero; pero hacen falta veinte años para obtener un técnico o un licenciado. Entretanto hay que importar ingenieros, técnicos, gente especializada que no sabemos dónde acomodar, porque faltan hoteles. Para construir hoteles se precisa, por ejemplo, de contra-

tistas: pero a los contratistas hay que alojarlos en hoteles. Ése es el círculo vicioso en que nos consumimos. Entre otras cosas, carecemos de cemento. Ahora que el canal de Suez está abierto de nuevo, contamos con comprarlo en Europa; pero hasta ahora teníamos que importarlo de Corea, del Japón y de los Estados Unidos circunnavegando el África. Y nos faltan puertos porque nos falta cemento y porque nos faltan las demás cosas que, siguiendo el círculo vicioso, tendrían que llegarnos a través de los puertos. Nos falta, por último, el agua. Y nos encontramos... ¿cómo decirlo?

Como un rey Midas que muere de sed.

Más o menos. Hace más de mil años teníamos ríos y lagos. Pero luego se evaporaron y hoy no existe un solo río, un solo lago. Existe, únicamente, algún que otro arroyuelo, en las montañas. Desde la época de Mahoma, el país está completamente seco. Dependemos exclusivamente de las lluvias. En los últimos cien años ha caído poquísima lluvia, y, en los últimos veinticinco, casi ninguna. Cuando llueve un poco, a finales de verano o en invierno, la población acude a la carrera trayéndose a los rebaños detrás. Y planta tiendas y bebe, junto con los rebaños, de aquel agua. Pero al poco todo vuelve a secarse, y hay que aguardar a que llueva en otra parte. Las nubes son atraídas por la vegetación, y vegetación no hay; es precisa la lluvia para que surja. Un nuevo círculo vicioso. Sería menester regar, procurarnos un poco de humedad. El rey Feisal soñaba con un proyecto: construir un canal entre el Mar Rojo y el Golfo Pérsico, transformar el norte de Arabia Saudí en una especie de isla. Introduciendo el agua del mar en el país mediante aquel canal, hubiéramos tenido más humedad y, con ello, más lluvia. Además, habríamos ganado una vía de comunicación y hubiéramos podido potabilizar el agua en el interior del país, y no únicamente en las costas. Me hizo estudiar el proyecto. Descubrí que era de un costo elevadísimo, pero técnicamente viable. Luego el rey Feisal murió.

Y bajo tierra ¿no hay agua?

Sí. Estamos dando con ella. Si bien, por lo general, es profunda. Aquí es más fácil, horadando, encontrar petróleo que agua. De todas formas, esos estratos de agua deseamos conservarlos para cuando seamos menos ricos: ahora que podemos permitirnoslo, preferimos procurárnosla mediante la potabilización del agua del mar, o bien construyendo diques y depósitos para aprovechar el agua de lluvia. Para

las necesidades inmediatas, por otra parte, yo tengo un proyecto todavía más simple: comprar agua dulce a los países adonde exportamos petróleo. Una vez descargado el petróleo, los buques cisterna no pueden navegar de vacío. Y actualmente se cargan, para el viaje de regreso, de agua de mar. El resultado es desastroso, porque se trata de agua sucia y, cuando los buques son descargados de nuevo, a su llegada, el agua del mar se contamina y ya no es posible pescar. Si los países consumidores de petróleo nos vendiesen agua dulce y limpia, podríamos llenar con ella los buques cisterna en los viajes de retorno. Por ejemplo, utilizando gigantescas y sólidas bolsas de plástico. A continuación verteríamos ese agua en albercas y lagos artificiales, y la utilizaríamos para la agricultura y la industria. Poco a poco nos iríamos transformando en un país industrial y agrícola. Podríamos conseguirlo en veinticinco años. Y no veo razón para que se negasen ustedes a vendernos el agua. Ustedes tienen necesidad de nuestro petróleo y nosotros tenemos necesidad de su agua. Pongámonos de acuerdo.

Mire, Yamani: esa historia del agua es muy conmovedora. Y, también, interesante porque en Italia tenemos cantidades de agua para darles a cambio de petróleo. Pero todo eso no alcanza a responder a lo que le había preguntado: ¿A dónde van a parar los miles de millones de dólares que los países de la OPEP se embolsillan a costa de nuestro pellejo, es decir, de nuestra inflación?

¿Cómo?

No todos los árabes son juiciosos, como los sauditas, y sabemos bien que en Libia ese dinero se utiliza, por ejemplo, en financiar a los terroristas y a los fascistas en asesinatos en masa como el de Fiumicino. Sabemos bien que los emires se sirven de él para comprarse wáteres de oro u hoteles en Londres. Sabemos bien que el sha lo emplea para comprar, o intentar comprar, Occidente: desde la Pan American a la Fiat, desde la ITT a la Krupp.

Si el sha compra parte de la Krupp, ello redundará en beneficio de la Krupp, de Alemania y del Irán. Y hay mucha fantasía, nutrida por el resentimiento de ustedes, en la historia de los emires que compran superfluidades. Se sienten ustedes, lo sé, invadidos por nosotros; pero es un fenómeno pasajero. Pronto se darán cuenta de que no deseamos realmente invadirles: nos morimos, sencillamente, de ganas de colaborar con ustedes. Y no comprendemos por qué razón no quieren meterse en la cabeza la idea de que tienen ustedes necesidad de nuestro dinero y de que nosotros deseamos invertirlo con ustedes. Yo no creo

que el dinero deba ser invertido en palacios. Mas supongamos que de-see yo comprarme un palacio en Inglaterra: ¿qué mal hay en ello? Comprendo que pueda molestar a algunos, especialmente a los grupos políticos que no quieren buenas relaciones entre árabes y occidentales. Pero ¿qué mal hay en ello?

Planteémoslo así: ¿Y si, en vez de un palacio, quisiera usted comprarse una bomba atómica, como Gadaffi?

Ésa es otra historia de ciencia-ficción que no acierto a creer. ¿Quién aceptaría la responsabilidad de vender la bomba atómica a alguien por el solo motivo de que esté en condiciones de pagársela? ¿Los Estados Unidos? ¿La Unión Soviética? ¿China? ¿Francia? Yo desestimo la posibilidad de que Libia consiga comprarse la bomba atómica. Podría, a lo sumo, construísela; pero tampoco eso es posible sin la tecnología occidental y sin violar el tratado que regula el control del uranio. Y, como antes, ¿quién asume esa responsabilidad? Eso sin contar que, acto seguido, Egipto haría otro tanto, que toda la estrategia mudaría...

Tal vez por eso a Gadaffi le sobra tanto dinero para financiar a fascistas y palestinos que realizan matanzas en masa en Fiumicino.

De eso yo no sé nada. Aborrezco la violencia. De esas cosas me entero por los diarios.

Entiendo. Pero, puesto que aborrece la violencia, ¿no ha tratado nunca de apaciguarlo una pizca?

Con los libios tenemos contactos continuos. Hace apenas unas semanas el primer ministro libio se encontraba en Djedda. Le expusimos nuestros puntos de vista y mantuvimos una larga discusión con él. También Gadaffi viene a visitarnos con frecuencia y... La mayor parte de los árabes no están de acuerdo con su política. Difiere enteramente de la de Assad, de la de Sadat, de la de Arabia Saudí, de la de muchos países. Pero no compartir la opinión de alguien no significa condenarle. Es posible que él crea servir, con su modo de actuar, a la causa árabe. A mi forma de ver, es todo lo contrario.

Entiendo. Y, ya que hablamos de financiaciones, dígame: ¿Cuánto dinero del de ustedes va a parar a los palestinos?

La cantidad exacta no la conozco. Pero nosotros, Arabia Saudí, subvencionamos a Al Fatah. Desde hace mucho tiempo. Desde 1967,

me parece. O más bien desde antes de que estallase la Guerra de los Seis Días.

Usted y Arafat son viejos amigos, ¿verdad? Desde la época en que ambos estudiaban en la universidad de El Cairo. Supongo que le merece un juicio entusiasta.

Yo creo que el problema palestino no puede ser resuelto sin Arafat: quien se oponga a Arafat no ayuda, ciertamente, a la causa de los palestinos. Arafat es un hombre de quien se oirá hablar largo tiempo, aun después de que el problema palestino quede resuelto. Y no porque haya de convertirse un día en primer ministro, o presidente, o comandante en jefe, sino porque tiene madera de líder. Es un hombre responsable, moderado...

Conmigo, cuando lo entrevisté, fue cualquier cosa menos moderado. Gritaba que Israel debe ser eliminado, borrado del mapa.

Si no hubiese sido por la guerra de 1973, la llamada paz de hecho sería hoy impuesta por Israel. Si no hubiésemos utilizado el petróleo como arma política, hoy nadie nos escucharía. Si Arafat no hablase tal como lo hace, los palestinos jamás tendrían un hogar. A veces la gente tiene que hablar de determinada forma, decir ciertas cosas.

Lo cierto es que él no se limita simplemente a decirlo: las pone en práctica. En fechas recientes ha asumido la paternidad de la matanza ocurrida en Jerusalén. Murieron también algunos árabes cuando explotó aquel frigorífico.

Mientras que condenan ciertas acciones palestinas realizadas fuera de Israel, como, por ejemplo, las ocurridas en el aeropuerto de Roma y en las embajadas sauditas de Jartúm y París, ni Al Fatah ni la mayor parte de los árabes consideran que sea terrorismo el actuar en Israel. Porque se da allí un estado de guerra. Israel tiene que meterse en la cabeza la idea de que existe una nación que lleva veinticinco años viviendo en tiendas de campaña. Cuando ya no ocurra eso, no volverá a haber terrorismo en Jerusalén o en Tel Aviv.

De manera que usted absuelve los actos de terrorismo.

Lo que he dicho es que ésa es la actitud de Al Fatah y de muchos árabes.

Pero la suya ¿cuál es?

Resulta difícil expresar ideas cuando uno está cómodamente sentado en una casa.

¿Nunca se le ha ocurrido pensar que en este asunto es posible que las dos partes tengan razón? ¿Ha hablado alguna vez con un israelí sobre el particular?

No he conocido a un solo israelí en toda mi vida. Una vez, cuando estudiaba en Harvard, fui a la biblioteca y vi a Abba Eban, en aquel entonces embajador en Washington. Lo vi de lejos. Y ésa fue la única vez que he visto a un israelí.

Entiendo. Pero ¿reconoce usted, o no, a Israel el derecho de existir en aquella parte del mundo?

Como sauditas declaramos no tener nada que ver con tales decisiones, puesto que no nos afectan. No tenemos fronteras con Israel. Y no nos opondremos a lo que decidan los países vecinos a Israel.

O sea que, si Arafat y esos países determinan barrer a Israel, usted aceptará.

No creo que sea ése el precio. Si Israel acepta los derechos de los palestinos, creo que también los palestinos aceptarán los de Israel. Hay países árabes que ya han reconocido a Israel el derecho de existir manifestándose prontos a firmar un tratado de paz. La de arrojar a Israel al mar es una actitud de la que han desistido los que tienen la paz en alto precio. Lo importante es que Israel acceda a vivir dentro de ciertas fronteras y en paz con los demás deponiendo su política de expansionismo. No tengo dudas acerca del expansionismo de Israel, que viene, por otra parte, demostrado por lo que ocurrió en 1948, en 1956, en 1967, cuando, ocupando el Sinaí y la orilla izquierda del Jordán, dijeron «esto es Israel». El día que Palestina sea reconocida...

¿...Arafat reconocerá a Israel?

Puede que lo haga. Es lo que espero de él.

¿Y cuál es la actitud de ustedes, los sauditas, respecto a la propuesta siria de expulsar a Israel de la ONU?

Si Israel restituye los territorios ocupados, ese problema ni siquiera llegará a plantearse. Expulsar a Israel de la ONU no forma parte de nuestros objetivos. Pero si, en cambio, no restituye los territorios, echaremos mano de todas las armas: desde la ONU al petróleo. Se lo

he dicho ya, y se lo repetiré: cuando se está en guerra, todos los métodos son lícitos. A los sauditas no nos agrada usar el petróleo como arma, y, si me pide mi opinión personal al respecto, le responderé que detesto, verdaderamente detesto, utilizar el petróleo como arma. Es un exceso, y yo jamás llego al exceso cuando puedo recurrir a otras soluciones. Pero nuestra meta es recuperar los territorios ocupados, la paz en Oriente Medio y un Estado para los palestinos. Y, si Israel acepta, no recurriremos a excesos. Si no lo hace, recurriremos a todo: a su expulsión de la ONU, al embargo de nuestro petróleo, al uso de nuestro poder monetario.

Dicho de otra manera, el problema del petróleo sólo se arreglará cuando se arregle el problema palestino.

Exactamente. Se lo garantizo.

Si no, se producirá un nuevo embargo y, con él, la ruina económica. Eso es lo que se dice un chantaje.

No, porque no tiene nada que ver con el precio del petróleo. El embargo es una política que se aplica exclusivamente contra los países que ayudan o apoyan a Israel en el conflicto de Oriente Medio. Como hicimos en 1974. Con los demás países observamos dos conductas distintas: o bien les damos menos petróleo a fin de llamar su atención sobre un problema del que no parecen plenamente conscientes, o bien continuamos proporcionándoles la cantidad de antes. Francia recibió la misma cantidad de antes. Oírles decir que Israel debía devolver los territorios ocupados, nos bastó para reemplazar los suministros. Seguimos imponiendo el embargo únicamente a los que no quisieron decir lo que nosotros pedíamos. Y fue un éxito. Sorprendido por la crisis energética, el hombre de la calle se preguntaba el porqué. Y la respuesta era: «Por causa del problema árabe-israelí».

¿Y cómo reaccionó usted a la amenaza americana de una intervención militar?

Oh, no la tomé en serio. Tampoco la tomó en serio el gobierno saudí. Fue una guerra psicológica, una artimaña encaminada a demostrar que el petróleo que nosotros utilizábamos como arma no era tal arma. Recurrir a una intervención militar para ocupar los pozos petrolíferos de la OPEP hubiera sido un suicidio para los americanos: algo así como echar la bomba atómica sobre Moscú. Antes de destruirnos a nosotros hubieran destruido la economía occidental. En la visita que

nos giró, el propio Kissinger dijo que una acción semejante no entraba en los planes de la política americana. Y Ford lo ratificó.

Usted es muy amigo de los americanos, ¿verdad?

No veo nada de malo en esa afirmación. Pero mire: yo soy amigo de cualquier país que lo sea de Arabia Saudí, o que tenga sus mismos intereses. Que me gustan los Estados Unidos es cosa sabida: he estudiado y vivido allí cuatro años. Pero eso no significa que me arroje a los pies de los Estados Unidos, y, no bien estalla un conflicto de intereses, me convierto en su enemigo. ¿No fui yo quien puso en jaque los beneficios de las compañías petrolíferas americanas? ¿Y acaso no se depreció el dólar por intervención mía?

¿Y Kissinger?

No tengo nada, no, en contra de él. Me merece mucho respeto. Es un hombre muy lúcido, inteligente en extremo, de óptimos reflejos. Y conoce las cosas. No convengo, desde luego, con quienes le acusan de no haber arreglado nada. Opino que ha hecho mucho, y también en Oriente Medio. A veces uno sale airoso sin merecer todo el crédito que se le atribuye por su éxito; y, a veces, uno fracasa sin merecer todas las condenas que se le hacen por ello. Kissinger sigue todavía en movimiento y todavía no es posible emitir un juicio negativo en lo que a él se refiere.

¿También Nixon le complacía tanto?

¿Nixon? Un duro con mala suerte. No merecía tanto infortunio. No merecía lo que le sucedió.

Entiendo. Pero, entonces, ¿por qué dijo a los americanos que los árabes barián volar los pozos petrolíferos en caso de una intervención?

No fui yo quien lo dijo, ni, tampoco, nadie de aquí. No había necesidad de decir una cosa semejante. Y, además, le repito que los americanos nunca nos invadirían. Aparte los rusos, ¿quién podría amenazarnos? Los rusos... Si los rusos quieren Arabia Saudí no tienen más que avanzar. De ellos, ciertamente, no podríamos defendernos. Y observaré que ni siquiera mantenemos relaciones diplomáticas con ellos. Las suspendimos hace más de treinta años, antes de la segunda guerra mundial, cuando descubrimos que se disponía a organizar movimientos comunistas en Djedda con el fin de derrocar nuestro régimen. Y, desde entonces, les tememos tanto que ni siquiera queremos las em-

bajadas de sus países satélites: rechazamos toda relación con cualquier régimen comunista, e incluso con los de izquierdas. Aquí sentimos un inmenso temor hacia el comunismo. Hasta la palabra nos resulta odiosa. Empezando por mí.

Y, sin embargo, cuando estaba en El Cairo, con Arafat, usted frecuentaba grupos marxistas.

Para estudiarlos y comprender que el comunismo destruye al individuo y la dignidad humana, que con los comunistas no tenemos ni una palabra que cruzar.

Entiendo. Pero ¿cómo se las componen para conciliar ese anticomunismo con la alianza que les une a los palestinos y a ciertos países árabes, tan comprometidos con la Unión Soviética? ¿Acaso la Unión Soviética no ha podido penetrar en el Mediterráneo precisamente a través de ciertos países árabes, y de los palestinos?

Ni a través de los árabes ni a través de los palestinos: a través de los israelíes. Si los israelíes no hubiesen obligado a los palestinos a buscar la ayuda de la Unión Soviética, esos lazos no existirían. Sí, Israel es el culpable. Es Israel quien ha proporcionado a los soviéticos el pretexto para entrar en el Mediterráneo. Israel y la política de los Estados Unidos. Y sólo existe un modo de frenar la penetración soviética en el Mediterráneo: resolver la cuestión palestina.

¿Y qué le hace pensar que, resuelta la cuestión palestina, los soviéticos dejarán de interesarse por el Mediterráneo?

Pues es muy simple: que cuando no tengan ya que ayudar a los árabes y a los palestinos, los rusos tendrán que retirarse.

Es decir que su amigo Arafat, que actualmente va a Moscú cuando le parece y no cesa de pedirle dinero y fusiles a Breznev, así como apoyo a la ONU, habrá de decirle ese día: «Muchas gracias, y ya pueden alzar el vuelo». Puede ser que eso no les guste a los soviéticos.

No hará falta que Arafat lo diga. Bastará con que deje de ir a Moscú. Si ahora va es porque le hace falta, porque Moscú le abre las puertas y ustedes no. Si en Francia, en Italia, en Europa, lo hubiesen ayudado, Arafat nunca hubiera acudido a Moscú. Jamás. Y la influencia que hoy ejercen los rusos la ejercerían ustedes. Para obtener influencia en un área geográfica hace falta una base, y la base de la influencia soviética es el conflicto árabe-israelí. Por eso Moscú se

promete verlo durar largo tiempo y no desea realmente la paz en el Oriente Medio. Pero, acabado el conflicto, acabará la influencia. Y Arafat se comportará como ya lo ha hecho, hasta cierto punto, Sadat.

Pero ¿cuál es, según usted, la opinión política de Arafat?

Arafat revelará sus opiniones políticas cuando Palestina sea reconocida.

Muy cómodo. Pero, según usted, ¿es, o no, un hombre de izquierdas?

Oh, no. Yo diría verdaderamente que no lo es.

Entonces todo se explica. Ciertamente debe de ser duro para usted frecuentar a los dirigentes árabes que no comparten las opiniones políticas de Arafat. ¿Conoció usted a Nasser?

Lo vi muchas veces sin que, en verdad, nos hablásemos nunca. Y debo decir que... sí, tenía una personalidad fascinante, pero yo he estado siempre en desacuerdo con lo que hacía y pensaba. A mi modo de ver, no iba ni en interés de su pueblo ni en el del mundo árabe. Yo me siento más a mis anchas con Sadat. Además de muy astuto, es un verdadero estratega. Sadat es el mejor dirigente que podía haberle caído en suerte a Egipto. Pero también me agrada muchísimo Assad. Es racional y objetivo, y un gran líder a su vez.

¿Diría usted lo mismo del rey Hussein, el enemigo de su amigo Arafat?

Nunca he tenido ocasión de celebrar un largo encuentro con el rey Hussein en el que pudiéramos departir con calma. De él puedo decir tan sólo que al rey Feisal le hubiera hecho muy feliz verle recuperar Jerusalén, y que la decisión de Rabat, de dejar a los palestinos la tarea de recuperar para sí la orilla izquierda del Jordán, fue justa. Después de todo, la orilla izquierda del Jordán es territorio palestino, y no jordano.

Lástima que esa sonrisita mefistofélica no pueda grabarla mi magnetófono.

¿Tiene algo más que preguntarme?

Sí, Yamani. Quiero concluir esta conferencia preguntándole algo acerca de la muerte del rey Feisal. Porque fue una muerte muy poco clara. Ustedes se limitaron a decir que fue aquel sobrino loco quien lo mató. Pero nunca precisaron quién armó a aquel sobrino loco.

Que, además, no estaba loco. Se vio en el juicio. Sí, hicimos cuanto estuvo en nuestra mano por investigar responsabilidades ajenas; responsabilidades, digamos, extranjeras. No dejamos piedra por mover; hicimos, verdaderamente, todo lo posible. Pero no descubrimos nada. Ni un solo elemento que nos permitiese concluir: detrás del asesino se hallaba alguna otra persona; fue tal o tal país que lo instigó a matar. Él no admitió nunca estar en combinación con otros o haber actuado por cuenta ajena. Que el porvenir pueda proporcionarnos otros indicios es algo que yo no sé. Pero lo dudo. Y, en todo caso, hoy sólo puedo decir que, hasta donde yo sé, hasta donde sabemos, no hay nadie más implicado. De acuerdo: estar convencido es otra cosa. Pero tendría que saber cosas que no sé, y que nadie sabe en este país, para afirmar que estoy convencido de ello. El caso, para nosotros, está cerrado.

A veces se cierra un caso porque conviene cerrarlo. Y las especulaciones...

Cuando un gran hombre como Feisal es asesinado, resulta difícil creer que ello se deba a la acción de un solo hombre. Y así es como nacen las especulaciones. Pero un criterio no puede basarse en especulaciones y éstas, si no sirven de alguna forma a la averiguación de la verdad, acaban por ser abandonadas. No olvide que yo soy abogado; mis razonamientos se apoyan en los hechos y, en ausencia de éstos, no saco conclusiones. Nos sentiríamos más que felices de descubrir la verdad, si ésta difiriese de la que hemos aceptado.

¿Aunque incriminara a un país amigo?

Un país que hiciese matar a nuestro rey no sería un país amigo. Y me da la impresión de que usted trata de formular un juicio a base de una especulación como si tal especulación fuese un hecho; o, lo que es lo mismo, insinuando que tras el asesinato del rey Feisal se ocultan los Estados Unidos. De manera que, sabiendo la verdad, perderíamos un amigo. No, semejante especulación no se basa en ningún hecho. No.

Como usted quiera. Y, ahora, dígame: Usted es uno de los pocos que vio morir al rey, ¿cómo es que nadie consiguió impedir el asesinato?

Todo sucedió de improviso. Cuando oí los disparos era ya demasiado tarde. Cuando el homicida fue detenido había ya disparado tres veces a la cabeza del rey. Y yo no lo vi ni cuando entró ni cuando disparó. Estaba yo junto al rey, que recibía en ese momento a un ministro de Kuwait, pero no miraba en dirección a la puerta. Miraba en di-

reacción al rey. Y aun después de los disparos mi reacción fue volverme hacia el rey, no hacia el asesino. El rey cayó a tierra y yo me incliné sobre él, pero nuestros ojos no se encontraron. Los suyos miraban a lo alto. El rey dijo: «Amrak», que significa «la voluntad de Dios», o, más bien, «hágase la voluntad de Dios». Y no dijo ya nada más. Creo que ni siquiera vio quién le había matado, aunque no creo que para él hubiese modificado nada el saber que lo había hecho su sobrino. Lo demás... lo demás fue dolor. Conmoción y dolor.

Usted interrogó después al asesino y siguió de cerca el juicio. ¿Tiene idea de cuáles fueron sus opiniones políticas?

Era de izquierdas. Y creo poder decir que lo que buscaba era, más que la muerte de un hombre, la muerte de un régimen. O, más bien, de un sistema.

Lo cierto es que el rey Feisal no era el único sentenciado a morir aquel día. El plan consideraba la muerte de cinco personas, casi todas ellas pertenecientes a la familia real, y una de ellas era usted. ¿Sí o no?

Pero el hecho de que quisiese dar muerte a un sistema, y no a un hombre o un grupo de hombres, ¿no le indujo a sentir un mínimo de respeto por él?

De ninguna clase; era un fanático. Quería destrozarlo todo como se destruye un juguete. Era un criminal.

Usted estaba presente cuando se cumplió la condena de muerte por decapitación. ¿Cómo se comportó él?

Ni con orgullo ni con dignidad. No afirmaría ni lo uno ni lo otro. Estaba asustado, eso sí. Pero no miré con excesiva atención. No en ese momento, quiero decir. No me encontré en ello. Traté de pasar por alto los detalles. Y si quiere usted saber qué sentí, se lo diré: algo que no deseo volver a sentir y que quisiera no haber sentido. Por lo demás, mi asistencia fue poco menos que casual. Había acudido al palacio de justicia para entregar los documentos firmados por el rey Kaled, los que autorizaban la ejecución tras confirmarse la condena después de la apelación, y fue así como vi... Pero deberíamos dejar esta conversación. Hiere mis sentimientos. Me hace ver nuevamente la sangre.

Vamos, que usted pertenece a un país donde la justicia se administra

cortando pies, manos y cabezas. No me dirá que nunca había visto una ejecución.

Vi una anteriormente, en Egipto, cuando estudiaba Derecho. Una ejecución por la horca. Aquí, en cambio, decapitan. Y yo detesto la sangre. Al ver cómo caía la espada sobre la cabeza del hombre que había dado muerte al rey Feisal, sólo la idea de que se había hecho justicia compensó mi aborrecimiento por la sangre. Yo creo en la pena de muerte, sobre todo para ciertas comunidades. Si aquí, en el mundo árabe, no se aplicase la pena de muerte, el crimen proliferaría. Es necesaria: no sólo como castigo, sino como medida precautoria. A los hombres, cuando son ignorantes, o se les asusta o se les educa. Como es natural, se les está educando; pero, entretanto, se les asusta por medio de todas las medidas posibles.

Yamani, ¿nadie le ha dicho nunca que es usted un auténtico reaccionario?

Sí, me lo dijeron una vez; pero no creo serlo. Y diré más: también yo estoy dispuesto a creer en la democracia, o, mejor dicho, creo en ella. Pero el concepto que ustedes tienen de la democracia no es aplicable a todos los países. Yo no deseo la democracia que trae consigo el caos. Y lo mismo aplico a la libertad. La libertad que se goza en cierto tipo de sociedades. Va, de todas formas, concediéndose: a pequeñas dosis, por sus pasos contados. Es imposible introducir cambios drásticos en una estructura social. Por eso nunca han triunfado las revoluciones, y las cosas, en el fondo, continúan como antes. La evolución nunca es revolución, y los verdaderos cambios son aquellos que se producen lenta y suavemente. Claro está que hacen falta cambios: ¿acaso no es la vida un continuo cambiar? El rey Feisal, por ejemplo, cambió muchas cosas: abolió la esclavitud, hizo obligatoria y gratuita la enseñanza escolar y la universitaria. Pero manteniendo intacto el sistema. Quería cambiar el país sin destruir el sistema. Ésa es otra de las razones de que su muerte haya dejado un vacío y de que se advierta su ausencia.

¿Trata de decir que su muerte ha modificado algo?

No, la política del país es la misma. El sistema es demasiado fuerte para languidecer a consecuencia de la muerte de un jefe. Se producirán, tal vez, cambios de procedimiento: las nuevas personas no hacen nunca las mismas cosas de la misma manera. Pero, en esencia, nada ha

cambiado y nada cambiará. La máquina es una máquina que funciona y funcionará largo tiempo: sin aventuras.

Tanto más cuanto que usted detesta la aventura, ¿no es así?

Detesto el juego. Lo odio. Sí, lo odio. Deteriora el alma. Yo nunca he sido jugador. Jamás.

De eso ya me había dado cuenta. Pero ¿no juega usted algunas veces? ¿Al menos, como ministro del petróleo? ¿Por ejemplo, cuando nos sube los precios y nos chantajea?

Jamás. Se trata, siempre, de un riesgo calculado. Oh, yo calculo bien mis riesgos. Al milímetro. Y, cuando los asumo, quiere decirse que he tomado todas las precauciones para reducirlos al mínimo posible. Casi a cero.

Djedda (Arabia Saudí), agosto 1975

William Colby

Más que una entrevista fue una riña, exasperada y exasperante, angustiosa y maligna, en vano envuelta en el ropaje cortés de la conversación. Allende el juego de las preguntas y las respuestas, allende el pretexto del periodismo, la realidad nos hacía a entrambos conscientes de nuestros papeles de enemigos enfrentados. Él representaba el poder, el pólipo invisible y omnipresente que domina y atenaza todo. Yo, su víctima. Él creía en el derecho a espiar, a inmiscuirse, a corromper, a derribar gobiernos, a organizar complots, a matar, a someterme incluso a mí a control: grabando, por ejemplo, mis conversaciones telefónicas. Yo creía en el derecho de ser dejada en paz para administrar por propia cuenta la libertad que me es debida. De esta forma, el rencor con que le había agredido diciéndole en seguida que mi país no era una colonia suya, una de sus repúblicas bananeras, le contagió de inmediato. Y ya no fue posible hallar un punto de entendimiento, de mutua tolerancia. Cual dos insectos empeñados en vulnerarse, en herirse, en despedazarse, pasamos horas echándonos en cara reproches, acusaciones y crueldades. (Prejuicios ideológicos, lo llamaba él.) Y el espectáculo tenía algo de absurdo, de rayano en una sutil demencia. Emponzoñada por la pasión y la rabia, mi voz temblaba a veces. La suya, por el contrario, permanecía imperturbable, controlada, segura. El único signo de hostilidad partía de sus ojos color celeste, inmóviles cual los de un ciego, que a trechos se iluminaban de silenciosa ferocidad sin que sus labios dejaran de sonreír, sin que cesaran sus manos de servir, suaves, el café. En determinado momento me pregunté a quién se parecía aquel hombre de hielo que me mortificaba. Y la respuesta fue fácil. Recordaba a un cura de la Inquisición, o a un funcionario del Partido Comunista soviético. Que es, a fin de cuentas, la misma cosa. Había yo visto cierta vez, en los periódicos, la fotografía de Suslov. Y William Colby poseía su misma mirada, su misma nariz, su misma boca. Tenía, incluso, el mismo largo, seco, elegante cuerpo de Suslov. La misma despiadada compostura. Cometí, al final, el error de decirle que me recordaba a Cunhal. Con Cunhal tenía sólo en común el fanatismo y la ausencia de esa maravillosa virtud que se llama duda. (Cada palabra suya cumplía el propósito de patentizar su odio ciego, incontrolable, no sólo hacia los comunistas sino hacia quienquiera se manifestase de izquierdas.)

William Colby: durante veintiocho años funcionario eminente de la CIA, director de la misma por espacio de dos años y medio. Su verdadero retrato se encuentra en el perfil que él hace de sí mismo. Lo transcribo. «¿Cómo se llega a jefe de la CIA? Por casualidad, *by chance*. ¿Y por qué se ingresa en la CIA? Por aventura intelectual. Mi padre era oficial del ejército. Tenía un elevado sentido del deber. Yo lo he heredado, junto con el gusto por los viajes y el amor por América. La familia de mi padre llegó aquí, procedente de Inglaterra, en 1600. La de mi madre lo hizo doscientos años más tarde, partiendo de Irlanda. Fui concebido en Panamá, nací en Minnesota, y pasé al-

gunos de mis primeros años en China, en Tien Tsin. Al cumplir los dieciocho, me trasladé a Francia para aprender el francés. Aunque los he olvidado un poco, sé el francés, el noruego, el alemán, el italiano y el vietnamita. Me licencié en Derecho y me proponía ejercer de abogado. ¿Por qué, en lugar de eso, me hice espía? No fue, a buen seguro, por diversión. No he leído nunca una novela de James Bond. Sólo leo textos políticos, de historia, de filosofía, acerca del marxismo, del leninismo. La cosa ocurrió así. Durante la segunda guerra mundial yo era oficial en Oklahoma. Reclutaba soldados. Pero no quería seguir la guerra de lejos, desde Oklahoma. De manera que me alisté voluntario al cuerpo de paracaidistas. Tenía veintidós años. Un día se presentó alguien de la OSS¹ que buscaba paracaidistas voluntarios para ayudar a la Resistencia en Europa. Yo no tenía nada mejor que hacer, y acepté. Me destinaron a Francia y a Noruega. En esos países combatí con los partisanos. Operaciones de sabotaje, etcétera. Terminada la guerra, y como la OSS fuera disuelta, me puse a trabajar de abogado. Pero, habiendo estallado la guerra de Corea, volví a los servicios secretos, a la CIA. Después de Corea, pasé algunos años en Italia. Luego, en Washington y en diversos países del mundo. Estuve dos veces en Vietnam: en la época de Diem y en el período 1969-70, en que estuve al frente del programa Phoenix.» Naturalmente, no menciona que el programa Phoenix aniquiló, a menudo mediante el asesinato, a más de veinte mil personas del vietcong. Y, cuando se lo recordé, sostuvo que veinte mil almas no son demasiado: en batalla cae más gente. No mencionó que ninguna de las tragedias ocurridas en los últimos años le era ajena: estaba complicado en la de Chile, en la de Chipre, en la de los curdos. Eso sólo por citar dos o tres. Admitió, sin embargo, haber sido el principal sustentador de las ayudas económicas a los demócratas y socialdemócratas italianos. Y esto era muy importante teniendo en cuenta que acudí a él, sobre todo, para interrogarle acerca de la corrupción ejercida por la CIA en mi país.

La entrevista-riña se produjo en la modesta villa cercana a Washington donde vivía en compañía de su mujer y de sus dos hijos menores. (Los dos mayores estaban casados, y el primogénito, de treinta y cuatro años, ejercía de abogado.) Estuve dos veces con él: durante una larga mañana de un viernes y a lo largo de toda la tarde de un domingo. Ni en la primera ni en la segunda ocasión se abandonó a un solo gesto de descortesía o de impaciencia; ni en la primera ni en la segunda ocasión buscó en forma alguna apremiarme. En todo momento se mostró cortés, elegante, dueño de sí mismo: perfecto. La misma conducta que había observado ante el senador Church y el diputado Pike cuando lo interrogaban a petición de los comités parlamentarios de investigación. El escándalo surgido en aquella circunstancia en torno a los delitos de la CIA, y las dimisiones que le habían exigido, no consiguieron minarle los nervios: ¡cómo iba a trastornárselos yo! Mantuvo su sangre fría incluso cuando, publicada en casi todo el mundo, la entrevista suscitó un clamor semejante al que había provocado yo con las que hiciera a Kissinger y a Cunhal. En realidad, y tanto ante la televisión como ante la prensa, declaró que el texto de la entrevista demostraba que la entrevista

1. Siglas de *Office of Strategic Services*, Oficina de Servicios Estratégicos. (N. del T.)

había sido gloriosamente ganada por él y lastimosamente perdida por mí, y que por qué no intentaba yo entrevistar al jefe de la KGB. Más tarde, y para demostrarme hasta qué punto era liberal y lo poco que le había afectado mi insolencia, tomó la iniciativa de dirigirme cartitas de indulgente simpatía y bonachón reproche por mi «anarquismo» y mi «izquierdismo», no dejando, sin embargo, de reconocer que era yo una periodista fiel y honesta. En una de ellas me decía: «Podremos estar en desacuerdo, y la verdad es que usted y yo estamos en gran desacuerdo, pero creo beneficioso para la sociedad libre el que sea posible disputar e intercambiar ideas sin sentir miedo uno de otro». Jamás le contesté para preguntarle qué entendía él por sociedad libre y por intercambio de ideas ajeno al miedo. Es verdad que ni sentí ni siento miedo de él ni de su CIA, pero debo confesar que, viendo su firma, experimentaba, siempre, una especie de escalofrío.

No dejo de darme cuenta de que la CIA ofrece, en todo caso, la ventaja de dejarse entrevistar, y la KGB, no: la observación de Colby era justa. Pero no es fácil olvidar la sensación de amenaza que experimenta uno al sentirse y saberse vigilado por aquella organización, como a mí me ocurre hace años. E ignoro si Colby estará al corriente de ello, puesto que la cosa sucedió cuando él era de nuevo un ciudadano civil, pero hay indicios de que la CIA no fue ajena al asesinato de Alejandro Panagulis. Y, por más que pueda herir injustamente al señor Colby, debo decir que eso fue lo primero que me vino a la mente cuando, en las Navidades de 1976, recibí una gentil tarjeta suya de felicitación. Una tarjeta que mostraba a la Virgen en manto azul abrazando tiernamente al Niño Jesús.

ORIANA FALLACI.— *Los nombres, señor Colby. Los nombres de los miserables que han aceptado, en Italia, dinero de la CIA. Italia no es una república bananera de la United Fruits, señor Colby, y no es justo que la sospecha se cierna sobre toda la clase política. ¿No cree que Pertini, el presidente de nuestra Cámara, esté en su derecho de querer conocer esos nombres?*

WILLIAM COLBY.— No, porque nuestra House of Representatives ha dicho, con su voto, que los nombres deben permanecer secretos, y porque la CIA debe proteger a sus socios, debe proteger a quienes colaboran con ella. Como es natural, la decisión de dar o rehusar esos nombres corresponde al gobierno de los Estados Unidos, y yo no hablo en nombre del gobierno. Hablo en nombre de la CIA. Pero mi opinión es que no, mi consejo es que no. Nada de nombres. Es lo menos que puedo hacer para respetar el acuerdo con la gente que trabajaba con nosotros. En su Parlamento pueden hacer cuantas investigaciones les plazca: ¿no existe, acaso, una policía encargada de indagar? Quien se sienta blanco de sospechas no tiene más que decir: «no es

cierto. Yo no he recibido dinero». Para mí, perfecto. Yo no puedo sacrificar a algunos para que otros queden libres de sospecha. Yo he prometido guardar secreto, y lo guardaré porque, si rompiese mi promesa, no podría ya dirigirme a nuevas personas. Sería fácil actuar por proceso de eliminación, responder «no» a seis nombres que usted me propusiera y «no comment», al séptimo. Conseguiría usted lo que anda buscando. ¿Por qué no acude a los rusos con la misma pretensión? ¿Por qué no le pide al gobierno soviético los nombres de los comunistas italianos que aceptan dinero de Moscú? Los soviéticos hacen exactamente lo que hacemos nosotros. Tienen problemas idénticos a los nuestros.

De los rusos hablaremos más tarde. Hablemos ahora de la CIA, señor Colby. Si yo, una ciudadana extranjera, me presentase aquí para financiar un partido americano y a veintuno de sus políticos, amén de algunos de sus periodistas, ¿qué...?

Cometería usted un acto ilegal y, si me enterase de ello, la denunciaría al FBI para que la arrestase.

Bien. Así pues, yo debería denunciar a la policía italiana a usted, a su embajador y a sus agentes, y hacerles arrestar.

Yo no digo eso.

¿Cómo que no? Si es ilegal que yo corrompa, digamos, a un señor Pike o a un señor Church, ¿no es igualmente ilegal que usted corrompa, digamos, a un señor Miceli?

Yo no digo que usted corrompiese. Digo que actuaría contra mi ley.

¿Pero también usted ha actuado contra la mía, señor Colby! ¿Y sabe qué añadiré? Que sólo hay un tipo más repugnante que el corrompido, y es el corruptor.

La gente de la CIA no corrompemos. Si en su sociedad tienen un problema de corrupción, eso existía ya mucho antes de que la CIA llegase. Corromper significa dar dinero a quien hace cosas para nosotros, y nosotros no proporcionamos dinero por ese motivo. Nosotros damos dinero a quien no dispone del suficiente para hacer las cosas que quiere. Fundamentalmente apoyamos a los regímenes democráticos y, entre los muchos países que así deberían comprenderlo, está Italia. Ha sido la ayuda americana la que por espacio de treinta años ha impe-

¿ido que Italia cayese en un comunismo autoritario. Y hemos tenido éxito sosteniendo a los partidos del centro democrático. Siempre.

A sus «clientes», como usted los llama en el informe Pike. El diccionario inglés-italiano, señor Colby, traduce precisamente por «cliente» la palabra «client». Pero ¿qué significa «cliente» para usted?

Bueno... pues... Lo mismo que para un abogado... ¿Qué hace un abogado por su cliente? Lo ayuda... Sí, clientes de abogado.

O sea que usted se considera abogado de los democristianos y los socialdemócratas italianos.

Justo. Digamos que... No. No quiero comentar ningún caso en particular.

¿Por qué? ¿Es que, tal vez, me hubiera respondido con un embuste?

Yo no digo embustes. Y sufro cuando me acusan de hacerlo. No los digo, verdaderamente. A veces callo cosas, a veces me niego a dar una información, guardo el secreto. Pero nada de mentiras, ni aunque quisiera. El Congreso no me lo permitiría, ni tampoco el Senado, ni tampoco la prensa. Con el jefe del Intelligence americano no ocurre lo que con los jefes del Intelligence de otros países, a quienes les permiten negar cosas ciertas. Aquí el Intelligence procede de acuerdo con la ley, no al margen de ella. Y, para salir del paso, precisa decir «no comment». Mas, en lo concerniente a la ayuda conómica a partidos democráticos, quiero hacerle yo una pregunta: ¿hubiera sido o no justo que América hubiese ayudado a los partidos democráticos en contra de Hitler?

Le responderé rápidamente, señor Colby: en Italia no hay ningún Hitler. Y aquellos ochocientos mil dólares que el embajador Graham Martin quiso entregarle al general Miceli, con la bendición de Kissinger, no acabaron, ciertamente, en manos democráticas. Fueron a parar a las de los secuaces de Hitler.

No quiero comentar ninguna operación específica de la CIA, pero le diré que siento un profundo respeto por el embajador Martin. Hemos estado juntos en muchas partes del mundo y le considero un hombre fuerte, un hombre que adoptaba siempre las medidas y las responsabilidades justas en interés de los Estados Unidos. Además, creo que tocante a esta clase de actividades la CIA puede tener un punto de vista y nuestro gobierno, otro distinto. No es la CIA quien decide;

quien decide es el Presidente. No olvide que en cada una de esas operaciones la CIA está al servicio del gobierno, sigue sus instrucciones. A veces, éstas son aceptables, y, a veces, no. Pero la CIA, cualquiera que sea el caso, las observa con rigor. Por lo menos, y hasta hace un año, es decir, hasta cuando se aprobó la nueva ley, el Presidente podía llamar al director de la CIA y decirle: «Haz esto y no se lo digas a nadie».

O sea que fueron Nixon y Kissinger quienes quisieron dar aquel dinero a Miceli: la CIA estaba, en verdad, en contra de ello. Si les ve usted, deles las gracias por las bombas que los fascistas fabrican con ese dinero.

No puedo hablar de esto. Sé, sin embargo, que los fascistas cuentan sólo con un 1,8 por ciento de los votos y que, si bien existen entre ellos elementos muy extremistas, no corren ustedes ciertamente el peligro de una nueva marcha sobre Roma. Sé que el peligro lo encarnan, para ustedes, los comunistas. Y sé que, desde el final de la guerra, los de la CIA no hemos hecho otra cosa que ayudar a las distintas fuerzas democráticas contra la amenaza comunista. Y eso viene ocurriendo hace veinticinco o, más bien, hace treinta años.

Con el resultado de que los comunistas se encuentran ahora a las puertas del gobierno y que con cada elección ganan votos. Pero: ¿piensa usted que ese dinero ha sido bien gastado? ¿Le parece que ha sido inteligente su Intelligence?

Por lo regular, no gastamos en tonterías nuestro dinero. Ciertas cosas no se consideran a base de un único y exclusivo factor. En el presente caso, el 33 por ciento obtenido por los comunistas en las últimas elecciones. Y puede que no hayan sido perfectas las intervenciones americanas en Italia después de la segunda guerra mundial, lo cual no impide que hayamos sido útiles. Positivos. Me estoy refiriendo, también, a la NATO y al Plan Marshall. Cuando yo estaba en Italia, en 1953, la gente viajaba en Vespa. Ahora viaja en automóvil. Hoy viven ustedes mejor de como vivirían de haber vencido los comunistas en 1948 o en 1960. El italiano medio vive mejor que el polaco medio, o sea que la política americana no ha sido un error en Italia. Hemos hecho un buen trabajo. Cuando dicen pasarlo mal repiten las mismas cosas que ya decían en 1955. Ya entonces gritaban que el gobierno era pésimo y que todo se venía abajo. En Italia ven siempre las cosas de manera catastrófica, se sienten, siempre, al borde del precipi-

cio. En 1955, no obstante, no ocurrió la catástrofe. Y tampoco ocurrirá ahora. Porque existen buenos italianos.

Que ciertamente no son sus clientes, señor Colby.

Yo hablo de la gente normal.

¿Cuál era el político que más le complacía cuando estuvo usted en Italia?

Yo diría que De Gasperi. Pero no puedo decir nombres. No debo. No conocía, por lo demás, a muchas personas importantes... Era un joven funcionario y mi trabajo consistía más bien en recoger información y, puesto que hablaba italiano, estar en contacto con los grupos políticos. Sólo puedo decirle que yo estaba, en aquella época, en favor de la apertura hacia la izquierda. Sí, una apertura hacia los socialistas. Me merecían respeto. Y me lo merecen todavía, porque los socialistas son occidentales, son europeos, creen de veras en la libertad y en la democracia. En los años cincuenta pensaba yo que habían cometido un grave error aliándose con los comunistas, pero también pensaba que no mantendrían, a la larga, aquella alianza. Y por eso, sí, estaba en favor de una apertura hacia ellos. Pero en aquel tiempo éste no era el factor decisivo de la política americana en Italia.

Ya. Entonces estaba de embajador la señora Claire Boothe Luce. ¿Hasta qué punto, en cuanto CIA, operaba usted y opera en colaboración con la embajada USA?

Trabajaba mucho con la embajada, claro está. Era el agregado para asuntos políticos: *political attaché*. Siempre se trabaja con las embajadas. La mayor parte de las informaciones las recibimos a través de nuestras embajadas. Y la señora Luce hacía un buen trabajo. Un excelente trabajo. Sigo siendo amigo de la señora Luce. Una mujer interesante, capacitada.

Sobre todo para injerirse en los asuntos de mi país cual si se tratara de una colonia suya. Pero no sólo a través de su embajada trabajaban ustedes en Italia; todos sabemos que el verdadero pied-à-terre de la CIA en Italia es el SID¹. Y le preguntaré: ¿Con qué derecho se permite usted espiarme en mi casa utilizando los servicios de mi país? ¿Con qué derecho, por ejemplo, intervienen mi teléfono?

1. Siglas del Servizio Informazioni Difesa. (N. del T.)

Porque, de esa manera, yo sé lo que ocurre en el mundo. En cuanto a la intervención telefónica, mire... a mí me han intervenido muchas veces, y en muchos países, el teléfono, estoy seguro de ello. Y nunca me ha importado. Y aunque ahora lo tuviese intervenido, cosa que dudo, no me importaría lo más mínimo. Al menos, en el plano emocional. No veo nada de malo en el intento de comprender qué es lo que pasa en el mundo, qué piensa la gente, y qué hace. No se trata, en modo alguno, de espiar la intimidad ajena: se trata de saber si tiene usted una pistola apuntada hacia mí, o cualquier arma que pueda dañarme. Usted, en suma, me pregunta: ¿tiene o no un país el derecho de utilizar su Intelligence en otro mediante actividades clandestinas? Bien, en todos los países existe una ley que responde que no. Pero es algo que se hace en casi todos los países. Porque moralmente tiene uno el derecho de intentar averiguar lo que ocurre y, de tal modo, protegerse. Es ilegal, pero uno tiene derecho a ello.

Veamos si he comprendido bien. Usted considera ilegal, pero legítimo, actuar a través incluso de los servicios secretos de otro país. El mío, por ejemplo.

Depende. A veces es otro Intelligence el que nos ayuda. Depende de la política del país de que se trate. En ocasiones dos países comparten un mismo interés; se sienten, por ejemplo, muy unidos a sus aliados y muy inquietos por la posibilidad de una infiltración. De esa forma trabajamos juntos.

Lo que decía. ¿Es cierto o no que la mejor colaboración de la CIA con el SID fue la huida de Moscú de Svetlana Stalin?

No puedo decirlo. No debo, sobre todo en este período de investigaciones, hablar de nuestros socios y nuestros contactos con los servicios secretos extranjeros. Si lo hago, si lo hiciera cualquiera de nosotros, no volverían a fiarse de nuestro Intelligence. Un servicio de Intelligence no debe revelar nada acerca de sus socios. No puede darse usted idea de cuánto ha perjudicado a la CIA lo sucedido. Inmensamente. En el mundo entero. Hay gente que ahora dice: «Pero ¿cómo puedo yo estar con ustedes? ¿Puedo de veras confiarles mi vida? ¿O se lo contarán ustedes todo al Senado y al Congreso?». Son muchos los que nos han vuelto la espalda. Mucha gente que trabajaba con nosotros nos ha dicho no, basta, no continúo. Nos lo han dicho, incluso, ciertos servicios secretos extranjeros: no, basta, les proporcionábamos abundante material secreto; pero, de hoy en adelante, no volveremos

a proporcionarles nada. Hemos perdido gran cantidad de colaboración, gran cantidad de agentes.

¿Agentes, nada más, o también clientes?

También clientes. Algunos nos han dicho: «Por amor de Dios, no nos den ustedes nada más, que luego lo cuentan». Gente nueva y gente de antigua data. Se han sentido traicionados. Los de la CIA hemos batallado mucho para mantener secretos sus nombres, y creo que lo hemos conseguido. Pero la publicidad en torno a este asunto nos ha hecho, de todas formas, mucho daño. Y éstas son las cosas que no le ocurren a la KGB. En Italia tienen ustedes un montón de agentes de la KGB. Muchos. Entre ellos, también italianos, naturalmente. Prescindiendo del hecho de que pueda contar con el Partido Comunista italiano, la KGB lleva a cabo un gran esfuerzo en Italia. Un esfuerzo muy enérgico. Nadie, sin embargo, pide a la KGB que revele sus actividades, o el nombre de sus agentes, de sus clientes. Nadie le pide que se comporte de una manera democrática y liberal. A la KGB no se le reprochan operaciones; de la KGB nada se sabe: ni los aciertos ni los fallos. ¿Quién acusa a la KGB de injerirse en los asuntos internos del país de usted?

Usted se equivoca, señor Colby. La santa verdad es que no les queremos ni a ellos ni a ustedes. Estamos hartos de unos y otros.

Bien, bien. Pero, entonces, ¿por qué no hablan del dinero que los comunistas perciben por el comercio con la Europa del Este? Todo el material que entra y sale del país por razón del comercio con la Unión Soviética y los países satélites pasa por agencias que dan una comisión a los comunistas italianos. Es un buen sistema. Complicado, pero bueno. Perfeccionarlo ha requerido treinta años. ¿Qué diría usted si América mantuviese con Italia un comercio estatal por el que diera comisiones a un partido?

¿A la CIA no se le ha ocurrido hacer eso? ¿No se les ha ocurrido a embajadores tales como Martin? ¿No se les ha ocurrido a firmas como la Lockheed, la Gulf, la Esso?

Es extraordinaria su manera de racionalizar y llegar, indirectamente, a la conclusión de que los otros son buenos muchachos, criaturas bondadosas, inmaculadas, exquisitas. Los soviéticos dan una comisión sobre su comercio con Italia a determinadas personas que, luego, la hacen llegar al PCI, y usted dice: es lo mismo. Sí, es lo mismo que hi-

cieron en Polonia a fin de que el PC polaco llegase al gobierno y, más tarde, al poder. Siempre se comienza de esa manera: se ayuda con dinero al partido comunista, el partido accede al gobierno, luego al poder, y allí se queda. ¡Pero ay de que se quede en forma distinta de la deseada por la Unión Soviética! Llega una comisión de Moscú, se sientan a una mesa con el comité, y le explican que «es preferible comportarse bien». ¿Querría usted que Italia acabase así? Y supongamos que en Italia la corrupción exista sólo de una parte, de una parte y nada más; supongamos que los comunistas italianos sean buenos muchachos, honrados: ¿les permitiría, por eso, acceder al gobierno? ¿Correría usted, por eso, un riesgo semejante? Nómbrame un país que haya sido comunista y no lo sea ya. ¡Uno solo! Uno donde el PC haya accedido al poder y, posteriormente, siguiendo las reglas del juego democrático, se haya retirado cediendo a otro partido el derecho de gobernar. ¡Nómbrelo! ¡Uno! ¡Uno solo!

Señor Colby, ¿qué harían ustedes, los americanos, si los comunistas ganasen las elecciones en Italia?

¡Nombre un país! ¡Uno nada más!

Señor Colby, ¿organizarían un golpe, como en Chile?

¡Un país! ¡Un solo país! ¿Rumania? ¿Checoslovaquia? ¿Hungría? ¿Polonia?

Respóndame, señor Colby: ¿Un segundo Chile?

¿Y si, luego, no volviese a haber elecciones? ¿Y si, luego, ocurriese lo que ocurrió con Hitler y con Mussolini? Pero ¿es que no se da cuenta de que si durante todos estos años los comunistas se han avenido al juego democrático era porque les convenía? ¿No comprende que, mientras fueron minoría, el sistema democrático les era útil? Pero ¿cree usted de veras que, cuando lleguen al gobierno, continuarán siendo democráticos? Ésa no es gente que diga: «puesto-que-sois-buenos-chicos-os-dejamos-mandar-un-poco». Su centralismo democrático no tiene nada que ver con la democracia. Y ustedes tienen mejores maneras de resolver sus males que dejándoles ganar las elecciones. Recuérdele. O ustedes jamás volverán a ganar otras.

Es posible, incluso, que tenga usted razón. Pero le recordaré que son ustedes mismos, los americanos, quienes arrojan a los países en los brazos de los comunistas: comprando, corrompiendo, protegiendo en todo el mundo a los

fascistas. América, señor Colby, es la mayor fábrica de comunistas que existe en el mundo.

Eso es un insulto dictado por los prejuicios ideológicos, y yo lo rechazo.

Rechace, rechace. Pero dígame: Conforme a las informaciones que como jefe de la CIA ha recibido usted en todo momento, ¿ve alguna diferencia entre el PC de Cunhal y los PC de Carrillo, de Marchais, de Berlinguer?

El PCI es lo mismo que era ya en épocas de Gramsci y de Togliatti, es decir, un partido que intenta tender un puente entre el sistema soviético y el occidental tratando de vivir un poco en uno y otro campo. Existe una ambivalencia en el PCI. Y los comunistas franceses, como los españoles, no hacen sino imitarlo. El PCI ha pretendido siempre ser muy revolucionario para mantener el ritmo totalitario, y, al mismo tiempo, ha pretendido siempre ser muy italiano para llenar el vacío con el resto de Italia. Lo que usted en realidad quiere preguntarme es si creo o no en ciertos hombres del PCI cuando afirman estar en favor del pluralismo, etcétera. Mi respuesta es la siguiente: no conozco a esos individuos, pero la cuestión no estriba en tener, o no tener, fe en los individuos. La cuestión estriba en sus imperativos políticos. Actualmente, frente a una Europa occidental relativamente unida, fuerte y protegida de los intereses americanos, el imperativo político de los comunistas es formar parte de la Europa occidental. Mañana, si a la Europa occidental se le presentan problemas económicos, o se produce un cambio de liderazgo en la Unión Soviética, su imperativo político puede variar. Y pueden tornarse más autoritarios y más leales a los soviéticos.

Recientemente, el PCI, el PCE y el PCF han atacado con cierta claridad a la Unión Soviética.

Oh, eso es fácil. También lo hizo Checoslovaquia en 1968. En desquite, han apoyado a la Unión Soviética en muchas ocasiones, y continúan manteniendo con Moscú relaciones excelentes. La política de esos partidos proclama que no deberían existir ni la NATO ni el Pacto de Varsovia. Lo más sencillo, por el momento, es eliminar la NATO. Librarse del Pacto de Varsovia resulta duro. Los comunistas italianos buscan reducir la contribución de Italia a la NATO diciendo, bien, del Pacto de Varsovia nos ocuparemos después. Pero ¿en qué quedaría la colaboración entre militares italianos y americanos, entre

el gobierno italiano y el americano, el día que tuviesen ustedes un primer ministro comunista? ¿Cree de veras que existiría una colaboración en interés de la NATO? Yo pienso que surgirían muchas dificultades.

Puede. Pero repetiré la pregunta a la cual no quiere usted responder: ¿Qué harían los americanos si en Italia los comunistas accediesen al gobierno?

No lo sé. Eso compete a la política de los Estados Unidos. No lo sé.

Sí que lo sabe, señor Colby. ¿Un segundo Chile?

No necesariamente. No sé... Es una pregunta hipotética, no puedo responderle. Depende de demasiados factores. Podría no suceder nada, podría suceder algo, podría producirse algún error.

¿Un error como el de Chile? Coraje, señor Colby. ¿Cree que sería legítimo para los Estados Unidos intervenir en Italia con un Pinochet si accediesen los comunistas al gobierno?

No creo poder contestar a esa pregunta. En todo caso, su Pinochet no está en América. Está en Italia.

Lo sé; pero necesita de ustedes. Sin ustedes, no puede planear nada. Señor Colby, yo trato de hacerle admitir que Italia es un Estado independiente, ¡no una república bananera, una colonia suya! No pueden hacer ustedes continuamente de polizontes del mundo. ¿Está claro?

Claro pero equivocado. Déjeme que le explique. Después de la primera guerra mundial, América vivió un fenómeno de rechazo. Dijimos que la guerra había sido un error, que se había hecho mal, y tuvimos un período de inocencia. Redujimos nuestro ejército a algo así como 150.000 hombres, quisimos una diplomacia abierta, y el Secretario de Estado disolvió el Intelligence alegando que los caballeros no leen cartas dirigidas a otros. Nos dispusimos, en suma, a vivir en un mundo de caballeros y proclamamos nuestra intención de no volver a injerirnos en asuntos extranjeros. Surgieron problemas en Europa, y no intervínimos. Surgieron problemas en Manchuria, y no intervínimos. Sobrevino la guerra de España, y nos declaramos neutrales. Hasta promulgamos una ley acerca de nuestra neutralidad. Pero no funcionó. Y se nos vinieron encima problemas económicos, y aparecieron líderes autoritarios que se creían con el derecho de dominar a sus

vecinos, y estalló la segunda guerra mundial y hubimos de entrar en ella. Terminada la segunda guerra mundial, volvimos a las andadas: en 1945 disolvimos el ejército, disolvimos la OSS y dijimos Paz. Comenzó, sin embargo, la guerra fría. Pronto se hizo patente que Stalin no iba a seguir el camino que habíamos trazado. El comunismo ruso tornóse una amenaza en Grecia, en Turquía, en el Irán. Y así aprendimos la lección. Reagrupamos nuestros servicios secretos dándoles el nombre de CIA y, mediante ella, el Plan Marshall y la NATO, contuvimos la expansión autoritaria de la Unión Soviética. Liberales y conservadores aunados, convencidos unos y otros, esta vez, de la necesidad de ayudar a los países extranjeros. Yo era uno de aquellos liberales. Netamente radical ya de joven, yo...

Caramba. ¿Y cómo ha hecho para cambiar tanto?

Clemenceau dijo que, si de joven uno no es radical, es que no tiene corazón, y que, si de viejo no es conservador, es que no tiene cabeza. Pero permítame concluir. La NATO funcionó. La contención del expansionismo soviético funcionó. El plan de subversión de los partidos comunistas se vio neutralizado. Y eso no fue tomar partido por los fascistas, no fue un enfrentamiento de las derechas con las izquierdas. Fue la búsqueda de una solución democrática. Y fue la política americana lo que la CIA abrazó y observó a partir de entonces diciendo que estábamos prestos a luchar, a cualquier precio, por la libertad. Es verdad que... bueno, sí: en el curso de esta lucha a ultranza se presentaron, y se presentan, situaciones en las que intervenían líderes nacionales de cariz más bien autoritario. O más autoritarios de lo que la gente deseaba.

Desde Franco a Caetano, desde Diem a Thieu, desde Papadopoulos a Pinochet. Sin contar a todos los dictadores fascistas de la América Latina. Los torturadores brasileños, por ejemplo. Y así pasaron ustedes a ser, en nombre de la libertad, sostenedores de todos aquellos que por su parte matan la libertad.

Como en la segunda guerra mundial, cuando, ante la mayor amenaza que representaba Hitler, apoyamos a la Rusia de Stalin. Sí, de la misma, exacta manera en que trabajamos entonces con Stalin, ocurre que trabajamos ahora con... en fin, que tengamos que trabajar, tal vez, con algún otro. De los años cincuenta en adelante, la expansión comunista fue a ocupar el puesto de la amenaza nazi, y nosotros... Bien, apoyando a algún líder autoritario contra la amenaza comunista queda

siempre la opción de que el país de aquel líder autoritario llegue a ser democrático en el porvenir. Con los comunistas, en cambio, el porvenir no ofrece esperanzas. Por eso no veo motivo de escándalo en determinadas alianzas nuestras. A las alianzas se llega siempre para afrontar una amenaza mayor. Y para nosotros, los americanos, el comunismo sigue siendo la mayor de las amenazas. Mi gobierno, es verdad, reconoce al de Pinochet como legítimo gobierno de Chile. Pero no acepto yo acaso que doscientos millones de rusos vivan sometidos al comunismo soviético? Además, Pinochet no pretende conquistar el mundo. ¿Quién se inquieta por Pinochet?

Se lo diré yo, míster Colby. Se inquietan, sobre todo, los chilenos que desde hace más de dos años vienen siendo encarcelados, perseguidos, torturados y muertos por él. Luego se inquietan los que en la libertad creen de veras no, como usted, de palabra. Finalmente se inquietan los países que, como el mío, temen convertirse en un segundo Chile. Gracias a ustedes, los americanos.

Usted se equivoca, precisamente, en escoger a Chile como ejemplo. Si lee atentamente el informe senatorial sobre Chile, publicado pese a mis objeciones, verá que a partir de 1964 nosotros nos limitamos a ayudar al centro democrático contra un Allende que se decía asociado con Castro y con los comunistas. La CIA no tomó parte en el derrocamiento de Allende en 1973. El comité senatorial no halló pruebas de una colaboración nuestra a partir de 1970.

¿De veras? ¿Y la financiación de las huelgas? ¿Y las intervenciones de la ITT?

Bien, un poco de dinero sí fue entregado: una contribución infinitesimal. Lo dimos por mediación de otra gente, es decir, de un grupo que, luego, lo hizo llegar a otro grupo. Una cosilla de nada. Lea mis denegaciones ante el senador Church cuando digo: «Con una excepción, en 1970, que duró seis semanas».

Yo diría, más bien, que «comenzó» en 1970: el 11 de noviembre, cuando Nixon y Kissinger llamaron a Richard Helms, a la sazón jefe de la CIA, y le ordenaron derribar a Allende mediante la organización de un golpe.

Duró sólo seis semanas... Y no tuvimos éxito... El resto de nuestro programa en Chile fue de ayuda a las fuerzas del centro democrático contra la amenaza de las izquierdas. Nuestra política no preveía derro-

car a Allende en 1973. Esperábamos las elecciones de 1976, en la confianza de que fuesen ganadas por las fuerzas democráticas. No ayudamos a Allende, desde luego, pero somos inocentes del golpe de 1973. Ese golpe lo originó el propio Allende, que estaba destruyendo la sociedad y la economía chilenas, que se comportaba de modo antidemocrático, que suprimía la prensa de oposición, que se comportaba de manera anticonstitucional, como así lo declararon tanto el Parlamento como el Tribunal Supremo, que...

Pero ¿qué diablos está usted inventando, señor Colby?! Pero ¿cómo se permite falsificar así la historia? ¿Pero si la prensa de oposición hostigó a Allende hasta el último momento!

Que Allende fuese democrático es una opinión personal de usted. Él mismo declaraba su propósito de suprimir la oposición, la burguesía. ¡Suprimir! Era un extremista, su Allende, un opresor. Me consta. Yo tengo buenas informaciones.

Si todas sus informaciones son como ésa, comprendo, señor Colby, por qué se pone la CIA en ridículo con tanta frecuencia. Pero yo quiero que usted, que lucha en nombre de la democracia, me diga lo siguiente: habiendo ganado democráticamente las elecciones, ¿tenía o no Allende el derecho de gobernar su país?

Bien, verá...

No titubee, señor Colby. Respóndame.

¿Acaso no ganó Mussolini las elecciones? ¿Y gracias a ellas no se convirtió Hitler en canciller de Alemania?

Usted no puede mostrar tanta mala fe, señor Colby. Usted no puede comparar a Allende con Hitler y con Mussolini. Eso es fanatismo.

Yo no soy fanático. Yo creo en una democracia occidental liberal.

¿En qué forma? ¿Matando? Hábleme del asesinato del general Schneider, el jefe del Estado Mayor de Allende.

Los de la CIA tenemos muy poco que ver con el asesinato del general Schneider. Poquísimo... Está escrito en el informe senatorial sobre Chile: el grupo que intentó raptarlo no era, visiblemente, el mismo que recibía las armas de la CIA. Es la consabida historia de aquellas seis semanas. Oh, su manera de ver a la CIA es verdaderamente paranoica. Usted se comporta como la prensa americana cuando se excita

a causa de la Pistola Negra, aquella de las flechas, de que habla el senador Church. Un arma que nunca fue usada, nunca. Ah, son ustedes, la gente de la prensa, quienes arrojan fango sobre la CIA, quienes falsen, quienes tergiversan. En el curso de nuestras actividades en el extranjero, algunos, como es natural, han perdido la vida... Es natural... Agentes nuestros y, también, personas del otro lado de la barricada... Pero de asesinatos, nada. Conozco a mis colaboradores y puedo asegurarle que son buenos americanos, auténticos patriotas que luchan para proteger a su país... por el derecho de defender la libertad...

¿Por qué no ejercen ese derecho con Pinochet?

Toda nación tiene que elegir según le convenga, y, además, éstos son asuntos que atañen a mi gobierno. Usted no lo comprende porque parte de una actitud ideológica. Yo no soy ideológico, soy nacionalista y pragmático. Y como buen pragmático le diré que a los Estados Unidos concierne determinar dónde quiere prestar ayuda y dónde no. Estábamos en nuestro derecho de apoyar a los adversarios de Allende, al igual que lo estamos, en Europa, de ayudar a quienes se oponen al avance comunista. La CIA viene haciendo eso hace treinta años, repito, y lo hace bien. E Italia, repito, constituye el mejor ejemplo de ello.

Dígame, señor Colby: ¿En nombre de qué pragmatismo ha ocurrido nunca que la CIA recomendase a su gobierno el diálogo con los comunistas italianos y europeos?

¿Un diálogo? No veo cómo puede existir un diálogo entre nosotros y ellos. Además, sus posiciones son notorias: conocemos su política, sus programas. La buena fe de un individuo no nos interesa: un hombre de buena fe siempre puede ser reemplazado por otro. En cuanto a sus promesas... También Gromiko hacía promesas. Y Molotov. Y Vishinski. Promesas solemnes.

O sea que fue la CIA quien recomendó que no se concediesen los visados a Segre y a Napolitano cuando los invitó el Council on Foreign Affairs.

No me parece conveniente indicar a los comunistas que estamos abiertos a su compromiso histórico. O, lo que sería todavía peor, a un compromiso histórico entre el PCI y los Estados Unidos. No, no acepto esas cosas. No acepto a gente que, una vez en el poder, reducirían su amistad hacia los Estados Unidos. No siento ninguna clase de simpatía por ese tipo de gente.

¿Y el viaje de Almirante a Washington?

Ésa es una pregunta que debe dirigir al Departamento de Estado, no a mí. Yo no conozco a ese Almirante. Sé, tan sólo, que es un fascista situado fuera del centro democrático. Y los fascistas no me gustan. La CIA no tiene nada que ver con su viaje a América. Yo no sabía nada sobre el particular.

Pero ¿cómo?! Con todos los espías que tienen ustedes en los partidos italianos ¿se vio privado de una información semejante? Porque cuentan ustedes con espías en los partidos, ¿verdad? Hasta en el PCI.

Tenemos, naturalmente, el mayor interés en conocer sus planes futuros y secretos. Queremos, naturalmente, saber qué dirección siguen, y si son sinceros cuando dicen que quieren permanecer en la NATO. También la KGB cuenta, tocante a eso, con sus espías. Nuestras informaciones, no obstante, las obtenemos, también, por muchos otros medios: leyendo, por ejemplo. Tome usted esa racionalización del compromiso histórico. Leyéndola bien se comprende que debajo de los discursos tácticos se esconde una declaración estratégica. De manera que todos esos discursos pueden, en dos años, verse sustituidos por una visión estalinista de la historia. No olvide que Stalin no halló obstáculo en firmar, y romper luego, un acuerdo con Hitler. Yo creo en la utilidad de leer lo que la gente dice querer hacer. Quizá lo haga. Si hubiésemos leído con mayor atención el *Mein Kampf* de Hitler...

Señor Colby, usted me está presentando a la CIA como una asociación de boy-scouts que pasan la mayor parte de su tiempo en la biblioteca. Ustedes, por de pronto, son espías...

Un momento. Sí: en épocas pasadas el Intelligence era únicamente espionaje. Mata Hari y toda la historia. Hoy, en cambio, el Intelligence es un proceso intelectual que consiste principalmente en acumular informaciones que se centralizan y someten al estudio de especialistas. Informaciones que se obtienen de la radio, de la prensa, de los libros, de los discursos. Por eso nos llamamos Central Intelligence Agency. Además de eso, existe la electrónica, están las computadoras, está, en suma, la tecnología. Y en los últimos quince años la tecnología ha cambiado de tal forma el Intelligence que ya no es necesaria la Mata Hari que roba el secreto para dárselo al general. Lo que quiero decir es que antes nos preguntábamos cuántos misiles podían tener los soviéticos. Ahora los contamos, sabemos cuál es su potencia, cuál su

alcance... Existe todavía, naturalmente, el trabajo clandestino, sobre todo en los países cerrados. Pero el antiguo Intelligence, como sistema de secreto total, está acabado. Y la palabra espía es una mala representación de la idea porque, precisamente, el Intelligence no significa tan sólo espionaje. Significa análisis, tecnología. Un quehacer mucho más importante, mucho más fascinador que el trabajo al estilo Mata Hari. Y es eso lo que convierte a la CIA en el mejor servicio secreto del mundo.

¿Mejor que la KGB?

Oh, la KGB es otra cosa. La mayor parte del trabajo de la KGB se desarrolla en la Unión Soviética, donde hace las veces de FBI, de CIA, de policía estatal, de gendarmería y de todo. Naturalmente existen, además, las otras actividades. Aquí, en los Estados Unidos, en la época de los espías atómicos, llevaron a cabo algunas buenas operaciones. Verdaderamente excelentes. Como cuando reclutaron a una muchacha de la sección de contraespionaje de nuestro Departamento de Justicia, quien les reveló todo lo que sabíamos acerca de los espías de ellos. Una óptima operación, óptima. ¿Y cuando instalaron un transmisor en el tacón del zapato de uno de nuestros diplomáticos? También aquél fue un golpe excelente. Ésa, sabe usted, es gente que trabaja para su gobierno, y el hecho de que yo no esté de acuerdo con su filosofía no significa que no les crea capaces de realizar un trabajo competente. Como es natural, hay que hacer un distinguo entre su habilidad y sus objetivos. Si la primera puede ser *óptima*, los últimos pueden ser pésimos. De todas formas, le diré que en la actualidad la propia KGB está copiando los sistemas de la CIA. También los rusos empiezan a ver en el Intelligence un proceso intelectual, un estudio sofisticado, un análisis.

La CIA, señor Colby, es, además, una cosa peor. Es una fuerza política secreta que organiza complots y golpes de Estado. Es un instrumento que castiga a quienquiera esté en contra de los intereses o de la política de los Estados Unidos. Es...

Lo que usted menciona representa sólo el cinco por ciento de nuestro balance. Tan sólo un cinco por ciento de él va a nuestras actividades políticas y paramilitares. Actividades secretas, claro está, y necesarias, en el mundo en que vivimos. Seamos realistas: un poco de ayuda a unos cuantos países, a unos cuantos amigos, puede impedir el desarrollo de una crisis seria y, tal vez, la tercera guerra mundial. En los

años cincuenta, aquellas actividades constituían el treinta por ciento de nuestro balance. En los años ochenta podemos, si el mundo continúa, como así parece, evolucionando hacia el totalitarismo, volver a ese treinta por ciento. O, tal vez, más. Pero, hoy por hoy, es sólo cinco por ciento. Y por eso forman ustedes esa injusta polvareda. Injusta, sí. ¿Acaso no es preferible defenderse financiando a unos poco que haciendo la guerra?

Sí, pero aquí no se trata de mera financiación. Se trata, por ejemplo, de asesinatos en las personas de líderes extranjeros. Hablo de sus venenos de sus ampollas bacteriológicas destinadas a matar a Castro, a Lumumba.

En 1973, antes de que explotase este asunto, yo cursé órdenes precisas contra los proyectos de asesinato. Son numerosas las propuestas de asesinato que he rechazado en multitud de ocasiones durante mi carrera, pero, sobre todo, desde que me convertí en jefe de la CIA. Siempre he dicho que el asesinato era un error. Pero muchos le responderían que si en 1938 se hubiera asesinado a Hitler, el mundo andaría hoy mucho mejor.

¡Y dale con Hitler! Castro no es Hitler.

Castro permitió a la Unión Soviética instalar misiles nucleares en Cuba, sometiendo, con ello, a la amenaza nuclear a todas las ciudades americanas que quedan al sudeste del Mississippi.

¿Y eso le autorizaba a usted a matar a Castro?

Le aseguro que, en la Italia del Renacimiento, mucha gente, dentro y fuera de la Iglesia, discutía el pro y el contra del tiranicidio. Es más: la discusión comenzó algunos siglos antes, con los griegos y los romanos. ¿Cómo murió Julio César? ¿Cómo morían los príncipes de los distintos Estados italianos? El asesinato era un arma política y, como tal, no fue inventado en América ayer por la mañana. Por favor, no venga usted a moralizar para mí. No se ponga en pie, como italiano, para darme lecciones de moral sobre este argumento.

Lecciones de moral, tal vez no. Si bien es cierto que, personalmente y en 1976, me asisten todos los derechos para hacerlo. Lecciones de historia, se las daré. Recordándole que César fue muerto por un romano, no por un americano. Y que Pericles erigía monumentos a los griegos que mataban un tirano griego, no a los americanos que mataban cubanos.

Pero Vercingetórix fue muerto por César, y Atilio Régulo por los

cartagineses, y una serie de caudillos extranjeros por Lucrecia Borgia. Yo no busco justificaciones. Digo que es algo que siempre se ha hecho, y que es difícil para un país dar lecciones de moralidad a otros.

Son ustedes los que afirman ser más morales que los demás. Son ustedes quienes se presentan como el Arcángel San Gabriel. Democracia, libertad y toda la historia. ¿Abora busca usted refugio bajo las faldas de Lucrecia Borgia?

Puede que nuestra moral no sea perfecta; pero es superior a la de los demás. En todo el mundo la política americana es considerada un faro de libertad, y las calumnias que vierten ustedes sobre la CIA cumplen el único propósito de injuriar a América. He trabajado durante veintiocho años en la CIA y estoy en condiciones de afirmar que en esos veintiocho años son muy pocas las cosas que no debiéramos haber hecho. Por ejemplo, violar el correo. Sí, hubo una época, en los años cincuenta, en que abríamos las cartas que se expedían a la Unión Soviética o que llegaban de ella. Había un motivo para ello: América estaba cuajada de espías soviéticos. Aun así, no debiéramos haber...

¿Pero quién habla de correo! ¿Aquí se habla de asesinatos, señor Colby!

La CIA jamás ha asesinado a nadie. Ni aun a Diem. Es injusto acusarnos de asesinato. Hubo casos en que nos dispusimos a intentarlo, es verdad. Pero nunca lo conseguimos. Nunca pusimos en práctica nuestros planes.

Aunque dijese usted la verdad, señor Colby, ¿no le parece vergonzoso que la CIA tratase planes para matar a sus adversarios, a la manera de Al Capone?

Sea ello atinado o no, la gente hace esas cosas en todo el mundo. Proyectos para eliminar a jefes de Estado existen en todo el mundo. Yo lo sé. Me consta... Y repito que siempre me he mostrado contrario a la idea de matar de esa forma. Lo convertí en una regla, en 1973. Por haberme propuesto cosas semejantes, he despedido personalmente a algunos directores de la CIA. Les he dicho: «¡Se guardará usted de hacerlo!». Esto aclarado, le citaré unas palabras de Jefferson: «El árbol de la libertad ha de ser regado cada veinte años con sangre de tiranos».

Total, hacer-de-necesidad-virtud. ¿Es religioso usted, señor Colby?

Sí, mucho. Soy un católico practicante y escrupuloso.

¿De los que asisten a misa todos los domingos por la mañana?

Sí, desde luego. Tampoco hoy he faltado.

¿De los que creen en el paraíso y en el infierno?

Sí, por supuesto. Yo creo en todo lo que dice la Iglesia. ¿Por qué?

Por nada. Hábleme de la mafia. Del uso que la CIA hace de la mafia.

¡Un caso! ¡Un caso nada más! ¡En 1960! ¡A causa de Castro! Cuando Castro se hizo con el poder en Cuba, consideramos la posibilidad de trabajar con personas que todavía tenían ciertos amigos en la isla. Gente de la mafia, quiero decir. Amigos de la mafia. Y contratamos a esas personas que, conforme a nuestro proyecto, debían intentar la muerte de Castro. Pero fue muy... Vaya, que no funcionó. Allen Dulles y McCone eran, en aquella época, directores de la CIA. Y McCone dijo no saber nada del asunto.

Pero Bobby Kennedy lo sabía. Y, por tanto, también lo sabía John, el Presidente. ¿Sabe qué pienso? Que quien más desprestigiado sale de estas revelaciones no es la CIA. Son los presidentes de los Estados Unidos.

Las revelaciones demuestran que la CIA no ha sido nunca un elefante furioso, un Estado dentro del Estado, un gobierno fuera del gobierno, sino que ha trabajado siempre como órgano de la política americana. Y, ahora que el país atraviesa un período de revisionismo, la CIA se ha convertido en cierto modo en cabeza de turco de ese revisionismo... No hay pruebas demasiado evidentes de que los presidentes desearan determinadas acciones específicas; en algunos casos, ni siquiera resulta claro que el presidente estuviera enterado. Lo que los hechos indican, sencillamente, es que la CIA operaba dentro de los límites de una política que parecía autorizarla a llevar ciertas cosas a cabo.

Lo cierto es que, de Eisenhower a Nixon, no hay uno que se salve. Y, durante el mandato de Johnson, ¿qué bribonada organizaron ustedes? Ah, sí: el golpe de Papadopoulos.

La CIA no apoyó, repito: no apoyó, el golpe de los coroneles en Grecia. Los coroneles... es cierto: no los repudiamos. Pero tampoco los sostenemos. Digamos, en suma, que trabajamos con ellos. Después de que Papadopoulos asumiera el poder, mantuvimos con él una *liaison* que tenía por objeto el intercambio de informaciones. Y también

con Joannidis mantenía la CIA la misma relación con idéntico fin. El resto son fábulas. Mantener buenas relaciones con un líder autoritario no significa, en forma alguna, apoyarlo. Ah, usted no quiere aceptar una imagen de la CIA que discrepe de la que su imaginación ha creado. Me recuerda usted el cuento de los ciegos y el elefante. ¿Sabe a qué me refiero? Llega un elefante y cuatro ciegos se le acercan. Uno le palpa la trompa y dice: «Es una lanza». Otro le toca una pata y dice: «Es un árbol». Un tercero le agarra el rabo y dice: «Es una serpiente». Y va el cuarto y, tocándole el costado, proclama: «Es un muro». Y ninguno de ellos se daba cuenta de que, en conjunto, se trataba de un elefante. Parte de la culpa, ciertamente, nos alcanza a nosotros. El Intelligence debería ser secreto total. Cuando Schlesinger se convirtió en director de la CIA, dijo: «¿Por qué no hay, en la autopista, un cartel que indique el edificio de la CIA?». Y le respondimos: «Lo había; pero Kennedy, cuando llegó a la presidencia, nos ordenó retirarlo porque juzgaba ridículo que un servicio secreto se anunciase mediante un cartel en la autopista». A lo cual replicó Schlesinger: «Vuélvano a poner». De manera que lo volvimos a poner y... Pero ¿acaso no depende la democracia del secreto? ¿No es el voto secreto, por ventura?

Con todo eso, es usted, precisamente, quien ha infringido el secreto. ¿No se ha arrepentido nunca de haber revelado tantas cosas a los comités de investigación? ¿Podía haberse negado a ello?

Por supuesto que nunca me he arrepentido de haber dicho la verdad. Jamás he experimentado dudas o vacilaciones en cuanto al deber de contestar a sus preguntas con la verdad. En cuanto a rehusarme a prestar testimonio, no hubiera podido hacerlo ni aun queriendo. La ley me ordenaba hablar. No tenía elección. Ni confiaba, tampoco, en que mis revelaciones fueran tenidas en secreto. Pero no esperaba que ciertas cosas fuesen objeto de tal sensacionalismo. Lo cierto es que no resulta cómodo vivir en una sociedad abierta, como la americana. Considere el caso de Richard Welsh, el agente de la CIA a quien mataron en Atenas. ¿Sabe cómo sucedieron las cosas? Ahora hará un año, un funcionario llamado John March envió aquí, a Washington, un artículo en el que afirmaba saber cómo hacen las diferentes embajadas para identificar a los que trabajan para la CIA. Y lo demostró. ¿Es que podíamos impedirlo? No. ¿Podíamos impedir que fuesen publicados los diferentes nombres? No. Nuestra legislación es débil en ese sentido. Para que el informe Pike no fuese publicado fue necesaria

la intervención del Parlamento. Y, para que el Parlamento llegase a eso, fue necesaria la muerte de Welsh. Una pérdida enorme para nosotros, los de la CIA. Enorme. Era un agente sobremanera hábil.

¿Había estado también en Chile?

No lo sé; había estado en diversos países de América Latina.

Hablemos un poco del informe Pike. Ya en el informe Church la CIA presenta una pésima figura. Pero en el Pike, seamos sinceros, la estampa pasa cumplidamente de estúpida. Y no se sabe, ni más ni menos, si refr o llorar.

El informe Pike es totalmente parcial, absolutamente prejuzgado y escrito con la intención de desacreditar a la CIA. El informe Church, es decir, el que se refiere a Chile y a los asesinatos, es bastante justo. El de Pike es... es... ¡Ni siquiera sé lo que llegó a decir! Pike afirma que el espionaje de la CIA es tan malo que, si América hubiese de ser atacada, no lo sabríamos con el tiempo suficiente. Es una declaración falsa. Insensata. Irresponsable. Lo que Pike afirma no procede ni siquiera de sus investigaciones: procede de nuestras propias críticas. Él no ha hecho sino coger nuestros papeles y copiarlos. ¡Pero no los papeles que hablaban de nuestros éxitos, sino aquellos que daban cuenta de nuestras faltas de éxito! Tome, por ejemplo, el Oriente Próximo. En la primavera de 1973 nosotros dijimos a nuestro gobierno que, como no se interviniese políticamente, era probable que se produjera una guerra en el Oriente Próximo. Y aportamos todas las informaciones que sustentaban esa tesis. La tarde del 5 de octubre apreciamos las cosas de otro modo: «Hay ciertos signos que indican que no se producirá la guerra. En conjunto, pues, creemos que no habrá guerra». De acuerdo, este segundo despacho fue un error. Meses antes, sin embargo, habíamos dicho que había una posibilidad de guerra, y en la CIA no leemos el porvenir en una bola de cristal, ¿no? No sabemos con total seguridad lo que ha de suceder mañana, ¿no?

Para un Intelligence que se ufana de ser el mejor del mundo, el error, señor Colby, me parece más bien gordo. Casi tan gordo como el que cometieron en Checoslovaquia al «perder», durante dos semanas, al ejército soviético, con lo cual tuvo que ser el embajador soviético quien dijera a Johnson lo que estaba ocurriendo. En cuanto a Portugal... Tampoco sabían nada acerca de Portugal.

Sabíamos algo, por más que diga el señor Pike. Sabíamos que había

disensiones en el ejército, sabíamos que había malestar. Y así se lo dijimos a nuestro gobierno. Portugal, mire... Como con la guerra entre árabes e israelíes, uno puede conocer el panorama general e incurrir, en resumidas cuentas, en pequeños errores. A Portugal no le seguíamos con detalle porque en aquella época no era importante.

Pero luego lo han seguido bien, ¿no?

Oh, sí. Claro. Ahora, no faltaría más, sabemos todo lo que sucede. Uno no da hoy en día demasiada importancia a lo que ocurre en la Antártida en la actualidad. Pero, si estalla una guerra en la Antártida, las cosas cambian.

Me refiero a todos aquellos alborotos en el norte de Portugal cuando los católicos se rebelaron a Cunhal. Una pequeña intervención de la CIA; ¿eh?

La gente como usted ve a la CIA debajo de todos los divanes. La ve, incluso, en los concursos para la elección del perro más bonito del año. Pero eso, se lo repito, supone sólo el cinco por ciento de las actividades de la CIA. El tiempo no nos da para estar presentes en todas las aldeas del mundo. Portugal... ¿qué quiere que le diga de Portugal? Es lógico imaginar que, más adelante, trabajamos de firme sobre lo que estaba sucediendo.

Una ayudita aquí, una ayudita allá...

«No comment.» Ni acerca de Italia ni acerca de Portugal ni acerca de ningún país en concreto.

¡Vamos, señor Colby, no pretenderá hacerme creer que Italia es el único país donde la CIA ha gastado millones! ¿Por qué no me habla, por ejemplo, de Alemania?

Ciertas comparaciones no son posibles. Cada país es un caso aparte. Nosotros nos preocupamos, y siempre nos hemos preocupado, por todos los países europeos. Europa es muy importante para los Estados Unidos. Toda ella. Y yo no diría exactamente que Italia sea el país donde más hemos tenido que trabajar. En cuanto a Alemania... Alemania tiene bastante dinero ella misma. Lo único que puedo decirle es que el lugar del mundo donde mayor éxito hemos tenido los de la CIA es, indiscutiblemente, la Europa occidental. Un programa verdaderamente logrado.

*¿Quién quiso, señor Colby, que dejase usted la dirección de la CIA?
¿Kissinger?*

No. Kissinger ha sido siempre un gran favorecedor del Intelligence. Entre él y yo ha habido momentos de acuerdo y de desacuerdo; pero no somos, ciertamente, enemigos. De Kissinger no puedo decir sino lo mejor: creo que ha sido un excelente Secretario de Estado y que merece un premio Nobel de la Paz. Otro más. Sí. Por el Oriente Próximo. Yo estoy fuera de la CIA porque el Presidente me hizo saber que tenía otro trabajo que proponerme y... El Presidente puede tener muchas razones para cambiar al jefe de la CIA. Es un privilegio suyo y... Me ofreció otro trabajo, pero yo lo decliné. Le dije que podía servir mejor a la CIA escribiendo un libro acerca de lo que la CIA es en verdad y... Por lo demás, yo fui el primero en decir, cuando se iniciaron las investigaciones senatoriales, que hacía falta una cara nueva en mi puesto. Le aseguro que no guardo ninguna amargura.

Ya lo veo. Nada quebranta su gelidez, su imperturbabilidad.

No soy, lo admito, un emotivo. Algunas cosas, sin embargo, me hieren. Como cuando fui nombrado jefe de la CIA y un grupo anónimo llenó Washington de carteles en los que se me calificaba de asesino. Aquello me lastimó. Mucho. Tanto como usted, cuando dice que la CIA es una asociación de asesinos. Durante semanas enteras mis hijos hubieron de sufrir aquellos carteles y...

¿Ha ocurrido alguna vez que sus hijos le llamen «puerco reaccionario»?

Reaccionario... no. Conservador, si acaso. Tenemos discusiones en la familia. Mis hijos estaban en contra de la guerra del Vietnam, figúrese usted, y... Yo no niego ser un conservador. Voté por Nixon. Y aun hoy en día pienso que, en cuanto a política internacional, fue el suyo un trabajo espléndido. Piense en China, en...

... en Chile, en Chipre, en la ayuda económica a los democristianos y a los socialdemócratas italianos. Señor Colby, estoy exhausta. Sólo cuando entrevisté a Cunhal sufrí lo que he sufrido con usted.

Dígame, dígame: ¿qué clase de persona es Cunhal?

Ya se lo he dicho: en el fondo, una persona como usted.

¿Cómo?!

Sí, un cura como usted. Oh, nunca comprenderá usted, señor Colby, hasta qué punto se parecen ustedes dos. De haber nacido del otro lado de la barricada, hubiera usted resultado un estalinista perfecto.

Rechazo con desprecio esa afirmación. Si bien, tal vez... No, no. Y no soy un cura. Soy, a mucho estirar, un puritano. ¿Alguna otra pregunta?

Una, nada más. ¿Puedo leer el informe que tiene la CIA acerca de mí?

Según las leyes americanas, puede usted dirigir una carta a la CIA y solicitar la lectura de cualquier documentación que tengamos tocante a su persona. Le costará un poco, gastos de franqueo, etcétera, pero se lo enseñarán todo. Siempre y cuando no exista alguna razón para mantener secreto el informe. Antropov, el jefe de la KGB, puede dirigirnos la misma petición. ¿No es ridículo?

No, es desconcertante. Pero todo lo que me ha dicho era desconcertante, señor Colby. Y muy, muy triste.

Washington, marzo 1976.

Otis Pike

Era preciso haber leído íntegramente el informe del senador Pike —aun censurado y desfigurado por los arreglos con que llegara a nuestras manos— para comprender la indignación que había sublevado y sublevaba a este honrado hombre que se había enfrentado a la CIA, contra Kissinger, contra el propio Presidente de los Estados Unidos: Gerald Ford, a la sazón. Era preciso haber conocido a Otis Pike, y quedar turbado por las lágrimas que en cierto momento habían bañado sus ojos, para comprender ese pozo de infamias que recibe el nombre de poder. Cualquier forma de poder: sea el que se presenta vestido con el uniforme de la tiranía, o el que lo hace bajo el ropaje de la respetabilidad. En uno y otro caso —Otis Pike lo demuestra—, combatirlo es como perseguir un sueño y sirve, sólo, para mantener limpia la conciencia. ¡Ay de quien se engañe, como don Quijote, con la idea de conseguir algo haciendo el héroe!

Otis Pike no era, por lo demás, un héroe. De haberlo sido, habría llevado su encuesta parlamentaria hasta sus últimas consecuencias. Habría puesto en juego su sillón de diputado o, mejor, lo habría mandado al demonio. Habría publicado el informe sin pedir permiso a nadie y sin echarlo a perder con censuras, autocensuras, giros idiomáticos y alusiones. Habría proseguido su acción judicial contra Kissinger hasta verlo condenado por un tribunal. Habría soportado el doble de los tormentos que en los últimos meses le habían sido infligidos por el Secretario de Estado, por el FBI, por la CIA. No lo hizo, sin embargo. Desilusionado, disgustado, exhausto, desistió en el último y mejor momento. Devolvió todo el asunto al Congreso, acató el veto de Ford y se dejó maniatar por la arrogancia y la hipocresía. Por esa razón nunca sabremos los nombres de todos aquellos que se dejaron comprar en Italia. E invocarlos, buscarlos, sirvió de bien poco. Yo lo intenté; pero, con certeza absoluta, sólo conseguí tres. Uno era el general Miceli; el otro, el banquero Sindona. El tercero, trastornada por la incredulidad, no lo revelé. Pero ahora lo hago: se trataba de un parlamentario del PSI. Miceli, se me informó, recibía el dinero del embajador Martin, instruido al efecto por Kissinger; Sindona lo entregaba, por cuenta de la CIA, a la DC. En cuanto al parlamentario del PSI, no se sabe. Los tres nombres figuraban (y figuran) en el informe original secuestrado por Ford. Los que me proporcionaron la información fueron los dos abogados, asistentes de Pike, que habían redactado materialmente el informe. Me reuní con ellos en presencia de su secretaria y, durante todo el tiempo que duró el encuentro, fuimos espíados y vigilados por agentes del FBI.

No obstante no ser un héroe, Otis Pike era algo muy semejante a un mártir. Y, en cualquier caso, una persona ante la cual había que quitarse cumplidamente el sombrero y decir: «Ha hecho usted todo lo que ha podido y como ha podido, señor. Gracias, de todas formas». A nadie se le puede exigir el coraje de entrar en el Coliseo y arrojarse a las fauces de los leones (un cierto león llamado Henry Kissinger que, al mor-

der, no bromeaba: le hacía a uno pedazos. Y para despedazarle a uno tenía a su disposición a la Casa Blanca, al Pentágono, a la CIA, a la NSA, al FBI, a Wall Street, al *establishment* y a la casi totalidad de la prensa. Sin contar amistades especiales como Breznev y Mao Tse-tung). No se le puede exigir a nadie la inhumana integridad de los santos, que renunciaban a las riquezas para vestirse un sayo. Otis Pike, además, pertenecía, él mismo, al *establishment*; no era un revolucionario que pretende cambiar la sociedad o el pensamiento de los hombres. Tampoco era un radical dispuesto a emprender una huelga de hambre en señal de protesta. De exquisita honestidad, guardábase bien de dar de sí semejante imagen. Se presentaba conforme lo que era, un buen ciudadano americano de la buena burguesía americana, que cree en los valores en que ha sido formado: Dios, la patria, la familia, los dólares bien gastados, la democracia bifronte. Existe una vieja película de Frank Capra que traduce bien esa idea: *Mr. Deeds goes to town*, «El señor Deeds va a la ciudad». Sí, aquella en que Gary Cooper (¿o era James Stewart?) se convierte por casualidad, o por error, tal vez, en diputado; marcha, cargado de su buena fe, a Washington, da mucho que hacer a todo el mundo y, en fin de cuentas, es derrotado. Tal era Otis Pike.

Su historia da prueba de ello. Nacido en Riverhead, una pequeña ciudad del Estado de Nueva York, actúa de piloto, durante la segunda guerra mundial, en el cuerpo de Marines: catorce meses bombardeando las islas Salomón, y ocho pilotando aviones de reconocimiento sobre Okinawa y Pekín. En total, ciento veinte misiones de combate, cinco condecoraciones y el grado de capitán en premio por su heroísmo. Casado desde 1946 con la misma mujer —Doris Orth, que fuera compañera suya de escuela—, permanecía tan fiel a ella que, durante mi entrevista, sólo a sus llamadas telefónicas contestaba: «Para Doris estoy siempre». Es padre de tres hijos —hoy adultos y asimilados al sistema—; licenciado *magna cum laude* por la universidad de Princeton y por la de Columbia; abogado de profesión. Tiene la costumbre de pasar sus fines de semana y sus vacaciones pescando o navegando en su velera. Buen pianista y jugador de ping-pong, gusta de cantar, y lo hace con agradable voz, baladas populares. Diputado por el Partido Demócrata desde 1960, es siempre reelegido indefectiblemente en uno de los condados más conservadores, y de superior mayoría blanca, del Norte: el de Suffolk. Producto del sistema, y fiel a él, durante años Pike no se había opuesto ni aun a la guerra del Vietnam. Sólo en 1973 se opuso a Nixon votando contra los bombardeos de Camboya. Y sus críticas no habían alcanzado a Kissinger. Estaba convencido de que Kissinger era un gran hombre. Y continuaba convencido de ello hasta que comenzó la encuesta.

Sin embargo, era precisamente ese candor de señor Deeds-que-va-a-la-ciudad, ese conformismo suyo de conservador obediente, los que conferían su gravedad a las acusaciones que ahora presentaba contra el poder. Y era precisamente ese descubrimiento tardío de una realidad de la que casi quería no darse por enterado lo que le convertía en un hombre digno de estima y, al mismo tiempo, simpático. A mí me cayó bien desde el primer momento, cuando me reuní con él en su despacho de parlamentario, una oficina cuya ventana daba sobre el Capitolio. Me gustó su rostro de expresión

contrariada y bonachona, su cabeza que, de puro rubia, se antojaba blanca. Me gustó su figura alta y descuidada, aquel desaliño suyo, de hombre distraído que anda, siempre, sin raya en los pantalones y con un botón de menos en la chaqueta. Me complació su voz sonora y enojada, de predicador protestante que cree, a pesar de todo, en el triunfo de los justos. Pero me agradó, sobre todo, su ira balbuciente, dolorida, ingenua: «No comprendí que me estaban mintiendo, que se burlaban de mí». Le entrevisté con amabilidad, perdonándole cualquier reticencia. Mostrábase, muy a menudo, cauto. Me di cuenta de que decía bastante menos de lo que le hubiera gustado decir: un miedo secreto, que no reconocería nunca, hacíase presente, a ratos, en su boca, en el interior de sus ojos. Y no era sino el recuerdo de lo que le habían hecho y de lo que todavía podían hacerle: un cruel chantaje familiar. Movido por ese temor, negábase, incluso, a dejarme citar el informe que de tanto en tanto le mostraba yo hojeando el «Village Voice». Sólo una vez lo tomó en sus manos, para releer dos pasajes que había yo señalado con lápiz rojo: «Buscábamos pruebas. Nos remitían pedazos de papel onerosamente expurgados. Por mucho que "expurgado" sea un muy vago eufemismo con que designar hojas en blanco con alguna que otra palabra dejada caer aquí y allá, con frecuencia ilegible y, en todo caso, no concluyente y destinada a confundirnos». Y, más adelante: «Las tres declaraciones fueron escritas de nuevo y generalizadas todavía más de lo que lo habían sido la vez anterior. Habían sido suprimidos nombres de países; en lugar de dólares no se usaban más que cifras globales; se interpolaron innumerables descripciones genéricas». Concluida la lectura, guardó silencio. Tal vez pensaba en la página que los amigos de Kissinger habían redactado como sigue: «3/ND / DOLL-VNM / T-0144-6SG / TRANSL-DECRYPT UNJAC / VN-NRIY-30 / 300G + FM IJB / TO-CQ-INFO / BBM-STOP / CNNB 30119-5610M / LO / 22-300».

ORIANA FALLACI.— *Señor Pike, William Colby dice que el informe de usted es absolutamente parcial, totalmente prejuzgado y escrito con la intención de desacreditar a la CIA. Dice que ni siquiera da cuenta de todo lo que él declaró.*

OTIS PIKE.— No, santo Dios, no la da. Si hubiese tenido que escribir todo lo que él me dijo, se hubiera convertido en su informe, y no el mío. Lo que a mí me habían encargado no era redactar algo que obtuviese el beneplácito de la CIA, y es obvio que mi informe no puede complacer al señor Colby. En él afirmamos que la CIA ha hecho un trabajo repugnante; que la CIA ha dejado de cumplir con su misión principal, o sea la de proporcionar un buen Intelligence a los Estados Unidos; que la CIA ha cometido abusos gravísimos, ha incurrido en ineficiencias, en despilfarros. El informe habla de inmundicias. Dios

santo, no: no contaba, ciertamente, con que el señor Colby me diese las gracias. Y me tiene sin cuidado todo lo que dice de mí. Le responderé, lo que es más, así: he concluido mi encuesta imbuido de un mayor respeto hacia la CIA que hacia aquellos que le transmitían sus órdenes. Ante mi comité, el señor Colby se ha comportado con mayor honestidad que los demás. Con mayor honestidad, es decir, que las personas que representaban a nuestros órganos ejecutivos.

¿Se refiere usted a Kissinger?

Pues sí. Me cuesta poco admitir que, concluida mi encuesta, el doctor Kissinger me gustaba bastante menos que al empezarla. Él no da informaciones. Parte del supuesto de que sus fuentes son sobremanera personales: no sólo en lo que se refiere a jefes de Estado extranjeros, sino, también, en lo concerniente a empleados del Departamento de Estado. Por lo cual la Cámara no tiene que meter ahí las narices. El señor Colby, en cambio... Bueno, el señor Colby es un hombre de talento que sabe jugar con las palabras. Se refugia, a intervalos, detrás de la semántica. A pesar de ello, y si le planteaba las preguntas convenientemente, me daba respuestas sinceras. Él no es un bribón. Y le alcanza menos culpa que a quien ahora le hace pagar por todos.

¿Trata de decir que Colby ha sido la víctima propiciatoria de todo este asunto?

Estoy convencido de ello. Y también lo estoy de que le gusta serlo. Un día se lo dije: «Le gusta hacer de víctima propiciatoria, ¿eh?». No me respondió. Se quedó sentado donde estaba, impertérrito. Pero era bien visible que hallaba gusto en desempeñar el papel que había elegido para sí. Y nadie hubiera podido desempeñarlo mejor, con mejores resultados. Correcto para con nosotros, leal para con los suyos... Ha dejado la CIA haciendo de manera que todos le juzgaran un gran hombre por haberlos salvado. Una estrategia perfecta, un trabajo soberbio, ¡ea! Me ha manipulado bien, el tal Colby. Ha ganado. Y yo he perdido.

¿En qué sentido ha perdido usted, señor Pike?

En el más evidente: no me han dejado publicar el informe, me lo han suspendido. Cuando la House of Representatives dijo que no podía ser publicado sin permiso del Presidente, y que a él le correspondía determinar si su publicación podía ser nociva para las actividades de nuestro Intelligence en el extranjero, comprendí en seguida que había

perdido. La expresión empleada fue exactamente «las actividades de nuestro Intelligence en el extranjero», y por tales actividades entendían los asesinatos, las guerras secretas, los pagos a los líderes políticos extranjeros. Y mi informe no hablaba de otra cosa. No en balde pedí la palabra para argüir que, en tal caso, Ford no daría nunca el consentimiento. Me contrarió. Me contrarió mucho, Dios mío. Era un buen informe. Un informe del cual sentirse orgulloso. Y me lo han suspendido. Qué derrota. He sufrido muchas en mi vida, pero ésta ha sido la peor. Lo malo es que... Bueno, es sencillo: nos habían encargado hacer un trabajo y nosotros lo hicimos mejor de lo que esperaban. Más diré: mejor de lo que temían.

Pero ¿quién quiso el voto que sometía toda decisión al Presidente?

La Casa Blanca, el Departamento de Estado, el gobierno. Y el doctor Kissinger, naturalmente. En suma, todos aquellos con quienes nuestro comité se había enfrentado. Todos aquellos a quienes no cuadraba que el Congreso ejerciese control sobre la CIA. Y entre esos quedan incluidos muchos diputados. Encontraron un cúmulo de excusas: la inconveniencia de indisponerse con el Presidente, el hecho de que Richard Welsh hubiera sido muerto... Me preguntaron: «¿Aparecen en tu informe nombres de agentes de la CIA?». Les respondí: «Naturalmente. Pero son los nombres de los que han testificado». Afectaban, a pesar de ello, preocupación: «¡Nada de nombres, nada de nombres! ¡O nos haremos responsables de un segundo caso Welsh!». En vano les expliqué que yo era el primero en no desear una cosa semejante. En vano reconocí que, previo a la conclusión del informe, los componentes del comité habíamos pasado una semana discutiendo qué era oportuno publicar y qué no lo era. Habíamos suprimido nombres, y otras cosas, también. El informe escrito no contenía todo lo que sabíamos.

Pero la culpa sigue siendo suya, señor Pike. ¿Era necesario llevar el caso al Parlamento? ¿Era necesario contar con el permiso del Presidente?

El permiso del Presidente, no. No teníamos que solicitar ningún permiso del Presidente. Llevar el caso al Parlamento, sí: era necesario. Verá lo que sucedió. Gracias a los obstáculos que habíamos encontrado, por ejemplo un obstáculo llamado Henry Kissinger, llevábamos retraso: ya no teníamos tiempo de terminar el informe para la fecha establecida. Pedimos al Parlamento que nos concediera una prórroga de dos semanas, y el Parlamento nos la otorgó. Pero la consumimos

íntegramente. La composición del informe había sido efectuada por un cuerpo redactor; el comité quería controlarla capítulo por capítulo y, en ocasiones, palabra por palabra: publicarlo apresuradamente, exponiéndose a inexactitudes y errores, hubiera sido irresponsable. El 23 de enero el informe quedaba concluido y era aprobado por el comité por una mayoría de nueve contra cuatro. Eso nos autorizaba a dar el informe a la imprenta para las pruebas, pero los cuatro que habían votado en contra hallaron un pretexto legal para impedirlo: los cinco días legislativos a que tenían derecho, según el reglamento, para formular por escrito sus puntos de disensión. Por «días legislativos» se entienden aquellos en que el Parlamento tiene sesión. De esta forma, los cinco días se convertían en ocho. Y los cuatro disidentes entregaron los pliegos cuando el comité se disponía a disolverse. A partir de ese momento se hacía indispensable recurrir al voto para publicar el informe.

¿Y quiénes eran esos cuatro? ¿Hombres de Kissinger?

Yo creo que sí. Porque mire: justo en el mismo período votamos para no entregar más dinero a Angola. Y los nueve miembros del comité que estaban por la publicación del informe votaron que no se diese más dinero a Angola, mientras que los cuatro que no deseaban la publicación votaron, en cambio, que se siguiera entregando dinero a Angola. ¿Está claro?

Sí, y me parece una gran hipocresía. Si su propósito era ponerles a ustedes tantos estorbos en el camino, ¿por qué les encargaron la encuesta? ¿Para levantar una cortina de humo ante los ojos de los americanos y los del mundo?

Estoy de acuerdo con usted. Hipocresía es la palabra exacta.

Con todo y eso, hay algo que no comprendo, señor Pike. ¿Por qué no le sucedieron esas cosas al senador Church? ¿Por qué consiguió él publicar su informe? A pesar de hablar de Chile, de las tentativas de asesinato...

Church tuvo los mismos problemas que yo encontré. Y observó el mismo procedimiento que seguí yo. Debatió con la CIA lo que debía incluirse y lo que debía eliminarse. Eliminó algunas cosas a petición de la CIA, otras por propia iniciativa, y su informe acabó mucho más mutilado que el nuestro. Faltan muchos elementos en aquel informe, muchos. La única dificultad que no le surgió a Church fue la fallida publicación. Usted se pregunta por qué le permitieron publicar. Muy

sencillo: porque era un informe provisional sobre un tema que ha perdido ya su vigencia: las tentativas de asesinato. Un tema que hacía referencia a las actividades de personas que ya no están en sus cargos: presidentes muertos, presidentes privados de sus funciones. El tema de nuestro informe es actual. Se refiere a cosas sucedidas en un pasado muy reciente, implica a personas que todavía están en el gobierno...

Incluido Kissinger.

Incluido Kissinger. Y le diré más: el informe definitivo de Church no ha sido publicado todavía. Church debe entregarlo por todo el mes de marzo. Y yo me temo que tropiece, cuando lo entregue, con las mismas dificultades con que tropecé yo. Tampoco en su caso habrán de faltar los pretextos. Se aferrarán nuevamente al asesinato de Welsh, por ejemplo, y... Usted debe de comprender lo mucho que impresionó a América la muerte de Welsh. Y las infinitas simpatías que le ha valido a la CIA y a sus agentes.

Paciencia. En el «Village Voice» leeremos también el informe definitivo de Church.

Yo me niego a aceptar al «Village Voice» como portavoz oficial de los Estados Unidos. Y, cuando habla de mi informe por haberlo leído en ese periódico, no sé a qué se refiere. El hecho de que sea del dominio público no le da carácter oficial.

Comprendo su indignación, señor Pike. Ese informe le fue prácticamente robado. Pero, independientemente de que usted lo admita o no, es su informe: no se trata de un informe inventado. Y el «Village Voice» no era el único que lo poseía. Pero sí el único que halló el coraje suficiente para publicarlo desafiando al establishment. Lástima que esté censurado. ¿Quién tiene la versión original, la no censurada?

El Presidente la tiene. Kissinger la tiene. La CIA la tiene. La CIA, por lo demás, siempre lo tuvo todo, siempre. Recibieron el primer texto el mismo día que lo recibían los miembros del comité. Lo quise yo así a fin de que luego no viniesen a decirme que contenía errores. Lo tienen, además, cuatro comités de la Cámara: en total, un centenar de personas. Le diré más: cualquier diputado o senador puede examinar el texto original siempre que se comprometa a no revelar lo que lea. Pero pocos lo hacen.

¿Por qué?

Oh, la mayoría piensa que es más cómodo ignorarlo. Contiene demasiadas cosas embarazosas para los americanos, demasiadas cosas que uno prefiere ignorar. Este país ha sufrido un trauma terrible a causa del asunto Watergate. Pero, mientras que en el caso Watergate sólo se le pedía que se convenciese de que Nixon había sido un hombre malo, en el presente caso se le pide que crea que los Estados Unidos han sido una nación malvada. ¿Y quién quiere reconocer que pertenece a una nación malvada?

El hecho más desconcertante estriba en este seudocandor, señor Pike. Sus informes, en el fondo, no hacen más que confirmar lo que en esencia se sabía en el resto del mundo. O, por lo menos, se sospechaba. Pero ustedes no creían en ello. Cuando Fidel Castro, por ejemplo, afirmaba que la CIA intentaba matarle...

No le creíamos. Es cierto. Lo mismo nos ocurrió en lo referente a Camboya, a Laos. Los diarios, tal vez, hablaban de ello; pero el ciudadano medio no lo creía. Lo que es peor, no lo creía el diputado medio, el senador medio. Como yo. Creíamos, sólo, en lo que nos decía el gobierno. Ha sido necesario este drama para que me convenciese de que siempre me han contado mentiras. Quiero confiarle una cosa: cuando comencé la encuesta, yo estimaba muchísimo a Kissinger. Creía que era... sí... creía que era un gran hombre. La gente, en América, cree lo que quiere creer, oye lo que quiere oír. Y el portador de buenas noticias es alabado, promovido. Y degradado, expelido fuera del sistema, quien las trae malas.

Volvamos al tema de la hipocresía, señor Pike. ¿Quién le opuso las mayores dificultades?

El Presidente, Kissinger, Colby, el gobierno en general. Siempre nos prometían toda clase de colaboración y, luego, nos negaban las informaciones. Lo hacían, también, con ánimo de hacernos perder tiempo. Sabían que el tiempo de vida del comité era breve y, por eso, nos lo hacían perder. Me explicaré. Cuando decíamos necesitamos tales documentos, no nos los negaban en absoluto. Nos daban uno nada más. Así, nos veíamos precisados a pedirselos de nuevo y, de nuevo, no volvían a darnos sino uno. Yo creo en los documentos. Porque prueban no lo que la gente hubiera querido decir más tarde, sino lo que decía en su momento. Por eso no dejaba yo de pedir documentos, y ellos me los iban dando con cuentagotas, a intervalos larguísimo. Y, a veces, no llegaban a dárme los de ninguna manera. En lo re-

ferente, por ejemplo, al memorándum Boyatt, ¿qué hizo el señor secretario de Estado? Nos acusó de querer crucificar al personal secundario del Departamento de Estado, de practicar el maccartismo. Y nos escribió una carta en la que declaraba que, si queríamos saber ciertas cosas, teníamos que dirigirnos a la gente importante que hace la política americana. Y que la gente importante estaría encantada de ayudarnos. Así es que le pedimos el documento a él, a Kissinger. Él, naturalmente, lo tenía. Pero no nos lo dio. Lo que es peor: hizo que no nos lo diera nadie. Todo el mundo nos respondió que aquel documento estaba amparado por el privilegio ejecutivo. También el Presidente invocó el privilegio ejecutivo.

¿Qué era el documento Boyatt?

Se lo explicaré en seguida. Thomas Boyatt era el hombre que actuaba de superintendente en la Sección Chipre, el Cyprus Desk, del Departamento de Estado. Y, según yo sabía, Thomas Boyatt se había mostrado en violento desacuerdo acerca de lo que los americanos habían hecho en Chipre. Y dejó constancia de su desacuerdo en un memorándum llamado el memorándum Boyatt, o memorándum del Desacuerdo. Nosotros lo considerábamos realmente indispensable para saber cuál había sido nuestro comportamiento en el sucio asunto de Chipre. Era la única manera de llegar a la verdad. Pero Kissinger se condujo como he dicho, y fue la primera disputa contra él. Cursamos incluso una citación por aquel pedazo de papel. Fue inútil. Como es obvio, invitamos al señor Boyatt a prestar testimonio. También esto fue inútil. Boyatt quiso comparecer, pero Kissinger se opuso.

¿Dónde está ahora el señor Boyatt?

Le han ascendido. Creo que ahora está en Chile. Déjeme comprobarlo mediante una llamada... Sí, está en Chile. Es jefe de misiones en nuestra embajada.

Kissinger, sin embargo, acudió a testificar.

Un solo día: mañana y tarde. Y no trataré de describirle su comportamiento: el informe habla por sí mismo. Lo que sí le diré que intenté desesperadamente hacerle contar lo que nos interesaba. No salí airoso. Se refugiaba constantemente tras su privilegio político; tras la historia de sus fuentes «sobremanera personales». Quise denunciarlo por desacato al Parlamento. Voté tres resoluciones en ese sentido. La cosa quedó ahí. La mayoría del Parlamento no quiso llevarla adelante.

Hubieran tenido que elegir entre Kissinger y yo, entre Kissinger y el comité. Y nadie estaba dispuesto a tenerlo por enemigo.

Pero ¿por qué temen tanto a Kissinger en América?

No lo sé. De verdad que no lo sé. Tal vez sea porque es demasiado poderoso. Es un *public-relations-man* terriblemente astuto, el tal Kissinger. No bien toman las cosas un cariz contrario al que él quisiera, convoca a sus compadres de la prensa y consigue contundentes editoriales que dicen exactamente lo contrario de lo que sostenga su opositor. Oponérsele es, en particular para un político, desaconsejable. Yo, sin embargo, creo haber demostrado no temerle.

En tal caso, ¿por qué no llevó adelante por su cuenta la denuncia por desacato?

Pude haberlo hecho. Renuncié a ello porque sólo hubiera reportado una pérdida de tiempo. Como ocurre también en Italia, nuestra magistratura no opera con celeridad. Y el comité se hubiera visto disuelto antes de que Kissinger apareciese en el banquillo. De modo que continué adelante maniatado y cada vez más frenado por los obstruccionismos. Había impuesto silencio hasta a los testigos secundarios. Les dijeron clara y redondamente que no podían hablar «acerca de ciertas cosas». Kissinger llegó a manifestarles sin ambages que no podían dejarse interrogar si no estaba presente en la sala un funcionario del Departamento de Estado. Y nadie violó esas instrucciones. ¡Ah! Usted me ha dicho, hace poco: entonces ¿por qué le encargaron la encuesta? Yo diré más: ¿por qué la quisieron? Hipocresía es la palabra justa y exacta. Cortina de humo es la expresión cabal. Cabe comprender la reticencia de Colby y los obstruccionismos de la CIA: la CIA estaba encausada. Pero no era la CIA quien nos ataba siempre las manos. Más nos las ataba Kissinger. Y el Presidente, y el Departamento de Estado, y la National Security Agency, y el propio FBI. Por eso afirmo haber concluido respetando más a la CIA que a quien le daba sus órdenes.

Pero ¿a quién tocaba dar órdenes a la CIA? ¿Al secretario de Estado, es decir, Kissinger?

Más que al secretario de Estado, al ayudante especial del Presidente cerca de la National Security Agency.

El cual es Kissinger.

Exacto. Luego, al ministro de Defensa y al Secretario de Estado.

Que es Kissinger.

Exacto. Y, por fin, al Consejo Nacional de Seguridad.

Al cual pertenece Kissinger, que asume, también, sus principales cargas.

Exacto. La CIA no puede tomar iniciativas por propia cuenta. Estoy de acuerdo con Colby cuando responde que la CIA no es un elefante salvaje. Después de haber examinado cuanto había que examinar, llegué a la conclusión de que la CIA no tomaba iniciativas más que en cosillas marginales no susceptibles de suscitar controversias. En los asuntos más aberrantes y de más envergadura actuaba siempre conforme le decía alguien que actuase. Y ese alguien era, muy a menudo, Kissinger.

Señor Pike, ¿cómo explica el poder de Kissinger?

Oh, es inteligente. No hay duda a ese respecto. Posee una mente de calidad. Y, además, tiene una facilidad de palabra fascinadora. Además, ha sido un diplomático en extremo eficiente. Además, es bastante popular en el circuito de cócteles de Washington, que yo no me tomo la molestia de frecuentar. Por último, y como ya he señalado, cuenta con un enorme apoyo por parte de la prensa, que le dedica artículos elogiosos y ataca a sus enemigos. Por ejemplo, cuando los demás países del mundo decían que Kissinger no era ajeno a la tragedia de Chile, nosotros, aquí, en América, no lo creíamos. Salió el informe senatorial de Church, pero los periódicos americanos no mencionaron el nombre de Kissinger. Lo excluyeron hasta los dos mayores diarios liberales de América, el «New York Times» y el «Washington Post». No recuerdo haber leído el nombre de Kissinger en el artículo que el «Washington Post» dedicó a las responsabilidades americanas en los sucesos de Chile. Y el «New York Times» hizo tan sólo una alusión marginal.

Y, no obstante, se dice que Kissinger no goza con Ford de la protección que tenía con Nixon.

Déjeme que le responda lo siguiente: pienso que el Presidente Ford siente un tremendo respeto por Kissinger, y pienso que el Presidente Ford estima necesitarlo de una manera tremenda.

Según usted, señor Pike, ¿es democrático Kissinger?

No. Esta vez no buscaré giros fraseológicos. La respuesta es no. Por de pronto, pienso que Kissinger siente bastante poco respeto por el Parlamento. Y puede que merezcamos nosotros bien poco respeto, pero es que el doctor Kissinger lo siente por todos los procesos democráticos. Ah, sí. Él es lo que se dice impaciente con la democracia. En democracia no es válido, ciertamente, lo que es válido en diplomacia. Y no es posible, no es posible en absoluto, tener en el cargo que él ocupa a un hombre que se niega a aceptar el punto de vista de la mayoría so pretexto de que él conoce las cosas mejor que los demás. Aunque sea un hombre inteligente. El doctor Kissinger no gusta de ser criticado. Las acusaciones de maccartismo brotan fácilmente de sus labios cuando alguien dice cosas que no le agradan, y...

Y, si a alguien puede aplicarse la acusación de maccartismo, es a él.

Sí, señora. Usted lo ha dicho. Es más valiente que yo.

¿Por qué? ¿Tan arriesgado resulta decir lo que es Kissinger? El hecho de decirlo, o, más bien, de haber presidido el comité de investigación, ¿ha perjudicado, quizá, su carrera política, señor Pike?

Todavía no lo sé. No lo sabré hasta las elecciones. A buen seguro que sí, en vez de ser ya diputado, hoy fuera candidato, vería las cosas sin esperanza.

¿Le evitan los demás?

Por ahora no he tenido esa sensación; pero, si lo hiciesen, es difícil que me diera cuenta, porque siempre he sido una especie de lobo solitario en el *establishment*. Puedo decirle que en mi circunscripción electoral me tratan todavía con gentileza: a mis electores les gusta un hombre que se ponga en pie y diga lo que piensa. Todavía quedan algunas cosas buenas en América. Entre la gente, quiero decir.

Señor Pike, ¿tiene usted la impresión de que la CIA le tenga sometido a vigilancia, o que lo haya hecho durante la encuesta?

Sí. ¿Cómo no? Naturalmente, no puedo presentarle pruebas de que la CIA me espíase, pero existen distintos grados de espionaje. Lo que me figuro es que la CIA mantenía abiertos los ojos respecto a las personas que yo frecuentaba y estaba al corriente de cuanto se refiere a mí: es decir, lo que como, lo que me gusta, lo que me disgusta, y otras cosillas de índole personal. A estas alturas deben de conocerme por arriba y por abajo, a izquierda y a derecha, por delante y por detrás.

Pero no la condeno por eso. Si un Intelligence que es objeto de investigación por un diputado no se preocupa ni tan siquiera de averiguar quién es el tal diputado, falta a su deber más elemental.

Convengo en ello. ¿Y nadie ha tratado nunca de intimidarle?

La respuesta es sí. Pero no le diré en qué forma lo han hecho.

Se lo pregunto porque sé que lo han intentado, con la aprobación de Kissinger.

La respuesta es sí. Pero no quiero hablar de esto.

¿A cuántos de sus testigos han tratado de intimidar?

El número no lo conozco: eran pocos los que venían a contármelo. Pero existían, de todos modos, formas de saberlo y... Le relataré el caso del testigo que trabajaba en la Compañía Americana de Grabaciones. Después de haber declarado ante mi comité, el FBI salió a su encuentro y trató de hacerle alterar su testimonio. Lo consiguió sólo en parte, y el muchacho, de todas formas, demostró tener agallas: acudió a nosotros y nos lo contó todo. Otros no tuvieron noticias sobre el particular. Pero a muchos se les dirigió el gobierno con el fin de que retirasen su testimonio. El FBI decía: «Son cosas graves. Hay que vigilarlas».

¿Le han amenazado también físicamente, señor Pike?

Sí, pero nunca sabré quién lo hizo. Y, además, eso formaba parte de los riesgos que me dispuse a afrontar cuando acepté emprender esta investigación. Riesgos de toda clase: desde los nacionales a los personales. Entre los primeros incluiría el de hacer estallar una guerra, el de exponer mi país a vergüenzas y humillaciones, y el de perjudicar nuestro Intelligence en el extranjero. Entre los segundos incluiría aquellos en que inevitablemente incurre quien emprende una encuesta semejante: el que le intervengan el teléfono, el de sentirse poco seguro en casa, el de tropezar con el FBI a cada paso. En conjunto diría que, aunque el resultado de la encuesta haya sido positivo, los riesgos han superado con mucho a los beneficios.

Supongo que no se refiere únicamente al furor de Kissinger o a la enemistad de Colby. La fuga de noticias debe de haberle perjudicado mucho.

Una barbaridad. Ha deteriorado el crédito que gozaba el comité, me ha dañado personalmente, ha aniquilado el concepto del control

parlamentario sobre la CIA. La publicación abusiva de ese informe ha beneficiado sólo a la CIA, a Kissinger, a la Casa Blanca. Es decir a aquellos a quienes no placía el control parlamentario y, por ello, sentían impaciencia por volver al viejo sistema del secreto. Esto dicho, añadiré otra cosa: a elegir entre una política de asesinatos y la fuga de noticias, opto por la última. A elegir entre una guerra secreta en la que participa mi país y una fuga de noticias que pone fin a esa guerra, prefiero la última.

¿Quién puede haber hecho trascender la copia del informe?

No yo. Ni sé quién haya podido hacerlo. Le soy sincero. Pero aun no negando que pueda tratarse de alguna persona del comité o del cuerpo redactor, no me asombraría realmente que lo hubiera hecho la CIA, o la Casa Blanca, o el Departamento de Estado. Repito que ver el informe publicado en el «Village Voice» redundaba en beneficio de Kissinger y de la Casa Blanca y de la propia CIA. Usted replicará: pero ahora se sabe lo que han hecho; ¿les favorece eso? Y yo le respondo: se sabe lo que han hecho en el pasado. Y a ellos el pasado no les interesa. Les interesa el presente y el porvenir.

Colby niega con indignación cualquier responsabilidad de la CIA en tal sentido.

Bien, después de haber visto hasta dónde puede llegar la CIA, ciertamente no me dejaré decir que la CIA no sabe cómo hacer que un informe trascienda a los periódicos.

Señor Pike, hay en su informe un único punto que motiva mi incredulidad. Es aquel donde afirma que, si los Estados Unidos fuesen objeto de un ataque, la CIA no lo sabría a tiempo.

Si se refiere a un ataque por sorpresa, como lo fue el de Pearl Harbour, o una incursión sobre alguna de nuestras instalaciones de cualquier parte del mundo, a buen seguro que no lo sabríamos por la CIA. Nada he hallado durante la encuesta que me ofreciese tal esperanza. Tal vez podamos sentirnos un poco más tranquilos en lo referente a Europa. Pese al ejemplo de Checoslovaquia, donde la CIA «perdió» al ejército soviético por espacio de dos semanas, en Europa sabemos algo mejor lo que sucede. En esos siete años hemos mejorado una pizca. ¡Pero lo que es en el resto del mundo! El caso de la guerra árabe-israelí de 1973 resulta desalentador. Por mucho que se trate de una zona donde no poseemos ni bases ni tropas, nuestro Intelligence

ha sido horrendo. La CIA se mostró pésima. Piense que, tres o cuatro horas después de declarada la guerra, seguían proclamando: «¡No sucederá nada!».

¿Y Portugal?

¡Santo Dios! Allí ni siquiera mirábamos en la dirección correcta. El golpe lo esperábamos de las derechas. Tenemos testimonios fidedignos de que ni tan siquiera habían leído el libro de Spinola. En aquella época, a lo que parece, la CIA no trabajaba en Portugal. Las únicas noticias que teníamos de Portugal nos llegaban a través de un joven oficial de la Marina, agregado militar del Ministerio de Defensa, que había dejado de frecuentar los cócteles para recorrer el país y, de tal forma, entró en contacto con elementos de la izquierda. ¿Sabe?, en la CIA ocurre como en cualquier otra burocracia: cuanto más encumbrados, más tiempo pierden frecuentando los cócteles.

Colby dice que esas afirmaciones tuyas son irresponsables y prejuizadas, y sostiene que la CIA es el mejor Intelligence del mundo.

Colby está posiblemente en lo cierto al decir que la CIA es el mejor Intelligence del mundo. Pero, a pesar de ello, no están en condiciones de prever un ataque por sorpresa. También tiene razón Colby cuando dice: «No podemos hablar de los éxitos, o se transformarían en fracasos». Pero ¿de veras existen esos éxitos? No me permite el olfato discernirlos. Créame: la encuesta no la iniciamos ciertamente con la idea preconcebida de buscar sólo los fracasos. Ocurrió así. Después de haber controlado el balance de la CIA, dije: «Veamos ahora un poco cómo han gastado ese dinero». Y pedí a los doce miembros del comité que propusiesen situaciones que, en el campo de la política internacional, de la defensa nacional, del interés estratégico, hubieran sido importantes para los Estados Unidos. Las eligieron impensadamente. Sí, a voleo; ignorando si los resultados serían buenos o malos. Escogieron la ofensiva del Tet en Vietnam, la invasión de Checoslovaquia por los rusos, la guerra árabe-israelí de 1973, la explosión de la bomba atómica india, el golpe de Estado de Portugal, el de Chipre, y la invasión de Chipre por los turcos. Y, en ninguno de esos siete casos, encontraron nada que justificase los impuestos que paga el ciudadano para mantener a la CIA. La CIA había operado mal en todas partes.

Sin tener en cuenta los casos en que se condujo con repugnante criminalidad. Estoy pensando en el aniquilamiento de los curdos.

¡Oh, santo Dios! ¡Oh, sí! ¡Es cierto! ¡No es posible ser cínico hasta ese punto! ¡Aquél fue el peor de cuantos casos salieron a la luz durante la encuesta! Me causó náuseas. Si me preguntase usted qué me las había producido en mayor grado, yo le respondería: el caso que acaba de citar. ¡Qué asco!

Una flor más para Kissinger. Realmente, y después de haberlos traicionado a la par que el sha de Persia, después de hacerlos exterminar por docenas de millares por los iraquíes, viejos y niños incluidos, Kissinger recibió algunos regalos del ignorante y desesperado Barzani. ¿Qué se hizo del collar de oro y perlas que el caudillo de los curdos envió a la esposa de Kissinger? ¿Y de las alfombras que le envió a él?

Suponiendo no saber de qué me está hablando, debo contestarle lo siguiente: si Kissinger recibió un regalo, la ley le obligaba a entregarlo al gobierno americano.

Comprendo. No se lo ha quedado; se lo entregó al gobierno. Pero ¿no pudo, al menos, rechazar aquel collar de oro y perlas y aquellas alfombras?

Desde luego. Todos podemos rechazar un regalo.

Sobre todo cuando procede de alguien a quien hemos traicionado. ¿No es así?

Lo ha dicho usted. No yo.

Si quiere, puedo decirle cosas peores. Pero no me atañe a mí, sino a usted, hacerlo. Así es que, dígame, señor Pike, ¿lo revela todo su informe acerca de aquellos siete temas?

¡Oh, no! Le repito que no conseguimos, por ejemplo, las informaciones referentes a Chipre. Y hay muchas cosas que desvelar ahí. Lo mismo que en lo que concierne al golpe de los coroneles en Grecia, un tema que no tratamos. Lo mismo que con el golpe de Pinochet en Chile; otro tema que no tratamos, pues Churchill se había ocupado ya de él. Pero mi mayor insatisfacción sigue siendo no haber sabido la verdad acerca de Chipre.

¿Por qué no escuchó a su ex embajador en Atenas, Henry Tasca? Él sabe un montón de cosas acerca de Grecia y de Chipre. Y, además, está furioso con Kissinger.

¡Ah! Pero no lo suficientemente furioso como para venir a testimoniar. No, en verdad no se mostró ansioso de hablar con nosotros. Se

quedó en Roma, donde vive, y tuve que enviarle a uno de mis ayudantes para que le interrogara. Pero no tuvimos demasiado éxito en ello.

¿Ni siquiera consiguieron averiguar quién asesinó al embajador Davies en Chipre?

No puedo hablarle de cosas que no hemos incluido en el informe o hecho públicas con él.

¡Vamos! ¡Pero si todos los periodistas saben quién mató al embajador Davies!

Supongo que usted alude a un grupo, no a un individuo.

Exacto. Fue el grupo de Samson, esa especie de gángster del EOKA-B a quien Joannidis puso en el puesto de Makarios, y al que protegía y protege la CIA. ¿Cierto?

Usted es una buena reportera. No todos los periodistas lo saben.

Gracias. Y, ahora, dígame: ¿Piensa usted que la historia dirá que Kissinger estaba al corriente del plan turco para invadir Chipre?

La historia dirá, también, que lo ignoraba. Y la gente creerá lo que quiera creer. La verdad... Yo he hecho todo lo posible por relatar la verdad conforme la he visto. Pero la verdad no es una estadística. La verdad es un juicio. Y lo que yo juzgo ser la verdad podría no serlo para Kissinger, de una parte, y para usted, de la otra. Estamos hablando de lo que había en la cabeza de una persona. Y ni usted ni yo lo sabemos, y puede que ni él mismo lo sepa. Porque la mente humana tiende, en casos semejantes, a creer aquello que más tarde le resulta cómodo creer.

Y, con eso, llegamos al postre, señor Pike. O sea Italia. Su informe, señor Pike, ¿dice todo lo que había que decir acerca de Italia?

Por lo que yo sé, sí. Aparte los nombres, sí.

¿Y alguna vez se nos concederá el conocer esos nombres?

No tengo idea acerca de eso. Y, a propósito de eso, me siento contrariado. Porque, verá, si yo fuese miembro del Parlamento italiano... O, mejor, visto que no puedo hablar directamente de Italia, pongámoslo de esta forma: si yo fuese miembro del Parlamento griego, y algunos de los miembros del Parlamento griego hubiesen sido acusados de aceptar dinero de la CIA, yo exigiría que esos nombres fuesen

publicados a fin de que mi reputación personal quedase fuera de dudas. Por otra parte, si fuese un miembro del Parlamento griego que ha aceptado dinero de la CIA para la campaña electoral, y si ese dinero me hubiese ayudado a ser elegido sin que por ello disminuyese mi lealtad hacia Grecia, en tal caso estimaría sumamente injusto que mi nombre fuese revelado. Porque mi vida estaría en peligro.

¿Está usted hablando como quien le suspendió el informe, señor Pike? ¿Está poniendo a Welsh por excusa? ¡Quite allá, hay una gran diferencia entre un espía y un rufián!

Usted dice que hay una gran diferencia, pero alguien asesinó al señor Welsh. Usted no puede racionalizarlo todo sistemáticamente. Los sujetos que asesinan no son racionales. En todo país existen locos y asesinos, y yo no estoy cierto de que quien ha aceptado dinero de la CIA en el país de usted estuviese seguro si su nombre fuera revelado. No, no asumiría, desde luego, un riesgo semejante.

En tal caso, señor Pike, debo formularle la misma pregunta que formulé al señor Colby. Si yo, una extranjera, viniese a este país a darle a usted dinero para que hiciese una política conforme a mis intereses...

Yo no aceptaría dinero de un extranjero. Sería ilegal por su parte dármele y, por la mía, aceptarlo. Tendría que llamar al FBI y hacerla arrestar.

Exactamente lo que me respondió Colby. Y yo, a mi vez, repliqué: en tal caso yo debería llamar a la policía italiana, señor Colby, y hacerles arrestar, a usted, al embajador Martin y a todos los agentes de la CIA en Italia.

¡Santo Dios! ¿Eso le dijo usted?!

Sí, pero olvidé a Kissinger. También debería ser arrestado, ¿no?

¡Santo Dios! ¡Hubiera querido estar presente! Lo arregló de veras. ¿Y cómo reaccionó él?

No reaccionó. Se limitó a rechazar la palabra corrupción.

Le diré una cosa: en lo referente a esa palabra, también yo tengo muchas dudas. O, mejor dicho, tengo ideas contradictorias. Cuando se trata de aportaciones electorales, la divisoria entre lo legítimo y lo ilegítimo es en extremo sutil. Nunca se sabe dónde concluye la aportación y comienza el pago a alguien que ciertamente no precisa de apor-

taciones. Lo que nosotros llamamos *pay-of*. Si la aportación es esencial o necesaria, supongo que se le puede llamar aportación, y no *pay-of*... Si no fuese así, todos los políticos seríamos gente corrupta. Y, sin embargo... Eso es, en el país al que usted se refiere —en suma, Italia—, la CIA afirmaba que el problema no era de dinero. «Money is not the problem.»

Lo cual significa que ninguna aportación era necesaria o indispensable. Lo cual significa que no se trató de aportación, sino de pay-of. Su informe, por lo demás, habla de pay-of. Y el término pay-of lo traduce todo diccionario de la siguiente manera: «pago que se efectúa a una persona que nos presta un servicio o se encuentra a nuestro servicio». Gracias, de todas formas, por la confirmación. Y los políticos italianos comprados mediante pay-of, ¿a quién deben darle las gracias? ¿A Kissinger?

Bueno, no. Para ser justos con Kissinger, hay que admitir que el asunto del *pay-of* estaba en uso bastante antes de que llegase él.

Cierto. Él no hizo más que introducir la expresión «seguridad nacional, national security». Pero, ¿sabe?, perdóneme usted, ¿qué tiene que ver la seguridad nacional de los Estados Unidos con los pay-of a los democristianos y a los socialdemócratas italianos?

Seguridad nacional, en resumidas cuentas, significa fuerza esencial de la nación. Y puesto que yo soy americano, y usted no puede pedirme que lo olvide, no me cuesta comprender que el doctor Kissinger vea una conexión entre la seguridad nacional de los Estados Unidos y los *pay-of* a algunos italianos. El temor fundamental de América, por lo que a los comunistas italianos se refiere, es que, si ganasen los comunistas unas elecciones, no volviera a haberlas en Italia. Yo mismo no sabría qué pensar si los comunistas italianos ganasen las elecciones. Quiero decir que no me fiaría mucho de su amistad hacia los americanos en perjuicio de los rusos. Porque, sinceramente, no consigo recordar un país o una situación en los que hayan los comunistas renunciado al poder perdiendo unas elecciones después de haber ganado otras.

De acuerdo. Pero subsiste el hecho de que los italianos queramos despachar ese asunto por nuestra cuenta. Porque, como le dije a Colby, no somos una colonia de ustedes.

Estoy absolutamente de acuerdo con usted. Absolutamente. El problema que subsiste es: ¿hasta qué punto financian los soviéticos al Par-

tido Comunista italiano? ¿Y qué especie de política sigue la gente importante que hace la política americana? Me lo pregunté en relación con Angola, diciéndome que nuestra política angoleña no podía calificarse de política. Allí sosteníamos a cierto grupo con una cadencia de cincuenta millones de dólares por operación, mientras que la Gulf Oil Corporation entregaba cien millones de dólares cada tres meses al MPLA. Es decir, a los mismos que ya venían siendo financiados por los comunistas. ¡No teníamos una política!

En Italia sí la tienen ustedes. Y a la gente libre no nos place esta política. Señor Pike, ¿por qué, en su encuesta, eligió usted a Italia como ejemplo de pay-off?

No elegimos Italia. Estábamos siguiendo la pista del dinero. Tratábamos de discernir a dónde había ido a parar el dinero. Y la pista del dinero nos condujo a Italia.

Está claro. Así pues, le haré la última pregunta. ¿Qué experimentó al descubrir que parte de aquel dinero había ido a parar, a través del general Miceli y el SID, a los neofascistas? En ese momento ¿se limitó a interrogar a los responsables, o se encolerizó recordándoles que América no tiene derecho a actuar de ese modo?

¡Claro que América no tiene derecho a actuar de ese modo! ¡Claro que lo dije! Claro que no me limité, en aquel momento, a interrogarlos, sino que les reproché el haber hecho una cosa semejante. ¡Oh, vaya si se lo reproché! ¡Vaya si lo hice! Pero reprochar a alguien un pecado que ya se ha cometido es una cosa terriblemente inútil. El objetivo sigue siendo el de prevenir los abusos, los errores, e impedir que se produzcan de nuevo. Por eso es más del caso preguntarme si sirvieron de algo mis protestas. La respuesta es: sí, de algo sí sirvieron. Puesto que ahora sabemos que se han entregado a excesos en muchos lugares y de distintas maneras, no sacarán, durante algún tiempo, los pies del plato. Lo que yo temo, en vista de la muerte de Welsh y de la fuga de noticias, es que no vuelva a haber controles parlamentarios. El verdadero control habrá de venir, me temo, de los órganos ejecutivos. Y no estoy seguro de que los órganos ejecutivos estén dispuestos a controlarse a sí mismos. De esta forma, el control, transcurrido cierto tiempo, volverá a convertirse en pura fórmula. Y recomenzarán los abusos.

Washington, marzo 1976

Mario Soares

La libertad regalada no había dado nada de bueno, como ocurre con todas las libertades regaladas y no conquistadas mediante la lucha de todo un pueblo. Día a día Portugal iba percatándose de que no basta, para vivir en libertad, con despertarse una mañana de abril descubriendo los tanques de un ejército decidido a liquidar a un dictador ya muerto, un régimen para entonces putrefacto. Se daba cuenta de que no es suficiente, para aprender democracia, calar claveles rojos en los cañones de los fusiles portados por los militares. Sin claveles o con claveles, y sean éstos rojos o color de rosa, blancos, amarillos o pintados, los fusiles siguen siendo fusiles, y los militares, militares. Se percataba, por último, de que no es posible, tras cincuenta años de severo fascismo, enseñar en un abrir y cerrar de ojos cosas tales como el respeto mutuo, la responsabilidad, la dignidad. Consumida la llamarada de las bellas promesas, de los propósitos civilizados, los hombres se mostraban como son: viles cuando se corren riesgos, y petulantes cuando el peligro ha pasado. Y en el poder se instala aquel que grita más fuerte, el más autoritario o el más astuto. Las elecciones, que un mes antes habían dado esperanzas en Portugal a la gente honrada, habíanse revelado una burla.

Había ganado, con el cuarenta por ciento de votos, el Partido Socialista: un partido que luchaba en nombre de un socialismo humano, de pensamiento libre y con ese pluralismo sin el cual se cae en la dictadura. Pero, a pesar de su victoria, el Partido Socialista no gozaba de ninguna autoridad. En segundo lugar, con el veintiseis por ciento de los votos, había quedado el Partido Popular Democrático, al cual no podía considerarse propiamente de derechas y que, sin embargo, disfrutaba de un fuerte prestigio en el país. Pero todo el mundo se conducía como si el PPD no existiese. Con el doce y medio por ciento de los votos, más el cuatro por ciento del Movimiento Democrático Popular —hijo suyo—, había perdido el Partido Comunista: un partido resuelto a imponer el estalinismo más obtuso y más pasado de moda. Y, no obstante, era el Partido Comunista el que mandaba: mediante la prensa, la radio, la televisión, donde los periodistas, fascistas la víspera, se habían descubierto, repentinamente, revolucionarios de extrema izquierda. Mandaba mediante un sindicato único, cuyos jefes no habían sido elegidos por los obreros y convertían el Primero de Mayo en una propiedad personal suya. Mandaba mediante armadas milicias de contestatarios que no habían osado, bajo Caetano, permitirse ni aun el menor gesto de audacia. Mandaba mediante el ejército, con el cual está en secreta alianza. Si a los comunistas no les gustaba un periódico, los militares cerraban el periódico. Si los comunistas no querían la asamblea constituyente, los militares se declaraban contrarios a la apertura de la asamblea constituyente. Una a una iban cayendo, como de un collar roto, las libertades regaladas. No subsistía más que la libertad de palabra, pero la gente temía ya decir lo que pensaba. Las críticas se hacían por lo bajo, paseando en derredor una mirada recelosa e inquieta. Ay de no ser tenido por persona de izquierdas, o lo bastante izquier-

dista. Equivalía a ser calificado de reaccionario, de contrarrevolucionario, de fascista. Al que no era comunista se le llamaba fascista. Y, en los comicios de los militares, la divisa favorita era: «Con nosotros o contra nosotros». Divisa que lo fue, también, de Salazar.

Comprender qué querían aquellos militares era difícil, sobre todo porque ellos eran los primeros en no saberlo bien. Extremistas, ultraextremistas, estalinistas, maoístas, moderados, su confusión ideológica era inmensa. Se habían formado en la escuela de guerrilleros de Mozambique y de Angola: puede que no hubieran leído a Marx y a Mao Tse-tung en portugués. Prescindiendo de que el portugués sea un idioma de vocabulario bastante pobre. Lejos de ser todo lo compacto y coherente que se afirmaba, el Movimiento de las Fuerzas Armadas veíase lacerado por tendencias encontradas y feroces rivalidades. Muchos de los oficiales que habían participado en el golpe del 25 de abril habían terminado en prisión junto con los esbirros de Caetano. En prisión se encontraban también los anarquistas, acusados de haber cubierto los muros de Lisboa de deliciosas inscripciones. «El sol brillará para todos nosotros», decían los pasquines del PCP. Y los anarquistas habían agregado, debajo: «Si no llueve». «Hoy somos millares, mañana seremos millones.» Y los anarquistas: «Porque no tomáis la píldora». «Si no te gusta Portugal, marcha.» Y los anarquistas: «El último en salir, que apague la luz». Durante la dictadura los presos políticos habían sido trescientos; ahora eran dos mil. En tiempo de revolución, eso es inevitable, bien es verdad; pero ¿existía tal revolución? ¿Y en qué consistía? ¿En el hecho de que los soldados se negasen, en ciertos cuarteles, a lustrar los zapatos de los oficiales? ¿En el hecho de que en la capital se ofreciesen representaciones del Circo de Moscú y del Ballet de Cuba? ¿En que se hubiesen nacionalizado bancos y empresas antes de decidir quién iba a dirigirlos? Cuando asumen el poder, los militares hablan de revolución. Tal había hecho Papadopoulos, en Grecia, y también Pinochet, en Chile. Y a buen seguro que estos militares portugueses eran sinceros, que les animaban intenciones verdaderamente buenas; pero la demagogia, el caos y la arbitrariedad constituían el aspecto más visible de la realidad. Entretanto, los auténticos fascistas, los auténticos reaccionarios, se frotaban, felices, las manos. Entretanto, amargas palabras afloraban a los labios: las revoluciones no siempre conducen a la democracia, al progreso, a la libertad; y no siempre es revolución lo que se califica de revolución. ¿Acaso no es cierto que hasta los fascistas se denominan hoy en día «revolucionarios»? En Italia sabemos bien que el rojo no es forzosamente rojo, y que resulta, en ocasiones, una mampara del negro; que no pocas veces los rojos, o los llamados rojos, hablan el mismo idioma que los negros, se sirven de los mismos gestos, de las mismas fechorías. Así pues, ¿qué sería de Portugal? El país estaba sobre el filo de una navaja. De tal situación corría el riesgo de salir dividido en dos o, cuando menos, magullado por una serie de tumbos y, tal vez, herido para siempre.

Lo que sigue es la primera entrevista que mantuve con Soares, el líder de los derrotados vencedores. Se produjo justamente cuando se desarrollaba el drama del diario «República». Y continúa siendo un documento memorable. Atado de pies y manos

por el pacto con los militares, neutralizado por éstos y por su entendimiento con el PCP, Soares sabía realmente muy bien que el riesgo que estaba corriendo el país era salir dividido en dos de aquella situación, o quedar magullado por una larga serie de tumbos, o herido para siempre. Pero nada podía hacer, ni podía decir más de lo que dijo. Lástima que lo dijese con insuficiente dureza: si sus frases sonaban, al leerlas, bastante resueltas, al escucharlas le dejaban a uno como insatisfecho. Lo cierto es que su forma de expresarse no era agresiva y que su voz tenía un no sé qué de blando, de vacilante, que le dejaba a uno descontento y hasta le hacía suspicaz. Pero sin que se supiera de qué. Y, también por eso, te sublevaba la irritación. Traté, con tacto, de hacérselo ver. Pero me respondió que era así por naturaleza, que no precisaba, para conciliar el sueño, de somníferos. Luego, lenta, lentamente, se retiró dejándome entregada a cultivar la esperanza de que lo suyo fuese sangre fría.

MARIO SOARES.— Usted ha venido a ver qué ocurre en Portugal, y ya ve lo que ocurre en Portugal. Acabo de recibir la noticia de que el director y los redactores del diario «República» han sido secuestrados por los tipógrafos comunistas, quienes exigen su dimisión para imponer a su director y a su redactor jefe, comunistas, naturalmente. «República» era el diario socialista y el único independiente que subsistía en Portugal, el único cuyas noticias no eran controladas, manipuladas y tergiversadas por los comunistas. Todos los órganos de información portugueses están en manos de los comunistas, desde la prensa a la televisión, pasando por la radio. Órganos obedientes, monocolors, exentos de todo sentido crítico. Para conocer la verdad se leía «República». De ahí el golpe de esta mañana. Los tipógrafos se han presentado ante Raul Rego, el director, y le han ordenado, tras decirle que había sido sustituido, que se marchara. Rego, apoyado por los periodistas, se ha negado a ello. De manera que ha sido apresado, junto con los periodistas. No pueden salir ni aun para comprarse un paquete de cigarrillos o para tomar un café. Y no pueden recibir a nadie. Es el último y típico ejemplo de la ofensiva desencadenada por los comunistas portugueses contra los socialistas y contra la libertad.

ORIANA FALLACI.— *¿Los comunistas exclusivamente, o los comunistas en combinación con los militares?*

(Soares no responde, acaso porque ha sonado el teléfono y se dispone a hablar con el ministro de Información, Correia Jesuino. Un militar duro y, al parecer, partidario de los comunistas.)

Señor ministro, le supongo al corriente de lo que está sucediendo en «República»... Sí, exacto... No, señor ministro. Raul Rego no es un fascista. Es un antiguo antifascista que ha conocido la clandestinidad, la prisión y el exilio... No, señor ministro. Usted conoce a Alvaro Guerra, señor ministro. Y debería saber que no existen dudas acerca del antifascismo de Alvaro Guerra... A mí, en cambio, me parece oportuno que usted intervenga, señor ministro. Porque es un caso muy, muy grave, señor ministro. Está en juego la libertad de la prensa, la libertad de opinión, la democracia. Esa ocupación es ilegal y contraria a la ley de prensa, y ofende los valores de la revolución, y los socialistas no la toleraremos, señor ministro. No la toleraremos. ¿Cómo? No, señor ministro... Así lo espero, señor ministro.

¿Los comunistas exclusivamente, o los comunistas en combinación con los militares?

(Tampoco esta vez responde Soares. Es posible que no haya oído. Y la frase siguiente la pronuncia como si hablase consigo mismo.)

Los tipógrafos quieren tirar el diario a su manera, conforme a sus textos... Esto es Cuba, es Albania, no Portugal. Quieren hacer de Portugal una Cuba, una Albania.

¿Los comunistas exclusivamente, o los comunistas en combinación con los militares?

La ofensiva de los comunistas contra los socialistas se inició inmediatamente después de las elecciones, con el claro propósito de minimizarlas y demostrar que el acto electoral carecía de importancia. Los comunistas, por lo demás, no querían las elecciones; hicieron lo imposible para que no se llevaran a cabo. Pero se llevaron a cabo, en libertad, y pusieron de manifiesto que el pueblo no estaba dispuesto por más tiempo a prescindir de la libertad; dieron sólo un doce por ciento a los comunistas y... Ahora ellos sostienen que aquel doce por ciento no expresa la voluntad popular, o, más bien, que está en contra de la voluntad popular; que aquellos resultados no les conciernen. Ayer mismo, en un comicio público, el líder comunista Cunhal dijo que el resultado de las elecciones era incompatible con la revolución: política electoral y revolución son conceptos antagónicos; la revolución tiene una dinámica propia y no precisa del voto; el voto es un gesto pasivo, etcétera. No pierde ocasión de demostrar con los hechos que el partido más fuerte no es el que ha ganado, o sea el Partido Socialista,

sino el que ha perdido, o sea el Partido Comunista. Se niega a reconocer al Partido Popular Democrático, que obtuvo un 27 por ciento de los votos, como segundo partido de Portugal. Y no hace misterio alguno de su intención de marginarlo de la vida política del país. Es el conocido sistema de los comunistas que tienen los ojos puestos en el poder autoritario. Los comunistas portugueses no son como los comunistas italianos, franceses o españoles. No se avienen al juego democrático. No lo reconocen.

¿Los comunistas exclusivamente, o los comunistas en combinación con los militares?

Para desentenderse del resultado de las elecciones no sólo echan mano de la prensa, de la radio, de la televisión. Se sirven, también, de los sindicatos, a los cuales controlan de idéntica manera. Existe una ley que protege el derecho de elegir el comité directivo de la Intersindical, pero no se aplica esa ley. Así, también la Intersindical es un centro de poder de los comunistas, o, mejor, un centro de transmisión de los deseos de los comunistas. Además, se sirven de las administraciones locales, de las empresas recientemente nacionalizadas, donde prevalece el MDP, un pequeño partido de izquierdas que es, en esencia, una emanación del PCP. Han creado centros de poder basados en consejos de obreros que recuerdan los soviets de la revolución rusa. A través de ellos deciden las admisiones, los despidos, como si se tratara de una agencia de colocación o de castigo; y quien no es comunista es fascista. Es decir, que quien no está con ellos está en contra de ellos. Una tragedia. Y no sólo para Portugal, sino para toda Europa, para todo el Mediterráneo. Una tragedia, en particular, para las izquierdas europeas. Piense en el daño que hacen al Partido Comunista español, al propio Partido Comunista italiano. Yo me siento próximo a los comunistas italianos, me siento camarada suyo porque tienen una concepción democrática de la vida política. Y me duele que los comunistas portugueses les hagan daño también a ellos. Pero los comunistas portugueses sólo benefician a la reacción, a las derechas.

¿Los comunistas exclusivamente, o los comunistas en combinación con los militares? Ya lo sé, Soares, que le estoy haciendo una pregunta incómoda. Peligrosa. Pero formularla es un deber. ¿Quién, sino los militares, consiente a los comunistas hacer lo que se les antoja? Pues, ¿no están los militares en el poder?

Es obvio que el poder central se encuentra en manos de los milita-

res, que son quienes promovieron y garantizan la continuidad del proceso revolucionario. Los partidos vienen en segundo lugar. Los partidos se asociaron con los militares mediante un pacto constitucional: el pacto que, a través de grandes líneas orientativas, indica el camino que hay que seguir. O sea un socialismo abierto a la pluralidad, a la democracia, a la libertad. Sin embargo, no puede decirse que los militares se hayan comportado, hasta el día de hoy, de manera dictatorial. No olvidemos que fueron ellos quienes invitaron a los partidos a asociárseles, ellos quienes quisieron, pese al parecer de los comunistas, las elecciones. De haber querido actuar de dictadores, no habrían prometido las elecciones. Pero las prometieron y las han llevado a cabo: por primera vez en cincuenta años. Hicieron que se desarrollaran sin actos de violencia, tras una campaña electoral correcta que permitió que todos los partidos hicieran su propaganda incluso en la televisión. No faltaron a su compromiso de un proceso socialista abierto a la libertad; hicieron honor al principio de «ausencia de elecciones, ausencia de democracia».

Pero ¿de qué sirve que hayan efectuado las elecciones si, luego, hacen caso omiso de sus resultados o no emplean su poder para hacerlos respetar?

Por ahora, hasta hoy, hasta el presente momento, no han sido los militares quienes han hecho caso omiso de los resultados electorales. Han sido los comunistas.

Aun así, los militares han permitido que los comunistas se convirtiesen en dueños indubitables de la prensa, de los sindicatos, de las administraciones. Y han formado un gobierno en el que cada partido ostenta dos carteras ministeriales, desentendiéndose del treinta y ocho por ciento obtenido por los socialistas.

Yo no pretendo que las elecciones lo sean todo en Portugal. Si lo fuesen, el gobierno militar no tendría razón de ser. Existiría una democracia normal, una democracia política. Nosotros no tenemos una democracia normal. Si me apura, ni siquiera tenemos una democracia. Tenemos una situación en la cual se puede, a lo sumo, hablar de pre-democracia. El poder, realmente, está concentrado en las Fuerzas Armadas: un poder legalizado por la revolución y no por el sufragio universal. Tomar las elecciones como único punto de referencia equivaldría a no darse cuenta de que en el Portugal de hoy es preciso combinar ambas fuentes de poder. O sea la legitimidad revolucionaria de las Fuerzas Armadas y la legitimidad popular del sufragio universal. Sólo

a través de un equilibrio entre una y otra se puede llegar a una democracia normal, política.

¿Existe ese equilibrio?

Bien... en conjunto... Hasta ayer existía. Bastante.

¿Y hoy?

Si Cunhal no elige una indumentaria democrática, si sus comunistas continúan monopolizando periódicos, sindicatos y puestos de trabajo, si se instaura una situación que prescindan por entero del sufragio universal, si los militares aceptan todo eso... Entonces es el fin. Caemos en la dictadura. Eso está claro. Eso es seguro.

¿Una Albania o un Chile? ¿Un régimen estalinista o un Pinochet?

Los socialistas estamos batallando en favor de una solución que no conduzca ni a una Albania ni a una Cuba ni a un Pinochet. La amenaza de un Pinochet, sin embargo, yo la veo en un tiempo posterior. Sabemos bien cómo nacen los Pinochet. Yo hice un viaje a Chile, conocí a Allende, hablé extensamente con él, conocí a los exponentes del Partido Radical chileno: conozco la experiencia chilena. Mi preocupación ha sido siempre la de no caer en una situación de corte chileno, desde el mismo momento en que regresé a Lisboa. Sé que ese peligro existe. Sé que grupos de derecha, especialmente en el extranjero, están conspirando para dar un golpe. Y, eso dicho, declaro que la amenaza inminente, la primera amenaza, es una dictadura estalinista. Una democracia popular conforme Cunhal la sueña. Sus actos de fuerza, sus provocaciones, son continuas vueltas de tuerca. Y el Movimiento de las Fuerzas Armadas da, desdichadamente, la impresión de sentirse más y más impresionado por ello.

A eso iba yo. Pero ¿quiénes son esos militares que están en el poder? ¿Qué piensan en realidad? ¿Qué tipo de revolución es la suya? ¿Qué idea llevan? ¿Un socialismo moderno, un populismo superficial, un comunismo estilo Cunhal?

Existe entre ellos, admitámoslo, un notable anarco-populismo. En los últimos meses, por otra parte, ha surgido en el país una terrible ola de demagogia. Todo el mundo quiere estar más a la izquierda que el vecino, ser aún más revolucionario que él. No se cansan de repetir que hay que hacer una gran revolución, una revolución radical, y lo único que les preocupa es no parecer moderados. Es una moda que

ayuda a ese anarco-populismo. Y, además, una moda que impulsa a emprender acciones insensatas. Por ejemplo, la ocupación de viviendas, la instalación de hospitales que duran un mes. Se descubre una casa desocupada siquiera temporalmente y se ocupa sin que nadie intervenga, se instala en ella un hospital que nadie controla y, transcurrido un mes, no queda ni casa ni hospital. No queda más que confusión y caos. Al mismo tiempo se da la oleada de las reivindicaciones irrazonables de los obreros o de aquellos que dicen estar con los obreros. Se piden aumentos de salario rayanos en la demencia, y no para mejorar el nivel de vida, sino para hacer quebrar las industrias. De esa forma las industrias naufragan y los trabajadores asumen la dirección. La asumen, sin embargo, de manera torpe, pues carecen de conocimiento técnico de la gestión, y el experimento acaba en catástrofe.

Tal vez sea eso lo que persiguen los populistas: la catástrofe total, el pretexto que les permita decir: ahí tienen, ustedes, los políticos, no sirven para nada; ahora los militares nos haremos cargo del país y pondremos las cosas en su sitio garrote en mano.

(Soares no responde y continúa su razonamiento.)

Todavía no se ha definido el tipo de socialismo a que se quiere llegar. ¿A un socialismo que nivele a todo el mundo en la miseria, como en Cuba, o en Albania, o en ciertos países de la Europa oriental? Nosotros, los socialistas, no lo queremos; la miseria colectiva no es, para nosotros, socialismo. De manera que decimos: hagamos grandes nacionalizaciones, y eso está bien; pero ¿cómo pensamos gestionar lo que se nacionaliza? ¿Qué papel compete a los trabajadores en esa gestión? ¿A quién corresponderá dirigir las empresas, a los trabajadores o a burócratas designados por el Estado, o por un partido? Hagamos la reforma agraria, y eso está bien; pero ¿quién la aplicará? ¿Los campesinos o el Estado? Nosotros no queremos un capitalismo estatal; no nos interesa cambiar de dueño y nada más. Y no queda ahí la cosa: ¿ha de subsistir, o no; un sector privado? Y, si subsiste, ¿cuál? ¿Cómo estimulamos a esos trabajadores, que producen cada vez menos y piden cada vez más: ofreciéndoles una participación en los beneficios o no ofreciéndoles nada? Y a los empresarios que todavía no han sido nacionalizados, ¿cómo les alentamos? ¿Devolviéndoles la fe en sí mismos o haciéndoles vivir en la pesadilla de ser expropiados al día siguiente? Se nos responde con el silencio

Tengo que repetirle la pregunta de antes, Soares. ¿Es posible que esos mi-

litares extremistas apunten hacia el control total del país y fomenten, por esa razón, el caos?

Usted debe comprender que no me apetezca, en estos momentos, hablar de la situación interna del ejército. Debe comprender que no desee y no pueda prestarme a las interpretaciones deshonestas de quienes, más tarde, me acusarían de divisionismo. Otra palabra que está de moda en el Portugal de hoy... Al Movimiento de las Fuerzas Armadas yo debo considerarlo un conjunto unido que cree en el socialismo y en la libertad, o sea en el programa que han firmado los militares con los partidos. Cara a ellos debo comportarme como si verdaderamente constituyesen una unidad y no un amasijo de corrientes. Su fraccionamiento no me beneficia. Es evidente que también entre ellos existen opiniones dispares. Evidente que no todos hablan y se comportan de la misma manera. Pero ante nosotros, los partidos, se conducen como si estuvieran de acuerdo y tomasen sus decisiones en armonía. Y deseo que así continúe porque, si el MFA se divide, la revolución dejará de ser posible en Portugal. Y yo estoy de parte de la revolución. Estoy en la revolución.

Planteémoslo así: ¿Es o no pesimista en cuanto al peligro de un golpe dentro del golpe?

Lo soy. Y no tanto por razones políticas como, sobre todo, por razones económicas. La inflación progresa de mala manera. Estamos agotando nuestras reservas de plata y nos disponemos a consumir las reservas de oro. Entre lo que consumimos y lo que producimos hay una brecha de cincuenta y seis mil millones de escudos anualmente. Todas las consecuencias de la guerra colonial y del inesperado cambio gravitan sobre nosotros. El capitalismo portugués ha sido siempre, en realidad, un capitalismo protegido por el Estado: un capitalismo parasitario de explotación colonial. Cuando el Estado fascista se vino abajo, los capitalistas huyeron al extranjero. Lo abandonaron todo. El resto lo hizo, luego, el capitalismo monopolista. En Portugal existían nueve grupos económicos y estaban concentrados en la banca. Con la nacionalización de la banca y la descapitalización de esos nueve grupos, todos los cuadros directivos de la economía se trasladaron al extranjero. Hablo de los administradores, de los directores, de los economistas y de los ingenieros huidos a Brasil, a Francia, a España. Por último, ya nadie nos da crédito. ¿Quién está dispuesto a invertir dinero en Portugal? ¿Los países socialistas? ¿La Unión Soviética?

Supongamos que la Unión Soviética. Podría interesarle.

No creo. No creo en ello ni aun si llegamos a una democracia popular, totalitaria. Y la pregunta que los comunistas habrían de formularse antes de cubanizar Portugal es, justo, la siguiente: «¿Y quién paga la factura, luego? ¿La Unión Soviética?». Si yo fuera Cunhal, no contaría con ello. La Unión Soviética no puede cargarse sobre las espaldas el peso de un Portugal comunista, de otra Cuba. Cuba le costó ya demasiado: en dinero y en problemas internacionales. Y le ha rendido poco, casi nada. ¿Les interesa, pues, repetir el experimento con Portugal? Aun considerando nuestra posición geoestratégica, el coste sería excesivo. Supongamos, de todos modos, que la Unión Soviética esté dispuesta a ayudarnos sin que nos convirtamos en una democracia popular, totalitaria. Muchos de nosotros querríamos saber qué pide a cambio. No queremos ser colonizados por el imperialismo americano, pero tampoco por el soviético. Conclusión: las salidas son pocas. En esencia, sólo podemos contar con el dinero de los trabajadores que están en el extranjero. Suman más de un millón y, tras el resultado de las elecciones, han recommenzado a enviarnos sus ingresos. Se plantea, sin embargo, una pregunta: al ver la escasa importancia de los resultados electorales, ¿continuarán haciéndolo? Y no hablemos del turismo. Este caos no favorece, por supuesto, al turismo. Los hoteles de Lisboa están ocupados apenas al diez por ciento de su capacidad. Y, en los lugares de recreo, están vacíos. Llegan turistas y, a lo mejor, se encuentran el hotel en huelga, el restaurante en huelga...

Y, si todo eso facilita el golpe dentro del golpe, ¿por qué es tan generoso con los militares?

Porque en este momento no se puede prescindir de ellos. Si vuelven a los cuarteles, el caos se hará absoluto. Antes de que marchen hay que construir un sistema político que tenga por base la voluntad popular expresada mediante las elecciones. No todos los militares, como usted cree, están de parte de Cunhal. Eso es una opinión de usted que...

Pero usted, Soares, ¿acaso cree de veras en la libertad regalada por los militares?

Ante todo hay que reconocer que se trata de militares muy especiales, y, además, hay que decir que la libertad no es un regalo suyo. El proceso que les indujo a deponer a Caetano es fruto de una lucha de masas contra el fascismo. Ustedes, en Europa, se habían olvidado de

nosotros, creían que dormíamos. Pero no dormíamos; existía la lucha, y los militares son la consecuencia de aquella lucha. Por otra parte, ¿no establecieron acaso contacto con los movimientos de oposición tan pronto decidieron materializar la revuelta? La libertad que hoy día gozamos es, créamelo, una conquista en la que todos hemos participado. Tanto es así, que si alguien intentara arrebatárnosla, tropezaría con muchas dificultades. Ahora todo el mundo piensa, discute, se reúne en asambleas. Ayer, por ejemplo, un grupo del MRPP, Movimiento para la Reconstrucción del Partido del Proletariado, detuvo a unas cuantas personas y las entregó a un regimiento de artillería. Los soldados del regimiento convocaron una asamblea y debatieron si debían o no aceptar el arresto.

Ya, pero ¿cuál fue la decisión de esa asamblea?

Aceptar el arresto.

Dicho de otro modo, cualquiera puede, por iniciativa de un grupo, proceder a un arresto. No a un secuestro: a un arresto.

Sí. Ah, sí. Hay una cierta anarquía.

Luego, los militares forman asamblea y pueden aceptar el arresto.

Sí. Ah, sí.

Tras lo cual interviene el COPCON, o sea la policía militar, y aprueba el arresto. Como ha ocurrido con esas personas.

Sí.

Porque el COPCON es la máxima autoridad en materia de arrestos. Puede arrestar a quien quiera.

Sí.

Aun a usted.

Sí.

Y eso ¿no le alarma, no le indigna?

Usted sabe que soy un jurista y que he luchado siempre por los derechos humanos. He defendido a presos políticos, he tenido numerosos contactos con Amnesty International. El respeto por el hombre, los derechos humanos, me son caros. Pero, al mismo tiempo, debo reconocer que vivimos una situación revolucionaria, un período de

transformación. Sería falta de realismo engañarse con la idea de que una revolución puede desenvolverse en el respeto formal de los derechos humanos y con todas las garantías debidas al ciudadano. Como es natural, existe una legalidad revolucionaria, aquella por la cual luchamos los socialistas, y no podemos permitir que se instaure el reino del arbitrio, la regla conforme la cual quien más grita es quien tiene razón. En caso contrario, se produce una situación en la que cada cual se defiende por sus medios, y cada grupo político tiene su milicia propia. Si existen milicias, si los grupos pueden permitirse arrestar personas a su antojo, y, tal vez, juzgarlas...

Pero eso es exactamente lo que está ocurriendo estos días, Soares.

Sí. Con frecuencia, así es.

¿Es verdad o no que existen grupos políticos armados?

Es verdad. Es oficial.

¿Es cierto o no es cierto que los militares no los desarman?

Es cierto.

¿Es cierto o no es cierto que el Partido Comunista cuenta con una milicia propia?

Cunhal dice que no. Y yo no puedo, sin pruebas, afirmar lo contrario. Sólo puedo afirmar que los socialistas no tenemos milicia alguna. Y tal vez seamos los únicos.

¿Y si se desencadenara una guerra civil?

No puedo creer en una guerra civil entre nosotros, las izquierdas. Entonces sería la anarquía completa. Hay que llegar a un entendimiento entre los que constituimos la izquierda, o acabaremos todos fuera de juego. Los comunistas tienen que percatarse de que no pueden continuar con sus ataques y sus calumnias contra nosotros, los socialistas. Imagínese que han llegado a decir que estábamos involucrados en el fallido golpe del 11 de marzo. Ni siquiera han tenido en cuenta los resultados de las indagaciones efectuadas por la comisión investigadora. Los mismos que revelan que, de haber tenido éxito el golpe, yo hubiera sido fusilado junto a Costa Gomes y a Gonçalves. Han llegado incluso a insinuar que yo era el agente de los americanos. Para Caetano y Salazar era el agente de los soviéticos; para ellos soy el agente de los americanos.

Es el destino de las personas independientes.

Pero yo no soy independiente. Soy socialista.

Según los tiempos que corren, ¿quién dirá menos?

Sí, pero no por eso hay que olvidar que en el mundo no sólo existen fascistas y comunistas sino, también, una tercera fuerza que es una fuerza imponente. Se llama socialismo en libertad. Y esa fuerza está destinada a ganar, por más que a menudo haya perdido, puesto que es una fuerza constituida por millones y millones de hombres. Se los encuentra en Europa, se los encuentra en los países comunistas, se los encuentra en América, se los encuentra en todas partes del mundo. ¡Son tantos los que creen en el socialismo en libertad! Si conseguimos ganar aquí, en Portugal, nos convertiremos en una bandera contra todas las dictaduras de derecha y de izquierda.

Han ganado ustedes, Soares. Y ya ve cómo ha terminado la cosa.

No ha terminado del todo.

Hasta el diario les han quitado.

No nos lo han quitado todavía.

Esperémoslo. Y le preguntaré: En vista de cómo van las cosas, ¿no teme que en las próximas elecciones los votos socialistas vayan a parar a los comunistas? Supuesto, claro está, que en Portugal se sigan haciendo elecciones.

Le responderé con toda franqueza. Y supuesto que en Portugal se sigan haciendo elecciones... Si somos abandonados por aquellos que votaron por el socialismo en la esperanza de crear un cierto orden en mitad de la confusión, esos votos no revertirán al Partido Comunista. Revertirán a las derechas. No existen dudas sobre eso. En Portugal el Partido Comunista puede acceder al poder únicamente por la fuerza. Por ejemplo, aliándose con quien posee la fuerza. Y si eso sucediese, si nos aplastase una dictadura comunista o militar-comunista, ésta se vería pronto seguida por un golpe de derechas. O, más bien, de la extrema derecha. Y perderíamos para siempre la esperanza de construir en el país una sociedad más justa, más libre. Y dañaríamos a toda Europa, ayudaríamos a que surgieran otros golpes en otros lugares. Con eso no quiero decir que los votos que recibimos fuesen votos no socialistas, votos no de izquierda. En su gran mayoría, lo eran. Pero también contenían una proporción de votos emitidos por gente que, te-

miendo las soluciones totalitarias, tenía fe en nuestro pluralismo, en nuestra democracia.

Si hablamos de pluralismo, de democracia, hay que hablar, también, del Partido Popular Democrático: merecida o injustamente, ha obtenido el 27 por ciento de los votos. Usted decía, años ha, que el centro-izquierda italiano era un experimento fascinante, importantísimo, y que en Portugal, el día que Portugal recuperase la libertad, habría que trabajar en esa misma dirección.

Sí que lo dije, pero en circunstancias diferentes. En una estructura capitalista, habríamos podido, realmente, contemplar una solución de ese tipo. Hoy, no. Después de una revolución que ha cambiado toda la estructura económica del país, el centro-izquierda queda superado. Pensar en él equivaldría a rechazar el proceso revolucionario. Pero el PPD existe, me replicará usted, y es el segundo partido de Portugal: ¿qué hacer con él? Toca al PPD determinar qué quiere hacer de sí mismo, pero, según yo lo veo, no le resta más opción que asociarse a la nueva realidad. No le resta sino ayudarnos a construir el socialismo buscando los puntos que tiene en común con nosotros. Por lo demás, el PPD se autodefine como socialdemócrata. Lo que, ciertamente, no puede esperar es un pacto especial con el Partido Socialista. Nosotros no queremos pactos especiales con nadie: ni con ellos ni con los comunistas. Nosotros creemos únicamente en una coalición de todos los partidos, en un abanico que nos incluya a todos.

Entonces debo pedirle que me aclare su socialismo, Soares. Por ejemplo, así: usted ¿es o no es marxista?

Soy de inspiración marxista. Políticamente me formé en la lectura de los clásicos del marxismo. De joven leía siempre a Marx, a Lenin, y en la universidad era miembro de la juventud comunista. En aquel período conocí a Cunhal, y es cierto que en ese entonces ejerció cierta influencia sobre mí. Le escuchaba, le respetaba. Pero no fue el único que influyó en mí: también mi padre, demócrata y republicano, forjó mi pensamiento. Y también los socialistas que conocí por su mediación. Por ejemplo, Benito Caraca, el profesor de economía. Era un socialista situado muy a la izquierda, pero, al mismo tiempo, un gran liberal, y poseía una considerable cultura humanística. Y, después de escucharle, comencé, alrededor de 1950, a formular una interpretación muy crítica del marxismo. Llegué a la conclusión de que no nos podíamos referir al marxismo en términos de catecismo. Hoy el marxismo es

para mí un método que continúa siendo válido en cuanto al análisis económico y social, pero tiene que demostrar todavía las conquistas de la ciencia económica y de la tecnología. Dicho de otro modo, para mí el marxismo es hoy un motivo de inspiración y todo lo contrario de un dogma.

¿Y a qué socialismo ya aplicado se refiere cuando habla de socialismo?

Digamos por de pronto que el socialismo en libertad nunca ha sido aplicado en parte alguna. Por un lado tenemos la experiencia del socialismo autoritario y, por el otro, está la socialdemocracia aplicada al sistema capitalista y monopolista. Naturalmente, si fuese alemán, votaría por Willy Brandt. No hay duda, ni necesidad de recordar, que toda la clase obrera alemana está con Willy Brandt. Si fuese sueco, votaría por Olof Palme. Sin duda. Si fuese italiano, votaría por Nenni. Sin duda. Si fuese francés, votaría por Mitterrand. Sin duda. Pero ninguno de esos socialistas se adapta a la realidad portuguesa. Y esto es tan indudable como lo anterior. La experiencia portuguesa discrepa demasiado de las que han tenido ustedes en Italia, en Alemania, en Francia, en Escandinavia, donde la socialdemocracia ha dado resultados positivos. Nosotros tenemos que crearnos un nuevo camino, seguir sistemas más radicales. Hay que llevar a cabo grandes reformas, nacionalizaciones; hay que dar el poder a los trabajadores. Y es una empresa difícil, tremendamente difícil, cuando se quiere mantener el pluralismo, y la libre discusión, y la libertad en todos sus aspectos. Se hace preciso corregir diariamente la ruta iniciada, reexaminar las teorías y meditar acerca de la aplicación que de ellas se ha hecho, rectificar los paradigmas elegidos previamente. ¡El cambio se ha producido aquí tan de improviso! No hemos tenido tiempo de reflexionar y con frecuencia hemos actuado antes de hacerlo. Estamos todos un poco confusos, un poco aturridos.

Es un reconocimiento honesto, pero que le deja a uno helado.

Lo sé. Y la culpa no es nuestra. La culpa sigue siendo del fascismo. Cincuenta años de fascismo no se superan en un día o en un año. Y cuando un río se desborda, las aguas lo invaden todo sin considerar a nadie. El propio ejército, que rompió los últimos diques, está tan confuso y extraviado. Trata de reestructurar su mentalidad, y eso provoca contradicciones y conflictos que se reflejan por doquier. Añada a eso las pasiones, que son inevitables cuando han estado reprimidas demasiado tiempo. Es precisa mucha sangre fría para afrontar una situa-

ción semejante. Muchos ni siquiera han decidido si están por Europa o por el Tercer Mundo, o, más bien, si en Europa o en el Tercer Mundo.

Y usted ¿lo ha decidido?

Yo digo que somos un país europeo, pero hablo, también, del Tercer Mundo. No veo un gran antagonismo entre una política de apertura hacia el Tercer Mundo y una progresiva asociación con Europa. Hemos estado, a través de las colonias, demasiado ligados al Tercer Mundo para que de improviso podamos desentendernos de él y olvidar los vínculos que a él nos unen. Debemos seguir siendo buenos amigos. Aparte esta premisa, ¿qué más puedo decir a propósito del Tercer Mundo? Todo nuestro comercio se desarrolla en Occidente. El trigo, la carne, los artículos básicos nos llegan de Europa, de los Estados Unidos, de Argentina. El ochenta por ciento procede de Europa. No podemos, por ejemplo, prescindir del Mercado Común. En esto se inserta el problema de la NATO y... En Portugal nadie quiere tomar posiciones respecto al problema de la NATO: ni siquiera los comunistas. Pero la idea de poder salir de la NATO me parece, por lo menos, falta de realismo: nuestra posición geoestratégica es la que es. Podemos, a lo sumo, observar una política de independencia nacional, como los franceses y los rumanos; ejercer cierta autonomía. Continuar integrados a un bloque natural, o sea la NATO, es, en cualquier caso, una necesidad. Así es que...

(Soares se interrumpe... Ha entrado un hombre de aspecto descompuesto que ahora le susurra algo al oído. Él escucha impassible y, luego, un mohín pone en sus labios un frunce imperceptible.)

¿Puedo saber qué sucede, Soares?

Los tipógrafos comunistas han lanzado «República» por su cuenta. Una muchedumbre de socialistas está quemando ejemplares por la calle. Los militares han rodeado el diario y lo tienen bajo asedio. Parecen decididos a elegir una solución inaceptable para nosotros: cerrar el diario. Esto es Cuba. No: es la anarquía total. Aquí sólo goza de autoridad la fuerza física, la violencia personal. Habrá que recurrir a la sublevación de las masas.

¿Y lo dice con esa placidez? ¿Es que no se deja llevar nunca por la indignación, por la pasión, por el deseo de llegar a las manos?

Se precisa sangre fría. Y yo soy así por naturaleza. Hasta en la cár-

cel, reducido a un banco de tablas, dormía con la mayor placidez. Jamás he necesitado pastillas para conciliar el sueño.

Admirable, me doy cuenta. Pero, a veces, sufrir de insomnio es incluso útil. Y los franceses tienen un proverbio: «À la guerre comme à la guerre».

De hecho, estamos en guerra. Y debo ir hacia allá. Debo correr, ahora mismo.

Vaya, vaya. Corra, corra. No pierda tiempo conmigo. Tan sólo una última pregunta: ¿Y si perdiese totalmente esa guerra?

Creo que he demostrado saber luchar por la libertad. Si en Portugal continúan así las cosas, no me quedará sino volver a hacer lo que siempre he hecho: luchar por la recuperación de la libertad.

Lisboa, mayo 1975

Segunda entrevista con Mario Soares

Esta vez la guerra civil estaba en puertas: tenía a Portugal sometido a un asedio que podía durar unas pocas semanas o unos cuantos meses, y evitarla era una empresa en la que ya casi nadie creía. El caos se había hecho ya total. La anarquía, completa. La turbación, infinita. Diariamente se producía algún efecto teatral, algún cambio insensato. De estable sólo veía uno las torpezas: nutridas por presunciones, incertidumbres mentales, vacíos ideológicos. El poder, entretanto, se desmembraba, acobardado, entre las manos de quien lo asía con violencia. (Por lo general, el más arbitrario o el más loco.) Oficialmente pertenecía todavía al MFA, el Movimiento de Fuerzas Armadas que había derrocado al régimen fascista e instaurado lo que llamaban revolución. Pero el MFA, que hasta la víspera se había manifestado compacto y unido, revelaba hoy todas sus fracturas. A fuerza de generosidad podía decirse que estaba dividido en tres corrientes: la comunista de Vasco Gonçalves, la radicalizante de Otelo Saravia de Carvalho, y la moderada de Ernesto Melo Antunes. Para ser exactos, precisa decir que estaba fragmentado en tantas facciones como generales, coroneles y capitanes había. La única voz que se había alzado para denunciar la descomposición era la de Melo Antunes, a través del Documento de los Nueve. Pero no parecía, puesto que se seguía temiendo que corriese la sangre por las calles, que la denuncia hubiera servido de gran cosa.

El ejército había dejado de existir. Ni siquiera existía ya el Estado. Los prófugos ocupaban los bancos, los curas organizaban motines, los soldados se negaban a actuar de soldados. Gritaban, por ejemplo, que no irían a Angola a menos que no recibiesen una garantía extendida y firmada por notario de que no aceptaban, por ello, exponerse ni al menor rasguño. Los políticos se veían, cada día más, excluidos del juego. Para actuar (y actuaban) tenían que echar mano de los militares: en enganches casi clandestinos. Cada cual contaba con el suyo. Cunhal tenía a Gonçalves. Soares, a Melo Antunes. Los maoístas contaban con Otelo. Los demás, no se sabía. Lo que sí se sabía era que el peor enfrentamiento era el existente entre socialistas y comunistas. De la Constituyente que había resultado de las elecciones, nadie hablaba. ¿De qué hubiera servido? ¿Quién la habría respetado? Para muestra, Otelo había dejado escapar de la cárcel, después de haberlos arrestado, a ciertos extremistas, y ahora los visitaba subrepticamente para estudiar marxismo con ellos. Se vivía al margen de la realidad. Algo había ocurrido en aquel país, en algo más de un año, haciendo que la historia se intrincara y cobrase el carácter de lo irreal. ¿O bien era una broma, un *bappening*, lo que se había organizado? Los mismos militares que durante cuarenta años habían respetado la columna vertebral del fascismo enarbolaban, repentinamente, la bandera del antifascismo y se constituían en tutores de la libertad. Como si la libertad pudiese surgir de un cambio de chaquetas. Lo menos que podía esperarse de ellos era un nuevo cambio de chaquetas: un golpe de Estado estilo Pinochet. El nombre de Pino-

chet se oía en muchas bocas. Muchos miraban en torno diciendo: ¿quién será aquí el Pinochet? También el golpe fascista, junto a la guerra civil, era inminente. ¿Cuál de los dos precedería o seguiría al otro? Spinola no se encontraba lejos. Del Brasil se había trasladado a París donde anunció su «Movimiento de Liberación». Y de París había marchado a Madrid: grupos de derecha acampaban, bien armados, junto a la frontera entre Portugal y España. ¿Acaso no es siempre la derecha la que saca partido de las locuras? La palabra esperanza caía con el peso de un guijarro, y la palabra catástrofe, con el sabor de una profecía. Pero Soares se mostraba contento porque era visible que el nuevo gobierno le favorecería más a él que a Cunhal. Nada en él recordaba al dirigente tenso, y aun inseguro, que había yo encontrado tres meses antes, cuando su gran adversario estalinista parecía ser el hombre más importante de Portugal. Según comía con brioso apetito (la entrevista se produjo en el restaurante de mi hotel), hablaba con seguridad y optimismo, aparentemente sorprendido por mis incertidumbres. Parecía, sobre todo, no comprender la pregunta que le planteaba: ¿habría sido la suya una victoria pasajera o definitiva? No le faltaba razón en ello, puesto que conocía ya la respuesta y había de acabar siendo primer ministro. Pero, como ocurriese ya tres meses antes —cuando, tras entrevistarle, lo juzgué un tanto inseguro y, tal vez, un poco blando— me respondía con excesiva prudencia o esquivaba, sin más, las preguntas. Debo reconocer que nunca comprendí bien a Mario Soares y, en su caso, cumplirá a la Historia determinar quién fue: ¿el hombre que salvó a Portugal o el hombre a quien la suerte salvó? Lo único que hasta aquí puedo decir de él con certeza es que siempre me pareció un hombre muy civilizado y muy paciente. Lo cierto es que nunca me guardó rencor por haberle tratado, al principio, con escasa indulgencia: «No lo sienta demasiado; en eso no ha sido usted la única», me diría según me relataba la anécdota de la escultura.

Soares es el único personaje, de los de este libro, a quien he dedicado dos capítulos. No ha sido por el solo hecho de que ambas entrevistas reflejen un momento particular de su país, sino porque, francamente, no sé cuál de ellas describe mejor su semblante interior.

ORIANA FALLACI.— *¿Recuerda, Soares, la historieta que me contó en Nápoles tres días antes de las elecciones administrativas italianas?*

MARIO SOARES.— *¿Qué historieta?*

Áquella del inglés y del irlandés. Había un inglés que estaba bebiendo, la mar de tranquilo, en un «pub», y, junto a él, un irlandés que lo mortificaba: dándole empujones, insultándolo. El inglés no se da por enterado y continúa bebiendo su cerveza. Y así continúa la cosa hasta que, desanimado, el irlandés desiste. O, más bien, ya decidido a hacer las paces, saca

un cigarrillo, acerca su cara a la del inglés y le dice: «Un fósforo, por favor». Pero el inglés se yergue encolerizado y ¡zas! le larga un puñetazo en la barbilla. El dueño del bar se indigna: «Pero ¿cómo? Le ha estado provocando durante horas y usted no se ha inmutado. Y, luego, cuando le pide un fósforo, lo derriba. ¿No podía haberlo hecho antes?». Y el inglés le responde: «No; no estaba en la posición indicada». Dígame, Soares: ¿le soltó o no ese puñetazo a Cunhal?

No me toca a mí decirlo. Usted debe hacerlo. ¿Se lo solté?

Pues sí. A la chita callando, se lo soltó, sí. No querrá hacerme creer que los acontecimientos de las últimas semanas han sido un regalo de la Providencia. Y la derrota de Cunhal es de importancia. Pero la victoria ¿a quién pertenece? ¿A usted, a los militares, o a los americanos?

A los americanos por supuesto que no. Para ganar una batalla hay que batirse en ella, y yo no creo que los americanos hayan hecho nada para hacer caer a Gonçalves. Tienen medios más sutiles y eficaces para injerirse en los asuntos ajenos: no olvidemos que centenares, si no millares de oficiales portugueses exiliados, están organizando, en España y en otros lugares, un golpe de derechas. Spínola no es el único que quiere volver a Lisboa. Así que la victoria es de quien la ha deseado, o sea de las fuerzas democráticas no comunistas. Y, ante todo, es nuestra victoria, la de los socialistas. ¿Acaso no era Gonçalves el hombre de Cunhal, el hombre con quien contaba Cunhal para instaurar una dictadura comunista? A estas alturas ya nadie lo duda, y preguntarse si Gonçalves está o no inscrito en el PCP es superfluo: su lenguaje y su conducta son los de un comunista. Yo no entiendo cómo no lo comprendí antes, cómo pude fiarme de su buena fe. Como quiera que sea, el hecho de que Gonçalves haya caído como primer ministro y, además, como jefe del Estado Mayor, el que haya sido rechazado por el pueblo y por la mayoría de las fuerzas armadas, es un golpe durísimo para Cunhal.

El que cae puede levantarse. No se puede afirmar que un hombre resuelto, como Cunhal, se resigne a lo ocurrido en estos días. Esta victoria, ¿es definitiva o es pasajera?

Ayer hablaba yo con un dirigente comunista europeo. No puedo decirle quién. Venido a mi encuentro, me preguntó: «Pero ¿por qué no se entienden ustedes, los socialistas y los comunistas portugueses? ¿Qué se puede hacer?». Yo le respondí que los errores de Cunhal han sido demasiados y excesivos. Aquel repetir suyo, por ejemplo, que en

Portugal sólo existían dos alternativas: el comunismo o el fascismo. El proyecto de Cunhal era, y sigue siendo, el que le confesó a usted en la entrevista que le hizo el pasado junio: llegar a una dictadura comunista con el apoyo de una facción de las fuerzas armadas. Y a ese proyecto se ha opuesto casi todo el pueblo, y asimismo el ochenta por ciento de las fuerzas armadas, con la consecuencia de que el PCP ha quedado aislado de las masas populares. Hoy el PCP ha perdido prestigio y crédito en todo el país. No puede entrar en ninguna de las regiones que quedan al norte del Tajo, y hasta en el Sur encuentra infinitas dificultades. Ha sido expulsado de las alianzas con la extrema izquierda, las mismas que él creó. Ha perdido las elecciones sindicales, y justo con los sindicatos donde se llevaba la parte del león, como el Sindicato de empleados bancarios y administrativos. Por último, ha perdido a Gonçalves, o sea el hombre en quien había cifrado todo su juego. Ya no tiene a su lado más que un dos por ciento de la población. Una situación muy, muy crítica.

Sí, pero, repito, no quiere decir que se rinda.

Conforme le expliqué a ese dirigente comunista europeo, Cunhal se enfrenta hoy a un dilema. Soluciones no tiene más que dos. La primera es continuar la conspiración antidemocrática empujando a los militares a la aventura transitoria de un conflicto armado. Digo aventura y digo transitoria porque un conflicto armado puede proporcionarle sólo un éxito momentáneo. No tiene a su lado al grueso del ejército. La segunda solución sería reconocer que ya no está en condiciones de conquistar el poder por métodos antidemocráticos y, por tanto, aceptar el juego de la democracia. Pero eso significa una completa revisión de su loca política. Significa recomenzar desde el principio, en condiciones terribles, para recuperar lo perdido. Significa reconstruir su prestigio, que tan grande era en Portugal y cerca de los comunistas del mundo entero. Significa hacerse perdonar los errores que ha cometido, y que a estas alturas sólo sus fieles le perdonan. Me refiero a su zigzaguear. Por ejemplo, el hecho de que pretendiese eliminar a los socialistas para, más tarde, intentar aproximarse a ellos. O al de que insultara a la extrema izquierda y se aliase, luego, con ella. Me refiero a su cortejar a los militares por todos los métodos y en todas las circunstancias posibles. ¿De qué le ha servido correr al aeropuerto cuando quiera que partía o regresaba un general? Yo, cuando me preguntaban por-qué-no-cortejas-también-tú-a-los-militares, respondía: «Porque es inútil. Cuando los militares se den cuenta de que

no pueden gobernar sin el apoyo del pueblo, botarán a Cunhal. Y entonces vendrán a buscarme a mí. Buscarán al PSP. Porque el PSP cuenta con el apoyo del pueblo».

Seamos sinceros, Soares: Cunhal no ha llegado a esta derrota por el solo hecho de sus errores tácticos y de una cierta falta de seriedad. Ha llegado a ella a causa de los sucesos del Norte. Los asaltos a las sedes comunistas, los incendios de las sedes comunistas. Bien organizados, por lo demás.

¿Está segura de que fuesen organizados? ¿Está segura de que no fueron espontáneos, o, al menos, en buena parte? Aquellos episodios causaron mucha impresión en Europa, lo sé. Todos los comunistas europeos se alzaron para gritar que el PCP era objeto de persecución. Pero la verdad es muy otra. La verdad es que los comunistas en Portugal son, todavía hoy, los perseguidores y no los perseguidos. Incluso en el Norte. ¿Quién tiene en su poder el aparato estatal, las empresas nacionalizadas, los municipios? ¿Quién distribuye los puestos de trabajo, el dinero? ¿Quién tiraniza a los trabajadores que no son comunistas o que se oponen a los comunistas? La violencia contra los comunistas les ha indignado a ustedes, pero ha sido, y es, una reacción contra su violencia. Una reacción espontánea, parecida a la que se produjo en Hungría en 1956, y en 1968 en Checoslovaquia. Y me consta que esa reacción ha ayudado a los comunistas convirtiéndolos en víctimas y, por tanto, haciéndolos simpáticos. Pero no son ellos las víctimas. Hable con los obreros y los campesinos del Norte. Pregúnteles quién ha caído en aquellos tumultos. Le responderán: los que protestaban contra los comunistas. Porque los que disparaban eran siempre los comunistas, no los manifestantes.

Se produjo una carca de comunistas, Soares: organizada, tal vez, por elementos fascistas, por obispos reaccionarios.

¿Está segura de que fuesen fascistas? Y, en cuanto a los obispos reaccionarios, no negaré los sentimientos reaccionarios de algunas personas de las que intervinieron en los tumultos. No obstante lo cual, diré: hay que tener en cuenta los resentimientos provocados por los comunistas en la Iglesia y en los católicos. Y esto justo en el instante en que íbamos a tener a la Iglesia de nuestro lado. Piense en el secuestro de Renascença, la emisora católica. Los comunistas se apropiaron de ella exactamente como lo habían hecho con el diario «República» de los socialistas. ¿Qué sucedió, por ejemplo, en Braga? Una manifes-

tación de apoyo al obispo justo a continuación del hurto de Radio Renascença. Concluida la manifestación, los participantes se encaminaron hacia la estación de autobuses para regresar a sus pueblos. Una estación que se encuentra justo al lado de la sede del PCP. Desde las ventanas de la sede, los comunistas rompieron a gritar: «Borrégos, reaccionarios, traidores conchabados con los curas». Los católicos reaccionaron. Se pusieron a insultarles a su vez, a arrojar piedras contra las ventanas. Y los comunistas dispararon: contra la multitud.

Debo decirle una cosa desagradable, Soares: muchos piensan que los episodios del Norte caen dentro de la estrategia socialista. La estrategia del inglés que aguarda el momento de tener el mentón del irlandés al alcance del puño.

Yo le juro, con toda la vehemencia posible, que los socialistas no tenemos nada que ver con esa sucia historia. Con toda la vehemencia posible, yo le juro que ningún militante socialista se mezcló jamás en aquellos asaitos, y que, en muchas ocasiones, los militantes socialistas corrieron en ayuda de los comunistas. Por otra parte, hemos condenado públicamente aquellos episodios: en el mismo espíritu y con igual decisión que condenamos los actos contra la Democracia Cristiana. Pero, si bien los condenamos, debemos tratar de explicarlos. Debemos preguntarnos por qué se desencadenó aquella ira popular, por qué un pueblo que estaba dispuesto a recibir bien a los comunistas se ha rebelado, repentinamente, contra ellos. Créamelo: lo que sucedió y sucede todavía en el Norte no es el resultado de las maniobras de la reacción: la reacción no goza de ningún prestigio entre el pueblo. Lo que sucedió y está sucediendo en el Norte es el resultado de la arrogancia y de la brutalidad que los comunistas han ejercido en Portugal. Es la consecuencia de la política del PCP. Mejor dicho, de la dirección del PCP, que en un año ha provocado más anticomunismo del que predicó, durante cincuenta, la propaganda de Salazar y Caetano.

¿Está diciendo que la culpa es personalmente de Cunhal?

Sí. A él le toca una gran parte de responsabilidad personal porque tiene una gran influencia, una influencia decisiva, sobre el PCP. Goza de una autoridad indiscutida e indiscutible. Conozco su Comité central, su secretariado: sé hasta qué punto los camaradas de Cunhal están dominados por Cunhal. Y agregaré: yo soy un marxista, un marxista no dogmático, pero un marxista. Como tal, he pensado siempre que los hombres eran instrumentos o intérpretes de la historia, que los

grandes movimientos históricos eran oleadas no determinadas por la personalidad. Pero, tras lo que he visto en Portugal durante un año, empiezo a creer en la nariz de Cleopatra.

Dijo Pascal: «Si la nariz de Cleopatra hubiera sido más corta, la historia del mundo hubiera sido muy diferente».

Pues sí. El hombre influye, influye.

Con sus sentimientos y, también, sus resentimientos. A veces se me ocurre pensar que existe una guerrilla personal entre usted y Cunhal.

¡Oh; no! No. Al contrario. Al menos, por mi parte. En mi juventud le profesaba una gran admiración: por su inteligencia, por su coraje, por su fe. Ya sabe usted que era profesor mío en el colegio de mi padre. Profesor, sí, y no bedel, como le contó durante la entrevista. Lo de bedel se lo diría, tal vez, para darse un tono más proletario: en aquella época Cunhal estaba ya licenciado en jurisprudencia y mi padre lo tenía como profesor adjunto de letras, historia y filosofía. No lo tenía como profesor titular por cuanto la autorización la habría tenido que emitir la PIDE, y la PIDE lo había arrestado ya por comunista y lo había fichado. Como le decía, lo admiraba. Él contaba sólo doce años más que yo, que tenía dieciséis, pero yo lo admiraba mucho. Y le admiré más todavía cuando le procesaron: se comportó de un modo magnífico. Orgullosa, valiente. Es menester rendirle homenaje por eso. Recuerdo la defensa que hizo de sí mismo: duró tres horas y ni siquiera fue una defensa; fue un ataque a Salazar. Un ataque ejemplar: ¡cómo me impresionó! También su comportamiento en prisión fue, por lo demás, ejemplar: yo estaba al corriente de ello porque veía a diario a su padre, que en el juicio había sido abogado suyo. No es cierto que su padre fuese un pobre diablo, como le dijo a usted durante la entrevista. Su padre, Evelino Cunhal, era un abogado relevante y un eminente profesor de historia. Y su madre era una dama de la alta burguesía, muy católica. Estaban bastante acomodados. Yo lo sé porque frecuentaba la casa.

Entonces ¿por qué habría de explicarme Cunhal tantas pequeñas mentiras a propósito de su vida?

No lo sé. Tampoco yo comprendo ciertas cosas en Cunhal. Le dijo, por ejemplo, que no pasó su exilio ni en Praga ni en Moscú, e hizo para darle a entender que estuvo exiliado en París. No es cierto. Me lo encontré varias veces en el exilio y, entre ellas, en Praga. Y cierta

persona me dijo que había vivido cuatro años con él en Moscú. Lo cierto es que a Cunhal le gusta enormemente rodearse de misterio. Nadie, por ejemplo, sabe si está casado o no: su matrimonio es un secreto de Estado. Se le atribuye una hija, pero también eso forma parte del misterio. ¿Por qué? Yo tengo una hija y estoy orgulloso de ella: se la presento a todo el mundo. Y mi teléfono, junto con las señas de mi domicilio, aparecen en el listín telefónico. El domicilio de Cunhal es secreto. Ah, sí, Cunhal es un hombre singular, lleno de contradicciones. Cuando yo era ministro y nos reuníamos en Consejo, lo observaba y me decía: tiene un gran dominio de sí, pero a veces, su equilibrio se rompe; se produce una especie de fractura entre su capacidad de razonamiento y su sensibilidad. Cuanto más inteligente y claro es su razonamiento, tanto más escasa resulta su sensibilidad. Y, luego, me decía: quizá sea que ha pasado demasiado tiempo en prisión, en el exilio. Yo también he estado en prisión, pero poco. Digamos que seis meses por vez. Y también yo he estado en el exilio, pero poco: unos cuatro años, digamos. Él, en cambio, ha pasado trece años en prisión, catorce en el exilio y diez en la clandestinidad: ha estado extrañado de la realidad portuguesa durante casi cuarenta años. ¿Cómo puede comprenderla ahora?

¿Cree que acabará siendo puesto de lado con el beneplácito de Moscú?

Circulan muchos rumores en ese sentido. Se habla mucho de Alboim Inglés, que acaba de llegar de Moscú. Con la misión, se dice, de sustituir a Cunhal. Pero yo, francamente, lo dudo. Ante todo porque, como le he dicho, está muy enraizado en el seno del PCP y nadie puede controlarlo. Luego, porque la estructura del PCP tiene por base el dominio del líder, y hace falta un terremoto para que el líder se tambalee. Y, finalmente, porque cuenta con el apoyo de la Unión Soviética, que no deja de repetir, incluso por medio de sus periódicos, y en particular de «Pravda», las teorías de Cunhal. Cosa obvia, puesto que Cunhal se refiere sistemáticamente a la experiencia soviética de 1917 y rechaza cualquier otra vía hacia el socialismo. Y ahora déjeme concluir la respuesta a su pregunta sobre una supuesta rivalidad entre Cunhal y yo. ¿Sabe por qué no puede existir rivalidad entre nosotros dos? Porque yo soy profundamente demócrata; jamás he considerado la posibilidad de imponerme sin haber sido elegido, y consideraría una deshonra subir al poder en contra de la voluntad popular. Cunhal, en cambio, es profundamente antidemócrata; no le interesa ser elegido; quiere hacer su revolución personal en contra de la volun-

dad de todos. Y puede que crea actuar en bien de Portugal pero también Salazar, en fin de cuentas, lo creía. De ahí que su concepto sea el mismo que el de Salazar. Sólo el color cambia.

Volvamos al puñetazo a la barbilla del irlandés, Soares, y examinemos sus consecuencias: ¿estallará o no la guerra civil?

Bueno... El riesgo es grande. Lo vengo diciendo hace seis meses y ahora lo repite la propia prensa comunista. La guerra civil... Estamos haciendo lo imposible por evitarla. Creo que hay algunas posibilidades de evitarla.

¿Sólo algunas?

Sí... Algunas posibilidades. *Il y a des chances... Il y a des chances...*

No me parece muy convencido.

Mire, cuando usted nos entrevistó, a Cunhal y a mí, en mayo último, yo tenía la convicción de que en Portugal estábamos en vísperas de un gobierno comunista. O mejor dicho: de una dictadura militar comunista. Una dictadura regida por Cunhal y por Gonçalves. Los indicios eran demasiado numerosos; el secuestro del diario «República», uno de ellos. Así, pues, salí, junto con todos los socialistas, del gobierno, y muchos me criticaron diciendo que de esa forma dejaba el camino libre a Cunhal. Fue al contrario. Los contratiempos de Cunhal comenzaron justo con el abandono del gobierno por los socialistas. Precisamente para compensarlo, Cunhal buscó la complicidad de Oteló Saraiva de Carvalho: el jefe del COPCON. Oteló le volvió las espaldas, Cunhal se quedó solo con Gonçalves y la situación se deterioró conforme sabemos. De ahí la revuelta y el documento del grupo de los Nueve, capitaneado por Melo Antunes. De ahí la crisis habida en el seno de las fuerzas armadas y la caída de Gonçalves. El irlandés, para usar su imagen, está ahora en el suelo. Pero está ahí comprometido frente al país y frente a la opinión pública internacional, y tiene que resolver el dilema de antes ¿juego democrático o toma del poder por la fuerza? Yo temo que Cunhal no se pliegue al juego democrático. Su estrategia resultaría incomprensible, demencial, si no hubiese tenido siempre como objetivo la toma del poder por la fuerza. Y la toma del poder por la fuerza significa una sola cosa: enfrentamiento armado, guerra civil. Nosotros no queremos una guerra civil. Y tampoco la quiere el grupo de Melo Antunes, o sea la mayoría del MFA. Pero, si los comunistas se lanzan a la aventura...

¿Con qué resultado? Hace poco decía usted que el de los comunistas sería, a lo sumo, un éxito momentáneo.

Gonçalves cuenta con generales comunistas o filocomunistas como Corvacho, que tiene el mando de las unidades de guarnición en el Norte, pero no dispone de las unidades que esos generales tienen asignadas: en fechas aún recientes, las tropas de Corvacho se negaron a disparar y sólo aceptaron hacer maniobras bajo una condición: que se hicieran sin proyectiles. Los soldados, en su gran mayoría, no son comunistas. Y los soldados representan al pueblo, son el pueblo. Existen células comunistas entre los soldados, y las células comunistas están —es sabido— muy disciplinadas. Pero ¿bastan para influir a un regimiento, a una división? Casi todos los oficiales del ejército están, como se ha dicho, con Melo Antunes; y también lo está la aviación, gracias a su jefe, Morais e Silva. A Gonçalves no le queda más que la marina, con sus fusileros. Los fusileros de la marina son un cuerpo de selección. Pero son pocos. Cunhal dice tener milicias populares armadas, en Lisboa principalmente. Admitamos que sean nutridas e intrépidas, y sumémosles las tropas de la Quinta División, que es comunista: el desequilibrio de fuerzas continúa siendo excesivo. Gonçalves puede obtener en Lisboa el éxito momentáneo de que se hablaba, pero ¿y después? Sigo repitiendo Gonçalves, y no Cunhal, porque la decisión de emprender o no la aventura concierne a Gonçalves. En este caso, Cunhal instrumenta y nada más.

¿Qué clase de tipo es ese Gonçalves?

Oh, no es antipático, no. Nada de eso. Es muy simpático, por el contrario; porque es un idealista. Un hombre sincero. Cree de veras, aunque sea a fuerza de ingenuidad, en lo que hace. Es, desde luego, un hombre que se abandona a excesos; pero, en el contacto humano, es un tímido. En el gobierno, por ejemplo, yo nunca tenía con él encontronazos: siempre se mostraba dispuesto a buscar un acuerdo, un entendimiento. Su decisión sólo surge frente a la multitud, en las situaciones de emergencia, y con Cunhal a su lado.

Y Melo Antunes ¿qué clase de persona es?

Oh, él no es un militar: es un político. A lo sumo, un militar intelectual. Posee un gran cerebro político; es el más inteligente de todos, y es fuerte hasta desde el punto de vista moral. Él no esperó al 25 de abril para declarar su antifascismo: en 1969 se presentó a las elecciones.

nes desafiando a Caetano. De entonces le conozco y desde entonces somos amigos. Y, si bien no existe ninguna alianza entre el Partido Socialista y el grupo de los Nueve, debo decir que entre Melo Antunes y yo la coincidencia de programas es completa. A Melo Antunes le consta que el PSP está de su parte.

¿Y el nuevo primer ministro, el almirante Pinheiro de Azevedo?

Es un personaje muy directo, muy franco, muy emotivo. De los hombres como él decimos los portugueses que tienen el corazón en la boca. Es decir, que manifiestan, hasta en exceso, lo que piensan. Él cree ser muy fuerte, incluso en lo militar, y lo proclama. Pero hace falta saber si se engaña o no. No es, a buen seguro, una persona nacida para la política. Entre otras cosas porque es un militar que no consigue fácilmente escuchar a los demás. En lo ideológico afirma estar situado entre socialistas y comunistas: qué quiere decir con eso, lo ignoro. De manera que es difícil adivinar qué nos espera con él.

¿Y Costa Gomes, el presidente?

He ahí el gran problema, el gran interrogante: Costa Gomes. ¿Cuál es la posición de Costa Gomes? ¿Quién es verdaderamente Costa Gomes? Ante todo, no se trata de un auténtico militar: en el ejército era ingeniero con el grado de coronel. Fue nombrado general de brigada durante la revolución. De manera que no tiene, en la estructura del ejército, un *entourage* como el de Gonçalves, Otelo o Antunes: pero tiene voz en él. Y posee mucha experiencia humana en cuanto a los militares: los conoce. Costa Gomes es licenciado en exactas. ¿Cuál es su juego? Ha hecho, a primera vista, muchas concesiones a los comunistas; y todavía las hace. Pero su lenguaje ha sido siempre muy distinto del de los comunistas, del de Gonçalves. Lo único cierto acerca de Costa Gomes es que le obsesiona la idea de un enfrentamiento militar, y quiere evitarlo. Hace todo lo posible por evitarlo y...

Pero ¿qué hace para evitarlo?

Lo único que se puede hacer: ejercitarse en la disuasión frente a Gonçalves y a Cunhal. Yo, por ejemplo, trato de disuadir a Cunhal organizando ese encuentro entre socialistas y comunistas europeos. Porque verá: tras los sucesos acaecidos en el Norte es singularmente en Europa donde ha tomado cuerpo la campaña de solidaridad con los comunistas portugueses. Y ello gracias al Partido Comunista francés, que fue el que la lanzó. Ahora bien, la solidaridad internacional es

una cosa magnífica que, sin embargo, se torna discutible si tiene por base informaciones erróneas. Es preciso explicar a los partidos comunistas y socialistas europeos en qué consiste esta revolución portuguesa y hasta qué punto es diabólica o, más bien, desconsiderada la estrategia del Partido Comunista portugués. Ni el Partido Comunista italiano ni el Partido Comunista español ni el Partido Comunista francés han pensado jamás en hundir el Estado, destruir la economía del país y provocar el caos total para llegar a la dictadura comunista. Al contrario. Y de ello el mejor ejemplo es el PCI, convencido de que sólo en el marco de un capitalismo avanzado se puede construir una democracia proyectada hacia una sociedad socialista. Es decir, que para llegar al socialismo no se debe destruir el Estado democrático ni se debe ni se puede sacrificar la democracia política y la libertad, que constituyen una conquista definitiva. Aun cuando se trate, como dice Cunhal, de libertades burguesas. El problema, que nada tiene de teórico, interesa a por lo menos cuatro países europeos: Italia, España, Francia y Portugal. Si los partidos comunistas de estos cuatro países consiguen convencer a Cunhal sobre la conveniencia de un encuentro, es posible que consigan, también, convencerlo sobre la necesidad de no lanzarse a una guerra civil.

Mirándome a los ojos, Soares: ¿hasta qué punto cree en la posibilidad de evitar una guerra civil?

Los portugueses son muy diferentes de los españoles. Son más conciliadores, más dúctiles. No gustan de la sangre. Si todo esto hubiese ocurrido en España, ya habría estallado la guerra civil. Pero tampoco somos santos, y existen ya indicios de que nuestro pacifismo se está resquebrajando. Todos esos automóviles, militares y no militares, que se están descubriendo, cargados de municiones. Todas esas intemperancias. Y, al punto en que ha llegado el conflicto con los comunistas, al punto en que ha caído el país...

¿Se refiere a la anarquía que sacude a Portugal?

Sí. Le contaré dos episodios. El otro día se produjo una manifestación contra el envío de militares a Angola: una manifestación organizada por los propios militares. Ayer entro en un hotel y veo a cinco o seis muchachos de la Policía Militar; ya sabe: esos que van tan disfrazados. Me rodean y me dicen: «Señor Soares, ¿ya le han dicho que el otro día estuvimos en un tris de matar al primer ministro?». Yo me quedo boquiabierto: «¿Qué? ¿Cómo?». Y ellos: «Sí, sí. Estábamos

en la manifestación cuando apareció Gonçalves, que partía hacia Belem en su *limousine*, escoltado por motoristas. Nos abalanzamos sobre los motoristas y, luego, sobre la *limousine* de Gonçalves. La emprendimos a patadas, tratando de abrir las portezuelas; y a punto estábamos de conseguirlo cuando el conductor logró, con una maniobra, escapar». Cuando se lo conté a Costa Gomes, me respondió: «Ah, sí. Ya lo sabía. Es muy grave». Segundo episodio. Anteayer la Banca de Angola fue ocupada por prófugos que querían cambiar sus escudos angoleños por escudos portugueses. «Nos han estafado; queremos que nos devuelvan nuestro dinero», gritaban. El ejército consiguió desalojarlos y, a la mañana siguiente, según nos encontrábamos ante el presidente de la República, que nos relataba, satisfecho, el resultado de la operación, suena el teléfono: el banco había sido ocupado de nuevo. Los emigrantes se habían precipitado en masa al interior cuando abrieron las puertas, y ahora afirmaban estar dispuestos incluso a dormir en el local.

Pero las guerras civiles se producen con dos frentes, no con tres. Y contra los comunistas de Gonçalves y de Cumbal no están solamente los socialistas de Soares y de Melo Antunes. Están, también, los radicales de Otelo. Otelo, entretanto, no está, en modo alguno, con Soares y Melo Antunes: de manera que...

Yo pienso que Otelo es un demócrata y un revolucionario. Influido, tal vez, por la extrema izquierda, pero no manipulado por fuerza alguna. Muda de opinión con cierta frecuencia, eso es cierto; y hace declaraciones un tanto originales. No hay más que fijarse en lo que dijo a su regreso de Cuba, o en las acusaciones que dirigió a Carlucci, el embajador americano, cuando lo acusó de ser un agente de la CIA. Yo era, en esa época, ministro de Asuntos Exteriores, y nadie más que yo sabe los problemas que me ocasionaron aquellas declaraciones. Nadie podría atribuir a Otelo dotes de diplomático. Las palabras, sin embargo, no son más que palabras, y hay que perdonarle ciertas actitudes enfáticas: Otelo puede desempeñar un papel muy importante en Portugal. Y, en caso de un enfrentamiento armado, no sería él el tercer frente.

¿Y los fascistas? Imaginemos que la guerra civil estalle entre socialistas y comunistas, Otelo decantado del lado de los socialistas. Si también los fascistas intervienen en contra de los comunistas, se los encontrarían ustedes a su lado. ¿Y qué harían ustedes?

Ése es, exactamente, el cálculo que hace Cunhal cuando pretende echarnos en brazos de la reacción. No caeremos en esa trampa, porque somos una fuerza de izquierdas. Soñamos un partido de izquierdas y tenemos, tal vez, ciertos vínculos con la extrema izquierda. Por ejemplo, con la Intersindical y con los maoístas. Lo cual no resuelve esa amenaza, tan compleja o, mejor, tan terrible. También por esa razón queremos conjurar el peligro de una guerra civil. Y, si bien es cierto que diariamente corren rumores de que Spinola es un aliado de Soares, no es menos cierto que Soares no desea alianzas semejantes. Ningún socialista las quiere. Lo que nosotros queremos es convertirnos en el partido de la clase trabajadora, y conquistar por entero a la clase obrera. Si nos viéramos empujados a una guerra civil contra los comunistas, resistiríamos en solitario: sin la ayuda de la reacción. Por otra parte, yo no contaría ciertamente con la ayuda de la reacción: no le caemos bien a las derechas. Y, si interviniesen contra los comunistas, lo harían también contra nosotros. Pero no con un tercer frente: con un golpe de Estado. Más que una guerra civil, lo que temo, en el fondo, es un golpe de las derechas. En Portugal existe hoy un gran peligro de un golpe de las derechas. Y, si en mayo último era la amenaza comunista la que más me saltaba a los ojos, hoy es la amenaza fascista la que más merece mi atención.

Como dice aquel proverbio, entre dos litigantes es el tercero quien saca provecho.

No es lo mismo, porque el pretexto para un golpe semejante no está en la disputa que existe entre nosotros y los comunistas. Son los comunistas quienes lo proporcionan. Son ellos quienes han echado, y continúan echando, a amplios sectores de la población en brazos de las derechas. A estas alturas, la gente dice: «Si hemos de tener este desorden, más vale un fuerte gobierno de derechas». Y lo dice a todo nivel: basta con escuchar al taxista o aguzar el oído por la calle. La gente está descontenta, a menudo desesperada, y asustada por los comunistas. Cunhal corre el riesgo de asustar a los propios trabajadores. Añada a esto el regreso de los portugueses de Angola. Si no reaccionaria, son una fuerza amargada. Una fuerza que la reacción manipula con facilidad. Porque, habiéndolo perdido todo, quieren encontrar un culpable. En ese estado de ánimo, regresan a su país sacudido por la crisis social y económica, semideshecho por la anarquía. Algunos ya están organizándose.

Y es ya demasiado tarde para poner remedio, ¿verdad?

Nunca es demasiado tarde para salvarse, supuesto que uno lo desee. Los socialistas continuamos luchando. Si perdemos, será, por supuesto, la catástrofe. Si no llegamos a un entendimiento sobre un gobierno de izquierdas, si no conseguimos resolver rápidamente los problemas de los trabajadores, tender puentes con Europa, poner de nuevo en funcionamiento el aparato económico, yo le digo que dentro de dos meses... Sí, dentro de dos meses será tal el descontento que intervenir y lanzar la contrarrevolución resultará un juego de niños para la derecha.

Dos meses.

Sí, dos meses nada más. Centenares, si no millares de oficiales portugueses, se están preparando en Francia, en la frontera española, puede que incluso aquí, en Portugal. Ayer se distribuían por las calles de Lisboa manifiestos que exaltaban a Spinola. Eso, hace un mes, hubiera sido inconcebible, la gente lo hubiera impedido. Hoy, en cambio, la gente lo acepta: recoge el manifiesto y lo lee. Se lo conté también a Costa Gomes. Y me respondió que ya lo sabía.

Se diría una situación paralela a la de los últimos meses del Chile de Allende.

Yo diría, más bien, paralela a la de la República de Weimar. ¿Acaso no estamos pasando las consecuencias de la guerra colonial, de una derrota? Cuando llegamos nosotros era ya demasiado tarde: el ejército estaba hundido. Y es significativa la manera en que ese ejército, que era un ejército de ocupación, se identifica ahora con las fuerzas de liberación. Es una especie de fenómeno psicoanalítico. Los militares portugueses no sólo han olvidado que eran ellos quienes ocupaban las colonias y ejercían las represiones, sino que se presentan, incluso, como liberadores. Esto el psicoanálisis lo define como «desdoblamiento del derrotado que, no reconociendo su derrota, se identifica con el vencedor». En Alemania, después de la primera guerra mundial, ocurrió lo mismo: el ejército alemán rechazaba la derrota y sus consecuencias sociales. Todo el mundo, desde los socialistas a los socialdemócratas pasando por los comunistas, ayudó enormemente a la toma del poder por los nazis. Y sólo se dieron cuenta de ello cuando se vieron reunidos en los campos de concentración.

O sea que la llamada revolución ha fracasado.

Todavía no. O, mejor dicho, yo no diría que haya fracasado, sino que amenaza fracasar. Se encuentra, como mínimo, comprometida. Entre otras cosas, y principalmente, porque los comunistas no han comprendido que debía realizarse con infinita cautela. Teniendo bien presente, por ejemplo, que los campesinos del Norte o bien son propietarios o bien cultivadores directos de sus tierras. No olvidando que, si bien es cierto que existe una importante clase obrera, hay, también, una infinidad de pequeños funcionarios y pequeños propietarios. O que Portugal es un país de educación y cultura europeas, que los portugueses se sienten europeos, que trabaja en Europa un millón de portugueses empleados por el Mercado Común, que dependemos de Europa para el ochenta por ciento de nuestro comercio. Se precisaba paciencia. Era menester nacionalizar con tino, sin procurarse la hostilidad de Europa. En cambio, ¿qué es lo que se hizo? Se dio vía libre a la demagogia; se irritó a la pequeña y mediana burguesía, se expulsó a los que se ofrecían como aliados, se empujó hacia la oposición a la Iglesia, que se mostraba bien dispuesta para con nosotros. Y se ha derrochado un capital enorme madurando el riesgo de un Pinochet.

¿Se refiere a Spínola?

No. Spínola... ¿Sabe?, no me gusta demasiado hablar de Spínola. Por varias razones. Pienso que ha cometido errores graves; sí, errores estúpidos. Y pienso que es, quizá, responsable de lo ocurrido tras su desaparición. Porque quiso forzar las cosas, y porque manifiestamente las forzó careciendo de la fuerza y de las ideas necesarias para ello. Spínola ha sido una desviación de la legitimidad revolucionaria. Una desviación de derechas. Quería, por ejemplo, frenar la revolución; y no se daba cuenta de hasta qué punto eso era imposible. Ello no obstante, también de él se han dicho, sobre todo por parte de los comunistas, ciertas mentiras. Quiero decir lo siguiente: si existe una legitimidad revolucionaria —y no hay duda de que existe—, y si tal legitimidad revolucionaria es representada por el MFA y encarnada por sus oficiales, no se le puede negar a Spínola el haber pertenecido a ella. Para bien o para mal, también él estaba presente, al principio. He ahí por qué no me gusta hablar de Spínola. He ahí por qué prefiero decir que cometió errores. Y que los cometió es indiscutible: entre otros, el de llamar maoístas a ciertos demócratas sinceramente demócratas. Y ha hecho declaraciones todavía más graves: errando. Se ha equivocado en muchas cosas, en ocasiones escandalosamente. No es un hombre de sólido intelecto.

Y el Pinochet ¿no será él?

No lo creo.

Pero es extraño que le conceda usted tan poca importancia.

Es porque, se lo repito, no creo en Spínola. No creo en la estrella de Spínola, por mucho que en Portugal goce él todavía de cierto carisma. Claro que podría equivocarme: ¿no me equivoqué, al principio, con Gonçalves? Spínola, sin embargo, no me parece el hombre por quien apuestan las derechas.

Usted, naturalmente, está al corriente de lo que se dice acerca de usted y de Spínola: que mantienen contactos, aunque sea de forma indirecta, que se ven en París.

Lo sé, lo sé. No hay día que la agencia nacional de noticias, que está totalmente manipulada por los comunistas, no difunda un pequeño comunicado según el cual yo, de una u otra manera, estaría en contacto con Spínola. Se trata de mentiras disparatadas, y hasta me fastidia tener que repetirlo: no mantengo contactos con Spínola. No quiero contactos con Spínola. Ningún miembro de mi partido tiene contactos con Spínola. No acepto y no aceptaremos contactos con Spínola.

Pero, si excluimos a Spínola, ¿dónde buscar al Pinochet entre esos militares que no cesan de decirse de izquierdas?

Tengo lista la respuesta. Dos meses antes de que muriese Allende, fui invitado a Chile. Y, cuando Allende me recibió, Pinochet estaba en la sala. Sí, estaba allí. Allí... Y nadie sabía que fuese Pinochet. Formaba parte del grupo de los oficiales de Allende, del gabinete militar de Allende, y sonreía con los demás oficiales. Y nadie sabía, aunque se llamaba Pinochet, que él era Pinochet. Terrible. Sí, terrible...

Algunos de los que visitan Portugal caen, de pronto, presas de una sensación: que esta historia puede terminar trágicamente.

Esperemos que no, porque yo carezco de toda educación trágica. Soy un hombre tranquilo, me gusta vivir y ni siquiera sé disparar. Se dice que todo el país está armado, pero yo, se lo aseguro, no tengo ni tan siquiera una pistola detonadora. Ni en casa ni en ninguna otra parte. Porque considero que mi arma es la pluma estilográfica, y porque no sé disparar, y porque no quiero aprender a hacerlo.

O sea que, si surgiese la necesidad de hacerlo, no participaría en una lucha armada.

¿Disparando?

Claro: disparando. Entre otras cosas.

¡¿Yo?! ¡Oh, no! Nunca. *Jamais! Jamais de la vie!* Le diré que en toda mi vida no he puesto el dedo en un gatillo: jamás he tenido una pistola, un fusil, en las manos. Nunca he ido de caza. Ni nadie en mi casa, ni aun mi padre. ¡Si nunca hice el servicio militar! Cuando me llamaron a filas estaba tan flaco y sufría tanto de asma que a mi padre no le costó encontrar la manera de que me declararan inútil para el servicio. Por lo demás, yo creo que tampoco Cunhal llegó a hacer nunca el servicio militar; mucho me lo parece. Yo, mire, preferiría morir antes que disparar contra nadie. Ni siquiera puedo imaginarme matando o hiriendo a alguien. Si matase a una persona en un accidente de automóvil, sería, para mí, una catástrofe psicológica. Cuando ejercía de abogado, y defendía a algún homicida, voluntario o involuntario, no dejaba de plantearme el problema. ¿Qué haría, si me hubiese sucedido a mí? Y la conclusión era: me volvería loco.

De manera que, si en Portugal se reinstaurase el fascismo, usted no recurriría ni aun a una pequeña bomba.

Déjeme pensar. Sí: pondría la bomba, a condición de que no matase ni hiriese a nadie. Accedería, por ejemplo, a ponerla en un edificio vacío, deshabitado. Pero si supiera que alguien iba a pasar cerca, no la pondría. Jamás. Ni siquiera para defenderme. Si alguien quisiese matarme, nunca me defendería matándole a mi vez. Le dejaría que me matase.

La conversación es oportuna, porque me consta que recibe continuas amenazas de muerte.

Diariamente. Varias veces al día. Suena el teléfono, contesto, y una voz farfulla: «Soares, vas a ser liquidado». O bien: «Soares, hoy morirás». Y yo respondo: «Conforme». ¿Qué sentido tiene, verdaderamente, atemorizarse, o esconderse, o ir por ahí armado, o tener un guardaespaldas? Cuando una organización potente quiere eliminar a alguien, siempre lo consigue. Aunque vaya bien protegido. Piense en los dos hermanos Kennedy. Conclusión, prefiero continuar mi vida, circular sin escolta y no atormentarme. El miedo es estúpido. Y envi-

lece. Yo me niego a aceptarlo. Lo cierto es que no consigo sentirlo. No lo he conseguido nunca. El otro día fui agredido, en la calle, por un prófugo angoleño. Yo iba con el camarada Zenha. El prófugo se me echó encima gritando: «¿Por qué has vendido Angola a los negros?». Yo lo rechacé de un empujón y le dije: «Si me interroga educadamente, le explicaré que no he vendido nada a nadie». Él, entonces, se me volvió a echar encima y, una vez más, tuve que desprenderme de él y... ¿Sabe?, yo soy uno de los pocos que siguen durmiendo en su casa. En la actualidad son muchos los que en Lisboa cambian de domicilio todas las noches. Por miedo a un atentado, por miedo a ser detenidos... Yo digo: si quieren arrestarme, estoy a su disposición. Si me arrestan, luego tendrán que explicarme por qué. Y, en cualquier caso, eso es mejor que huir.

Ahora comprendo qué es.

¿El qué?

Su irritante placidez. Es sangre fría. Dicho de otro modo, coraje.

Usted escribió que yo era blando.

Es cierto. Lo lamento.

No debe lamentarlo demasiado; son muchos los que lo creen. Es a causa de mi cara. Estos párpados pesados, estas mejillas relajadas. Una vez, un escultor amigo mío quiso hacerme un busto. Le dedicó un tiempo infinito. Lo hacía y lo deshacía. Por fin, dijo: «El problema es el siguiente: tienes una cara vulgar, en el sentido de que es una cara cualquiera; y, sin ser un blando, tienes blandos los rasgos». Con esto no quiero decir que sea un duro. No soy un duro, por mucho que, en ocasiones, me abandone a terribles arrebatos. Pero tampoco soy un individuo que se rinda o a quien se pueda intimidar. En la cárcel yo nunca me desalentaba.

¿Y ahora qué?

Una cosa es no desalentarse nunca y, otra, no hacerse ilusiones. Y aunque uno no se haga ilusiones, puede tener esperanzas. Claro que para cultivar la esperanza hay que pelear.

¿Comió el inglés que le larga el puñetazo al irlandés?

No estoy seguro de haber largado ese puñetazo.

Lisboa, septiembre 1975

Alvaro Cunhal

El hombre que de mayor autoridad gozaba en Portugal en aquel junio de 1975, el hombre que influía en los militares situados en el poder, el hombre que, en suma, parecía haber ganado las elecciones pese a haberlas perdido, era Alvaro Cunhal, el líder del Partido Comunista portugués. Entrevistarle no era precisamente fácil, pero, si lo conseguía uno, escucharle bastaba para comprender lo que estaba sucediendo en aquel país: dar de ello una imagen exacta. Cunhal era ajeno a los intrincados senderos de la diplomacia: abría la boca y decía lo que pensaba. Con un candor feroz. Y, entre las cosas que pensaba, que quería, que en parte había ya obtenido, estaba el rechazo total de las libertades democráticas: de la democracia como forma de tolerancia y de civilización. O dictadura del proletariado, decía en sustancia, o fascismo. La tercera fuerza carecía de entidad, el socialismo en libertad era una bofetada; y, si estas estimaciones hacían daño a sus camaradas europeos, tanto peor. Lo admitía sin hacer misterio de ello. Los misterios, por lo demás, los reservaba para su persona, negándose, incluso, a revelarte si tenía mujer e hijos, o dónde había vivido durante el exilio que sucedió a su fuga de la fortaleza de Peniche. (Pero Soares me confirmó, en septiembre de 1975, que durante su exilio Cunhal había permanecido principalmente en Moscú. Y Carrillo me repitió, un mes más tarde, la misma cosa. Tanto uno como otro afirmaban, además, que Cunhal estaba casado y tenía, por lo menos, una hija, de manera que no comprendían aquella manía suya de la práctica del secreto, absolutamente superflua ahora que había caído la dictadura y, con ella, la clandestinidad.) De dónde procedía aquel exceso suyo de discreción en lo tocante a su persona, no era fácil decirlo: ni siquiera sobre su arresto, sobre el juicio y su condena a trabajos forzados, sobre los catorce años pasados en prisión, conseguí sacarle una sola palabra. Y todo el mundo sabe que su compromiso frente a los esbirros de Salazar se caracterizó siempre por su extrema nobleza, por su gran coraje. Yo creo, sin embargo, que el gusto por el misterio tuvo en él su origen en su pasado de conspirador y, también, en esa renuncia que es típica de algunos comunistas. No sin razón me encontré, al acudir a Berlinguer con motivo de una entrevista que nunca llegaría a materializarse, frente a una barrera idéntica. Abierto y parlanchín en tanto que se hablase de ideas, Berlinguer se encerraba en un mutismo torpe y penoso si aludía yo a su vida privada o a cuestiones que le conciernan en lo personal. Ocurre no pocas veces, en suma, que hombres agresivos en el terreno político se tornen tímidos y esquivos en lo tocante a sí mismos. Quizá porque en lo personal no se sienten ni seguros ni contentos.

Ello no obstante, y a despecho de características tan negativas, Cunhal me resultó simpático: tal vez uno de los líderes políticos más simpáticos que hasta ese momento hubiera conocido. Y, por paradójico que parezca, cuanto más retrocedía yo, horrorizada por sus principios y sus palabras, tanto más experimentaba su fascinación: debía hacer un esfuerzo para olvidar que, si él hubiese conquistado de veras el poder y yo

fuese su amiga y viviéramos en el mismo país, no habría vacilado en hacerme fusilar. También los motivos de semejante simpatía resultan difíciles de definir. Hay quien mantiene, en cambio, que son sencillos: Cunhal gusta a las mujeres y no hay una sola que permanezca indiferente a su rostro bello y enjuto, a sus hermosos ojos azules, a su sonrisa, cándida y seductora como sus cabellos. Pese a su madurez, a su corta estatura, a su desaliño en el vestir, emana de él una irresistible carga de sensualidad. Pero, por mucho que esto sea bastante cierto, no alcanza a explicar el fenómeno. Lo cierto es que Cunhal gusta tanto a los hombres —y me refiero a los hombres normales— como a las mujeres: no es posible encontrar un periodista o un adversario político que afirme lo contrario. Ateniéndome a mi experiencia me atrevería, pues, a decir que la fascinación de Cunhal no estriba en sus facciones sino en su impetuosidad, en su espontaneidad, en su sinceridad. Y, también, en su alegría. Hasta cuando me exponía los más inaceptables conceptos se mostraba cordial, festivo, a la altura de la discusión: su fe obtusa no turbaba nunca su inteligencia, su siniestra ortodoxia no empañaba nunca su lucidez. Conque, aun detestándolo, aun condenándolo, acabé por encontrar un extraño placer en su compañía y, en ocasiones, casi la necesidad de perdonar todas las estupideces que decía. La verdad es que nos despedimos con afectuosos apretones de mano y golpecitos en la espalda:

La entrevista, publicada en Italia en vísperas de las elecciones administrativas, y recogida por toda la prensa occidental, suscitó infinitas controversias. En un momento en el cual el eurocomunismo se afanaba en demostrar su fe en la democracia parlamentaria y andaba en pos de crédito, las palabras de Alvaro Cunhal caían, obviamente, como pedrisco en cosecha. Los anticomunistas sacaron partido de ellas, y los comunistas italianos, franceses y españoles se dieron por ofendidos; Berlinguer envió a Giancarlo Pajetta a Lisboa a que comprobase si por casualidad no habría yo inventado algo. Pajetta se encontró con Cunhal y, a su regreso, reunido el Comité central, declaró, abriendo ampliamente los brazos: «Reléanse la entrevista de la Fallaci». Cunhal le había dicho, ni más ni menos, lo que a mí. El Partido Comunista portugués, en cambio, se mostró deshonesto. Antes aun de haber leído lo que había yo escrito, hizo público un comunicado en el que declaraba que era yo una embustera y que había falsificado por completo las respuestas del camarada Cunhal. No me costó, sin embargo, contraatacarles con la simple verdad y, como en el caso de Kissinger, responder que tenía en mi poder una cinta con que confirmar lo que había oído y comentado. Del episodio se continuó hablando durante semanas y meses. Y tengo que decir que el único que salió verdaderamente airoso de él fue el propio Cunhal, porque ni una sola vez se envileció negando sus afirmaciones u ofendiéndome con absurdas refutaciones. Por el contrario, según se me dijo, reprochó ásperamente la conducta de aquellos miembros del PCP que sí lo habían hecho.

ALVARO CUNHAL.— Diga lo que quiera, piense lo que quiera los comunistas portugueses tenemos necesidad de los militares. Y estamos con ellos. Un pacto con los socialistas, un pacto como el que hicieron Nenni y Togliatti en 1948, no nos sirve. Ese pacto lo hemos firmado ya con el Movimiento de las Fuerzas Armadas, con el MFA. Aquí no es posible un frente popular sin militares. Y el gran error de los socialistas ha sido no comprender una verdad tan sencilla; marginarse, a pesar de todos los votos que recibieron, de los militares. Y ni aun ahora consiguen metérselo en la cabeza. No quieren reconocer que estamos haciendo una revolución «con» las fuerzas armadas; una revolución iniciada y dirigida por las fuerzas armadas. Desde el mismo 25 de abril, los socialistas vienen apostando por el caballo que no es. Los comunistas hemos llegado siempre primero, en los momentos decisivos. El 11 de marzo, por ejemplo, cuando se produjo el abortado golpe, no esperamos a ver de qué lado se inclinaba el platillo de la balanza. No perdimos el tiempo en descubrir qué grupo tenía mejores posibilidades de ganar. Asumimos inmediatamente la responsabilidad de denunciar el peligro contrarrevolucionario, de condenar a Spinola. Y permanecemos al lado del MFA.

ORIANA FALLACI.— *Diga lo que quiera, piense lo que quiera: no es lícito neutralizar y hacer caso omiso de un partido que representa a la inmensa mayoría del pueblo, a un partido que ha ganado las elecciones. Si no se acepta el juego de las elecciones...*

¡Pero es que los comunistas no aceptamos el juego de las elecciones! Usted se equivoca al partir de ese concepto. No, no, no: a mí no me importan nada las elecciones. ¡Nada! ¡Ah, ah! ¡Si cree usted que la cuestión se reduce al porcentaje de votos obtenidos por un partido u otro, se engaña burdamente! ¡Si piensa usted que el Partido Socialista, con su cuarenta por ciento, y el Partido Popular, con su veintisiete por ciento, constituyen la mayoría, se equivoca! No ostentan la mayoría.

¿Está bromeando, Cunhal? ¿O es que piensa que las matemáticas son una cuestión de opiniones?

Lo que afirmo es que las elecciones no tienen nada, o bien poco, que ver con la dinámica revolucionaria. Eso, le guste a usted o no, les guste o no a los socialistas. Lo que afirmo es que el proceso electoral no es más que un complemento marginal de aquella dinámica. Porque el MFA es aquí una fuerza política. Una fuerza independiente, con su

pensamiento político y su autonomía política: aunque esta no se vea reflejada en el resultado de las elecciones. Sí, ya sé lo que quiere usted responderme: que también los militares han votado. ¿Y qué? Su voto se ha diseminado por los distintos partidos políticos: el Movimiento de las Fuerzas Armadas no era, ciertamente, candidato a las elecciones. Y si piensa usted que la Constituyente va a desenvolverse sin el MFA, comete un error garrafal. Si cree usted que la Constituyente va a transformarse en Parlamento, comete un error ridículo. ¡Ah, no! La Constituyente no constituirá, desde luego, un órgano legislativo; no será, desde luego, una Cámara de Diputados. Se lo prometo. Será una Cámara Constituyente y nada más, con una importancia limitada, y nada más. Se desenvolverá en un marco político bien determinado y bien condicionado por los acuerdos suscritos con el MFA, por la fuerza que no está representada, es decir, por el MFA. Porque es el MFA, y no el Partido Socialista, el que hizo la revolución del 25 de abril.

¿He comprendido bien? ¿Ha dicho usted de veras que en Portugal no habrá Parlamento?

Ha comprendido perfectamente. Yo le prometo que en Portugal no habrá Parlamento.

Entonces ¿por qué han convocado elecciones? ¿Por qué han intervenido ustedes, los comunistas, en ellas? ¿Por qué les han dedicado tanto dinero?

¡Eh, eh, eh! Es posible que lleve usted razón. Puede que hubiera sido mejor no participar en las elecciones. Pero no siempre se puede hacer lo que nos agradaría, no siempre se pueden seguir los programas. Ya estaba todo planificado, decidido. Eran tantos los factores contradictorios que intervinieron: aquel gobierno heterogéneo, por ejemplo. Aquella amplia coalición de fuerzas que incluía hasta el mismo PPD. Bien dijimos los comunistas a los militares que el PPD no debía figurar, que no era posible llevar al país al socialismo mediante una amplia coalición democrática. Pero ellos quisieron yuxtaponer socialistas, comunistas y socialdemócratas junto a las distintas corrientes del MFA... Les advertimos que las elecciones constituían un peligro, que eran prematuras, que, si no se ponía rápido remedio, las perderíamos; que el voto pasivo no puede ser mezclado con la militancia. Pero sólo conseguimos impedir las elecciones regionales. Las de la Cámara Constituyente quisieron hacerlas.

Cunhal, el único termómetro capaz de medir la voluntad popular lo proporcionan las elecciones.

Uno de los termómetros. Sólo uno. Y digo eso por darle gusto, o, mejor, porque, si le respondiese «no es ningún termómetro», nos enzarzariamos en una discusión sin fin: que sí, que no, que sí, que no. Pero ¿qué quiere usted medir, cuando existen regiones donde la gente no sabe ni escribir ni leer? Cuando existen regiones donde la propaganda se hace cuchicheando: «Si votas por la hoz y el martillo, vendrán los comunistas y te pincharán detrás de la oreja».

Lo que usted dice es que el pueblo no está maduro. Un pretexto que siempre han utilizado las dictaduras. Y lo que dicen, exactamente, los fascistas.

Bueno... no es que yo diga que el pueblo no está maduro... lo que digo es que el método electoral no es el único...

La verdad, Cunhal, es que usted no esperaba una derrota tan seria.

No, no. Yo sabía que iban a ganar las derechas. ¿Acaso no había advertido de ello a los militares? Yo contaba con más votos en Lisboa, es cierto. Y con más votos en muchas regiones, en el Sur... Pero nunca me engañó la esperanza de conseguir una mayoría. Hubiera sido una esperanza falta de fundamento. El anticomunismo era tal que, en ciertos pueblos, ni siquiera se podía efectuar la campaña. Habían escrito en las paredes: «Cunhal, si vienes, morirás». El electorado agrícola nos era muy desfavorable. En las campañas se respiraba una atmósfera de terror. El enemigo que había que combatir era, en todas partes, no el fascismo, sino el PCP. Teníamos en contra a todo el mundo: a las derechas, al centro, a las izquierdas. Teníamos en contra a la propia prensa internacional: hablando siempre de Píaga, de Lisboa como si fuera Praga... Entretanto, la radio vaticana invitaba a no votar a las izquierdas, y los socialistas agitaban el espectro de una guerra civil, y de una guerra contra los españoles, si los comunistas llegaban al poder; de un golpe militar de los comunistas. Era inevitable que ganasen las derechas.

No han ganado las derechas, Cunhal. Han ganado los socialistas. Y no ha habido terror: usted habló donde quiso. Las elecciones se desarrollaron con corrección. Fueron ustedes, más tarde, quienes se comportaron de manera incorrecta. Mejor dicho, ilegal

Ah, es preciso que le explique, aquí y ahora, lo que ocurre en Portugal, lo que aquí se está produciendo. Se está produciendo una revolu-

ción, ¿sabe? Se está produciendo un proceso revolucionario, ¿sabe? Incluso si se desarrolla paralelamente a un proceso democrático burgués que a veces coincide con los objetivos del proceso revolucionario y, a veces, los contradice. La solución de los problemas descansa en la dinámica revolucionaria; el proceso democrático burgués, en cambio, quiere vincular esa solución con los viejos conceptos del electoralismo, invocando la legalidad. Pretende una situación jurídica y pretende protegerla con las leyes de un régimen anterior. Habla de leyes que respetar. Pero las leyes, en el proceso revolucionario, se hacen, no se respetan. ¿Comprendido? La revolución no respeta la Ley. La hace.

Muy, pero que muy justo. Muy, pero que muy cierto. ¿Por qué, entonces, me habla de democracia? La democracia es pluralismo, es libertad de opinión. Es elecciones; elecciones que hay que respetar. Elecciones en las que participen todos, y no, únicamente, los partidos tolerados por usted.

Ésa es su opinión. No, desde luego, la mía.

Ya me he dado cuenta. Pero ¿qué demonios entiende usted por la palabra democracia?

No, ciertamente, lo que entienden ustedes, los pluralistas. Para mí, democracia significa liquidar el capitalismo, los monopolios. Y añadiré: en Portugal no hay ya ninguna posibilidad de una democracia al estilo de las que tienen ustedes en la Europa occidental. Y con «ya no hay» quiero decir que «no volverá a haberla». Naturalmente, si el 24 de abril nos hubiesen dicho tendréis-un-régimen-como-el-de-Francia-o-el-de-Italia-o-el-de-Inglatera, habríamos exclamado: «¡Qué maravilla! ¡Qué alivio!». Pero las cosas ocurrieron distintamente; la evolución de la realidad nos ha abierto otras perspectivas, y no puede pretenderse que los deseos de un pueblo se limiten o se cristalicen. En otras palabras, la democracia occidental de ustedes ya no nos basta. La coincidencia que ustedes hacen de libertades democráticas y poder monopolizador ya no nos interesa. No iríamos a por ella ni aunque pudiésemos. Porque no queremos ir a por ella. No queremos una democracia como la de ustedes. Ni queremos, tampoco, un socialismo, o, mejor, un sueño de socialismo, como el suyo. ¿Está claro?

Cómo no.

Aquí precisamos transformaciones profundas, radicales, en el terreno de lo social y de lo económico. Aquí las opciones son dos: o un monopolio con un fuerte gobierno reaccionario, o el fin del monopolio

con una fuerte democracia comunista. El capitalismo ha tenido en Portugal un desarrollo muy original: basado en una industria atrasada, en una agricultura primitiva, en una miseria jamás aliviada por la tecnología. Además, ha existido siempre la protección del aparato estatal. Fue el Estado fascista el que facilitó la formación de monopolios echando mano de un sistema represivo violento y manteniendo a los trabajadores en una situación de miseria. El nuestro ha sido siempre un capitalismo subdesarrollado, en forma alguna comparable con el de los demás países europeos. Siempre ha habido una enorme diferencia entre el salario de nuestros obreros y el de los obreros de los demás países europeos; un abismo entre el nivel de vida de los unos y de los otros. Y a mí me interesa liquidar los monopolios aunque lo hagamos, por el momento, de manera desordenada. Lo que ve usted ahora en Portugal no es más que el principio. Mejor dicho, una situación provisional. No crea que las nacionalizaciones que se han producido son el resultado de un programa concreto. Son, únicamente, una solución a los problemas inmediatos. Aun sin perseguir el socialismo, era preciso nacionalizar. ¡Y usted viene a hablarme de resultados electorales, de libertades democráticas, de libertad!

¿Y por qué no quiere ni oír hablar de la clausura del diario socialista «República», ordenada por usted? ¿Y por qué no da precio a la libertad que le ha permitido monopolizar todos los órganos de información, desde los periódicos a la televisión, pasando por la radio?

Yo no he monopolizado nada. En Portugal la prensa es libérrima, ideológicamente autogestora. Sigue el proceso revolucionario, y a mí eso me cuadra. Desde luego, si los obreros opinan que un director o una redacción son contrarrevolucionarios, están en su perfecto derecho de impedir que continúen en sus cargos. Tienen, sin más, el deber espiritual y político de impedirlo. En cualquier parte de Portugal, los operarios de un periódico pueden expulsar al director. O no imprimirle el periódico. En el caso de «República», fue eso lo que sucedió. Los socialistas se comportaron como histéricos, organizaron un escándalo para recordar que habían ganado las elecciones. En realidad, los obreros se insubordinaron porque «República» no hacía sino publicar ataques contra el PCP, calumnias contra el PCP, críticas sobre la revolución. Entonces, los tipógrafos empezaron por censurar los textos que estimaban injustos y, más tarde, se insubordinaron. Hicieron perfectamente bien.

¿Y si los operarios socialistas hicieran lo mismo con los periódicos de ustedes, con usted? ¿Qué les diría, Cunbal?

¡Eh, eh! Les diría: muchachos...

Mire, Cunbal, usted resulta incluso simpático porque es un intolerante que no hace misterio de su arbitrariedad, un tirano que no se preocupa de disfrazar su tiranía. Pero ¿no se da cuenta del daño que está haciendo a las izquierdas europeas y, en particular, a sus camaradas comunistas de los demás países? Piense usted, por ejemplo, en el Partido Comunista español...

Oh, pobre Partido Comunista español. ¡Ah, pobres comunistas españoles! ¡Cuánto me conmueven, cuánto sufro por ellos!

Piense en el Partido Comunista italiano, y en el favor que ha hecho usted a la Democracia Cristiana de Italia...

¡Ah, cuán acongojado, cuán desolado estoy; cuán navré! *Je suis navré! Vraiment navré!* ¡Ah, pobres comunistas italianos! *Je pleure pour les communistes italiens!* Por todos los comunistas europeos, ¡lloro, me hago reproches, me maldigo, sufro! Sí, conozco sus quejumbres. Son las que me repiten cuando vienen aquí. «Pero ¿por qué hacéis estas cosas?», «¿Por qué no aceptáis un cierto juego democrático?», «¿Por qué le impedís al Partido Demócrata presentarse a las elecciones?», etcétera, etcétera, amén. ¿Qué partido demócrata es ése? Existía tan sólo un partidillo que se había formado hacía cuatro semanas mal contadas, con un fascista al frente. Un fascista que desde el mismo 28 de septiembre debería haber estado en prisión, porque ya había traicionado al MFA, con Spinola. Un joven partido reaccionario que no contaba ni tan siquiera con una base católica y que había intentado ya una conspiración...

Todo eso está por probar, y, como quiera que sea, ¿no era también el MDP un partidillo recién formado porque eso le resultaba cómodo a usted?

Miramos por ventanas muy distintas. Su ventana no es la mía.

Eso me parece evidente. Sin embargo, me resulta extraño que escarnezca tanto a sus hermanos comunistas de otro país. El PCI luchaba por el compromiso histórico, y usted...

¡Oh, qué dolor pensar que hayan sufrido tanto por causa mía! ¡Oh, cuánto me mortifica! ¡Se les presentaba aquella oportunidad y yo se la arruiné! ¿Sabe qué le digo? Que si un partido comunista sale dañado

por lo que ocurre en otro país, si sufre las consecuencias de ello, quiere decir que...

... ¿vale poco? Es posible que valga poco; pero el PCI cuenta con siete millones de votos y usted no cuenta ni aun con setecientos mil. ¿Se le había ocurrido pensar en eso? ¿Y no ha considerado nunca la oportunidad de plantearse la alternativa que se planteó Togliatti, es decir, la de insertarse en la llamada democracia burguesa?

¡No, no, no, no, no, no y no! Hemos conseguido ya mucho más así. Hoy en día no existen bancas privadas en Portugal, y todos los sectores fundamentales están nacionalizados, y la reforma agraria está en vías de realizarse, y el capitalismo ha sido destruido, y los monopolios están en camino de serlo, y todo eso es un proceso irreversible. ¡Irreversible! Por eso, ante los comunistas de los países occidentales, ante sus quejas, respondo: nosotros no esperamos al resultado de las elecciones para cambiar las cosas y destruir el pasado. Lo nuestro es una revolución y no tiene nada en común con vuestros sistemas.

¿Llegó usted a conocer a Togliatti?

Tuve con él un par de encuentros, me parece. Superficiales. Y no intenté verle de nuevo ni profundizar en la conversación. Y no es que los comunistas italianos no hayan sido solidarios con nosotros hasta el presente momento... Ni que quiera acusarlos de no haber sabido batir el hierro cuando estaba caliente o de haber practicado cierta forma de traición con la alternativa que asumió Togliatti... Supongo que sus motivos les asistían para tomar los derroteros que tomaron. Ya le he dicho que hasta el 24 de abril, en los años cuarenta, cincuenta y sesenta, también nosotros nos hubiéramos sentido encantados con entrar en una democracia burguesa. Pero ahora la historia nos ofrece otra oportunidad, y no pensamos perderla ni la perderemos, como no medie un error. Por ejemplo, un error que provoque un golpe de las derechas. De todas maneras, no quiero juzgar a los comunistas italianos, y les quedaría muy reconocido si se abstuvieran de juzgarme por su parte.

¿No quiere juzgar ni tan siquiera su compromiso histórico?

¡Ah! ¡Eso! Después de lo que acabo de decir... los comunistas nos decimos las cosas, nos criticamos unos a otros sólo en privado. Y en una entrevista no puedo juzgar esa idea suya del compromiso histórico. No obstante... En resumen, ¿qué quiere decir compromiso

histórico? ¿Qué significa? ¡Hasta su traducción es imposible en portugués! ¡Compromiso! *Compromis!* ¿Sabe qué le digo? ¡Que también nosotros tenemos un compromiso! ¡El que firmamos con la clase obrera! ¡El compromiso para la construcción de una sociedad libre de capitalistas! ¡El compromiso con el pueblo! ¿Entendido? ¡También entre nosotros había quien deseaba el compromiso! ¡Lo deseaban los monopolios! ¡Los monopolios, que se declaraban dispuestos a respetar las libertades democráticas! ¡Como si tuviésemos necesidad de su consentimiento, de su aprobación!

Vamos, Cunbal, no se irrite. Hablemos de otra cosa. ¿Cree que Portugal llegará a ser comunista?

¡Y tanto que lo creo! Es mi aspiración, ya que soy comunista. Y es un hecho indiscutible que Portugal se encaminará, a partir de ahora, hacia el socialismo. Lo único que hoy por hoy no puedo decir es qué forma adoptará ese socialismo. Tal vez tendría que estar en condiciones de decirlo, ya que soy el responsable de un partido que dista de haber sido derrotado. Pero, francamente, no doy opinión. Porque no lo sé. Los comunistas lo queríamos todo, pero hemos de contar con una realidad muy complicada, muy contradictoria. Nuestro programa para un Portugal comunista está ciertamente sujeto a modificaciones. Hemos firmado con el MFA un pacto por cinco años. Y ni tan siquiera nos pasa por la cabeza la idea de ponernos en contra de las Fuerzas Armadas.

A usted le caen muy bien esos militares, ¿eh?

Sí, los aprecio porque me son necesarios. Usted puede permitirse el lujo de detestarlos; yo, no. Yo los encuentro gentiles, simpáticos, adorables. Pero ¿qué haría yo, qué haríamos, sin el MFA? Si el MFA no existiese, tendríamos ya otra dictadura derechista. Si el ejército y la marina y la aviación no son ya los de antes ¡es gracias al MFA! Si todas las tentativas reaccionarias han sido desbaratadas ¡es gracias al MFA! ¡Es tan fuerte el MFA que el propio Spínola tuvo que admitirlo proclamándose su dirigente! Y, cuando intentó neutralizar a los capitanes, es decir a los órganos de acción revolucionaria, se estrelló. Los capitanes respondieron: «Señores generales, ustedes son generales y, nosotros, capitanes nada más. Pero les ordenamos que tomen el portante». Esa estructura revolucionaria ha penado no poco por su supervivencia, pero la ha conseguido. Hoy posee su expresión jurídica, constitucional; posee su legitimidad, que es una legitimidad revolucio-

na, ¿y quién sería tan loco que se la negara? Por otra parte, nunca he visto una revolución que se desarrollase sin el apoyo de los militares o de una fuerza militar. Fíjese en Cuba. No disponiendo de ejército, Castro hubo de creárselo. Y nosotros, que sí tenemos un ejército organizado, ¿habríamos de prescindir de él? Créame: sin armas no se consigue nada.

¿Y si los militares descubriesen, Cunhal, que no les cae usted tan bien como ellos a usted? ¿Si convirtiesen a Portugal en un Perú?

No... creo. No, el Perú no...

Supongamos que ocurriese.

Bien, en tal caso le diré que yo excluyo que exista en Portugal una fuerza política en condiciones de sobrevivir sin el Partido Comunista. O, mejor: sin los comunistas, la revolución es imposible. No se lo digo a título de opinión; lo digo para proclamar una realidad. Tampoco lo digo por lanzar un reto; lo digo para demostrar que somos conscientes de nuestra condición de insustituibles. Los militares lo saben, por lo demás, y no piensan, en absoluto, poder salir adelante sin nosotros. Ni ahora ni en lo venidero.

Ni aun para, eventualmente, transformar a Portugal en un Perú. Es decir, en una dictadura militar de izquierdas. Pero ¿tan completa es su identidad de miras?

En absoluto. He dicho que el MFA es un movimiento autónomo, con una política, una ética y una educación propias. El MFA no es ni comunista ni socialista, ¡es el MFA! Se trata de revolucionarios distintos de los tradicionales. A decir verdad, siguen, en lo ideológico, corrientes dispares. Sus matices se contrastan. Pero es inevitable que los comunistas vayamos de acuerdo con ellos, porque sus objetivos son nuestros objetivos. Y uno de esos objetivos es un poder político constituido por un conglomerado militar. ¿Quién, sino los obreros comunistas y las masas comunistas, se puso del lado de los militares a partir del 25 de abril? Las fuerzas democráticas, los socialistas, no les apoyaron hasta el último momento. No echaron sus banderas al viento sino después de la victoria.

Ello no obstante, existen también militares a quienes ustedes no cuadran. Me refiero a los maoístas que se dicen bartos de la influencia ejercida por el PCP sobre el Consejo de la Revolución y sobre el MFA.

En el ejército se ocultan, ciertamente, militares maoístas, y es sabido que, puesto que los dirigen las fuerzas reaccionarias, ejercen presión contra nosotros. Esa orientación de los grupos maoístas es universal e idéntica en todo el mundo. Su enemigo no es la clase media ni el capitalismo: en rigor, proceden de la clase media y aun del capitalismo. Su enemigo es el Partido Comunista. Los maoístas portugueses son como los maoístas italianos, franceses o alemanes: títeres de la reacción utilizados en contra del Partido Comunista. Y representan, sí, un peligro. Pero no tienen la menor posibilidad de tomar el poder. Pueden, sólo, tratar de sembrar discordias, de lanzar provocaciones. Como anoche, cuando se pusieron a vociferar que en los campos de prisioneros políticos había comunistas acusados de conspirar en contra con los fascistas.

¿Campos de prisioneros?! ¡Caramba! ¿Es que no bastaban las cárceles? ¿Cuántos detenidos políticos tienen hoy en Portugal?

Lo ignoro. Pero, en cualquier caso, no muchos, no los suficientes. Los liberan con demasiada facilidad. Los arrestan y, luego, al día siguiente, los echan a la calle. Estos militares, a veces, son verdaderamente demasiado amables. ¡Y, sin embargo, han hecho una revolución!

Oiga, Cunhal, aquí no se hace sino hablar de revolución. ¿Qué revolución? Las revoluciones se dan cuando el pueblo participa en ellas. El 25 de abril fue un golpe de Estado, no una revolución.

¡En absoluto! Y, si ve usted en el MFA a un grupo de conspiradores que un buen día se reúnen para dar un golpe, es que no comprende lo que ha sucedido en Portugal. No fue un golpe: los comunistas lo declaramos así inmediatamente. Fue un movimiento de fuerzas democráticas en el seno del ejército. Con reuniones de cuatrocientos oficiales por vez, que discutían la manera de cambiar el régimen. No debería decir reuniones, sino asambleas. Y, si me pregunta dónde estaba el pueblo durante aquellas asambleas, le diré que el Movimiento de las Fuerzas Armadas no se hubiera formado de no haber el pueblo iniciado previamente la lucha. Los oficiales progresistas no cayeron del cielo, no nacieron espontáneamente, como las setas tras una fase de lluvias y de sol. Pero, para poder convencerla, es preciso que haga un análisis.

No se moleste usted, se lo ruego.

Ninguna molestia; es lo siguiente. Los últimos años del régimen fascista fueron difíciles aun para los grupos capitalistas que ostentaban la supremacía. La guerra colonial se llevaba el cuarenta y tres por ciento de los recursos nacionales, y aquellos grupos se daban cuenta de que su sostenimiento nada podía reportarles ya. La guerra, sobre todo, les aislaba de Europa, e impedía su expansión económica. Era menester que Caetano revisase su política internacional y liberalizase el régimen, repetían inquietos. Esta inquietud encontró eco cerca de Spínola y de otros generales. Spínola era inteligente, estaba preparado y disponía de una corriente propia. Pero existía, además, una segunda corriente en el seno del ejército: la de los oficiales progresistas. Una corriente, admitámoslo, elemental, no ideológica. Los individuos preparados eran pocos; las células comunistas, por ejemplo, se daban entre los soldados pero rara vez entre los oficiales. Y el Movimiento se formó más bien como movimiento de clase que como movimiento democrático. Más tarde, los oficiales comenzaron a reunirse para discutir sus problemas de carrera; las discusiones se ampliaron. Los maduraron. Y cuando ambas corrientes —la de Spínola, que sólo aspiraba a la liberalización del régimen, y la de los oficiales progresistas, que deseaban mucho más— se reunieron en una sola el 25 de abril...

...llegó Cunhal y se trabajó a los oficiales progresistas. Ni pedido de encargo.

No es preciso plantearlo así. Los comunistas no teníamos contactos con anterioridad al 25 de abril. Nos esperábamos algo, pero no preveíamos nada en concreto porque no disponíamos, no, de fuerzas dentro del ejército. Ni se puede decir, tampoco, que tuviésemos demasiados simpatizantes. De hecho, el dirigente previsto era Costa Gomes, un moderado. Spínola ocupó el puesto de Costa Gomes porque fue Spínola quien negoció con Caetano, y Caetano declaró que se sometería sólo a condición de que el nuevo dirigente fuese Spínola. De todas formas, no es eso lo que le quería explicar, sino el hecho de que, si el ejército fue el que derribó la dictadura fascista, la dinámica revolucionaria la dio el pueblo. Fue el pueblo, en realidad, el que asaltó la sede de la policía y liberó a los prisioneros políticos. Puedo demostrárselo porque hay pruebas filmadas.

¿Cuándo regresó a Portugal, Cunhal?

No sé, no lo recuerdo.

Vamos, haga un esfuerzo. Inténtelo.

Quizás el 29, quizás el 30. Sí, es verdad, la víspera del Primero de Mayo. Pero había venido ya muchas veces, en forma clandestina. El gobierno fascista nunca consiguió impedírmelo. Yo no estaba en el extranjero porque lo quisiera Caetano, sino porque lo quería mi Partido. Y, como tantos otros comunistas, atravesaba la frontera cuando se me antojaba. Entre 1940 y 1974 los comunistas hemos estado cruzando la frontera constantemente de forma clandestina, y sólo hemos sufrido una pérdida. Pero como la víspera del Primero de Mayo regresé con un pasaporte oficial, ese regreso se considera como el primero.

¿Y cómo es que llegar le costó cuatro días? ¿De dónde venía?

De París. Pero no le diré dónde estaba antes.

No importa, lo sé. Estaba en Praga.

No estaba en Praga, pero no le diré dónde estaba. A ustedes, los periodistas, el misterio les gusta tanto como a nosotros, los comunistas. La diferencia es que ustedes lo aman por el gusto de descubrir cosas y, nosotros, por el de ocultarlas. Es una manera de mantener vivo el interés hacia nosotros.

Le aseguro que el interés que ustedes despiertan obedece a causas bien distintas.

Como quiera que sea, yo nunca he vivido en Praga. Nunca. He estado allí con frecuencia, pero siempre en el curso de visitas breves. No para residir.

Se nota que vivía usted en Moscú.

Sí procede por eliminación, llegaremos hasta la luna, porque yo seguiré respondiéndole no, no, no. ¿Qué más sabe de mí?

Cosas importantes: que se casó usted con una pariente de Krushev...

¡Ah! Qué interesante. No tenía noticia.

Ahora ya la tiene. Que fue el maestro de Soares, su profesor de filosofía.

Yo nunca he tenido el título de filosofía. Tengo, sólo, el de Derecho, que obtuve en prisión, pero que nunca he utilizado porque siempre he sido revolucionario de profesión. *Révolutionnaire professionnel*. Y nunca he sido preceptor de Mario Soares. De haberlo sido, me hu-

biera revelado un pésimo profesor... Trabajaba en el colegio del padre de Soares, eso sí; pero no como profesor: como bedel. Hacía sonar la campanilla al principio y al fin de las clases, acompañaba a los muchachos al comedor y al campo de deportes. Y, naturalmente, hablaba con ellos; pero no forzosamente de política. Digamos que de moral, de conducta moral. El padre de Soares fue muy generoso, y muy valiente también, ofreciéndome aquel empleo, pese a saber que yo era comunista y que ya había estado, por esa razón, en la cárcel. Más valiente todavía se mostró al ofrecerme dar un cursillo de cosmografía y astronomía a los alumnos de séptimo año. Yo tenía cierta preparación sobre ambas materias y... ¿qué más sabe de mí?

Que pronto le quitarán el cargo de secretario del PCP. Le concederán el título honorífico, pero buero, de presidente.

¡¿Qué?! ¡¿Cómo?! ¡¿Qué dice?! ¿De dónde lo ha sacado? ¡Ah, ésta sí que es buena! ¿Y quién va a quitarme a mí la dirección, quién me daría la presidencia? ¿Y por qué? ¿Por ser demasiado viejo?

No, no, por ser demasiado arbitrario. Demasiado estalinista. Porque manda cerrar los diarios de los socialistas y porque crea un montón de dificultades a los comunistas de otros países. Porque terminará dando al traste con los planes de la Unión Soviética y malogrando el acuerdo que existe entre Kissinger y Breznev sobre Portugal.

Usted me está tomando el pelo...

No, hablo en serio. Lo dice todo el mundo, que, como líder comunista, usted tiene los días contados.

Y sería la Unión Soviética quien me rechazara. Pero ¿quién le ha dicho eso?

Kissinger en persona. Y luego me lo confirmó Breznev.

¡Ah!

Se llevó un buen susto, ¿eh?

¿Yo? Imagínese. Puede decirle a Breznev en persona que por el momento no se habla de ello. ¡En absoluto! Conque demasiado estalinista, ¿eh? Haría falta saber qué se entiende por estalinista. En el Comité central tengo un solo voto, y en mi partido nadie vacila en expresar sus opiniones. Así pues, ¿a qué adherirme a aquel desdichado período del comunismo soviético? Si lo que se quiere decir es que soy

dogmático, responderé que nunca he creído tener soluciones prefabricadas ni he llevado nunca un manual en el bolsillo. Un régimen donde el poder popular se comparta con los militares no estaba, por ejemplo, previsto en el manual. Y, ello no obstante, lo acepto. Soy, en suma, el primero en comprender que la realidad es harto más rica que las teorías. Si, por otra parte, se pretende decir que soy ortodoxo, mi respuesta es: los del PCP somos comunistas, no socialdemócratas. Somos revolucionarios, no reformistas.

Sí, pero las revoluciones se hacen para que la gente tenga un mayor bienestar. Y no me parece ese el caso de Portugal.

Concedido. Aun después de las nacionalizaciones, nuestra economía sigue en un estado desastroso. Pero ante la amarga realidad yo reacciono como auténtico revolucionario y tengo el coraje de oponerme a las huelgas, a las reivindicaciones excesivas; repetir que no hay que abandonarse a la demagogia, rivalizando en quién-prometemás. Esta misma mañana he tenido una discusión con los representantes del personal hotelero. Y se lo he dicho: «¿Pensáis que continuar pidiendo aumentos de sueldo resolverá vuestros problemas? Tal vez lo haga momentáneamente. Pero ¿y mañana? Mañana no tendréis más turistas —ya este año no vienen— y los hoteles acabarán por cerrar. Hay que pedir menos y trabajar más, producir más».

¡Si le oyesen los sindicatos italianos!

¿Y a mí qué me importan los sindicatos italianos? La verdad es verdad, y la demagogia, demagogia. Si no nos ayudamos a nosotros mismos, nadie nos ayudará.

Soares dice: ni aun la Unión Soviética.

¿Y a mí qué me importa lo que diga Soares? Soares dice, también, que existe un imperialismo soviético.

Y es verdad.

Un día la entrevistaré yo a usted a propósito del imperialismo soviético.

¿Y quién le publicaría, en Portugal, una entrevista semejante?

Tiene razón. Y es posible, además, que la Unión Soviética me hiciese, de veras, presidente del PCP. ¿Mis preguntas?

Sólo dos. La primera es: ¿Qué hacemos con la NATO?

El otro día me reuní con el embajador americano que estaba aquí antes de Carlucci. Le acompañaban algunos ingleses, y me preguntaron: «¡Pero cómo! Ustedes, los comunistas portugueses, ¿apoyan a NATO, quieren permanecer en ella?». Y yo les contesté: «Pero ¿quién les ha dicho que la apoyamos, que queramos permanecer en ella? Lo único que sostenemos es que no queremos, por ahora, discutir el problema. Cae dentro de un marco más amplio: paz mundial, Pacto de Varsovia, cooperación de los pueblos de regímenes políticos diversos. Algún día trataremos el asunto. No tenemos prisa. Estar en NATO no nos procura, momentáneamente, ningún problema».

La segunda pregunta se refiere al Pacto de Varsovia. ¿Es cierto o no que apoyó usted la intervención soviética en Checoslovaquia?

Quiere concluir con eso, ¿eh?

No quisiera parecerle brutal.

¿Por qué brutal? Es cierto que aprobé y apoyé la intervención soviética en Checoslovaquia, los llamados tanques de Praga. Y no es una vergüenza reconocerlo. A lo sumo resulta, a veces, inoportuno. Pero fue eso lo que elegí, lo que elegimos, y llevábamos razón. En todo sentido: político, histórico, cultural. Y me importan un higo las interpretaciones que se hagan de ello. Y le quedaría reconocido si en esta entrevista subraya bien ese extremo. Y otro más. Repito y concluyo: Portugal no será un país con libertades democráticas y monopolios. No será un compañero de viaje de las democracias burguesas de ustedes. Porque no lo permitiremos. Puede que volvamos a tener un Portugal fascista. Es un riesgo que hay que correr, por mucho que no crea en él, ya que no creo en un golpe fascista: los comunistas estamos, gracias a nuestra alianza con los militares, en condiciones de evitarlo. Pero lo seguro es que no tendremos un Portugal socialdemócrata. Jamás. Déjelo bien claro, ¿eh?

Quede tranquilo, Cunhal. Lo haré.

Lisboa, junio 1975

Santiago Carrillo

El olor de la sangre flotaba en el aire, perceptible para mí. No la sangre de Juan Paredes Manot, de apodo Txiki, fusilado en un cementerio de Barcelona, ante su hermano Miguel, mientras cantaba el *Eusko Gudariak, Soldados del País Vasco*. No la sangre de Angel Otaegui, fusilado en Burgos, no se sabe dónde, tras una última noche pasada en soledad, en inútil espera del adiós de un amigo, de un pariente lejano a quien nadie había avisado. No la sangre de Ramón García Sanz, de José Sánchez Bravo, de Humberto Baena, fusilados en Madrid, en el polígono de tiro de Hoyo de Manzanares. Se les fusiló, no se les dio garrote por falta de verdugos: en España sólo quedaban dos que lo manejaran. Y tampoco la sangre de Salvador Puig, de Heinz Cheiz, ejecutados el año anterior. Ni la de Pedro Martínez, ajusticiado tres años antes. Ni la de Francisco Granados, Joaquín Expósito y Julián Grimau, muertos en 1963. Ni la de las criaturas exterminadas a fuerza de torturas o asesinadas en secreto. Esa sangre se había secado ya, había dejado de oler.

La sangre cuyo olor percibía yo en el aire era la de los voluntarios que integraban pelotones de ejecución en Burgos, de Barcelona, de Madrid; la de los policías que, desatando el cadáver de Txiki, reían: «Éste no volverá a disparar»; la de los carceleros que habían negado a Otaegui el consuelo de abrazar a un pariente; la de los guardias civiles que habían golpeado salvajemente a la madre de Baena porque, entre lágrimas, gritaba: «¡Asesinos, asesinos!». Era la sangre de todos los que mantenían en pie el régimen de Franco: los magistrados que firmaban sus leyes y las aplicaban; los polizontes que arrestaban a sus víctimas y las torturaban; los periodistas que exaltaban su ferocidad y escribían: «Un bravo al gobierno por esta lección ejemplar»; los ministros que amenazaban con exiliarse y luego no lo hacían; los ricos y los cobardes que sacudían la cabeza pero continuaban fieles al viejo tirano que había tenido la osadía de decir no al propio Papa, que le telefonara suplicante. La sangre, en suma, de una nueva guerra civil. Otra, después de cuarenta años.

Y todo esto lo sabía bien el hombre que tenía frente a mí. A partir del momento en que había descubierto su aversión por la violencia y la inutilidad de ejercerla pugnaba por crear las condiciones necesarias a un cambio pacífico, y lo hacía paciente, testarudo, convencido de que era ese el único camino. Y, ahora, aquellos cinco¹ cadáveres amenazaban con anularle el trabajo de casi toda una vida. Insinuándole sin ambages, tal vez, una duda a la que no quería abandonarse: la de que no es posible barrer a los tiranos con protestas civiles, con la lenta acción política. Y quizá se preguntaba, angustiado, si no tendrían razón aquellos cinco hombres, si no la habrían tenido siempre los que, como ellos, pensaban que la paciencia es un error y la tolerancia, un insulto.

1. Se refiere a los cinco citados en primer lugar. (N. del T.)

Y, desesperado, rechazaba esa idea. Pero la idea resurgía, le envenenaba, le forzaba a decirle a uno que, de ser necesario, de ser indispensable, también a él le veríamos con las armas en la mano. Ya las había empuñado: durante tres años, y, después, durante otros nueve. Los años en que aún creía que matar servía de algo, que no es posible cambiar el mundo sin derramar sangre.

Ese hombre era Santiago Carrillo, el ya famoso líder del Partido Comunista español: el Partido Comunista más herético del mundo. Un hombre extraordinario: por herético, por inteligente y por bondadoso en extremo. Escuchándole, te preguntas si no sería por ventura cierto que inteligencia y bondad fuesen la misma cosa. Había, además, tanto coraje, tanta candidez en su desobediencia; una desobediencia jamás doblegada por nada ni por nadie: ni por Franco ni por Stalin, ni por las amenazas, ni por los insultos ni por las incomprensiones. Aún crucificado le hubiera repetido a uno obstinadamente que la libertad es el primero de los deberes, el primero de los derechos; que, sin libertad, el socialismo no es socialismo; que de la democracia pluralista no se puede prescindir; que la dictadura del proletariado es ya una frase pasada de moda. Digámoslo de una vez: fue, en Europa, el primer comunista que lo comprendió. Todos los demás, desde Berlinguer a Marchais, habrían de llegar más tarde a esa comprensión. Los comunistas italianos eran todavía devotos de José Stalin cuando Carrillo se hacía acreedor de los anatemas de Moscú. Y a tales anatemas ese hombre delicioso, distinto de todos los demás, habría de contestar siempre eligiendo a los Dubceks para, luego, condenar a los Cunhals. Si alguien, Picasso, por ejemplo, le merecía admiración y le preguntaba uno por qué, sonreía seráfico: «Porque era un gran liberal». Había dado la vuelta al mundo y lo había hecho con los ojos bien abiertos. Había estado exiliado en Moscú, en Nueva York, en México, en Cuba, en Buenos Aires y en París, donde vivía ahora: amenazado constantemente de muerte. No eran pocos, en verdad, los que hubieran gustado de saberle bajo tierra: gente tanto de derechas como de izquierdas. Veíase obligado a protegerse mediante guardaespaldas y domicilios secretos, sacrificio que imponía a su mujer y a sus tres hijos: Santiago, de veinticinco años, apenas licenciado en física y matemáticas; y Jorge, de veintidós, estudiante de ciencias económicas. Dar con él no resultó de lo más fácil, y, cuando por fin lo conseguí, me recibió en una estancia sin más muebles que una mesa ovalada y seis sillas. Ni un pasquín ni una fotografía. Y cuando me mostré sorprendida, me explicó: «¿Y a quién tendría que poner? ¿A Breznev? No, gracias. ¿A Mao Tse-tung? No, gracias. ¿Al Che Guevara? Tampoco. ¿A Lenin? Sí, tal vez; pero resultaría vulgar. Las fotografías que debería colgar serían, mire, las de mis compañeros muertos y las de mis compañeros encarcelados. Pero son demasiadas. No habría bastantes paredes». Y, según eso decía, su voz era tranquila, suave, irónica. Sus ojos, en cambio, mostraban dureza. Me hice amiga suya sin dificultad, y no creo que me arrepienta nunca de ello. Si todos los comunistas fueran como Santiago Carrillo, el mundo sería más inteligente y más feliz.

La situación ha cambiado en España desde el día en que hice esta entrevista a Santiago Carrillo: Franco ha muerto, y el país, aunque fatigosa y ambiguamente, intenta

reincorporarse a la democracia. El fermentar de la libertad es más abierto; el falangismo está putrefacto; el Partido Comunista español ha conseguido ganar su larga batalla en pos de la legalidad. Pero las palabras de ese hombre honrado, que fue el primero en rebelarse a Moscú en nombre del socialismo no autoritario, son válidas todavía y por eso pertenecen, como pocas otras, a la Historia. Escuchémoslas con deferencia los que durante demasiado tiempo tuvimos olvidado a ese país, que fue el primero en combatir el fascismo y en inmolarse por la libertad. Nosotros, que decíamos en-España-sigue-sin-ocurrir-nada, nadie se mueve, los españoles han cambiado, se han convertido en plácidos borregos. Nosotros, los que, en el mejor de los casos, nos dejamos distraer por tragedias nuevas, la del Vietnam, la de Grecia, la de Chile, la de Palestina, la de Portugal, y que nos hicimos, con aquel olvido, culpables de una abominable complicidad con el régimen de Franco, culpables de una abyecta convivencia con él por cuanto nos íbamos de turistas a las costas y a las ciudades, donde la *paella* es tan buena, el mar tan azul y tan ventajoso el cambio con la peseta; por cuanto acudíamos a contemplar las odiosas corridas, a conocer a los estúpidos toreros, a exaltarnos con los vanos partidos de fútbol y con el flamenco, incluso con dos novelas de Hemingway, en la maleta, *Fiesta* y *Por quién doblan las campanas*, y, para los más refinados, algo de García Lorca. Todo eso mientras los intercambios comerciales aportaban miles de millones y los embajadores cruzaban cortesías con el gobierno. Los representantes chino y soviético incluidos, naturalmente.

ORIANA FALLACI.— *O sea que el generalísimo los ha matado.*

SANTIAGO CARRILLO.— Y matará a otros todavía. Empezó vertiendo sangre y vertiendo sangre quiere acabar. También los otros veintidós, que están a la espera de juicio, serán condenados. Y será una nueva derrota para la conciencia humana, pero, al mismo tiempo, una prueba más de que el régimen está en estado de coma. Estas ejecuciones son los últimos estertores de un moribundo. Son un gesto de histeria, un acto de desesperación. O, más bien, de miedo. No sirven para nada que no sea alentar la sublevación del pueblo y confirmar el fin de Francisco Franco. Es el principio del fin.

Pero ¿cuándo sobrevendrá ese fin?

Pronto, ya. Muy pronto. Digamos que dentro de los próximos diez meses. Un año, a lo sumo. Ahora ya estamos todos preparados: las izquierdas, el centro y hasta las derechas. Todo el abanico de las fuerzas políticas españolas está de acuerdo para derrocar el régimen. De una manera pacífica. Y, si las derechas no nos ayudan, si el centro titubea,

si la acción convenida no se lleva a cabo en el plazo que he mencionado, entonces la dictadura caerá de manera no pacífica. Quiero decir que tendremos que rendirnos a la necesidad de abatirla mediante la violencia. Con una sublevación popular unida a una sublevación de parte del ejército, o con una de ambas. Lo único que espero es que esta segunda solución no resulte indispensable. De verdad que lo espero. Sigo esperándolo.

¿Por qué?

Por las mismas razones que no creo en el terrorismo ni en la guerrilla. Y los comunistas hicieron la guerrilla. Hasta 1949. Pero luego comprendimos que no resultaba, y renunciamos a ella. ¿Por qué no resultaba? Porque los españoles no han sanado todavía de las heridas de la guerra civil y de la represión fascista. Morimos por millones, durante aquellos tres años, y fuimos derrotados. La represión que siguió nos costó trescientos mil muertos, y hemos necesitado todo este tiempo para reponernos. El pueblo está todavía traumatizado. Alimenta una especie de aversión hacia la lucha armada, hacia la sangre. No quiere, a menos que la fatalidad le obligue a ello, revivir tanta tragedia. La guerra civil, cuando se gana, levanta la moral como ninguna otra cosa. Cuando se pierde, la abate del mismo modo. Los que la hicimos hemos tenido que esperar, para que se dieran las condiciones necesarias al restablecimiento de la libertad, a que crecieran las nuevas generaciones.

Las nuevas generaciones no han vivido la guerra civil. Y no la temen.

Es cierto, pero, aún así, tenemos que intentar evitarla. Es un problema capital. Porque hoy los que lucharían a nuestro lado serían los hijos de los que lucharon contra nosotros. No queremos matar a los padres de los que hoy están con nosotros. No queremos pedirles a estos jóvenes de hoy que maten a sus padres. No queremos dividir a las fuerzas democráticas con alternativas tan dramáticas. Tenemos necesidad de todas las fuerzas, todas, para derribar el régimen. Verter sangre es un despilfarro. El franquismo no es Franco: para liquidar a Franco hay que eliminar el franquismo por la base. Y eso se consigue mediante la lucha política, no con gestos vengativos. Eso es lo que no comprenden los vascos y los guerrilleros del FRAP. Ahí es donde se equivocan con sus atentados. Y atentados como el de Carrero Blanco, que fue político si bien inútil, pasen. Los demás... ¿De qué sirve matar a un polizonte que ahora hace de barbero? ¿A quién sirve, como no

sea al gobierno y a la policía? En ciertos casos me pregunto si no andará detrás la mano de la policía, la del gobierno. No existen pruebas concluyentes contra los condenados. Ni una sola, aparte las «confesiones» arrancadas por la tortura.

¿Está seguro, Carrillo, de que el atentado contra Carrero Blanco haya sido inútil?

La muerte de Carrero Blanco perturbó un poco al régimen porque Carrero Blanco era el encargado de garantizar su continuidad por la transmisión de poderes. Pero la realidad no ha variado por el hecho de que haya muerto él. Lo cierto es que le ha sucedido Arias Navarro que, además de hacer las mismas cosas, promulga la ley contra el terrorismo. Por eso yo no apruebo los atentados: porque después viene otro que arresta y fusila. Pero la muerte de Carrero Blanco, replicará usted, ha levantado la moral de los españoles. Bueno, el pueblo no ha llorado, eso es verdad. Y, en ciertos casos, la ha celebrado abiertamente. Para mí, sin embargo, el problema no estriba en procurarse pequeñas satisfacciones. Estriba en derribar la dictadura.

Sí, pero cuando se produce un atentado de los vascos, o del FRAP, piensa uno que algo está ocurriendo en España. Antes pensaba uno que en España no sucedía nada. Llegabas a Barcelona, o a Madrid, y te decían: «No pasa nada. Las corridas, y para de contar».

Ha habido un velo de silencio a nuestro alrededor. Existe todavía. Y sólo se rompe por hechos sensacionales como la muerte de Carrero Blanco o el fusilamiento de cinco criaturas culpables de antifascismo. Para que el mundo se acordase constantemente de nosotros habríamos de ofrecerle dos o tres cadáveres por día. Nadie habla de nuestras huelgas, de nuestras batallas con la policía. Nadie escribe acerca de los centenares de miles de obreros e intelectuales que luchan con medios menos llamativos que las bombas, pero mucho más eficaces. Cuando desaparezca Franco no podrán ustedes menos de preguntarse cómo ha sucedido. No podrán menos de decirse: quizás han hecho algo esos españoles para recuperar la libertad. No podrán menos de reconocer que la dictadura ha caído no como una manzana madura, sino porque ha mediado una lucha. Cada vez que escucho ese reproche, en-España-no-ocurre-nada-aparte-los-atentados-de-los-vascos-y-el-FRAP, sufro inmensamente. Y le responderé: no dejo de comprenderles un poco. Suceden tantas cosas en este planeta que, para conseguir el apoyo de la prensa, hay que ofrecerle episodios chocantes. Pero ¿es posible que

no se nos reconozca una resistencia que dura años? ¿Por qué razón, de no ser así, estarían llenas las cárceles? ¿Por qué razón, de no ser así, serían las torturas tan violentas?

Son ustedes los primeros en no hablar de las torturas. Se nos han ofrecido documentos sobre la tortura en Brasil, en Grecia, en Chile, pero nunca, o casi nunca, sobre la tortura en España.

Es cierto. Nunca hacemos hincapié en las torturas. Y es a propósito. Sería como repetir que sólo en España se ajusticia mediante el garrote, y que el garrote es un instrumento medieval que consiste en un aro de hierro que se ajusta al cuello oprimiéndolo hasta la extranguilación mediante un tornillo de paso muy largo. Lenta, lentamente... Desalentaría a los que pelean. No hay que utilizar a las víctimas para mover a piedad. A nosotros la piedad, el pietismo, no nos interesa. A nosotros nos interesa el son de la libertad. Y cuando se hace una huelga, en un país donde la huelga es ilegal, se emite un son de libertad. Cuando se ganan las elecciones en los sindicatos oficiales y se conquista el derecho de formar asambleas donde también se habla de política, se emite un son de libertad. Cuando se organizan agitaciones estudiantiles y se atrae a los profesores, se emite un son de libertad. Cuando los colegios profesionales se convierten en bastiones de la resistencia, abogados, médicos e ingenieros emiten un son de libertad.

Y cuando cinco criaturas caen ante un pelotón de ejecución, ¿no es un son de libertad?

Sí, pero gustosamente prescindiría de él porque cuesta la vida de cinco criaturas, porque ha costado la de otras y porque compromete la posibilidad de llegar a un cambio pacífico.

Pero eso ¿es sólo un cálculo raciocinador, o un sentimiento dictado por su aversión por la sangre?

Ambas cosas. Mire, yo soy un hombre político. Un comunista. Un revolucionario. Y la revolución no me da miedo. He crecido soñándola, preparándola. Pero cuando hablo de revolución no hablo de bombas ni de guerrillas: hablo de abolir lo que se llama la explotación del hombre por el hombre; hablo de la libertad humana. Y añadiré: yo no condeno la violencia; no siempre estoy en contra de ella. La acepto, cuando es necesaria. Y, si en España, como ha ocurrido en otros países, la revolución precisa de la violencia, estaré pronto a emplearla. No podría nunca poner una bomba bajo el automóvil de Ca-

rrero Blanco; pero esté segura de que, si mañana fuera necesaria una insurrección, me vería usted con el revólver en la mano. En las situaciones históricas que requieren la violencia, un verdadero revolucionario no vacila. Pero ejercer la violencia cuando ésta no es necesaria y sí, en cambio, contraproducente, no significa aceptar la violencia. Significa amarla, disfrutar con ella. Y eso es para vomitar. Y yo continúo alimentando la esperanza de que estas nuevas ejecuciones no conduzcan a otra guerra civil.

¿Existe tal vez algún episodio de aquella otra guerra que le causara náuseas?

No, no podría reducirlo todo a un solo episodio. Tendría que citar muchos. Muchos. Vi, por ejemplo, tantos niños muertos... Siempre hay un niño que muere, cuando se dispara. Y, además... Mire, yo la guerra civil la hice de veras. Los tres años que duró. Disparando, matando. También hice la guerrilla, cuando creía en ella. Durante nueve años. Y no sé si soy un buen tirador; pero sé que apuntaba con cuidado: para matar. Y he matado. Y no estoy seguro de que eso me guste, por mucho que no me arrepienta de haberlo hecho. Y le diré: una guerra civil, una guerra revolucionaria, puede resultar exaltadora, pero es repugnante. Siempre se encuentra a alguien que disfruta matando. Alguien que después aprende a matar a sangre fría, a hacer represiones, a hacer de policía. Yo nunca podría hacer de policía. Los policías acaban, siempre, gustando de su trabajo. Si alguna vez los comunistas llegásemos al poder en España, le prometo que pondría en la policía a todos a quienes no les gusta el trabajo de policía. Y los cambiaría a todos cada tres meses, para que no se habituasen, para que no le tomaran afecto al oficio. Y prohibiría toda clase de represión.

Pero ¿cuántos son los que en el Partido Comunista español piensan así?

Yo puedo decirle que hoy todos los que desempeñan un papel importante o gozan de cierto poder de decisión en el Partido comparten mis puntos de vista. Si no todos sus miembros, el conjunto del Partido está de acuerdo conmigo. Hemos conseguido convencer incluso a los camaradas que más han sufrido, que estaban más quemados por el odio. Fue una gran victoria.

Entonces, dígame: Si Franco fuese procesado, como lo ha sido Papadopoulos en Grecia, ¿desearía, o no, que fuese condenado a muerte?

Sí. Franco, sí. Repito que estoy, y estaré siempre, en contra de la

represión en España, en contra de la idea de perseguir a quien se ha comprometido con el régimen. Afirmo y afirmaré que hay que amnistiar a todo el mundo. Pero, mientras estoy dispuesto a respetar la vida a los esbirros de Franco, a él no estoy dispuesto a respetársela. Demasiadas cosas pesan sobre él. Él es mucho más culpable que los torturadores, pobres animales que se comportan como pobres animales. La condena a muerte de Franco la firmaría, sí. Lo afirmo aunque hacerlo me plantee un problema de conciencia: soy contrario a la pena de muerte. Lo afirmo aunque, en el fondo de mi corazón, un susurro me diga que preferiría ver escapar a ese viejo chocho. Tal vez a las Filipinas, donde se ha comprado un refugio.

¿Y si muriese antes? De vejez, quiero decir.

Me causaría un gran disgusto. Me cuento entre los españoles que consideran que ver morir a Franco en su cama sería una gran injusticia histórica. Hay pocos pueblos en Europa que hayan luchado lo que nosotros por la libertad, y no nos merecemos verlo morir con la ilusión de que su tiranía es indestructible. No tiene que quedarle esa satisfacción. El fin de su tiranía debe verlo con los ojos abiertos.

Y, no obstante, eso es lo que todos esperan: la muerte espontánea de un viejo que ya no se tiene en pie y que ya ni siquiera consigue hablar. Para ustedes, los españoles, ¿no es humillante que la libertad del país se haga depender de la muerte de un viejo decrepito?

Yo nunca he estado pendiente de la muerte de Franco, y he hecho todo lo posible para expulsarlo antes de que muriera. Yo confío todavía en expulsarlo antes de que muera. Pero tengo que admitir que dice usted una verdad. Son muchos los que esperan que todo se resuelva con la desaparición de un octogenario que ya se orina encima. Porque son muchos los que piensan que el cambio será más controlable si sobreviene tras la muerte de Franco. Gran parte de las derechas, y también del centro, temen la restauración de la democracia mientras Franco viva: piensan que eso equivaldría a precipitar los acontecimientos, a dar demasiado poder al pueblo. Además, no pocos de los que hoy forman en la oposición eran fascistas ayer, y, con Franco presente, sienten una especie de complejo. No quieren, en suma, hacer nada en contra de él porque le juraron fidelidad. Hablo, sobre todo, de altos oficiales del ejército, exasperados por el franquismo, pero unidos todavía al hombre. Y hablo de un sector de la población que cuarenta años atrás tomó partido por Franco. Estos hombres tienen la

convicción de que Franco y el franquismo están acabados y que es posible, por tanto, transformar el país y hacerlo sin traumas y sin apurar plazos. No comprenden que la muerte de Franco no significa necesariamente la muerte del franquismo, y que la desaparición de un hombre no basta para hacer caer el sistema.

Un sistema que, sin embargo, se identifica con él. Y seamos justos: ¿no hay que reconocerle a Franco una notable inteligencia política? Permanecer en el poder hasta los ochenta años, después de haber caído Hitler y Mussolini, después de haberse desintegrado dictaduras mucho más recientes, es un buen récord.

Hay que reconocerle a Franco una gran astucia, sí. Pero cualquiera, tras haber ganado una guerra y destruido dos generaciones de criaturas que combatían contra él, cualquiera, tras recibir —como él lo recibió— el apoyo del fascismo internacional, se habría salido con la suya. Aún careciendo de inteligencia. No olvidemos que la guerra fría le valió el apoyo de los Estados Unidos. Las circunstancias históricas le han sido favorables. Eso es todo. Él mismo lo reconoce. Y no para ahí la cosa. ¿Sabe por qué temen muchos ex franquistas ver hundirse ese franquismo en que han dejado de creer? Por miedo a los castigos, a las represalias, a las venganzas. Los comunistas lo comprendimos tan bien, ya en 1956, que desde esa época hablamos de reconciliación nacional y de paciencia.

¿No será una paciencia excesiva? Quiero decir: usted pronostica que el régimen de Franco caerá antes de la muerte de Franco. Al mismo tiempo, sin embargo, espera que ocurra algo. Pero ¿qué?

Aquello por lo que hemos luchado años: la conclusión de la resistencia que se expresa a través de los sones de la libertad. La geografía política de España se está cubriendo de salpicaduras democráticas, y no sólo porque la clase obrera sea numerosa, no sólo porque lo sea la mayoría de la población políticamente activa, sino porque existe el abanico de fuerzas políticas a que antes me he referido. Además de gran parte de la burguesía, del clero y del ejército, ese abanico incluye a toda la intelectualidad. La realidad es que, como ocurre con todas las dictaduras fascistas, el franquismo nunca ha sido capaz de atraerse a la cultura. Hasta la prensa es, en España, más o menos antifranquista. Así, el régimen está cercado y se agita en vanos gestos de histeria, como las condenas a muerte. Reconocerá usted que la ley antiterrorismo tiene por único propósito galvanizar a los últimos adeptos y

ocultar la realidad: un gobierno que tiene a su alcance todos los medios para matar no precisa de una ley semejante. De este modo, y supuesto que la impaciencia de los vascos y del FRAP no obligue a otras soluciones, está cercano el momento de recoger los frutos. Hace unos días, los miembros de la Junta Democrática firmamos un acuerdo con la Plataforma de Convergencia Democrática. Se trata de un compromiso que reúne a todas las fuerzas políticas para apurar plazos e impedir la continuación del régimen a través de Juan Carlos. Ello en todo caso y por cualquier procedimiento. ¿Comprende lo que significa?

Significa que, según ustedes lo proyectan, la libertad de España no caerá del cielo ni como un regalo, cual ocurrió en Portugal.

Exacto. No será el cielo, ni un golpe de los militares, lo que nos restituya la libertad. Será una lucha política en la cual han participado, sin que el mundo se apercibiera de ello, millones de españoles. España no es Portugal. Y el hecho de que muchos militares estén con nosotros no cambia esa verdad. A esos militares no los ha democratizado el pueblo de Angola o el de Mozambique: ha sido el pueblo español. Y éste no ha combatido en una Angola o en un Mozambique: ha combatido en la patria. De esta forma, en España no es el ejército el que actúa sobre las fuerzas políticas: son las fuerzas políticas las que actúan sobre el ejército. ¿O acaso debería decir que están ganando al ejército? El objetivo de los oficiales jóvenes que pertenecen a la corriente democrática no es dar un golpe político: es apoyar y seguir el movimiento nacional que en el momento justo paralizará el país y reclamará el poder.

Una especie de Día X, en suma. Pero ¿cuál será el resorte que precipite la llegada de ese Día X?

Una huelga general, y no sólo en el sentido geográfico. Una huelga, esto es, que paralice de improviso el país entero, desde las fábricas a las universidades, desde el comercio a las comunicaciones. Una huelga gigantesca, total, que bloquee todo el mecanismo del Estado y contra la cual nada pueda hacer el régimen. Todo habrá de suceder en aquel momento, todo. Y lo que estamos haciendo es crear las condiciones que lo propicien. El gobierno lo sabe, pero es inútil. Porque en ese momento la gente se echará a las calles a pedir la constitución de otro gobierno, un gobierno provisional, y el ejército la apoyará. Si no todo el ejército, sí, por lo menos, sus jóvenes oficiales y... Más no puedo decirle.

Lo comprendo. Pero ¿cómo evitar que la situación se escape de la mano? ¿Cómo evitar, por ejemplo, la anarquía?

Mire, yo no puedo descartar la posibilidad de que en algunos pueblos o en algunas ciudades las cosas se desarrollen con un poco de desorden, debido, tal vez, a intemperancias anárquicas o iniciativas aisladas. Pero, con una acción semejante, es decir dirigida con una estrategia combinada por todos los partidos, la seguridad de que todo suceda sin anarquía raya en el cien por cien. También hay que tener en cuenta el júbilo de la gente, siendo el español un pueblo notoriamente emotivo. Mientras dura el júbilo no se piensa en venganzas y anarquías. Y, antes de que el júbilo pase, interviene el nuevo gobierno. El peligro es otro, si acaso. Es que el pueblo se haga excesivas ilusiones, que diga viva-se-acabó-Franco-y-ahora-todo-irá-bien-ahora-todo-será-fácil. Pero esos son los riesgos de la democracia, las debilidades de la democracia. Sabemos bien que gobernar es muy fácil para los dictadores y muy difícil para la democracia.

Y eso dentro de diez meses, de un año, a lo sumo. Hace poco, Carrillo, le pregunté si no era la suya una paciencia excesiva. Ahora le pregunto si no será el suyo un optimismo excesivo.

Cuando un hombre se encuentra en mi situación tiene que ser optimista por fuerza. Si es pesimista, no solventa nada. Ello no obstante, lo mío no es, en este momento, optimismo: es análisis histórico. En España las cosas han llegado a un punto en que sólo pueden evolucionar como he dicho. Poseo de ello indicios evidentes. Por esta estancia han pasado, sobre todo en los últimos meses, personas muy ligadas al régimen de Franco. Hablo de personalidades de las finanzas y de la Iglesia, antaño anticomunistas feroces. Lamento no poder decirle los nombres: se quedaría boquiabierta. Han venido a buscarme, y se han sentado donde ahora está sentada usted, y han discutido conmigo lo que está sucediendo en España. Y, también, lo que está por suceder. Y se han mostrado de acuerdo conmigo. Y ahora digo: si gente que forma parte del sistema acude a mí y se muestra de acuerdo conmigo, quiere decir que el sistema está cayendo. O, mejor, que prácticamente ha caído.

Si usted está en lo cierto, este sería el tercer fascismo que cae sin violencia: por extenuación. El tercer caso en menos de dos años. Primero, Grecia; luego, Portugal; y, por último, España.

No, porque en Grecia cayó por la abdicación de los militares. Un abdicación debida a un hecho externo, es decir el drama de Chipre. No, porque en Portugal cayó por exclusiva intervención de los militares. Y ello por un golpe propiciado, también, por un hecho externo: la guerra colonial. En España caerá con independencia de todo hecho externo y no por la abdicación, o por un golpe, de los militares. Me refiero a la acción lenta y silenciosa ejercida durante años por la resistencia civil. Ya ve, siempre repito lo mismo. Y puede que a usted le parezca un argumento forzado: pero la historia me dará la razón.

Es la segunda vez, Carrillo, que hablamos de Portugal. ¿Negaría usted que la caída del fascismo en Portugal ha influido en la situación española?

No, no lo niego. La desaparición de Caetano ha alentado enormemente a los españoles: por haber sido, también, un caso de cambio incruento en el que se han unido fuerzas diferentes por demás, desde Spinola a Cunhal. Todo lo que acontece en Portugal nos toca de cerca a los españoles, se refleja en nosotros. Por ejemplo, el hecho de que no exista unidad entre socialistas y comunistas; el hecho de que los comunistas no respeten el resultado de las elecciones ganadas por los socialistas nos ha afectado mucho. Mucho... Las derechas han dicho en seguida: he ahí lo que harían los comunistas en España. Y no nos ha servido el hecho de que, más tarde, los comunistas fuesen agredidos: si acaso ha alentado a quienes aquí se proponen agredirlos en el momento oportuno. Cuando en Lisboa se llegó al compromiso, yo dejé escapar un suspiro de alivio. Sí, lo que sucede en Portugal afecta a toda Europa, pero a España más que a nadie. Le diré más: esa influencia es recíproca. Si en España se establece un régimen democrático, será, para Portugal, una ayuda inmensa. Por supuesto hay que ver qué es lo que llega antes, si la democracia en España o un golpe de las derechas en Portugal.

¿Usted también cree en un regreso del fascismo en Portugal?

Los errores cometidos en Portugal son graves, y corregirlos no será fácil. Además, a mí Spinola no me cae bien. No estoy de acuerdo con quien dice: Spinola no es Pinochet. ¿Por qué no podría Spinola ser Pinochet? ¿Acaso no era Pinochet el jefe de Estado Mayor de Allende? ¿Acaso no lo tenía Allende por un hombre fiel? Pinochet ni siquiera había sido fascista. Spinola, en cambio, lo ha sido. Con aquel monóculo. Spinola es una figura desagradable. A mí me molesta hasta su monóculo. Le da carisma. Y seguro que Soares conoce mejor que

yo la situación de su país, pero temo que se equivoque al no ver en Spínola el as que las derechas se guardan en la manga.

Volvamos a España. Hay quien afirma que los Estados Unidos harán cualquier cosa por impedir la caída de Franco y el retorno de la democracia a España.

Digámoslo clara y rotundamente: también yo lo temo. Pienso que el *establishment* americano no aceptará fácilmente un cambio en España y que, cuando sobrevenga, dará un golpe para anularlo. Los americanos sienten una excesiva desconfianza hacia las izquierdas europeas. Las declaraciones del embajador Volpe lo confirman. Y yo me esfuerzo en vano en explicárselo a los americanos con quienes trabo relación: las izquierdas españolas no intentan provocar ningún cambio en el actual equilibrio estratégico. El mundo de hoy resulta ya bastante inestable para que haga falta alterar ese equilibrio en favor de unos o de otros. Hablo de los bloques militares, de las bases militares, del desarme. Los comunistas españoles no suspiramos por una España de signo antiamericano. Sabemos muy mucho que España precisará de la tecnología y de los capitales americanos para desarrollarse. Estamos dispuestos a una política de cooperación con ustedes, les digo, y, en cierta medida, con los países del Este y con la Unión Soviética. Pero si los Estados Unidos continúan ayudando a Franco y, con ello, retardando el restablecimiento de la democracia en España, si los Estados Unidos pretenden, sin más, impedirnos el regreso a la libertad, todo el arco de las fuerzas políticas españolas acabará siendo antiamericano. Todo él. No sólo nosotros, los comunistas.

Ford, sin embargo, acaba, justamente, de hacerle una visita a Franco.

Sí, y ha sido una enorme tontería. Y de veras que me gustaría saber quién es el cretino que se lo aconsejó. Tanto la Junta Democrática como la Plataforma de Convergencia Democrática han hecho declaraciones durísimas contra él. Han llegado a exigir la clausura de las bases americanas en España. Es menester que los americanos adopten una actitud más inteligente, que muestren más comprensión y respeto; de no ser así, perderán incluso el apoyo de los que hasta hoy han sido amigos suyos. Es menester que se metan en la cabeza una realidad elemental: que, les guste o no, la democracia está a punto de volver a España. ¿Qué les interesa más: una democracia antiamericana o una democracia dispuesta a colaborar con ellos?

¿Y si el referéndum que sugiere diese la victoria a la monarquía?

Paciencia. Si el pueblo opta por la monarquía, haremos política con la monarquía. Es como si me preguntase: ¿y si, una vez instaurada la democracia, ustedes, los comunistas, perdiesen las elecciones? Paciencia. Esperaremos. Diremos al vencedor: «*Bon, gouvernez*». Yo nunca me he opuesto a la voluntad popular. Ni siquiera concibo la idea de oponerme al resultado de las elecciones. Jamás haría yo lo que ha hecho Cunhal. ¡Jamás! Lo he dicho y lo diré mientras me quede aliento: nosotros, los comunistas españoles, no trataremos de imponer el socialismo. El socialismo tiene que salir de la voluntad del pueblo, de la mayoría. No se puede implantar el socialismo contra el deseo de la gente y a expensas de la libertad. Yo no temo las elecciones. Es más, las solicito. La Junta Democrática prevé las elecciones para un año después de la caída de Franco. Yo, en cambio, estoy dispuesto a hacerlas en seguida: tan pronto estén preparadas las listas electorales. Elecciones abiertas a todos.

¿También a los fascistas?

¡Desde luego! Sé que las derechas son fuertes; pero yo prefiero que los fascistas se presenten como tales a que lo hagan con una etiqueta democrática o liberal. No crea que me muestre angélico al decir eso: calculo. Mala cosa impedir a las derechas que usen su verdadero nombre. Los españoles, por lo demás, ya están maduros para votar bien, y yo no temo derrotas para mi partido. En España, el partido obrero es el Partido Comunista. Y gran parte de los católicos son aliados nuestros, no adversarios nuestros. También los socialistas son aliados, y no adversarios nuestros. Además, hemos ganado, recientemente, las elecciones sindicales. Y... si me equivoco, amén. Le repito que yo no soy Cunhal.

Con eso llegamos, pues, al punto fundamental: el comunismo de Santiago Carrillo. Mejor dicho, el comunismo rosa de Santiago Carrillo, que se vuelve contra Cunhal y a favor de Soares.

Escúcheme bien. Yo soy comunista, no socialdemócrata. No soy rosa. No, no lo soy. Pero analizo la experiencia europea usando el cerebro, y digo esto. En 1917 sucedieron muchas cosas, y el comunismo triunfó con la revolución de Lenin. Pero seguir viendo la revolución conforme a lo que fue en 1917, con Lenin, es hacer como la mujer de Lot. Ya sabe, el personaje bíblico que se volvió para mirar y

se convirtió en estatua de sal. No hay que mirar atrás, no hay que mirar a la Revolución Rusa. Hay que mirar adelante, hay que mirar hacia Europa. Hay que preguntarse, nosotros, los comunistas, por qué los partidos comunistas han ganado solamente en aquellos países donde existía un desarrollo económico-social rayano en el feudalismo: sin contar China, donde existía netamente un feudalismo asiático. Y hay que preguntarse por qué la socialdemocracia continua siendo, sobre todo en los países desarrollados, la favorita de la clase obrera. ¡Ah! Resulta demasiado fácil responder que la socialdemocracia ha colaborado con la burguesía hasta convertirse en un partido burgués. Eso no explica realmente por qué ha obtenido la socialdemocracia un apoyo tan grande por parte de los obreros. ¿No será, más bien, que los comunistas nos hemos dejado paralizar por el ejemplo soviético, por la idea de tomar el Palacio de Invierno, como los bolcheviques? ¿No será, más bien, que no hemos querido, que no hemos sabido hacer las reformas que podríamos haber hecho? ¿No será, más bien, que la socialdemocracia estaba más preparada que nosotros para hacer esas reformas, para mejorar el nivel de vida de los obreros?

Me pregunto qué pensarán los demás partidos comunistas cuando oigan esas cosas.

¿Sabe?, el movimiento comunista está, hoy en día, muy lejos de ser monolítico: ya no existe la Internacional Comunista. Existen partidos comunistas nacionales y diferentes entre sí, cada uno de ellos con sus tradiciones, sus ideas y sus hombres. No todos reconocen que hayamos seguido una estrategia en desacuerdo con la realidad. Bueno, en España, en Italia y tal vez en Francia, las cosas han ido de otra manera: pero en estos tres países ha habido una guerra contra el fascismo, una guerra de la cual el Partido Comunista fue el principal exponente, y eso ha llevado a los tres partidos comunistas a fundirse de manera democrática con las masas. Esos tres partidos, en suma, han escapado a la cristalización, y se han percatado de las verdades que señalo. Primero: el comunismo no ha triunfado donde se pensaba, precisamente, que triunfaría con facilidad. Segundo: el socialismo no puede arramblar con todas las conquistas históricas ya realizadas, es decir la democracia política y las libertades individuales. Conquistas que realmente no pertenecen sólo a la burguesía, como dicen los comunistas que se han transformado en estatuas de sal. Pertenecen a todos, por más que la clase dominante trate, a menudo, de adjudicárselas en propio beneficio. Dicho de otro modo, esas mujeres de Lot tienen que meterse en

la cabeza que el socialismo no significa bajar el nivel de vida, sino subirlo. Y tienen que meterse en la cabeza, además, que en nuestro país ese nivel sólo se puede desarrollar partiendo de las conquistas ya obtenidas y de la realidad económica que ha hecho posibles tales conquistas.

Pero eso lo dicen también Willy Brandt y Saragat.

Bellísimas personas. Espero, sin embargo, que estén de acuerdo conmigo cuando digo: allí donde han triunfado los comunistas ha sufrido la libertad. Y también han sufrido, sí, ciertos derechos humanos. No obstante, allí donde han triunfado los socialdemócratas no se ha realizado el socialismo. Seamos justos: en la Alemania federal los comunistas no gozan de demasiadas libertades. Así es que, si me preguntase usted lo que le preguntó a Nenni, esto es, si prefiero la socialdemocracia escandinava o el comunismo soviético, le respondería: ni la una ni el otro. Que el régimen soviético no me cuadra del todo es algo que considero inútil subrayar. Pero tampoco me cuadra del todo el escandinavo porque no es, a mi modo de ver, socialismo: es libertad y nada más. Y, si bien es cierto que yo no puedo prescindir de la libertad, no lo es menos que no puedo contentarme con la libertad a secas. Yo sueño en un régimen donde comunistas, socialdemócratas y progresistas en general sean capaces de colaborar en una verdadera transformación de la propiedad privada hasta abolir la explotación del hombre por el hombre.

Los jóvenes extremistas, los maoístas, por ejemplo, le responderían que lo suyo no es comunismo, no es revolución. Es reformismo.

Los maoístas, los extremistas de izquierdas, son unos incautos. Incautos que han descubierto, de improviso, la sordidez de esta sociedad y el significado de las palabras injusticia, explotación, poder, opresión. Y así como los obreros eran un poco anárquicos cuando empezaron a rebelarse, hoy esos incautos se muestran anárquicos. Lo suyo no es más que la repetición de un fenómeno histórico. ¿O debería decir de una enfermedad de familia? Hay que comprenderles y dialogar con ellos, no considerarlos enemigos. En 1956, Mao Tse-tung me dijo: «Es necesario ofrecer a la burguesía diez mil años de vida». Yo no digo eso a los maoístas: diez mil años de vida me parecen muchos, o mejor demasiados, si piensa uno que a su burguesía Mao no le concedió ni siquiera diez minutos. Lo que, sin embargo, les pregunto, es: «¿Qué entendéis por comunismo, por revolución? ¿El hecho de tomar

el poder? Yo, no. En el mejor de los casos, el poder es la primera fase de la revolución. La revolución, para mí, significa evolución. Y la evolución es lenta. Enormemente lenta. Requiere paciencia. Cerebro y paciencia. ¿De acuerdo?

De acuerdo.

Entonces, ¿por qué disputar?

Yo no disputo, me dispongo a hacerle observar que basta ayer ningún comunista hablaba así. Y, puesto que no disponen de pruebas que ofrecernos, puesto que los modelos comunistas demuestran todo lo contrario, la desconfianza es legítima.

¡Ah! ¿Cómo tengo que decirle que el nuevo comunismo nace, precisamente, del mal ejemplo de aquellos modelos? ¿Cómo tengo que decirle que lo hemos construido descartando, precisamente, sus clichés y las rigideces doctrinales? ¡Los modelos aquellos los rechazo! ¡No reflejan en absoluto el marxismo! Si se lee bien a Marx y a Engels...

A mí me parece que el marxismo es como la Biblia: cada uno encuentra en él lo que quiere.

Y tiene usted razón. Pero yo diría, más bien, que cada uno encuentra en él lo que busca. Y el error de quien sólo encuentra en él una fórmula doctrinaria está en el hecho de no mirarlo en su conjunto. Es el mismo error de los curas que estudian el catecismo. Yo no soy un cura. Y en el marxismo busco aquello que sirve al hombre.

¿Y qué queda en su marxismo de la dictadura del proletariado? ¿Tres palabras que forman una expresión pasada de moda?

También en eso lleva razón: la expresión dictadura-del-proletariado ya está pasada de moda. La verdad es que yo hablo de dictadura del proletariado, y las pocas veces que aludo a ella me refiero a un concepto que dista mucho de lo ortodoxo. Me refiero a un posible Estado con una legislación que proteja la propiedad socialista y elimine lo que Marx llamaba dictadura del proletariado. La dictadura del proletariado como poder de una minoría que se impone por la fuerza y la violencia es un concepto caduco.

¿Y cuándo descubrió que era un concepto caduco?

Debo decirle que el XX Congreso del Partido Comunista soviético, aquel durante el cual Kruschév denunció a Stalin, fue para mí

el comienzo de una reflexión muy profunda. Y lo que ocurrió a continuación, la Primavera de Praga, por ejemplo, me sirvió de confirmación. De hecho, los comunistas españoles tomamos partido por Dubcek y fundamos muchas esperanzas en su experimento. Y condenamos indignamente, por último, la intervención de las tropas soviéticas. En la raíz de todo ello, sin embargo, está la experiencia española, es decir el gobierno que tuvimos durante la guerra civil. Era un gobierno presidido por un socialista e integrado por socialistas, republicanos, anarquistas, católicos, nacionalistas vascos y catalanes, y sólo dos comunistas. Y, pese a sus limitaciones, aquel gobierno me enseñó que se puede desempeñar un trabajo inmenso sin necesidad de aplicar los clichés catequísticos de las mujeres de Lot. La República española no estaba basada en un régimen capitalista; era una democracia popular en el verdadero sentido de la palabra.

Perdón, Carrillo; pero, entonces, ¿qué diferencia hay entre ustedes y los socialistas?

Ninguna. Con los verdaderos partidos socialistas no hay, para mí, ninguna diferencia.

Así pues, ¿por qué no se unen a ustedes?

Eso es lo que yo espero, lo que desearía. Más de una vez mi partido ha propuesto lo que nosotros llamamos una nueva formación política, es decir una confederación compuesta por todas las fuerzas socialistas. Un partido que se llamase, por ejemplo, Partido Obrero Revolucionario. Un auténtico partido laborista, en suma. Y fíjese bien: no me refiero a una alianza electoral o a un frente popular, sino propiamente a un partido. Un partido en el que cada cual mantenga sus concepciones filosóficas y su personalidad, pero todos estén de acuerdo en una transformación socialista del país.

Perdón de nuevo, Carrillo: pero ¿usted no era estalinista?

¡Vaya! ¡Y tanto que lo era! ¿Qué comunista no era estalinista? Dígame un nombre. Hasta el socialista Nenni lo era. Yo conocí a Nenni en España, cuando fue a luchar a nuestro lado. Lo conocí a través de Fernando de Rosa, un joven socialista que cayó luchando por nosotros. Y puedo decirle que hasta Nenni era más bien estalinista en aquella época. ¡Eh!

¿Conoció usted a Stalin?

Desde luego. Lo conocí en compañía de Dolores Ibarruri, y tengo que decirle que no lo encontré antipático. Sólo se ponía áspero cuando decía: «No os equivoquéis». Nos convocó porque no estaba de acuerdo con nuestra política. Nos recibió junto a Suslov, Molotov y Voroshilov, y casi inmediatamente se puso a hacernos reproches porque no queríamos trabajar con los sindicatos fascistas. Dijo que de esa forma nos veríamos apartados de las organizaciones de masa, y que había en nosotros cierto izquierdismo, *un certain gauchisme*. Stalin... mire, yo no puedo decir que guarde un mal recuerdo de Stalin porque en aquella época no sabía que Stalin fuese Stalin. No se veía en nada. Ni siquiera cuando viví seis meses de exilio en Rusia, desde diciembre de 1939 hasta junio de 1940, tuve nunca la menor indicación de que Stalin fuese Stalin. Tal vez porque yo no hablaba ruso. Nunca lo he aprendido. O, tal vez, porque en Moscú yo, personalmente, gozaba de una libertad total. Tenía veinticuatro años y era la primera vez, desde el fin de la guerra, que no vivía perseguido. Y todo me parecía bonito. Al contrario de lo que me ocurriría en Nueva York.

¿Nueva York? ¿Y cuándo fue a Nueva York?

Inmediatamente después. Me enviaron allí comisionado desde Moscú, como funcionario de la juventud de la Internacional Comunista, a encontrarme con Browder, el secretario del Partido Comunista americano. Llegué con un pasaporte falso, a través del Japón y el Canadá, y estuve allí seis meses, como en Moscú. Vivía en Amsterdam Street y me sentía muy desgraciado. Ante todo, a causa de los rascacielos. Lo primero que me causó malestar fue la sensación de una ciudad que se te caía encima y te aplastaba con sus rascacielos. Luego, las sirenas de los bomberos: obsesivas, ensordecedoras, como si la ciudad ardiese perpetuamente. Y, por último, la soledad. En ningún lugar he sufrido la soledad que sufrí en Nueva York. Quizá porque tampoco allí hablaba el idioma. Quizá porque sólo trataba con Browder y con los comunistas americanos. Quizá porque no estaba verdaderamente de acuerdo con Browder, tan rígido, él también. Me sentía tan desesperadamente solo que empezó a gustarme el flamenco. A mí, que lo detestaba. Me compré una radio para escuchar las noticias en español, y siempre transmitían el dichoso flamenco, y acabé por aficionarme a él.

Volvamos a Moscú. O, mejor dicho, a sus relaciones con Moscú.

Hummm... ¿Qué quiere usted saber?

¿Ya sabe usted lo que quiero saber: ¿Qué clase de relaciones mantiene hoy en día con Moscú? ¿Diplomáticas?

Humm... Creo haberle demostrado lo bastante que los comunistas españoles difieren mucho de los comunistas soviéticos, que nuestra concepción del socialismo no es propiamente la suya. También le he dicho que nosotros tomamos partido por la Checoslovaquia de Dubcek y... sí, son, en efecto, relaciones un tanto diplomáticas. Eso está claro. Pero, por otra parte, ni siquiera son diplomáticas, porque con los dirigentes soviéticos yo siempre hablo clara y rotundamente. Hasta con brusquedad. Bien, no le diré que al encontrarnos rompamos a atacarnos, pero sí que nuestras discusiones son muy, muy acaloradas. Yo siempre digo cosas que a ellos no les gustan en absoluto. Y se las digo sin miedo porque no puedo olvidar que en Rusia el problema de la libertad sigue siendo, después de cincuenta años, un problema por resolver. Y el problema de la libertad es un problema esencial para el socialismo. Y hay en Rusia demasiadas cosas que son una supervivencia del zarismo en lugar de un florecimiento del socialismo. Mire, planteémoslo así: yo no negaré que sin la URSS nunca hubiéramos derrotado a los nazis en Europa. No negaré que sin las armas soviéticas los españoles no hubiéramos podido luchar tres años contra Franco. Sólo los soviéticos nos ayudaron mandándonos cañones, carros acorazados, ametralladoras. Aparte de ellos, sólo México nos echó una mano al enviarnos un barco cargado de fusiles. El resto de los países o se declararon neutrales o, como la Italia de Mussolini y la Alemania de Hitler, se nos echaron encima. Pero diré que, por más firme que siga siendo mi gratitud, no acepto órdenes de nadie. Y todavía menos de la URSS. Y no será ciertamente la URSS quien me diga lo que debo hacer: ni hoy ni mañana ni nunca.

Tengo que hacerle la misma pregunta de antes: ¿Cuántos son los que en el Partido Comunista español piensan así?

Todos. ¿Qué sentido tendría si únicamente yo pensara así? La fuerza política no soy yo, es el Partido. Mi evolución política ha seguido, evidentemente, el paso de la del Partido. El único grupo que no se mostró conforme con el problema de Checoslovaquia, por ejemplo, fue el grupo de los sacerdotes catalanes. Hay muchos curas en el Partido Comunista español, ¿sabe?, y el grupo de los curas catalanes estaba de acuerdo con la intervención soviética en Checoslovaquia. ¡Eh! ¡Los curas! Pobrecillos, están tan acostumbrados a obedecer.

Me gustaría mucho creerle, Carrillo. O, mejor dicho, puesto que creo en usted, me gustaría mucho creer que su Partido es como usted. Pero no me fio. No puedo menos de pensar que, vaya, si usted enferma, llegará un Cunhal y...

Si yo enfermo, mi Partido, esté usted segura, continuará guardando las debidas distancias con los demás partidos comunistas y, en particular, con Cunhal. Nuestra actitud con respecto a Cunhal es conocida. Los demás partidos comunistas nos han criticado mucho por ello. Sólo cuando se produjo aquella oleada anticomunista le expresamos nosotros nuestra solidaridad. Cunhal... mire, a Cunhal lo conocí yo en 1944, durante una estancia mía, clandestina, en Portugal. Y en aquella época tuve una buena opinión de él porque llevaba una vida muy dura, hacía sacrificios terribles. Heroicos. Más tarde le vi en algunos congresos internacionales, y debo decir que... Sí, debo decir, en suma, que, al leer la entrevista que usted le hizo, lo reconocí de inmediato. Y, cuando Cunhal la desmintió...

No fue Cunhal quien me desmintió. Cunhal se mostró honrado conmigo. Sabía que había dicho lo que yo escribí y no negó una sola palabra. Fue el Partido Comunista portugués quien me desmintió: reservándose-la-lectura-de-la-entrevista. Esto es, antes de haberla leído. Tal vez querían castigar a Cunhal.

Pues yo no quedé sorprendido por sus declaraciones. Quedé abrumado. Sí, abrumado es la palabra exacta. Pero ¿cómo se pueden decir, cómo se pueden pensar ciertas cosas en 1975?! ¿Cómo puede uno burlarse de los demás, reírse de ellos? Yo no me burlo de los demás, no me río de ellos. Al contrario de lo que él hace, yo trabajo para unir las fuerzas de izquierda y hallar una solución democrática. ¡Ah, si yo pudiera ver realizado en algún lugar un socialismo de rostro humano, moriría feliz! Tal vez quede una esperanza; en Italia o en España. La política de los comunistas italianos me parece sensata.

¿Sensata o sincera?

Yo creo que son sinceros. Amendola, por ejemplo, lo es. Y Berlinguer, también. No encuentro excesivas diferencias entre Amendola y yo, entre Berlinguer y yo. Desde luego, no soy fogoso, como Amendola, y mucho menos impertérrito, como Berlinguer; pero los siento próximos a mí. Y, además, si alguno no fuese sincero, ¿sabe qué le digo? Que no tiene importancia. Lo importante es que a las masas se les dé una educación democrática: cuando uno quiere hacer el Ma-

quiavelo con masas democratizadas, acaba eliminado por las propias masas. Ya sé que a veces hay sectarismo en los comunistas. Pero el sectarismo se da en todas partes, ¿y qué espera usted de unos hombres que han luchado siempre en solitario, sin jamás sentirse apoyados por nadie? Los comunistas han luchado siempre en condiciones por demás difíciles. Yo a los comunistas les reprocho, si acaso, un orgullo y un triunfalismo exagerados. Se sienten siempre superiores a todo el mundo. Y distintos de todo el mundo. Tal vez sea porque los demás les hacen sentirse diferentes... Además, tienen otro defecto: apenas se convierten en un partido de masas, se vuelven soberbios. Apenas triunfan, se endiosan. Pero ¿esa es una enfermedad comunista o una enfermedad humana? ¿Sabe?, es necesario ser filósofo y haber sufrido muchas derrotas para que a uno no se le suba la política a la cabeza.

O llamarse Santiago Carrillo. Y esperar que los Santiagos Carrillo influyan sobre una época. La historia de la nariz de Cleopatra.

¿La nariz de quién?

La nariz de Cleopatra. Según Pascal, si-la-nariz-de-Cleopatra-hubiese-sido-más-corta-la-historia-del-mundo-habría-sido-otra. Soares dice que eso no es un concepto marxista.

Negar el papel del hombre en la historia es olvidar gran parte del marxismo. En la medida en que son capaces de interpretar un momento histórico, los individuos tienen una importancia enorme. ¿Quién puede sostener que la Revolución Rusa no se vio marcada por la personalidad de Lenin, o que las cosas hubieran ido de otra manera de no haber existido Stalin? Hasta Franco y sus características personales han desempeñado un papel enorme en España. Sin su tenacidad, sin su falta de humanidad, sin su desprecio por la vida ajena y la opinión ajena, sin su feroz frialdad, España no hubiera vivido nunca una noche tan larga.

Pero la noche está a punto de acabar, ¿verdad? ¿Me lo confirma? ¿Me lo repite?

Se lo confirmo y se lo repito. Con o sin sangre, Franco está a punto de caer. El asesinato de aquellas cinco criaturas es el último estertor de un moribundo. Y el principio del fin.

París, octubre 1975

Helder Camara

Su iglesia era una pobre iglesia dentro de la ciudad de Recife, allá arriba en el norte del Brasil donde de hermoso no hay más que el mar y siempre hace calor porque el ecuador está cerca. Aquel año no había llovido y la sequía mató niños, plantas y esperanzas. No mató nada más porque no había nada más en Recife, excepto docenas y docenas de iglesias barrocas sobre las que el tiempo ha dejado una pátina negra de suciedad que nadie piensa limpiar. En cambio, su iglesia estaba limpia, blanca como su conciencia. De sucio allí no había más que un escrito de color de sangre sobre el que él había dado una mano de cal, pero la pintura reaparecía y el texto se hacía visible: «*Morte o bispo rosso*. Muerte al obispo rojo». Se lo habían escrito sus perseguidores hacía no mucho tiempo, cuando le dispararon aquella ráfaga de metralleta y le arrojaron aquella bomba de manõ. Y desde entonces la plazoleta de la iglesia estaba casi siempre desierta porque la gente tenía miedo de pasar por allí. Si le preguntaba uno a la policía: «Por favor, ¿dónde está la Igreja das Fronteiras?», el policía le miraba a uno con recelo y luego apuntaba la matrícula del taxi. Eso es lo que me sucedió a mí. El taxista temblaba de espanto.

Su casa estaba pegada a la iglesia y no parecía la morada de un arzobispo. Vestidos de ricas telas, cubiertos de joyas, servidos por obsequiosos camareros, los arzobispos viven en palacios a los que se llega por elegantes calles. En cambio, a su casa se llegaba por la calle perpendicular a la plazoleta, rua das Fronteiras, y estaba limitada por la pared baja contra la que dispararon. En la pared, se destacaba apenas la puertecilla pintada de verde y el timbre, sin nombre. Se pulsaba el timbre, cacareaban algunas gallinas, cantaba un gallo, y, mezclada con aquellos rumores, una voz amable advertía: «Voy, ya voy». Luego la puerta se entrecabría con cautela, quedaba abierta de par en par, lentamente, y en el vano aparecía un hombre con sotana negra. Sobre la sotana llevaba una cruz de madera colgada de una cadena de acero. Era un hombrecillo pálido, calvo, y tenía el rostro arrugado, boca fina, nariz diminuta y los ojos cansados del que duerme poco. Tenía también el aire inocuo, ingenuo, del párroco de periferia. Pero no era un párroco de periferia ni tampoco un hombrecillo. Era el hombre más importante que se pudiera encontrar en el Brasil y, tal vez, en toda la América Latina. Y era, acaso, el más inteligente y el más valeroso. Era don Helder Camara, el arzobispo que desafía a los gobiernos y denuncia las injusticias, los abusos, las infamias que los demás callan, que tiene redaños para predicar el socialismo y decir no a la violencia. El premio Nobel de la Paz debería haber sido para él más de una vez. Algunos le llaman santo. Y, si la palabra santo tiene algún significado, también yo digo que es un santo.

El gobierno brasileño no lo cree así. El gobierno brasileño es, tal vez, el gobierno más fascista que existe en América Latina. A quien se le opone pidiendo libertad, su policía reserva torturas que superan incluso las de la policía griega. Les reservan el

«pau de arara», o palo de papagayo, que consiste en un palo semejante a aquel en que se columpian los papagayos. De madera o de hierro, se coloca entre las rodillas y el hueco de los brazos de la víctima desnuda, luego se le iza hasta que queda a medio camino entre el techo y el suelo. La víctima permanece así durante el interrogatorio y, dado que sus pies y piernas están fuertemente atados, se paraliza la circulación de la sangre, el cuerpo se hincha como si fuera a estallar y parece decuplicar su peso. Para el que se oprime pidiendo libertad, está el «método hidráulico», que consiste en un tubo flexible que se introduce en la nariz de la víctima y por él se hace pasar agua mientras se le mantiene con la boca tapada. La víctima cree que se va a ahogar, pero se trata sólo de ahogarlo parcialmente: el suplicio se interrumpirá antes de que llegue la muerte. Para el que se oprime pidiendo libertad están las descargas eléctricas aplicadas en las orejas, en los genitales, en el ano, en la lengua. Las descargas son generalmente de 110 voltios pero algunas llegan a los 230 voltios y producen crisis epilépticas, convulsiones violentas, quemaduras de tercer grado, y a veces la muerte como demuestran muchísimos casos, como el de aquel periodista al que le descargaron 230 voltios en el ano. Murió instantáneamente. Y estas torturas afectan a todos los que acaban en la DOPS, División del Orden Público y Social, sede de la policía militar brasileña. Afectan a todos: liberales y comunistas, monjas y sacerdotes, guerrilleros y estudiantes, incluso a ciudadanos extranjeros. Las cárceles del Brasil están llenas. Se sabe cuándo se entra pero nunca cuándo se sale. Si se sale vivo, el ochenta por ciento sale mutilado: con la espina dorsal rota, las piernas paralizadas, los testículos aplastados, los ojos y los oídos que no volverán a funcionar. La literatura sobre tales infamias es interminable. Se encuentra en octavillas ciclostiladas de las organizaciones de resistencia, en los periódicos americanos y europeos, en los despachos de las embajadas. Aunque el mundo, a menudo, olvida, porque el Brasil está muy lejano, porque el Brasil son unas vacaciones llenas de mar, música, samba y café, porque no conviene perturbar las relaciones comerciales entre los países democráticos y las dictaduras, la tragedia, ciertamente, no es un misterio. Pero cuidado con hablar de ello en Brasil, cuidado con hacer alusiones o denuncias. Y la mayoría se calla. Helder Camara es el único que levanta la voz junto a un grupo de prelados que no han olvidado el Evangelio. Pero paga por esto. Y ¡cómo paga! Cuando en París describió las torturas que se infligían a los presos de las cárceles de Sao Paulo y Río de Janeiro, Belo Horizonte, Porto Alegre y Recife, le llamaron «traidor», «difamador» y «demagogo». Cuando difundió sus acusaciones desde su casa de rua das Fronteiras, le dispararon una ráfaga de metrallera y escribieron en la pared «*Morte o bispo rosso*». Y es inútil decir que la autoridad gubernativa lo considera un peligro público y vigila atentamente cada uno de sus movimientos, de sus entrevistas. El pueblo, en cambio, le adora. Se dirige a él como a un padre que no castiga nunca, que recibe a cualquier hora del día o de la noche. Si no está en casa quiere decir que ha ido a ver a algún oprimido a cualquier cárcel, a cualquier tugurio, a cualquier aldea donde la gente se muere de hambre y sed antes de llegar a los cuarenta años y donde la muerte es una liberación misericordiosa. Si no está en Recife, es que anda dando vueltas por el mundo gritando su mensaje y su

indignación, en Berlín, en Kioto, en Detroit o en el Vaticano, con los brazos levantados al cielo y los dedos tendidos como garras en busca de Dios. Es un hombre que, sin hacer uso de la violencia, ha elegido la lucha cueste lo que cueste. Y las fortalezas que ataca son las fortalezas de la vergüenza, de los privilegios, de la dictadura. No respeta a nadie, ni católicos ni marxistas, ni imperios capitalistas ni imperios comunistas y menos que a nadie respeta a los fascistas a quienes fustiga implacablemente con la ira de un Cristo decidido a echar a los fariseos del templo.

Don Helder Camara tiene una bella historia. Nació en Fortaleza, al norte del Brasil, en 1909. Su padre era un comerciante aficionado a la crítica teatral y al periodismo, y su madre era institutriz en una escuela elemental. Por tanto, de origen pequeño-burgués. Pero nunca conoció la riqueza: cinco de sus hermanos murieron, aún niños, en el término de pocos meses, por disentería y falta de cuidados. Entró muy joven en el seminario. La vocación, dice, se le manifestó a los ocho años, misteriosa y terca. Desde entonces jamás concibió otra obligación, para él, que la de sacerdote. Lo fue hacia los veintidós años, cuando se hizo fascista. Sí, durante algún tiempo fue fascista. «En cada uno de nosotros duerme un fascista y quizá no se despierta nunca; a mí, en cambio, se me despertó.» Lo dice sin avergonzarse, autoflagelándose con la admisión de este hecho, y el único momento en que se justifica es cuando explica que fue su obispo quien le pidió que se hiciera fascista. Uno de esos obispos que se arropan con telas mórbidas, se cubren de joyas, se hacen servir por camareros obsequiosos y viven en palacios a los que se llega pasando por elegantes calles. Uno de esos cuyo lema es Dios-Patria-Familia. Sí, don Helder conoce bien a los fascistas. Los conoce de mucho antes de recalar en aquella pequeña iglesia de Recife, en aquella casita con las gallinas que aletean por los alrededores, y en el catre donde descansa cuatro horas de las veinticuatro porque por la noche lo despiertan continuamente llenándolo de insultos por teléfono, tratando de atemorizarlo: «Ahora mismo vamos y te echamos, puerco comunista», «Encomienda tu alma a Dios porque no verás amanecer, hijo de perra». Pero él dice que no le importa: le basta dormir cuatro horas cada noche.

Lo entrevisté allí, a lo largo de tres días. Hablamos en francés, lengua que conoce muy bien, y más que un sacerdote me pareció un líder. Del líder tenía la voz apasionada y los ojos brillantes, la seguridad de quien sabe que se le cree. De vez en cuando se levantaba e iba a hacerme un café. Luego volvía con el café y las galletitas, y lo aprovechaba para echar una ojeada a la calle: observaba que no hubiera nadie que le emporcara de nuevo la pared o le lanzara una bomba. Yo le seguía con la mirada y pensaba en Camilo Torres, el joven sacerdote que había colgado los hábitos para agarrar el fusil y había muerto en el primer combate, con una bala en medio de la frente. Pensaba en el padre Tito de Alencar, el joven dominico a quien la DOPS había torturado en Sao Paulo con tormentos de la Inquisición. Abre-la-boca-que-te-damos-la-hostia-consagrada-antes-de-matarte. Luego, en vez de la hostia consagrada, le daban en la lengua una descarga de 220 voltios. Pensaba en todos los religiosos que en América Latina llenaban las cárceles y morían entre sufrimientos, mientras los obispos arropados en telas mórbidas y cubiertos de joyas y servidos por camareros obsequio-

sos colaboraban con los generales en el poder, y protegían a los fusiladores. En Brasil, Chile, Uruguay, Paraguay, Venezuela y Guatemala. Y concluía: «No te darán el premio Nobel de la Paz, don Helder. No te lo darán nunca. Eres demasiado incómodo para todos».

En efecto, no se lo dieron. Aquel año se lo dieron a Willy Brandt, y en 1973, cuando se presentó de nuevo su candidatura, se lo dieron a Henry Kissinger y a Le Duc Tho. Y Le Duc Tho lo rechazó, menos mal. En cambio Kissinger lo aceptó.

ORIANA FALLACI.— *Corren voces, don Helder, de que Pablo VI le llama «mi arzobispo rojo». Y, en realidad, usted no debe ser un hombre cómodo para el Vaticano. Debe dar miedo a mucha gente. ¿Podríamos hablar un poco de ello?*

HELDER CAMARA.— Mire, el Papa sabe muy bien lo que yo hago y lo que yo digo. Cuando denuncié las torturas en Brasil, el Papa lo sabe. Cuando luché por los pobres y por los detenidos políticos, el Papa lo sabe. Cuando viajé al extranjero para reclamar justicia, el Papa lo sabe. Conoce mis opiniones desde hace tiempo, porque nos conocemos desde hace tiempo. Exactamente, desde 1950, cuando él era secretario de Estado. No le oculto nada, nunca le he ocultado nada. Y si el Papa me dijese que hago mal en hacer lo que hago, y me pidiese que dejara de hacerlo, lo dejaría. Porque soy un siervo de la Iglesia y conozco el valor del sacrificio. Pero el Papa no me lo dice y si me llama su «arzobispo rojo» lo hace bromeando, afectuosamente, no como lo hacen aquí en Brasil, donde a cualquiera que no sea reaccionario le definen comunista o que está al servicio de los comunistas. La acusación no me afecta. Si fuese un agitador, un comunista, no podría entrar en los Estados Unidos y recibir el doctorado honoris causa de las universidades norteamericanas. Aparte de esta premisa, debo aclarar también que con mis ideas y mis discursos no comprometo la autoridad del Papa: lo que digo o hago es de mi exclusiva responsabilidad personal. Y que no se me convierta en héroe: no he sido yo el único que ha hablado. Las torturas en Brasil, por ejemplo, han sido denunciadas ante todo y sobre todo por la comisión pontificia que depende de la autoridad del Papa. El Papa mismo las ha condenado, y su condena cuenta más que la de un pobre sacerdote que no asusta a nadie en el Vaticano.

Un pobre sacerdote que es un príncipe de la Iglesia, uno de los hombres más respetados y admirados del mundo. Un pobre sacerdote a quien se había pensado conceder el premio Nobel de la Paz. Un pobre sacerdote que cuando habla de las torturas consigue llenar todo el Palacio de los Deportes en París y despierta la conciencia de millones de personas en cada país. ¿Hablamos de esto, don Helder?

Bien, la cosa fue así. Yo estaba en París y me pidieron que contase la verdad. Contesté: es cierto, el deber de un religioso es también el de informar, especialmente sobre un país como Brasil donde la prensa está controlada o sometida al gobierno. Empecé diciendo que hablaría de un crimen bastante familiar a los franceses, del que se habían hecho culpables durante la guerra de Argelia: la tortura. Añadí que tales infamias se cometían también a causa de la debilidad de nosotros los cristianos, demasiado habituados a inclinarnos ante el poder y las instituciones, o bien, acostumbrados a callar. Expliqué que no iba a contar nada nuevo porque no era un secreto que a los detenidos políticos de Brasil se les infligían sufrimientos inhumanos, medievales, y ya se habían publicado por todas partes documentos irrefutables. Luego describí medios de tortura: desde las descargas eléctricas al «pau de arara». Y narré episodios que yo mismo había controlado. Por ejemplo, el caso de un estudiante a quien hicieron cosas tan terribles que se arrojó por la ventana de una sede de la policía. Se llamaba Luis de Ledeiros. Y la historia, en líneas esenciales, es ésta. Apenas informado de que Luis de Ledeiros estaba en el hospital, me precipité a verle con uno de mis consejeros. Y conseguí verle. Aparte de la tentativa de suicidio estaba en condiciones espantosas: entre otras torturas, le habían arrancado cuatro uñas y le habían machacado los testículos. Arrancar las uñas y machacar los testículos son dos torturas normales. El médico que lo atendía me lo confirmó y me dijo: vaya a ver al gobernador que es médico, y dígame que venga a examinar los cuerpos de los torturados. Esto era lo que yo buscaba: tener a mano, por fin, un testimonio directo. Fui inmediatamente al palacio del gobernador, con mi obispo auxiliar, e hice la denuncia. Luego envié la denuncia a todas las parroquias, a todos los obispos y a la conferencia episcopal.

Algún obispo no le cree, don Helder, y se coloca al lado de los que niegan la tortura. ¿Cómo le juzga usted?

¿Cómo quiere que le juzgue? Deseando que Dios le ilumine y que lo haga digno de sus responsabilidades. Yo siempre he sido partidario

del pluralismo de la Iglesia, pero ante los que representan a la parte caduca de la Iglesia me vienen ganas de decir lo que el Papa Juan les decía a algunos: «Querido padre, ¿se da cuenta de que está usted como marchito? ¿Que el soplo de Dios no ha llegado hasta usted?» ¡Cielos! Dudar de las torturas al principio era lícito o casi lícito. No había pruebas. Pero dudarlo hoy, es grotesco; hasta han sido registradas incluso en la reunión de la Asociación Mundial de juristas; con nombres, apellidos y fechas. Y, además, ¿cuántos sacerdotes tenemos en la cárcel? No son mayoría porque es más cómodo detener a un laico que a un sacerdote, torturar a un laico que a un sacerdote, pero son muchos y son testimonios preciosos si se consigue encontrarlos. Y digo «sí», porque, hoy, en Brasil, cuando se acaba en la cárcel, es imposible notificarlo o entrar en contacto con un familiar o un abogado. Pero la cosa peor no es ésta: es el silencio de la prensa y de los ciudadanos. Ni una ni otros se atreven a hablar y entonces parece que el pueblo está de acuerdo con el régimen, que las víctimas cuentan mentiras o exageraciones. Yo sólo espero que el escándalo que ha estallado en la prensa extranjera y la intervención de la Iglesia mundial sirvan para mejorar las cosas.

Don Helder, ¿qué sucedió tras las declaraciones que hizo en París?

Denunciar las torturas en Brasil es considerado por el gobierno como un crimen de lesa patria. Y también sobre este particular hay cierta divergencia entre los puntos de vista míos y los del gobierno. En efecto, yo considero un crimen de lesa patria no denunciarlos. Por tanto me fui de París pensando: veremos lo que te pasa, don Helder, cuando vuelvas a Brasil. No pasó nada. Pasé tranquilamente la policía, la aduana, y me fui a casa. Hubo ataques en la prensa, es cierto. Ataques curiosos, cómicos. Pero no me preocupo por ellos, puesto que rara vez leo los periódicos para evitarme amargas. Además, es inútil intimidarme, no hay la menor duda en mi corazón y lo que dice el corazón me sale a los labios: a mis fieles, en las visitas pastorales, en los sermones, digo las mismas cosas que le digo a usted; no pueden hacerme callar porque en el ejercicio de mi trabajo no reconozco más autoridad que la del Papa. Naturalmente se me ha prohibido hablar por radio o en la televisión, y dado que no soy ningún ingenuo, se me ocurre que tarde o temprano podrían privarme de mis derechos civiles. No es que valgan mucho porque en Brasil no se ejerce el voto y no hay elecciones. De momento gozo de cierta libertad y sólo me atormentan con amenazas.

¿Qué amenazas?

Amenazas de muerte, claro. Ráfagas de ametralladora, bombas, llamadas telefónicas, y calumnias dirigidas al Vaticano. Debe saber que aquí en Brasil hay un movimiento de extrema derecha llamado «Familia y Seguridad». Con esto empezaron a atormentarme hace mucho tiempo. Se acercaban a la gente que se dirigía a la iglesia y les preguntaban: «¿Estás en contra o en favor del comunismo?». La gente decía en contra, naturalmente, y así recogían firmas que luego enviaban al Papá para que echara a «el comunista don Helder». El Papa nunca les ha hecho caso, ni yo tampoco. Pero después ha aparecido otro movimiento clandestino, una especie de Ku Klux Klan brasileño, llamado «Comando de caza de comunistas» o CCC. Este CCC se interesa particularmente por las casas donde viven sospechosos comunistas y les disparan con metralleta o les lanzan bombas de mano y escriben insultos en las paredes. En este aspecto me han rendido homenaje varias veces: dos veces aquí en casa, donde han estropeado el muro a tiros de metralleta y han emporcado aquella pared de la iglesia, una vez en el palacio arzobispal, otra en el Instituto Católico, y otra más en una iglesia a la que solía ir. Siempre dejando la firma CCC. Pero nunca me han herido. En cambio, a un estudiante que conozco lo han ametrallado por la espalda y ahora está paralizado para siempre. A un colaborador mío, Henrique Pereira Neto, profesor de sociología en la universidad de Recife, que predicaba el Evangelio en las chabolas, lo hemos encontrado colgado de un árbol y con el cuerpo acribillado a balazos. Cosas que en Recife ya no extrañan a nadie.

¿Que ya no extrañan a nadie?

No, como las amenazas telefónicas. Ahora ya estoy acostumbrado. Me llaman de noche, a intervalos de una hora o media hora, y me dicen: «Eres un agitador, un comunista, prepárate a morir. Ahora vamos por ti y te haremos ver el infierno». ¡Qué imbéciles! Ni siquiera les contesto. Sonríe y cuelgo el aparato. ¿Y por qué responde a la llamada?, preguntará usted. Porque responder al teléfono es mi deber. Podría ser cualquiera que se sintiera mal, que me necesitara, que pidiese ayuda. Soy un sacerdote, ¿sí o no? Durante el campeonato mundial de fútbol se calmaron un poco. En aquellos días no pensaban más que en el balón. Pero ya han vuelto a empezar y esta misma noche no me han dejado ni dormir ni rezar. Cada media hora, ring, ring... «Va-

mos a matarte.» ¡Locos! Aún no han comprendido que matarme a mí no sirve de nada, que sacerdotes como yo hay muchos.

Desgraciadamente, don Helder, hay poquísimos. Pero volvamos al sobrenombre de «arzobispo rojo». ¿Cuál es hoy su elección política? ¿Es socialista como se dice, o no?

¡Claro que lo soy! Dios creó al hombre a su imagen y semejanza para que fuese su co-creador y no para que sea un esclavo. ¿Cómo se puede tolerar que la mayoría de hombres sean explotados y vivan como esclavos? Yo no veo solución alguna en el capitalismo. Pero tampoco la veo en los ejemplos socialistas que hoy se nos ofrecen porque están basados en dictaduras, y no se llega al socialismo con las dictaduras: la dictadura ya la tenemos aquí, éste es mi caballo de batalla. Es cierto que la experiencia marxista es asombrosa: admito que la Unión Soviética ha obtenido un gran éxito cambiando sus propias estructuras, admito que la China roja ha quemado etapas de manera aún más extraordinaria. Pero cuando leo lo que sucede en la Unión Soviética o en la China roja, las depuraciones, las delaciones, los arrestos, el miedo, ¡le encuentro un paralelo muy fuerte con las dictaduras de derechas y con el fascismo! Cuando veo la frialdad con que la Unión Soviética se comporta respecto a los países subdesarrollados, América Latina, por ejemplo, descubro que es una frialdad idéntica a la de los Estados Unidos. Algún ejemplo de mi socialismo podríamos encontrarlo tal vez en algunos países fuera de la órbita rusa o china: Tanzania, quizás, o Checoslovaquia antes de que la aplastasen. Pero tampoco. Mi socialismo es un socialismo especial, un socialismo que respeta al ser humano y que se remite a los Evangelios. Mi socialismo es justicia.

Don Helder, no hay palabra más utilizada que la palabra justicia. ¿Qué entiende usted por justicia?

Justicia no significa imponer a todos una misma cantidad de bienes y de idéntica manera. Sería atroz. Sería como si todos tuviesen el mismo rostro y el mismo cuerpo y la misma voz y el mismo cerebro. Yo creo en el derecho de tener rostros diferentes y cuerpos diferentes y voces diferentes y cerebros diferentes. Dios puede permitirse el riesgo de que le juzguen injusto. Pero Dios no es injusto y quiere que no haya privilegiados y oprimidos, quiere que cada uno reciba lo esencial para vivir, siendo distinto. ¿Qué entiendo, pues, por justicia? Entiendo una mejor distribución de los bienes, tanto a escala nacional

como internacional. Hay colonialismos internos y colonialismos externos. Para demostrar esto último basta recordar que el ochenta por ciento de los recursos del planeta están en manos de las superpotencias o de las naciones al servicio de las superpotencias. Para darle dos pequeños ejemplos le diré que, en los últimos quince años, los Estados Unidos han ganado en América Latina unos once mil millones de dólares y es una cifra dada por la oficina de estadística de la universidad de Detroit; o basta decir que por un tractor canadiense, Jamaica debe pagar el equivalente a tres mil doscientas toneladas de azúcar... Para demostrar el colonialismo interno, no hace falta salir de Brasil. Al norte de Brasil hay zonas que sería generoso definir como subdesarrolladas. Otras zonas recuerdan la prehistoria: los hombres viven en ellas como vivían en la época de las cavernas y son felices comiendo lo que encuentran en las basuras. Y a estas gentes ¿qué quiere que les cuente yo? ¿Que tienen que sufrir para ir al Paraíso? La eternidad empieza aquí en la Tierra, no en el Paraíso.

Don Helder, ¿ha leído usted a Marx?

Sí, y no estoy de acuerdo con sus conclusiones, pero sí con su análisis de la sociedad capitalista. Y esto no autoriza a nadie a ponerme la etiqueta de marxista honorario. El hecho es que a Marx se le interpreta a la luz de una realidad que hoy ha cambiado, que sigue cambiando. Yo siempre les digo a los jóvenes: es un error tomar a Marx al pie de la letra, Marx ha de utilizarse teniendo presente que su análisis es de hace un siglo. Hoy, por ejemplo, Marx no diría que la religión es una fuerza alienada y alienante: la religión mereció este juicio, pero tal juicio ya no es válido; mire, si no, lo que sucede con los sacerdotes en América Latina. En todas partes. Y, además, muchos comunistas lo saben. Lo saben los tipos como el francés Garaudy, y no importa si los tipos como Garaudy son expulsados del partido comunista: existen y piensan, y encarnan lo que Marx diría en nuestros días. ¿Qué quiere que le diga? Los hombres de izquierdas son, a menudo, los más inteligentes y los más generosos, pero viven en un equívoco hecho de ingenuidad o de ceguera. No les cabe en la cabeza que hoy haya cinco gigantes en el mundo: los dos gigantes capitalistas, los dos gigantes comunistas, y un quinto gigante que es un gigante con los pies de barro, que es el mundo subdesarrollado. El primer gigante capitalista, no hace falta subrayarlo, se llama Estados Unidos. El segundo se llama Mercado Común Europeo, y también él se comporta con todas las reglas del imperialismo. El primer gigante comunista se llama Unión

Soviética, el segundo se llama China, y sólo los imbéciles creen que los dos imperios capitalistas están separados de los comunistas por las ideologías. Se repartieron el mundo en Yalta y seguirán repartiéndoselo soñando una segunda conferencia de Yalta. Y para el quinto gigante de pies de barro, ¿dónde está entonces la esperanza? Yo no la veo ni al lado de los capitalistas norteamericanos ni tampoco al lado de los comunistas rusos y chinos.

Don Helder, voy a hacerle una pregunta obligada y embarazosa. Hubo una etapa de su vida en la cual abrazó el fascismo. ¿Cómo fue posible? Y por otra parte, ¿cómo llegó después a una elección tan distinta? Perdóne el mal recuerdo.

Tiene usted todo el derecho de echarme en cara este feo recuerdo y yo le contesto sin avergonzarme. En cada uno de nosotros duerme un fascista y quizá no se despierte nunca, pero, a veces, sí se despierta. A mí se me despertó cuando era joven. Tenía veintidós años, también entonces soñaba con cambiar el mundo, y veía al mundo dividido entre derechas e izquierdas, es decir, entre fascismo y comunismo. Como opositor al comunismo, elegí el fascismo. En Brasil se llamaba Acción Integralista. Los integralistas llevaban las camisas verdes en lugar de negras como los italianos de Mussolini. Su eslogan era Dios-Patria-Familia: un eslogan que a mí me iba muy bien. ¿Cómo juzgo esto? Con mi simplicidad juvenil, con mi buena fe, con mi falta de información; no había muchos libros que leer ni muchos hombres sanos a quienes escuchar. Y también con el hecho de que mi superior, el obispo de Ceara, fuese favorable a la idea y me hubiera pedido trabajar con los integralistas. Trabajé con ellos hasta los veintisiete años, sabe. Sólo empecé a sospechar que aquél no era el camino justo cuando llegué a Río de Janeiro donde el cardenal Leme, que no pensaba como el de Ceara, me ordenó abandonar el movimiento. Le cuento esto sin embarazo porque cada experiencia, cada error, enriquece y enseña, si no a otra cosa, por lo menos a comprender a los demás. Sé lo que digo cuando digo a los fascistas de hoy: no existe sólo el fascismo, no existe sólo el comunismo, la realidad es bastante más complicada. Pero usted quiere saber cómo llegué a mi posición actual. La respuesta es sencilla: cuando un hombre trabaja en contacto con los sufrimientos, acaba siempre por quedar preñado por el sufrimiento. Muchos reaccionarios lo son porque no conocen la miseria, la humillación. ¿Cuándo quedé grávido de sufrimientos? No lo sé. Sólo puedo decirle que mi gravidez ya existía en 1952, cuando fui nombrado obispo. En 1955, el año del

Congreso Eucarístico internacional, era ya una gravidez avanzada. El parto de mis ideas se produjo un día de junio de 1960, en la iglesia de la Candelaria, en la fiesta de San Vicente de Paúl. Subí al púlpito y empecé a hablar de la caridad entendida como justicia y no como beneficencia.

Don Helder, algunos intentan llegar a esta justicia con la violencia. ¿Qué piensa usted de la violencia como instrumento de lucha?

La respeto. Pero aquí hay que hacer un razonamiento. Cuando se habla de violencia no hay que olvidar que la violencia número uno, la violencia madre de todas las violencias, nace de las injusticias. Se llama injusticia. Los jóvenes que intentan interpretar a los oprimidos, reaccionan a la violencia número uno con la violencia número dos, o sea, la violencia corriente, y ésta provoca la violencia número tres, o sea, la violencia fascista. Es como una espiral. Yo, como religioso, no puedo o no debo aceptar ninguna de estas tres violencias, pero la violencia número dos puedo comprenderla, porque sé que a ésta se llega a través de provocaciones. Yo detesto a quien permanece pasivo, a quien calla, y amo sólo a quien lucha, a quien se atreve. Los jóvenes que en Brasil reaccionan con violencia a la violencia son idealistas a quienes admiro. Desgraciadamente, su violencia no conduce a nada y yo debo añadir: si os ponéis a jugar con las armas, los opresores os aplastarán. Pensad que enfrentarse a ellos en su mismo plano es una locura.

En otras palabras, don Helder, usted me está diciendo que en América Latina la revolución armada es imposible.

Legítima e imposible. Legítima porque es provocada, imposible porque será aplastada. La idea de que la guerrilla era la única solución para la América Latina, se desarrolló después de la victoria de Fidel Castro. Pero Fidel Castro, al principio, no tenía en contra a los Estados Unidos. Los Estados Unidos fueron cogidos por sorpresa en Cuba y, desde lo de Cuba, se prepararon para la antiguerrilla en todos los países de América Latina; para evitar otra Cuba. De manera que, hoy, en la América Latina, todos los militares en el poder cuentan con la ayuda del Pentágono para aplastar cualquier intento de revolución. No sólo hay escuelas superiores de guerra donde los soldados son adiestrados en las más duras condiciones, en la jungla, entre víboras, sino que se les enseña, además, propaganda política. O sea, mientras su cuerpo aprende a matar su cerebro se convence de que el mundo

está dividido en dos: por una parte los capitalistas y sus valores, y por otra, el comunismo con sus antivalores. Estas fuerzas especiales están tan preparadas que el que intenta enfrentarse a ellas acaba inevitablemente por perder.

¿Como Che Guevara? Don Helder, ¿cuál es su opinión sobre el Che?

Guevara, en Cuba, era el genio de la guerrilla. Lo demostró en Cuba porque fue él, y no Fidel Castro, el autor de la extraordinaria victoria. Y digo extraordinaria porque yo no he olvidado, ¿sabe?, lo que era Cuba en los tiempos de Batista. Los demás han olvidado, yo no. Pero desde un punto de vista político, era bastante menos genial, y su muerte demuestra que mi razonamiento es justo. Eligió Bolivia, un país con poquísimos privilegiados y una masa que vive por debajo del nivel humano, sin esperanza ni conciencia para sublevarse. No le podían ayudar aquellos por quienes luchaba; el que no tiene una razón para vivir, tampoco tiene una razón para morir. Y se quedó solo, y los expertos de la antiguerrilla lo devoraron. No, Cuba no puede repetirse y no creo que América Latina tenga «necesidad de muchos Vietnam», como decía Che Guevara. Cuando pienso en el Vietnam, pienso en un pueblo heroico que lucha contra una superpotencia, ya que no creo en absoluto que los Estados Unidos estén allí para defender al mundo libre. Pero tampoco creo que a la China roja le importe mucho el Vietnam y pregunto: «¿Creen de veras que cuando aquella guerra haya terminado, el pueblo vietnamita habrá resultado vencedor?»

Y ¿qué piensa de Camilo Torres?

Lo mismo. Camilo era un sacerdote sincero, pero en determinado momento, aunque siguiera siendo un sacerdote y un cristiano, perdió toda ilusión sobre el sueño de que la Iglesia supiera o quisiera poner en práctica sus bellísimos textos. Y pensó que sólo el partido comunista estaba en condiciones de hacer algo. De manera que los comunistas lo aceptaron y lo enviaron en seguida al combate, allí donde el peligro era mayor. Tenían pensado un plan: matarán a Camilo y Colombia estallará. Mataron a Camilo, pero no pasó nada más. Ni los jóvenes ni los trabajadores se movieron. Con lo cual volvemos a lo que le he dicho antes.

Don Helder, ¿aplicaría lo que ha dicho antes a los jóvenes que en Brasil ejercen la guerrilla urbana?

Ni que decir tiene. Respeto enormemente a los jóvenes brasileños

de los que me habla. Les amo porque son audaces, maduros, porque nunca actúan por odio y sólo piensan en liberar el país. A costa de su vida. No tienen tiempo de preparar a las masas, son impacientes y pagan con la vida. No quisiera desanimar a estos jóvenes, pero tengo que hacerlo. ¿Vale la pena sacrificar la vida por nada? ¿O por casi nada? Piense ante todo en los robos que han de hacer en los bancos para procurarse el dinero necesario para comprar armas. Las armas son carísimas e introducirlas en la ciudad es una empresa loca. ¿No es desproporcionado el riesgo, el sacrificio? Considere, además, los raptos de los diplomáticos destinados a liberar a sus compañeros de la cárcel. Cada vez que un embajador es secuestrado por los guerrilleros a cambio de sus compañeros de la cárcel, la policía hace una redada y las cárceles se llenan de nuevo. Y las cámaras de tortura. ¿Qué sentido tiene que unos salgan y otros entren? ¿El sentido de cambiar, de añadir mutilados a los mutilados y muertos a los muertos? ¿El sentido de acrecentar la espiral de la violencia, de facilitar la dictadura fascista? Mi oposición, como ve, no está basada en motivos religiosos sino en motivos tácticos. No procede de ningún idealismo, procede de un realismo estrictamente político. Un realismo válido para otros países: Estados Unidos, Italia, Francia, España, Rusia. Si en cada uno de estos países los jóvenes se lanzaran a la calle para intentar una revolución, serían aniquilados en un abrir y cerrar de ojos. En los Estados Unidos, por ejemplo, el Pentágono acabaría absolutamente en el poder. ¡No hay que ser impacientes!

También Jesucristo era impaciente, don Helder. Y no hacía muchos razonamientos tácticos cuando desafiaba a la autoridad constituida. En la historia del mundo siempre han ganado los que se han atrevido a lo imposible. Y los jóvenes...

¡Si usted supiera cómo comprendo a los jóvenes! También yo, de joven, era impaciente: en el seminario me mostraba tan contestatario que ni siquiera llegué a ser hijo de María. Hablaba en las horas dedicadas al silencio, escribía poesías, aunque estuviese prohibido, discutía con mis superiores. Y las nuevas generaciones de hoy me dejan admirado porque son cien veces más desobedientes de lo que lo fui yo y cien veces más valientes de lo que lo fui yo. En los Estados Unidos, en Europa, en todas partes. No sé nada de los jóvenes rusos, pero estoy seguro de que también ellos intentan algo. Sí, sé que para los jóvenes de hoy todo es más fácil porque tienen más información, mejores comunicaciones, tienen el camino que mi generación abrió para ellos.

¡Y utilizan tan bien este camino! ¡Hay en ellos tal sed de justicia, de rebeldía, tal sentido de la responsabilidad! Son exigentes con sus padres, con sus profesores, con sus pastores, consigo mismos. Le vuelven la espalda a la religión porque se han dado cuenta de que la religión les ha traicionado y son sinceros cuando encuentran la sinceridad, la sensibilidad. Hace tiempo vinieron a verme algunos jóvenes marxistas y, con cierta arrogancia, me dijeron que habían decidido aceptarme. Bueno, bueno, contesté yo, supongamos ahora que yo no os acepto a vosotros. Y aquí empezó una discusión ardiente, hasta dura, que terminó en un abrazo. A los jóvenes de hoy no sólo les amo: les envidio, porque tienen la suerte de vivir su juventud al mismo tiempo que la juventud del mundo. Pero usted no puede impedirme que sea viejo y por tanto sabio, no impaciente.

De acuerdo. Entonces, don Helder, le pregunto: ¿Cuáles son las soluciones que su sabiduría ha encontrado para liquidar la injusticia?

Quien tenga la solución en el bolsillo es un tonto presuntuoso. Yo no tengo soluciones. Sólo tengo opiniones, sugerencias, que se resumen en dos palabras: violencia pacífica. O sea, no la violencia elegida por los jóvenes con las armas en la mano, sino la violencia, si quiere, ya predicada por Gandhi y Martin Lutero King. La violencia de Cristo. La llamo violencia porque no se contenta con pequeñas reformas, con revisionismos, sino que exige una revolución completa de las estructuras actuales; una sociedad rehecha desde el principio. Sobre bases socialistas y sin derramamiento de sangre. No basta luchar por los pobres, morir por los pobres: hay que dar a los pobres la conciencia de sus derechos y de su miseria. Es necesario que las masas adviertan la urgencia de liberarse y no de ser liberadas por unos pocos idealistas que se enfrentan a la tortura como los cristianos se enfrentaban a los leones en el Coliseo. Hacerse comer por los leones sirve de muy poco si las masas siguen sentadas contemplando el espectáculo. Pero cómo ponerlas de pie, exclamará usted. Esto es un juego de espejos. Bien, yo seré un utópico, un ingenuo, pero digo que es posible «concienciar» a las masas y; tal vez, es posible abrir un diálogo con los opresores. No existe un hombre que sea completamente malo, hasta en la más infame de las criaturas se encuentran elementos válidos. ¿Y si llegáramos a una entrevista con los militares más inteligentes? ¿Si consiguiésemos inducirles a revisar su filosofía política? Habiendo sido un integralista, un fascista, yo conozco el mecanismo de su razonamiento; incluso podría darse el caso de que consiguiéramos convencerles de

que el mecanismo de su razonamiento está equivocado, que torturando y matando no se asesinan las ideas, que el orden no se mantiene con el terror, que el progreso se consigue sólo con la dignidad, que los países subdesarrollados no se defienden poniéndose al servicio de los imperios capitalistas, que los imperios capitalistas van de bracet con los imperios comunistas. Hay que intentarlo.

¿Lo ha intentado usted, don Helder?

Lo intentaré. Lo intento ya ahora diciéndoselo a usted en esta entrevista. Deberían entender que el mundo avanza, que el hálito de esta revuelta no afecta sólo a Brasil y a la América Latina, sino a todo el planeta. ¡Si ha afectado hasta a la Iglesia católica! Sobre el problema de la justicia, la Iglesia ya ha llegado a ciertas conclusiones. Y tales conclusiones están escritas, firmadas. Porque es cierto que muchos sacerdotes discuten el celibato, pero ahora discuten mucho más sobre el hambre o la libertad. Y luego, ¿sabe?, también hay que considerar las consecuencias de discutir sobre el celibato; todas las revueltas están en relación, no se puede exigir el cambio de las estructuras externas si no se tiene el valor de cambiar las estructuras internas. Los grandes problemas humanos no son monopolio de los sacerdotes que viven en América Latina, de don Helder. Los afrontan los sacerdotes de Europa, de los Estados Unidos, del Canadá, de todas partes.

Son grupos aislados, don Helder. En la cima de la pirámide están todavía los que defienden las viejas estructuras establecidas.

No puedo negarlo. Hay una diferencia enorme entre las conclusiones firmadas y la realidad viva. La Iglesia siempre ha estado demasiado preocupada por el problema de mantener el orden, evitar el caos, y esto le ha impedido darse cuenta de que su orden era más bien desorden. A veces me pregunto, sin acusar a la Iglesia, cómo es posible que personas serias y virtuosas hayan aceptado y acepten tantas injusticias. Durante tres siglos, en Brasil, la Iglesia ha encontrado normal que los negros estuviesen reducidos a la esclavitud. La verdad es que la Iglesia católica pertenece al engranaje del poder. La Iglesia tiene dinero, al invertir su dinero, se mete hasta el cuello en las empresas comerciales y se ata a aquellos que detentan la riqueza. De esta manera cree proteger su prestigio, pero, si queremos representar el papel que nos hemos arrogado, no tenemos que pensar en términos de prestigio. Ni siquiera tenemos que lavarnos las manos como Pilatos, hemos de arrepentirnos del pecado de omisión y saldar la deuda. Y re-

conquistar el respeto de los jóvenes si no su simpatía o tal vez su amor. Fuera el dinero, y basta de predicar la religión en términos de paciencia, obediencia, prudencia, sufrimiento, beneficencia... Basta ya de beneficencia, bocadillos y galletitas. La dignidad de los hombres no se defiende regalándoles bocadillos o galletas, sino enseñándoles a decir: me corresponde jamón. Somos nosotros, los sacerdotes, los responsables del fatalismo con que los pobres se han resignado siempre a ser pobres, y los pueblos subdesarrollados a ser pueblos subdesarrollados. Y continuando de esta manera damos la razón a los marxistas para quienes la religión es una fuerza alienada y alienante, el opio del pueblo.

Don Helder, ¿también sabe el Papa que dice usted estas cosas?

Lo sabe, lo sabe. Y no lo desapueba. Es que él no puede hablar como hablo yo, en modo alguno. ¡Tiene determinada gente alrededor, el pobre hombre!

Oiga, don Helder, boy por boy, ¿cree que la Iglesia puede de veras tener un papel en la búsqueda y la aplicación de la justicia?

Oh, no. Quitémonos de la cabeza que, después de haber colaborado en tantas desgracias, la Iglesia pueda ahora permitirse este papel. Tenemos el deber de realizar este servicio, pero sin autobombo. Sin olvidarnos de que la mayor parte de las culpas más graves es nuestra, de los cristianos. El año pasado participé durante una semana, en Berlín, en una mesa redonda de cristianos-budistas-hinduistas-marxistas. Discutimos los grandes problemas del mundo, examinamos lo que habíamos hecho y llegamos a la conclusión de que las religiones están en deuda con la humanidad, pero que la deuda más grave la tienen los cristianos, y entre ellos los católicos. ¿Cómo se explica que ese puñado de países que tienen en sus manos el ochenta por ciento de los recursos mundiales sean países cristianos, la mayoría católicos? Por tanto concluyo: si existe una esperanza, está en todas las religiones actuando de acuerdo. No sólo en la Iglesia católica o en las religiones cristianas. Hoy no existe una sola religión que tenga muchas posibilidades. La paz sólo se conseguirá gracias a aquellos a quienes el Papa Juan llamaba los hombres de buena voluntad.

Éstos son una minoría falta de poder, don Helder.

Son las minorías lo que cuentan. Son las minorías las que siempre han cambiado el mundo rebelándose, luchando, y despertando luego a

las masas. Un sacerdote aquí, un guerrillero allí, un obispo más allá, un periodista... No estoy intentando halagarla, pero debo decirle que soy uno de los pocos que aman a los periodistas. ¿Quiénes, sino los periodistas, denuncian las injusticias e informan a millones y millones de personas? No suprima esta observación de la entrevista: en el mundo moderno los periodistas son un fenómeno importante. Hace algún tiempo, venían a Brasil sólo para hablar de nuestros bailes, de nuestros papagayos, de nuestro carnaval, en suma de nuestro folklore. En cambio, ahora vienen ustedes aquí a plantear el problema de nuestra miseria, de nuestras torturas. No todos, de acuerdo: los hay a quienes no les importa si morimos de hambre o de descargas eléctricas. No siempre con éxito, de acuerdo: su sed de verdad se detiene donde empiezan los intereses de la empresa a la que sirven. Pero Dios es bueno y a veces permite que sus jefes no sean muy inteligentes. Así, con la bendición de Dios, las noticias pasan siempre y, una vez impresas, se disparan con la velocidad de un cohete enviado a la Luna, y se extienden como un río que se ha salido de madre. Y el público no es tonto aunque sea silencioso. Tiene ojos y oídos aunque no tenga boca. Y llega un día en que piensa en lo que ha leído. Yo sólo espero que lea esta suprema verdad: no hay que decir que los ricos son ricos porque han trabajado más o son más inteligentes. No hay que decir que los pobres son pobres porque son estúpidos y perezosos. Cuando falta la esperanza y se hereda sólo la miseria no sirve para nada trabajar o ser inteligente.

Don Helder, si no fuese usted sacerdote...

Puede ahorrarse la pregunta: nunca he podido imaginar ser otra cosa sino sacerdote. Considero un crimen la falta de fantasía, pero no tengo fantasía bastante para imaginarme no-sacerdote. Para mí ser sacerdote no es sólo una elección, es un sistema de vida. Lo que el agua es para un pez, y el cielo para un pájaro. Yo creo de veras en Cristo y Cristo no es para mí una idea abstracta: es un amigo personal. Nunca he lamentado ser sacerdote, nunca me ha desilusionado. El celibato, la castidad, la ausencia de una familia en el modo que la entienden ustedes, los laicos, no ha sido nunca un peso para mí. Si me han faltado ciertas alegrías, he tenido o tengo otras más sublimes. ¡Si usted supiera lo que experimento cuando digo la misa, cómo me identifico con ella! La misa es para mí el calvario y la resurrección, y una alegría loca. Hay quien nace para cantar, hay quien nace para escribir, quien nace para jugar al fútbol, y quien nace para ser sacerdote. Yo nací para ser

sacerdote. Empecé a decirlo a la edad de ocho años y no porque mis padres me lo metiesen en la cabeza. Mi padre era masón y mi madre entraba en la iglesia una vez al año. Recuerdo un día que mi padre me asustó y me dijo: «Hijo mío, tú siempre dices que quieres ser sacerdote. ¿Sabes qué significa esto? Un sacerdote es alguien que no pertenece a sí mismo porque pertenece a Dios y a los hombres, es alguien que debe distribuir sólo amor, fe y caridad...» Y yo le contesté: «Lo sé, por esto quiero ser sacerdote».

Pero no monje, sin embargo. Su teléfono suena demasiado a menudo y la pared acribillada de ráfagas de ametralladora no se adapta a un convento.

¡Oh, se equivoca! Yo llevo un convento dentro de mí. Tal vez hay en mí muy poco de místico e incluso en mis encuentros directos con Cristo soy insolente como Cristo quiere. Pero hay siempre un momento en que me aísla como un monje. Cada noche a las dos, me despierto, me levanto, me visto y recojo las piezas que he esparcido durante todo el día: un brazo aquí, una pierna allí, la cabeza quién sabe dónde. Me recojo, solo, solo, y me pongo a escribir o a pensar o a rezar, o me preparo para la misa. De día soy un hombre parco. Como poco, detesto los anillos y las cruces preciosas, como puede ver, y disfruto de los dones al alcance de la mano: el sol, el agua, la gente, la vida. Es bella la vida, y a veces me pregunto por qué para conservar una vida se deben matar otras: aunque sea un huevo o un tomate. Sí, ya sé que masticando un tomate lo convierto en don Helder y así lo idealizo, lo hago inmortal. Pero destruyo el tomate, ¿por qué? Es un misterio que no consigo penetrar y que dejo de lado diciendo: paciencia, un hombre es más importante que un tomate.

Y cuando no piensa en el tomate, don Helder, ¿no ha llegado nunca a sentirse un poco menos monje y un poco menos sacerdote? ¿A enojarse con los hombres que valen menos que un tomate y soñar con emprenderla con ellos a puñetazos?

Si me sucediese esto sería un sacerdote con el fusil a la espalda. Y yo respeto mucho a los sacerdotes con fusil a la espalda y nunca he dicho que usar las armas contra el opresor sea inmoral o anticristiano. Pero no es mi elección, no es mi camino, no es mi modo de aplicar el Evangelio. De manera que, cuando me enfado, y lo noto porque no me salen las palabras de la boca, me freno y me digo: «¡Calma, don Helder!» Sí, comprendo, usted no consigue ensamblar lo que le acabo de decir con lo que le he dicho antes: por una parte el convento, por la

otra la política. Pero esto que usted llama política, para mí es religión. Cristo no hacía el juego a los opresores, no se doblegaba a los que le decían: si defiendes a los jóvenes que secuestran embajadores, si defiendes a los jóvenes que roban bancos para comprar armas, cometes un crimen contra la patria y el Estado. La Iglesia quiere que me ocupe de la liberación del alma, pero ¿cómo se hace para liberar un alma si no es libre el cuerpo que contiene aquella alma? Yo, al cielo, quiero enviar hombres, no despojos. Y mucho menos despojos con el estómago vacío y los testículos machacados.

Gracias, don Helder. Me parece que ya se ha dicho todo, don Helder. Pero ¿qué sucederá ahora?

¡Bah! Yo no me oculto, yo no me defiendo, y se necesita mucho valor para liquidarme. Pero estoy convencido de que no pueden matarme si Dios no lo quiere. Y si Dios lo quiere porque le parece justo, acepto esto como una gracia; mi muerte, quién sabe, tal vez sería útil. He perdido casi todos los cabellos, los pocos que me quedan son blancos y no me quedan muchos años de vida. Por tanto, sus amenazas no me dan miedo. Y es un poco difícil que con ellas consigan hacerme cerrar el pico. El único juez que acepto es Dios.

Recife, agosto 1970

Arzobispo Makarios

En cierto momento dije a Makarios: «Usted me recuerda un consejo de Jane Austen». «¿Un consejo de Jane Austen? ¿Cuál?», sonrió Makarios. «Una mujer inteligente nunca debe dar a entender lo inteligente que es.» «Pero yo no soy una mujer», sonrió Makarios. «No, pero es inteligente. Tan inteligente que hace lo imposible para que no me percate de ello», concluí. Y entonces se endureció su semblante, y algo se arqueó en él: como el espinazo de un gato que se apresta a la pelea. También yo me crispé, a la espera del zarpazo, pronta a devolverlo. Pero el zarpazo no se produjo. Con la misma rapidez con que se había inflamado, mi interlocutor se recompuso y prosiguió con su relato. «Como le venía diciendo, soy afortunado. Ya sé lo que escribirán los periódicos cuando pase a mejor vida. El pasado julio leí necrológicas muy hermosas, dedicadas a mi persona. Me daban por muerto, ¿recuerda? También eran encantadores los telegramas que recibieron mis embajadores. El más encantador de ellos procedía de lord Caredon, el último gobernador de Chipre, un gran enemigo. Me reuní en Londres con lord Caredon y nos pusimos a hablar de las épocas en que disputábamos por las bases británicas en Chipre. Le dije que aquellas bases habían servido para una sola cosa: para ponerme a salvo, después del golpe de Estado, y para ayudarme a abandonar la isla.» Y ésa es una de las razones de que Makarios me subyugara y entrase a formar parte del exiguo grupo de los que, pese a ejercer el poder, me son simpáticos.

Al principio no me agradaba. Una vez traté incluso de demostrárselo, con el resultado de que me atraje su bendición. Fue en Atenas, cuando la boda de Juan Carlos y Sofía. Él se hospedaba en el Gran Bretaña. Yo también. Una noche descendió al vestíbulo y, apenas apareció, ornado como un icono, rutilante de oro y de alhajas, empuñando el bordón de etnarca, el vestíbulo se convirtió en una capilla. Unos se inclinaban hasta tocarse el ombligo con la nariz, otros se arrodillaban en el suelo, unos terceros intentaban besarle la mano o, cuando menos, las ropas. La única testa alzada era la mía: visibilísima, entre otras razones, porque estaba sentada en un sillón alto. Como el sillón estaba situado entre el ascensor y la salida, me percibí de inmediato. Sus ojos penetraron los míos cual estiletos de indignación, de sorpresa, de dolor. ¿Quién era yo? ¿Cómo osaba? Luego continuó, solemne, su descenso y, al cruzar ante mí, se detuvo, me lanzó una ojeada y me impartió la bendición de que hablaba antes. No hace falta decir que gustosamente hubiera prescindido de ella y que aun hoy en día el recuerdo de aquel episodio me causa malestar. Para la conciencia de un laico, Makarios resulta cuando menos irritante porque representa la más sólida fusión del poder temporal con el espiritual: es como un Papa que ocupase, además del solio del Vaticano, el del Quirinal. Jefe de la Iglesia ortodoxa y, al mismo tiempo, presidente de Chipre, uno no sabe nunca cómo dirigirse a él, si como a un líder religioso o como a un líder político, o si llamarle Su Beatitud, Señor Presidente, Señor Arzobispo o Señor Maka-

RIOS. NI aun el hecho de que fuera elegido democráticamente le ayuda a uno a olvidar una amarga realidad: que aquellos votos los obtuvo gracias a sus relaciones con el cielo; votarle a él era casi un sacramento para los campesinos chipriotas. Se dice que, al entregar la papeleta con su nombre, hasta los comunistas se santiguaban. Y, sin embargo, sin embargo... Makarios es uno de los pocos jefes de Estado ante quienes merece la pena ponerse de pie, si no arrodillarse propiamente. Porque es uno de los pocos que tiene cerebro. Y, además de cerebro, coraje. Y, además del coraje, sentido del humor, criterio independiente y dignidad. Una dignidad rayana en la majestad; y sabrá Dios de dónde le viene. Hijo de un pastor analfabeto, estuvo guardando ovejas hasta los doce años.

Muchos no le tienen devoción. Le acusan, por ejemplo, de dedicarse, o haberse dedicado, en demasía a las mujeres; de no ser, en modo alguno, un asceta. Lo creo. Le acusan de gobernar mediante la mentira, la intriga y la aventura. No lo creo. A menos que por mentira se entienda el bizantinismo; por intriga, la ductilidad; por aventura, la fantasía. Su persona no puede ser enjuiciada conforme a las medidas que empleamos en Occidente. Makarios no pertenece a Occidente: pertenece a una región que ya no es Occidente y que no es Oriente todavía, que tiene sus raíces en una cultura que es a un tiempo refinada y arcaica, maestra en el juego de la supervivencia. Él posee el don de la supervivencia conquistada y reconquistada mediante zancadillas, contorsiones, astucias, lucideces, cinismos. Cuatro veces han intentado matarlo y cuatro veces salió con bien. Dos veces le enviaron al exilio y dos veces regresó de allí. Y tan sólo en una ocasión pareció haber perdido definitivamente: cuando la Junta fascista de Atenas derribó su gobierno por medio de un golpe de Estado e intentó asesinarlo. Pero también en aquel caso tuvo suerte Makarios, porque consiguió huir, refugiarse en la base británica y, desde allí, marchar a Londres. Quien pagó hasta el fin, en lágrimas y en sangre, fue el pueblo chipriota. De hecho, el golpe de los coroneles dio paso a la invasión turca, a la guerra, a las matanzas y a la virtual división de la isla. Una tragedia que no habría de mitigar ni aun el acuerdo impuesto por las grandes potencias y por la ONU. Desde entonces Chipre es una mecha encendida en el Mediterráneo.

La entrevista con Makarios se produjo en Nueva York, algunos meses más tarde. Era la época en que se discutía en la ONU la improbable retirada de las tropas turcas de las zonas ocupadas, y las sesiones resultaban incandescentes. Para seguirlos y mantener a la vista el comportamiento de Kissinger, con quien deseaba también reunirse, Makarios había abandonado su exilio londinense para instalarse en un apartamento del Hotel Plaza donde, protegido por incontables guardias de corps, tejía los hilos de su retorno. Fue allí donde me encontré y hablé con él, en dos turnos y durante cerca de seis horas. Ya sin sus aderezos de oro y de alhajas, me recibió vestido con un austérrimo hábito azul. Representaba bastante más de los sesenta y un años que entonces contaba, cual si el drama que había vivido lo hubiese envejecido de golpe. El hielo se rompió casi de inmediato, y fue cuando, olvidando el consejo de quien me había recomendado no fumar puesto que Su Beatitud no toleraba el olor del tabaco, le pregunté si podía encender un cigarrillo. Con un suspiro de alivio, replicó: «¿Y yo? Lo nece-

sito de mala manera». Y me mostró los dedos, amarilleados por la nicotina. Más que de una rotura de hielo, sin embargo, se trató de un entendimiento: paradójico e imprevisto. El hombre que años antes me había parecido un enemigo odioso, se me antojaba, ahora, un ser adorable: inteligente, brillante. Hablásemos de lo que habláramos, conseguía interesarme y hasta divertirme: en un rodar de observaciones, de anécdotas de agudezas. Bastaba mencionar un nombre, Tito, por ejemplo, o Mao Tse-tung o Nasser o Chu En-lai, para que a propósito de él surgiese una historia o un retrato irresistibles. Sin contar la gratitud que experimenté al oír de su amor por la independencia, por la libertad. ¡Qué hermoso libro se podría escribir acerca de Makarios! Por supuesto que no querría, en tal caso, estar en el lugar de Kissinger. Era la persona que más detestaba. Apagado el magnetófono me dijo sin ambages que el secretario de Estado y la CIA estaban al corriente del golpe de Chipre mucho antes de que aquél se produjera. «Fue Kissinger quien puso el semáforo en verde.» Y, al pronunciar esas palabras, su voz perdió el tono dulce que la caracteriza.

Nos despedimos como amigos. Ya en la puerta, me susurró: «Aquel consejo de Jane Austen... reza también para usted. Lástima que sea usted una mujer». Y yo le contesté: «Lástima que sea usted un sacerdote». Luego convinimos reencontrarnos en Chipre donde entraría, con toda probabilidad, a velas desplegadas. Y allí lo vi, en efecto, ocho meses más tarde y en compañía de Alejandro Panagulis: en una visita de cortesía. (En 1968, cuando los coroneles lo perseguían ferozmente por toda la isla, Panagulis escapó a la captura gracias a Makarios, que había encomendado a Gheorgazis, su ministro del Interior, que le proporcionase un pasaporte falso.) Nos vimos en su modestísimo despacho del Palacio del Gobierno. Nos ofreció café y, blandiendo el índice, protestaba: «¡Ah! ¡Lo que me hizo decirle en aquella entrevista! Fui verdaderamente incauto». Y los ojos, entretanto, le reían. Pero su rostro aparecía aún más cansado, y más vencidos sus hombros. Se había convertido en la estampa del poder que duele como una herida abierta. El único poder aceptable, en fin de cuentas.

ORIANA FALLACI.— *Una pregunta brusca, ¿Su Beatitud va a volver a Chipre, o no?*

ARZOBISPO MAKARIOS.— Claro que volveré. ¡Seguro! Regresaré allí en noviembre. A lo sumo, durante el mes de diciembre. La fecha depende exclusivamente de mí. No he vuelto hasta ahora sólo porque aguardaba a que el gobierno griego retirase y sustituyera a los oficiales responsables del golpe contra mi gobierno. Y, también, porque quería seguir de cerca el pequeño debate que se celebra en la ONU sobre Chipre. No comprendo que existan dudas acerca de mi regreso: yo no he presentado, en absoluto, la dimisión. Nada ni nadie se opone a mi regreso, excepto aquellos que temen ser sometidos a ju-

cio y castigados. Cosa que no me propongo hacer puesto que perjudicaría la unidad del país. Entendámonos: eso no significa que yo trate de dar a la historia una versión errónea de los hechos. Quiero, por el contrario, que el mundo sepa bien lo sucedido. Lo quiero, sin embargo, con exclusión de todo castigo, de toda venganza. Concederé una amnistía general, y quien tiemble por mi regreso puede tranquilizarse. Se trata, por lo demás, de pocas personas. El pueblo me apoya hoy más que me apoyaba antes del golpe. Está ansioso de verme de nuevo; está, en un noventa y nueve por ciento, a mi lado.

El noventa y nueve por ciento de la población incluye a los turco-chipriotas. Y no creo que a éstos les entusiasme en absoluto la idea de verle de nuevo, Su Beatitud.

De acuerdo. Tampoco yo considero que la mayoría de los turcos esté a mi favor. Es más, pienso que al señor Dektas, el vicepresidente turco, le hará muy poca gracia el saberme de regreso. Pero eso no me preocupa y, de todas formas, no me competirá a mí negociar con el señor Dektas y con la comunidad turca. Eso seguirá haciéndolo Clerides, que es un excelente negociador y conoce mejor que yo a Dektas. Oh, naturalmente se sobreentiende que Clerides no tomará decisión alguna sin mi consentimiento. Se sobreentiende que, cuando hablo de volver a Chipre, hablo de hacerlo como presidente. Soy el presidente, iré allí como presidente y jamás aceptaré hacerlo sino como presidente. Y el que permanezca o no como presidente durante un largo período es algo que depende únicamente de mí. Es una decisión que tomaré en Chipre. Lo que le estoy diciendo es que no excluyo la posibilidad de dimitir, transcurrido cierto tiempo, del mandato presidencial. Habré de juzgar a tenor de la situación. Si, por ejemplo, se llegase a un acuerdo desfavorable, rehusaría continuar de presidente. Pero esto, repito, es algo que se verá más adelante.

¿Qué entiende por acuerdo desfavorable?

Turquía insistirá en una federación geográfica, y yo nunca aceptaré una federación de base geográfica. Ello conduciría a una división de la isla y a una doble enosis: una mitad de Chipre entregada a Grecia y, la otra mitad, a Turquía. Significaría el fin de Chipre como Estado independiente. Estoy más que dispuesto, sí, a discutir una federación; pero de base administrativa. No geográfica. Una cosa es que existan zonas gobernadas por los turcos y zonas gobernadas por los griegos, y otra es dividirnos en dos partes. Una cosa es reunir, por ejemplo, dos

o tres pueblos turcos y confiarlos a la administración de un gobierno turco, y otra desplazar de uno a otro extremo de la isla a más de doscientas mil personas. Los turco-chipriotas se encuentran diseminados por todo Chipre. ¿Cómo puede decirseles «coged los bártulos, dejad vuestra casa y vuestras tierras y trasladados a tal y tal punto, porque nos federamos»?! Es, por no decir más, inhumano.

¿Es eso exactamente lo que le angustia, Su Beatitud? Quiero decir el drama de los turco-chipriotas. No me parece que éstos fuesen, basta ayer, objeto de demasiadas consideraciones. Se les trataba como a ciudadanos de segunda clase y...

¡No es cierto! ¡No es cierto! Pese a ser una minoría, gozaban de una cantidad de privilegios y se conducían como si representasen la mayoría. Quienes les maltrataban no éramos nosotros, sino sus jefes turcos, que les obligaban a vivir en pueblos separados, que los chantajeaban, que les impedían colaborar con nosotros aun en lo económico, y también progresar. Ni siquiera les consentían comerciar con nosotros, desarrollar con nosotros el turismo. No eran víctimas nuestras, eran víctimas de los turcos. Nadie puede negar que en Chipre existiese una democracia, una buena democracia. En sus diarios los turcos podían maltratarme e insultarme a su antojo. Y podían preguntar por mí, en el arzobispado, y verme cuando lo desearan. Lo malo es que se veían obligados a hacerlo secretamente, a escondidas de sus jefes. En los pueblos mixtos convivíamos sin problemas. Y lo mismo en el pasado y aun durante la guerra greco-turca. Lo que usted dice no es cierto.

Y que los privó usted de muchos privilegios constitucionales ¿es cierto, Su Beatitud?

Yo no les privé de nada. Me limité, sencillamente, a lamentarme de aquellos privilegios en cuanto sólo servían para entorpecer el funcionamiento del Estado. La Constitución prevé que participen en el gobierno en una proporción del treinta por ciento. Y, muy a menudo, los turco-chipriotas no contaban con gente capacitada para cubrir ese treinta por ciento. Había, por ejemplo, cargos que podrían haber sido ocupados por un griego inteligente, y era necesario darlos a un turco analfabeto. Sólo por el hecho de ser turco. En cierta ocasión votaron contra los impuestos. Yo traté de explicarles que el Estado no puede subsistir si los ciudadanos no pagan impuestos, pero me respondieron negativamente. Entonces les obligué a pagar quisieran o no. ¿Fue un

abuso? Otra vez, cuando me dirigía a Belgrado con motivo de la conferencia de países no alineados, el señor Dektas pretendió detenerme ejerciendo el derecho de veto. Le respondí: «Ejerza usted lo que quiera, pero yo voy de todas formas». ¿Fue un abuso?

Tenga o no razón, Su Beatitud, la realidad es hoy distinta. Los turcos ocupan el cuarenta por ciento de la isla y...

Y yo no lo acepto. Porque no puedo reconocer el «hecho consumado», no puedo sancionar con mi firma una situación creada por el uso de la fuerza. Los llamados realistas me aconsejan negociar con los turcos la federación geográfica, consideran que tendría que ser menos rígido. En lugar de mantener la ocupación de la isla en el cuarenta por ciento, repiten, podrían contentarse con el treinta por ciento: sea usted flexible. Y yo no quiero ser flexible.

Flexible es una palabra cara a Henry Kissinger. ¿Es él quien le dice eso?

Kissinger no me ha dicho nunca, de manera explícita, que sea favorable a la federación geográfica. Nunca me ha dicho con claridad qué es lo que está haciendo. Me ha hablado siempre de «soluciones aceptables para ambas partes», y me ha repetido de continuo «no es nuestra intención revelar lo que estamos haciendo para persuadir a Turquía». De manera que no puedo afirmar que esté trabajando propiamente en el acuerdo que yo rechazo, pero sí puedo decirle que seguimos discrepando respecto a muchas cosas. Muchas. Si los Estados Unidos quisieran, estarían en condiciones de desempeñar un papel mucho más preciso y decisivo en lo concerniente a este asunto. ¿No son ellos quienes procuran armas y ayuda económica a Turquía? ¿No son ellos los únicos que podrían convencer, o incluso obligar a Turquía, a ser más razonable?

¿Piensa Su Beatitud que lo sucedido en Chipre hubiera sido posible sin la tácita autorización de Kissinger y, en resumidas cuentas, de los americanos?

¡Ah! Yo pienso que los Estados Unidos, como otros países, conocían de antemano la invasión de Chipre por los turcos. Y es posible que los turcos los confundieran, puede que cayesen en su trampa cuando aquéllos les dijeron que sería una operación limitada: una operación de policía destinada a restaurar el orden constitucional en dos días. Tal vez sólo más tarde comprendieron cuáles eran los verdaderos

planes de Turquía. Pero igualmente hubieran podido impedir lo que sucedió. Hubieran podido detener aquel continuo arribar de tropas turcas. A ese respecto sostuve una larga discusión con Kissinger. Y le expresé toda mi contrariedad, le dije sin ambages lo muy insatisfecho que estaba de la actitud observada por su país.

¿Y qué dijo él?

Él me respondió que no estaba de acuerdo conmigo, que había actuado para convencer a Turquía, que había estado haciendo gestiones entre bastidores. Y tampoco esta vez quiso explicar con claridad qué pasos había dado.

Muchos piensan, Su Beatitud, que la responsabilidad de Kissinger y de los Estados Unidos va mucho más allá de la invasión de Chipre por los turcos. No olvidemos que la invasión se produjo a continuación del golpe perpetrado contra usted por la Junta de Atenas y que...

¡Por supuesto! El primer capítulo de la tragedia lo escribió la Junta militar griega. Chipre ha sido destruido primordialmente por la intervención de Grecia. Turquía llegó después, como una segunda calamidad. Y lamento decir esto: Lo lamento porque el actual gobierno griego se comporta bien conmigo, de manera franca y honesta. No he trabado relación ni con Karamanlis ni con Averoff, pero conozco a Mavros. Y Mavros me agrada. Es un hombre honrado. Es sincero, abierto: dotes, para mí, más que suficientes. Pero subsiste el hecho de que Grecia no hubiese recuperado la libertad si Chipre no la hubiera perdido. Subsiste el hecho de que Turquía nunca hubiese osado intervenir si el gobierno precedente, la Junta, no le hubiera proporcionado el pretexto. Los turcos venían amenazando de antiguo con invadirnos, pero nunca lo hacían. Nunca habían encontrado justificación...

Sí, pero ¿no cree que los Estados Unidos o la CIA pueden haber tenido algo que ver con aquel golpe de Estado? Corre la voz de que ni aun los atentados contra su vida contrariaron a la CIA.

Lo de los atentados no lo creo. En realidad fueron personas de la embajada americana en Nairobi quienes me informaron, antes del último, que mi vida estaba en peligro. Acudieron a mí y me dijeron: «Sabemos que a su regreso tratarán de matarle. Esté alerta». Algunos días más tarde, ya en Chipre, me confirmaron la noticia añadiendo que el atentado se produciría en un plazo de quince días. Como así fue, verdaderamente. En cuanto al golpe de Estado, en cambio... no

sé. Kissinger me dijo: «A nosotros no nos convenía aquel golpe de Estado contra usted». Supongo que debería creerle, pero ¿debo hacerlo? Numerosos indicios me demuestran lo contrario de lo que Kissinger me dijo, y, no obstante, no sé nada en concreto. He solicitado informaciones hasta en Atenas, he intentado averiguar más. Fue en vano. Debo atenerme a mi idea sin dar pruebas de que se trata de la idea correcta. Kissinger añadió: «Como es natural, seguíamos la situación y estábamos al corriente de que usted no era grato ni a Joannidis ni al resto de la Junta. Pero no poseíamos informaciones concretas “en cuanto a la fecha” en que habría de producirse el golpe de Estado contra usted».

Esa fecha se vio tal vez influida por la carta que en el mes de julio dirigió usted a Gbrizikis.

Digamos que aquella carta la aceleró. Si no la hubiese escrito, el golpe se hubiera producido de igual modo: uno o dos meses más tarde. Estaba, como lo reconoce Kissinger, más que decidido: no faltaba sino determinar la fecha. Yo representaba un obstáculo demasiado grande para la enosis, y ellos se aferraban excesivamente a la enosis. Cuando estábamos a punto de arribar a un acuerdo entre greco-chipriotas y turco-chipriotas, los oficiales de Atenas intervenían invocando a voces la enosis. «Sus acuerdos locales nos tienen sin cuidado; nuestro objetivo es la enosis.» Recuerdo a uno de esos oficiales, que un día acudió a mí y me dijo: «Debe usted declarar la enosis. Pasarán cuando menos cuatro días antes de que los turcos puedan enviar tropas a Chipre. Y, en el entretanto, los Estados Unidos intervendrán y les impedirán invadir la isla. Al cabo de una semana, la enosis será un hecho consumado». Tal vez creían de veras que la anexión a Grecia fuese una posibilidad palpable. Como quiera que sea, pretendían que yo recibiese órdenes de Atenas, que les obedeciese como un títere; y, dado mi carácter, eso es absolutamente imposible. Yo sólo me obedezco a mí mismo.

O sea que también usted esperaba el golpe.

No. Nunca pensé que fuesen tan estúpidos como para urdir un golpe contra mí. Lo cierto es que me parecía imposible que no considerasen las consecuencias. Es decir, la intervención turca. Pensé que a lo sumo podrían hacer una cosa semejante previo acuerdo con Turquía, esto es, autorizando a Turquía a intervenir, tras lo cual respondería Grecia llegándose, de ese modo, a la doble enosis. Y así seguía

creyéndolo aún después del golpe, cuando llegué a Londres. Me costó tiempo convencerme de que Joannidis había actuado por simple falta de inteligencia. Y, sin embargo, lo conocía. Había estado en Chipre, en 1963 y 1964, como oficial de la guardia nacional, y un día salió a mi encuentro, acompañado de Samson, para «exponerme en secreto un plan que podía arreglarlo todo». Tras hacer la reverencia y besarme respetuosamente la mano, dijo: «El plan, Su Beatitud, es el siguiente. Atacar de improviso, en cualquier punto de la isla, a los turcochipriotas y eliminarlos del primero al último. Stop». Yo me quedé aturdido. Le contesté que no estaba de acuerdo con él y que ni siquiera podía concebir la idea de matar a tanto inocente. Él me besó de nuevo la mano y marchó lleno de despecho. Es un criminal, sépalo.

¿Le parece que Papadopoulos fuese mejor?

Yo diría que sí. Precicado a elegir entre Papadopoulos y Joannidis, elegiría a Papadopoulos. Es, por lo menos, más inteligente, o, si usted quiere, menos estúpido. Lo conocí por primera vez cuando fue a Chipre, inmediatamente después de su golpe, a título de ministro de la Presidencia; y nadie puede decir que en aquella época le mostrara una gran consideración. Pero volví a verle un par de veces, en Atenas, cuando me trasladé allí para discutir el problema de Chipre, y debo decir que en aquella ocasión me pareció más agudo. Dotado, en cualquier caso, de sentido práctico. Bien, Papadopoulos adolecía de megalomanía, e ignoro, por lo demás, qué era lo que realmente pensaba acerca de Chipre. En cambio, era capaz de dominar muchas situaciones a un mismo tiempo y estaba muy por encima de sus colaboradores. Ni siquiera creo que me odiase, al comienzo. Empezó a odiarme más tarde, en los últimos dos años. Y puede que sólo en el último año.

Y Su Beatitud, ¿es capaz de odiar?

Bueno, digamos que el sentimiento que llamamos odio forma parte de la naturaleza humana: no se puede exigir a nadie que no lo experimente de vez en cuando. Y, si bien no me place admitirlo, ya que debo predicar el amor, hay momentos en los cuales... bueno, en los cuales... Bien, digamos que ciertas personas no me agradan. ¿Por qué sonrío?

Porque usted me hace pensar en ciertos Papas que conducían al ejército a la guerra, y no consigo determinar hasta qué punto es usted un sacerdote. Y llego a la conclusión de que puede que no sea, realmente, un sacerdote, sino un gran político vestido de sacerdote.

Se equivoca. Yo soy, primero, sacerdote y, luego, político. O mejor: yo no soy verdaderamente un político. Soy sacerdote, sacerdote sobre todo y sacerdote ante todo. Un sacerdote a quien se ha pedido ejercer de jefe de Estado y, por tanto, de político. Pero parece que eso no le complazca.

No, y me desconcierta. En mi mundo la lucha de los laicos consiste precisamente en no permitir que el poder espiritual se confunda con el poder temporal, y en impedir que un líder religioso se convierta en líder político.

En mi mundo, en cambio, eso es bastante normal. Y lo es todavía más en Chipre, donde el arzobispo, al igual que los obispos, es elegido directamente por el pueblo mediante el sufragio universal. Dicho de otro modo, en Chipre el arzobispo no es sólo representante y administrador de la Iglesia, sino, también, un personaje nacional: el etnarca. Y, además, según yo lo veo, a la Iglesia le interesan todos los aspectos de la vida: la religión cristiana no se limita a ocuparse del progreso moral del hombre; se ocupa, también, de su bienestar social. Yo no veo conflicto entre mi situación de eclesiástico y mi situación de presidente. No veo escándalo en el hecho de que ostente el poder temporal y el espiritual. No me apoyo, por otra parte, en un partido; yo no soy el líder de un partido político que va de una a otra parte pidiendo a la gente que lo elija. Me limito a servir al pueblo en los dos cargos que me ha ofrecido con insistencia y mediante votación casi unánime. Como explicaba hace muchos años a otro laico, el primer ministro Jorge Papandreu, yo soy fuerte porque soy débil. Porque no tengo detrás de mí ni un partido ni un ejército ni una policía. Y porque ni siquiera conozco las reglas de la política. Porque me ciño a ciertos principios que no son juegos, trucos o maniobras políticas, sino principios cristianos.

¡Qué salida! ¡Vamos, Su Beatitud...! Precisamente usted, maestro de las más bizantinas formas del juego y del compromiso. Precisamente usted, a quien se considera el más espléndido especialista en intriga y en cálculo...

¡No! ¡Yo no empleo, no, esos métodos! Me avengo a compromisos, es verdad; pero nunca a nada que sea turbio o deshonesto. No soy un santo, pero soy un hombre honrado, y no creo que la política tenga que ser deshonesto. No creo que sea necesario, para obtener el éxito, recurrir a las artimañas. ¿Sabe por qué me ama mi pueblo? ¿Sabe por qué me perdona todos los errores que cometo? Porque saben que obedecen a malos juicios, no a malas intenciones. Usted no

debe confundirme con los Papas de la antigüedad, y, de hecho, si me pidiese usted mi opinión sobre ellos, se la daría negativa. Yo trato verdaderamente de llevar la enseñanza cristiana a las sinuosidades del cargo que me confiaron y que yo acepté. Le daré un ejemplo. En Chipre existe la pena de muerte y, como jefe de Estado, me corresponde a mí firmar sus condenas. Pero en Chipre son rarísimas las ejecuciones, porque siempre que un condenado apela a mí, lo indulto. Todo el mundo sabe que en Chipre la condena a muerte es nominal: que siempre suspendo las ejecuciones. Los Papas que usted menciona iban a la guerra, y yo no admito la guerra. La considero una locura destinada a desaparecer, a ser recordada con incredulidad. No admito el derramamiento de sangre.

Perdone, Su Beatitud, pero no fue otro sino usted quien, al principio de la lucha por la independencia de Chipre, decía: «Habría de correr mucha sangre».

No puedo haber dicho tal cosa. Tal vez dije: «El camino de la libertad está regado de sangre», o una cosa análoga. Tal vez dije: «Tendremos que morir», pero no «tendremos que matar». Estaba, sí, en favor de los sabotajes, pero a condición de que no costasen sangre de inocentes. Todas aquellas matanzas se produjeron durante mi exilio, cuando nada podía hacer por oponerme. ¡Oh, no soy el terrible individuo que usted me cree!

Ahora lo veremos. Porque ahora, dejando Chipre aparte, vamos a ocuparnos exclusivamente de usted. Comencemos: ¿Por qué se hizo sacerdote?

Yo siempre quise ser sacerdote. Hasta de niño. Tenía apenas trece años cuando entré en el monasterio. Porque... me es difícil decirlo. Tal vez porque me habían impresionado las visitas al monasterio cercano a mi pueblo. ¡Cómo me gustaban los monasterios! En su interior la vida era tan distinta de la que llevábamos en el pueblo, que a veces me preguntaba si no sería para mí el monasterio una manera de escapar a las ovejas, a la pobreza. Mi padre era pastor. Él quería siempre que le ayudase a guardar las ovejas, y a mí guardar ovejas no me gustaba. Lo cierto es que se lamentaba: «¡De mi hijo mayor no puedo esperar nada! ¡Si en la vejez tengo necesidad de ayuda, habré de dirigirme al menor!». Tan a menudo me lo repetía que, en los últimos años de su vida, cuando yo era ya arzobispo, me divertía punzándole: «¿Recuerdas cuando me refunfuñabas que de mí nada podías esperar?». Era muy religioso, como todos los miembros de la familia, pero no podía

comprender que el domingo por la mañana abandonase las ovejas para correr al monasterio a ayudar al sacerdote a decir la misa. Cuando le confesé —contaba entonces doce años— que quería seguir aquel camino, se encolerizó. Pero yo no me amedrenté. Tan seguro estaba de que nada podría detenerme.

¿Y qué decía su madre?

No recuerdo bien a mi madre. Murió siendo yo muy pequeño; no guardo de ella ni siquiera una fotografía. En aquella época los pobres no se hacían fotografías, y en las montañas de Chipre con mayor razón. De mi madre recuerdo sólo el día en que cayó enferma. No había más que un médico en todo el distrito, y mi padre partió en su busca, a pie. No sabiendo en qué pueblo podría encontrarlo, anduvo horas y más horas de un lado para otro, hasta que regresó, por fin, tirando del médico tras de sí, como si fuera un carnero. El médico usaba una misma píldora para todas las enfermedades. Aspirina, supongo. Le dio la píldora a mamá, y mamá murió inmediatamente después. Recuerdo el funeral. Recuerdo las noches en que dormía con mi padre porque a su lado lloraba menos. Y recuerdo la noche en que también él se puso a llorar y le dije: «Si dejas de llorar, tampoco lloraré yo». Y recuerdo, también, a la abuela que me tomó a su cargo, y a los parientes que decían a mi padre: «Eres joven, debes casarte de nuevo. Por los niños, incluso». Aparte yo, estaban mi hermano menor y una hermanita recién nacida. Y un día me llevaron adonde mi nueva mamá: mi padre se había vuelto a casar. Mi nueva mamá era una mujer que, de pie en mitad de la habitación, me decía bajito: «¡Entra! ¡Entra!». Yo no quería entrar, porque no la conocía. Pero luego entré y en seguida le tomé cariño. Era buena. Aún vive, y sigue siendo buena, y yo sigo queriéndola. Mucho. Oh, es tan difícil, y a un tiempo tan fácil, explicarle de dónde vengo. Mi padre no sabía ni leer ni escribir. Y tampoco mi madre, ni mi abuela, ni mi madrina. Yo pienso que si mi padre se resignó a la idea de dejarme marchar al monasterio fue porque así podría enseñarme a leer y a escribir. Según me acompañaba, me decía: «Sé obediente, estudia...».

¿Ya entonces era desobediente? Acaba usted de decir que sólo se obedecía a sí mismo.

Era tímido. Era tan tímido que nunca tenía el coraje, en la escuela, de ponerme en pie y demostrar que había estudiado. Cuando el maestro pronunciaba mi nombre, me ponía colorado y la lengua se me pa-

ralizaba. Ello no obstante, ni aun en aquella época conseguía obedecer. Ahí está la historia de la barba. Al cumplir los veinte años, el abad del monasterio me ordenó que me dejase crecer la barba. Y un novicio no está obligado a dejarse crecer la barba. Me negué y él se encolerizó. «U obedeces, o te vas». De manera que inmediatamente hice las maletas: tan seguro estaba de lo que iba a ocurrir. «¡No debes marchar! Quédate.» «Está bien, me quedo.» «Pero te dejarás crecer la barba.» «No, nada de barba.» «¿Quieres ver cómo te pego?» «Pégue me.» Comenzó a pegarme y, mientras lo hacía, gritaba: «¿Te la dejarás crecer?» «No.» «¡Vaya si te la dejarás crecer!» «No.» Finalmente cayó, extenuado, en una silla. «Déjate la crecer un poco, te lo ruego. Un poquito nada más, para que no quede yo en evidencia.» «No.» «Esa pizca que basta para preguntarse si tienes o no tienes barba.» Sonreí. «¿Esa pizca?» «Sí.» «¿Como ahora?» «Sí.» «¿Ni un milímetro más?» «Ni un milímetro más.» «Está bien.» Y llegamos al compromiso sin que yo me doblase a la obediencia.

Significativo, diría yo.

Es mi estrategia. Lo ha sido siempre. Quiero decir que siempre me ha gustado el juego de avanzar hasta el borde del abismo y, llegado allí, detenerme para no caer. ¿Me explico? No es que me detenga en el último instante porque me dé cuenta de que después viene el abismo: calculo al milímetro hasta dónde puedo llegar, y de allí no paso. Los demás, naturalmente, piensan que voy a caer, que voy a suicidarme. Yo, en cambio, avanzo tranquilo, sabiendo que frenaré a tiempo. No tenía la menor intención de dejar el monasterio: me gustaba demasiado. Pero sabía que, si le hacía creer lo contrario y aceptaba sus golpes, él cedería hasta llegar a un acuerdo que para mí era una victoria.

¿Y no existe ningún caso en que su cálculo haya fallado, en que el destino no haya elegido por usted?

No creo en el destino. Cada cual es artífice de su propio destino. Existen, cuando más, circunstancias imprevistas de las que, sin embargo, se puede sacar provecho. Yo, por ejemplo, no preveía ser obispo a los treinta y cinco años y arzobispo a los treinta y siete... Pero ésta es una historia que merece ser contada. Tras siete años de monasterio, tres de los cuales los pasé estudiando en la escuela superior de Nicosia, me enviaron a Atenas: para que me licenciase en Derecho y en Teología. Allí me sorprendió la guerra, la ocupación ita-

liana y, luego, la alemana: un período tan duro como azaroso. Después de la liberación obtuve, sin embargo, una beca de estudios para los Estados Unidos, y me trasladé a Boston. América me gustó: me habían confiado, entre otras cosas, la feligresía de una pequeña comunidad de griegos ortodoxos. Resolví quedarme cinco años, en lugar de los tres convenidos, y estudiar allí profesorado para enseñar Teología. Y ahí fallaron mis planes. Apenas habían transcurrido dos años, en realidad, cuando me llegó de Chipre un telegrama en el que se me informaba de que en determinado distrito querían elegirme obispo. Me alarmé. No quería abandonar América, no quería volver a Chipre. Chipre no representaba nada para mí, aparte una vaga conciencia geográfica. Y aun ésta, reducida, puesto que se reducía a las montañas en que nací, al monasterio donde había crecido, a la escuela de Nicosia donde había estudiado. ¿Sabe que el mar lo vi por primera vez a la edad de dieciocho años? Respondí inmediatamente: «Mil gracias, pero no quiero ser obispo, stop».

¿Trata de decirme que no era ambicioso?

¡Claro que lo era! Ningún sacerdote se siente contento cuando no ha tenido éxito en la carrera eclesiástica. Pero mis ambiciones eran diferentes. Lo cierto es que, apenas expedida la respuesta, me llegó otro telegrama: «Elecciones celebradas. El pueblo le ha elegido obispo por unanimidad». Era el año 1948, la víspera de la lucha por la independencia. Lleno de tristeza embarqué en un avión que me trasladó a Atenas, y recuerdo que, llegado allí, preguntaba a todo el mundo: «¿Podré encontrar un taxi en el aeropuerto de Nicosia». Luego, en Atenas, tomé el avión de Nicosia y... Le he dicho ya que la elección de un obispo es, en Chipre, un proceso bastante democrático: el pueblo participa en ella espontánea, entusiasmadamente, y sin trucos. Lo que no le he dicho es que conlleva un fanatismo demente. Y yo no soporto el fanatismo. Ninguna modalidad de fanatismo. Imagine, pues, cómo me sentiría cuando, al salir en busca de un taxi, me vi aquella muchedumbre increíble que gritaba fanáticamente mi nombre. Me sobrepuse sólo para pronunciar las palabras que habrían de convertirse en mi primera declaración política: «Me habéis elegido. Me consagraré, por tanto, a la Iglesia y a Chipre. Y haré cuanto esté en mi mano para que Chipre conquiste su libertad rompiendo las cadenas del colonialismo». Luego me vi tomado en volandas y conducido a Larnica: el distrito por el cual había sido elegido. Y, a partir de aquel momento, Chipre se convirtió en mi vida.

Una hermosa vida, Su Beatitud. Una vida, reconozcámoslo; afortunada.

Una vida dura, difícil, erizada de atentados, de riesgos, de angustias; marcada por el exilio. Participé en la resistencia contra los ingleses. Y es cierto que, dos años más tarde, cuando murió el arzobispo, fui triunfalmente elegido sucesor suyo convirtiéndome en el más joven de cuantos jefes eclesiásticos existían en el mundo. Es cierto que eso me agradó. Pero redobló mi empeño político y me costó el exilio. Para librarse de mí, los ingleses me enviaron a las Seychelles y... De acuerdo: mirada hoy, la cosa dista de parecerme trágica. En el fondo no fue un exilio; fueron unas vacaciones. Disponía de una pequeña villa donde era atendido y reverenciado; el paisaje era espléndido: tanto que, deseando verlo de nuevo, regresé allí como turista y hasta compré una pequeña parcela de tierra lindante con la pequeña villa que, por desdicha, su propietario no me quiso vender. Los ingleses me trataron bien y me retuvieron poco tiempo: once meses mal contados. Pero yo en aquella época no lo sabía, y pensaba que tal vez me retendrían durante diez años, o para siempre. E ignoraba cuanto ocurría en Chile: no tenía radio, ni periódicos, ni podía hablar con nadie. Y...

¿Y...?

Está bien, se lo diré: yo no estoy hecho para la vida contemplativa. Puedo pasarme una semana encerrado en este apartamento del Plaza, pero, al octavo día, debo salir, ver gente, ocuparme en algo, vivir. Argüirá usted: pero ¿es que no le enseñó nada el monasterio? Pues verá, nuestros monasterios no son severos en extremo: quien se encierra lo hace por elección, no por obligación. Y no quiere decir que estaría dispuesto a vivir de nuevo en un monasterio. Prefiero lo que hago y ... ¡¿por qué tendría yo que volver a un monasterio?!

Luego tenía razón al compararlo con aquellos Papas. Yo, por lo demás, nunca he creído en ese retrato que algunos hacen de usted: ascético, vegetariano...

¡No soy vegetariano! Me gusta la verdura, pero también como carne. Uno de mis recuerdos más penosos es cierto banquete oficial que me ofrecieron en la India. Se me aproximó un camarero y me preguntó: «*Are you vegetarian?*». Y yo, pensando que me preguntaba si me gustaba la verdura, le respondí: sí. Entonces el camarero puso una flor junto al plato y durante toda la comida no me sirvió más que ver-

duras. Me reconcomía de envidia viendo a los otros, que devoraban pollo, pescado, bistecs. Lo cierto es que, apenas me ponen ahora una flor en la mano, siento recelo.

Pero yo me refería a otras flores, Su Beatitud. Al parecer asistió usted en cierta ocasión a una fiesta en cuyo curso una danzarina se exhibió en una desenfundada «danza del vientre», y usted comentó: «La belleza de la mujer es un don de Dios».

No conozco ese episodio. Me gustan mucho las danzas populares, es cierto, me agrada el folklore...

No, no: yo no hablaba de folklore. Hablaba de la danza del vientre. Trataba de averiguar que usted no es uno de esos sacerdotes que predicán de la mañana a la noche y...

De ordinario, soy un hombre muy sencillo. Al mismo tiempo, sin embargo... cómo decir... cuando es preciso... me avengo a ciertas... conveniencias. Por ejemplo, me gusta caminar, correr, escalar, mantenerme activo. Entre otras cosas porque soy deportista y detesto a las personas gordas. De manera que, apenas se me brinda la oportunidad, emprendo una excursión u otra, me interno en los bosques... Bajo el hábito, ve, llevo pantalones. Si visto siempre así, el hábito, aun en casa, es porque la gente está acostumbrada a verme en traje talar y no puedo decepcionarla. Pero los cócteles me aburren, y también la mundanidad...

Su Beatitud sigue sin explicármelo. Tal vez sea mejor llamar a las cosas por su nombre. Yo me refería a las mujeres, a las voces que afirman que a usted le gustan mucho las mujeres. Se dice, incluso, que en Chipre tiene usted dos, bueno, dos esposas.

Qué ocurrencia. Los obispos y arzobispos de la Iglesia ortodoxa no pueden casarse. Sólo pueden hacerlo los sacerdotes. Pero entonces no llegan a ser obispos.

Lo sé. Dije «esposas» por resultar delicada.

...

¿No es cierto que le gustan mucho las mujeres?

...

Bien, cambiemos de tema. Se dice, también, que no es usted un hombre

sincero, que de su boca no sale jamás un ápice de verdad. ¿Considera que un jefe de Estado tiene el derecho de mentir?

Eso no; eso es una cosa que no acepto. Yo soy tan incapaz de decir mentiras, cualquier tipo de mentiras, que, cuando no puedo decir la verdad, prefiero guardar silencio. El silencio es siempre preferible a la mentira. Mire, los ingleses, durante la lucha de resistencia, me detuvieron varias veces. Al arresto seguía el interrogatorio y, como es natural, no podía negar mis actividades. Además, todo el mundo sabía que estaba en relación con Grivas. De manera que, para no mentir, contestaba: «No puedo decir nada. No quiero decir nada. Me niego a responder». Y me callaba.

Lo mismo que ha hecho conmigo cuando le he preguntado a propósito de las mujeres.

¿Qué dije?

Nada.

Respuesta perfecta.

Usted comienza a gustarme, Su Beatitud. Y ello al extremo de que me duela insistir en las feas cosas que de usted se dicen. Por ejemplo, que gobierna mediante el favoritismo, que es muy rico y que...

Yo no poseo nada. Absolutamente nada, fuera de aquella parcelita en las Seychelles. No tengo un céntimo en ningún banco del mundo. No tengo más que una especie de salario que puedo utilizar como mejor me parezca, pero es poca cosa. Administro las propiedades de la Iglesia ortodoxa griega de Chipre, es cierto, y, como arzobispo, dispongo de cuanto pertenece al arzobispado: pero no se me autoriza a gastar un sólo céntimo en mí mismo. En teoría, hasta mi ropa blanca pertenece al arzobispado. En cuanto al favoritismo, ayudo, sí, a mucha gente. Pero mis amigos son los menos beneficiados. Y, menos todavía, mis parientes. Mi hermano trabaja para mí de chófer. No me parece una gran carrera considerando, sobre todo, los atentados de que soy objeto. Cuando viajo me hospedo, eso sí, en buenos hoteles. Pero ¿sabe por qué? Porque tengo amigos en todo el mundo; amigos que se desviven por pagar mis cuentas. En Londres, por ejemplo, tras el golpe de Estado, me hospedé en el Grosvenor House: donde siempre me alojo. A la mañana siguiente se presenta Charles Forte, a quien conocía de Chipre, donde él quería abrir un hotel, y me dice: «¿Ya sa-

bía que yo soy el propietario del Grosvenor House?». Yo lo ignoraba. «Bien. Para mí será un honor tenerle por huésped durante todo el tiempo que quiera permanecer en Londres». De manera que no pagué. Lo que es más, él quería que en Nueva York fuese huésped suyo en el Pierre: otro hotel de su propiedad. No acepté lo que se dice por no abusar.

Sí, pero ¿por qué le llaman «el arzobispo rojo»?

Jamás he sabido de dónde pudo surgir esa denominación. Tal vez de la circunstancia de que nunca haya hecho propaganda anticomunista. O del hecho de que observe una política de no alineamiento. La mayor parte de los países no alineados son acusados de tendencias izquierdistas e, incluso, de dirigir su mirada en dirección a la Unión Soviética.

¿Su Beatitud es socialista?

Si se refiere al socialismo sueco, no al soviético, le contestaré: no tengo verdaderamente nada en contra del socialismo. De entre todos los sistemas sociales, es el más próximo al cristianismo, a un cierto cristianismo o, cuando menos, a lo que debería ser la enseñanza cristiana. El cristianismo no siente predilección por ningún sistema social: reconoce que cualquiera de ellos, desde el capitalista al comunista, puede tener algo bueno. Ello no obstante, y obligado a elegir el mejor sistema, o el sistema más cristiano, yo elegiría el socialismo. Y digo socialismo, no comunismo. Más diré: a mi manera de ver, el futuro pertenece al socialismo. El socialismo acabará por prevalecer, por una especie de ósmosis, en los países comunistas y en los países capitalistas. Está sucediendo ya, en el terreno de lo espiritual. El espíritu socialista, es decir, igualitario, está permeando todas las relaciones humanas. Hoy en día la igualdad es un sentimiento casi espontáneo.

¿Su Beatitud es optimista?

Lo he sido siempre. Y nunca frívolamente. En los últimos treinta años se ha producido un gran cambio en el mundo. Hace treinta años, ¿quién hubiese imaginado que el colonialismo sería trascendido, y que no volvería a aceptarse la guerra como un medio de sojuzgar a los países? ¿Quién hubiera imaginado que las jerarquías sociales dejarían de ser aceptadas con convicción y que la palabra socialismo cesaría de despertar temor...?

Pero, si cree usted en el socialismo, ¿cómo puede administrar una Iglesia que se encuentra entre las más ricas del mundo?

Nunca tan rica como la Iglesia católica. Y, como quiera que sea, la Iglesia no es una fuerza reaccionaria, no representa al mundo capitalista. Si con frecuencia deriva hacia las derechas, la culpa es sólo de sus representantes. Y los representantes de la Iglesia no son la Iglesia; los representantes de la religión no son la religión. ¡Si para usted mientes en que ni siquiera los sacerdotes, los obispos, los arzobispos y los teólogos han conseguido erradicar la religión del corazón de los hombres! Seré excesivamente optimista, pero hasta la propia Iglesia católica me merece un comentario positivo. Ha cambiado mucho en los últimos años, gracias al Papa Juan. En 1961, cuando me invitaron a detenerme en Roma para una visita de Estado, fui invitado por el Papa y, naturalmente, sentí grandes deseos de acudir, pero me pregunté si sería oportuno hacerlo. ¡Eran tan antiguas nuestras disensiones! Me decía a mí mismo: los otros jefes de la Iglesia ortodoxa se ofenderían. Lejos de eso, e inmediatamente después, Atenágoras, el patriarca de Constantinopla, se reunía con Pablo VI en Jerusalén.

¿Se sintió a gusto con el Papa?

Fue interesante. Lástima de todo aquel protocolo.

¿Y quiénes son los líderes con quienes se ha sentido a sus anchas?

Digamos que algunos líderes, no muchos, me han impresionado, y que otros me dejaron indiferente. Se les tenía por grandes hombres, pero no eran más que hombres al frente de grandes países. Entre los que me impresionaron pondría a John Kennedy. Aquella cara suya, infantil, era verdaderamente simpática: tenía una dignidad propia. Kennedy, además, era sencillo, humano. Junto a Kennedy pondría a Tito. Pero Tito y yo somos amigos, y me gusta pensar que siente por mí el mismo afecto que yo por él... Es un hombre tan dinámico, tan lleno de ideas claras. Y, además, generoso: «Cualquier cosa que usted precise, no tiene nada más que decírmelo», repite. También me gustaba Nasser. Recuerdo cuando lo conocí, en la primera conferencia de los países no alineados, en Bandung, en Indonesia. Era la primera vez que salía de Egipto, la primera que volaba en un avión no militar, y estaba muy emocionado. Eso me pareció conmovedor. En cuanto a Castro... no sé. Tiene ciertas cualidades propias de un líder. Conmigo se comportó bien; se comportó como se comporta Castro. Golda

Meir es una mujer fuerte, interesante, pero discrepábamos respecto a demasiadas cosas. Nos vimos dos veces y no nos echamos los brazos al cuello. Sukarno... no me impresionó. Nixon todavía menos. Un hombre ordinario, muy ordinario. Y, además..., ¿qué quiere que le diga? Me gusta Constantino. No porque yo sea monárquico: le he visto nacer, lo he visto crecer, me es simpático. Pero no puedo decirlo porque no es justo que le haga propaganda electoral.

¿Y Mao Tse-tung?

No me atrevería a decir que tenga muchas cosas en común con él. Y no sé definir la impresión que me produjo. Su estado de salud, cuando le vi en mayo último, no era ciertamente bueno y... Definámoslo así: él es, en China, una especie de dios. Sus huellas digitales se encuentran en todas partes, obsesivas, y yo le he dicho ya que detesto el fanatismo. Yo me siento más cómodo con Chu En-lai. Por lo demás, hace diecinueve años que lo conozco; desde la conferencia de Bandung. Chu En-lai es tan inteligente y simpático: con él hasta se puede bromear. Me dispensó una acogida fabulosa: centenares de miles de personas por las calles de Pekín; un millón en Shangai. Yo no cesaba de decirle: «¡Usted quiere hacerme sentir alguien!». Nos divertimos, también, cuando él se puso a hablar de nuestros dos países, del papel que debían desempeñar en la historia. No dejaba de decir: «Nuestros dos países...». Por último, le interrumpí exclamando: «¿Quiere hacerme un favor? ¿Quiere dejar de hablar de nuestros países, de su papel histórico? ¿Cómo puede compararse una isleta de quinientos mil habitantes con una China de ochocientos millones de almas?! ¿Qué papel histórico podemos tener en común uno y otro?! ¡Soy como un mosquito al lado de un elefante!». Mao Tse-tung, que estaba presente, trató de remediarlo diciendo que los mosquitos pueden, a veces, causar muchas molestias, y que los elefantes, en cambio, son inofensivos. Pero no me tragué la píldora. Y me quedó ese complejo de inferioridad.

¿Sufrir a menudo ese complejo de inferioridad?

Pues, sí. Si no es inferioridad, es malestar. Durante mi visita a la Unión Soviética, por ejemplo, me hospedé en el interior del Kremlin. Todas las mañanas me decía a mí mismo: «¡Señor! ¡Un arzobispo dentro del Kremlin!». Podgorni era simpático, gentil, no cesaba de sonreírme, pero no conseguía hacerme olvidar la paradoja. Para salir del paso, combiné la visita de Estado con una visita a la Iglesia orto-

doxa rusa. Y fue peor. Se celebraba en aquellos días la ceremonia de coronación del nuevo patriarca de Moscú y la muchedumbre era tan numerosa como en Pekín, como en Shangai. Me costaba comportarme como si me sintiese verdaderamente importante. Mire, ese complejo de inferioridad sólo lo perdí una vez.

¿Cuándo?

Cuando visité Malta.

Nosotros podemos ofrecerle San Marino.

No me han invitado nunca. Pero también me sentí bien en África. ¡Oh, es extraordinario el número de niños y de calles que en África llevan mi nombre! En Tanzania no hacía sino encontrar pequeños Makarios negros, y lo mismo en Zanzíbar, por más que Zanzíbar sea musulmán. En Mombása hay un paseo que se llama Makarios Avenue. Y en Nairobi... Ah, Nairobi fue lo más bonito de todo, porque en una semana bauticé allí a cinco mil personas. Había sido invitado por Kenyatta, otro de los dirigentes que me impresionó bastante, y, repentinamente, se me ocurrió una idea. Pregunté: «¿A cuántas personas podría bautizar si me quedase aquí una semana?». Y ellos: «A cuantas quiera». «¿Incluso cincuenta mil?». «Incluso cincuenta mil.» Bien, cincuenta mil eran demasiadas. Dije: «Dejémoslo en cinco mil». El primer contingente llegó al cabo de dos días, a pie, procedente de pueblos remotísimos. Y, como es natural, debiera haberlos bautizado en el río. Pero no quise correr el riesgo. El agua era infecta y yo soy un higienista. De manera que los metí a todos, adultos y niños, en una piscina y... Durante una semana no hice otra cosa que llenar aquella piscina. Fue divertido porque existe allí una misión católica no demasiado estimada, a causa de sus antiguos vínculos con el colonialismo, y, para bautizar a una sola persona, aquellos pobres misioneros tenían que sudar la gota gorda. Ayudar a una mujer a dar a luz, lactar al niño, ¡qué sé yo! Para mí, en cambio, fue sencillísimo; no tuve que hacer ninguna de esas cosas horribles y el resultado es que dispongo, en África, de una gran concentración de ortodoxos negros. Por supuesto, no comprenden en absoluto lo que significa pertenecer a la Iglesia ortodoxa griega. Tropiezas a un individuo por la calle y le preguntas: «¿A qué religión perteneces?». Y él responde: «¡A la religión de Makarios!». Pero también así está bien, y... Mire: yo viviré siempre en Chipre. Ya le he dicho que Chipre era toda mi vida. Pero, si no pudiera vivir en Chipre, viviría en África.

Con esto comienzo a comprenderle un poco, Su Beatitud. Y me despido, le doy las gracias y le digo: hasta que nos veamos en Chipre.

Hasta que nos veamos en Chipre. Venga cuando quiera. La recibiré como presidente.

Nueva York, noviembre 1974

Alejandro Panagulis

Aquel día tenía el rostro de un Cristo crucificado diez veces y parecía tener mucho más de treinta y cuatro años. Sobre sus pálidas mejillas se marcaban ya algunas arrugas, entre sus negros cabellos asomaban ya mechones blancos y sus ojos eran dos pozos de melancolía. ¿O de rabia? Incluso cuando reía, no creía en su risa. Por lo demás, era una risa forzada que duraba poco, como el estallido de un disparo. Inmediatamente sus labios volvían a cerrarse en una mueca amarga y en aquella mueca buscaba en vano el recuerdo de la salud y de la juventud. La salud la había perdido, junto con la juventud, el día en que lo ataron por primera vez al potro del tormento y le dijeron: «Ahora sufrirás tanto que te arrepentirás de haber nacido». Pero te das cuenta en seguida de que no se arrepentía de haber nacido, de que no se había arrepentido nunca y de que no se arrepentiría jamás. En seguida te das cuenta de que es uno de esos hombres para quienes hasta morir se convierte en una manera de vivir, por la manera como supieron gastar la vida. Ni los tormentos más atroces, ni la condena a muerte, ni tres noches transcurridas en espera del fusilamiento, ni la cárcel más inhumana, cinco años en una celda de cemento de un metro y medio por tres, le habían doblegado. Dos días antes, saliendo de Boiati con la gracia que Papadopoulos había concedido junto a la amnistía para trescientos presos políticos, no había dicho una sola palabra que sirviese para que le dejaran en paz. Y había declarado despectivamente: «Yo no he pedido la gracia. Me la han impuesto ellos. Estoy dispuesto a volver a la cárcel incluso inmediatamente». El que le apreciaba temía por su seguridad mucho más que antes. Fuera de la cárcel era demasiado incómodo para los coroneles. Los tigres en libertad siempre resultan incómodos. A los tigres en libertad se les dispara. O se les tiende una trampa para devolverlos a la jaula. ¿Cuánto tiempo permanecería al aire libre? Esto es lo primero que pensé aquel jueves, 23 de agosto de 1973, viendo a Alejandro Panagulis.

Alejandro Panagulis. Alekos para los amigos y para la policía. Nacido en 1939 en Atenas, hijo de Atena y de Basilio Panagulis, coronel del ejército y pluricondecorado en la guerra de los Balcanes, en la primera guerra mundial, en la guerra contra los turcos en Asia Menor, en la guerra civil hasta 1950. Alekos, segundogénito de tres hermanos extraordinarios, demócratas y antifascistas. Fundador y jefe de la Resistencia griega, el movimiento que los coroneles nunca consiguieron destruir. Autor del atentado que, por un pelo, el 13 de agosto de 1967, no le costó la vida a Papadopoulos y a la Junta. A raíz de esto lo detuvieron, lo torturaron y lo condenaron a muerte, pena que él mismo había solicitado en una apología que durante dos horas mantuvo sin aliento a los jueces: «Sois los representantes de la tiranía y sé que me enviaréis ante el pelotón de ejecución. Pero también sé que el canto del cisne de todo verdadero combatiente es el último sollozo ante el pelotón de ejecución». Un proceso inolvidable.

Nunca se había visto a un acusado convertirse en acusador de esta manera. Se dirigía a toda la sala con las manos esposadas a la espalda, los policías le quitaron las esposas y lo retenían con fuerza ciega, por la espalda, por los brazos. Pero él seguía igualmente en pie, con el índice tieso, gritando su desprecio. No lo ajusticiaron para no convertirlo en héroe. Pero ni que decir tiene que lo fue igualmente porque morir, a veces, es más fácil que vivir como vivía él. Lo llevaban de una cárcel a otra diciendo: «El pelotón de ejecución te espera». Entraban en su celda y lo deshacían a patadas. Y durante once meses lo tuvieron esposado, día y noche, a pesar de que tenía ya las muñecas putrefactas. Durante largos períodos, le prohibían fumar, leer, tener un papel o un lápiz para escribir sus poesías. Y él escribía igual, en minúsculos trozos de cartulina, utilizando su sangre como tinta. «Una cerilla por pluma / sangre derramada en el suelo como tinta, / como papel la envoltura de una venda olvidada / pero ¿qué escribo?, / tal vez no tenga tiempo más que para mi dirección / ¡qué raro!, la tinta se ha coagulado, / os escribo desde una cárcel / de Grecia.» Conseguía incluso mandar fuera sus poesías escritas con sangre. Su primer libro había ganado el premio Viareggio y ahora era un poeta reconocido. Pero más que poeta era un símbolo. El símbolo del valor, de la dignidad, del amor por la libertad. Y todo esto me turbaba ahora que lo tenía delante. ¿Cómo se saluda a un hombre que acaba de salir de una tumba? ¿Cómo se le habla a un símbolo? Y me mordía las uñas nerviosamente, lo recuerdo muy bien. Y lo recuerdo bien porque de aquel jueves, 23 de agosto, lo recuerdo todo. El anunciar mi llegada. La búsqueda de la calle Aristófanes, en el barrio de Glifada, donde estaba su casa. El taxista que finalmente dio con la casa y se puso a gritar haciendo la señal de la cruz. La tarde calurosa, los vestidos pegados al cuerpo. La multitud de visitantes que llenaba el jardín, la terraza, cada rincón de la casa. Los demás periodistas, los operadores de televisión, las voces, los empujones. Y él, sentado en medio del caos con aquel rostro de Cristo.

Tenía un aire muy cansado, casi exhausto. Pero apenas me vio se levantó, con la agilidad de un gato, y corrió a abrazarme como si me conociese de siempre. Si no me conocía de siempre, por lo demás nos conocíamos ya. En la temporada en que le dejaban leer algún periódico, me había dicho, yo le había hecho compañía con mis artículos. Y él me había dado valor por el simple hecho de existir, de ser lo que era. Y se desvaneció la preocupación de tener que afrontar un símbolo en lugar de un hombre. Devolví el abrazo diciendo «ciao». Él replicó «ciao» y no hubo otras palabras de bienvenida o felicitación. Me limité a decir: «Tengo veinticuatro horas para estar en Atenas y preparar la entrevista. Inmediatamente después debo salir para Bonn. ¿Hay un rincón donde se pueda trabajar con tranquilidad?» Asintió en silencio y, sorteando «la multitud de visitantes, me llevó a una habitación donde había muchos ejemplares de un librito mío, en griego. Además, había un ramo de rosas rojas que me había enviado al aeropuerto y que luego habían devuelto porque el amigo encargado de recibirme no logró encontrarme. Conmovida, le di las gracias bruscamente. Pero él comprendió el tono brusco porque, durante un instante, la melancolía le desapareció de los ojos y pasó por sus pupilas un relámpago de diversión que me turbó de nuevo. Era un

relámpago que hacía intuir una selva de ternuras y furores en contraste. ¿Lograría comprender a aquel hombre?

Comenzamos la entrevista. Y de repente me impresionó su voz seductora, de timbre profundo, casi gutural. Una voz para convencer a la gente. El tono era autorizado, tranquilo: el tono de quien está muy seguro de sí mismo y no admite réplica porque no tiene la menor duda de lo que dice. Hablaba como un líder. Y mientras hablaba, fumaba una pipa que, prácticamente, no se quitaba de la boca. Se hubiera dicho que su atención estaba mucho más centrada en aquella pipa que en mí, y esto le confería cierta dureza que intimidaba, porque no se trataba de una dureza reciente, es decir, madurada en los sufrimientos físicos y morales, sino de una dureza nacida con él, gracias a la cual había podido superar los sufrimientos físicos y morales. Al mismo tiempo era atento, amable, y quedaba como perdido cuando, en un viraje imprevisto, como gira un fuera borda lanzado en línea recta y que de repente da la vuelta para volver atrás, aquella dureza se transformaba en dulzura: cautivadora como la sonrisa de un niño. La manera como te servía la cerveza, por ejemplo. El modo en que te rozaba la mano para agradecerte una observación. Esto le alteraba los rasgos del rostro que, más que doloroso, se volvía indefenso. Su rostro no era bello: con aquellos ojos pequeños y extraños, aquella boca grande y aún más extraña, el mentón corto, y las cicatrices que lo ajaban todo. En los labios, en los pómulos. Pero en seguida te parecía hermoso, de una belleza absurda, paradójica, e independiente de su hermosa alma. No, tal vez nunca le comprendería. En aquella primera entrevista decidí que el hombre era un pozo de contradicciones, sorpresas, egoísmos, generosidades y faltas de lógica, que siempre había encerrado un misterio. Pero era también una fuente infinita de posibilidades y un personaje cuyo valor iba más allá del estricto valor del personaje político. Tal vez la política era sólo un momento de su vida, sólo una parte de su talento. Tal vez si no lo mataban pronto, si no lo encerraban de nuevo, un día oíríamos hablar de él por Dios sabe qué otras cosas.

¿Cuántas horas estuvimos con los libros y las flores hablando en la habitación? Es el único detalle que no recuerdo. Escuchándolo a él, no te das cuenta de que pasaba el tiempo. La historia de las torturas, sobre todo, el origen de sus cicatrices. Las tenía por todas partes, me dijo. Me mostró las de las manos, las muñecas, los brazos, los pies, el costado. Éstas se hallaban exactamente donde estaban las heridas de Cristo, a la altura del corazón. Se las habían hecho en presencia de Constantino Papadopoulos, el hermano de Papadopoulos, con una plegadera despuntada. Pero me las mostraba con indiferencia, sin ninguna autoconmiseración: lo insensibilizaba un excepcional y casi cruel dominio de sí mismo. Tanto más cruel cuanto más te das cuenta de que sus nervios no habían quedado intactos después de cinco años de infierno. Y esto lo contaban sus dientes cuando mordía la pipa, lo contaban sus ojos cuando relucían con llamaradas de odio o de mudo desprecio. Pronunciando el nombre de sus torturadores, se aislaba en pausas impenetrables y no contestaba ni siquiera a su madre que entraba preguntando si quería otra cerveza o un café. Su madre entraba a menudo. Era vieja, vestida de negro como las viudas que en Grecia no aban-

donan el negro, y su rostro era una telaraña de arrugas profundas como sus dolores. El marido muerto de un ataque al corazón mientras Alekos estaba en la cárcel. El hijo mayor desaparecido. El tercer hijo en la cárcel. También ella había estado en la cárcel durante cuatro meses y medio. Pero ni siquiera a ella habían conseguido doblegarla. Ni con amenazas ni con chantajes. En una carta a un periódico de Londres, había escrito una vez de sus hijos: «Los árboles mueren de pie». Los árboles eran sus hijos. Uno de aquellos árboles había muerto casi seis años antes: Jorge.

Desde hacía casi seis años, nadie había vuelto a saber nada de Jorge, el hermano mayor que había seguido la carrera del padre y alcanzado el grado de capitán. En agosto de 1967, Jorge se había negado a permanecer en el ejército griego y, como Alekos, había desertado. A través del río Euros había huido a Turquía y llegado a Estambul para buscar asilo en la embajada italiana. Para nuestra vergüenza, la embajada italiana se lo negó, tergiversando la necesidad de informar al gobierno turco, después al gobierno italiano, y después Dios sabe a quién. Jorge huyó de nuevo, esta vez, a Siria, y en Damasco volvió a la embajada italiana que lo recibió de la misma manera. Pero una embajada más digna, una embajada escandinava, lo acogió y en ella se quedó durante un mes, hasta el día en que salió a la calle y la policía siria lo sorprendió sin pasaporte. Huyendo de la policía siria, llegó al Líbano. En el Líbano quiso embarcarse para Italia, pero no lo hizo porque los países árabes reconocían a la Grecia de los coroneles. Prefirió entrar en Israel, un país que no tenía con ellos relaciones diplomáticas, para ir a Italia embarcando en Haifa. Y en Haifa, sin embargo, los israelíes lo detuvieron. Jorge confió en ellos, les dijo quién era y lo detuvieron: para entregarlo al gobierno griego. Ni siquiera le dedicaron un proceso. Simplemente, lo embarcaron en un barco griego que hacía el trayecto Haifa-El Pireo: el «Anna Maria». Y en este momento se perdía su rastro. Parecía que estaba aún en el camarote antes de que la nave entrase en el tramo comprendido entre Egira y El Pireo. Pero cuando el barco se acercó al puerto el camarote estaba vacío. ¿Huyó saltando por el ojo de buey? ¿Lo empujó alguien por el ojo de buey? Su cuerpo no se encontró jamás. De vez en cuando el mar devolvía un cadáver, las autoridades llamaban a Atena para que lo reconociese, Atena contestaba: «No, no es mi hijo Jorge».

A determinada hora de la noche interrumpimos la entrevista. La multitud de visitantes se había dispersado y Atena me ofreció hospitalidad para la noche. También había preparado una cena, presentada sobre su mejor mantel. Alekos estaba menos tenso, menos solemne, y pronto abrió una de las puertas de sus infinitas sorpresas: se dejó llevar hacia una conversación divertida. Por ejemplo, definía su celda como «mi villa de Boiati», y la describía como una villa lujosísima, con piscina cubierta y descubierta, campo de golf, cine privado, salones resplandecientes y un chef que encargaba el caviar fresco del Irán, y odaliscas que danzaban y daban brillo a las manillas. En este paraíso una vez hizo huelga de hambre «porque el caviar no era fresco ni gris». O bien ilustraba su «archiconocida amistad» con Onassis, Niarkos, Rockefeller y Henry Kissinger, describía sus jet personales «o el yate que el día anterior había prestado a Ana de Inglaterra». Y yo no daba crédito a mis ojos, a mis oídos. Parecía imposible

que en la tumba de cemento hubiera conseguido salvar su humor, la capacidad de reír. Era posible, incluso indiscutible. Pero cuando volvimos a hablar para la entrevista, Alekos volvió a ponerse serio y a morder nerviosamente la pipa. Esta vez hablamos hasta las tres de la madrugada y a las tres y media caía exhausta en la cama que me habían preparado en el salón. Sobre la cama había una fotografía de Basilio, en uniforme de coronel, y del marco pendían medallas de oro, de plata y de bronce, testimonios de las diversas campañas en las que había tomado parte hasta 1950. Había, en cambio, junto al lecho, una fotografía de Alekos cuando era estudiante de ingeniería en el Politécnico y miembro del Comité Central de la Federación Juvenil del Partido «Unión de Centro». Un rostro inteligentísimo y agudo, en aquel tiempo sin bigote, que no me ayudaba a penetrar un misterio. Entonces recordé haber visto, en la habitación contigua, las fotografías de los dos hermanos cuando eran niños. Me levanté y las estudié. La de Jorge hablaba de un niño elegante y compungido, correctamente sentado en un almohadón rojo. En cambio, la de Alekos mostraba un tigrecillo de ceño enfurecido y que, erguido sobre el almohadón rojo, en un anuncio de independencia anárquica, parecía decir: «¡No y no! ¡Yo no estoy sobre esto!» El trajecillo de punto le caía sin gracia como para demostrar que le importaba un bledo su aspecto y que le tenía sin cuidado que mamá le regañase y le suplicara; hacía lo que le daba la gana. Y como para demostrar su rechazo de los consejos, órdenes e intervenciones ajenas, la manita derecha se apoyaba, orgullosa y provocativamente en la cintura, y la izquierda sostenía los pantalones en el lugar donde había perdido un botón. ¿Cuánto tiempo permanecí estudiando aquellas fotografías? Esto, realmente, no lo recuerdo. Pero me acuerdo de que en determinado instante otra cosa me atrajo la atención: un objeto rectangular y cubierto de polvo. Lo cogí con la sensación de penetrar un secreto y descubrí que era una Biblia del siglo XVII, con un documento que atribuía su propiedad a Alekos Panagulis. Pero era un documento de hacía trescientos años y aquel Alekos era su bisabuelo que había luchado como guerrillero contra los turcos. Más tarde supe que, del siglo XVII a 1925, la familia Panagulis no había dado más que héroes. Y algunos se llamaban Jorgos, es decir, Jorge, como aquel joven Jorgos que había muerto en la batalla de Faliero en 1823. Pero casi todos se llamaban Alekos.

Al día siguiente partí para Bonn. Ya se comprende que no era una marcha definitiva. Cuando me acompañaba al aeropuerto, Alekos me hizo prometer que volvería y, pocos días después, cuando él estaba en el hospital, volví, y descubrí cosas que ayudaban un poco a desvelar los secretos de aquella inaprehensible personalidad suya. Ante todo aquella poesía que me había dedicado. Se titulaba «Viaje» y hablaba de una nave que partía hacia un viaje sin escala, una nave que no cedía nunca a la tentación o a la necesidad de atracar en un puerto, de acercarse a una orilla, de echar el ancla. La tripulación lo reclamaba, a veces lo imploraba, pero el comandante les resistía como a la tempestad y continuaba siguiendo a una luz. La nave era él, Alekos. Y también el comandante era él, y también la tripulación. El viaje era su vida. Un viaje que sólo terminaría con la muerte porque nunca se echaría el ancla. Ni el ancla de los afectos, ni el

ancla de los deseos, ni el ancla de un merecido reposo. Y ningún razonamiento, ningún halago, ninguna amenaza podrían inducirle a hacer lo contrario. De este modo, si creías en esa nave, si esa nave te importaba, no debías intentar detenerla, detenerla con el espejismo de orillas verdes, paraísos terrestres. Había que dejarla emprender el insensato viaje que se había elegido y que, en la selva de sus contradicciones, era el punto final de una coherencia absoluta. «También Ulises al fin descansa. Llega a Ítaca y descansa», observé después de haber leído el poema. Y él me respondió: «¡Pobre Ulises!» Luego me envió otra poesía que empezaba así: «Cuando desembarcaste en Ítaca / qué infelicidad experimentarías, Ulises / Si otra vida tenías por delante / ¿Por qué llegar tan pronto?» Creo que aquel día llegué a ser verdaderamente amiga suya, escuchándolo en el hospital. En efecto, varias veces fui a Atenas y qué le vamos a hacer si, en cada ocasión, las autoridades griegas estaban menos contentas. Con todo y no atreverse a negarme el permiso de entrada, la policía fronteriza llenaba para mí papeles que no llenaba nunca para nadie, y, durante mi estancia en Atenas, se ocupaba escrupulosamente de mi persona. Cosa nada difícil, porque yo vivía en la casa de la calle Aristófanes donde el teléfono estaba controlado y cuatro policías de uniforme y quién sabe cuántos de paisano vigilaban cada puerta, cada ventana, la misma calle, a lo largo de las veinticuatro horas.

Psicológicamente, era como si Alekos estuviera todavía en la cárcel y yo estuviese con él. Una vez me acompañó a Creta, durante cinco días. Y durante cinco días fuimos constantemente seguidos, espiados, provocados. En Heraclion, adonde había ido para ver Cnosos, los automóviles de la policía nos salían al encuentro a medio metro de distancia. Entrábamos en un restaurante a comer y ellos se instalaban también allí, esperándonos. Entrábamos en un museo y ellos también se instalaban allí, esperándonos. A menudo los veíamos llegar a nuestro encuentro en dirección contraria porque tenían radio y se turnaban en la vigilancia. Una pesadilla. En el aeropuerto de Xania fui insultada por un agente vestido de paisano. En el avión que nos llevaba a Atenas fuimos relegados a los dos últimos asientos y sometidos a control todo el viaje. De nuevo en Atenas no podíamos permitirnos el placer de una cena en El Pireo sin que en seguida nos alcanzase un policía que nos iba pisando los talones. Nos atormentaron incluso en los funerales de un ministro democrático muerto de un infarto de miocardio, y, naturalmente, Papadopoulos no me concedió nunca la entrevista que, según la embajada griega en Roma, parecía dispuesto a concederme. Lástima. Hubiera sido divertido preguntarle al señor Papadopoulos qué entendía por democracia. Y también por amnistía. Y aún hubiera sido más divertido decirle que, por donde quiera que fuese, Alekos era recibido como un héroe nacional. La gente lo paraba por la calle, lo abrazaba y a veces intentaba besarle la mano. Los taxistas le hacían subir al coche incluso en las zonas prohibidas. Los automovilistas paraban el tráfico para saludarle. Y no era raro que, en los bares, no quisieran que pagase la cuenta. Estaban todos por él y con él. Sólo quien estaba al servicio de los coroneles estaba contra él. Y yo seguía el extraordinario fenómeno comprendiendo finalmente un poco a la difícil criatura objeto de ello. Intuyendo mejor, por ejemplo, los disgustos y la infelicidad, la sed de una

paz que jamás se alcanzaría y que se manifestaba a través de exposiciones de cólera desesperada y desesperante, o inútiles audacias, o rabiosas llamadas telefónicas al hombre fuerte del régimen, Joannidis, para desafiarlo a que lo detuviera de nuevo. O bien, siguiendo las astucias de Ulises, las fulminantes intuiciones de Ulises a quien se parecía cada vez más en todos los sentidos. Y las lágrimas que le llenaban los ojos cuando miraba la Acrópolis, símbolo para él de todo aquello en que creía. Y sus sombríos silencios. Y los impulsos de alegría que lo sacudían por entero en una juventud reencontrada por unas horas, por unos minutos. Y las repentinas risas de muchacho, las imprevisibles bromas canceladas pronto por sus cambios de humor. Y el pudor exagerado, más bien puritano, que oponía a las mujeres cuando se le ofrecían con cartas amorosas, francas invitaciones y zorrunas estratagemas. Por lo demás, tanto si se trataba de sus pasadas aventuras como de sus sentimientos actuales no confiaba nunca en nadie: «Un hombre serio no lo hace». Tímido, terco, orgulloso, era mil personas dentro de una sola persona que nunca podía renunciar a absolver. Qué alegría oírle decir a propósito de su atentado: «Yo no quería matar a un hombre. Yo no soy capaz de matar a un hombre. Yo quería matar a un tirano».

Mientras tanto, él había pedido el pasaporte. Pero ni siquiera obtener los documentos necesarios para la petición le había sido fácil. En cualquier oficina a la que se dirigiese encontraba obstáculos sordos, kafkianos. En el ayuntamiento de Glifada, por ejemplo, no constaba que hubiese nacido. De pronto su nombre faltaba en el registro. Estaba el de Atena, pero el suyo no. Él se reía de ello con mal disimulada amargura: «No he nacido, ya ves. Nunca he nacido». Pero una mañana volvió saltando de alegría: «¡He nacido! ¡He nacido!» No se sabe por qué habían cambiado de idea. Siete días más tarde, un lunes, le dieron el pasaporte: válido para un solo viaje de ida y vuelta. Y tres horas más tarde partimos, en un avión de Alitalia, en dirección a Roma. Ni siquiera nuestra marcha fue una marcha civilizada. Pasada la aduana, la policía de fronteras, el registro, bajamos a la sala de espera e inmediatamente nos rodeó una nube de policías de paisano con aire eminentemente provocador. Llamaron el vuelo y nos dirigimos a la puerta número 2. Exhibimos nuestras tarjetas de embarque. Nos empujaron hacia atrás. «¿Por qué?», preguntó Alekos. Silencio. «Tenemos un pasaporte en regla y una tarjeta de embarque en regla. Y hemos cumplido todas las formalidades.» Silencio. Los demás pasajeros ya habían pasado, subido al autobús, bajado del autobús y subido a bordo del avión. El avión no esperaba más que a nosotros. Y nosotros no podíamos acercarnos ni siquiera a la escalerilla. Lo peor es que nadie nos daba ninguna explicación ni tampoco a los empleados de Alitalia que nos escoltaban como si fuéramos VIP. Diez minutos, quince, veinte, veinticinco, treinta... Aún no he comprendido por qué, transcurridos treinta minutos, nos permitieron subir a bordo. Tal vez habían telefonado al jefe de Seguridad. Tal vez éste había informado a Papadopoulos y Papadopoulos había decidido que no convenía, ni siquiera internamente, cometer el error de impedirle la salida en el último momento. Tampoco comprendí otra cosa: no he comprendido por qué, cerradas las puertas, el avión estuvo bloqueado en la pista cuarenta minutos. Aquel día no había problemas con la torre de

control. Sólo había una gran incomodidad a bordo. Incomodidad que desapareció, sin embargo, cuando estuvimos en el cielo. El cielo más azul del mundo.

Lo que sucedió a continuación constituye otro libro, ya que Alekos se convirtió en el compañero de mi vida, ya que un gran amor nos unió hasta el día de su muerte, que se produjo la noche del Primero de Mayo de 1976, al morir él en un simulado accidente automovilístico que el Poder se apresuró a calificar hipócritamente de desgracia fortuita. Ello no obstante, es de utilidad, para mejor comprender la entrevista siguiente —que a él le resultaba muy cara—, conocer los principales acontecimientos que integran la osamenta de su existencia entre el momento en que aquel avión llegó a Roma y el de su asesinato. Son como sigue.

Tras haber salido de Grecia en mi compañía, Alekos escogió Italia como base política y geográfica de su lucha. En Roma ocupábamos la casa que hubiésemos mantenido durante largos años, de donde partía para sus viajes a Francia, a Alemania, a Suecia y también a su patria, adonde regresara varias veces durante el exilio, clandestinamente, sin que la policía de Joannidis lo localizase jamás. La revuelta del Politécnico y la matanza de estudiantes provocaron, en 1973, un golpe dentro del golpe: Joannidis había desautorizado a Papadopoulos sometándolo a arrestos y autoeligiéndose amo indiscutido de Grecia. El primer enemigo de Alekos había pasado a ser, pues, Joannidis, y era a Joannidis a quien ahora desafiaba con audacia suicida apenas ponía el pie, provisto de un pasaporte falso, en el aeropuerto de Atenas. Joannidis estaba al corriente de sus movimientos y le buscaba sistemáticamente, pero siempre en vano. Cual un Pimpinela Escarlata, Alekos conseguía colarse por entre las redes de la policía, y previo a su marcha del país se daba incluso el gusto de enviarles una tarjeta colmada de saludos burlescos. En Atenas, por lo demás, se detenía poco; entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas, el tiempo necesario para organizar a los camaradas o hacer estallar alguna bomba demostrativa. Había reconstruido la organización Resistencia Helénica dando particular importancia al grupo denominado Laos, Pueblo. Con él llevaba a cabo las acciones más peligrosas, atento, sin embargo, a no vertir la sangre de los inocentes: ninguna bomba causó jamás una víctima. En Europa, en cambio, actuaba a través de los emigrantes, de los partidos demócratas, de la prensa, de la radio, de la televisión y de las relaciones con los partidos socialistas, a los que estaba obviamente vinculado. Eso duró hasta 1974, cuando la Junta cayó arrastrada por sus errores y su incapacidad. Papadopoulos se había mostrado un dictador astuto, no exento de sentido político. Joannidis era un soldado ignorante que de política sabía bien poco. La vanª ilusión de anexionar Chipre a Grecia le llevó a derrocar a Makarios, quien huyó por puro milagro de la isla, hecho que dio lugar a su invasión por los turcos. Más adelante, y según Grecia se encontraba a punto de entrar en guerra con Turquía, Joannidis convenció a la Junta para que abdicase y, con decisión a un tiempo desesperada y paradójica, entregó el gobierno a los mismos opositores a quienes Papadopoulos había derrocado en 1967. Karamanlis regresó a Atenas para formar un gobierno de emergencia. La democracia quedó formalmente restablecida.

En aquellos once meses que pasé con Alekos no dejé de preguntarme cómo reaccionaría él de caer la dictadura y supuesto que no lo matasen antes. A mi forma de ver, la política, a decir verdad, no era más que un aspecto de su extraordinario talento y de su arrolladora personalidad. En él se daban, es cierto, los distintivos del tribuno y del líder, y no era fácil que renunciase a ellos. Según mi criterio, sin embargo, su valor nacía de una vocación literaria, su auténtico temperamento era el temperamento poético. No en vano gustaba de repetir: «La política es un deber, la poesía es una necesidad». Pensaba yo, en suma, que sus dotes de tribuno y de líder, que encontraba cabal expresión en las situaciones excepcionales, la hallarían menos cumplida en la normalidad democrática. Y también a él debió de asaltarle una duda semejante porque, para mi sorpresa, no regresó a Grecia inmediatamente después del retorno de Karamanlis. Sólo se decidió a hacerlo el 13 de agosto, aniversario de su atentado contra Papadopoulos. El regreso lo restituyó a su destino de combatiente y lo exilió de la literatura. En Atenas se preparaban las elecciones políticas. El Partido de la Unión del Centro se apresuró a ofrecerle una candidatura. Él aceptó y, por esa mágica coincidencia de fechas que siempre había acompañado los grandes hitos de su vida —incluido el de su muerte—, salió elegido el 17 de noviembre, aniversario de su condena al fusilamiento, a la que había escapado en 1968. Y ni que decir tiene que la victoria lo exaltó poquísimamente: una semana más tarde se encontraba ya en Italia, adonde habría de regresar una y otra vez con frecuencia obstinada, fiel. Había llegado a considerar Italia su segunda patria. Hablaba el italiano con gran corrección. Lo escribía casi sin faltas. Se vestía y comía a la italiana. Con muebles italianos puso su apartamento en Atenas, haciendo de él una réplica exacta de nuestra casa de Florencia.

En el Parlamento no tardó Alekos en mostrarse el más contestatario de los diputados. No daba cuartel a nadie, y menos todavía al ministro de Defensa, Evangelhis Tositsas Averoff: hombre que bajo el régimen anterior había tenido relaciones turbias. La potencia de Averoff superaba a la de Karamanlis porque se apoyaba en el ejército y porque de éste procedía el peligro de un nuevo golpe de Estado. Alekos le consideraba una amenaza para el país, y cuando pedía la palabra era siempre para acusarle en tales términos. Conocía, en realidad, la existencia de documentos que demostraban el ex colaboracionismo de Averoff y los motivos que le habían llevado a no depurar en ningún momento a los generales, coroneles y capitanes que habían ostentado el mando durante la tiranía. Aquellos documentos se encontraban en custodia en los archivos del EAT-ESA, la policía militar misteriosamente desaparecida con la caída de la Junta. Durante todo 1975, la actividad principal de Alekos, sin que nadie lo supiese, consistió en la búsqueda de esos archivos. Y los juicios contra Papadopoulos, Makarezos, Pattakos, Joannidis y los demás representantes de la Junta, amén de los que luego se siguieron contra verdugos como Theofiloyannakos y Hazizikis, le ayudaron, en cierto modo, a guardar el secreto, ya que distrajeron la atención general. Durante aquellos meses sólo se habló de Alekos para mencionar su noble actitud hacia los encausados. Luchó verdaderamente a fin de que Papadopoulos y los demás no fuesen condenados a muerte: «En época de dictadura el tiranicidio es un deber, en época de

democracia el perdón es una necesidad. La justicia no se obtiene abriendo tumbas». Fue muy generoso cuando declaró contra Theofiloyannakos, que con tanta crueldad lo había maltratado físicamente: su testimonio duró apenas cuarenta minutos y en él se refirió sólo a los episodios más graves, que expuso con frialdad y desapasionamiento. Llegó a declarar que en aquel momento sus enemigos no eran los ex esbirros encadenados sino los dudosos representantes del nuevo poder.

En los primeros meses de 1976 Alekos consiguió hacerse con los archivos del ESA y, en particular, con los documentos que buscaba. Entre ellos los encontró, incluso, comprometedores para un diputado que militaba en su partido, Demetrio Tzatzos. Eso contribuyó a su decisión de abandonar la Unión del Centro y de permanecer en el Parlamento como independiente de izquierdas. Pero la orgullosa soledad en que se envolvió a partir de ese momento centuplicó los peligros que en todo instante se habían cernido sobre él. Se había convertido en el hombre más incómodo de Grecia. Sabía demasiadas cosas acerca de los amos de una democracia falsa y vacilante. Y, como suele suceder, era demasiado valeroso para dejarse intimidar. Su sentencia estaba firmada. Lo eliminaron la víspera del día en que había de entregar los archivos al Parlamento. Instigada por Averoff, la Magistratura había prohibido su publicación. Y, por ese motivo, no le quedaba a Alekos más salida que entregárselos a Karamanlis, en el Parlamento, en un gesto que produjese una sacudida. El acto debía producirse la mañana del 3 de mayo. La noche del viernes al sábado día Primero de mayo, y cuando se dirigía a Glifada, para dormir en casa de su madre, dos automóviles comenzaron a seguirle. En la calle Vouliagmeni uno de ellos le dio alcance a gran velocidad y, mediante una hábil maniobra de morro-trasera, lo empujó fuera de la calzada. Murió casi en el acto. A sus funerales acudió un millón y medio de personas.

Pero, como he dicho antes, eso constituye otro libro. Un libro que venga a esclarecer exclusivamente los hitos más importantes de su vida tras la entrevista. Una entrevista que va harto más allá del autorretrato del hombre a quien amé, a quien amo y que me amó. A cuatro años de distancia no puedo menos de considerarla, verdaderamente, una especie de testamento espiritual, una exposición de lo que Alekos buscó siempre en vano. Porque lo que él buscó siempre, lo que toda criatura digna de haber nacido debe buscar, no existe. Es un sueño que se llama libertad, que se llama justicia. Y llorando, blasfemando y sufriendo podemos sólo alcanzarlo diciéndonos a nosotros mismos que cuando una cosa no existe se inventa. ¿No hemos hecho lo mismo con Dios? ¿Acaso el destino de los hombres no es inventar lo que no existe y pelear por un sueño?

ORIANA FALLACI.— *No tienes un aire feliz, Alekos. ¿Cómo es eso? ¿Estás finalmente fuera de aquel infierno y no eres feliz?*

ALEJANDRO PANAGULIS.— No, no lo soy. Sé que no me creerás, sé que esto te parecerá imposible, absurdo, pero yo me siento

más indignado que feliz, más triste que feliz. Me siento como el domingo pasado cuando oí aquellos vivas que salían de la celda de los otros detenidos, e ignoraba el porqué de los vivas, y pensé: «Debería tratarse de alguna amnistía. Papadopoulos está haciendo su proclama y prepara el espectáculo con una amnistía capaz de impresionar a los ingenuos. Ahora puede permitirse el lujo de tener menos miedo. Más bien de fingir que tiene menos miedo. Tanto, que le cuesta sacarnos de aquí a algunos de nosotros». Pensé: «Algunos de nosotros» porque no creía que me liberase también a mí. Y cuando lo supe, el lunes por la mañana, no experimenté ninguna alegría. Ninguna. Me dije: si ha decidido que le conviene ponerme en libertad también a mí, significa que su designio es más ambicioso; significa que piensa realmente legalizar la Junta en el ámbito de la Constitución y buscar el reconocimiento de los antiguos adversarios. Entrando en la celda, el comandante de la cárcel me había anunciado la gracia: «Panagulis, has obtenido la gracia». Le contesté: «¿Qué gracia? Yo no he pedido gracia a nadie». Luego añadí: «En seguida os daréis cuenta de que meterme aquí dentro es fácil, pero echarme es difícil. Antes de llegar a Eritrea, me habréis encarcelado otra vez». Eritrea es un arrabal de Atenas.

¿Les has dicho esto?

Claro. ¿Qué otra cosa podía decirles? ¿Acaso tenía que decirles gracias, muy amable, transmita mis saludos al señor Papadopoulos? Además, el martes fue peor. No sé si sabes que hay un procedimiento especial para leerle al condenado el decreto de amnistía, una especie de ceremonia con el pelotón que presenta armas, los otros en posición de firmes, etcétera. De manera que, hacia el mediodía, llega el procurador Nicolodimus para la ceremonia y me hacen salir de la celda para llevarme a las estancias del comandante donde están todos de pie, etcétera. Yo veo una silla e, inmediatamente, me siento. Extrañeza, sorpresa, y: «¡Panagulis! ¡De pie!», ordena Nicolodimus. «¿Por qué? —pregunto—, ¿por qué tiene que leer un papel que llaman decreto presidencial, pero que para mí es sólo el papel de un coronel...? No, no me levanto. ¡No!» Y sigo sentado. Los demás de pie y yo sentado. No me habría levantado de la silla ni que me hubieran hecho pedazos. Tuvieron que celebrar la ceremonia mientras yo estaba así, cómodamente sentado. Nunca he dejado de provocarles. Cuando el teniente coronel fue a buscarme, hacia las dos de la tarde, también le provoqué a él... «Panagulis, eres libre. Recoge tus cosas.» «Yo no recojo nada, recójalo usted. Yo no he pedido que me dejasen salir.»

¿Y él qué dijo?

Oh, él repitió la frase de los otros: «En cuanto estés fuera ya no lo dirás. Descubrirás la “dulce vida” y cambiarás de idea». Luego cogieron mis bolsas y las llevaron hasta la verja, como maleteros. Fue divertido porque dentro de una de las bolsas que me llevaban como maleteros yo había escondido las últimas poesías que he escrito y las pequeñas sierras que utilizaba para cortar los barrotos. Son sierras minúsculas, mira. Pero funcionan. Diecisiete veces encontraron estas sierras, pero siempre conseguí procurarme otras y, cuando salí de Boiati, tenía una docena. Las tengo aquí, ¿ves? Y la próxima vez... Yo siempre espero que vuelvan a prenderme y que me lleven allí. ¡Y quieres que sea feliz!

Pero, cuando estuviste fuera, cuando viste el sol y a tu madre, debió ser muy hermoso.

Ni siquiera fue hermoso. Fue como si me quedara ciego. Hacía tantos años que no salía de aquella tumba de cemento, hacía tantos años que no veía el espacio y el sol. Me había olvidado de cómo era el sol y fuera hacía un sol intenso. Cuando lo vi de cerca, tuve que cerrar los ojos. Luego los abrí un poco, pero sólo un poco, y con los ojos semicerrados empecé a andar. Y andando empecé a descubrir el espacio. Ya no me acordaba de cómo era el espacio. Mi celda tenía un metro y medio por tres y caminando sólo podía dar dos pasos y medio. Descubrir el espacio me dio vértigo. Y lo sentí rodar a mi alrededor como un tiovivo, y me mareé, y estuve a punto de caer. Aun ahora, si camino más de cien metros, me siento cansado y desorientado. No, no fue hermoso. Y si no lo crees no me importa. O sí me importa y me aguanto. Hacía un esfuerzo terrible para andar con todo aquel sol, con todo aquel espacio. Y luego, de repente, en todo aquel sol, en todo aquel espacio, descubrí una mancha. Y la mancha era un grupo de gente. Y de aquel grupo de gente se destacó una figura negra. Y me salió al encuentro y, de repente, se convirtió en mi madre. Y detrás de mi madre se destacó otra figura. Y se convirtió en la señora Mandílaras, la viuda de Nikoforos Mandílaras, asesinado por los coroneles. Y yo abracé a mi madre, abracé a la señora Mandílaras y después...

Después lloraste.

¡No! ¡No lloré! Ni siquiera mi madre lloró. Nosotros somos gente que no llora. Y si acaso se llora, nunca se hace delante de los demás.

En estos años lloré sólo dos veces: cuando asesinaron a Georghatzis y cuando me dijeron que mi padre había muerto. Pero nadie me vio llorar; estaba en mi celda. Y luego..., luego nada. Vine a casa con mi madre, la señora Mandilaras y el abogado. Y en casa encontré a muchos amigos. Estuve con los amigos hasta las seis de la mañana, y luego me fui a la cama, a mi cama, y no me preguntes si me ha conmovido dormir en mi cama, porque no me ha conmovido. ¡Oh, no soy insensible, sabes! ¡No lo soy! Pero me he endurecido. Me he endurecido mucho, y ¿qué otra cosa hay que esperar de un hombre que durante cinco años ha estado enterrado vivo en una tumba de cemento, sin otro contacto con el exterior que los que le golpeaban, le insultaban, le torturaban, o intentaban asesinarlo? No me han ajusticiado después de haber dictado la condena de muerte, es cierto. Pero me han sepultado igual: vivo en lugar de muerto. Y por esto los desprecio. Estaban en su derecho de matarme porque había cometido un atentado. Pero no tenían derecho a enterrarme vivo en lugar de muerto. He aquí por qué no siento más que rabia hacia esos payasos que ahora me permiten dormir en mi lecho.

Alekos, no digas esto. ¿Quieres volver a la cárcel?

Si tuviésemos que mirar las cosas con lógica, tendría que haber vuelto allí antes de llegar a Eritrea. Yo estoy dispuesto a volver a la cárcel en cualquier momento. Desde este momento. Desde ayer, desde anteayer, desde el instante en que me cegó el sol. Te diré más: si es útil que yo esté en la cárcel, estaré contento de volver a la cárcel. Porque ¿a consecuencia de qué tendrían que mandarme otra vez a la cárcel? ¿A consecuencia de lo que digo a los demás o a ti? Pero decir lo que pienso ¿no es acaso uno de mis derechos en un régimen democrático, y no sostiene Papadopoulos que Grecia es una democracia? Papadopoulos está muy interesado en mantenerme fuera y demostrar al mundo que no le importa en absoluto lo que yo diga. Y, si quiere hacerme daño con inteligencia, tendrá que hacerme caer en alguna trampa. Y esto ya lo ha intentado. El día después de mi salida de la cárcel vino aquí un muchacho que decía ser estudiante aunque, hasta por el corte de pelo, se veía en seguida que pertenecía a la policía militar. Me contó que hacía algún tiempo había matado a un norteamericano tomado como rehén para liberar a Panagulis, y luego me pidió algunas metralletas. Lo eché a gritos y telefoné inmediatamente a la policía militar. Pregunté por el jefe, uno de los que me torturaban. No estaba y le dije al telefonista: «Dile que si me manda a otro de sus

agentes provocadores, lo mataré a puntapiés». No han conseguido doblegarme en la cárcel, figúrate si van a hacerlo ahora.

Alekos, ¿no tienes miedo de que te maten?

¡Bah! Dado que quieren aparecer como liberales, como demócratas, no les conviene matarme; por lo menos en este momento. Pero podría ocurrírseles. En marzo de 1970, inmediatamente después del asesinato de Policarpos Georghatzis, el héroe de la guerra de liberación de Chipre y ministro del arzobispo Makarios, lo intentaron. Eran casi las siete de la tarde y yo estaba en el quinto día de una nueva huelga de hambre. De repente oí un silbido y el jergón se incendió. Me tiré al suelo, grité: asesinos, bastardos, bestias, abridme la puerta. Pero pasó más de una hora antes de que me sacasen de allí, antes de que me abriesen la puerta. Una hora durante la cual el jergón se iba quemando, quemando... Ya no veía, ya no podía respirar. Cuando llegó el médico de la cárcel, un joven subteniente, estaba en coma. Como supe más tarde, les dijo que me llevasen en seguida al hospital. Los hombres de la Junta se mostraron del todo indiferentes. A menudo me desmayaba y no podía hablar porque el tórax me dolía e incluso respirar me producía dolores. Después de cuarenta y ocho horas, el joven subteniente consiguió que me visitasen oficiales médicos de más edad y, cuando éstos vieron las condiciones en que me hallaba, se indignaron. El jefe de los oficiales médicos dijo que era un crimen tenerme en la celda y telefonó a sus superiores para protestar. Si es cierto lo que supe más tarde, telefonó incluso al comandante en jefe de las Fuerzas Armadas que ahora es vicepresidente de la seudodemocracia, Odisseo Angelis. Le dijo que su negativa a trasladarme al hospital era un acto delictivo y que lo denunciaría. Y gracias a él finalmente accedieron. En el hospital me encontraron en la sangre un noventa y dos por ciento de anhídrido carbónico. No hubiera resistido más de dos horas, y aunque hubiese superado las dos horas, tampoco hubiera sobrevivido. Pero... ¿tú sabes por qué liberaron a Teodorakis?

A Teodorakis? No.

Porque yo estaba a punto de morir. Y estaba aquel francés en Atenas: Servan Schreiber. Y parecía que había venido para llevarme con él. No me hubieran entregado a Servan Schreiber ni aunque hubiera estado bien, naturalmente. Y, además, estaba en estado de coma debido a la tentativa de asesinarme. De manera que, en previsión del escándalo que estallaría con mi muerte, le regalaron a Teodorakis. Di-

vertido, ¿no? No quiero decir con esto que no me sintiera feliz por la liberación de Teodorakis. Había sufrido mucho en la cárcel... Pero la historia sigue siendo divertida.

Interesante. Pero ¿cómo te las arreglaste para tener pruebas de que habían intentado asesinarte?

Algunos días antes del hecho se habían llevado el jergón para «quitarle el polvo». Sucedió muy raramente, cada tres o cuatro meses. Y, cuando lo devolvieron a la celda, el centinela se me acercó. El centinela era un amigo. Me preguntó: «Alekos, ¿habías escondido algo dentro del jergón?» «No. Nada. ¿Por qué?», pregunté. «Porque he visto al cabo Karakaxas que maniobraba en su interior como si buscara alguna cosa.» No le di importancia al hecho entonces, pero lo primero que pensé cuando el jergón se empezó a quemar es que habían metido fósforo, o plástico o algo por el estilo. Y el primer nombre que me vino a la cabeza fue el de Karakaxas. Naturalmente me acusaron de haberlo incendiado yo mismo. Pero cuando les recordé que desde hacía seis días me habían quitado hasta los cigarrillos y las cerillas, comprendieron que la cosa iba mal. Vino a verme el mayor Kutras, de la policía militar, y me dijo: «Si no le cuentas a nadie lo que ha sucedido, te doy mi palabra de honor de que te dejaremos libre para ir al extranjero». Y como me negué incluso a discutir tal oferta, al cabo de diez días me devolvieron a la celda y, desde aquel momento, me prohibieron hasta las visitas de mi madre. En cuanto a mi abogado, en cinco años no lo he visto nunca. Nunca he recibido sus cartas y él nunca ha recibido las mías. Y también esto demuestra el comportamiento ilegal y criminal respecto a mí. Evidentemente, tenían miedo de que yo revelase el intento de asesinato y por tanto toda mi correspondencia acababa en la mesa del director de la cárcel. Hasta las cartas que le escribía a Papadopoulos. Le escribía a Papadopoulos como jefe moral de la Junta, para expresarle mi disgusto y mi desprecio. Debiera haber tenido el valor de publicar aquellas cartas, o por lo menos de hacerlas publicar. Le he enviado tantas y a tantas direcciones... Y también escribía al presidente del Areópago, el Tribunal constitucional. Le enviaba telegramas para denunciar lo que había hecho conmigo y para decirle que me encontraba mal. Pero tampoco él recibió nunca mis telegramas y...

Y ahora ¿cómo te encuentras, Alekos?

Menos bien de lo que parece. Mi salud no marcha. Me siento siem-

pre débil, agotado. A veces me dan colapsos. Ayer tuve uno y tuve otro apenas salí de la cárcel. No consigo andar ni un rato: tres pasos y me siento. Y, aparte de esto, hay un montón de cosas que no funcionan: el hígado, los pulmones, los riñones. Me han llevado a la clínica y los primeros exámenes no han sido tranquilizadores; el lunes tengo que volver para que me hagan otros. Todas aquellas huelgas de hambre, por ejemplo, me han debilitado. Me dirás: ¿por qué infligirte además aquellas huelgas de hambre? Porque en los interrogatorios las huelgas de hambre es un medio para hacerles frente. Les demuestras que no pueden quitártelo todo porque tienes el valor de rechazarlo todo. Me explicaré mejor. Si rehusas comer y les atacas, ellos se ponen nerviosos y el hecho de estar nerviosos no les permite aplicar una forma sistemática de interrogatorio. Durante las torturas, por ejemplo, si el torturado mantiene una actitud provocadora y agresiva, el interrogatorio sistemático se convierte en una lucha personal del propio torturado. ¿Comprendes? Quiero decir que, con la huelga del hambre, el cuerpo se debilita, lo que no permite que continúe el interrogatorio porque es inútil interrogar y torturar a alguien que pierde el conocimiento. Estas condiciones se producen al cabo de tres o cuatro días sin comida ni agua, sobre todo si pierdes sangre por las heridas producidas por las torturas. De esta manera se ven obligados a trasladarte al hospital y... Oh, también mis recuerdos del hospital son dolorosos. Intentaban alimentarme con un tubo de plástico que me introducían en la nariz. Sufría mucho, aunque tenía la sensación de ganar tiempo. Y luego...

¿Y luego?

Luego, del hospital me llevaban otra vez a la sala de torturas y continuaban torturándome. Entonces yo hacía otra huelga de hambre, les provocaba otra vez, y otra vez me mostraba despreciativo y agresivo. Y su sistema fallaba de nuevo. Y de nuevo se veían obligados a llevarme al hospital donde, de nuevo, intentaban alimentarme con la sonda en la nariz. También el comportamiento de algunos médicos era desagradable. En el hospital, mis torturadores continuaban el interrogatorio, pero de manera menos consistente porque allí no podían usar sus métodos, por supuesto. Ganaba tiempo, repito, y esto era sumamente importante para mí. En pocas palabras: me hubiera resultado de todo punto imposible renunciar a la huelga de hambre. Era un arma absolutamente indispensable.

Durante los interrogatorios lo comprendo... Pero después, Alekos, en la cárcel...

En la cárcel no tenía un medio más eficaz para expresar mi disgusto, mi desprecio, y para demostrarles que no podían doblegarme. Ni aunque fuera un detenido. Rebelándome a través de la huelga de hambre tenía la sensación de no estar solo y ofrecer algo a la causa de Grecia. Pensaba que si mantenía una actitud firme, valerosa, los soldados, los guardias y los mismos oficiales comprenderían que yo estaba allí representando a un pueblo decidido a vencer. Además, muchas de las huelgas de hambre que hice en la cárcel estaban provocadas por el comportamiento de que hacían gala respecto a mí. Me negaban hasta un periódico, un libro, un lápiz, un cigarrillo. Y para conseguir un periódico, un libro, un lápiz, un cigarrillo, rechazaba la comida. Durante días y días. Hice una huelga que duró cuarenta y siete días, otra que duró cuarenta y cuatro, otra cuarenta, otra treinta y siete, dos de treinta y dos, una de treinta, cinco entre veinticinco y treinta días... Hice muchas. Y, pese a ello, nunca dejaron de pegarme. Nunca. Recibí muchos golpes en aquella celda. Las costillas que me rompieron cuando me pegaban con barras de hierro apenas están curadas.

¿Cuándo te pegaron por última vez?

Si hablas de palizas serias, el 25 de octubre de 1972: al trigésimo quinto día de una huelga de hambre. Vino Nicholas Zakarakis, el director de la cárcel de Boiati, y yo estaba tendido en el jergón. Ya no tenía fuerzas y casi no podía respirar. De todas maneras, empezó a insultarme y a decir que me habían pagado por el atentado a Papadopoulos y que había colocado el dinero en Suiza. Y no me dio la gana de callar. Reuní la escasa voz que me quedaba y le grité: «¡Malakas! ¡Puerco Malakas!» Malakas, en griego, es una palabra fea. Zakarakis reaccionó con tal lluvia de golpes que aún me molesta recordarlo. Habitualmente, yo me defendía. Pero aquel día no podía mover un dedo y... También el 18 de marzo me propinaron otra paliza. Me habían atado a la cama y me golpearon durante hora y media. Cuando el doctor Zografos levantó la sábana y vio mi cuerpo, cerró los ojos horrorizado. Era un cuerpo negro como la tinta, de la cabeza hasta los pies. Me habían golpeado sobre todo sobre los pulmones y los riñones, y durante dos semanas escupí sangre y oriné sangre. ¿Cómo quieres que me encuentre bien ahora? Además, lo de orinar sangre se debe a otra cosa que me hicieron durante el interrogatorio.

No te lo preguntaré, Alekos.

¿Por qué no? Es una cosa que también conté en el proceso y de la que informé a la Cruz Roja Internacional. Me la hacía Babalis, uno de mis torturadores. Mientras yacía desnudo, atado a aquella cama de hierro, me introducía en la uretra un hilo de hierro. Una especie de aguja. Luego mientras los otros gritaban obscenidades, con el encendedor calentaban el trozo de hierro que quedaba fuera. Una cosa tremenda. Preguntarás: «Pero ¿no te hicieron el electrochoc?» No, no lo saben hacer. Pero me hicieron esto y, cuando se habla de torturas, ¿cómo se hace para determinar cuál es la peor? ¿Estar diez meses esposado, diez meses digo, día y noche, no es acaso una tortura? Diez meses, día y noche. Sólo a partir del noveno mes, me liberaron las muñecas durante algunas horas. Dos o tres horas por la mañana, ante la insistencia del médico de la prisión. Tenía las manos hinchadas, las muñecas me sangraban y en muchos puntos mostraban llagas purulentas... Conseguí informar a mi madre que presentó al procurador general una acusación oficial, escrita. Y aquella acusación es una prueba porque, si mi madre hubiese escrito una falsedad, ellos la habrían incriminado; ¿sí o no? ¿Acaso no incriminaron a la señora Manganis cuando reveló que su marido, Giorgio Manganis, había sido torturado? Metieron en la cárcel a esta gran señora, aunque había dicho la verdad. Pudieron permitirselo porque, en su caso, habría sido difícil probar la acusación. Pero en mi caso no. No podían encarcelar a mi madre: las pruebas existían. Y evidentes. Eran las heridas y las cicatrices que llevaba por todo el cuerpo. Si tuviera que hacer la lista de las torturas... Mira estas tres cicatrices en la parte del corazón. Me las hicieron el día en que me rompieron el pie izquierdo con la «falanga». Naturalmente, me hacían siempre la «falanga», que consiste en golpear las plantas de los pies con un palo hasta que el dolor te llega al cerebro y te desmayas. Yo la soportaba bastante bien. Pero aquel día, Babalis golpeó con tal fuerza que me rompió el pie izquierdo. Cinco minutos después, llegó Constantino Papadopoulos, el hermano de Papadopoulos. Me puso la pistola en la sien y gritó: «¡Ahora te mato, ahora te mato!», y me golpeaba. Mientras él me golpeaba, Theofilyannakos me pinchaba sobre el corazón con una plegadera de hierro, despuntada: «¡Te la clavo en el corazón, te la clavo en el corazón!» Son estas tres cicatrices.

¿Y estas cicatrices de las muñecas?

Oh, éstas me las hicieron cuando fingían cortarme las venas. Nada grave. Sólo me hacían cortes superficiales. Además, ¿sabes?, tengo cicatrices por todo el cuerpo. De vez en cuando, descubro una y me digo: y ésta, ¿cuándo me la hicieron? A la tercera semana de torturas, ya no les hacía caso. Sentía que la sangre me corría por un lado, que la carne se abría por otro, y sólo pensaba: «Otra vez». Empezaban las torturas habituales azotándome con un cable. Lo hacía Theofiloyannakos. O me colgaban del techo por las muñecas y me dejaban así durante horas. Es duro porque la parte superior del cuerpo, al cabo de poco rato, queda como paralizada. Quiero decir que no sientes ni los brazos ni la espalda. No puedes respirar, no puedes gritar, no puedes rebelarte de ninguna manera y... Ellos sabían todo esto, naturalmente, y cuando llegaba a este punto me pegaban bastonazos en los riñones. ¿Sabes a lo que no me acostumbré nunca? A la sofocación. También me la hacía Theofiloyannakos, tapándome con ambas manos la nariz y la boca. Era lo peor de todo. ¡De todo! Me tapaba la nariz y la boca durante un minuto, mirando el reloj, y sólo me dejaba tomar aliento cuando me ponía morado. Dejó de hacerlo con las manos cuando le mordí. Un mordisco que casi le arranco un dedo. Pero entonces empleó un cobertor y... Otra cosa que soportaba mal eran los insultos. Nunca me torturaban en silencio. Nunca. Gritaban, gritaban... Con voces que no eran voces sino aullidos... y luego los cigarrillos encendidos en los testículos... Oye, ¿por qué quieres saber estas cosas sólo de mí? No es justo. No me las han hecho sólo a mí. Ve al hospital militar 401, si te parece, y pregunta por el mayor Mustaklis. A él, durante el interrogatorio, le hicieron el *aloni*. ¿Sabes qué es el *aloni*? Los torturadores se ponen en círculo, te lanzan al centro y te golpean todos a la vez. A él le golpearon sobre todo en la columna vertebral y en la nuca. Quedó completamente paralítico. Yace en un lecho como un vegetal, y los médicos le definen «clínicamente muerto».

Quisiera preguntarte una cosa, Alekos. Antes de que sucediese esto, ¿soportabas bien el dolor físico?

¡Oh, no! No. El mínimo dolor de muelas me hacía sufrir mucho y no soportaba la vista de la sangre. Sufría incluso viendo sufrir a la gente y admiraba con incredulidad a las personas capaces de soportar el dolor físico. Pero el hombre es una criatura extraordinaria, llena de sorpresas. Es increíble cómo puede cambiar un hombre, y es maravilloso cómo un hombre puede revelarse capaz de soportar lo insoporta-

ble. Aquel retórico proverbio de «el acero se templea con el fuego» es absolutamente cierto, ¿sabes? Yo, cuanto más me atormentaban, más duro me volvía. Cuanto más me atormentaban, más resistía. Algunos dicen que, en las torturas, se invoca la muerte como una liberación. No es cierto. Al menos para mí. Mentiría si dijese que nunca tuve miedo, pero también mentiría si dijese que deseaba morir. Es la última idea que me hubiera pasado por la cabeza: morir. Pensaba sólo en no ceder, en no hablar, en rebelarme. ¡Si supieras cuántas veces les he golpeado también yo! Si no estaba atado a la cama de hierro, la empujaba a patadas, a mordiscos, a puntapiés. Era utilísimo porque entonces se enfurecían más y me golpeaban aún más fuerte y yo me desmayaba. Siempre quería desmayarme, porque es como reposar. Luego volvían a empezar, pero...

Disculpa, Alekos. Tengo una curiosidad. ¿Tú sabías que el mundo entero se estaba ocupando de ti y protestaba por ti?

No. Me enteré el día en que ellos entraron en mi celda enarbolando los periódicos y gritando: «Los tanques rusos han entrado en Checoslovaquia. Ahora ya nadie tendrá tiempo ni ganas de ocuparse de ti». Y luego lo comprendí cuando me mostraron a los periodistas después de mi primera tentativa de fuga. Eran muchos, de muchos países. Y yo me dije: «Entonces, lo saben». Y sentí como una caricia en el corazón. Y me pareció que estaba menos solo. Porque la cosa peor, ¿sabes?, no es sufrir. Es sufrir solo.

Continúa tu relato, Alekos.

Decía que, cuando me insultaban «criminal, bastardo, traidor» y otras vulgaridades irrepetibles, yo les insultaba a ellos. Les chillaba cosas espantosas. Por ejemplo: «¡Me tiraré a tu hija!» Pero fríamente, sin perder la cabeza, ¿me explico? Yo, que soy tan pasional, con la rabia me vuelvo frío. Un día me enviaron a un oficial proclive al interrogatorio psicológico. Uno de aquellos que dicen: «Querido, es-mejor-que-hables». Puesto que era tan amable, le pedí un vaso de agua. Me lo hizo traer, presuroso. Pero cuando tuve el vaso en la mano, en lugar de beber el agua, lo rompí. Después, con el vaso roto, me lancé contra aquellos bandidos. Herí a dos o tres antes de que se me echasen encima y me derribaran al suelo, sobre los trozos de vidrio, uno de los cuales me cortó casi por la mitad el meñique derecho. Hasta me cortó el tendón, mira. No puedo mover este dedo. Es un dedo muerto. Y ¿sabes qué hizo aquel bestia de Babalis? Llamó al doctor y, sin desa-

tarme las manos que llevaba atadas a la espalda, me hizo coser el meñique. Así, sin anestesia. ¡Espantoso! Aquel día grité. Grité como un loco.

Oye, Alekos, ¿nunca sentiste intenciones de hablar?

¡Nunca! ¡Nunca! ¡Nunca! Nunca dije nada. Nunca. Jamás prometí a nadie. Jamás. Puesto que había asumido toda la responsabilidad del atentado, ellos querían saber quién habría asumido la responsabilidad del gobierno si el atentado hubiera tenido éxito. Pero de mi boca no salió ni media palabra. Un día que estaba tendido en la cama de hierro y ya no podía más, me trajeron un griego que se llama Brindisi. Había hablado y lloraba. Y llorando decía: «Basta, Alekos. No sirve de nada. Habla, Alekos». Pero yo pregunté: «¿Quién es este Brindisi? No conozco más Brindisi que un puerto italiano». El mismo día me trajeron a Avramis. Avramis era un miembro de la Resistencia griega, y era ex oficial de policía, un hombre valeroso, honesto. Negué que lo conociera y negué que perteneciera a la Resistencia griega. Theofiloyannakos gritaba: «Como ves, él te conoce. Ya lo ha admitido. Reconócelo tú también y acabaremos para siempre con este asunto». Yo le contesté: «Escucha, Theofiloyannakos. Si te tuviera durante una hora en mis manos, te haría confesar cualquier cosa. Incluso que has violado a tu madre. No conozco a este hombre. Lo habéis torturado y ahora dice lo que vosotros queréis». Y Theofiloyannakos: «Tanto si hablas como si no, nosotros diremos que has hablado». Escúchame: ni siquiera bajo las torturas más atroces he traicionado a nadie. A nadie. Y ésta es una cosa que hasta esos bestias respetan. La dirección de mis torturas estaba confiada al jefe de policía, el entonces teniente coronel y ahora general Joannidis. Una noche, viéndome escupir sangre, sacudió la cabeza y dijo: «No hay nada que hacer. Es inútil insistir. Sucede una vez entre cien mil que alguien no hable. Pero aquí tenemos un caso. Es demasiado duro este Panagulis. No hablará». Joannidis ha dicho siempre: «El único grupo que no estamos seguros de haber diezmado es el de Panagulis. Ese tigre rompía las esposas». Bueno, tal vez no está bien que te lo cuente. A lo mejor crees que soy un vanidoso y escribes que me gusta hablar de mí. Pero te lo digo porque es una gran satisfacción. ¿No es justo?

Sí. Lo es. Y ahora quisiera saber otra cosa, Alekos. Ésta: después de tanto sufrir, ¿eres aún capaz de amar a los hombres?

¿Amarles aún? ¡Amarles más, querrás decir! ¿Cómo se te ha po-

dido ocurrir semejante pregunta? ¿No creerás que identifico a la humanidad con los bestias de la policía militar griega? ¡Pero se trata de un puñado de hombres! ¿No te dice nada que en todos estos años hayan sido siempre los mismos? ¡Siempre los mismos! Mira: los malos son una minoría. Y por cada malo hay mil, diez mil buenos: sus víctimas. Aquellos por quienes hay que luchar. ¡No se puede, no se debe ver todo tan negro! ¡He encontrado tanta gente buena en estos cinco años! Incluso entre los policías. ¡Sí, sí! ¡Piensa sólo en los soldaditos que arriesgaban la piel para llevar mis cartas, mis poesías, fuera de la prisión! ¡Piensa en todos los que me han ayudado en las tentativas de fuga! Piensa en los médicos que me hicieron llevar al hospital y ordenaban a los guardias que no me ataran por los tobillos a la cama. «No puedo hacerlo», respondían los guardias. Y los médicos: «¡Esto no es una cárceel! ¡Esto es un hospitaal!» ¿Y el tal Panayotidis que participaba en las torturas y me escupía siempre encima? Un día se acercó a mí muy confuso y me dijo: «Alekos, lo siento. He hecho lo que me mandaban hacer. Lo hubiera hecho aunque se hubiese tratado de mi padre. No tengo el valor de negarme. Perdóname, Alekos». Oh, el Hombre...

¿Quieres decir que el Hombre es fundamentalmente bueno, que el Hombre nace bueno?

No. Quiero decir que el Hombre nace para ser bueno y que más a menudo es bueno que malo. Y mira: a mí, para aceptar a los hombres, me basta aquello que me sucedió cuando estaba en el hospital después de la tentativa de asesinarme con el jergón en llamas. Había en aquella sala una anciana asistenta. Una de esas viejas que friegan los suelos y limpian los lavabos. Un día se me acercó, me acarició la frente y me dijo: «¡Pobre Alekos! ¡Estás siempre solo! ¡Nunca hablas con nadie! Esta tarde vengo aquí, me siento a tu lado, y me cuentas cosas, ¿eh?» Luego se dirigió a la puerta y allí la detuvieron los guardias que se la llevaron. No vino aquella tarde. Yo la esperé, pero no vino. No la vi más. Nunca he sabido qué le hicieron y...

¿Lloras, Alekos? ¿¡Tú?!?

No lloro. Yo no lloro. Yo me conmuevo. La amabilidad me conmueve. La bondad me conmueve. Y ahora estoy conmovido. ¿Comprendes?

Comprendo. ¿Eres religioso, Alekos?

¿Yo? No. Quiero decir que no creo en Dios. Si me hablas de Dios, te daré la respuesta de Einstein: creo en el Dios de Spinoza. Llámalo panteísmo, llámalo como te parezca. Y si me hablas de Jesucristo, te diré que me parece bien porque no lo considero hijo de Dios sino hijo de los hombres. El solo hecho de que su vida haya estado inspirada por la voluntad de aliviar el dolor humano, el solo hecho de que haya sufrido y muerto por los hombres y no por la gloria de Dios, me basta para considerarlo grande. El más grande de todos los dioses inventados por el Hombre. Verás, el hombre no puede prescindir de la idea del amor porque no puede vivir sin amor. Yo he recibido mucho odio en la vida, pero también he recibido mucho amor. De niño, por ejemplo. Fui un niño feliz porque crecí en una familia en que nos amamos mucho. Pero no era sólo una cuestión de familia. Era una cuestión... ¿cómo decirlo? De descubrimientos. Por ejemplo, durante la ocupación italiana nos habíamos refugiado en la isla de Leucade donde había muchos soldados italianos. Me llamaban siempre: «¡Pequeño, pequeño, pequeño!», y me regalaban algo: una chocolatina, una galleta. Mi padre, oficial del ejército, no quería que lo aceptase y pretendía que tirase aquellos regalos. Mi madre, en cambio, no: «Cógela y da las gracias». Mi madre sabía que no lo hacían para insultarme sino para ser amables. Sabía que no eran soldados malos sino hombres buenos. He sido menos feliz luego, de mayor. No es fácil sentirse completamente feliz cuando te das cuenta de que a los demás no siempre les importan las mismas cosas que te importan a ti. Y cuando veía a mis coetáneos indiferentes a los problemas de la vida, yo..., bueno, no era capaz de ser feliz. Como hoy.

Es curioso, Alekos; hablas como un hombre que ni siquiera puede concebir la idea de un atentado, la idea de matar.

Yo, antes del 21 de abril, o sea, antes del advenimiento de los coroneles, ni siquiera concebía la idea de matar. No hubiera podido hacer daño ni a mi peor enemigo. Aun hoy, la idea de matar me repugna. No soy un fanático. Quisiera que todo cambiase, en Grecia, sin una gota de sangre. No creo en la justicia aplicada de modo personal. Y creo mucho menos en la palabra venganza. Ni siquiera para quienes me han torturado concibo la palabra venganza. Uso la palabra castigo y pienso únicamente en un proceso. Me bastaría que les condenasen a un solo día de cárcel donde yo he estado cinco años. Creo demasiado en la ley, en el derecho, en el deber. De hecho, nunca le he discutido a Papadopoulos el derecho a procesarme y condenarme.

Siempre he protestado por el modo como cumplían sus órdenes, por las palizas que me daban, por las crueldades que me infligían, por la tumba de cemento en la que me tenían prohibiéndome incluso leer o escribir. Pero cuando uno hace lo que yo hice, el atentado quiero decir, no va contra la ley. Porque actúa en un país sin ley. Y a la no-ley, se responde con la no-ley. ¿Me explico? Mira, si tú vas por la calle y no molestas a nadie, y yo la emprendo a bofetadas contigo y tú no puedes denunciarme porque la ley no te protege, ¿qué piensas? ¿Qué haces? Fíjate: he hablado de bofetadas, de nada más. Una bofetada ni siquiera hace daño, es sólo un insulto. ¡Pero incluso siendo así, tiene que existir una ley que me prohíba emprenderla a bofetadas contigo! ¡Una ley que me prohíba incluso darte un beso si tú no quieres! Y si esta ley no existe, ¿qué haces tú? ¿No tienes acaso el derecho de reaccionar y tal vez de matarme para que no te moleste más? ¡Tomarte la justicia por tu mano se convierte en una necesidad! Más bien en un deber. ¿Sí o no?

Sí.

No me da miedo decírtelo: también conozco el odio. Amo mucho al amor y estoy lleno de odio hacia los que matan la libertad, hacia los que la han matado en Grecia, por ejemplo. Es difícil decir ciertas cosas sin parecer retórico, pero... Hay una frase que se encuentra a menudo en la literatura griega: «Feliz de ser libre y libre de ser feliz». De modo que cuando un tirano muere de muerte natural en su cama, yo... ¿Qué quieres que le haga? Me siento trastornado por la rabia. Me siento lleno de odio. Según mi opinión, es un honor para los italianos que Mussolini haya tenido el fin que tuvo y es una vergüenza para los portugueses que Salazar haya muerto en su cama. No se puede aceptar que toda una nación se convierta en un rebaño. Y escucha: yo no sueño una utopía. Sé muy bien que la justicia absoluta no existe, que no existirá nunca. Pero sé que existen países donde se aplica un proceso de justicia. Y lo que yo sueño es un país en el que si eres agredido, insultado, privado de tus derechos, puedas pedir justicia a un tribunal. ¿Es mucho pretender? ¡Bah! A mí me parece que es lo mínimo que puede pedir un hombre. He aquí por qué la emprendo contra los cobardes que no se rebelan cuando sus derechos fundamentales son violados. En las paredes de mi celda escribí: «Odio a los tiranos y me dan náuseas los cobardes».

Es una pregunta difícil. ¿Qué sentiste cuando te condenaron a muerte?

De momento, nada. Nada. Lo esperaba. Estaba preparado y por tanto no sentí nada, salvo la consciencia de contribuir con mi muerte a una lucha que se continuaría a través de otros

¿Y estabas seguro de que te fusilarían?

Sí. Absolutamente seguro.

Alekos..., ésta es una pregunta aún más difícil. No sé si querrás contestarla. ¿Qué piensa un hombre que está a punto de ser fusilado?

También me lo he preguntado yo. Muchas veces. Y he intentado decirlo en una poesía que escribí mentalmente la mañana en que vinieron a preguntarme si pedía el indulto y contesté que no... Es una poesía que expresa bien la idea de lo que pensaba en aquel momento. «Como las ramas de los árboles escuchan / los primeros golpes del hacha / así / aquella mañana / llegaban las órdenes / a mis oídos. / En el mismo momento / antiguos recuerdos / que creía muertos / inundaban mi pensamiento / como sollozos / sollozos lacerantes del pasado / por un mañana que no llegaría. / La voluntad / aquella mañana / era sólo deseo. / La esperanza / también se perdía, / pero ni siquiera un momento me arrepentí / de que el pelotón esperase». Y mira, que yo sepa, hay tres escritores que lo han contado de un modo muy parecido al que yo he intentado. Uno es Dostoievsky en *El Idiota*. Otro Camus en *El extranjero*. Y el tercero es Kazantzakis en el libro en que cuenta la muerte de Cristo. Lo que decía Dostoievsky, lo sabía; había leído *El idiota*. Pero *El extranjero* no lo había leído y cuando lo leí mucho tiempo después, en Boiati, me impresionó descubrir que había experimentado las mismas cosas mientras esperaba la hora de la ejecución. Me refiero a todas las cosas que uno querría hacer si no estuvieran a punto de cortarle la cabeza. Escribir una poesía, por ejemplo, o una carta. Leer un libro, crearse una pequeña vida en aquella pequeña celda. Una vida igualmente maravillosa por ser vida... Pero sobre todo me impresionó leer la versión de Kazantzakis sobre la muerte de Cristo. En aquel libro, Cristo en la cruz, cierra los ojos y duerme. Y sueña un sueño que es un sueño de vida. Sueña que... Pero no quiero hablar de eso. No es hermoso hablar de esto.

No importa, de todas maneras he comprendido que soñaste que hacías el amor con una mujer. En el libro de Kazantzakis, Cristo sueña que ama a Marta y María, las hermanas de Lázaro. Ya... diez minutos de sueño para soñar la vida... Es justo, es hermoso. El resto de la noche ¿cómo lo pasaste?

La celda era una celda desnuda, sin ni siquiera un catre. Me habían puesto una manta en el suelo. Estaba esposado. Siempre esposado. Durante un rato estuve así esposado, tumbado en el suelo. Luego me levanté y me puse a hablar con los guardianes. Mis guardianes eran tres suboficiales. Jóvenes, sobre los veintiún años. Tenían el aspecto de buenos chicos y no me demostraban ninguna hostilidad, más bien parecían tristes por mí, abatidos por la idea de que dentro de poco me fusilarían. Para darles ánimos me puse a discutir de política. Me dirigía a ellos como si me dirigiera a los estudiantes en una manifestación. Les explicaba que no debían permanecer inertes, que tenían que combatir por la libertad. Y ellos me escuchaban con respeto. Incluso les recité una poesía que había escrito: *Los primeros muertos*. Aquella sobre la que Teodorakis ha compuesto una canción. Mientras la recitaba, ellos escribían los versos sobre los paquetes de cigarrillos. Luego, con el cambio de guardia, llegaron otros tres, y tras éstos otros, entre los cuales había uno que cantaba en el coro de una iglesia. Me dejé arrastrar a un juego cruel. Le pedí que me cantase lo que cantan en las misas fúnebres. Me lo cantó. Y yo, siempre bromeando, le dije: «Hay algunas palabras que no me gustan. Cuando cantes para mí, en la misa de funeral, no digas estas palabras. Por ejemplo, no me llames siervo-del-Señor. Nadie es siervo de nadie. Ningún hombre debe ser siervo de nadie. Ni siquiera del Señor». Y él prometió que no cantaría para mí aquellas palabras, que no me llamaría siervo-del-Señor. Luego abandonamos aquel juego cruel y pasamos a cantar algunas canciones de Teodorakis.

Alekos..., ¿qué siente un hombre cuando le dicen que ya no le fusilarán?

Nunca me dijeron que se había suspendido la pena de muerte. Durante tres años no me lo dijeron. Y la pena de muerte, en Grecia, es válida por tres años. En cualquier momento, durante aquellos tres largos años, hubieran podido abrir la puerta de mi celda y decir: «Vamos, Panagulis. El pelotón de ejecución te espera». La primera mañana, yo esperaba que me fusilasen hacia las cinco o las cinco y media. Hasta la fosa estaba preparada. Cuando vi que pasaban las cinco y media, y las seis, y las seis y media, las siete, empecé a sospechar que había algo de nuevo. Pero no pensé que hubieran suspendido la ejecución; pensé que la habrían retrasado algunas horas. Tal vez el helicóptero había sufrido un retraso, tal vez el procurador se había encontrado con algún obstáculo burocrático... Luego, hacia las ocho, vino un pelotón a la puerta de mi celda. Y me dije: «Ya estamos», pero al-

guien dio una orden y el pelotón se alejó. En seguida me dijeron que aquella mañana no me fusilarían porque era la fiesta de la Presentación de la Virgen y, por tanto, no había ejecuciones. Me fusilarían al día siguiente, el 22 de noviembre. Volvió la espera del amanecer, y la segunda noche fue como la primera, y al amanecer estaba de nuevo dispuesto. Llegó un oficial y me dijo: «Firma la petición de gracia y no te fusilarán». Rehusé y, en el mismo momento en que rehusaba, oí a otro oficial que, secamente, daba una orden a los soldados: fuera. Y pensé: «Ahora sí que ya está. Ahora va en serio». Pero no sucedió nada y por la tarde me sacaron de la cárcel de Egina. Me llevaron al puerto militar y allí, con la motonave P21, me llevaron al despacho de la policía militar. Al de los interrogatorios. Allí había un oficial que me dijo: «Panagulis, los periódicos han anunciado ya tu fusilamiento. Ahora podremos interrogarte como nos gusta a nosotros. Te haremos decir todo lo que queramos y morirás bajo las torturas. Y nadie lo sabrá, porque todos creen que ya te han fusilado». Era sólo una perversa amenaza; aquel día no me torturaron. Al amanecer del 23 de noviembre, me hicieron subir a un automóvil y me dijeron: «Panagulis, las bromas han terminado. Te llevamos a la ejecución». Pero me llevaron a Boiati.

Alekos, me pregunto cómo te las has arreglado para mantener una mente lúcida después de haber pasado cinco años solo y sepultado en una caja de cemento un poco mayor que un lecho. ¿Cómo lo has conseguido?

Sencillamente, rechazando la idea de haber sido derrotado. Nunca me sentí derrotado. Por esto no dejaban de golpearme. Cada día era una nueva batalla. Porque quería que cada día fuese una nueva batalla. Nunca me he permitido a mí mismo caer en la inercia. Pensaba en mi pueblo oprimido y mi rabia se convertía en energía. Esta energía que me ayudaba a imaginar siempre nuevos medios para escapar. No quería huir por el simple hecho de huir, para no estar ya más en la cárcel. Quería huir para continuar mi lucha, para estar de nuevo con mis compañeros. Había entrado en la lucha decidido a darlo todo de mí, y la desesperación nacía de la certeza de haber dado demasiado poco, de haber hecho demasiado poco. Cuando Grecia fue trastornada por la dictadura, yo dije a mis amigos: «Mi única ambición es la de dar mi vida para poner fin a esta dictadura, mi único deseo es el de ser el último muerto de esta batalla. No para vivir más que los demás, sino para dar más que los demás». Y hoy, con toda sinceridad, puedo decir lo mismo a mis amigos y no me importa que nuestros enemigos lo se-

pan. Lo prefiero. No me hago en absoluto ilusiones de estar vivo el día en que se celebre la victoria, pero creo de todo corazón que llegará a celebrarse este día. Mas para que esto suceda, tengo que seguir luchando. Y esta idea, junto a la idea de huir, me ayudó a no volverme loco.

Pero ¿cómo querías escapar de aquella tumba?

De las formas más increíbles. Ante todo, pensaba en la manera de enviar mensajes a mis compañeros... Aun sabiendo que había poquísimas probabilidades de que la fuga tuviera éxito, la idea no me abandonaba nunca. Nunca. Mi principio era el de hoy: fallar es mejor que abandonarse a la inercia. Ahora te voy a contar dos tentativas que fallaron, pero que me parecen divertidas. Una tarde, los guardias abrieron la puerta de mi celda, a la hora de siempre, y no me encontraron dentro. Como había previsto, aquellos mentecatos se dejaron ganar por el pánico y empezaron a gritar, a resoplar, a acusarse recíprocamente, a buscarme en las paredes, en el techo y no pensaron en mirar en el único lugar donde hubiera podido esconderme: debajo del catre. Estaba bajo el catre y me divertía mucho escuchándoles: «Eres tú quien ha entrado en la celda esta mañana». Y el otro: «¡Eres tú el que tiene las llaves!» «¡Basta, no nos peleemos! Pensemos más bien en encontrarlo.» Y corrió, fuera de la celda, a dar la alarma: dejando la puerta abierta. Me lancé afuera y corrí, en la oscuridad, unos cincuenta metros. Me escondí tras un árbol. De este árbol pasé a otro, luego a la sombra de la cocina y de allí a la muralla. El campamento era un único grito: «¡Alarma, alarma!» También yo gritaba, pero diciendo: «¡Cesó la alarma!» Esperaba que alguien me oyese y lo creyera. Sólo me faltaba saltar el muro. Estaba a punto de hacerlo cuando un soldado me vio y me detuvo.

¿Cómo te sentiste cuando te detuvieron?

No muy feliz, claro. Pero no me enfurecí y pensé: no importa, la próxima vez irá mejor. La próxima vez fue con una pistola de jabón. Me la había hecho yo, usando miga de pan y jabón, y luego la había pintado de negro con la punta de las cerillas usadas. ¿Sabes?, una cerilla cada vez, como si fuese una plumilla. El cañón lo había hecho con el papel de un paquete de cigarrillos y parecía totalmente un cañón de metal. Una tarde entraron como de costumbre en la celda para traerme la comida y... les apunté con mi pistola. Eran tres. Se asustaron tanto que el que llevaba la bandeja, la dejó caer. En cambio los

otros dos parecieron paralizados. Todo era tan cómico que no pude continuar: el impulso de reír era demasiado fuerte. No me creerás, pero si no hubiera sido por aquellas ganas de reír tal vez hubiera conseguido escapar. Pero me quedó el consuelo de haberme divertido. Que no es poco.

Pero ¿cuántas veces has intentado escapar, Alekos?

Muchas veces. Una vez, por ejemplo, excavando la pared de la celda con una cuchara. Era en octubre de 1969 y, en aquel tiempo, había logrado que me pusieran un water-closet en la celda. Y luego, con una huelga de hambre, conseguí también que me pusieran una cortina delante del water-closet. Elegí aquel lugar para hacer el agujero: la cortina me servía de parapeto. Trabajé por lo menos quince días y el 18 de octubre el agujero estaba hecho. Me introduje en él, pero no conseguí pasar al otro lado porque llevaba demasiadas ropas encima. Tuve que quitármelas, tirarlas fuera del agujero y meterme otra vez dentro. Esto me perdió. En efecto, pasó un guardia, vio los vestidos y dio la alarma. Inmediatamente cayeron sobre mí. El interrogatorio empezó en seguida. No querían creer que hubiese excavado la pared sólo con una cuchara. Me torturaron para saber cómo lo había hecho. ¡Oh, no puedes imaginar cómo me torturaron! Después de las torturas, me devolvieron a la celda y me quitaron hasta el camastro. Volví a dormir en el suelo, sobre una manta y esposado. Dos días más tarde reapareció Theofiloyannakos: «¿Cómo lo hiciste?» «Con una cuchara, ya lo sabes.» «¡No es posible! ¡No es cierto!» «¡Y a mí qué me importa si lo crees o no, Theofiloyannakos!» Y fue el principio de otros puñetazos, de otros puntapiés. Quince días más tarde, vino incluso un general, Fedón Ghizikis. Muy amable, muy educado. «No puedes quejarte, Alekos, si te tienen esposado. Después de todo has hecho un agujero en la pared con una cuchara.» Y yo: «¿No creerá usted a esos imbéciles? ¿No tomará en serio la historia de la cuchara? ¿Qué? ¿Acaso una pared es como un flan?» Le sentó mal. Y por aquello tuve que recurrir otra vez a la huelga de hambre. No querían devolverme el camastro ni quitarme las esposas. Por último me las quitaron y me devolvieron el catre, después de cuarenta y siete días de alimentarme sólo con algunas gotas de café. Escribí una poesía.

¿Cuál?

La que se titula «Quiero». «Quiero rezar / de la misma manera que quiero blasfemar. / Quiero castigar / con la misma fuerza con que

quiero perdonar. / Quiero dar / con la misma fuerza con que lo quería al principio. / Quiero vencer, / puesto que no puedo ser vencido.» Pero ahora te contaré otra tentativa. La de finales de febrero de 1970. En enero me habían trasladado al Centro de Adiestramiento de la policía militar en Gudí y entre los guardias había un amigo. Plané en seguida una nueva fuga. Mi celda estaba cerrada con dos candados. Le pedí a mi amigo que comprara en el mercado todos los candados que pudiese, parecidos a aquellos dos. Y junto a los candados, las llaves. Me trajo un centenar. Las probamos una por una y una de ellas era la que buscábamos. Pero abría sólo un candado, evidentemente. Había que encontrar la segunda. Le dije que volviera al mercado y que comprase más candados. Lo hizo y, dos días después, el 18 de febrero, estaba él de guardia: de las ocho a las once de la mañana, de las diez a la medianoche más tarde. Empleamos la mañana probando los nuevos candados y encontramos la llave que abría el segundo candado. Me volví loco de alegría: escaparía aquella noche. Más bien nos escaparíamos porque él no podía quedarse allí después de la fuga. Todo estaba preparado. Parecía imposible ningún fallo. Y, sin embargo... Dos horas después, hacia las once de la mañana, fueron a buscarme y me llevaron de nuevo a Boiati, donde me habían construido una celda especial. De cemento armado. El traslado a Gudí, ahora lo comprendía, había sido sólo mientras me construían la nueva celda. Una celda segura, de cemento armado.

¿La celda en que estuviste hasta el otro día?

Sí. Y me encerraron allí. También de esta celda intenté huir. La primera vez, el 2 de junio de 1971. Entonces me trasladaron de nuevo al Centro de la policía militar, pero también aquí intenté la fuga: el 30 de agosto. Fue la fuga que tuvo más publicidad porque estaba implicada Lady Fleming y siguió todo aquel proceso. Mira, el secreto es no resignarse, no sentirse nunca una víctima, no comportarse como una víctima. Yo nunca me he hecho la víctima, ni siquiera cuando me consumía por las huelgas de hambre. Siempre he imaginado nuevas soluciones para escapar y siempre me he mostrado de buen humor o agresivo. Aunque reventara de tristeza. La tristeza... La soledad... La que he contado en aquel libro de poesías que ganó el premio Viareggio. Mira: a la soledad se la vence con la fantasía. Cuántas vidas he parido en mi mente intentando vencer la soledad. Y cuán intensamente he vivido cada vida a través de la fantasía.

Alekos, una vez conseguiste escapar, ¿no?

Sí, con Jorge Morakis, que por culpa mía ha sido condenado a dieciséis años de cárcel y ni siquiera se beneficia de esta amnistía porque está condenado como desertor. Jorge Morakis era un joven suboficial y me ofreció espontáneamente su ayuda. Oh, fue muy divertida mi fuga con Morakis. Yo iba vestido de cabo y llevaba en la mano el manojo de llaves de todas las celdas. Cuando llegamos a la última puerta, tiré las llaves al soldadito de guardia y le dije: «Abre la puerta, quinto». El soldadito no me reconoció. Abrió, y hasta le ordené que no diera los «quién vive» en caso de que volviéramos atrás. Comprende, siempre había la posibilidad de que algo no marchara y de tener que regresar a la chita callando a la cárcel en caso de no poder saltar el muro. La última puerta nos llevaba dentro del campamento militar; para salir de allí no había más que saltar el muro. Aunque el muro era muy alto y rematado por alambre espinoso. Me incliné, Morakis subió sobre mis espaldas y saltó el muro. Luego Morakis me tendió los brazos y ¡fuera! A pasear por Atenas. ¡Lástima que nos cogieran cuatro días después! Me detuvieron en casa de un traidor, Takis Patitsas. Este Patitsas tenía relaciones con la Resistencia griega desde 1967. Trabajaba en una agencia de viajes y nos había proporcionado algunos pasaportes robados. En los interrogatorios me habían también torturado para saber algo de él y, naturalmente, no hablé. De hecho, a Patitsas no le habían detenido nunca. Después de la fuga fui a su casa absolutamente confiado. Pensaba quedarme sólo algunos días. El tiempo de obtener información y contactos con mis compañeros de la Resistencia griega. Me recibió con besos y abrazos, pero al día siguiente abandonó la casa donde me hospedada y no volvió hasta pasadas cuarenta y ocho horas. Hablamos, comimos juntos, y a la mañana siguiente salió diciendo que iba a trabajar. Pero no fue a trabajar. Fue a la comisaría y entregó las llaves. Y me detuvieron así: abriendo la puerta con las llaves de Patitsas. Como compensación recibió una tajada de quinientas mil dracmas. Unos diez millones de liras. Hablemos de otra cosa, por favor.

Sí, hablemos de otra cosa. Hablemos de Papadopoulos.

Mira, yo no puedo tomarme en serio al tal Papadopoulos. Es un tipo al que sólo se puede comprender analizando su historia. Una historia que demuestra en seguida lo deshonesto, mentalmente enfermo y mentiroso que es. Durante seis años no ha dicho más que mentiras, y

¡cuántas veces se lo he escrito para vomitar mi disgusto! Sabes, aquellas cartas que le daba al director de la cárcel. En cada una le llamaba cómico, payaso, ridículo, bufón, criminal y enfermo mental. No creas que estoy exagerando o que me deje llevar por la ira. Todas estas cosas resaltan abundantemente en su biografía. Es el capitán que participó en el golpe de Estado, fallido, de 1951; con los bergantines «Cristeas» y «Tabularis». El que, como teniente coronel, fue secretario de la comisión que preparó el famoso Plan Pericles con el que intentaron falsear los resultados de las elecciones de 1961. Cuando el gobierno democrático ordenó una investigación sobre el Plan Pericles, aquel cretino contestó que no conocía la sintaxis griega y por tanto no podía ser el responsable. Encontrarás esta noticia en los documentos oficiales, y publicada en todos los periódicos griegos de entonces. Fue él quien, a principios de 1965, llevó a cabo un sabotaje en su sección y luego torturó personalmente a algunos de sus soldados para que confesasen que se trataba de un sabotaje comunista. Estaba al frente de la oficina de propaganda y de guerra psicológica y todos saben que fue él el inductor del episodio en el que intentaron asesinarme en la cárcel. Que, por lo demás, es un hombre ridículo, lo puede hasta demostrar el hecho de que ha hecho extensiva la amnistía a los torturadores. ¿Acaso esto no significa admitir que la tortura existía? ¿Y no equivale acaso a alentar otras torturas?

Sí, pero esto no le impide estar en el poder y permanecer en él.

Mira, si me respondes que todo esto no excluye su capacidad para mantenerse en el poder, te replico con una observación. Cuando estuve en Roma vi una película en que aparecía Mussolini hablando a la multitud desde el Palazzo Venezia. Y me pregunté, asombrado, cómo había sido posible que los italianos hubieran dado crédito durante tantos años a un hombre tan ridículo y que hablaba de manera tan ridícula. Y Mussolini era un dictador poderoso y, a su modo, capaz. ¿Robar el poder y mantenerlo impide acaso ser ridículo? La diferencia entre Papadopoulos y Mussolini es que, buena o mala, Mussolini tenía una base popular. Papadopoulos, en cambio, no la tiene. Su poder se basa sólo en la Junta, o sea, en diez oficiales que controlan a todo el ejército. Es el pequeño líder de una pequeña pandilla. Y, además, va de mala fe. Se presenta hablando de revolución y, por si fuera poco, de democracia. ¡Democracia! ¿Pero qué tipo de democracia es una democracia donde uno se presenta a las elecciones solo, sin tener siquiera el pudor de inventarse un adversario y una oposición? Y dirás:

pero tú estás fuera por la amnistía de Papadopoulos. Pero ¿no te das cuenta que se trata de un engaño, de una burla? ¿No comprendes que detrás de esta actuación se esconde una estratagema para prolongar la tiranía?

¿Qué piensas de Constantino, Alekos?

Siempre he sido un republicano, naturalmente, y no seré precisamente yo quien lllore por Constantino. Además, creó las condiciones para ser expulsado del país cuando forzó a Papandreu a dimitir, en julio de 1965. No me interesa subrayar si Constantino me gusta o no. Me interesa saber si Constantino es útil en la lucha contra la Junta. Quizá sí. Porque tal vez Constantino tiene todavía influencia en algunas secciones del ejército; entre los oficiales sobre todo. Hoy por hoy no lo podemos ignorar. Y tampoco podemos plantear su problema. Ahora es un enemigo de la Junta y no tiene otra salida que la de continuar siendo un enemigo de la Junta.

Alekos, ¿crees que Papadopoulos os haya sacado para derrocarlo?

No. Él cree que no se está en condiciones de derrocarlo. Y aquí está su error, porque la resistencia en Grecia es una realidad. La gente participa en ella aunque por ahora sea de forma pasiva. Participa, por ejemplo, rechazando la dictadura por unanimidad. El compromiso asumido por todo el mundo político griego es el de seguir la voluntad popular. Y tal compromiso se manifiesta no ayudando a Papadopoulos a legalizar su régimen. Estoy seguro que ningún político respetable, en Grecia, participará en la mascarada de las elecciones. Debe comprender que podemos derrocarlo. Papadopoulos no ha salido de una guerra civil como Franco; salió de un golpe de Estado. Cuando Franco llegó al poder sus opositores habían sido derrotados. Aquí es distinto. Aquí no ha sido derrotado nadie. Y, para que la dictadura termine, basta que el pueblo griego no se duerma como se durmió el pueblo italiano. El pueblo tiende siempre a dormirse, a resignarse, a aceptar. Pero basta muy poco para despertarlo. Tal vez me falte realismo, información, e incluso lógica. Pero si se habla de lógica, respondo: ¿desde cuándo la lógica ha hecho la historia? Si la lógica hiciera la historia, los italianos no se hubieran dejado fascinar por Mussolini, y Hitler no hubiera existido, y Papadopoulos no habría acabado en el poder. Sólo controlaba algunas unidades militares en Ática y algunas en Macedonia.

¿Cuál es tu ideología política, Alekos?

No soy comunista, si es esto lo que quieres saber. Nunca podría serlo, puesto que rechazo los dogmas. Donde hay dogma no hay libertad, y, además, a mí los dogmas no me van. Ni los dogmas religiosos ni los políticosociales. Y aclarado esto, me es difícil colocarme un distintivo y decir que pertenezco a ésta o a aquella ideología. Sólo puedo decirte que soy un socialista; en nuestra época es normal, yo diría que inevitable, ser socialista. Pero cuando hablo de socialismo, hablo de un socialismo aplicado en régimen de libertad total. La justicia social no puede existir si no existe la libertad. En mi opinión, son dos conceptos inseparables. Y ésta es la política que me gustaría hacer si en Grecia tuviésemos una democracia. Ésta es la política que me ha seducido siempre. Si perteneciese a un país democrático, creo incluso que me hubiera dedicado a la política; porque lo que ahora hago o lo que he hecho hasta ahora no es política: es sólo un flirt con la política. Y a mí me gusta flirtear, sí, pero el amor me gusta mucho más. Hacer política en una democracia se convierte en algo tan bello como hacer el amor con amor. Y ésta es mi desgracia. Mira, hay hombres capaces de hacer política sólo en tiempo de guerra, es decir, en circunstancias dramáticas, y hay hombres capaces de hacer política sólo en tiempo de paz, es decir, en circunstancias normales. Paradójicamente, yo pertenezco a los segundos. En resumen, entre Garibaldi y Cavour, prefiero a Cavour. Pero hay que comprender que desde el momento en que la Junta se hizo con el poder ni yo ni mis compañeros habíamos hecho política. Ni la haremos hasta que sea derrocada. No debemos ni podemos hacer política a menos que contemos con una fuerza operante. Y esta fuerza operante es la resistencia, es decir, la lucha.

Alekos, tú dices que paradójicamente eres cavouriano. Desde luego, paradójicamente, puesto que como personaje político te has hecho famoso por un atentado más bien garibaldino. Alekos, ¿alguna vez has maldecido el día en que cometiste aquel atentado?

Nunca. Y por las mismas razones por las que nunca me he arrepentido de ello. Mira, me hubiera bastado decir en el proceso que estaba arrepentido y no me hubieran condenado a muerte. Pero no lo dije, como no lo digo ahora, porque nunca he cambiado de idea. Y pienso que tampoco cambiaré en el futuro. Papadopoulos es culpable de alta traición y de otros muchos crímenes que en mi país se castigan con la pena de muerte. No he actuado como un loco fanático y no soy un

loco fanático. Yo y mis compañeros hemos actuado como instrumentos de la justicia. Cuando a un pueblo se le impone la tiranía, el deber de cada ciudadano es matar al tirano. No hay que arrepentirse y nuestra lucha continuará hasta que la justicia y la libertad sean restablecidas en Grecia. Hemos tomado un camino del que no se vuelve atrás.

Lo sé. Háblame del atentado, Alekos.

Era un atentado muy bien preparado, hasta los mínimos detalles. Lo había previsto todo. Tenía que abrir el contacto eléctrico de las dos minas a una distancia aproximada de doscientos metros. Las dos minas estaban bien colocadas. Las había fabricado yo. Eran dos buenas minas. Cada una contenía cinco kilos de TNT y un kilo y medio de otro material explosivo, el C3. Las había colocado a una profundidad de un metro a los dos lados del pequeño puente que el automóvil de Papadopoulos tenía que cruzar siguiendo la carretera que costea el mar de Sunio a Atenas. La explosión debía alcanzar una extensión de cuarenta y cinco grados y abrir una fosa circular de aproximadamente dos metros de diámetro. Bastaría una sola explosión, la explosión de una sola mina, para dar en el blanco si el automóvil pasaba en el momento justo. Pero, por un error del compañero que la había colocado en el portaequipajes del automóvil, la mecha estaba anudada y enredada de tal manera que no se podía aprovechar más que unos cuarenta metros. El hecho es que no era posible abrir el contacto a aquella distancia porque no hubiera tenido ningún lugar donde esconderme. El único lugar donde podía esconderme estaba entre ocho y diez metros del puente. De todas maneras tenía que intentarlo. Comprendí inmediatamente los inconvenientes y los peligros de tal situación. Lo más grave es que no podía ver bien la carretera. Había hecho muchas pruebas, antes del atentado, y había elegido la posición a doscientos metros porque había notado que, cuando el automóvil quedaba entre el puente y yo, lo veía semioculto por una señal indicadora. Y aquél era el momento de hacer funcionar el contacto. En cambio, en la nueva situación, no tenía una buena panorámica de la carretera y, por tanto, no podía distinguir el automóvil en el momento en que hubiera debido encender la mecha. El otro inconveniente de mi nueva posición era que escapar de allí resultaría casi imposible. A lo largo de la carretera, cada cincuenta o cien metros había un guardia, y un poco más lejos, muchos coches policiales. Uno de ellos a no más de diez metros.

¿Y desde allí tenías que saltar al mar?

Exacto. Y una veloz gasolinera me esperaba, escondida, a unos trescientos metros. En seguida me di cuenta que escapar no era casi imposible, sino imposible, pero decidí hacerlo igualmente. Abrí el contacto y salté inmediatamente al agua. Nadé bajo el agua durante veinte o treinta metros. Luego saqué la cabeza para respirar y en seguida me di cuenta que no me habían visto arrojarme al mar. Los policías acudían desde todas partes hacia el punto de la explosión. Nadé un poco más y luego salí del agua para llegar a la gasolinera con más rapidez, avanzando por las rocas. Corría muy agachado, con la cabeza baja. Y de golpe vi que la gasolinera se alejaba. El plan preveía que me esperase cinco minutos, no más. Pero no me desesperé. El plan tenía una alternativa: si la gasolinera no hubiera podido venir o tuviese que partir antes de recogerme, yo me escondería en una roca hasta que fuera noche cerrada. Había muchos automóviles que me esperarían en diversos lugares y, saliendo de mi refugio, en la oscuridad, llegaría a uno de estos automóviles. Estaría incómodo porque no llevaría encima más que el traje de baño, pero esto no constituía un problema excesivo. Me escondí en una pequeña caverna y allí estuve dos horas. Dos horas durante las cuales la policía costera y la policía militar me buscaron sin descanso. Y durante aquellas dos horas empecé a sentirme optimista: si no me habían encontrado hasta entonces, no me encontrarían nunca. Luego sucedió aquello que sólo se puede definir como fatalidad. Precisamente sobre la caverna donde estaba escondido había un oficial de la gendarmería. Oí que decía: «No está aquí, echemos una ojeada detrás de aquellas matas y busquémosle por la otra parte». Pero cuando iba a dirigirse hacia la otra parte cayó hacia atrás y... fue a parar precisamente delante de mí. Me vio en seguida. En una fracción de segundo cayeron todos sobre mí, golpeándome y preguntándome: «¿Quién eres?, ¿dónde están los demás? ¿Quién ha escapado en la gasolinera? ¡Habla, habla!» Y golpes y más golpes cayeron sobre mí... Fingí ser mudo y no contesté a ninguna de sus preguntas. Entonces me cogieron y me metieron dentro de un automóvil y...

No continúes si no quieres. Ya es suficiente.

¿Por qué? Iba a decir que en el automóvil estaban el ministro de la Seguridad Pública, general Zevelekos, y el coronel Ladas. Un policía que me conocía desde hace tiempo exclamó: «¡Es Panagulis!», y los oficiales creyeron que era mi hermano Jorge. El capitán Jorge Panagulis al que buscaban desde agosto de 1967. Se pusieron a gritar: «¡Te

hemos cogido, capitán! ¡Te costará la piel!» Necesitaron treinta horas para comprender el equívoco. Durante aquellas treinta horas me aplicaron los métodos de interrogatorio más brutales, más infames. Me decían: «Hemos arrestado a Alejandro, en Salónica. ¡Y Alejandro sufre aún más que tú en estos momentos!» Me preguntaban también sobre oficiales que, naturalmente, no conocía. Me preguntaron, por ejemplo, por el general Anghelis, que era en aquel tiempo comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. Querían saber si estaba implicado en el atentado y me torturaban para saberlo. Estaban aterrorizados y me hacían cosas terribles y me interrogaban de cualquier manera menos sistemáticamente: con histeria. Cuando por último comprendieron que yo no era Jorge sino Alejandro, se enfurecieron hasta tal punto que redoblaron las torturas.

No pienses más en ello, Alekos. Tal vez resulte atroz decirlo, pero todo ha ido como tenía que ir. Porque hoy eres un símbolo al que hasta los enemigos miran con admiración y respeto.

Te parecen a esos que dicen: «Alekos, ¡eres un héroe!» No soy un héroe y no me siento un héroe. No soy un símbolo y no me siento un símbolo. No soy un líder y no quiero ser un líder. Y esta popularidad me cohibe, me turba. Ya te lo he dicho: no soy el único griego que ha sufrido en la cárcel. Yo, te lo juro, sólo consigo soportar esta popularidad cuando pienso que sirve lo mismo que hubiera servido mi condena a muerte. Pero, aun planteada así, es una popularidad muy incómoda. Y antipática. Yo, cuando me preguntáis «que-harás-Alekos», me siento desmayar. ¿Qué tengo que hacer para no decepcionaros? ¡Tengo tanto miedo de decepcionaros a los que veis tantas cosas en mí! ¡Oh, si consiguieseis no verme como un héroe! ¡Si consiguieseis ver en mí sólo a un hombre!

Alekos, ¿qué significa ser un hombre?

Significa tener valor, tener dignidad. Significa creer en la humanidad. Significa amar sin permitir que un amor se convierta en un ancla. Y significa luchar. Y vencer. Mira, más o menos lo que dice Kipling en aquella poesía titulada «Si». Y para ti, ¿qué es un hombre?

Diría que un hombre es lo que tú eres, Alekos.

Atenas, septiembre 1973

Colección Libros de bolsillo Noguera

TÍTULOS PUBLICADOS

1. El doctor Jivago, *Boris L. Pasternak* (36.^a ed.)
2. A sangre fría, *Truman Capote* (18.^a ed.)
3. La colmena, *Camilo José Cela* (32.^a ed.)
4. Antes del Diluvio, *Herbert Wendt* (2.^a ed.)
5. La Catira, *Camilo José Cela* (7.^a ed.)
6. Gran Sol, *Ignacio Aldecoa* (6.^a ed.)
7. Los errores judiciales, *René Floriot* (2.^a ed.)
8. Mao Tse-tung, *George Paloczj-Horvath* (2.^a ed.)
9. El Gatopardo, *G. Tomasi de Lampedusa* (20.^a ed.)
10. Las revelaciones de Joe Valachi, *Peter Maas* (3.^a ed.)
11. Tierras del Ebro, *Sebastián Juan Arbó* (6.^a ed.)
12. Parte de una historia, *Ignacio Aldecoa* (2.^a ed.)
13. Empezó en Babel, *Herbert Wendt* (4.^a ed.)
14. Caminos de noche, *Sebastián Juan Arbó* (6.^a ed.)
15. Nada y así sea, *Oriana Fallaci* (6.^a ed.)
16. El Ejército traicionado, *Heinrich Gerlach* (5.^a ed.)
17. Los reporteros, *Christian Brincourt-Michel Leblanc* (2.^a ed.)
18. El camarada don Camilo, *Giovanni Guareschi* (4.^a ed.)
19. El caos y la noche, *Henry Montberlant* (3.^a ed.)
20. Viaje al Pirineo de Lérida, *Camilo José Cela* (5.^a ed.)
21. El vértigo, *Eugenia Semionovna Ginzburg* (4.^a ed.)
22. La aventura de mi vida, *David Niven* (2.^a ed.)
23. El verano del Lobo Rojo, *Morris L. West* (6.^a ed.)
24. Dime que me amas, Junie Moon, *Marjorie Kellogg* (2.^a ed.)
25. Del Miño al Bidasoa, *Camilo José Cela* (7.^a ed.)
26. Retrato de grupo con señora, *Heinrich Böll* (5.^a ed.)
27. Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes, *Camilo José Cela* (11.^a ed.)
28. A la sombra de Dios, *Hans Killian* (6.^a ed.)
29. El regreso de Conejo, *John Updike* (3.^a ed.)
30. El cura guapo, *Goffredo Parise* (2.^a ed.)
31. Un juez confiesa, *Jacques Batigne* (2.^a ed.)

32. La vida como es, *Juan A. de Zunzunegui* (7.^a ed.)
33. Grendon, prisión psiquiátrica, *Anthony Parker* (2.^a ed.)
34. ¡Viven! (La tragedia de los Andes), *Piers Paul Read* (93.^a ed.)
35. Oficio de tinieblas 5, *Camilo José Cela* (8.^a ed.)
36. No estamos solos, *Walter Sullivan* (5.^a ed.)
37. La mujer del domingo, *Carlo Fruttero y Franco Lucentini* (3.^a ed.)
38. A corazón abierto, *N. M. Amosov* (3.^a ed.)
39. Entrevista con la historia, *Oriana Fallaci* (11.^a edición ampliada y revisada)
40. Garito de hospicianos, *Camilo José Cela* (3.^a ed.)
41. Panjamon, *Yean-Yves Domalain* (2.^a ed.)
42. Escenas de la vida de un médico, *Fernando Namora* (2.^a ed.)
43. La vida sexual de los animales, *Herbert Wendt* (2.^a ed.)
44. El conocimiento de la pintura.
Tomo I: El arte de verla, *René Berger* (2.^a ed.)
45. El conocimiento de la pintura.
Tomo II: El arte de comprenderla, *René Berger* (2.^a ed.)
46. El conocimiento de la pintura.
Tomo III: El arte de apreciarla. *René Berger* (2.^a ed.)
47. Penélope en la guerra, *Oriana Fallaci*.
48. Venus privada, *Giorgio Scerbanenco* (4.^a ed.)
49. La jungla, *Upton Sinclair*
50. El molino de viento, *Camilo José Cela* (4.^a ed.)
51. Los desengañados, *Budd Schulberg*
52. Muerte en la escuela, *Giorgio Scerbanenco* (4.^a ed.)
53. Cuba. Génesis de una revolución, *Ramón Eduardo Ruiz* (2.^a ed.)
54. La hija del profesor, *Piers Paul Read* (2.^a ed.)
55. El libro de Bech, *John Updike* (2.^a ed.)
56. Primer viaje andaluz, *Camilo José Cela* (4.^a ed.)
57. Babbitt, *Sinclair Lewis*
58. El Napoleón del Plata, *Manlio Cancogni e Ivan Boris* (2.^a ed.)
59. Sobre la guerra y la paz, *Hermann Hesse* (2.^a ed.)
60. El palanquín de las lágrimas, *Chow Ching Lie* (3.^a ed.)
61. La escapada, *Jeanne Cordelier* (4.^a ed.)
62. Después de dejar al señor Mackenzie, *Jean Rbys*
63. Cásate conmigo, *John Updike* (3.^a ed.)

64. Sombras en la hierba, *Karen Blixen* (2.^a ed.)
65. La casa de Jampol, *Isaac Bashevis Singer* (2.^a ed.)
66. El amo, *Goffredo Parise* (3.^a ed.)
67. Miedo a volar, *Erica Jong* (23.^a ed.)
68. Siete cuentos góticos, *Karen Blixen* (2.^a ed.)
69. Los pastores de la noche, *Jorge Amado* (2.^a ed.)
70. La profecía y otros relatos, *Arthur Schnitzler*